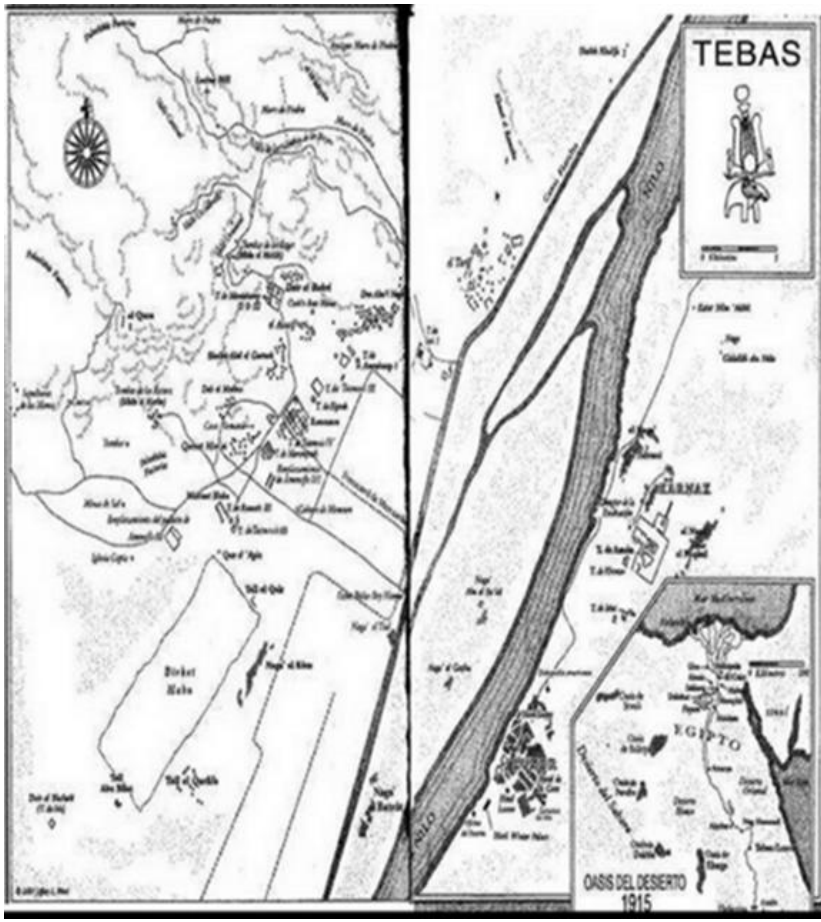
ELIZABETH

PETERS

El Señor de los que callan

«Una nueva aventura de los Emerson
en el fascinante Egipto.»


TEBAS
Nilo
EGIPTO
OASIS DEL DESIERTO
1915

Elizabeth Peters
El Señor de los que callan

Nº 13 Amelia Peabody
Para Tim

Argumento

Pese a los aires siniestros de la Gran Guerra, la llamada de Egipto sigue siendo tan poderosa como siempre para la arqueóloga Amelia Peabody y los suyos… Pero no hay lugar seguro en el desierto, especialmente para su hijo Ramsés y su bella esposa Nefret, que viven refugiados en su propio mundo de pasión… El peligro acecha a los dos jóvenes amantes, y el descubrimiento de un cadáver reciente en una tumba que no le corresponde desata una furiosa tormenta de intriga, corrupción y muerte que pone a Amelia ante una serie de oscuras revelaciones que amenazan con despertar el pasado y cambiar el destino de toda su familia…

Amón, Rey de los dioses, Señor de los que callan que acude a la llamada del pobre…

que da pan a quien no lo tiene…

padre del huérfano, marido de la viuda…

aun si el sirviente le ofende, él se muestra compasivo.

Epítetos y atributos de Amón-Ra entresacados de distintas plegarias.

Prólogo

La editora considera necesario señalar que no tiene necesidad de más documentos de los Emerson. En los últimos meses ha recibido materiales que pretendían responder a esta descripción. Un examen somero demostró que eran falsificaciones poco convincentes. Dispone, por no alargar más el particular, de documentación suficiente para mantenerla ocupada durante varios años, y actualmente se encuentra sobre la pista de… Pero no dirá nada más. Las personas que poseen los documentos que ella necesita saben quiénes son. No es necesario que respondan otros que no sean ellos.

Respecto al material contenido en este volumen, quizás resulten pertinentes algunas palabras de explicación.

Aunque la evidencia textual indica que Nefret Forth, como se llamaba entonces, realizó algunas interpolaciones en anteriores fragmentos del Manuscrito H, desempeñó un papel claramente más activo en la composición de dicho documento después de su matrimonio. El Manuscrito H se convierte, en resumen, en un trabajo de colaboración. Esto era de esperar de una mujer de tan enérgica personalidad.

Su matrimonio y las distracciones inherentes al mismo, también afectaron a su correspondencia con Lía Todros. Hay menos cartas y contienen información de escaso valor narrativo. La editora, por tanto, las ha omitido, considerando que el lector no estará demasiado interesado en comentarios sobre bebés y extasiadas descripciones del estado conyugal. (Le aseguro al lector que son repetitivas, poco originales y tediosamente formales. No se está perdiendo nada). El material de un legajo que la editora ha

catalogado como «M» se explica en parte por sí mismo. No se entiende, sin embargo, cómo algunas secciones llegaron a manos de la señora Emerson. La editora tiene su propia opinión al respecto. El lector intuitivo extraerá, sin lugar a dudas, sus propias conclusiones.

Agradecimientos

Estoy muy agradecida a mi nieta, Jennifer Shea, por añadirle otro cadáver a la historia, y a Kirsten Whitbread, mi inestimable ayudante, por diversas sugerencias útiles. Horas le debe su supervivencia. El profesor Peter Dormán del Instituto Oriental encontró para mí una tumba convenientemente recóndita y George B. Johnson comprobó mi Ladysmith. Me siento especialmente agradecida a Dennis Forbes, editor de *KMT, A Modern Journal of Ancient Egypt,* y una enciclopedia andante sobre cualquier tema concerniente a la egiptología, no sólo por encontrar para nosotros diversas esfinges con cabeza de carnero sino por leer el primer borrador desordenado del manuscrito completo. Gracias también a mi editora, Trish Grader, la mejor en su oficio.

Capítulo 1

- Ni siquiera tú, Peabody, podrías encontrar un resquicio de esperanza en esta situación -dijo Emerson.

Estábamos en la biblioteca de Amarna House, nuestro hogar en Kent. Como de costumbre, el escritorio de Emerson tenía el aspecto de un tell arqueológico, con montañas de libros y papeles y cubierto del polvo de las cenizas de su pipa. Los sirvientes tenían estrictamente prohibido tocar su trabajo, así que las cenizas sólo se veían agitadas cuando Emerson metía las narices en uno u otro montón buscando alguna cosa. Recostándose en su silla, observó malhumorado el busto de Platón en el estante de libros frente a él; Platón, a su vez, le devolvió una mirada malhumorada. Reemplazaba al busto de Sócrates, hecho añicos por una bala pocos años atrás, y su expresión no era ni mucho menos tan agradable.

La mañana de octubre estaba encapotada y fría, presagio del tiempo invernal que pronto se cerniría sobre nosotros y reflejo del humor sombrío que afectaba a la mayoría de las personas; me vi obligada a reconocer que aquéllos eran tiempos para poner verdaderamente a prueba el alma de los hombres. Cuando comenzó la guerra en agosto de 1914, se decía que para Navidades habría terminado. Para el otoño de 1915, hasta los optimistas más recalcitrantes se habían resignado a un conflicto prolongado y sangriento. Después de una cantidad espantosa de bajas, los ejércitos enemigos del frente occidental se habían estancado en el punto muerto de la guerra de trincheras, y el número de bajas seguía aumentando. El intento de forzar el estrecho de los Dardanelos y tomar Constantinopla había resultado un fracaso. Cien

mil hombres quedaron atrapados en las playas de Gallípoli, sin posibilidad de avanzar debido al control enemigo sobre el terreno, sin posibilidad tampoco de emprender la retirada porque el ministerio de Guerra se negaba a admitir que había cometido un error catastrófico. Serbia estaba a punto de caer en manos del enemigo. Los ejércitos rusos se hallaban en desbandada. Italia había entrado en la guerra de nuestro lado, pero sus ejércitos estaban detenidos en la frontera austríaca. Los ataques aéreos y submarinos habían añadido una nueva y terrible dimensión a la guerra.

Aun así, había un lado positivo, y me apresuré a señalarlo. Después de haber pasado el verano en Inglaterra, estábamos a punto de partir hacia Egipto y emprender una nueva temporada dedicados a los esfuerzos arqueológicos por los que nos habíamos hecho famosos. Mi eminente esposo no habría abandonado sus excavaciones por nada inferior al Armagedón (y únicamente si esa batalla decisiva se estuviera librando cerca de donde él estuviera). Aunque era plenamente consciente de la tragedia de la guerra mundial, en ocasiones se sentía inclinado a considerarla un contratiempo personal, «un condenado incordio», en palabras del propio Emerson. Desde luego, había complicado nuestros planes para esa temporada. Como los viajes por vía terrestre a los puertos italianos se veían imposibilitados, sólo teníamos un modo de alcanzar Egipto, y los submarinos alemanes rondaban la costa inglesa.

No es que Emerson estuviera preocupado por sí mismo; él no le teme a nada de este mundo o del próximo. Era la preocupación por quienes nos acompañaban habitualmente en nuestras excavaciones anuales lo que le hacía dudar: estaba preocupado por mí; por nuestro hijo Ramsés y su esposa, Nefret; por David, el amigo de Ramsés, y su esposa Lía, sobrina de Emerson; por los padres de ésta, Walter, hermano de Emerson, y Evelyn, mi querida amiga; y por Sennia, la pequeña que habíamos acogido en nuestros corazones y nuestro hogar después de que hubiera sido abandonada por su padre inglés.

- Tan sólo resta -continué-, decidir cuántos de nosotros viajaremos este año. Ni por un minuto he pensado en que Lía nos acompañe; el bebé sólo tiene seis meses y aunque es un hombrecito muy sano, una no querría arriesgarse a que enfermara. Los servicios

médicos de El Cairo han mejorado enormemente desde los primeros tiempos que pasamos allí, pero una no puede negar que no son…

- ¡Maldita sea, Amelia, no me eches sermones! -exclamó Emerson.

En Egipto el carácter de Emerson se ha convertido en legendario; no en vano le llaman el «Padre de las Maldiciones». Con sus pupilas de zafiro centelleando y sus espesas cejas fruncidas, alargó el brazo para alcanzar su pipa.

Emerson me llama Amelia en muy raras ocasiones. Peabody, mi apellido de soltera, es el apelativo que emplea como muestra de aprobación y afecto. Satisfecha de haber conseguido sacarle de su humor melancólico, aguardé hasta que relajó su fuerte musculatura, y a su atractivo rostro asomó una sonrisa avergonzada.

- Discúlpame, mi amor.

- Disculpado -contesté con magnanimidad.

La puerta de la biblioteca se abrió y Gargery, nuestro mayordomo, asomó la cabeza.

- ¿Ha llamado usted, profesor?

- No te he llamado a *ti* -respondió Emerson-. Y lo sabes. Lárgate, Gargery.

Gargery adoptó un aire de obstinada determinación.

- ¿Les apetecería a usted y a la señora tomar un café, señor?

- Acabamos de terminar el desayuno -le recordó Emerson-. Si quiero algo ya lo pediré.

- ¿Enciendo las luces eléctricas, señor? Creo que vamos a tener tormenta. Mi reuma…

- ¡Al cuerno con tu reuma! -gritó Emerson-. Sal de aquí, Gargery.

La puerta se cerró con un ligero portazo. Emerson se rió entre dientes.

- Es tan transparente como un niño, ¿no crees?

- ¿Te ha estado dando la lata para que le lleves a Egipto este año?

- Bueno, lo hace cada año, ¿no? Ahora alega que el clima húmedo del invierno le da reuma.

- Me pregunto cuántos años tiene. No ha cambiado mucho desde que le conocimos. El cabello de ese tono rubio nunca parece canoso, y aún se mantiene delgado y fuerte.

- Es más joven que nosotros -dijo Emerson con una risita-. No es

su edad lo que me preocupa, Peabody, querida. Cometimos un error cuando permitimos que nuestro mayordomo tomara parte en nuestras investigaciones criminales. Le ha dado ínfulas de grandeza.

- Debes admitir que fue de gran ayuda -dije, recordando algunas de esas investigaciones anteriores-. Ese año dejamos a Nefret y a Ramsés aquí, en Inglaterra, y ambos o uno de ellos podrían haber sido raptados por los secuaces de Schlange si no hubiera sido por Gargery y su porra.

- No sé nada de eso. Nefret se defendió admirablemente y Ramsés también -Emerson dio una chupada a su pipa. El afirma que el tabaco calma sus nervios. Sin duda, cuando continuó su voz era más afable-. Sin embargo, admito que fue de considerable ayuda la vez que estábamos encerrados en la mazmorra de Mauldy Manor con el agua subiendo y la casa en llamas y… ¿De qué te ríes?

- Gratos recuerdos, querido, gratos recuerdos. Realmente hemos llevado vidas interesantes, ¿no te parece?

- Condenadamente interesantes. Preferiría no pasar por otra temporada como la última -un sentimiento que su reservada naturaleza británica no le permitiría expresar enronqueció su voz.

Aun así, yo sabía de qué sentimiento se trataba porque lo compartía. Emerson estaba pensando en nuestro hijo y en lo cerca que habíamos estado de perderle.

Desde que empezó a gatear, Ramsés había estado metiéndose en toda clase de líos. Durante su infancia había sido raptado por maestros del crimen y ladrones de antigüedades, se había caído dentro de tumbas y por precipicios… pero relatar un catálogo completo ocuparía demasiadas páginas de esta narración. Había llegado a la mitad de la veintena vivo y relativamente ileso; pero la madurez no había atemperado su naturaleza temeraria, y nunca se había enfrentado a peligros mayores que los que había encontrado el invierno de 1914-1915.

Todo el mundo sabía que los turcos estaban planeando atacar el Canal de Suez. Lo que no era del conocimiento general era que esperaban impulsar una violenta sublevación en El Cairo que coincidiera con su ataque, y desviara tropas de las defensas del Canal. Encontraron aliados dispuestos a hacerlo en un grupo de nacionalistas egipcios, que estaban amarga y justificadamente resentidos por el rechazo británico a considerar sus demandas de

independencia. Kamil el-Wardani, el joven y carismático jefe de este grupo, era el más peligroso de los nacionalistas, pero había otros que estaban preparados y dispuestos a cooperar con el enemigo; así que cuando Wardani fue detenido, las autoridades resolvieron mantener su arresto en secreto y reemplazarle por otra persona, alguien leal a Inglaterra que informara de los planes del enemigo, incluida la localización de las armas que los turcos estaban suministrando secretamente.

Sólo existía un hombre capaz de llevar a cabo tal farsa. El parecido de Ramsés con los egipcios, entre quienes había pasado la mayor parte de su vida, su fluidez con el árabe y varias otras lenguas, y su pericia en el equívoco arte del disfraz le convirtieron en el candidato perfecto. Sería imposible exagerar el peligro de su posición: los hombres de Wardani le habrían asesinado si hubieran descubierto su verdadera identidad; los alemanes y los turcos le habrían asesinado si sospecharan que estaba traicionando sus planes; y como «Wardani» tenía puesto precio a su cabeza, cada policía de El Cairo le buscaba. Ramsés y David, que había insistido en compartir el peligro, habían tenido éxito abortando la sublevación y le habían dado al ministerio de Guerra un pequeño regalito añadido, al desenmascarar al traidor que había estado vendiendo información a las Potencias Centrales; pero ambos jóvenes habían resultado gravemente heridos y durante varias desafortunadas e inolvidables horas, temí que fuéramos a perderlos a los dos.

- ¿Y David? -pregunté.

- Sí, ésa es otra cosa -se quejó Emerson-. Se ha vuelto absolutamente indispensable para mí; no hay mejor artista o epigrafista que él. Pero, ¿cómo puedo pedirle que abandone a su mujer y a su hijo?

- No puedes. La dificultad estará en impedir que los deje. Ramsés y él están tan unidos como hermanos, y David cree que es la única persona que puede controlar la temeridad de Ramsés.

- Nadie puede hacer tal cosa -farfulló Emerson-. Tenía esperanzas de que sentara la cabeza una vez casado, pero Nefret es casi tan mala como…

Cuando volvió a abrirse la puerta se interrumpió con un gruñido. Esta vez fue la misma Nefret quien entró.

- ¿He oído mencionar mi nombre? -preguntó inocentemente.

Ramsés estaba con ella. Casi siempre lo estaba. Hablo con bastante imparcialidad, sin prejuicios maternos de ninguna clase, cuando afirmo que formaban una bonita pareja. Las facciones aquilinas, la tez bronceada, y el oscuro pelo ondulado de Ramsés hacían un contraste imponente con la rubia belleza de Nefret. Con su metro ochenta y cinco de estatura, él era bastante más alto que ella. La coronilla de color dorado rojizo de Nefret apenas alcanzaba su barbilla…, una altura particularmente conveniente, como cierta vez le oí comentar en un tono sospechosamente ahogado, cuando una tarde pasaba por casualidad ante la puerta entreabierta de su habitación. Naturalmente, ni me detuve ni miré al interior.

Deduje que acababan de regresar de uno de sus paseos matinales a caballo, ya que ambos iban adecuadamente ataviados para esa actividad. Como Ramsés, Nefret vestía pantalones de montar, botas y una chaqueta de *tweed* de buen corte. El aire fresco y el ejercicio le habían dado un bonito color a sus mejillas, y zarcillos sueltos de cabello se rizaban sobre sus sienes.

- ¡Ah! -dijo Emerson cohibido-. Eh… Pasad. Precisamente estábamos discutiendo nuestros planes para la temporada entrante.

- Confío en que habrán pensado en consultarnos -dijo Nefret-. Padre, ya sabe que convinimos que nunca más volveríamos a tener secretos entre nosotros.

Aunque se había unido a nuestra familia a la edad de trece años, después de que la rescatáramos del remoto oasis del desierto Occidental, donde había vivido desde su nacimiento, no había utilizado ese afectuoso término para dirigirse a Emerson, ni me había llamado madre, hasta después de que Ramsés y ella fueran uno solo. Emerson siempre la había querido tan profundamente como a una hija; oír esa palabra de sus labios le convertía en gelatina.

- Sí, sí, por supuesto -exclamó al punto.

Los jóvenes se sentaron en el sofá, donde Nefret procedió a ponerse cómoda, elevando los pies y recostándose contra Ramsés. Él la rodeó con su brazo y me dirigió una sonrisa de soslayo. Era muy agradable observar el cambio operado en él desde su matrimonio. De niño había sido perniciosamente locuaz. De adulto había empleado el lenguaje para ocultar sus sentimientos en lugar de

expresarlos, y había aprendido a dominar su rostro hasta tal punto que Nefret a menudo bromeaba acerca de su pétreo semblante faraónico. Yo le había echado varios sermones maternales sobre lo desaconsejable que resultaba disimular sentimientos que eran profundos y cálidos, pero la naturaleza impulsiva y tierna de Nefret había tenido un efecto más contundente. Es difícil para un hombre mantenerse distante de una mujer que besa por donde él pisa, especialmente cuando siente lo mismo hacia ella.

- Entonces -siguió Nefret enérgicamente-, ¿qué era lo que estaba diciendo, padre? Soy tan mala como… ¿adivino quién?

- Sólo quise decir… -comenzó Emerson.

- Sabemos lo que quiso decir -intervino Ramsés-. Deja de tomarle el pelo, Nefret. Si está preocupado por mí, padre, no es necesario. No tengo intención de volver a mezclarme con ese grupo de nuevo. Esta va a ser una temporada estrictamente arqueológica, sin distracciones de ningún tipo.

- Ya he oído eso antes -empezó Emerson en tono amenazante-. Sólo podemos confiar en que sea así, supongo. ¿De modo que vosotros dos habíais pensado venir con nosotros…?

- Por supuesto -dijo Nefret-. Nunca contemplamos otra posibilidad.

Emerson movió la cabeza.

- Debéis sopesar el peligro, Nefret. ¿Sabes cuántos barcos hemos perdido por culpa de los submarinos alemanes desde principios de año?

- No, y usted tampoco -dijo Ramsés-. El ministerio de la Marina está intentando mantener esa información en secreto. No estoy discutiendo con usted, padre, sólo estoy considerando las alternativas de manera lógica. ¿Está planeando pasar el resto de la guerra aquí, en Inglaterra? -no esperó una respuesta, no había necesidad-. Los alemanes han aceptado respetar los transatlánticos de pasajeros, especialmente los neutrales…

- Eso es lo que acordaron antes del *Lusitania* -murmuré.

- Si están ustedes esperando una garantía, no la tendrán -dijo mi hijo con un tono áspero y seco. Vi crisparse los dedos que reposaban en el hombro de Nefret, y supe que ya habían discutido aquella misma cuestión anteriormente. Había sido un gasto inútil de saliva, como yo podía haberle dicho. Ramsés estaba tan entregado a la

egiptología como su padre, y sabía cuánto dependía Emerson de él. Y en cuanto a dejar a Nefret atrás, a salvo en Inglaterra, ella no lo habría tolerado más de lo que lo habría hecho yo.

- Ah, bien -dije alegremente-. Enfocando la situación de forma lógica, como tú proponías, tampoco es que no estemos familiarizados con el peligro. Me figuro que el riesgo de ser torpedeados es menor que otros a los que nos hemos enfrentado, y si ocurriera…

- Saldremos de ello de algún modo -me interrumpió Nefret con una sonrisa burlona-. Siempre lo hacemos.

- Ese es el espíritu que hay que mantener -exclamé-. ¿Entonces estamos de acuerdo? Nosotros cuatro y… ¿quién más? Tendrás que arreglártelas sin Seshat este año; los gatitos no nacerán hasta dentro de algunas semanas más. ¿Y David?

- El se queda -respondió Ramsés.

- ¿Has hablado con él? -preguntó Emerson.

- Sí -sus labios se cerraron sobre la palabra, pero la mirada penetrante de Emerson le obligó a dar explicaciones-. A ojos de casi todos los de El Cairo, exceptuando a unos pocos, David está aún bajo sospecha de ser un fanático nacionalista y un miembro de la antigua organización de Wardani. Si regresara sería arrestado y encarcelado, y el ministerio de Guerra no levantaría ni un dedo para salvarle. Ése es el riesgo que corres cuando participas en el Gran Juego -añadió, dándole a las dos últimas palabras la inflexión irónica con la que siempre las pronunciaba-, si algo sale mal, eres prescindible.

Nefret le miró desazonada.

- Me alegro de que sea consciente de ello -comentó-. Ahora tiene otras responsabilidades. En cualquier caso Lía y el bebé no podrían viajar este año. Tía Evelyn y tío Walter no querrán dejar a su primer nieto, ni permanecer lejos de Inglaterra mientras Willy está en Francia.

- No, desde luego que no -dije. Evelyn y Walter ya habían perdido un hijo, el gemelo de Willy, una pérdida que aún sentíamos profundamente todos los que habíamos conocido y amado al muchacho. Hasta entonces Willy había tenido suerte en todo, pero si fuera herido y enviado a casa para recuperarse, su madre querría atenderle-. ¿Y qué hacemos con Sennia?

Emerson gimió. Adoraba a la pequeña, y la había echado de menos desesperadamente el año anterior, pero los chiquillos muertos del *Lusitania* aún le obsesionaban.

- Estará mejor aquí -dijo Ramsés.

Nefret volvió la cabeza y le miró.

- En ese caso tendrás que ser tú quien se lo diga. La semana pasada simplemente le sugerí esa posibilidad y cogió uno de sus berrinches.

- La forma en que vosotras las mujeres dejáis que esa niña os intimide es una vergüenza -Ramsés frunció sus espesas cejas oscuras-. Puede controlar su genio perfectamente bien cuando quiere. Sólo lo utiliza para salirse con la suya.

- ¿Te estás ofreciendo voluntario para darle la noticia? -preguntó su mujer dulcemente.

- Preferiría enfrentarme al ataque de un león -admitió Ramsés sofocado.

Nefret rió, y yo dije:

- Confío, Ramsés, en que no me estarás incluyendo a *mí* en tu condena general de la ineptitud femenina.

- Dios mío, no. Usted es la única de la familia que puede manejarla. Creo que le corresponde hacerlo, madre.

- Vaya por Dios -murmuré-. Realmente preferiría que no.

Nefret dejó escapar otra de sus sonoras risitas sofocadas.

- Resulta cómico verlas a las dos enfrentándose la una a la otra. El parecido es más que notable en cualquier momento, pero cuando ambas se ponen furiosas es como ver a dos tías Amelia, una adulta y la otra de seis años.

Aunque Nefret normalmente me llamaba madre, algunas veces tenía un lapsus y se refería a mí con el nombre que había utilizado durante tantos años. No me importaba. Lo que me importaba era la suposición -compartida, estaba claro, por todas las partes- de que me correspondía a mí razonar con Sennia. Rara vez intentaba usar sus trucos conmigo, pero si había algo que pudiera provocarle un berrinche, sería la amenaza de verse separada de Ramsés. Ella nos quería a todos pero él era su ídolo: padre adoptivo, hermano mayor, compañero de juegos, salvador.

- Oh, muy bien -dije-. Estoy acostumbrada a que todas las tareas desagradables se dejen para mí. Hablaré con ella mañana. O pasado

mañana.

- ¿O el día siguiente? -sugirió Ramsés.

Le lancé una severa mirada y Nefret le dio un pellizco, pequeñas advertencias de que si continuaba divirtiéndose a mis expensas podría encontrarse cargando con la tarea, después de todo. Las arrugas de las comisuras de su boca se hicieron más profundas, pero él acabó por decir:

- Gracias, madre.

- Hum -me limité a murmurar-. Entonces eso está resuelto. Empezaré a hacer mis listas de costumbre y tú, Emerson, te enterarás de las fechas de partida. Confío en que no habrás olvidado que cenamos fuera esta noche.

A ninguno nos gustan las cenas de etiqueta, y esos días las visitas a Londres no resultaban agradables. No obstante, ésta había sido una invitación que no podíamos declinar fácilmente. Los Cecil eran una de las familias más destacadas y de más abolengo de la nobleza inglesa. Habían servido a su país como soldados y parlamentarios; el padre del actual marqués había sido ministro de Asuntos Exteriores y Primer Ministro.

El esnobismo social es una debilidad de la que no adolezco. La primera proposición de lord Salisbury había sido para un fin de semana en Hatfield, una invitación por la que muchos habrían vendido sus almas, sin dudarlo, al mismo diablo, pero aunque yo me hubiera sentido inclinada a aceptar, Emerson se había negado en redondo.

- Santo Dios, Amelia, ¿has perdido el juicio? ¿Tres días con una mezcla variopinta de mujeres insulsas, galanes cautivadores y políticos quejumbrosos? Enloquecería a las tres horas.

- Sabes lo que quiere, ¿no?

- Sí -dijo Emerson entre dientes-. Y no va a conseguirlo.

Salisbury no se dio por vencido con tanta facilidad. Inmediatamente después de haber rechazado la primera, llegó una segunda invitación para cenar en la mansión familiar en Londres. Yo sabía demasiado bien que lo que le motivaba no era el deseo de conocernos; estaba presionado por otras personas que tampoco estaban dispuestas a darse por vencidas fácilmente. Le hice notar esto al gruñón de mi marido, y al final estuvo de acuerdo en que más valdría enfrentarnos a su señoría y poner punto final al asunto

de una vez por todas.

Empezó a refunfuñar de nuevo mientras nos vestíamos, ya que Emerson odia la indumentaria formal. Fue necesario un esfuerzo conjunto mío y de Rose, nuestra abnegada ama de llaves, para conseguir meterle en su traje de etiqueta y para encontrar sus corchetes y sus gemelos, y se habría echado atrás si yo no hubiera cedido a su exigencia de conducir el automóvil en vez de dejar que el chófer lo hiciera. Estas pequeñas concesiones resultan necesarias si el estado marital ha de florecer. Era un auténtico sacrificio por mi parte, porque Emerson conduce con un garbo que le mantiene a una en un constante estado de inquietud.

No obstante, había menos tráfico de lo usual; desde que habían empezado los bombardeos de los zepelines, se habían decretado cortes de energía eléctrica y la mayoría de la gente procuraba ponerse a cubierto antes de que cayera la oscuridad. Para ser sincera no recordé aquel detalle, pues en caso contrario no hubiera permitido que Emerson condujera. Aun así alcanzamos Berkeley Square sin incidentes, lo único dañado eran mis nervios.

La fiesta era pequeña e íntima, nosotros cuatro, Salisbury y su esposa, y otro caballero, rubio, de una elegancia lánguida, sonriente y altanero. Después de que se hubieran llevado a cabo las otras presentaciones, Salisbury dijo:

- Conocen a mi hermano, creo.

Lo conocíamos. En El Cairo es imposible no conocer a los demás miembros de la comunidad angloegipcia. Lord Edward Cecil era el Asesor Financiero del Sultán (en otras palabras, él y otros ingleses como él manejaban el gobierno). Nos conocíamos muy por encima, ya que el entorno social en el que él era un destacado miembro estaba compuesto por aburridos oficiales y sus aún más aburridas esposas. Una hubiera supuesto, sin embargo, por la cordialidad de su saludo, que estaba entre nuestros mejores amigos. Fue especialmente cortés con Ramsés, a quien él y su círculo habían desairado el año anterior por la abierta oposición de mi hijo a la guerra. Si yo hubiera albergado alguna duda sobre el propósito de aquella invitación, el comportamiento de lord Edward la habría disipado de manera inmediata.

Nadie fue tan maleducado como para referirse al asunto en ese momento, ni tampoco durante la cena. La disposición de los

asientos resultó difícil, debido al desigual número de invitados, pero lady Salisbury lo había hecho lo mejor que había podido, situándome a mí entre Salisbury y su hermano, y a Nefret al otro lado de la mesa con Ramsés y Emerson. Cuando el mayordomo entró con las licoreras, lady Salisbury se levantó y se me quedó mirando. Yo le sonreí amablemente y permanecí sentada.

- Espero que sabrá disculparme, lady Salisbury. Puesto que tengo un interés personal en el asunto que los caballeros van a discutir, prefiero estar presente.

Lord Edward nos miró primero a mí y luego a Nefret, que parecía haber echado raíces en su silla. Sus elegantemente dibujadas cejas se elevaron.

- Te lo dije, Jimmy.

- No necesitas recordármelo -como los demás caballeros, Salisbury se había puesto en pie-. Querida…

La educación se nota. Mi comportamiento poco ortodoxo había hecho perder por completo los papeles a la pobre mujer, pero se recuperó rápidamente. Salió con elegancia de la habitación y los hombres volvieron a sentarse.

Durante unos instantes nadie habló. Yo aguardaba, como parecía apropiado, a que Salisbury o lord Edward abordaran el tema, pero ellos también parecían estar esperando. Emerson, que carece de mi don de la paciencia, estaba a punto de romper a hablar cuando se abrió la puerta y entró un hombre.

Era de complexión y estatura media, tenía un brillante cabello negro peinado hacia atrás desde la frente, y una cara hundida como en cuña. Sus labios parecían estar aplastados entre la afilada nariz y la barbilla puntiaguda. La piel tirante y las finas arrugas que la cubrían, especialmente alrededor de los ojos, eran inconfundibles señales de largos años pasados en el trópico, aunque no en Egipto, pues yo le hubiera conocido, sino posiblemente en la India. Ocupó la silla que lady Salisbury había dejado vacante y concentró en mí una fría mirada.

Su intento de desconcertarme fue, por supuesto, un fracaso. Sostuve su mirada.

- Si este caballero, y utilizo el término sin ser muy rigurosa puesto que obviamente estaba escuchando tras la puerta, si, repito, va a tomar parte en nuestra discusión, quizás tenga la bondad de

presentarse.

El hombre entreabrió mínimamente sus finos labios.

- Smith.

- Madre mía, qué poco original -observé.

- ¿Le apetece una copa de oporto, señora Emerson? -preguntó Salisbury. Sonaba un tanto desconcertado.

- No gracias, tampoco un puro. Fumen con entera libertad, si quieren; no es mi intención estropear la atmósfera de camaradería masculina.

- Ya lo has hecho -dijo Emerson de forma aprobadora-. ¿Nos centramos en el tema? Ya hemos desperdiciado demasiado tiempo y quiero irme a casa. La respuesta es no -continuó y retiró su silla.

- No te precipites Emerson -dije-. La respuesta es no, pero hay diversas preguntas a las que me gustaría que me contestaran. Primero…

- Los dos se están precipitando -nos advirtió Nefret-, y siendo condescendientes. Él puede hablar por sí mismo.

Se había puesto sus mejores galas. Su vestido azul era un auténtico *Worth* y llevaba un collar de turquesas de Persia engarzadas en oro y diamantes. No es que necesitara tales adornos para resaltar su juvenil belleza y su porte aristocrático: lo había hecho por él, para que se sintiera orgulloso de ella. La indignación había sonrojado de furia sus mejillas y hacía centellear sus ojos azules; incluso el enigmático señor Smith le rindió el cumplido de contener el aliento durante un breve instante. Me di cuenta de que estaba absolutamente furiosa con todo el mundo, Emerson y yo incluidos.

Todos los ojos se volvieron hacia Ramsés. Sus largos dedos envolvían el pie de su copa; había estado mirando fijamente el líquido de color rubí que la llenaba, pero ahora levantó la vista.

- No.

- Pero mi querido muchacho, ni siquiera has oído la propuesta -dijo lord Edward con diplomacia.

- Formúlela, entonces.

Con las cejas arqueadas, lord Edward echó una mirada al hombre sentado al otro extremo de la mesa. Smith no había hablado, salvo para dar un nombre que con seguridad no era el suyo. Ahora dijo:

- Ni quiero ni puedo discutir asuntos importantes en presencia de mujeres. Si insisten en quedarse, tendremos que concertar una cita para otro momento y en otro lugar.

Fue entonces Ramsés quien enarcó las cejas. Las suyas eran unas cejas muy espesas y muy oscuras, y se elevaban en los extremos de un modo que daban a su rostro una expresión indudablemente escéptica.

- Tal encuentro no merecería la pena. Estaba dispuesto a escuchar su proposición por pura cortesía, pero no puedo imaginar nada que pudiera inducirme a aceptar otra misión.

- Me temo que no podemos aceptar eso sin intentar, al menos, hacerle cambiar de opinión -insistió Salisbury en su tono calmo y bien educado-. Su deber hacia su país…

- Deber -repitió Nefret. Su voz era vacilante y el bonito color había desaparecido de sus mejillas. Sus ojos se volvieron hacia lord Edward-. Usted debería saber algo acerca de ello, ¿no es así? Usted era un soldado, llevaba a sus hombres a la batalla, espada en mano, con las banderas ondeando y los clarines sonando a la carga. Me han dicho que es muy emocionante mientras dura, y cuando termina puedes disfrutar de la admiración de las damas y discutir con los demás oficiales la brillantez de tu estrategia en torno a una copa de oporto.

Lord Edward no era tonto. No intentó detenerla.

- En absoluto parecido -continuó Nefret- a andar sobre el filo de una espada en lugar de llevar una, no por unas pocas horas de gloria sino un interminable mes detrás de otro. Ni clarines ni banderas: callejones oscuros y pequeños cuartos mugrientos; ignorando siempre, cuando entras en uno de ellos, si vas a recibir una cuchillada en las costillas de alguien que ha descubierto quién eres. Ni elogios ni admiración; únicamente cotilleos por parte de damas estúpidas e insultos de hombres como sus amigos, lord Edward. Y como usted.

El aristócrata no apartaba la vista de sus manos entrelazadas, y sus mejillas estaban levemente ruborizadas.

- Tuve que hacerlo, señorita… señora Emerson. Era por su propia protección.

- Y ahora usted quiere que lo haga de nuevo. ¡Rayos y centellas!, todos ustedes saben lo que le ocurrió cuando fue en busca del

traidor de quien su estirada pandilla ni siquiera sospechaba. ¿Cómo se atreve a hablarle a él de deber?

- El gobierno de su Majestad es plenamente consciente de lo que ha hecho -dijo lord Salisbury formalmente.

Ramsés había escuchado sin hacer ni un comentario, con los ojos puestos en el rostro de Nefret, que ahora se quedaron mirando a Salisbury.

- ¿Y lo de David Todros? Él arriesgó mucho más que yo, y lo hizo por un país que le insulta y le niega la igualdad política y social. Mi esposa… -su voz se detuvo unos segundos en esa palabra-. Mi esposa me otorga demasiados méritos. Fue pura casualidad que yo tuviera las cualidades idóneas para este trabajo particular. Lo acepté porque deseaba salvar vidas, incluidas las de los egipcios que creían que estaban luchando por la independencia de su país. Sentía, y siento, total simpatía hacia sus aspiraciones. No me gusta la violencia y estoy más que harto de desempeñar un papel, del engaño y de poner a mis amigos y a mi familia en peligro.

- Por no mencionarte a ti mismo -dijo Emerson, que se había controlado durante más tiempo del que yo había esperado-. Muchos individuos desagradables, incluido el jefe del servicio secreto turco, conocen tu participación en aquel asunto y tu identidad real. Si llegan a sospechar que has vuelto a las andadas, se te echarán encima como una jauría de perros. En cualquier caso, no puedo prescindir de ti. Te necesito en la excavación.

- ¿Acaso la egiptología es más importante que esta guerra? -preguntó el señor Smith.

Emerson abrió sus ojos azul zafiro de par en par.

- Por supuesto.

Era una provocación intencionada, materia en la que Emerson destaca; pero cuando los labios del señor Smith se curvaron en una mueca de desdén, expresión para la que resultaban muy apropiados, mi marido abandonó la ironía en favor del estilo directo y el discurso apasionado.

- ¡Esta guerra ha sido un error monumental desde el principio! Gran Bretaña no es la única responsable, pero por Dios, caballeros, debe compartir la culpa, y lo hará a un alto precio: lo más granado de sus jóvenes, futuros intelectuales, científicos, estadistas, y hombres corrientes y decentes que habrían llevado vidas corrientes

y decentes. ¿Y cuando se hayan cansado de sus juegos de soldaditos, cómo terminará? Unas pocas fronteras redibujadas, unas pocas ventajas políticas transitorias, ¡a cambio de un continente entero devastado y un millón de tumbas! Lo que yo hago puede resultar de poca importancia respecto a la acumulación total del saber, pero al menos yo no tengo sangre en mis manos -respiró profundamente y, habiendo expresado a su gusto sus sentimientos, prosiguió en un tono más calmado-. Bueno, asunto zanjado. Buenas noches, caballeros. Gracias por una velada de lo más amena.

Salimos del lujo civilizado de la casa a un alboroto total. Había sido vagamente consciente de los sonidos que se oían tras los gruesos muros y las ventanas con pesadas cortinas, pero había estado demasiado preocupada para prestar mucha atención. Ahora eran claramente audibles, fuertes ruidos secos, como una serie de corchos saltando de botellas de champán. Sobre nuestras cabezas, el cielo estaba estampado con franjas de luz en movimiento.

- Dios mío -dije, arropando mi garganta con el chai de noche-. Parece un ataque aéreo. Eso debe ser lo que lord Edward estaba intentando decirnos. Quizás deberíamos haberle escuchado en lugar de largarnos a toda prisa.

- ¿Quieres ponerte a cubierto? -preguntó Emerson-. Hay una estación de metro al final de la calle.

- ¿Qué sentido tendría? Las bombas caen por todas partes. Quiero irme a casa.

En un momento de calma entre los estallidos oí otro sonido, un zumbido distante.

- Miren -susurró Nefret-. Allí arriba.

Parecían bellos e inofensivos, flotando como enormes peces plateados en un mar de oscuridad. Los reflectores los enfocaron repentinamente y otra serie de explosiones hicieron retumbar el aire.

- Ésas no son bombas, son nuestros disparos -dijo Ramsés-. De las baterías de Hyde Park. Padre, ¿me permite conducir? Espero que no le importe que sugiera que mi visión nocturna…

- Este no es momento para un debate cortés -exclamé-. ¿Dónde está el automóvil? Ramsés, tú conduces.

Emerson me tomó del brazo.

- Sí, será mejor que nos pongamos en marcha. Sólo hay tres de

esas malditas cosas y parece que están muy al norte de aquí. Una vez que los aviones alemanes empiecen a aparecer en masa, esto será un asunto diferente.

- Emerson, ¿podrías por favor dejar de hacer comentarios pesimistas y darte prisa?

El cielo sobre el East End estaba enrojecido por el reflejo de las llamas. Estaban apuntando al puerto, y alcanzándolo también, a mi juicio. No podía apartar mis ojos de esas hermosas formas plateadas. ¿Por qué diablos no podían nuestras armas derribarlas? Bombas en Hyde Prak y en Embankment… ¿Qué sería lo próximo?, ¿duelos aéreos sobre el palacio de Buckingham? Dentro de los guantes mis manos estaban húmedas por el sudor. Me desprecié a mí misma por cobarde, pero aquél era mi primer ataque aéreo y me parecía odioso, no sólo por el sentimiento de indefensión, sino por lo distante de todo el asunto. Si alguien va a matarme, quiero que se tome un interés personal en ello.

Ramsés condujo con lo que me pareció una lentitud excesiva, hasta que repentinamente frenó, justo a tiempo para esquivar a una forma oscura que apareció de repente en la carretera, directamente delante del coche.

- Borracho -dijo, mientras el individuo continuaba su vacilante camino.

- Así es como afecta el alcohol a algunas personas -comentó Emerson. Pasó su brazo tras el respaldo del asiento-, ¿le arrepientes de no haber tomado ese oporto, Peabody?

- No, pero pienso tomarme un whisky con soda bien cargado en cuanto lleguemos a casa.

- Eso haremos todos. Anímate, mi amor, casi ha acabado. No pueden mantener este ritmo toda la noche.

Ya no podía ver los zepelines, y los disparos sonaban más espaciados. No sabía dónde estábamos; Ramsés había dado un rodeo. Parecía un barrio de almacenes y pequeñas tiendas. Estaba empezando a relajarme cuando se oyó un grito de Emerson y un extraño sonido sibilante. Ramsés dio un giro y el coche pegó una sacudida, empezó a dar vueltas y traqueteó hasta detenerse. Se paró chirriando, pero el sonido del impacto fue ahogado por una violenta explosión. Me encontré en el suelo del vehículo, con Nefret encima de mí intentando cubrir mi cabeza con sus manos.

- ¿Nefret? -Ramsés abrió la puerta de un tirón y la alzó. Añadió, más bien como una ocurrencia tardía-. ¿Madre?

- Estoy perfectamente -gruñí-. ¿Qué diablos era eso?

Emerson me sacó de la maraña con sus grandes manos y me ayudó a ponerme en pie.

- No te sientes aún, el asiento está cubierto de escombros, incluidos cristales rotos. Tranquila cariño. ¿Estás herida?

- Yo no. Nefret me empujó al suelo y protegió mi cuerpo con el suyo. ¿Ella está herida?

- Algunos cortes en las manos -dijo Ramsés, había sangre en su rostro y en el de Emerson. El parabrisas había estallado en pedazos, rodándolos a ambos de cristales.

Por un momento permanecimos de pie observándonos unos a otros desconcertados. Salvo por el enorme agujero en la calle y el capó abollado del automóvil, todo el incidente podría haber sido una horrible pesadilla. La noche estaba en calma, y sólo una serena media luna iluminaba el cielo oscuro. El coche estaba empotrado contra un muro de ladrillos contiguo a lo que parecía ser una fábrica. La luz de la luna era suficientemente brillante para permitirme leer el rótulo. Se me quedó grabado en la mente, como en ocasiones ocurre con los hechos inconsecuentes: BRUBAKER: LOS MEJORES BERBIQUÍES PATENTADOS.

- Vaya, vaya -dijo Emerson-. Veamos si podemos poner en marcha el maldito chisme, ¿de acuerdo? Eso ha sido una conducción inspirada, hijo.

- Pura suerte. Si no hubiera habido un muro de ladrillo a mano… -Aún estaba rodeando los hombros de Nefret-. Era uno de nuestros propios proyectiles.

No llegamos a casa hasta las dos de la mañana. Uno de los neumáticos tuvo que cambiarse, y aunque el motor se encendió con el primer vigoroso giro de palanca de Emerson, traqueteaba y tosía cada vez que Ramsés cambiaba las marchas. Gargery, que había estado levantado esperándonos, palideció al ver al grupo desaliñado y salpicado de sangre, y se empeñó en llamar al médico.

- Ya ven lo que pasa cuando salen solos -exclamó indignado.

Nefret le recordó que *ella* era médico y Emerson gritó:

- Maldita sea, Gargery, ni siquiera tú podrías protegernos de la explosión de un proyectil. Sirve el whisky, y vete a la cama.

Poco después, Nefret se llevó a Ramsés al dormitorio, y yo hice lo mismo con Emerson. Se opuso enérgicamente cuando traté de aplicarle yodo en los cortes, pero conseguí hacerlo de todos modos. Gracias a Nefret, yo había salido sin un solo rasguño.

- No he tenido oportunidad de decírtelo -comenté por encima de las protestas que Emerson mascullaba-, pero fue un discurso muy elocuente, Emerson. Bien hecho, querido.

- Bah -replicó mi marido-. Ha servido para desahogarme pero no tuvo el más mínimo efecto. Las personas como Cecil y Salisbury están cubiertos por una capa de presunción, que el sentido común no puede traspasar.

- Por no mencionar al señor Smith. Obviamente, ése no es su verdadero nombre.

- Obviamente. -Emerson asestó con irritación un golpe al yodo que corría hacia su boca-. Al menos sabemos lo que es. Maldita sea esa gente, les gustan tanto el misterio y los subterfugios…

- No puedo evitar sentir un poco de curiosidad sobre lo que tenía en mente.

- Yo no tengo la más mínima curiosidad -dijo Emerson-. Y quiera el cielo que Ramsés tampoco. Eso quiso decir, ¿no? Él ha cumplido con su parte. No cambiaría de idea, ¿o sí?

- No, querido -dije con firmeza-. Pero quizás ellos no se rindan tan fácilmente. Smith es un subordinado, un intermediario. Estoy segura de que fue enviado por alguien de más arriba. Quizás el mismo Kitchener.

- No me importa si fue enviado por el Rey, el Primer Ministro o Dios Todopoderoso. No pueden obligar a Ramsés a aceptar otra misión, y él sabe tan bien como yo que sería extremadamente temerario. Si no -añadió Emerson chasqueando los dientes-, haré que Nefret se lo explique en términos que él no pueda ignorar.

DEL MANUSCRITO H

Las voces llegaban flotando en la oscuridad.

- Átale de manos y pies y salgamos de aquí.

- ¿Dejarle con vida? ¿Estás loco? Sabe quién soy.

- Entonces mátale. ¿O tengo que cortarle el cuello por ti?

- Oh, no. He deseado matarle durante mucho tiempo. Llévale abajo.

Abajo, a la pequeña habitación mugrienta de la bodega donde los grasientos látigos enrollados colgaban de un gancho en la pared y antiguas manchas de sangre oscurecían el suelo. De pronto él estaba allí, viéndose y sintiéndose reanimado: el aire frío y húmedo contra su espalda desnuda, las cuerdas apretadas alrededor de las muñecas. Una vez él había creído que temía al *kurbash* más que a la misma muerte. Ahora, viendo a su enemigo levantar la pesada tira de piel de hipopótamo, supo que se había equivocado. Estaba sudando de terror, pero no quería morir, no aún, no de aquel modo, sin una oportunidad de defenderse. Cerró los ojos y apartó su rostro… y sintió contra su mejilla, no la áspera piedra de la pared, sino una superficie blanda y cálida y dulcemente tierna.

- Está bien -dijo ella con voz queda-. Estoy aquí. Despierta, mi amor. Era sólo un sueño.

Él la había buscado en su sueño y ella se había movido instantáneamente para responder a su anhelo, atrayendo hacia su pecho la cabeza de él. Ramsés suspiró y relajó el brazo que la aferraba. Habría moratones en su piel blanca al día siguiente, en el lugar donde sus dedos se habían cerrado sobre su costado.

- Perdona. No quería despertarte. Vuelve a dormirte.

- No seas idiota -dijo su mujer-. Es culpa mía. No debía haber

sacado el tema anoche.

- ¿Cómo sabías que era eso…?

- Hablabas.

- Oh.

Cuando se apartó y se volvió sobre su espalda, él sabía que estaba siendo aún más idiota. Llevaban casados algo más de seis meses, y aún no había conseguido sobreponerse al milagro de haberla ganado, de una comunión de mente, cuerpo y espíritu, mayor de lo que nunca se había atrevido a imaginar. Ya no le importaba admitir sus debilidades, no delante de ella… no mucho, pero lloriquear como un chiquillo asustado por una pesadilla…

Nefret se levantó de la cama. Con pasos firmes y silenciosos en la oscuridad, encontró la vela que era el equipamiento habitual para casos de corte eléctrico. Ramsés se preguntó qué instinto indefectible le había indicado a su mujer que él no podría haber soportado el brillo abrupto de las bombillas eléctricas. La suave luz de la vela dejaba su cara en sombras y enviaba reflejos dorados a la mata de cabello de Nefret. Se lo había dejado suelto, como a él le gustaba verlo y acariciarlo.

- Sigues excluyéndome -dijo ella, sentándose en un lado de la cama-. Sé por qué lo haces. Quieres ahorrármelo. No puedes. Vi lo que te había hecho. ¿Supones quejo no pienso en ello, no sueño con ello? Desearía que él aún estuviese vivo para que yo pudiera hacerle lo mismo.

Lo decía en serio. Su rostro tenía la serenidad remota e inhumana de una diosa dictando sentencia. En ocasiones Ramsés olvidaba que su sofisticada y bella esposa inglesa había sido Suma Sacerdotisa de Isis en una aislada región donde aún se adoraban a los antiguos dioses de Egipto.

- Al menos tú tuviste la satisfacción de matarlo -dijo él, y deseó haberse arrancado la lengua de un mordisco antes de haber hablado-. Oh, Dios, ¡lo siento! ¡Cómo puedo haber dicho una cosa tan terrible!

- ¿Por qué? Es verdad. Eso es lo que te ha estado obsesionando, ¿no es cierto? Después de todos esos años atormentado por él, odiándole tanto como él a ti, nunca tuviste la oportunidad de hacérselas pagar. No serías humano si no estuvieras un poco resentido conmigo.

- Eso es absurdo. ¿Resentido contigo por salvarme la vida?

- Para colmo de males. -Ella sonreía, pero sus labios temblaban-. Me alegro de que podamos hablar de ello ahora. Amor mío, ¿no te das cuenta de que no podrías haberle castigado como se merecía, incluso si él hubiera estado en tu poder, sin que nadie pudiera verlo ni detenerte? Eres demasiado decente como para recrearte en un enemigo caído.

- Me haces parecer como el más terrible mojigato -protestó Ramsés. Pero empezaba a sentir cómo se relajaban sus músculos tensos. Quizás su mujer estaba en lo cierto. Como le recordaba con frecuencia, ella le conocía mejor de lo que él se conocía a sí mismo.

Nefret se inclinó sobre él y tomó su rostro entre sus manos.

- Tienes algunos defectos.

- Gracias, eso me hace sentir muchísimo mejor.

- Y uno de ellos -dijo Nefret volviendo la cabeza cuando él levantó la suya, de modo que los labios de Ramsés se posaron en su mejilla en lugar de en su boca-, es ser demasiado duro contigo. No hagas eso, no he terminado.

El la agarró por los hombros y tiró de ella hacia abajo hasta que estuvo acostada encima de él. Nefret estaba riendo o llorando, él no podía saberlo con seguridad, sólo sentía los estremecimientos que agitaban su cuerpo.

- Mi amor, no llores. ¿Qué ocurre?

Ella se irguió, apoyando sus codos dolorosamente en el pecho de Ramsés. Dos lágrimas, una de cada ojo, se deslizaban con exquisita lentitud por la curva de sus mejillas.

- No quería hacerlo -dijo con un nudo en la garganta-. Estaba decidida a no hacerlo. Pero estoy demasiado asustada para jugar limpiamente. Prométeme…

- Lo que sea, querida. ¿De qué tienes miedo?

- ¡De ti! Prométeme que no cederás ante Smith y Salisbury y los demás.

- Me oíste negarme. Odio todo el maldito asunto, Nefret; los engaños y las mentiras, traicionar a personas que confiaron en mí, la preocupación que causé a madre y a padre. No puedes creer que lo haría otra vez.

Ella movió vehementemente su cabeza.

- Te conozco muy bien, Ramsés. Si te convencieran de que existe

un trabajo que sólo tú podrías hacer, y de que personas inocentes resultarían heridas o muertas si no lo hicieras, aceptarías. No te dejaré. No podría soportarlo. No ahora, cuando sólo hemos tenido unos pocos meses para estar juntos. Júrame…

- Por favor, no llores -dijo Ramsés con desesperación-. *Eso* no puedo soportarlo. Juraré por lo que tú quieras.

- Gracias. -Se limpió una última lágrima de la cara y se recostó más cerca de él-. ¿Alguna vez te has preguntado por qué estoy tan desesperadamente enamorada de ti? No es porque seas alto y guapo y… ¡ooh! -dejó escapar una risita sofocada cuando las manos errantes se posaron en un lugar concreto-. Bueno, *eso* tiene algo que ver. Cielo, sé que no puedo mantenerte a salvo y fuera de peligro. Adoro tu valor y tu fuerza y tu hábito enloquecido de asumir riesgos innecesarios, y la forma en que te conviertes en paladín de los desamparados. Todo lo que pido es el derecho a compartir el peligro. Si no me dejas luchar por ti como tú lo harías por mí…

La frase terminó con una respiración entrecortada, cuando él la atrajo hacia sí.

- ¿Tienes la más ligera idea de cuánto te quiero?

- Dímelo, demuéstramelo.

* * *

El ataque aéreo había sido una experiencia instructiva. No era ni mucho menos el primero de la guerra, pues Londres y algunas ciudades de la costa este habían sufrido varios, pero para mí era el primero, y me había recordado una verdad que yo conocía bien, y que a veces olvidaba: que la seguridad perfecta no puede ser conseguida en este mundo imperfecto, y que enfrentarse al peligro es en ocasiones menos peligroso que intentar evitarlo. O, para decirlo en palabras de Emerson: «Dios tiene un peculiar sentido del humor. Sería típico de Él dejar caer una bomba en nuestra casa de Kent después de que hubiéramos decidido evitar los peligros de un viaje por mar».

Aun así, el incidente no había cambiado mi opinión acerca de que Sennia viniera con nosotros o no. Después de los primeros bombardeos, Evelyn había sugerido que la enviáramos con ellos a Yorkshire, y ésa me parecía la solución más sensata. Me temía que Sennia no lo vería de la misma forma. Decidí hablarle la mañana siguiente, ya que no tengo costumbre de posponer las tareas

desagradables.

La niña estaba en su cuarto, tan ocupada con algún juego privado que no me oyó acercarme. Me quedé en la puerta observándola durante un rato. La habitación era alegre y luminosa; juguetes y libros llenaban los estantes, bonitas alfombras cubrían el suelo y un fuego ardía en la chimenea. El día no era frío, pero Basima, la niñera egipcia de Sennia, encontraba nuestro clima inglés un poco fresco. Había incluso un gato tumbado en la repisa de la chimenea.

Horus no parecía un afable minino doméstico ni siquiera cuando estaba dormido. Como todos nuestros gatos, descendía de una pareja de felinos egipcios; su pelaje manchado y sus largas orejas eran reminiscencias de los grandes gatos cazadores representados en las pinturas murales egipcias. Abrió un ojo, me identificó como (relativamente) inofensiva, y volvió a cerrarlo. Había una cosa más, pensé: si Sennia venía con nosotros, *Horus* tendría que venir también. Se comportaba como un demonio con todos los miembros de la familia salvo con la niña y Nefret, que había sido su socia anterior (una difícilmente se podría decir dueña, no con *Horus)* hasta que él súbitamente transfirió su fidelidad a Sennia.

Sennia estaba haciendo construcciones con sus bloques. La elevada estructura en forma de torre tenía la obvia intención de representar una pirámide; y no me mantuvo durante mucho tiempo en la ignorancia de la identidad de los pequeños muñequitos que movía arriba y abajo por las pendientes.

- Tío David y el profesor y tía Amelia y tía Nefret y tía Lía y el pequeño Abdullah; no, bebé, tú no puedes escalar la pirámide, tú tienes que quedarte aquí en la arena y esperarnos, es muy aburrido, pero los bebés son muy aburridos. Y Ramsés, y -su voz se elevó en un grito triunfante-, ¡y yo!

Estaban en la cima, por supuesto. Eso no presagiaba nada bueno.

Se dirigía a casi todo el mundo por los tratamientos de cortesía de tía o tío, puesto que su relación precisa con nosotros habría sido difícil de definir. No era difícil de explicar, pero varias personas seguían creyendo, a pesar de nuestros desmentidos, que era la hija ilegítima de Ramsés. El parecido entre ellos era ante todo en el color: piel oscura y cabello negro ondulado. El parecido de ella conmigo era mayor; tenía los ojos gris acero y la barbilla resuelta

que yo había heredado de mi padre.

Sennia los había sacado, no de Ramsés sino del hijo de mi hermano. Mi sobrino era uno de los escasos hombres verdaderamente malvados que yo me había encontrado en mi vida. Había abandonado a su hija a una vida de pobreza y posible prostitución, y durante años había sido el enemigo más implacable de Ramsés. Yo sólo podía dar gracias al cielo por que Sennia le hubiera olvidado, y por que él se encontrara ahora fuera de nuestras vidas para siempre.

El desafortunado muñeco bebé, apartado a un lado, me ofreció la posibilidad de comprender mejor los verdaderos sentimientos que Sennia albergaba hacia el hijo de Lía y David. Se comportaba de manera impecable con él, pero no era sorprendente que estuviera celosa del pequeño y de la atención que captaba de todos nosotros. (Es una respuesta completamente normal, según afirma la psicología, y yo creo firmemente en la psicología cuando coincide con mis propias opiniones.) Sennia era la única que le llamaba por su nombre completo, que era el de su bisabuelo, uno de los mejores hombres que he conocido. Algún día sería digno de él, pero resultaba un apelativo demasiado formal para tan regordeta y graciosa criaturita. Los demás empleábamos diversos nombres cariñosos, algunos de los cuales eran tan estúpidos que dudo si repetirlos. Emerson era uno de los peores ofensores; volvió a caer en el vicio de balbucear idioteces a los niños. Sin embargo, a ellos parecía gustarles; *Muñequito* (como yo le llamaba) estallaba en una amplia sonrisa desdentada cada vez que Emerson se le acercaba.

Anuncié mi presencia con una ligera tos, y Sennia vino corriendo hacia mí. Se abrazó a mi cintura y me estrechó todo lo fuerte que pudo.

- ¡Dios mío! -exclamé-. Creo que eres aún más fuerte que ayer.

- Y más alta. ¿Ves?

Acaricié los rizos de la negra cabellera apretada contra mi estómago, pero me vi obligada a señalar que se estaba poniendo de puntillas. Sennia sonrió. Tenía unos pequeños dientes blancos muy bonitos y uniformes. En ese momento le faltaban dos, lo que le daba a su sonrisa un encanto infantil.

- Siempre me pilla, tía Amelia. Ramsés nunca.

- Nunca lo hará. Muy bien, querida, debemos ponernos a

trabajar. ¿Dónde está tu libro de lectura?

Lo tenía preparado junto a sus otros libros, ordenados con esmero sobre el pupitre. Disfrutaba de sus lecciones, en parte porque le daban la oportunidad de estar con las personas que quería. Con el tiempo tendría tutores de música e idiomas y de otras materias avanzadas, pero aún era muy pequeña y nos turnábamos para enseñarle lo que nosotros -¡y ella!- pensábamos que debía aprender. A decir verdad, el programa de estudios era, en cierto modo, poco ortodoxo. Incluía no sólo lectura, escritura y aritmética simple, sino también jeroglíficos egipcios y arqueología. Sennia había insistido en estudiar ambas materias. Si Ramsés hubiera sido fontanero ella habría insistido en aprender sobre desagües.

Estábamos inmersas en las aventuras de la pequeña Polly y el pequeño Ben y su perro *Spot* cuando Basima entró con mucho ajetreo. Había tardado en devolver la bandeja del desayuno a la cocina, explicó, porque Sennia había tenido que ser *persuadida* para que se tomara las gachas.

- No me gustan las gachas -dijo la pequeña con el mismo tono de Ramsés-. Son aburridas.

Ahogué una risita. No debería haber hecho nada que la envalentonase, pero resultaba gracioso oírla imitar la manera de hablar y el acento de su héroe. Ella era bilingüe, hablaba árabe e inglés con la misma facilidad, y cuando se mostraba más arrogante, me traía gratos (y no tan gratos) recuerdos del niño que había adquirido el apodo de Ramsés porque, en palabras de su propio padre, era tan moreno como un egipcio y tan arrogante como un faraón.

- Las gachas son buenas para ti -dije con firmeza-. No quiero volver a oír que no has querido tomar tu saludable desayuno, o que le has contestado a Basima.

- No le he contestado. Nunca sería maleducada con Basima. Sólo señalé…

- Basta -exclamé, mientras Basima movía la cabeza y sonreía neciamente a la niña a su cargo. Ella y los demás sirvientes, incluido Gargery, habrían dejado que Sennia les desollara vivos si hubiera mostrado interés en hacerlo.

Terminamos la lección sin más interrupciones; pero al acabar, Sennia tenía otra queja.

- Encuentro al pequeño Ben y la pequeña Polly muy aburridos, tía Amelia. ¿No podemos leer un libro más interesante?

- Encuentras aburridas muchas cosas -dije (aunque secretamente yo estaba igual de aburrida con el pequeño Ben y la pequeña Polly, por no hablar del perro)-. A veces es necesario sufrir el aburrimiento para conseguir educarse y aprender modales.

Sennia, que ya había oído esto anteriormente y no estaba en absoluto impresionada por mi argumento, cambió de tema.

- Es la hora de mi lección de jeroglíficos. ¿Dónde está Ramsés?

«Escondido» era la respuesta correcta, que no le di. No aparecería hasta que la tormenta hubiera pasado. Cuanto antes terminara con ello, mejor.

- Ven aquí y siéntate conmigo -le dije-. Vamos a tener una conversación seria.

Un cuarto de hora después abandoné la habitación, sintiéndome una villana y una asesina. Sennia estaba tumbada en la alfombra al lado del gato, su rostro enterrado entre sus brazos y su cuerpo convulso por los sollozos. Horus alternaba entre darle lametazos en el pelo y gruñirme a mí. Tampoco tenía el beneplácito de Basima; ella no había osado intervenir, pero las miradas que me lanzaba expresaban sus sentimientos a la perfección.

Emerson me estaba aguardando al lado de la escalera.

- ¿Qué tal ha ido?

- Me sorprende que necesites preguntarlo. Todo el mundo en la casa debe de haber oído su reacción inicial.

Emerson se pasó la manga por su frente húmeda. La casa no estaba especialmente caldeada, eran puros nervios lo que le hacía sudar.

- Pero todo ha estado en silencio durante algunos minutos -dijo ansiosamente-. ¿La convenciste?

- Le informé de nuestra decisión -le corregí-. No supondrás que dejaría que una niña se me impusiera.

A finales de octubre zarpábamos de Southampton. *Horus* compartía el camarote de Basima y Sennia.

Capítulo 2

El viaje se desarrolló sin incidentes de naturaleza militar, pero nos reservaba una sorpresa. Gargery no hizo su aparición hasta que estuvimos a dos días de Southampton. Eligió bien su momento, aguardando hasta después de que Emerson hubiera tomado varias tazas de café y estuviéramos dando nuestro paseo matinal por cubierta. No cabe duda de que esperaba que la presencia de varias docenas de testigos obligara a mi esposo a controlarse. En esto no estaba en lo cierto: Emerson se detuvo en seco cuando vio la familiar silueta avanzando hacia él. Gargery se irguió en toda su estatura, de aproximadamente un metro sesenta y cinco, taconeó un vigoroso saludo militar y emitió tres palabras: «A sus órdenes», antes de que Emerson le levantara agarrándole por el cuello y empezara a sacudirle.

Fue la visión del rostro escandalizado de Sennia lo que frenó a Emerson después de tan sólo unas pocas palabrotas.

- ¡Maldita sea! -exclamó, relajándose ligeramente-. ¿Qué significa esto, granuja? ¿Cómo te atreves a desobedecerme?

- La gente nos está mirando, Emerson -señalé.

- ¡No le hagas daño! -gritó Sennia, lanzando sus brazos alrededor de Gargery.

Entre la presión de Emerson sobre su cuello y el apasionado abrazo de Sennia en torno a su diafragma, Gargery no tenía aliento suficiente para hablar, pero no pude dejar de darme cuenta de que, aun así, parecía encantado consigo mismo.

Ramsés y Nefret nos habían estado siguiendo a una discreta distancia. Ahora se unieron a nosotros.

- Quizás -dijo Ramsés-, debiéramos continuar esta… eh… discusión en privado, padre.

Emerson aflojó sus manos y Gargery, que había estado sosteniéndose de puntillas, se tambaleó y se recompuso.

- Aún no tengo mis piernas hechas al mar, señor -comentó-. Pronto se acostumbrarán. Como iba diciendo, señor, me presento a sus órdenes.

Tuvimos nuestra discusión privada en un rincón de la sala de fumadores. Era un bonito día luminoso, así que la mayor parte de los pasajeros estaban en cubierta disfrutando de la luz del sol. Gargery no presentó ninguna excusa excepto la que era, para él, suficiente:

- No podía dejarles marchar solos, no después de todos los terribles problemas en los que se metieron el año pasado.

Gargery no conocía los detalles de los «terribles problemas», puesto que la verdad de ese asunto estaba profundamente enterrada en los expedientes secretos del ministerio de Guerra, y allí permanecería, pero había sido imposible ocultarles a él y a los demás algunas de las consecuencias. Por lo tanto, yo había compuesto, con mi destreza habitual, una narración que explicaba lo que no podía ser ocultado y eludía lo que no podía ser explicado. Después de todo, como Gargery reconoció, nos metíamos en problemas casi cada año con una banda de criminales u otra. Hasta donde él y el resto de nuestros amigos sabían, las heridas de los chicos habían sido provocadas en el curso de otro encuentro con nuestra vieja némesis, el Maestro del Crimen, y su banda de ladrones de antigüedades.

Aprovechando su ventaja, Gargery prosiguió con indignación creciente.

- Lo que es más, señor y señora, fueron y permitieron que esos dos se casaran allá lejos, en Egipto, sin que nosotros estuviéramos presentes o hubiéramos sido siquiera informados hasta que todo hubo terminado. Nos lo tomamos muy a mal, señor y señora.

Nefret estaba poniendo tanto empeño en no reírse, que era incapaz de hablar, pero Ramsés consiguió meter baza.

- Nos casamos de nuevo en Inglaterra, Gargery, principalmente para complaceros a ti y a Rose. Un hombre no hace ese tipo de sacrificio a la ligera.

- Bueno, sí, señor -dijo Gargery, con el aire de alguien que concede gentilmente un punto-. Fue un detalle por su parte, señor Ramsés. Y bien bonito, debo decir; con todas esas flores y la señorita Nefret tan hermosa como un cuadro y el señor sonándose la nariz cada dos minutos y Rose y la señorita Lía y la señorita Evelyn llorando, y usted el vivo retrato de un marido orgulloso y…

- Sí, exactamente -le interrumpió Ramsés. Estaba un tanto sonrojado, si era de vergüenza o de risa contenida yo no lo sabía-. Lo sabemos todo, Gargery. Estábamos allí.

- Yo también -dijo Sennia.

De hecho, había sido en parte por Sennia por quien Ramsés había accedido a «hacer el ridículo» en traje completo de etiqueta, en presencia de la prensa y de algunos curiosos, en ni más ni menos un lugar como St. Margaret en Westminster. Sennia se había quedado desolada por la noticia de su matrimonio. Como me explicó con indignación, había contado con casarse con él ella misma, cuando fuera un poco mayor. Nefret tuvo que hacer uso de una gran cantidad de tacto para ganársela, y parte del precio de su aceptación fue el ofrecimiento de participar en una boda elegante, vestida con sus mejores galas y adornada con flores. (A lo largo de toda la ceremonia se comportó más bien como si ella estuviera entregando al novio.) A pesar de que todo el asunto fue un poco fastidioso, complació a un buen número de personas y satisfizo una persistente duda que yo misma tenía acerca de la legitimidad del acuerdo original. El padre Bennett, de la iglesia anglicana, se había mostrado poco dispuesto a actuar con tanta prontitud como yo quería, y el amable pero muy anciano sacerdote copto que ofició la ceremonia olvidaba continuamente las palabras.

El favorecedor sonrojo que había oscurecido las mejillas de Emerson no estaba causado por la vergüenza ni la risa. El sabía que había perdido un terreno considerable durante el diálogo y estaba intentando pensar cómo reconquistarlo sin ofender a Sennia.

- Me necesitan, señor y señora -insistió Gargery-. Especialmente con el señor David ausente y la pequeña señorita con ustedes.

- Oh… eh… bah -dijo Emerson, observando cautelosamente a Sennia. Ella le estaba mirando como un pequeño dragón protector. Él forzó una débil sonrisa poco convincente-. Ummm…

- Así que asunto zanjado -decretó Nefret-. Ven Ramsés, aún no

hemos concluido nuestro kilómetro y medio alrededor de la cubierta. ¿Vienes con nosotros, Sennia?

- Me quedaré con Gargery -le cogió de la mano.

Y eso es lo que hizo, quedarse con él, durante la mayor parte de las horas de luz del resto de la travesía. A Emerson le llevó varios días volver a congraciarse con ella.

- Maldita sea -comentaba con tristeza-, no me atrevo siquiera a mirar con el ceño fruncido a ese granuja.

- Ella protege ferozmente a todos aquellos a los que quiere, Emerson. Tomaría partido por ti con igual vigor si alguien se portara mal contigo.

- ¿De veras lo crees? -Emerson sopesó la idea.

- Me niego a mantener una disputa contigo para que Sennia pueda defenderte. Se le pasará; tan sólo sé amable con Gargery.

- Maldición -murmuró Emerson.

* * *

Nunca me ha gustado Alejandría. No tiene monumentos faraónicos dignos de mención, y la ciudad es una mezcla de las peores características europeas y orientales, sin apenas nada del encanto de las viejas calles misteriosas de El Cairo. Aquel año el puerto estaba lleno de embarcaciones, incluido un deprimente número de barcos hospital. Alejandría había sido el centro de operaciones durante la campaña de Gallípoli; los valientes muchachos de Australia y Nueva Zelanda habían zarpado de allí, con la moral alta y promesas de un pronto regreso. Por desgracia habían vuelto demasiado pronto. Había muchísimos heridos, los hospitales no podían albergarlos a todos; la bandera de la Cruz Roja ondeaba sobre muchas villas y casas de la ciudad y sus alrededores. Fue un alivio tomar el tren para El Cairo, y sólo la necesidad de disimular ante la niña nuestros sentimiemos nos mantuvo alejados de la lúgubre introspección y de una conversación aún más sombría.

De cualquier modo, estar de vuelta en Egipto era placer suficiente para apartar de nuestras mentes los asuntos tristes, y cuando llegamos a la estación central de El Cairo, fuimos recibidos por una multitud que gritaba y nos saludaba, todos miembros de la familia que había trabajado para y con nosotros durante tantos años. Abdullah, nuestro *rais* y querido amigo, se nos había ido, pero sus hijos, nietos, sobrinos y primos formaban un clan fuertemente

unido. Tan pronto como el tren se detuvo, unas manos impacientes nos sacaron del vagón, y fuimos inmediatamente rodeados. Fátima, nuera de Abdullah y nuestra doncella egipcia, arrebató a Sennia de los brazos de Basima; Selim, hijo menor de Abdullah a quien había reemplazado como *rais,* comenzó a interrogar a Emerson acerca del trabajo de la temporada; Daoud, que sacaba una cabeza a todos los demás, reclamaba noticias de su adorada Lía y del bebé; Ali y Yussuf, Ibrahim y Mahmud nos abrazaron a todos por turno. Después nos escoltaron en una triunfal procesión hasta los carruajes que tenían esperando.

Tan pronto como estuvimos en nuestro coche, Emerson empezó a refunfuñar.

- Malditos sean los condenados cabriolés, son demasiado lentos. ¿Por qué no ha traído Selim el automóvil?

Yo le había ordenado a Selim que no lo hiciera. Emerson habría insistido en conducirlo, y el concepto de mi marido de conducir un automóvil es dirigirse en línea recta a su destino sin disminuir de velocidad o cambiar de dirección, y éste no es precisamente un buen método entre lentos carros y camellos, de los que hay un buen número en las calles de El Cairo.

En vez de hacérselo ver, comenté con el tacto que he desarrollado después de muchos años de matrimonio:

- Me figuro que quería hacer un espectáculo de nuestra llegada. Ya ves con qué cuidado están decorados los carruajes.

- Espectáculo es la palabra -gruñó Emerson, lanzándose hacia una esquina y cruzándose de brazos.

- Sennia se lo está pasando bien -volví la vista hacia el carruaje que seguía al nuestro. Borlas de color rojo brillante colgaban de los arreos de los caballos y repicaban cascabeles. Pude ver a la niña brincando como un grillo y a Gargery tratando de agarrarse a ella.

Después de que hubiéramos recorrido una corta distancia, Emerson olvidó su resentimiento y empezó a buscar viejos conocidos entre el gentío. Puesto que conoce a prácticamente cada mendigo, ladrón y comerciante de El Cairo, encontró a un buen número, y sus estentóreos saludos fueron contestados del mismo modo.

- *¡Asalamu Alaikum,* Padre de las Maldiciones! *¡Marhaban!*

Nuestra procesión recorrió su camino a través de la ciudad,

cruzando el puente, y por la carretera de Giza hacia la casa que habíamos alquilado durante varias de las temporadas pasadas. Tranquila, sabiendo que nuestros leales amigos tendrían todo en orden para nuestra llegada, respiré profundamente el aire seco y cálido y con ojos codiciosos atrapé las visiones y los sonidos que me eran tan familiares y queridos. Ni siquiera el polvo que levantaban los cascos de los caballos y los burros podía empañar mi alegría. Había vuelto a Egipto, el hogar de mi corazón. ¡Qué apasionantes descubrimientos me esperaban esa temporada! Estaba segura de que las tumbas de la antigua Giza guardaban tesoros por descubrir. Y con un poco de suerte, quizás tropezáramos con una banda de ladrones de tumbas o incluso con un asesino.

Otro grupo de amigos nos esperaba en el patio de la casa. Sennia fue inmediatamente recogida por Kadija, la mujer de Daoud, que había sido demasiado tímida para venir a la estación del ferrocarril. Todos habíamos aprendido a admirar a esta corpulenta mujer de aspecto majestuoso que tenía la piel marrón oscuro de su madre nubia. Nefret y ella estaban especialmente unidas; tan pronto como Kadija hubo dado a Sennia un caluroso abrazo le pasó la niña a los demás que estaban esperando saludarla y se volvió hacia Nefret.

- Está radiante como una flor, Nur Misur -murmuró-. ¿Es la felicidad o alguna otra causa la que pone esa luz en sus ojos?

Yo misma me lo había preguntado. Llevaban casados ocho meses (no es que llevara la cuenta) y una podría haber supuesto que para estas fechas… Naturalmente, nunca me habría aventurado a preguntar directamente, así que el lector puede creer que aguardaba la respuesta de Nefret con considerable interés. Por desgracia, en ese momento llegó Fátima con gran alboroto para informarme de que había preparado un banquete con todos nuestros platos favoritos y que la comida se enfriaría si no íbamos de una vez. Pedí algo de tiempo para sacudirme el polvo del viaje, petición que fue concedida. Nuestras habitaciones estaban en perfecto orden, como yo había imaginado.

- Ha vuelto a poner pétalos de rosa en el agua -dijo Emerson con resignación.

* * *

Aunque hubiera sido difícil encontrarle defectos a los arreglos de Fátima, siempre había unos cuantos quehaceres domésticos que

debían ser atendidos antes de que pudiéramos empezar a trabajar. La casa no tenía el encanto de otras que habíamos habitado; yo aún lamentaba la pérdida de nuestra residencia de Luxor que había sido construida de acuerdo a mis órdenes específicas, pero la de El Cairo era confortable y espaciosa, con numerosas terrazas y una azotea que utilizábamos como sala al aire libre. Teníamos costumbre de tomar allí el té cuando hacía buen tiempo, disfrutando de las vistas de la ciudad y las pirámides de Giza y observando ponerse el sol con un derroche de colores encendidos.

Sin embargo, ciertos miembros de la familia no encontraban la casa suficientemente espaciosa. Nefret ya me había hablado de la posibilidad de que Ramsés y ella se instalaran en nuestra *dahabiyya,* que manteníamos amarrada en el muelle cercano a la casa. No se me ocurría ninguna objeción razonable a la idea; a lo largo de los años el barco había servido de residencia a varios miembros de la familia, y aunque se había quedado algo pequeño para todos nosotros, había espacio suficiente para dos -especialmente si esos dos eran íntimos-. Así que cuando Nefret volvió a sacar el tema, la mañana siguiente tras nuestra llegada, le aseguré que haría cualquier cosa que pudiera para facilitar la mudanza.

Emerson era el mayor escollo. Siempre protesta por «perder el tiempo» en tareas domésticas. Cuando le conocí estaba viviendo muy cómodamente, en su opinión, en la desolada capilla vacía de una tumba, y me llevó bastante tiempo (y un montón de discusiones) vencer su preferencia por las tiendas de campaña sobre las casas y por un chapuzón en el Nilo antes que un cuarto de baño limpio y ordenado. De hecho, nos hizo ir a Giza el día después de llegar.

La temporada anterior habíamos comenzado a excavar algunas de las tumbas privadas de Giza, llamadas mastabas porque su forma recuerda a los bancos que hay en el exterior de las casas egipcias. Estas espléndidas tumbas pertenecían a los nobles y príncipes del Imperio Antiguo; siendo enterrados cerca del señor real, esperaban compartir la eterna dicha que le aguardaba.

Los planos cuidadosamente dibujados que los lectores encontrarán en los volúmenes de informes de las excavaciones, incluidos los nuestros, dan una imagen engañosa. Las hileras de rectángulos idénticos que representan las tumbas, las muestran tal y

como fueron diseñadas cuatro mil años atrás. Cuando los exploradores modernos visitaron por primera vez el yacimiento, era un desierto de piedras derruidas y arena ondulante. Únicamente la cabeza de la Esfinge asomaba sobre la arena; los templos y las tumbas habían quedado profundamente enterrados. Y, como probaron excavaciones posteriores, las tumbas habían sido saqueadas y los templos arrasados en tiempos remotos. Los mismos faraones que compusieron piadosas inscripciones en alabanza a sus reales ancestros, hicieron trizas los monumentos de esos mismos antepasados con la intención de utilizar las piedras para sus propios templos. Algunos de nuestros predecesores arqueológicos habían contribuido a la confusión, excavando más o menos al azar y sustrayendo estatuas e incluso las piedras pintadas y talladas de las paredes de las capillas. Muchos de ellos ni siquiera se habían molestado en llevar un inventario riguroso de lo que encontraban y de dónde lo encontraban. Ahora, estos objetos estaban dispersos por Europa y América formando parte de colecciones de distintos museos. Después de la fundación del Departamento de Antigüedades, los aspirantes a excavadores quedaron sujetos a reglas más estrictas. Nadie podía excavar sin un permiso, y no podía sacarse nada de Egipto sin el consentimiento del director.

Al menos ése era el modo en que se supone que debería funcionar. Siempre ha sido imposible controlar las excavaciones ilegales y el contrabando de antigüedades, aunque recientemente se había producido un dramático aumento de estas actividades. Con los alemanes ausentes y los arqueólogos ingleses y franceses en el ejército u ocupados en labores de guerra, muchos de los yacimientos se habían quedado sin vigilancia. Según Selim, cuya familia y cuyas conexiones profesionales se extendían por todo Egipto, prácticamente no existía un yacimiento que no se hubiera visto afectado.

Fue un alivio descubrir que no había signos de expolio en nuestra zona de trabajo, pero por supuesto la situación no era tan mala en Giza, donde nuestros leales hombres vigilaban nuestra concesión y donde la expedición americana del señor Reisner tenía su cuartel general permanente. Los cementerios de Giza eran tan extensos que la zona había sido dividida entre varias expediciones distintas. Los americanos habían obtenido la mejor parte. No me

quejo, me limito a constatar el hecho. El señor Reisner era un excelente excavador y un buen amigo.

Nos habíamos hecho cargo de una de las zonas asignada al grupo austro-alemán, dirigida por Herr Professor Junker. Era un acuerdo temporal; Dios mediante, nuestros amigos alemanes regresarían cuando terminara la guerra. (Eran amigos, y amigos les consideraría siempre, a pesar de las definiciones artificiales de los gobiernos.) Rezaba para que ese día llegara pronto, pero debo confesar que era emocionante estar trabajando cerca de la más imponente pirámide de Egipto.

A todo lector cultivado le resultará familiar la Gran Pirámide, así que no le recordaré sus rasgos más notables. Su constructor era conocido por los griegos como Keops; Emerson prefería la más exacta traducción del egipcio de Kufu. Además de la propia pirámide, había varias estructuras secundarias, como templos en la base de la pirámide y en el río, conectados por una larga calzada; tres pirámides más pequeñas construidas para los enterramientos de las reinas, y algunos cementerios de tumbas privadas hacia el sur y el oeste. No tengo nada en contra de las tumbas privadas; algunas de las que están excavadas en la roca poseen hermosas cámaras mortuorias muy profundas y largos corredores obstruidos por escombros y repletos de murciélagos. Las mastabas, desafortunadamente, carecen de estos rasgos tan atractivos. Sus cámaras mortuorias consisten en un pozo perpendicular con una única pequeña sala al fondo. Era particularmente frustrante trabajar en tumbas como ésas cuando la pirámide más grande de Egipto estaba a un tiro de piedra de nuestra excavación. Sin embargo, mis intentos de interesar a Emerson en examinarla fueron recibidos con una refutación indignada.

- ¿Qué esperas encontrar? El condenado lugar ha sido explorado por docenas de personas; miles, si incluyes a todos los malditos turistas. Cada centímetro de cada corredor ha sido observado y registrado en un mapa, y nuestros despreciables predecesores incluso se abrieron paso a base de cargas explosivas hasta los aposentos situados sobre la Cámara Real.

- No he estado allí desde hace años, Emerson. Me gustaría echar otro vistazo.

- Maldita sea, Peabody-gritó Emerson-. No puedo permitirte

andar picoteando por las pirámides, especialmente en esa parte de esa pirámide. Cómo demonios conseguiste trepar por las escaleras, en primer lugar, con todas esas enaguas y polisones y…

- Sería mucho más sencillo ahora que he empezado a usar pantalones. Es muy egoísta por tu parte intentar impedir que lo haga esta temporada. Digo «intentar» porque como sabes perfectamente bien…

- Lo sé -estábamos en el despacho de Emerson, recopilando sus libretas y el resto de los materiales que utilizaríamos ese día en la excavación. Me agarró por los hombros y me dio la vuelta para que le mirara a la cara-. Sólo hemos pasado una temporada en este lugar, y tú ya estás aburrida de mastabas. Demasiado abiertas, sin profundos pasadizos subterráneos y oscuros. Ni siquiera quiero pensar por qué estás tan fascinada por esas cosas. Supón que me concedieras tu inestimable ayuda en la excavación de unas pocas mastabas. Soy un hombre razonable; cuatro o cinco me satisfarían. En ese caso… en ese caso ya veremos.

- Eso es muy amable por tu parte.

- ¿Estás siendo sarcástica, Peabody? Humm… Querida, estoy hablando no como tu abnegado esposo sino como tu superior profesional. ¿Soy o no el director de esta expedición?

- Sí, claro que lo eres.

- Entonces dame un beso.

- Ésa es una petición muy poco profesional.

- Aún no estamos en la excavación -dijo Emerson, envolviéndome en sus brazos.

Finalmente el ruido de voces fuera de la habitación le hizo abandonar lo que estaba haciendo.

- Vaya, vaya, será mejor que nos pongamos en marcha -dijo-. ¿Va a venir Sennia con nosotros también hoy?

Les había permitido a Sennia y a Gargery acompañarnos los dos días anteriores. Ella nunca era tan feliz como cuando podía jugar a hacerse la arqueóloga, intentando copiar una inscripción o pretendiendo actuar como ayudante de Ramsés mientras éste le gritaba medidas y descripciones, o, cuando se cansaba de estar sentada, merodeando por la meseta en busca de fragmentos de cerámica y huesos. Gargery, que insistía en acompañarla allá donde fuera, no veía con buenos ojos los huesos, que consideraba

morbosos e insalubres, pero no había nada que pudiera hacer al respecto, puesto que el resto de nosotros considerábamos los huesos un objeto de investigación perfectamente legítimo.

Nos pusimos pronto en camino, ya que, como señaló Ramsés, habían estado esperándonos durante bastante tiempo. Los magníficos caballos árabes, regalos de nuestro amigo el jeque Mohammed a Ramsés y a David, habían tenido descendencia; ahora había seis de ellos, incluida la yegua de Nefret, *Moonlight,* y el espléndido semental, *Risha,* patriarca de la pequeña manada. Habíamos alquilado un burro gordo y tranquilo para Sennia y otro para Gargery. Este arreglo no se había conseguido sin protestas por ambas partes: Sennia exigía saber por qué Ramsés no podía llevarla con él a lomos de *Risha.* Gargery había declarado que preferiría caminar.

- Tonterías -dijo Emerson-. Si no puedes mantener el ritmo, Gargery, tendrás que volver a Inglaterra. Ya has montado en burro antes.

Gargery puso cara larga. *Había* montado en burro y lo había odiado, pero como Emerson comentó, riéndose entre dientes de su juego de palabras más bien chapucero, no tenía dónde sostenerse. Me dejó a mí la tarea de convencer a Sennia, cosa que hice señalando que Gargery no tendría a nadie que le hiciera compañía si ella fuera con Ramsés, y que si tenía intención de traerse a *Horus,* éste tendría que ir en un cesto atado a su silla de montar. A *Horus* no le gustaban los burros ni las cestas, pero antes permitiría que lo llevaran a rastras atado de una cuerda que dejar a Sennia marcharse sin él. Sus gruñidos y quejas constituían un acompañamiento bastante desagradable para nuestra conversación.

Dejando los caballos y los burros en Mena House, continuamos a pie, con Sennia a hombros de Emerson y *Horus* siguiendo sus pasos. Todos los que nos cruzamos se les quedaban mirando y les sonreían: Emerson, alto y robusto como un héroe de leyenda, el enorme gato siguiéndole como un perro fiel, la pequeña niña riendo y parloteando y saludando con la mano a sus amigos, ya que para entonces cada *gaffir* y guía de Giza la conocía y la adoraba. Siempre le estaban ofreciendo pequeños regalos, y nosotros teníamos que vigilarla estrechamente para evitar que se comiera los sospechosos dulces que le regalaban.

Tenía un aspecto muy peculiar con su «ropa de trabajo», como ella la llamaba orgullosamente. Le habíamos hecho un salacot a la medida, y después de alguna discusión yo había estado de acuerdo en que la ropa de chico sería más sensata que los vestidos. Le había permitido opinar sobre la selección de las prendas (dejando a varios dependientes del departamento de Jóvenes Caballeros de Harrod's estupefactos) y no me sorprendió que prefiriera trajes de *tweed* y pantalones de franela similares a los que vestía Ramsés. Salvo por los larguísimos rizos negros que se escapaban bajo su sombrero era una versión en miniatura de su ídolo, hasta en las botitas que le habíamos hecho especialmente para ella.

Como es mi costumbre, yo había dispuesto un pequeño refugio al que podíamos retirarnos en los periodos de descanso. Mientras los demás reunían sus herramientas, senté a Sennia en una silla de tijera y le eché el mismo sermón que le recitaba cada día, ya que había descubierto, a través de dolorosas experiencias, que la repetición constante es la única esperanza para insertar una idea en la mente de una persona joven. Ella era más fácil de manejar de lo que lo había sido Ramsés (cualquier niño hubiera sido más fácil que Ramsés) porque le faltaba la dosis de lógica maquiavélica que a él le había posibilitado retorcer mis órdenes hasta poder desobedecerlas.

- Recuerda, no debes irte por ahí sola, sin Gargery o alguno de nosotros. No debes comer nada que te den los *gaffirs*. No debes hablar con ningún turista. No te metas en el camino de los portadores de cestas. No te pongas en medio ni cruces los senderos, esos coches tan pesados no son fáciles de detener una vez se han puesto en marcha.

- Sí, tía Amelia -dijo Sennia.

- No se preocupe, señora -intervino Gargery-. No le quitaré ojo.

- Muy bien -dijo Emerson-. ¿Cuáles son tus planes para hoy, Pajarito;[1]

- Voy a buscar más huesos para tía Nefret.

- Gracias -dijo Nefret con gravedad. Hasta la fecha ya le había entregado varias canastas llenas de una miscelánea de huesos de animales, todos ellos de un blanco descolorido y ninguno de más de diez años de antigüedad.

Sennia movió la cabeza graciosamente.

- No es molestia.

Me di cuenta de que Gargery iba renqueando mientras seguía la pequeña y ágil figura de Sennia. Ah, bien, pensé; se volverá a poner en forma enseguida, y las quemaduras del sol dejarán de ser tan dolorosas en unos pocos días. Sennia se detuvo y miró a ambos lados antes de cruzar las vías que conectaban nuestra excavación con el lejano vertedero.

Les perdí la pista después de aquello, ya que Emerson requería mis servicios. En realidad me preocupaba que la niña se metiera en una situación peligrosa. Gargery la seguía de cerca y también *Horus;* el genio de mil demonios del animal y su asombroso parecido con los gatos cazadores representados en antiguos relieves hacía que incluso los guardas y los guías desconfiaran de aproximarse demasiado. Mi advertencia acerca de hablar con los turistas tenía un motivo muy distinto: los miserables sentían una curiosidad insaciable por nosotros y nuestro trabajo, y Sennia, una pequeña figura poco corriente con su ropa de chico, era imposible que no llamara la atención y también demasiado inocente para eludir las preguntas impertinentes.

Habíamos empezado a trabajar en una nueva mas-taba, cercana a las que habíamos excavado el año anterior. (La mayoría de los arqueólogos, debo decir, las habrían excavado todas en un invierno, pero las distracciones a las que he aludido nos impidieron dedicarles la temporada completa, y nuestros planes de intentar regresar en primavera habían sido impedidos por obligaciones familiares.) Dos días de excavación habían expuesto la parte superior de las paredes de la capilla y las aberturas de varios pozos profundos que conducían a las cámaras mortuorias del propietario y su familia. Las piedras de la techumbre habían desaparecido, derrumbadas, supuse, en las cámaras que había debajo, y toda la parte superior estaba llena de arena y escombros. Como Emerson insistía en tamizar cuidadosamente cada milímetro cuadrado de este relleno, vaciar la cámara llevaría mucho tiempo.

Mucho y muy aburrido.

Nefret sacó unas pocas fotografías, pero no había mucho que Ramsés pudiera hacer hasta que, y a menos que, descubriéramos relieves e inscripciones. Fue él quien dio el aviso desde su puesto aventajado encima de la tumba.

- Aquí llega Sennia a galope tendido. Parece que ha encontrado algo. Prepárate para mostrarte entusiasmada, Nefret.

- Probablemente un hueso de camello esta vez -dijo Nefret-. Es hora de que hagamos un descanso tía…, quiero decir, madre. Ha estado agazapada sobre ese tamiz durante horas.

Me tendió la mano para ayudar a levantarme, siempre estoy un poco agarrotada los primeros días, pero pasa pronto, y Ramsés fue a recibir a Sennia, que le había sacado a Gargery varios metros de ventaja. Aupándola sobre sus hombros, Ramsés la trajo hasta el refugio donde Nefret y yo nos habíamos retirado.

- Ha hecho un descubrimiento emocionante -anunció seriamente-. Pero no quiere enseñármelo.

El puño cerrado de Sennia hacía un bulto en la parte delantera de su chaqueta.

- Él dijo que era para mí -explicó-. Pero por supuesto os lo enseñaré, a todos.

- ¿Qué es? -preguntó Emerson.

Sacó su mano de la chaqueta, abrió sus dedos con mucho cuidado, y situó la otra mano bajo el objeto para sostenerlo. Abarcaba sus dos pequeñas palmas, un trozo de piedra caliza, roma en su parte superior, de aproximadamente quince centímetros de largo por diez de ancho. Varias figuras en bajorrelieve ocupaban la porción superior; diversas líneas de jeroglíficos recorrían en horizontal la parte de abajo, terminando en un corte irregular.

- Muy bonito -dijo Emerson, sonriendo-. ¿Dónde lo encontraste, Sennia?

- Allí -señaló. La piedra salió despedida, y Ramsés la cogió al vuelo con destreza.

- Alguno de los *gaffirs* se la habrá dado, supongo -comentó, examinando las líneas de jeroglíficos-. Bastante atractivo… Humm.

- ¿Qué pasa? -preguntó Emerson.

- Parece que es auténtico.

Todos habíamos asumido que la estela en miniatura era una de las falsificaciones que aparecen a cientos para ser vendidas a los turistas crédulos. Los supuestos guardas a menudo se permiten realizar alguna excavación personal, y quién puede culparles, considerando sus miserables salarios, pero aunque estaban muy encariñados con la niña, no parecía probable que ninguno fuera

capaz de darle algo que pudiera vender.

Nos apelotonamos a su alrededor.

- ¿Qué pone? -pregunté.

Ramsés sopló la arena de las líneas incisas.

- «Adoración de Amón-Ra, Señor de los que callan, que escucha sus plegarias…»

- ¿Cómo puede escuchar sus rezos si no hablan? -preguntó Sennia.

- La oración verdadera sale del corazón, no de los labios -expliqué, aprovechando la oportunidad para infundir algo de instrucción religiosa-. Como se dice en las Escrituras, los hipócritas rezan en las esquinas de las calles donde todos los ven, pero los verdaderos creyentes se ocultan y hablan en secreto con el Padre…

- Exacto -dijo Ramsés que, igual que yo, había estado observando a *su* padre y había visto las señales de una explosión inminente-. En este caso, Pajarito, quienes callan son los pobres y los humildes, que no osan dirigirse a los poderosos nobles que gobiernan sus vidas. Así que rezan a Amón-Ra que es… -miró otra vez la inscripción-. «Protector de los pobres, padre de los huérfanos, marido de las viudas; te observo en el transcurrir de cada día como corresponde a un hombre justo; dicho por…» El resto está perdido. Las figuras superiores representan a Amón en el trono, con un altar de ofrendas delante y una figura arrodillada…, la del oferente, se supone. Una pena que no se dé su nombre.

Emerson le arrebató el objeto y lo sometió a un intenso examen.

- Maldita sea, tienes razón.

- Emerson -murmuré.

- Eh -dijo Emerson-. Ésa es una de las palabras que no debes repetir, Sennia.

- ¿Maldita, quieres decir? -repitió Sennia con su agudo gorjeo-. Ya lo sé.

- Enséñame al hombre que te ha dado esto.

- No me lo dio, lo encontré yo -dijo Sennia indignada-. Él sólo me dijo dónde excavar.

- Enséñanoslo -dijo Ramsés-. Por favor.

- Entonces, ¿de verdad te gusta? -preguntó Sennia, sonriendo radiante a Ramsés. Los niños no son tan tontos como pensamos. Ella podía advertir la diferencia entre los educados agradecimientos que

recibía normalmente y semejante concentración de interés-. ¿Es importante? ¿Lo quieres? Te lo daré y buscaré más si quieres.

- No, Pajarito, tú lo encontraste y es tuyo. Te lo guardaré si quieres. Ahora enséñame dónde estaba.

Fuimos todos con ellos, ya que aquel pequeño misterio había cautivado nuestra imaginación. Agarrada de la mano de Emerson, Sennia condujo nuestra caravana hasta un vertedero con montañas de escombros al suroeste de nuestra hilera de tumbas. Algunos de los montones tenían hasta ocho o nueve metros de alto, formados por los escombros sacados de diversas excavaciones. Recordaba esta escombrera perfectamente bien; había sido el escenario de un horrible accidente el año anterior.

- No habrás dejado que se suba allí arriba, ¿no? -le pregunté a Gargery, que no había sido capaz de decir una sola palabra hasta entonces.

- No, señora, y he pasado un rato de mil demonios impidiéndoselo -dijo Gargery en tono herido-. Señora, el chico que la ayudó a encontrar esa cosa era sólo uno de los guardas; ni siquiera intentó tocarla y fue muy educado, señora, al menos creo que lo fue, por lo que pude comprender. Sonreía y hacía reverencias todo el tiempo, señora. Usted dijo que no debía ser desagradable con esos tipos, que sólo eran…

- Sí, sí, Gargery, muy bien. No ha pasado nada. Sólo que resulta muy extraño.

- El quería darle un pequeño regalo -insistió Gargery-. Y la diversión de encontrarlo ella misma.

- ¿Crees que él lo puso allí?

- Tiene que haberlo hecho, señora. Estaba cerca del suelo, donde ella podía alcanzarlo sin trepar, y enterrado tan sólo unos pocos centímetros. Justo ahí, señora.

Habíamos llegado a la parte de abajo del montículo, y también Sennia estaba señalando.

- Hay un montón de cosas que sobresalen -explicó ella-. La mayoría trozos de piedra y aburrida cerámica.

La afirmación era correcta. La mayoría de los excavadores no tamizan sus rellenos. Emerson estudió pensativo la ladera del montículo.

- Exactamente -dijo-. Esto es más interesante, ¿no es así?

- Tiene escritura -dijo Sennia-. Así que supe que era importante. ¿Es importante?

- Sí -contestó Ramsés-. Y bastante poco corriente. He visto estelas votivas similares, pero la mayor parte provenían de la zona tebana. ¿Crees que podrías encontrar al amable caballero que te dio… que te mostró dónde excavar?

No encontramos al amable caballero, aunque Emerson pasó media hora larga intentándolo. La descripción dada por Sennia y Gargery podría haber correspondido a la mayoría de los guardas: turbante, barba, vestidos con *galabiyya* y sandalias.

DEL MANUSCRITO H

No fue hasta el viernes después de su llegada cuando Nefret pudo trasladar sus efectos personales hasta el *Amelia.* Fátima había dejado la *dahabiyya* impecable, con todo preparado para ellos, pero de algún modo, nunca era del todo oportuno hacer la mudanza. Nefret había rechazado un buen número de bien intencionadas ofertas para hacer más confortables sus habitaciones en la casa y, una vez que había conseguido salirse con la suya, más ofertas bien intencionadas para ayudarle a ordenar el mobiliario, colgar cuadros y colocar libros en la *dahabiyya.* Quería hacerlo ella misma, transformar las dependencias que habían pertenecido por turnos a diversos miembros de la familia en las suyas propias, en su hogar.

Aunque era el día de descanso de los trabajadores, Ramsés había salido a Giza con su padre esa mañana. Típico de los hombres, que odiaban el alboroto y la confusión de las mudanzas. Nefret le había regañado un poco por simple diversión; Ramsés sabía que ella le estaba tomando el pelo, y ella adoraba ver relajarse sus austeras facciones en una sonrisa y a sus ojos reflejar su risa, pero se alegraba de estar sola.

Por poco tiempo. Enderezándose, se frotó la espalda dolorida y contempló las pilas de libros amontonados en desorden por el suelo y las mesas del salón. Era una amplia habitación en la proa del barco, con un diván curvo bajo las ventanas, y resultaría bastante bonito una vez que se volvieran a tapizar los cojines, se colgaran las nuevas cortinas y las alfombras nuevas estuvieran en el suelo, y los libros en sus lugares adecuados en los estantes.

Ramsés ya debería estar de vuelta. Había prometido que volvería temprano, pero escapar de Emerson cuando te ha puesto a

trabajar no era sencillo, al menos no para el hijo de Emerson. Ella había aprendido a manejarle, pero en algunas ocasiones se preguntaba si Ramsés sería capaz de decir no a su padre alguna vez y mantenerse firme. Se paseaba inquieta de un lado a otro de la habitación, mirando por la ventana y colocando unos pocos libros más, y entonces sus ojos se posaron en el retrato de su suegra que colgaba encima de la estantería.

No era la primera vez, en ese mismo día, que esos ojos pintados habían sostenido su mirada. David había hecho un magnífico trabajo; su afecto por la persona y su enigmático sentido del humor hacían que el retrato cobrara vida. Estaba de pie mirando directamente al observador, sombrilla en mano, las botas firmemente plantadas en la arena. Detrás de ella se veía una mezcla de pirámides, camellos, minaretes, y los acantilados de Tebas, todo su adorado Egipto, enmarcándola. La directa mirada de sus ojos de acero y la media sonrisa de sus labios eran el vivo retrato de tía Amelia. A Nefret le encantaba el cuadro, pero se preguntaba durante cuánto tiempo podría soportar tenerlo allí, observándola, hora tras hora y día tras día.

Arrodillada en el diván miró por la ventana. El *Amelia* estaba amarrado en el muelle público no muy lejos de la casa. El último vapor debía de estar a punto de zarpar; el muelle plagado de turistas, todos ellos cansados y polvorientos y acosados por los dragomanes que los conducían en manada hacia el ferry. Sus ojos vagaron por la multitud. ¿Cómo podía retrasarse cuando sabía que ella le estaría esperando? Una vez ella había deseado poder enamorarse, locamente, de una forma apasionada y total. Su deseo se había hecho realidad. Permanecer lejos de él más de unas pocas horas le hacía sentirse vacía y tan sólo a medias viva. Se tumbó y cerró los ojos, dibujándole en su mente, recordando las cosas que él había dicho la noche anterior.

- ¿Por qué tanta prisa? Deseo tanto como tú tener intimidad, pero un día o dos más aquí…

- ¡Son todo un día o dos más! Oh, sé que estoy siendo poco razonable e injusta; es porque nos tienen tanto cariño que nos quieren con ellos. Pero el único momento en el que podemos estar solos es por la noche; si nos escabullimos durante el día saben por qué, y Sennia es muy oportuna cuando viene a buscarte, como

ayer… Creí que me daría un ataque al corazón cuando empezó a dar golpecitos en la puerta y a llamarte.

Él se estaba riendo en silencio, su aliento agitaba el cabello de Nefret.

- Sin duda, el momento no estuvo bien elegido. Madre diría que me lo tengo merecido. Recuerdo al menos una ocasión en la que los interrumpí en similares circunstancias. Es la única vez que padre amenazó con darme una paliza.

- No le culpo.

- Ni yo tampoco… ahora. Mi única excusa es que era demasiado joven para comprender la situación.

- ¿Cuántos años tenías?

- Diez -el ritmo de su respiración cambió y su abrazo se hizo más firme-. Pocos días más tarde te vi por primera vez. Era lo bastante mayor para saber una cosa; que nunca habría nadie más para mí. No me digas que tú sentiste lo mismo. Me llevó años superar el papel de hermano menor.

Ahora podían hablar de los malentendidos y las heridas que los habían mantenido separados durante tanto tiempo. De casi todos.

- ¿Mereció la pena la espera?

- No lo sé. Intenta convencerme si quieres.

- Tan pronto como prometas que lo primero que harás mañana será ayudarme con el traslado.

- Por supuesto, si significa tanto para ti.

Cualquier otro hombre podría haber hecho una referencia burlona a Lisístrata, que le había negado sus favores a su marido hasta que él accedió a sus exigencias. La inmediata comprensión de Ramsés la derritió por completo.

- Es sólo que… Ella me observa todo el tiempo. Puedo sentir sus ojos examinándome. Kadija y Fátima también. Se preguntan si estoy…

Ésa era la pena a la que aún no podía enfrentarse, la palabra que no podía decir, la culpa que no desaparecería. Si no hubiera sido por su locura y su orgullo, habrían tenido el niño que tanto deseaban los dos. Ella había prometido que no volvería a hablar de ello, pero no tenía que hacerlo. El lo sabía.

- ¿Cuántas veces lo tengo que decir? -preguntó, su voz ronca de indignación, no hacia ella sino a causa de ella-. No fue culpa tuya.

Por el amor de Dios, Nefret, tú eres médico; sabes que las cosas pueden salir mal sin ninguna razón en particular. No hay prisa, amor mío. Soy demasiado egoísta para compartirte con alguien más tan pronto.

Ella se aferró a él, demasiado conmovida para responder, y él añadió:

- Incluida madre. O padre. O Sennia. O Fátima y Kadija y Daoud y Selim y el resto. Están al acecho, ¿no? Maldita sea, tienes razón. No puedo darte toda mi atención con todos ellos alrededor.

Desde su primera noche juntos no habían hecho el amor con tanta urgencia y ternura. Nefret volvió a revivirlo en su mente, cada palabra, cada gesto. Allí la encontró él cuando entró, sus manos suavemente posadas en su cintura.

Más tarde, cuando tomaban el té en la cubierta superior, él dijo:

- Supongo que no vamos a cenar con la familia esta noche.

- Supones correctamente. Madre y padre van a cenar en Shepheard's.

- ¿Con quién?

- No creo que tengan un compromiso con nadie en particular. Es el reconocimiento del terreno anual de madre, para ponerse al día de los chismes y ver quién está en la ciudad. Decliné su invitación de acompañarles, pero pensé que quizás podríamos salir… a algún lugar donde no necesitemos vestirnos de etiqueta y donde no sea probable que nos encontremos con nadie que conozcamos. Quizás a Bassam's.

Habría sido imposible encontrar un lugar en El Cairo donde la familia Emerson no fuera conocida, pero él comprendió lo que ella quería decir. Sus conocidos egipcios eran más corteses -o probablemente estaban más intimidados- que los gregarios y chismosos miembros de la comunidad anglo-egipcia. El año anterior él había sido *persona non grata* en esa comunidad a causa de sus sentimientos pacifistas declarados. Se decía a sí mismo que no le importaba lo que pensaran de él, pero había sido un tanto doloroso haber sido desairado e insultado y que le negaran el saludo en cualquier lugar al que fuera.

Se sacudió de encima los malos recuerdos y sonrió a su esposa.

- Eso es, a Bassam's.

Bassam's no aparecía mencionado en el *Baedeker*. No satisfacía

los niveles ingleses de exigencia de higiene, pero por otro lado, Ramsés siempre había sospechado que las cocinas de los restaurantes de estilo europeo tampoco habrían superado una inspección exhaustiva. El menú, que existía únicamente en la mente de Bassam y variaba según su capricho, era principalmente egipcio. Él era el *chef, maitre,* propietario y, si era necesario, matón. Esto ocurría muy de tarde en tarde, ya que no servía bebidas alcohólicas y las drogas no estaban permitidas, pero de vez en cuando algún borrachín o un fumador de hachís entraba por equivocación.

Bassam los reconoció al instante, y se precipitó a saludarles, las mangas de su túnica enrolladas dejando al desnudo unos brazos fornidos, su delantal mostraba una mezcla de salpicones de comida. Uno casi podía adivinar el menú estudiando aquella prenda. Obviamente, en los platos de esa noche se había hecho uso de copiosas cantidades de tomates.

Después de reprocharles que no le hubieran notificado su llegada por adelantado, y de preguntar por qué no iban acompañados de los Emerson mayores, les condujo a una mesa situada en una posición destacada, donde podían ser vistos no sólo por los demás clientes, sino también por los transeúntes.

- ¿La dama gata no está con ustedes? -preguntó, quitando el polvo de una silla con su delantal.

- Tenía otro compromiso -dijo Nefret.

Bássam asintió con la cabeza. El título honorífico había sido su modo de alabar a *Seshat,* que en ocasiones había cenado con sus dueños. Los gatos de los Emerson habían adquirido una cierta reputación entre los cariotas. Grandes y musculosos y de apariencia extraordinariamente fiera, no se parecían a las mimadas mascotas de los harenes ni a los enjutos carroñeros salvajes de las calles. El propio Ramsés los encontraba algo misteriosos.

Tomaron una cena excelente -con un montón de tomates- y se relajaron con una taza de café turco y un narguile. Los demás clientes fingían no darse cuenta del disfrute de Nefret de la pipa de agua, del mismo modo que pretendían no haberse percatado de su presencia, la única mujer en el local. Los egipcios se habían acostumbrado a las apariciones de Nefret en lugares en los que se suponía que no debía estar. Como su suegra, que llevaba años haciendo lo mismo, estaba en una categoría especial, obviamente

una mujer, pero imponiendo el mismo respeto que un hombre.

Él no sabría decir exactamente qué le alertó. Podía haber sido un fugaz movimiento furtivo en la puerta, donde la cortina estaba descorrida para dejar que entrara aire en la habitación llena de humo. Podía haber sido ese extraño sexto sentido, la sensación de que alguien le estaba observando. Se le pusieron de punta los pelos de la nuca, pero cuando miró directamente al umbral, no había nadie.

Nefret le pasó la boquilla de la pipa.

- ¿Qué ocurre? -le preguntó dulcemente.

- Nada -al encontrar su intensa mirada azul, Ramsés reconoció su derecho a una respuesta sincera-. Nada que pueda precisar. ¿Nos vamos?

El aire de la noche, aún cargado de los inefables hedores de El Cairo, era fresco y relativamente claro; más allá de la luz de la puerta a su espalda, la calle era un túnel de oscuridad. Tan sólo estaban a unos quinientos metros de la plaza en la que podrían esperar encontrar un taxi, y él conocía cada recodo y curva del camino, pero quinientos metros son una larga distancia en la oscuridad cuando sientes una comezón en la piel.

Buscó en su bolsillo.

- Toma la linterna, pero no la enciendas aún.

- De acuerdo -ella le sonrió. Sus ojos brillaban. De todas las personas del universo Nefret era la última que él habría querido a su lado en caso de peligro, pero qué buena aliada era: rápida, sin temor y sin verse frenada por estúpidas nociones de juego limpio. Él no tuvo que decirle que no se colgara de su brazo. No era pegajosa. Ninguno de los dos iba armado. Se maldijo a sí mismo por exceso de confianza, pero ¿quién habría supuesto que encontrarían problemas tan rápido? Estaba ahí, aguardando en la oscuridad; podía sentirlo como el filo de un cuchillo aguijoneándole la piel.

Nefret también lo sentía -¿o sólo era, se preguntaba, la intensa consciencia del estado de ánimo de él?-. Le permitió ir delante; conocía los callejones de El Cairo mucho mejor que ella, y si había peligro podría venir por la espalda tanto como por el frente. Con la mano suavemente posada en el hombro de Ramsés, caminaba cautelosamente, cada sentido alerta a algún sonido o movimiento.

Ramsés lo oyó antes que ella. Giró sobre sus talones y la empujó

detrás de su espalda, sujetándola contra la pared con un brazo firme como una barra de acero. Maldiciendo casi sin aliento, Nefret encendió la linterna.

Lo que vio casi la hizo caer. El rostro era el de un monstruo o un demonio, las únicas facciones visibles un par de ojos centelleantes, inhumanos y enormes como los de un insecto aumentado con lupa. La luz titiló sobre la hoja de un cuchillo, tenía que ser un cuchillo, aunque ella no podía ver la mano que lo aferraba. Lo vio descender, observó el brazo de su marido alzarse para bloquear el golpe, pero se movió sin su rapidez habitual y no hizo ningún otro movimiento para defenderse o atacar. La manga de su chaqueta se oscureció. La sangre corrió por su mano y goteó en el suelo.

Nefret permaneció quieta y callada, aunque sus cuerdas vocales y cada músculo de su cuerpo protestaron. Iba contra todos sus instintos ser una observadora pasiva, pero estaba intentando controlar su impetuosidad, que había provocado una cantidad considerable de problemas en el pasado. Ramsés podría haber detenido fácilmente al atacante antes del golpe; ella le había visto hacerlo con luchadores mucho más experimentados de lo que parecía ser éste.

Después de unos segundos interminables, la aparición dejó escapar un extraño gemido y se desvaneció. Ramsés fue detrás. Apretando los dientes, Nefret permaneció donde estaba, moviendo el haz de luz de la linterna para que enfocara a las dos figuras.

Ramsés había agarrado firmemente al hombre. Tan sólo un hombre, después de todo; su oscura vestimenta le había hecho casi invisible, y los espeluznantes ojos eran gafas, que reflejaban la luz de la linterna.

- Está bien -dijo su marido-. Está bien. Ya has hecho el trabajo. Dame el cuchillo.

El pañuelo que enmascaraba la parte inferior del rostro del hombre se había deslizado, dejando al descubierto una barba rala y una mandíbula estrecha. Mostró sus manos. Estaban vacías. Las alzó hasta su cara y comenzó a llorar.

Capítulo 3

En los viejos tiempos, yo acostumbraba a ofrecer una pequeña cena pocos días después de nuestra llegada a Egipto, para saludar a los amigos y ponerme al día de las novedades. Ese año no tenía ánimo para ello. Muchos de nuestros amigos se habían ido a un mundo mejor o se habían retirado; muchos de los pertenecientes a las generaciones jóvenes habían marchado a la guerra; y por primera vez en varias temporadas nuestros amigos más íntimos, Cyrus y Katherine Vandergelt, no estaban en Egipto. Cyrus era americano y, en cualquier caso, demasiado mayor para el servicio militar (aunque no me habría gustado ser yo la que se lo dijera), pero Katherine era inglesa de nacimiento y su hijo Bertie había sido uno de los primeros en alistarse como voluntario. Después de varias heridas leves que no habían evitado que regresara al frente, había sido herido en la pierna, el brazo, el pecho y la cabeza por una granada y se recuperaba lenta pero firmemente, atendido por su madre y su hermana, y rodeado de todas las comodidades que el dinero de Cyrus pudiera comprar. La guerra había terminado para él, gracias al cielo, ¡pero a qué precio!

Una celebración habría resultado verdaderamente inapropiada. Sin embargo, me sentía en el deber de reestablecer relaciones con varios conocidos que aún permanecían en la ciudad. La expresión «cotilla holgazana», que empleaba Emerson, era sólo uno de sus pequeños chistes. Es necesario conocer lo que ocurre. Había estado lejos durante muchos meses; en ninguna parte la prensa estaba tan controlada como en Egipto, e incluso las cartas de nuestros amigos eran reducidas a la ilegibilidad por censores excesivamente celosos.

Le había preguntado a Nefret si a Ramsés y a ella les gustaría acompañarnos, pero no me sorprendió que declinara educadamente la invitación. Así que nos fuimos solos a El Cairo, mi querido Emerson y yo. Como le dije a él, éramos suficiente compañía el uno para el otro.

Excepto por el predominio del color caqui, el comedor de Shepheard's estaba prácticamente igual. Buenos vinos y comida deliciosa, damasquinado blanco como la nieve y cristal resplandeciente, sirvientes de piel oscura moviéndose con rapidez de acá para allá, hombres de civil en el austero blanco y negro del traje de etiqueta y mujeres alardeando de joyas y satén. Tal despliegue me pareció particularmente hiriente esa noche. Nadie admira tanto como yo la capacidad de poner al mal tiempo buena cara, pero esa gente no estaba haciendo una demostración de valor bajo el fuego. Allí no estaban en peligro. Los chicos morían en el barro de Francia, mientras ellos saboreaban su vino y disfrutaban de las serviles atenciones de unos individuos cuyo país habían ocupado.

Tras haberme permitido este interludio de superioridad moral, decidí que yo también debía disfrutar del momento, como es mi costumbre. Algunos de los viejos rostros familiares estaban allí: Janet Helman, vestida con su habitual elegancia y buen gusto, la señora Gorst y su hija Silvia, que me saludó de lejos agitando su mano izquierda para asegurarse de que yo veía el anillo de diamantes y rubíes en su tercer dedo. Incluso la muchacha menos atractiva no tenía dificultad para comprometerse en esa época, con tantos oficiales jóvenes de paso por El Cairo. Un hombre que se supone va a enfrentarse a la muerte en un futuro cercano no es demasiado escrupuloso.

Se lo comenté a Emerson, que me dirigió una de esas miradas de superioridad masculina como reprimenda por este malicioso cotilleo, aunque sus bien formados labios se entreabrieron en una sonrisa. Nunca le había gustado Silvia, que había sido una de las más incansables perseguidoras de Ramsés hasta su matrimonio, y que podría haberse llevado el premio del chismorreo.

Realmente no esperaba ver a ninguno de nuestros colegas arqueólogos, así que pueden hacerse una idea de mi sorpresa y alegría cuando distinguí una silueta familiar de pie en la puerta del

comedor.

El rostro de Howard Cárter era más redondo y su bigote estaba más poblado, pero en lo demás no había cambiado mucho desde que le conocimos. En ese momento parecía una estatua estupefacta, con los ojos de par en par y la boca entreabierta. Sólo se agitó un poco cuando el camarero se le acercó con sigilo y se dirigió a él. Interrogó al empleado, que señaló con la cabeza y condujo a Howard a nuestra mesa.

- Vaya, Howard -exclamé-. ¿Qué está haciendo aquí?

- Buscándoles. Esta tarde oí que estaban en la ciudad, e imaginé que podría tropezarme con ustedes aquí, ya que sabía que Shepheard's es uno de sus locales favoritos.

Aceptó mi invitación para acompañarnos, pero miraba continuamente por encima del hombro.

- ¿Tiene problemas con la ley? -pregunté de forma burlona.

- Acabo de tener una experiencia de lo más desconcertante, señora. Pensé que mis ojos se estaban burlando de mí. Por casualidad no tendrá usted una doble, ¿no?

Pedí una aclaración a esa extraordinaria pregunta, y Howard señaló una mesa cercana a la puerta.

- Me refiero a la dama que está cenando con los dos oficiales del Estado Mayor, con un vestido verde. Es su viva imagen, señora Emerson. Estaba a punto de dirigirme a ella cuando los vi a usted y al profesor y me di cuenta de mi error.

La curiosidad pudo más que el decoro. Miré fijamente y sin ninguna vergüenza a la dama. Debido a nuestras posiciones relativas, podía ver tan sólo la parte de atrás de su cabeza y sus hombros, estos últimos cubiertos por un ancho volante de encaje; llevaba el negro cabello peinado con un recogido alto sujeto por lujosos peinecillos. Había algo muy familiar en ese pelo oscuro.

- Maldita sea -murmuré, y Emerson rió entre dientes.

- Vaya, vaya -dijo-. Creo que puedo aventurarme a adivinarlo. La señorita Minton ha vuelto a aparecer -adelantándose a la pregunta de Howard, explicó-: Tropezamos con la joven dama algunos años atrás cuando escribía artículos para los periódicos; era ese asunto sin sentido acerca de la momia del Museo Británico. En aquel tiempo quedé impactado por el parecido entre la señora Emerson y ella, pero es pura coincidencia; la señorita Minton es la nieta del

difunto duque de Devonshire y no tiene relación con mi esposa. Se ha hecho algo de nombre desde entonces como periodista especializada en asuntos del Oriente Próximo.

- Claro -exclamó Howard-. Ahora recuerdo. ¿No es ella la que fue capturada por uno de esos emires árabes hace algunos años? Escribió un libro acerca de ello. No puedo decir que lo haya leído.

- Estaría usted entre los pocos que no lo han hecho -comenté desdeñosa-. Tuvo un inmenso éxito, lo que no resulta sorprendente, ya que era el ejemplo perfecto de periodismo amarillo; sensacionalista y exagerado.

- Vamos, Peabody, eso no es justo -protestó Emerson-. Los críticos alabaron su acertado análisis de las relaciones enfrentadas de los distintos caciques del desierto.

- Eso no es lo que vendió el libro. Fueron sus escabrosas descripciones del harén del emir y de sus mujeres y de sus… eh… sus insinuaciones a ella.

- ¿En serio? ¿Acaso él… eh…?

- Según la señorita Minton, él estaba a punto de dejar a un lado sus escrúpulos, si es que tenía alguno, cuando fue rescatada por un apuesto, gallardo y misterioso héroe.

Emerson se atragantó con el vino. Después de recuperarse, exclamó:

- ¡Peabody! No era… No pudo haber sido…

- No, Emerson, no pudo haber sido -dije-. No creo en su hombre misterioso ni en su versión sumamente subida de tono de sus relaciones con el emir. No fue capturada; caminó hasta Hayil, o más bien cabalgó, en busca de una historia e imagino que Ibn-Rashid la echó al cansarse de sus interminables preguntas. Ocupémonos de asuntos más importantes. ¿Por qué no está usted en Luxor, Howard?

Nuestro amigo abrió la boca, pero antes de que pudiera responder, Emerson intervino:

- En efecto, ¿por qué razón? He oído que los ladrones locales están más activos que nunca, excavando en Abu'l Naga e incluso robando estatuas del almacén de Legrain en Karnak.

- ¿Dónde han oído tal cosa? Oh… Selim, supongo. Él debe saberlo bien; la mitad de los maleantes de Gurna son amigos o parientes suyos. No es tan grave como eso, profesor. Su tumba no ha sufrido daño, si eso es lo que le preocupa.

Más exactamente, la tumba era la de la Reina Tetisheri, que nosotros habíamos descubierto y limpiado varios años antes. Habíamos extraído el ajuar funerario (había sido un trabajo terriblemente difícil), pero había relieves pintados de extraordinaria calidad en una de las cámaras y era bien sabido que los ladrones desprendían fragmentos de dichos relieves para venderlos en el mercado ilegal de antigüedades, ya que eran muy populares entre los coleccionistas.

- ¿Ha entrado en ella? -preguntó Emerson.

- Nadie ha entrado en ella, señor, desde que usted cerró las puertas con candado y se negó a entregar las llaves al Departamento de Antigüedades. -Howard sonrió admirativamente. Había tenido un enfrentamiento con el Departamento, que le había supuesto la pérdida de su puesto como Inspector del Alto Egipto, y aprobaba totalmente el comportamiento despótico de Emerson.

- Entonces ¿cómo sabe que no se ha visto afectada? Maldita sea - añadió mi marido.

Desvié a Emerson del tema preguntándole a Howard acerca de sus últimos trabajos en el Valle de los Reyes, es decir en uno de los valles, porque hay dos. El Valle Oriental es el que visitan los turistas. El Valle Occidental es visitado en muy raras ocasiones ya que contiene únicamente dos tumbas reales, ambas aisladas y en bastante mal estado. Howard había pasado varias semanas explorando una de ellas.

Esto resultó ser un error por mi parte. Emerson había anhelado trabajar él mismo en el Valle; tras años de frustración observando las excavaciones dirigidas con ineptitud por el señor Theodore Davis de América, había visto cómo la concesión era otorgada a otro diletante millonario, lord Carnarvon. En mi opinión Emerson era un poquito injusto con este caballero, que era mucho más concienzudo de lo que lo había sido Davis, y que tuvo el buen sentido de contratar a Howard para encargarse de la excavación; pero aún era un tema doloroso. Desmembrando su cena con salvajes golpes de cuchillo, Emerson pedía detalles que se negaba a permitir que Howard le diese, interrumpiéndole después de casi cada frase.

- No tiene sentido empezar por esa tumba si sólo tiene pensado pasar un mes en ella. Amenofis III fue uno de los más grandes reyes de Egipto y su tumba podría proporcionar información vital acerca

de un periodo particularmente importante.

- Bueno, señor, verá…

- Al menos en el Valle Oriental hay turistas y unos pocos guardas simbólicos. Nadie va jamás al Valle Occidental. Nadie salvo vándalos y ladrones; ahora que ustedes han despertado su interés, probablemente se habrán llevado cualquier cosa de valor que se les haya pasado por alto. ¿Hasta dónde han llegado?

- Al corredor de entrada y el pozo…

- Sí, ¿y qué ha pasado con los objetos que han encontrado? Los tiene Carnarvon, supongo.

- Ya basta, Emerson -dije-. Éste es un acontecimiento social… al menos lo sería, si dejaras de atormentar a este pobre hombre. Tome una copa de brandy, Howard.

- Gracias, señora, creo que lo haré -Howard se secó furtivamente el sudor de la frente-. ¿Le importa si fumo?

- Claro que no. Y ahora cuéntenos qué está haciendo en El Cairo.

Howard parecía misterioso, o al menos lo intentaba.

- No puedo hablar de ello, señora Emerson.

- Ah -dije yo-. Inteligencia. Estoy segura de que les está echando una mano.

- Sería usted más útil en Luxor vigilando las tumbas -dijo Emerson-. ¡Demonios! Me siento tentado de hacer un viaje rápido allí yo mismo.

- Uno debe hacer lo que esté en su mano para ayudar a ganar la guerra -protestó Howard.

El pobre hombre parecía tan incómodo que intenté cambiar de tema.

- Howard, ¿por casualidad no conocerá a algún egiptólogo sin empleo que busque un puesto?

- ¿Por qué? ¿Están contratando personal nuevo?

- No -dijo Emerson, que había estado guardando el aliento y fue, por tanto, capaz de adelantárseme-. Maldición, Amelia, creía que habíamos acordado repensar el asunto antes de dar cualquier paso.

- Ya lo he vuelto a pensar, Emerson. Mire Howard, David y Lía no van a venir este año. Sin ellos estaremos faltos de personal y un copista experimentado siempre resulta útil.

- Ah, sí -dijo Howard-. Alguien me dijo que no estarían con ustedes. Tuvieron un hijo el año pasado, según creo. ¿Es ésa la

razón por la que Tedros les ha abandonado?

Chismorreos, chismorreos, pensé. A los hombres les encantan, no importa lo que digan. Me apresuré a salvar la reputación de David de la acusación de deslealtad, pero sabía por la cínica sonrisa de Howard que consideraba a una mujer y un hijo una pobre excusa.

- Desearía poder ofrecerles mis servicios -dijo-. Pero estoy comprometido con lord Carnarvon, y creo que estaré ocupado con eh… otros deberes. Haré correr la voz, aunque a primera vista no se me ocurre nadie.

Nos marchamos poco tiempo después, y me las arreglé para que Emerson y yo saliéramos de la habitación sin que la señorita Minton nos viera. De todas formas, tenía el presentimiento de que tendríamos noticias suyas en poco tiempo. Era demasiado buena periodista para dejar escapar una fuente.

Al pasar por el muelle de camino a casa vimos que había luz en el salón del *Amelia.* Emerson detuvo el automóvil en seco.

- Aún están despiertos. ¿Qué te parece si nos dejamos caer y…?

- No, querido.

- Ramsés querrá saber lo que Cárter dijo acerca de…

- Emerson, ésta es su primera noche solos. Imagino que Ramsés tendrá otras cosas en mente.

Sin embargo, cuando llegamos a casa los encontramos esperándonos en el salón.

- ¡Ah! -exclamó Emerson, lanzándome una mirada triunfante-. Estaba seguro de que querrías oír las novedades. ¿Qué tal un último whisky con soda, eh? Nos encontramos con Cárter…

- Cállate, Emerson -le interrumpí. Mi intuición raras veces falla, y estaba segura de que tenían noticias de mayor importancia que las nuestras-. Algo ha ocurrido. ¿Qué?

- Nada de lo que haya que preocuparse -contestó Ramsés-. Traté de persuadir a Nefret de que podía esperar hasta la mañana, pero ella insistió en que viniéramos.

- Definitivamente un whisky con soda sería de lo más indicado -dijo Nefret con seriedad.

- ¿Tan grave es? -pregunté, tomando el vaso que Emerson me ofrecía; ya que había procedido a actuar según su propia sugerencia. Ramsés alcanzó el suyo, y comenté-. Estás utilizando tu brazo derecho. ¿Otra camisa echada a perder?

Ramsés soltó una carcajada y los labios tensos de Nefret se relajaron.

- Confiaba en usted, madre, para poner el asunto en su justa proporción -dijo ella-. No sólo una camisa, sino también su mejor chaqueta de lino. No, Ramsés, no puedes hablar; intentarías quitarle importancia y no lo permitiré. Se lo contaré todo.

Ramsés escuchaba en silencio, mirando alternativamente los ojos del expresivo rostro de Nefret y los igualmente expresivos movimientos de sus finas manos. No la interrumpió; fue Emerson quien exclamó:

- ¡Rayos y centellas, Ramsés! ¿Por qué no te defendiste? Deliberadamente le permitiste…

Ramsés se encogió de hombros.

- Sólo era el pobre Asad intentando hacer una heroicidad, y cuando demostró lo que quería desapareció en la ciudad.

- ¿Ha sido una rima?

- Involuntaria.

- Basta ya -bramó Emerson-. Los dos. Muy bien, Nefret, continúa. El asesino rompió a llorar, ¿y Ramsés le consoló? Imagino que entonces le llevaste a tomar un café y a charlar ¡Santo Dios!

- No exactamente -dijo Nefret-. El tipo se derrumbó completamente. Estaba sollozando y Ramsés le daba palmaditas en el hombro; dejando un estampado sangriento de huellas por todo su traje, debo decir. Probablemente la guardará como una reliquia sagrada.

- Espera un minuto -dijo Emerson, frotándose la barbilla-. Confieso que estoy teniendo alguna dificultad para asimilar todo esto. Asad… ¿el lugarteniente de Wardani? Sentías un cierto aprecio por ese tipo, me parece.

- Sí -Ramsés se inclinó hacia delante, columpiando el vaso entre sus manos-. Era el mejor de los hombres de Wardani: un intelectual, no un hombre de acción, y el más valiente de todos, porque siguió adelante con el trabajo a pesar de su miedo. Desarrolló un cierto… apego hacia mí. Sólo, claro, que no sabía que yo era yo. ¿Pueden imaginar qué conmoción debe de haber sido para él descubrir que ha sido traicionado por un impostor? ¿Que toda su dedicación y lealtad y… y admiración habían sido generosamente volcadas en un hombre que le había mentido, y traicionado la causa en la que él

creía? Tenía que hacer algo para probar su hombría. Ahora ya lo ha hecho y ése será el final de todo. Es un alma muy gentil, de verdad.

- ¿Cómo descubrió que eras tú? -dije.

- Ja! -gritó Emerson-. Justo lo que yo iba a preguntar. La historia oficial era que Wardani fue detenido junto con sus lugartenientes y enviado al exilio en la India, donde, de hecho, ha estado desde entonces. Los demás fueron enviados a prisión o a alguno de los oasis, para que no hubiera posibilidad de que se comunicaran con Wardani. Eso plantea otra duda. El tal Asad se supone que estaba encerrado. ¿Cómo se escapó?

Hay cinco grandes oasis en el desierto Occidental: Siwa, el más al norte; Bajariyya, Farafra, Jarga y Dajla. Salvo Farafra, todos son suficientemente grandes y fértiles como para albergar a una población de varios miles de personas, pero a mí no me habría gustado soportar un largo exilio en ninguno de ellos. La sanidad prácticamente no existía y enfermedades de distintas clases eran endémicas. Resultaban unas prisiones bastante efectivas, ya que estaban separadas del Nilo por kilómetros de estéril tierra desértica, y eran accesibles tan sólo para caravanas de camellos. Todos ellos excepto…

- Oh, cielo santo -exclamé-. ¡No me digas que le enviaron a Jarga!

- Acertó, como siempre, madre -dijo mi hijo-. Un tipo le compró una bonita chaqueta nueva y un billete y le puso en el tren.

- No tiene gracia -dijo Nefret, pero las comisuras de su boca se elevaron compartiendo la risa de Ramsés. Era agradable verle sonreír tan a menudo como lo hacía esos días, incluso si, como en el presente caso, la situación era sin duda demasiado seria como para reírse.

- Pero resulta tan extraordinariamente tópico -explicó Ramsés-. Escaparse de un oasis… ¿acaso no evoca la imagen de una frenética carrera hacia la libertad a lomos de un camello, bajo el cielo estrellado del desierto, con el enemigo pisándote los talones y todas esas bobadas? El tren de Jarga sólo tarda nueve horas hasta el enlace, y desde allí pudo tomar el expreso de El Cairo.

- Condenados idiotas -farfulló Emerson.

- Eso es un tanto duro, Emerson -dije-. Incluso si hubiera tenido la iniciativa y los medios para escapar, ¿qué daño podía hacer, solo

y sin jefe? Alguien le ha proporcionado los medios y el estímulo (e, imagino, el valor). Aún tenemos el control sobre Jarga, ¿no?

- Tan sólo de manera simbólica -dijo Emerson-. Los senussi sin duda tienen emisarios, o espías si prefieres esa palabra, tanto en Jarga como en los otros oasis. Todo el mundo sabe que el ataque sobre la frontera egipcio-libanesa es inminente. Los turcos han estado entrenando y armando a los senussi durante años, y las tribus del desierto Occidental les apoyan. No tenemos los sufitientes soldados para defender los oasis. Tal y como están las cosas, intentamos abarcar más de la cuenta.

- ¿Pudiste sacar alguna información más del señor Asad? -pregunté, intentando, contra todos los elementos, ceñirme al asunto.

- En realidad no -admitió Nefret-. Dijo que su bienhechor era un hombre que nunca había visto antes; que vestía como un beduino y su árabe, aunque fluido, no era el de un egipcio.

- No era el de un cariota -le corrigió Ramsés-. Los dialectos locales varían enormemente.

- También los dialectos de Siria y Turquía -masculló Emerson-. Y el senussi. Bueno, no saquemos conclusiones precipitadas. ¿Eso fue todo?

Nefret asintió.

- Estaba tan contrariado que resultaba casi imposible sacarle algo que tuviera sentido. Decía una y otra vez que lo sentía, que se iría, que no volvería a molestarnos, pero que había otros y que deberíamos permanecer en guardia. Así que Ramsés le dejó marchar.

- Maldición -juró Emerson-. ¿Por qué demonios lo hiciste?

- ¿Qué alternativa tenía? -preguntó Ramsés acalorado-. ¿Entregarlo a la policía o a los militares? Ya hice eso antes. No podía soportar hacerlo otra vez, no a él. Sabe como encontrarme y le dije que le ayudaré si puedo.

- Muy sensato -dije, adelantándome a otro comentario indignado de mi impetuoso marido, que prefiere utilizar métodos menos sutiles para extraer la información de testigos reticentes-. Ahora está en deuda contigo, y si es un hombre de honor, como tú crees, estará deseando pagar esa deuda. ¿Piensas que volverá a buscarte?

- Eso espero.

- Todo eso está muy bien -gruñó Emerson-. Pero ¿y los demás? Deberías haberle preguntado, al menos, quiénes eran.

- No creo que ni él mismo lo supiera -dijo Ramsés-. El movimiento no está muerto, pero ha pasado a la clandestinidad y no creo que nadie vaya a preocuparse por mí -dejó el vaso en la mesa y se puso en pie-. Sin embargo, estamos de acuerdo en que ninguno mencionará el incidente a la familia de Inglaterra, ¿no?

- Humm. -Emerson se acarició la barbilla-. Estás en lo cierto hijo. Si David se enterara de esto…

- Cogería el primer barco -el serio semblante de Ramsés se suavizó en una sonrisa-. Cree que no tengo suficiente sensatez como para cuidar de mí mismo… no puedo imaginar cómo se le ocurrió tal idea. El hecho es que David estaría aún en mayor peligro ante la gente de Wardani. Nunca fui miembro de la organización, pero él sí. Los motivos de Asad eran personales y… eh… emocionales, pero tanto él como los demás considerarían a David un traidor.

Después de que se hubieran marchado esperé a que Emerson hiciera algún comentario. Durante un rato no dijo nada; sumido en sus pensamientos tomó su pipa y se concentró en la complicada ocupación de rellenarla. Después de haber esparcido hebras de tabaco por el suelo y sus rodillas, prendió una cerilla y empezó a chupar.

- ¿Y bien? -pregunté-. ¿Qué vamos a hacer?

- ¿Opinas que deberíamos hacer algo?

- Supongo que podríamos sentarnos tranquilamente y esperar a que uno de esos fanáticos de mirada salvaje asesinara a Ramsés.

- Me inclino a compartir su juicio sobre Asad, ¿sabes? De todas formas -se explicó Emerson, adelantándose a mi indignada protesta-, no me gusta cómo suena esto. Sahin Bey, de la inteligencia turca y Sidi Ahmed, el jeque de los senussi, conocían la misión de Ramsés. Tuve una pequeña charla con el general Maxwell el otro día…

- ¿Por qué hiciste tal cosa? Creí que habíamos acordado que no tendríamos nada que ver con los militares. Maldita sea, Emerson, si sospechabas que algo de esto iba a ocurrir deberías habérmelo dicho.

- No sospechaba nada de esto, y una de las razones por las que me tomé la molestia de ver a Maxwell fue para enfatizar la postura

que tomamos con Salisbury y ese bastardo de Smith. Fue una grata sorpresa descubrir que Maxwell estaba de acuerdo conmigo en que Ramsés debería mantenerse fuera del juego de la inteligencia, aunque probablemente sus razones no eran las mismas que las mías.

- No. A los militares no les preocupan las vidas de los hombres que envían a la batalla. Fíjate bien en lo que te digo, Emerson: si él encontrara una manera en la que Ramsés pudiera ser de utilidad intentaría reclutarlo de nuevo, ¿qué tienen que ver los senussi en todo esto, en cualquier caso?

A Emerson le encanta darme lecciones, así que yo se lo permito, aunque la mayoría de lo que me dijo yo ya lo sabía. El *tariqa,* o «camino» senussi, era un movimiento religioso, el retorno a la pureza del Islam, fundado por un descendiente del Profeta y cuyo nombre deriva del de su familia. Sidi Mohammed ben Ali ben Es Senussi (tenía varios nombres más, que he olvidado) había sido un hombre de altos principios y elevada moral, que predicaba la tolerancia y abjuraba de la violencia.

Fue una invasión extranjera la que convirtió un movimiento espiritual en una fuerza militar y política. Los franceses, al infiltrarse por el sur y el oeste, y los italianos, al atacar la Cirenaica por el norte, despertaron una llama de resistencia en los habitantes de la región. Hacia 1914, los descendientes de los grandes líderes espirituales habían unido sus fuerzas con el sultán. Algunos oficiales turcos y alemanes árabe parlantes, apoyaban a los senussi en sus intentos por desalojar a Italia de su territorio en la costa, y personas bien informadas creían que era sólo cuestión de tiempo antes de que Sidi Ahmed se dejara convencer para organizar un ataque armado sobre la frontera occidental de Egipto. Aunque Gran Bretaña estaba muy mal equipada para hacer frente a un ataque como ése, después de las cuantiosas pérdidas de Gallípoli, había peligro real de que incluso un éxito temporal de los senussi pudiera provocar el alzamiento de sus simpatizantes en el Valle Occidental y el Valle del Nilo.

- ¡Otra vez no! -gemí.

- No querida. Ramsés consiguió controlar a un grupo pequeño de aspirantes a revolucionarios en El Cairo, pero ni siquiera Kitchener sería tan estúpido como para suponer que podría hacer frente a la influencia del jeque el-Senussi sin ninguna ayuda. Desconozco

exactamente qué tipo de intriga disparatada tenían en mente, pero supongo que incluía enviar a Ramsés a espiar a los senussi con uno de sus extravagantes disfraces. No hay ninguna necesidad de preocuparse por ello, porque no va a ocurrir.

- Eso es muy interesante, Emerson, pero no explica quién envió al tal Asad tras Ramsés.

- Ciertamente no -admitió Emerson-. En realidad todo el asunto es algo raro. Sidi Ahmed conocía la farsa de Ramsés, y puede muy bien haber sido uno de sus hombres el que sacara a Asad de Jarga, pero no le veo desviándose de su objetivo principal para buscar una insignificante venganza. Ramsés llevó muy bien el asunto, y los senussi admiran a un enemigo valeroso. Lo mismo podríamos decir de Sahin Bey: él es un verdadero profesional y obviamente respetaría a un colega profesional, aunque estuviera en el bando opuesto. Ya oíste algunos de los comentarios elogiosos que hizo acerca de Ramsés…

- "Es un hombre valiente y merece una muerte rápida". No es que encuentre esa actitud particularmente tranquilizadora, Emerson.

- Así es como piensan estos tipos -dijo Emerson, encogiendo sus anchos hombros-. Todo es parte del juego. Le cortaría el cuello al chico sin dudarlo si tuvieran que volver a batirse, pero no creo que intentara vengarse de él por una antigua derrota.

- Eso es un gran consuelo.

- Créeme, Peabody. No me lo estoy tomando a la ligera. Tengo una idea.

- ¿Serías tan amable de discutirla conmigo?

- Madre mía, esta noche estás sarcástica. Lo que propongo es que enviemos a Ramsés y a Nefret a Luxor durante un tiempo. El peligro, si existe, está aquí, en El Cairo.

- No se irá, no si sospecha que intentamos protegerle.

- Lo hará si podemos convencerle de que en Luxor es necesario. De acuerdo con todos los informes que he oído, los ladrones de tumbas de Gurna campan a sus anchas, sin vigilancia en los yacimientos. Si bien Ramsés no puede atrapar a algunos de los más pertinaces, puede infundirles el temor de Dios… y asegurarse de que *mi* tumba no ha sido perturbada.

- ¡Se te ve venir, Emerson! -exclamé-. No estás preocupado por

Ramsés; lo que te inquieta es tu maldita tumba.

- Me preocupan los dos -protestó Emerson, mirándome con reproche-. No en vano llaman a Ramsés Hermano de los Demonios; su sola presencia hará que esos tipos se lo piensen dos veces antes de quebrantar las leyes.

- Bueno, no es tan mala idea -admití-. Mantendrá a Ramsés (y a Nefret, que también se encuentra en peligro, ya que de ahora en adelante no le perderá de vista) lejos de El Cairo, y hará que dejes de desvariar y despotricar acerca de los saqueos de tumbas. Pueden ir navegando en el *Amelia.* Será como una luna de miel para ellos; las pobres criaturas no han tenido una, ya sabes, no una de verdad.

- ¿Luna de miel? ¿Con *mis* Hassan y toda una tripulación, por no mencionar a Sennia y a Basima?

- No tengo intención de dejar que Sennia vaya con ellos.

- Buena suerte -se burló Emerson-. Me alegro de que estés de acuerdo. Mañana les propondré el plan.

Aunque usábamos el *Amelia* principalmente como dependencias habitables, le habíamos dado un repaso general completo la primavera anterior y supuse que no requeriría mucho tiempo ponerla a punto para navegar. La cuestión de qué hacer con Sennia era más complicada. Estaba convencida de que no debía acompañar a Nefret y a Ramsés; si lo hiciera, Gargery iría también, e igualmente *Horus* y Basima, y en el reducido espacio de la *dahabiyya* los pobres no tendrían más intimidad que los animales en un zoo. Quería que dispusieran de esos días para ellos solos, en el ambiente romántico del que yo tenía tan gratos recuerdos. Apartados de las distracciones cotidianas y de las atenciones de su cariñosa familia, se apoyarían juntos en la borda, mirando las ondas de luz de luna en las aguas oscuras, y… y harían lo que dos personas que se quieren apasionadamente hacen en esas circunstancias.

Además era hora de que Sennia tuviera algún tipo de educación formal. Pronto cumpliría seis años, o acababa de cumplirlos. No conocíamos la fecha exacta de su nacimiento, así que habíamos elegido una fecha arbitraria de septiembre en la que celebrar el aniversario. Los festejos habían sido extraordinarios y bien recibidos; más a mi favor, la misma Sennia había anunciado que ahora que ya tenía seis años, era prácticamente una adulta y

debería ser tratada como tal. Este parecía un momento apropiado para recordarle que las personas de seis años son lo bastante mayores como para ir a la escuela.

Confío en que no se me acuse de «insularismo» cuando digo que la única institución adecuada era la Escuela Inglesa. Las demás, en su mayor parte, especialmente las escuelas de la Misión Americana, tenían una fuerte orientación religiosa, y yo sabía que Emerson nunca tragaría con eso, aunque tampoco a mí me hacía gracia que mi sobrina nieta acabara convertida en una metodista. Los metodistas son personas encomiables, pero nunca hemos tenido uno en la familia. La Escuela Inglesa era mixta, lo que constituía otro punto a su favor. No me gusta perder el tiempo, así que me acerqué al centro el día después de mi discusión con Emerson, para informarle al director de que nuestra pupila empezaría a acudir a ella.

Conocía a nuestra familia (todo el mundo en El Cairo la conoce) y conocía la historia de Sennia. Todos los cotillas de El Cairo la conocían… o eso creían. Cuando le informé de que el padre era mi difunto sobrino y su madre una mujer egipcia -siendo los detalles adicionales, en mi opinión, irrelevantes- frunció su ancha frente en varias filas de arrugas paralelas, y dijo, sin mucha confianza:

- Quizás la… eh… niña estaría mejor en Saint Mary's.

La Escuela Inglesa de Saint Mary's era un centro para «nativos».

- De haber creído que tal era el caso no estaría aquí -repliqué-. Tenga la amabilidad de entregarme una lista del uniforme y los materiales que vaya a necesitar. La traeré el próximo lunes. Gracias.

Emerson estaba verdaderamente preocupado por las tumbas de Luxor -la suya en particular- así que no le resultó difícil aparentarlo. Estábamos almorzando en el patio de la pequeña tumba que habíamos comenzado a excavar cuando abordó el tema por quinta vez en dos días.

- Me siento tentado de hacer un viaje rápido a Luxor -declaró.

- No puede ser rápido -dijo Ramsés observando a su padre morder salvajemente un sándwich-. Tendrá que pasar algún tiempo allí si quiere que el efecto sea duradero.

- Cierto, cierto -asintió Emerson.

- Y no es probable que consiga que arresten a alguien. Acuérdese de lo que ocurrió con Cárter después de que saquearan la tumba de

Amenofis II; no sólo los guardas afirmaron reconocer a dos de los hermanos Abd er Rassul, sino que Cárter fotografió las huellas de uno de los ladrones y descubrió que coincidían con las de Mohammed y aun así, el tribunal se negó a declararles culpables.

- No tengo intención de perder el tiempo intentando que arresten a nadie -dijo Emerson.

Nefret soltó una risita.

- Tiene intención de sacudirles, supongo.

Su blanca tez resplandecía con el brillo dorado que adquiría después de unos pocos días en Egipto, y su risa era tan alegre como la de una niña; pero yo sentía que me estaba ocultando algo. Había pasado la mañana en el hospital para mujeres que había fundado varios años atrás, y sus ojos se dirigían continuamente al antebrazo vendado de Ramsés. Su función principal era evitar que la arena y la suciedad infectaran la herida, que no era profunda. Yo misma la había inspeccionado.

- La fuerza física no será necesaria -declaró Emerson-. Lo que tenía en mente era la persuasión moral -suspiró-. Sin embargo, no dispongo del tiempo necesario. Una pena. Me pregunto si…

Interrumpí antes de que pudiera continuar. Emerson no tiene paciencia para insinuaciones sutiles, y eso era lo que necesitábamos.

- ¿Cómo estaban las cosas en el hospital, Nefret? -pregunté-. Confío en que la doctora Sophia esté bien. Debe de estar muy ocupada con todos esos heridos además de sus pacientes habituales.

El color subió a las mejillas de Nefret.

- No hay ningún herido.

- Pero todos los hospitales de Alejandría y de El Cairo están llenos -dije-. Y los militares los están enviando a Inglaterra. ¿Por qué…?

- ¿Por qué cree? -Nefret alzó el tono-. Porque los malditos militares no permiten que una cirujana o una médico traten a sus hombres, ¡por eso! Sophia fue en persona al cuartel general tan pronto como empezó a llegar la avalancha de víctimas de Gallípoli. Le dieron las gracias y la enviaron a casa.

- Malditos idiotas -gruñó Emerson.

- Es peor que idiotez, es negligencia criminal -dijo Nefret enfadada-. Para cuando los heridos ingresan en los buques hospital, muchas de sus heridas se han gangrenado y los cirujanos tienen que

amputar. No cosen las heridas, sólo aplican vendajes húmedos y rezan. Un número aún mayor de hombres sufren de disentería, ictericia, tifus y Dios sabe qué otras enfermedades. Podríamos salvar a algunos de ellos si se nos diera la oportunidad.

- ¿Cómo te has enterado de esto? -preguntó Emerson.

Nefret se encogió de hombros.

- No todos los médicos del ejército son ciegos idiotas. Sophia habló con uno de ellos, que había ido, sin permiso oficial, obviamente, a pedir suministros médicos. Estaba bastante amargado.

Al final del día Ramsés y Nefret volvieron a la casa con nosotros a tomar el té. Llegábamos con un poco de retraso, como de costumbre, ya que Emerson hubiera seguido trabajando hasta la puesta de sol si yo no hubiera insistido en que parara, así que encontramos a Sennia esperándonos en la azotea, vibrando de indignación y, como ella misma explicó, desmayada de hambre.

- ¿Qué tal la escuela? -pregunté puesto que había sido su primer día.

- No me gustó -dijo Sennia con la boca llena de pastel-. Era muy…

- No digas «aburrida» -le advertí.

- Pero es que lo era, tía Amelia.

Estaba sentada en el sofá entre Ramsés y Nefret. Ella rodeó a la niña con su brazo.

- ¿Has hecho algún amigo?

- No. Los otros niños son…

- ¿Aburridos? -Nefret se rió, pero su hermoso rostro parecía un poco triste-. Una escuela nueva siempre es un poco dura al principio, Sennia.

- ¿Para ti también lo fue?

- Oh, cielos, sí. -Nefret y yo intercambiamos sonrisas nostálgicas-. Pregúntale a tía Amelia. Yo no sabía las cosas que las otras niñas sabían, lengua y música y conducta, y eran antipáticas conmigo.

- Fue muy duro para ti, cariño -dije. Aún lamentaba haber puesto a Nefret en una situación cuyas dificultades debía haber previsto. Ella tenía trece años cuando llegó hasta nosotros, directamente desde el remoto oasis en el desierto Occidental en el

que había nacido y crecido. Inteligente, y deseando agradar, se había adaptado tan rápido a las costumbres civilizadas que yo había creído que estaba lista para la escuela. Había olvidado que los niños de ambos sexos son maliciosos por naturaleza.

Sennia tampoco lo tendría fácil. Desde el punto de vista social y académico, estaba mejor preparada de lo que lo había estado Nefret, puesto que llevaba con nosotros el tiempo suficiente para aprender nuestras costumbres; pero mientras Nefret era una pálida flor de belleza inglesa, algunos de los pequeños monstruos se burlarían de la piel oscura de Sennia y la insultarían. Me preguntaba si Saint Mary's hubiera resultado más fácil… Bien, tendríamos que verlo. Sennia era una luchadora, y si la ocasión lo exigiera yo haría unas cuantas llamadas a los padres de los ofensores, o le diría a Emerson que las hiciera él. Si Sennia realmente lo odiara, habría que reconsiderar el caso.

Dije animadamente:

- En cierto modo fue más difícil para Nefret de lo que será para ti, Sennia. No se espera que las niñas de seis años sepan francés y alemán ni tocar un instrumento musical. Para eso las mandan a la escuela, para aprender esas cosas.

- Puedo tocar dos tonadas al piano -dijo Sennia esperanzada.

- Gracias a tu tía Nefret.

- ¡Sí! -Rodeó a Nefret con sus brazos-. ¿Podré tocar algún día igual de bien que tú si practico?

- Tocarás mucho mejor -le aseguró Nefret.

Horus se había unido al grupo, subiendo las escaleras dando fuertes pisadas, con un modo de andar tan pesado como el de un hombre. Sennia empezó a darle de comer trocitos de galleta y queso, y yo examiné el correo que había subido conmigo.

- ¿Algo de interés? -preguntó Emerson.

- No.

DE LA COLECCIÓN DE CARTAS M

Mi querida señora Emerson:

Me alegra saber que usted y su familia han regresado a El Cairo. ¿Me harían el honor, alguno de ustedes o todos, de almorzar conmigo el próximo jueves? Si fueran tan amables de aceptar, reservaré una mesa en Shepheard's para la una y media, a no ser que prefieran cualquier otro lugar.

Le saluda atentamente

Margaret Minton

Mi querida señora Emerson:

Siento muchísimo que el jueves no sea posible. ¿Les resultaría el viernes, que creo es el día de descanso de sus hombres, más conveniente? Si no lo fuera, por favor sugiera una fecha.

Atentamente

Margaret Minton

Mi querida señora Emerson:

Puede usted continuar rechazando mis invitaciones, pero en el pequeño mundo de la sociedad de El Cairo no puede evitarme por completo. Tengo un motivo en concreto para desear verles, no únicamente a usted, sino a su marido y su hijo. No es lo que piensa. ¿Se reunirán conmigo en privado para que pueda explicárselo?

Suya

Margaret

* * *

Margaret, por supuesto, pensé después de leer detenidamente la última misiva. Nuestras cartas se habían cruzado con la velocidad

de las balas; yo respondía a las suyas en el instante en el que llegaban y ella hacía lo mismo con las mías. Obviamente no había cambiado nada desde los días en los que consiguió encolerizarme por primera vez, cuando comenzó a perseguirnos sin piedad con la esperanza de conseguir una historia, y terminó enamorándose de mi marido. Lo que había hecho exactamente era disfrazarse de doncella para conseguir un puesto en nuestra casa, y durante aquel periodo había sucumbido, como muchas mujeres, a los numerosos atractivos de Emerson. Los sirvientes siempre están oyendo y viendo cosas porque una no les presta atención. Al menos yo no solía hacerlo. Yo lo sabía.

¿Seguía aún enamorada de él? Era una mujer muy resuelta y pocos hombres están a la altura de Emerson. No estaba en absoluto preocupada por la posibilidad de que mi marido se sintiera atraído por ella. Hasta que no se le puso ante la evidencia el pobre hombre no se dio cuenta de la profundidad de su cariño, y enterarse le había avergonzado terriblemente. Razón de más, pensé, para evitarle un bochorno adicional. Escribí una breve pero enérgica negativa por respuesta y le dije a Ali, el portero, que lo enviara por mensajero al Semíramis, donde se alojaba la señorita Minton.

Ella apareció en Giza al día siguiente.

No había muchos turistas en Egipto ese invierno. Los ciudadanos de las Potencias Centrales eran, por supuesto, *personae non gratae,* los franceses e ingleses estaban en su mayor parte involucrados en el mortífero negocio de la guerra, y muchos americanos se habían visto imposibilitados para viajar al extranjero debido a la amenaza de los submarinos. En busca desesperada de trabajo y propinas, los guías se arremolinaban como un enjambre de moscas en torno a los visitantes que se acercaban. Lo que atrajo mi atención fue un penetrante y patético coro de súplicas; levanté la vista de los escombros que estaba examinando para ver a una multitud de granujas venir corriendo hacia mí. Hasta que no estuvieron al alcance de la mano no reconocí la forma a la que rodeaban. Me puse en pie de un salto, esperando cerrarle el paso antes de que llegara hasta Emerson, que estaba abajo en la tumba. Al verme, los guías se retiraron a una distancia segura y la señorita Minton procedió a abordarme.

- Buenos días, señora Emerson -me tendió su mano.

En lugar de estrechársela la inspeccioné de la cabeza a los pies; su falda de buen corte era un poquito más amplia de lo que estaba de moda y sus botas de botones tenían un práctico tacón bajo. Su figura aún era esbelta y su pelo oscuro no había sido tocado por las canas; pero las señales de los años transcurridos eran visibles en el contorno de sus ojos y alrededor de su boca.

Una mirada fija y silenciosa es, a menudo, la mejor forma de desconcertar a un huésped no deseado, pero no surtió ningún efecto en Margaret Minton. Su sonrisa se hizo más ancha.

- Debería haber sabido que no se libraría de mí tan fácilmente.

- ¿Qué quiere?

- Ya se lo dije. Una conversación en privado.

- No la conseguirá aquí -señalé-. Tomaré el té con usted el próximo viernes.

- ¿Lo hará? ¿O es sólo una manera de quitarme de en medio? -Se quitó el sombrero, un panamá muy a la moda con el ala enrollada y una cinta roja, y volvió a colocar un negro mechón suelto en su lugar-. Ya que estoy aquí, me gustaría echarle un vistazo a su excavación. Me he convertido en una entusiasta de la egiptología, ¿sabe? Consideré varias maneras de echarla por la fuerza. Ninguna parecía practicable.

- Me temo que es imposible -dije glacialmente-. Mi marido no permite que los turistas interrumpan su trabajo. Váyase a ver las pirámides.

Ella había elegido bien el momento. Yo estaba a punto de parar el trabajo y llamar a todos a almorzar. Mientras nos manteníamos con los ojos clavados la una en la otra, como dos perros que intentan derribarse mutuamente con la mirada, Nefret salió de la cámara sepulcral.

- ¿No tiene hambre, madre? -me llamó-. Venga y acompáñenos.

Había tomado a la señorita Minton por una turista. Emerson, que fue el siguiente en aparecer, no cometió ese error. Como era su grosera e invariable costumbre, se había quitado la camisa tan pronto como la temperatura empezó a subir; al ver a la señorita Minton se sobresaltó, soltó una palabrota, y se precipitó de nuevo dentro de la tumba.

- Cielo santo -dijo la señorita Minton riendo-. ¿Era una indirecta de que no quería verme?

- Estamos muy ocupados… -comencé.

- Qué hombre tan apuesto.

- Como iba diciendo…

Emerson se adelantó a mi débil intento de despachar a la dama volviendo a aparecer con la camisa puesta. Remetiéndose la prenda mientras caminaba, se acercó hacia nosotras.

- La señorita Minton, ¿verdad?

- Me siento halagada de que me recuerde, Profesor -le tendió la mano. Emerson la soltó tan pronto como resultó decente hacerlo, pero los modales directos que utiliza con los demás hombres se suavizan con las mujeres debido a su empedernido sentimentalismo. Le resulta muy difícil ser grosero con ellas.

- ¿Se quedará a almorzar? -preguntó.

- No, no, no quisiera molestar -dijo la señorita Minton lanzándome una mirada-. Pero si no fuera mucho problema… ¿Un vaso de agua, quizás, antes de que prosiga mi camino? El aire aquí es demasiado seco.

Era una petición que una difícilmente podía rechazar. Forzando una sonrisa, la conduje al refugio.

Habíamos traído a Sennia con nosotros, ya que aquel día era festivo en el colegio. Ella y Gargery estaban investigando la cesta de picnic que Fátima había preparado mientras Nefret les observaba y Ramsés discutía con la pequeña los méritos relativos de los sándwiches de tomate frente a los de queso.

- ¡Qué escena doméstica tan encantadora! -exclamó la señorita Minton, su aguda mirada oscura capturando cada detalle, desde los negros rizos llenos de polvo de

Sennia hasta el traje de faena de Nefret, consistente en pantalones, botas y una camisa empapada en sudor-. Por favor, dejemos las formalidades; estoy segura de que conozco a todo el mundo excepto…

- Señorita Minton -dije con maliciosa premeditación-, recordará a nuestro mayordomo, Gargery.

No conseguí avergonzarla. Las comisuras de su boca, más bien ancha, se elevaron.

- Le recuerdo muy bien. Me echó una reprimenda memorable una tarde en la que me encontró merodeando cerca de la biblioteca, una habitación fuera de la esfera de mis tareas habituales. ¿Cómo

está, Gargery?

- Bastante bien, señorita, señora, eh… señorita. Gracias.

- Y ésta debe de ser la joven señora Emerson -dijo la señorita Minton ofreciéndole la mano a Nefret-. He oído hablar mucho de usted.

- Yo también he oído bastante acerca de usted, señorita Minton.

- Usted no me conoce -dijo Sennia-. Me llamo Sennia. ¿Es usted amiga nuestra?

La señorita Minton le ofreció una sonrisa realmente empalagosa. Me di cuenta de que tenía muy poca mano con los niños.

- Claro que sí, preciosa. Conozco a tu, eh… familia desde hace mucho tiempo.

La señorita Minton, en ese momento, dirigió una mirada como un cañón de luz hacia Ramsés, que se había puesto en pie. Al menos estaba decentemente cubierto, pero el atuendo informal que vestía en la excavación *realzaba* ventajosamente su figura.

- Conoce usted a mi hijo, por supuesto -dije.

- Le recuerdo perfectamente, pero nunca le habría reconocido. ¡Cuánto se puede cambiar en unos pocos años!

- Más que unos pocos años, creo -dijo Ramsés-. ¿Está en Egipto en misión periodística, señorita Minton, o por placer?

- Un poco de las dos cosas.

Llené un vaso de agua y lo incrusté en la mano de la señorita Minton.

- ¿De modo que es la verdad lo que persigue? -pregunté con ironía.

- Como siempre señora Emerson -sorbió el líquido con elegancia-. Gracias. De lo más refrescante. Lo que de verdad me gustaría, por supuesto, es llegar hasta las líneas de combate.

- No hay mucha actividad en el Sinaí por ahora -dijo Ramsés.

- Estaba pensando en el frente occidental -sus labios se crisparon en una mueca irónica-. El frente occidental de Egipto, quiero decir. Los senussi han cruzado la frontera y no tenemos hombres suficientes para rechazarles. Me gustaría ver algo de acción.

- No, no le gustaría -le atajó Emerson-. De cualquier modo, no tiene la más mínima posibilidad de llegar hasta Mersa Maruth. Si lo intentara por sus propios medios la obligarían a volver antes de que saliera del Delta. Y el ministerio de Guerra nunca permitiría a una

mujer llegar hasta el campo de batalla.

- No están permitiendo que ningún periodista llegue hasta esa zona -dijo la señorita Minton con los ojos centelleantes-. Tan sólo cuatro corresponsales tienen licencia del ministerio de Guerra; ni que decir tiene que yo no soy una de ellas. Ah, en fin, en breve evacuarán a todos los pobres diablos de Gallípoli; espero poder entrevistar a algunos de ellos. Es un secreto a voces que la campaña ha estado fatalmente dirigida desde el principio. La insuficiencia de la asistencia médica es un escándalo que el ministerio de Guerra está intentando ocultar.

Miré a Nefret tratando de advertirla. No hubo necesidad; aunque su expresión absorta indicaba su interés y su acuerdo con las palabras de la señorita Minton, permaneció en silencio. La pobre niña había aprendido a ser discreta a través de amargas experiencias, y me había oído hablar a menudo acerca de lo poco de fiar que son los periodistas.

- Parece que tiene usted fuentes de información no oficiales acerca de cuestiones que no son del conocimiento público -dije, esperando provocar su indiscreción.

Debería haberlo sabido. Se encogió de hombros y tomó otro sorbito de agua.

- Todos los periodistas dependen de esas fuentes y siempre hay alguien dispuesto a ser sobornado. Bien, debo irme. Ha sido un gran placer verles a todos de nuevo y conocer a tu encantadora esposa, Ramsés… si puedo utilizar el nombre por el cual solía llamarte.

- Era señor Ramsés -dijo mi hijo con frialdad-. Ya que estaba usted empleada como doncella nuestra.

La mujer le dirigió una sonrisa apreciativa y desvergonzada.

- *Touché* señor Emerson. Aún prefiere hablar sin rodeos, según veo. Bien. Yo también.

Para mi sorpresa, ya que había esperado que retrasara su despedida, comenzó a alejarse.

La superficie era abrupta. Había guijarros y trozos de piedra rotos esparcidos por el suelo. Sin embargo, sospeché que no fue una coincidencia que tropezara y perdiera el equilibrio justo cuando pasaba al lado de Ramsés.

El tendió una mano para agarrarla y sujetarla, y quedó visiblemente desconcertado al encontrarse envuelto en un estrecho

abrazo. Colgando de Ramsés, con los brazos alrededor de su cuello y su cuerpo apretado contra el de él, aquella mujer alzó los ojos con una sonrisa.

- Gracias. ¡Qué rápido ha sido! Me ha salvado de una terrible caída.

- Más bien de acabar con las rodillas golpeadas y las manos arañadas -dijo Ramsés recobrándose. Es muy difícil desconcertarle durante mucho tiempo-. ¿Puede caminar o quiere que llame a uno de los dragomanes para que la lleve hasta su coche?

- No, no será necesario -ella se separó con enérgica eficacia-. Espero que no se haya vuelto a lastimar el brazo al agarrarme. ¿Qué le ha ocurrido?

- En una excavación ocurren accidentes con frecuencia.

- Ah -la señorita Minton se estiró la blusa y se la metió por dentro de la falda-. Bien, entonces adiós. La veré mañana, señora Emerson. ¿A las cinco en punto en el Semíramis?

- ¿A qué ha venido todo eso? -dijo Emerson mientras la menuda figura se alejaba pavoneándose; realmente no existe otra palabra para describir la manera en que la mujer andaba cuando se sentía encantada consigo misma. Recuerdo ese paso muy bien.

Yo también me lo preguntaba. Su traspiés no había sido un accidente y su abrazo había sido calculado deliberadamente. No había sido una insinuación romántica. Era demasiado lista como para recurrir a un truco como ése para conseguir la atención de un hombre, especialmente con la esposa de ese hombre a tan sólo unos centímetros de distancia. Si bien no había logrado gran cosa, había despertado mi curiosidad y me había convencido de que haría mejor en aceptar su «invitación».

Capítulo 4

Cuando entré al Semíramis poco después de las cinco fui recibida por el *concierge,* que me informó de que la señorita Minton había pedido que tomara el té con ella en su habitación. «Ah» pensé, «estaba en lo cierto. Tiene algo que decirme o pedirme, algún asunto que requiere intimidad». Aquél no era un encuentro social ordinario… aunque en ningún momento hubiera supuesto que lo sería.

Cogí el ascensor hasta el cuarto piso, donde el *safragi* me acompañó hasta su puerta. Era una pequeña suite agradable, consistente en un salón y un dormitorio; el salón también le servía de despacho, había libros esparcidos por todos lados y montones de papeles cuidadosamente colocados en una mesa bajo la ventana. Después de haberme saludado y ofrecido una silla, la señorita Minton se sentó detrás de la bandeja.

- ¿Cómo toma el té, señora Emerson? Si hubiera permanecido en su casa el tiempo suficiente como para alcanzar el elevado rango de camarera conocería la respuesta, pero…

- Con leche, por favor. Me maravilla su atrevimiento, señorita Minton. Debería recordar su descarada farsa con vergüenza y arrepentimiento, no bromear sobre ello.

- Ramsés lo hizo. Al menos, supongo que estaba bromeando. Vamos, señora Emerson, fue hace mucho tiempo; ¿aún no me ha perdonado por aquella inofensiva travesura?

- No estoy preocupada por el pasado sino por el presente. No ha cambiado sus tácticas, señorita Minton. No habría sido tan insistente si únicamente hubiese querido volver a encontrar a viejos

conocidos. ¿Detrás de qué anda ahora?

- Directa al grano, ¿eh? -Puso su taza en la mesa y se inclinó hacia delante-. Lo crea o no, volver a ver a viejos conocidos era uno de mis motivos. Tenía una particular curiosidad por ver a Ramsés.

- Hizo más que verle.

- Mmm -su murmullo era como el ronroneo de un gato-. Sabía que debía ser un hombre adulto, pero, ¿quién habría imaginado que ese chiquillo exasperante y poco atractivo cambiaría tanto? Es aún más guapo que su padre, y esos hombros… -puso los ojos en blanco y frunció los labios de un modo indecoroso.

- Está usted en la situación adecuada para saberlo, sin duda -repliqué fríamente-. ¿Cuál era el motivo de semejante espectáculo?

- Tengo intención de decírselo. Sin embargo, le ruego que me permita contárselo a mi manera, sin hacer preguntas ni interrumpirme. Habrá oído muchas historias extrañas en su vida, imagino, pero ésta es una de las más extrañas. Quizás debería empezar preguntándole si me haría el honor de aceptar un ejemplar de mi último libro. No se lo he dedicado -dijo y me lo ofreció-. Puede quedárselo, regalarlo o quemarlo, como guste; pero antes lea las páginas que he marcado.

- ¿Ahora?

- Sí, por favor. No le llevará mucho tiempo.

Un trocito de papel indicaba por dónde debía empezar. Abrí el libro y eché un vistazo a la página.

- No será necesario que lo lea, recuerdo esta escena perfectamente.

Las arrugas de sus mejillas se hicieron más profundas, formando un atractivo marco en torno a sus firmes labios.

- Una de las escenas más excitantes que he escrito -dijo complacida.

- Utiliza el calificativo «sedoso» veintiséis veces.

La señorita Minton echó la cabeza hacia atrás y rió.

- Y «voluptuoso» veintiocho. Muy bien, si mi estilo la ofende de tal modo no le pediré que lo sufra por segunda vez. Recordará, estoy segura, que después de pedir una entrevista con el emir, fui conducida a una habitación del palacio donde permanecí ocho días, sin ver a nadie más que a las niñas esclavas que me traían comida. Fui tratada con suma cortesía, pero mis insistentes peticiones de ver

al emir fueron ignoradas y unos guardas que vigilaban la puerta me impedían abandonar mi habitación…

- Hasta que el octavo día, tres fornidos eunucos (vistiendo ropajes de seda) llegaron y la condujeron a la sala de audiencias donde el emir (envuelto en trajes de seda) la aguardaba. Usted intentó preguntarle acerca de la situación política en Arabia Central; él respondió con halagadores piropos, sus atrevidos ojos negros examinando sus formas. Usted insistió. Él le ofreció enseñarle su correspondencia secreta con los espías que había enviado a territorio enemigo y al gobernador turco. Temiéndose lo peor, pero sabiendo que no tenía usted otra elección, le acompañó a una pequeña cámara…

- Voluptuosamente amueblada con delicados divanes y cojines de seda -dijo la señorita Minton con una amplia sonrisa-. Aunque ése era realmente el lugar en el que guardaba sus papeles secretos.

- Y allí -continué-, el emir se despojó de sus trajes de seda; vestido tan sólo con pantalones y chaleco…

- … con brocados de seda…

- … la tomó entre sus brazos. Forcejeando en su abrazo, sabiendo que sería inútil gritar pidiendo ayuda, usted estaba al borde del desvanecimiento cuando de repente él la soltó y giró en redondo con la mano en la empuñadura…

- … empuñadura de oro con incrustaciones de piedras preciosas…

- … de su espada. Usted se hundió temblando entre los cojines de seda del diván y qué apareció ante sus ojos perplejos sino la silueta de un hombre que había penetrado en la habitación a través del umbral cubierto por cortinas. ¿Era un salvador u otro enemigo? se preguntaba usted (apretando su mano contra su pecho palpitante, si no recuerdo mal). Él vestía el tosco atuendo de algodón (debo decir que éste fue un cambio agradable) de un campesino, y en su mano portaba una hoja desnuda. En un silencio sepulcral se precipitó hacia el emir, que desenvainó su espada. Las hojas chocaron. Con una forzada sonrisa en sus bien formados labios, el recién llegado…

La señorita Minton se dejó caer contra los cojines a su espalda, riéndose a carcajadas. Se secó los ojos con la servilleta y señaló:

- Sabía que era malo, pero no me había dado cuenta de que lo

fuera tanto. Ahórreme el resto, señora Emerson.

- Respecto al final no había lugar a dudas -continué implacable-. Los poderosos músculos (¡de verdad, señorita Minton!) y la agilidad felina de su defensor, en breve vencieron al emir, que se derrumbó herido e inconsciente en el suelo. Alzando su débil figura con tanta facilidad como si usted hubiera sido una niña, el extraño la llevó hasta la ventana y… bien, para acortar una historia innecesariamente extensa, la bajó hasta el suelo con una cuerda (una cuerda de seda, ¿no?), la condujo a través de las oscuras calles desiertas hasta donde estaban acampados sus hombres esperándole, y la estrechó contra él en un largo abrazo apasionado antes de subirla a su camello y desvanecerse en la noche.

- Cielo santo -murmuró la señorita Minton-. Muy bien señora Emerson, ya ha tenido su rato de diversión, espero que haya disfrutado.

- ¿Por qué escribe esta basura? Es usted capaz de algo mejor; algunos pasajes de este mismo libro están coherentemente argumentados y bien expresados.

- ¿Por qué? Porque vende, por supuesto. Usted conoce mi situación financiera; mi padre no me dejó nada más que el hueco título de «Honorable» y dependo de lo que gano -una nueva sonrisa resaltó las arrugas que enmarcaban su boca-. Debe de haber quedado usted impresionada por mi prosa de pacotilla, en otro caso no recordaría las frases exactas que utilicé.

- Lo construyó a base de puras mentiras, ¿no?

- La historia es verdadera hasta la parte donde el emir me llevó a su habitación privada. ¿Le gustaría saber lo que ocurrió realmente después de eso?

La dignidad se batió con la curiosidad y perdió.

- Bueno…

La señorita Minton se levantó y fue hasta una mesa. Escogió un pequeño fajo de papeles de una de las pilas, volvió y me lo tendió.

- Aquí está la versión verdadera. La escribí inmediatamente después del suceso.

DE LA COLECCIÓN DE MANUSCRITOS M (MISCELÁNEA)

El emir era tan sólo un crío, de diecisiete o dieciocho años como mucho. Un bigote negro y una perilla le daban un aspecto belicoso, pero sus mejillas eran tan suaves como las de una niña. Apestaba a

esencia de rosas y todas sus joyas resonaban al andar. Me preguntaba si podía levantar las manos; llevaba anillos en todos los dedos, incluidos los dos pulgares. Broches esmaltados engastados de esmeraldas y rubíes prendían su ropa; en su *sash* llevaba clavada una daga que debía ser puramente ornamental, pues la empuñadura estaba tan incrustada de piedras preciosas que resultaría imposible aferrarla de manera efectiva, y en la parte delantera de su turbante llevaba un adorno por el que muchas mujeres hubieran ofrecido su virtud, un ramo de diamantes de veinte centímetros de largo por diez de ancho del que sobresalía una pluma blanca de garceta.

Estábamos solos en la sala de audiencias de abundantes columnas, pero yo sabía que había guardas en la puerta. La invitación, aun cortésmente formulada, había sido una orden. No podía ponerme en peor situación de la que ya estaba y después de todo, ¿qué otra opción tenía? Cuando me volvió a indicar con la mano que le siguiera lo hice. Consiguió mantenerse un paso o dos por delante de mí, como requería la dignidad masculina, pero tuvo que ir trotando, y continuamente me lanzaba miradas resentidas por encima del hombro. Sofoqué una risita… lo que sirvió únicamente para demostrar que yo tenía mucho que aprender acerca de los emires niños.

La habitación en la que entramos fue una sorpresa. Había un diván, cojines, y una mesa baja de bronce con recipientes de plata llenos de dátiles y confites; pero había también un moderno escritorio cubierto de papeles.

- Los papeles más importantes están ahí -dijo el emir señalando una puerta cubierta con cortinas-. Pero primero sentémonos y conversemos como amigos. Parece usted acalorada. Quítese la chaqueta.

- Estoy perfectamente cómoda, gracias -involuntariamente me arropé un poco más.

- Estará más cómoda sin esa pesada prenda -puso los ojos en blanco y se acercó lentamente a mí-. No le favorece nada. ¿Por qué se viste como un hombre, Sitt, cuando es usted una verdadera mujer?

- Los papeles…

- Más tarde.

Había permanecido en mi sitio sin retirarme mientras él se

aproximaba. Sufría de ese irremediable y estúpido sentimiento de superioridad que se alienta entre los de nuestra clase, y qué estúpida fui, no podía dejar de pensar en él como en un niño. Francamente, me quedé bastante sorprendida cuando me agarró. Era más fuerte de lo que su apariencia de petimetre me había hecho creer; había olvidado oportunamente el hecho de que los Rashid eran guerreros, y que ese «niño» probablemente había matado a un hombre por primera vez antes de haber cumplido catorce años. En lugar de forcejear, lo que hubiera sido un esfuerzo vano, le miré directamente a los ojos y dije altivamente.

- Yo no soy una de sus mujeres. Déjeme ir y hablaremos como amigos e iguales.

- Usted no es mi igual. Ninguna mujer lo es. Venga, béseme. Le prometo que le gustará.

Sus labios subieron por mi mejilla. Por mucha superioridad moral de la que se presuma, yo siempre había sospechado que no resultaba efectiva salvo en la ficción. Para mi sorpresa y disgusto, me oí gritar. Eso no lo pondré en el libro; odio tener que admitírmelo incluso a mí misma. No sólo fue un gesto de debilidad, sino que además era inútil. ¿Quién acudiría a mi rescate?

Voy a escribir esto tal y como pasó, pero yo no lo creería si no hubiera estado allí. El emir me empujó con tanta fuerza que trastabillé hacia atrás, tropecé con el borde de una alfombra y caí sin gracia en el diván con mis talones por un momento más altos que mi cabeza. Para cuando recuperé el aliento, el emir y otro hombre que había aparecido de la nada estaban enzarzados en un combate cuerpo a cuerpo. El muchacho no era ningún cobarde, enganchando a su rival, le rodeó la garganta con ambas manos. En lugar de intentar desasirse de su abrazo, el otro hombre le lanzó una serie de fuertes golpes con la rodilla, el codo y el canto de la mano. Los dos primeros fueron dirigidos justo debajo del cinturón; el último alcanzó al emir en la nuca cuando se doblaba agarrándose el estómago. Se desplomó en el suelo y allí permaneció.

El recién llegado dio un paso hacia mí y se detuvo como si hubiera tropezado con una pared de cristal. Era un hombre alto, de hombros anchos y bien formados. Los faldones remangados de su *galabiyya* de algodón dejaban al descubierto unas musculosas pantorrillas. La barba oscura y los pliegues de *sujafiyya* ocultaban

todas sus facciones salvo una prominente nariz aguileña.

- ¿Quién diablos es usted? -preguntó.

Me quedé mirándole boquiabierta, demasiado asombrada para contestar. Su complexión, su vestido, y lo que podía ver de sus rasgos eran los de un árabe, pero había hablado en un inglés culto, sin el más mínimo vestigio de un acento oriental.

En dos rápidas zancadas estuvo a mi lado. Me tomó por la barbilla y volvió mi cara hacia la luz.

- El parecido no es tan exacto, después de todo -comentó-. Usted debe de ser la maldita inglesa loca de la que chismorrean en los bazares.

La confianza del lenguaje, el habla de un hombre de mi propia nación y clase, me devolvieron el valor. Intenté Apartarme de él, pero lo único que hizo fue aferrarme más fuerte. Sentía como si me estuvieran estrujando la barbilla en un torno.

- ¿Quién demonios es *usted?* -pregunté-. ¿Le han enviado a rescatarme?

- Vino aquí por su propia voluntad, ¿no es verdad? ¿Qué le hace suponer que necesita que la rescaten?

- ¡Ha intentado hacer el amor conmigo!

- ¿En serio? -el desconocido me liberó de su abrazo y sonrió-. Ibn-Rashid es así. No puede resistirse a bromear.

- ¿Una broma? ¿Cómo se atreve? Estaba a punto de… de…

- Oh, lo dudo. Es demasiado listo. Desde que su tío fue asesinado (es una costumbre muy extendida por aquí) su madre y sus tíos maternos son los poderes reales detrás del trono, y él no se atrevería a ir contra sus deseos. Violar y, o asesinar a una súbdita inglesa les traería serios problemas, y no están preparados para arriesgarse a eso. Están demasiado ocupados enfrentándose unos contra otros - levantando un pesado jarrón de bronce, se inclinó sobre el emir, que estaba empezando a agitarse, y le golpeó limpiamente en la cabeza-. Usted ha complicado de verdad el asunto -dijo con un tono de cierta irritación-. Será mejor que venga conmigo. Rashid estará un poco molesto por todo esto y puede que la tome con usted. Al menos está usted vestida con sensatez. Ese bonito conjunto era otra de las cosas que me confundió; ella también prefiere los pantalones.

- ¿Ella? ¿Quién? ¿Qué es lo que va a hacer usted?

- En primer lugar voy a atarle -despojó al emir de su *sash*

ricamente adornado y le ató las manos a la espalda-. Si usted no me hubiera distraído, habría hecho el trabajo y desaparecido sin que él se diera cuenta de que estaba aquí.

- ¿Por qué debería ir con usted? No sé quién es. Podría estar yendo de la sartén al mego.

- Podría ser. Aun así, si yo estuviera en su lugar me arriesgaría. La sartén ha empezado a crepitar -terminó de atar y amordazar al emir con trozos de sus ropas y se puso en pie-. Puede usted venir por su propia voluntad o más incómodamente sobre mis hombros. Tendré que dejarla inconsciente primero, entiéndalo. Le dolerá. ¿Y bien?

- Yo…

- Oh, por Dios santo, deje de vacilar -me agarró la muñeca y levantó el otro brazo. Tenía el puño cerrado. ¡De veras iba a pegarme!

- ¡No lo haga, no lo haga! Iré con usted.

- Claro que sí, maldita sea.

Un gemido amortiguado del emir distrajo su atención. Ibn-Rashid estaba consciente, sus ojos eran la única parte del cuerpo que podía mover, pero eran muy reveladores. Ya no dudé más que un fuego posible era preferible a un intenso interrogatorio seguro.

Mi salvador -si eso es lo que era- echó los hombros hacia atrás y se puso las manos en las caderas. Su postura, la inclinación de su cabeza, una docena de pequeños cambios que yo podía ver pero no definir, le convirtieron en el rufián que en principio había aparentado ser.

- Perdone mi trato grosero, señor -dijo en árabe fluido-. Pero ya sabe cómo es esto. Usted es un hombre rico y yo soy un hombre pobre. ¿No enseña el Profeta que ayudar a los pobres es grato a los ojos de Dios?

Inclinándose sobre el emir, le despojó con destreza de los broches y las cadenas y desabrochó el brillante adorno del turbante.

- Me llevaré también a la mujer -dijo, guardando los objetos en su morral-. Los dueños del burdel no me darían mucho por ella, pero quizás los *inglizi* pagarán.

A Ibn-Rashid se le salían los ojos de las órbitas y tenía la frente empapada de sudor. Imagino que había empezado a darse cuenta de que se encontraría metido en un pequeño problema si alguien

viniera a buscarme, y él tuviera que admitir que su comportamiento impetuoso le había llevado a perderme. El otro hombre le dirigió un saludo burlón, uniendo las manos bajo la barbilla e inclinando la cabeza y entonces caminó hacia mí, con paso lento e insolente. Yo di unos pasos hacia atrás. Me gustaría poder afirmar que mis movimientos eran calculados y que sabía cuáles eran sus intenciones, pero la sinceridad me obliga a admitir que la retirada fue puramente involuntaria. Dando la espalda al emir, me enseñó sus blancos dientes en lo que imagino que era una sonrisa y soltó el puño.

Apenas rozó mi mandíbula. Por si acaso yo no había entendido la idea, me administró un enérgico golpe en el tobillo y mientras mis rodillas se doblaban, me cogió al vuelo y me echó sobre su hombro. Tuve el sentido común de cerrar los ojos y dejar que mi cuerpo colgara muerto, aunque era una postura terriblemente incómoda. Me llevó a través de la puerta oculta con cortinas y me dejó en pie. La habitación estaba a oscuras salvo por la luz de la luna, pero pude ver diversos armarios a lo largo de la pared. La puerta de uno de ellos estaba abierta; los papeles se habían derramado por el suelo. Cogí uno.

- ¿Qué cree que está haciendo? -su voz era casi inaudible-. Deje eso y venga aquí.

- Es correspondencia privada -yo intentaba mantener mi voz tan baja como la suya-. ¡Qué historia podría escribir si tuviera algunas de estas cartas!

- ¡Y qué espectáculo tan encantador haría colgando cabeza abajo de las puertas del palacio con los cuervos picoteándole los ojos! -arrancó el papel de mis manos, lo juntó con los demás que habían caído al suelo y los volvió a poner en el armario-. El tío Ismail y mamá no se molestarán en perseguir a una hembra sin valor de la que de todas formas estaban a punto de deshacerse, pero si tuviera usted esas cartas no descansarían hasta recuperarlas; a ellas y a usted -fue hacia la ventana y se dio la vuelta, sujetando algo que no pude identificar en la oscuridad-. Supongo que no sabrá usted descender por una cuerda. Las mujeres de hoy tienen tan pocas habilidades útiles. La bajaré yo. Tan pronto como llegue a tierra desátesela y apártese.

Ató un extremo de la cuerda alrededor de mi cintura y me alzó

sin ceremonias al alféizar. La ventana daba a un jardín amurallado, sombrío por los árboles y arbustos de flor; el dulce perfume de alguna olorosa flor nocturna me llegó hasta la nariz. El suelo parecía estar muy abajo.

Respiré profundamente y me di la vuelta para quedar tumbada sobre el alféizar, con los pies colgando y las manos aferradas al marco de la ventana.

- Ha cogido las joyas para hacerle creer que es usted un vulgar ladrón -susurré.

- ¡Mi querida niña! -su voz era risueña-. He cogido las joyas porque *soy* un ladrón, aunque no común.

Solamente el broche del turbante vale varios miles de libras. Deje de hablar y suéltese. La tengo.

La única cosa que me daba ánimo para dejarme caer era la seguridad de que si dudaba me empujaría él. La cuerda se apretó; sentía como si me estuviera partiendo en dos. Me bajó en una serie de tirones rápidos y vertiginosos. Mis pies golpearon el suelo con tanta fuerza que se me doblaron las rodillas. Él ya había descendido la mitad del camino antes de que yo hubiera desatado el nudo y me hubiera hecho a un lado.

- ¿Cómo subió hasta allí? -pregunté sin aliento.

- Escalé la pared. Traje una cuerda porque a veces es aconsejable batirse precipitadamente en retirada. Dios santo, habla usted casi tanto como ella. Sígame y manténgase en silencio.

Me condujo a través de los sombríos caminos entre los arbustos hasta el lejano muro. Era de mortero y de alrededor de tres metros de alto. La luz de la luna brillaba en una superficie quebrada.

- Eso son cristales rotos -me informó mi acompañante-. He despejado un hueco, pero sólo tiene unos setenta centímetros, así que tenga cuidado de dónde pone las manos. Tendrá que subirse sobre mis hombros. ¿Qué tal acróbata es usted?

- Pronto lo sabré, ¿no?

Sus labios se entreabrieron en una sonrisa.

- Exactamente. Vamos allá.

Lo conseguí inclinándome contra la pared para mantener el equilibrio mientras él me elevaba y me empujaba desde abajo. No es que yo fuera especialmente ágil, pero conseguí subir. Sentándome en cuclillas, miré hacia abajo y vi dos caras

estupefactas mirándome.

- *¡Allah akbar!* -dijo uno-. Es una mujer. ¿Dónde las encuentra?

El otro hombre, con un sentido más práctico, dijo:

- Dese la vuelta, Sitt, y descienda agarrándose con las manos. Yo la cogeré.

Las palmas de mis manos, igual que las rodillas, estaban sangrando para cuando conseguí llegar abajo. Debíamos de estar fuera de los confines de palacio; un estrecho camino se perdía a derecha e izquierda. Las altas paredes a ambos lados ocultaban la luz de las estrellas, yo no podía ver nada salvo las claras vestiduras de los dos hombres y algunas formas en sombra que parecían ser caballos. Pocos momentos después, mi salvador se dejó caer a mi lado.

- Quédese quieta -ordenó-. No se mueva.

Llevándose a los otros dos a un lado, les habló en voz baja y con tono de urgencia. No pude distinguir las palabras, pero estaba bastante segura de que no hablaba árabe; los ritmos del lenguaje son muy diferentes de los del inglés. Uno de los hombres se rió; su jefe, porque eso era lo que debía de ser, respondió con una tajante reprimenda. Entonces volvió hacia mí, conduciendo un caballo. Se quitó su tánica y me la tendió:

- Póngase esto.

Me puse la cosa por la cabeza e intenté buscar las mangas. Saltó a la silla de montar y alargó la mano hacia abajo.

- Muy bien. Mantenga la cabeza y la cara tapadas.

Cuando una lee estas cosas parece muy romántico. Sujeta por la curva de su brazo, mi cabeza apretada contra los duros músculos de su pecho, ¡cabalgando en la noche a través de una ciudad plagada de enemigos! Yo no podía ver nada, no podía respirar sin ahogarme casi con el tosco algodón, algo se me estaba clavando en la cadera izquierda y… y yo deseaba que pudiera continuar así siempre. Por fin me retiró la tela de la cara.

- Ya casi estamos, sus hombres deberían haber recogido ya y estar preparados para partir. Dimos un rodeo sólo como precaución pero Ed, uno de mis hombres, ha ido directamente al campamento a avisarles. Le cuento esto para que no me retrase con un montón de preguntas idiotas que no tengo intención de contestar.

- ¿Quién…?

- Especialmente esa pregunta -después de un breve silencio, prosiguió, en un tono de voz muy diferente-: No me debe usted nada. Al final la habrían dejado ir, con su virtud y su piel intactas. El chico tiene un sentido del humor bastante burdo, eso es todo. Imagino que usted será incapaz de resistir la tentación de describir la pequeña aventura de esta noche para su periódico, en los términos más morbosos que pueda inventar; pero si fuera tan amable de hacerme un favor no mencionará mis, eh… habilidades lingüísticas.

- Quiere decir que no debo mencionar que es usted inglés.

- Está usted sacando conclusiones precipitadas. Podría ser ruso o francés o turco o prusiano…

- ¿Citando a Gilbert y Sullivan?

- ¿Por qué no? Mire, me puse al descubierto una vez, de puro asombro, y no, tampoco voy a explicarle eso, pero…

- Le prometo que no diré una palabra. ¿Le… le volveré a ver alguna vez?

- Espero de todo corazón que no -el caballo se había detenido. Me dejó en el suelo y desmontó.

Yo había estado tan absorta escuchando su voz, intentando observar de cerca su cara, que no me había fijado en los alrededores. Estábamos en las afueras de la ciudad, en el lugar donde mis hombres habían acampado.

Se apiñaron a mi alrededor, disculpándose y lanzando exclamaciones de alivio.

- Basta -dijo mi acompañante en árabe-. Coged a la Sitt y largaos. Aquí tenéis dinero para sobornar a los guardas.

Le lanzó la bolsa de cuero a Ali, que la sopesó en la mano y sonrió.

- Es suficiente para sobornar al mismo visir. Casi estamos listos, Effendi. Sólo falta cargar la bañera de la Sitt en el camello de carga.

Salió trotando, dejándome cara a cara con mi salvador.

- ¿Una bañera? -dijo entre dientes-. Es cierto que el sol no se pone nunca en el Imperio británico.

- Al menos no viajo con cristalería, vajillas de porcelana y manteles de damasco, como la señorita Gertrude Bell.

- Oh, así que es a la señorita Bell a quien intenta imitar, ¿no es verdad? Creo que ella consideraría que la ha fallado -él llevaba tan

sólo una camisa suelta y unos calzones por la rodilla. La luz de la luna les daba un brillo pálido pero dejaba su cara en sombras, excepto la punta de su arrogante nariz. Comenzó a alejarse-. Buenas noches.

- Espere. Eh… ¿no quiere que le devuelva su túnica?

- Quédesela. Y póngase una *jafiyya* o una bufanda de alguno de sus hombres.

- Sí, entiendo.

- ¿A qué está esperando? Oh, ¿esto?

Me tomó entre sus brazos y me besó.

Fue un beso largo y creo que a él le gustó más de lo que esperaba; pero fue él quien se separó, despegando las manos con las que me aferraba a su cuello y empujándome sin ceremonias contra mi camello arrodillado. Ali estaba allí para ayudarme a montar; cuando miré a mi alrededor se había ido.

* * *

Volví la última página. Ella estaba esperando a que yo hablara, sus manos fuertemente unidas y sus labios entreabiertos.

Me aclaré la garganta.

- Es incluso más ridícula que la otra versión.

- Pero es cierta, cada palabra. Usted sabe que es cierta. Usted es la mujer a quien él se refería. Yo estaba demasiado confusa para pensar con claridad en ese momento, pero cuando volví a recordarlo (una y otra vez), me di cuenta de que sólo podía ser usted. ¿Quién…?

La interrumpí. Muy maleducada por mi parte, pero aún no estaba preparada para esa pregunta.

- ¿Por qué no publicó esta versión?

- Había prometido que no le traicionaría.

- Santo cielo, qué noble.

Se levantó de un salto.

- ¡No sea condescendiente conmigo, señora Emerson! Ese verano, el verano anterior a la guerra, el compromiso de los jefes tribales era de vital importancia. ¿Podíamos contar con que se mantendrían neutrales o estaban negociando en secreto con los turcos? Por eso estaba allí, para descubrirlo, y puso en peligro su misión y a sí mismo ayudándome. Desde entonces esa certeza me ha obsesionado. Debo descubrir qué le ocurrió. Si hubiera resultado

herido por mi causa…

- Ya veo. Será mejor que se siente, señorita Minton, y termine su té. Pasearse de un lado a otro de ese modo tan agitado sólo conseguirá cansarla.

Se dejó caer en el sofá.

- No quiero más maldito té. ¿Va usted a responderme o no?

- Después de que usted haya satisfecho mi curiosidad en un último punto. ¿Qué le hizo sospechar que Ramsés podría haber sido su salvador? Imagino que es por eso por lo que le abrazó.

Sus tensos labios se relajaron.

- Me resultó extremadamente agradable, incluso con su esposa fulminándome con la mirada. Su hijo, señora Emerson, tiene cierta reputación en determinados ambientes. Es el tipo de cosa que podría haber hecho, y había algo en mi rescatador… su voz, sus gestos… oh, no puedo explicarlo pero en cierto modo resultaba extrañamente familiar. Ramsés se parece muchísimo a su padre, pero tan pronto como estuve eh… cerca de él, supe que no era el hombre. Ahora es su turno. He sido franca con usted, por favor, dígame la verdad. Él la conocía, y la conocía bien; es imposible que usted no sepa quién es.

Yo había estado evitando responder con el fin de darme tiempo a pensar qué decir. ¿Cuánto debía -o podía- desvelar? Parte de la historia debía ser narrada; la simple negación de unos hechos que ella sabía que eran ciertos únicamente habría agudizado su curiosidad, y me temía que mi rostro me había puesto al descubierto no sólo una sino varias veces mientras leía el extraño relato. Estaba muy familiarizada con la persistencia de la señorita Minton. Y en este caso, estaba segura, le impulsaba un motivo más fuerte que la curiosidad periodística.

Dije despacio.

- Yo le conocía.

- Conocía… ¿Quiere decir…?

Yo sospechaba que ella había desarrollado un cierto apego sentimental por su héroe desconocido; se escuchaba su eco en cada palabra de su historia; pero cuando vi desaparecer el color de su rostro me di cuenta de que ese apego era más profundo de lo que yo había supuesto. La compasión por el dolor de otra mujer me desató la lengua.

- Lo siento. No tuvo nada que ver con usted; murió salvando mi vida, y la de… de otros.

- Sabía que no era un ladrón -susurró.

- Oh, pero sí que lo era. Uno de los mejores. Durante años controló el tráfico de antigüedades ilegales en Egipto: saqueos de tumbas, falsificación, excavación ilegal… Había creado una red criminal que abarcaba todo Egipto y partes de Oriente Próximo. Nunca conocí su nombre; sus hombres se referían a él como «el Maestro»; también usaba el sobrenombre de Sethos. Tampoco vi nunca su cara sin que estuviera disfrazado. Sin embargo, la descripción general corresponde con la suya, y las frases que usted menciona son completamente típicas de él. Tenía un extraño sentido del humor.

- Estaba enamorado de usted, ¿no es cierto?

- Eso es irrelevante e impertinente y no es asunto suyo, señorita Minton.

- Por eso me besó. Porque me parezco a usted.

- Le aseguro, señorita Minton, que Sethos sin duda besó a un buen número de mujeres que no se me parecen en lo más mínimo - ella se mordió el labio e inclinó la cabeza. Aquél era el único signo de debilidad que había mostrado; la admiración por su autocontrol me hizo hablar con una franqueza que no pretendía-. No tiene sentido idealizar a un hombre, ¿sabe? Ninguno es perfecto. Sethos tenía algunas cualidades admirables pero, rompió todos los mandamientos excepto el séptimo y ello únicamente porque no estaba en posición de hacerlo.

La dejé sentada muy erguida con las manos dobladas en el regazo y su cara serena; pero sabía que tan pronto como la puerta se cerrara a mi espalda, empezaría a llorar. Difícilmente podía culparla por idealizar ese extraño encuentro. *Había* sido romántico, descarada, deliberada y escandalosamente. Sethos era… había sido… un actor consumado; se había metido en el papel de apuesto héroe tan fácilmente como se hubiera puesto un par de guantes.

Resultaba extraña, de todas formas, la forma en que ella le había reconocido. Hasta el invierno anterior no habíamos descubierto que el Maestro del Crimen, el hombre que nos había acosado y atormentado durante tantos años, era medio hermano de Emerson. Esa parte de la verdad, la señorita Minton no la conocería nunca; no

había motivo para que fuera de otro modo. Existía una muy buena razón para que no la hubiera puesto al corriente de otro asunto. Había jurado no desvelarlo nunca, porque podría comprometer a otros, incluido Ramsés. Era por su propio bien, de verdad. Dejar que recordara a su salvador como el ladrón y el criminal que había sido antes de volcar sus inigualables talentos para el crimen en el contraespionaje y muriera al servicio de su país.

Capítulo 5

La entrevista se había prolongado más de lo que yo esperaba. Todo estaba oscuro cuando dejé el hotel. Hacía una noche encantadora y no metí prisa al cochero. Acostumbrada como estoy al incesante tráfico, los llamativos aromas y los cacofónicos sonidos de las calles de El Cairo, disfruté enormemente del paseo. Me dio tiempo a reflexionar sobre todo lo que había sucedido. Considerando las cosas en su conjunto, pensé que había manejado aquel asunto bastante bien.

Cuando el coche se detuvo delante de nuestra casa, Ali, el portero, se precipitó hacia mí agitando sus brazos y dando gracias a Dios a voz en grito. Ali es un tipo nervioso que disfruta de la exageración, pero tiende a seguir el ejemplo de ciertas personas, por lo que no me sorprendí cuando Emerson irrumpió a través de la puerta abierta y unió sus gritos a los de Ali. Mi marido no estaba dando gracias a Dios.

- ¿Qué te retuvo tanto tiempo? ¿Cómo es que llegas tan tarde? ¿Qué ha ocurrido?

- Paga al cochero, Emerson -dije tan pronto como pude hacerme oír. Había estado a punto de hacerlo yo, pero sabía que aquella pequeña tarea le distraería.

- ¿Qué? Ah -no llevaba chaqueta. Después de revolver en los bolsillos de sus pantalones encontró un puñado de monedas, se las entregó al cochero, puso su brazo alrededor de mi cintura, y me empujó al interior de la casa.

- Le has pagado demasiado -dije-. ¿Por qué te comportas así? Te dije adonde iba.

- Humm. -Emerson se detuvo en la puerta de la sala. Aún me sujetaba con mucha fuerza-. Quizás tuve una premonición.

- ¿Tú? Tú no crees en premoniciones ni presagios. Siempre te burlas de los míos.

La puerta de la sala se abrió y Emerson me soltó como si estuviera al rojo vivo.

- Ah -dije, viendo a Ramsés y Nefret el uno junto al otro en el umbral-. Buenas noches, queridos. ¿Os quedáis a cenar? No me habéis avisado.

- Se lo comenté a Fátima -dijo Nefret-. Siempre prepara comida suficiente para una docena. Como usted no llegaba le pedí que se llevara la cena.

- A Mahmud no le gustará -comenté. Nuestro cocinero es algo excitable.

- He tenido una pequeña charla con él -dijo mi nuera con firmeza-. Aún queda tiempo para su whisky con soda, tía Amelia. Venga a sentarse y cuéntenos lo que quería esa mujer.

Me di cuenta de que Ramsés debía de haberle contado nuestros anteriores encuentros con la señorita Minton, y que -acertadamente- habían llegado a la conclusión de que la dama tenía un motivo oculto para desear verme. De cualquier forma, yo tenía intención de contarles toda la historia. Tras una sucesión de desafortunados incidentes, resultantes de los equivocados intentos de ciertas personas para proteger a otras personas de conocimientos que ellos (las ciertas personas) consideraban peligrosos, los cuatro habíamos hecho un pacto de no ocultarnos nada. Al menos Nefret y yo lo habíamos hecho. Emerson y Ramsés habían estado de acuerdo en un principio, pero ambos sufrían de la innata convicción del sexo masculino de que son los protectores naturales de las indefensas hembras, y aunque ambos sabían que Nefret y yo no éramos ni mucho menos indefensas, no confiaba en que ninguno de los dos mantuviera su promesa.

Así que me quité el sombrero, cogí una silla y un vaso de whisky, e inicié mi relato. Fui capaz de dar cuenta de él con todo el garbo del original porque precisamente había traído el original conmigo, introduciendo las páginas en mi bolso cuando la visión de la señorita Minton estaba empañada por las lágrimas (no estuvo bien hacer eso, pero como señalé cierta vez, todo vale en el amor,

en la guerra y en el periodismo. En este caso las tres consideraciones resultaban pertinentes). Tenía toda la intención de devolverlo, con mis disculpas -o quizás sin ellas- después de haber sacado una copia.

Nefret fue la primera en hablar.

- Así que era eso. Tenía miedo de que hubiera oído algún rumor sobre lo que Ramsés hizo el pasado invierno. Sería una historia sensacional.

Esa idea no se me había ocurrido. Quizás sólo se le podía haber ocurrido a una mujer tan apasionadamente dedicada a su marido que era ciega a cualquier cosa que no le afectara a él directamente.

- No es tan tonta -dijo Ramsés-. Publicar cualquier cosa acerca de ese episodio violaría la Ley de Secretos Oficiales y la metería en serios problemas.

Emerson no había dicho una palabra.

- ¿Y bien, Emerson? -pregunté.

- Bien -dijo Emerson-. Deberíamos pasar a cenar antes de que Mahmud queme la sopa.

En un hogar normal la discusión habría terminado aquí, o se habría pospuesto hasta que los cuatro volviéramos a estar solos. A este respecto (como en ciertas otras costumbres), el nuestro no es un hogar normal. Emerson siempre había discutido lo que le apetecía delante del servicio, en ocasiones pidiéndoles su opinión o su apoyo (normalmente en mi contra). Era este mal hábito el que había animado a Gargery para ofrecer sus opiniones incluso si Emerson no se las pedía.

Ocupamos nuestros sitios en la mesa y esperé a que Emerson sacase el tema, lo que estaba segura haría antes o después. Estuve tentada de sacarlo yo misma, con la esperanza de que desviaría la atención de Gargery de sus labores de mayordomo, pues el hombre había dado por hecho, como era natural, que en nuestro hogar egipcio desarrollaría las mismas tareas. El único problema era que Fátima consideraba su deber y su derecho servirnos la cena; aunque ella rara vez intervenía en la conversación, pero le gustaba saber qué pasaba.

A Gargery también. Habría sido divertido verles a los dos maniobrar para aventajar al otro si no hubiera resultado tan inconveniente. Ninguno quería ceder, así que los platos se ponían y

retiraban de la mesa con tal eficiencia que yo no había logrado tomar una comida completa desde que llegamos. Tenía la intención de mantener una pequeña charla con los dos, pero no había encontrado aún el momento.

Así que cuando Gargery fue a retirar mi tazón de sopa, dije:

- No he terminado aún, Gargery. Emerson, ¿qué tienes que decir?

- El relato de la señorita Minton -comentó mi marido, apartando a Gargery con su codo-, es de interés meramente académico. No veo razón para hablar de él.

- ¿La creéis? -preguntó Nefret.

- Sí -dijo Ramsés. Echó una mirada a Fátima que estaba bloqueando limpiamente los intentos de Gargery de llegar hasta su sopa. Ella insistía en que Ramsés terminase cada plato, porque consideraba que estaba muy flaco. Él ingirió de forma apresurada la última cucharada y continuó-. Era Sethos, sin duda. La referencia a uno de sus lugartenientes, incompleta pero fielmente reflejada por la señorita Minton, no deja lugar a dudas. Ahora comprendo por qué tenía tal determinación por vernos y hablar con usted, madre. Obviamente estaba fascinada por él. ¿Qué le dijo usted?

- Tuve que pensarlo detenidamente -dije-. El parecido entre la señorita Minton y yo, y las referencias a algunas de mis características, hacían imposible que yo negase ser la mujer a la que él había hecho referencia. Me sentí obligada a quitarle de la cabeza la idea de que su propósito al estar allí era distinto del que él mismo había admitido.

Gargery frunció el ceño.

- Disculpe, señora, pero no termino de comprender lo que quiere decir.

- Nadie espera que lo hagas, Gargery -repliqué.

Gargery se ofendió por mi rechazo a su petición implícita y se vengó retirándome el plato de pescado antes de que hubiera tomado más de dos bocados.

- ¿Qué más le contó usted? -preguntó Nefret.

- Le hice un breve resumen de su carrera como ladrón y le informé de que había fallecido. Espero que eso ponga un final a sus ideas románticas, pero no cuento con ello. Una mujer de cierta edad… me pregunto por qué no se ha casado nunca.

- Gargery -dijo Emerson-. Si intentas retirar mi plato de nuevo antes de que haya terminado, te clavaré la mano a la mesa con mi tenedor de pescado.

- Sí señor -dijo Gargery. Se cruzó de brazos y miró rencorosamente a Emerson-. Creo, señor, que debería decirnos de qué se trata todo esto. Si ese tal Maestro del Crimen ha vuelto a la vida y va tras usted y la señora, debemos tomar algunas medidas para protegerles. ¿Qué tiene él que ver con la señorita Minton? Me acuerdo de ella, nos dio muchos problemas en el caso del Museo Británico.

El rostro de Emerson enrojeció de manera considerable.

- Deberías decírselo, Emerson -dije-. Si no lo haces, la imaginación de Gargery se desbocará y acabará haciendo alguna insensatez.

Emerson paseó la vista de Gargery a Fátima. Ambos estaban asintiendo vigorosamente. Aparte de competir con respecto a servir la comida, eran aliados en todos los asuntos que pudieran afectar a nuestra seguridad y bienestar, y si Fátima creyera que la situación era seria informaría a Selim, Daoud y Kadija, y entonces todos ellos empezarían a seguirnos los pasos. Reconociendo la lógica de mi comentario, Emerson dijo:

- Parece que la señorita Minton tropezó con Sethos el verano pasado, cuando estaba en Arabia. Desconocía lo ocurrido el último invierno.

- Ah -dijo Gargery-. Así que entonces está muerto. Usted no me mentiría, ¿verdad, señor?

- No -dijo Emerson.

* * *

Confiaba en que ésa fuera la última vez que viéramos a la señorita Minton, pero no contaba con ello, sobre todo porque me había tomado la libertad de coger prestado su manuscrito. Con la esperanza de anticipar siguientes tomas de contacto había copiado las páginas antes de acostarme aquella noche y se las devolví por mensajero a la mañana siguiente, con una pequeña nota explicándole educadamente pero con firmeza que le había contado todo lo que podía y que no veía razones para seguir comunicándonos. Para mi sorpresa, no hubo contestación. Quizás se había arrepentido de su decisión de confiar en mí. Había sido,

ciertamente, un documento de lo más revelador.

Con la señorita Minton sobre nuestros pasos, estaba aún más decidida a sacar a los chicos de El Cairo. No había razón para que no pudieran partir inmediatamente; Amelia estaba listo, y tras haberse tomado con ligera indiferencia las cada vez más numerosas indirectas de su padre, Ramsés había anunciado finalmente que deseaba marcharse. Había perdido la esperanza de escuchar noticias de Asad, quien podría haberse comunicado fácilmente con él si hubiera querido hacerlo. Llegamos a la conclusión de que había dejado la ciudad por motivos desconocidos.

Fue Nefret, sin embargo, el factor decisivo. Habíamos tenido una pequeña charla un día, mientras estábamos cortando flores para el salón. Las rosas estaban especialmente bellas ese año.

- ¿Estuvo padre de acuerdo? -preguntó.

- Fue el mismo Emerson quien propuso el plan -le aseguré-. No es que yo crea que haya algún motivo para inquietarse. Emerson está verdaderamente preocupado por las tumbas de Luxor. ¿No te importaría dejar el hospital por un tiempo?

Durante unos momentos se mantuvo en silencio, con su atención aparentemente fija en la forma perfecta de la rosa carmesí que sostenía en la mano. Entonces dijo:

- Usted sabe que cuando regresé a Suiza a terminar mi formación médica fue una especie de penitencia.

- Mi querida niña, acordamos no volver a mencionar esos tiempos infelices.

Ella prosiguió como si yo no hubiera dicho nada:

- El hospital necesitaba urgentemente una cirujana. Todavía hace falta, tía Amelia… madre… -dejó las tijeras de podar y se dio la vuelta para mirarme-. ¿Está mal preocuparse tanto por alguien que nada ni nadie más te importa?

- No sé si está mal o bien, querida, pero lo entiendo.

- Antes de estar casados creía que le amaba, pero no es nada comparado con lo que siento ahora. Usted sabe todo lo que el hospital significa para mí. Lo abandonaría para siempre, sin mirar atrás, si ello sirviera para mantenerle a salvo.

- Bueno, querida, no es necesario dramatizar tanto -señalé, ya que creí aconsejable rebajar la emotividad-. Ramsés no desearía que abandonases tu carrera profesional por él; de hecho, se sentiría

extremadamente ofendido si consideraras una cosa como ésa. Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Puedes persuadirle?

- OH, sí -sus preocupadas facciones se relajaron en una pequeña sonrisa-. Puedo persuadirle.

Yo no lo había dudado. Decir que su más mínimo deseo era una orden para él no hubiera sido estrictamente cierto -y eso está bien, además, ya que un hombre que ceda a cada capricho de una mujer no merece la pena, y viceversa, claro-, pero una sólo tenía que verles juntos para saber que el cariño era igual de fuerte tanto por parte de él como de ella.

La única dificultad que quedaba era Sennia. Sin embargo, volvió del colegio esa tarde con aspecto de estar bastante contenta consigo misma, y empezó a hablarnos de sus amigos Mark y Elizabeth.

- Ahí lo tienes, ¿ves? -dije-. Te dije que pronto harías amigos si eras amable y educada.

Sennia había estado intentando aprender a enarcar las cejas como lo hacía Ramsés. Las de él eran muy espesas, oscuras y expresivas, y las levantaba, bajaba e inclinaba en distintos ángulos dependiendo de su estado de ánimo. Hasta ahora, el mejor intento que había conseguido Sennia era abrir los ojos de par en par y arrugar la frente sin una alteración visible de la posición de sus cejas. Eso fue lo que hizo en aquel momento.

- No es mi intención contradecirla, tía Amelia -dijo, en una imitación perfecta del hablar pausado de Ramsés-. Pero ser educada fue una pérdida de tiempo. No les gusté hasta que les insulté.

Dejé caer el bollo al que había estado untando mantequilla. *Horus* extendió una garra, lo atrajo hacia él y se lo comió.

- ¿Les insultaste? -dije con un hilo de voz.

- En egipcio antiguo. Sé un montón de palabrotas en árabe e inglés, pero el profesor me dijo que no debía usar ninguna de ellas - alcanzó otro bollo de nata y lo mordió.

- ¡Emerson! No le habrás enseñado…

- Claro que lo hice. Los niños son matones innatos, querida, y la única manera de tratar con los matones es imponerse física o moralmente. Ya que no parecía adecuado enseñarle a Sennia a derribar a la gente…

- Ramsés me enseñó eso -anunció Sennia. Se chupó la nata de los dedos-. Pero sólo lo hice una vez, y no hasta que él me empujó.

Volví mi indignada mirada a mi hijo, quien esquivó mis ojos y empezó a murmurar:

- Tan sólo era un truco inofensivo para poner la zancadilla a alguien, autodefensa en realidad, sólo es efectivo si la persona se ha acercado demasiado como para pretender algo bueno.

Nefret comenzó a reírse:

- No te preocupes, cielo. Puede que madre no apruebe tus métodos pero parecen haber sido efectivos. De modo que, Sennia, ¿ahora te está gustando el colegio?

- Oh, sí. Las lecciones no son demasiado aburridas y todo el mundo quiere estar a mi lado cuando elegimos los equipos.

Así que eso salió bien. Sennia consintió con benevolencia continuar su educación y yo informé a las partes implicadas de que zarparían al día siguiente. Fue una suerte que lo hiciera, porque el correo de la tarde trajo una carta de Howard, quien había regresado a Luxor en una breve visita, trayendo consigo noticias que elevaron la furia de Emerson hasta límites inimaginables.

El último robo había sido extremadamente audaz y osado; los bellacos se habían llevado parte de una monumental estatua de granito negro de Ramsés II de su templo mortuorio en la ribera occidental. La estatua estaba fragmentada, pero la cabeza se encontraba en muy buen estado de conservación. Precisamente esa parte había sido el primer elemento en desaparecer. Su ausencia fue percibida, no por ninguno de los guardas, sino por un turista -una de esas personas incansablemente compulsivas que se leen su *Baedeker* línea a línea-. Había informado a las autoridades, que habían prometido investigar. Para cuando se acercaron a visitar el Rameseum, otros dos enormes trozos de la estatua habían desaparecido.

- ¿Cómo demonios lo hizo? -quiso saber Emerson, agitando la carta de Howard como una bandera de guerra-. La condenada cabeza debía de pesar toneladas. Y encima él tuvo la osadía de volver la noche siguiente, después de que el primer robo hubiera sido denunciado…

- ¿Él? -repetí.

- Quienquiera que fuese -zanjó Ramsés-. Padre, ¿le apetece un vaso de agua?

- Lo que me gustaría sería… eh… Humm. No gracias, hijo.

Supongo -dijo Emerson-, que habrá sido uno de los Abd er Rassul quien hizo el trabajo.

Los hombres de Gurna estaban entre los saqueadores de tumbas más preparados de Egipto. Una no podía evitar sospechar que había un factor hereditario en aquella actividad; sus antepasados habían estado localizando y robando tumbas desde la época faraónica. Los hermanos Abd er Rassul habían tenido una aptitud casi mágica para hallar enterramientos ocultos; el escondite de las momias reales había sido tan sólo uno de sus descubrimientos.

- Sin embargo, ésa no es realmente su «línea de trabajo» -dijo Nefret pensativa-. Los fragmentos de esa estatua han estado ahí tirados durante años. Una no puede culpar a las autoridades por no haber sabido custodiarlas. Se necesitaría un aparejo de poleas para levantar las piezas, ¿no?

- No necesariamente -dije-. Has visto a nuestros hombres levantar objetos aún más pesados a base de pura fuerza bruta y habilidad. Bien, será un bonito pequeño misterio que Ramsés y tú deberéis resolver, querida.

Bonito y seguro, pensé para mí misma. Los ladrones de Gurna eran una pandilla astuta, pero ninguno de ellos era dado a la violencia.

Nos quedamos en el muelle agitando las manos en señal de despedida mientras los hombres impulsaban el *Amelia* lejos de la orilla. La gran vela atrapó el viento y se hinchó. La fuerza de los vientos del norte y la habilidad del *rais* Hassan la llevaría río arriba, contracorriente. El motor de vapor que habíamos instalado, con gran despilfarro y en contra de mis deseos, reducía la duración del viaje a poco más de una semana, pero no tenían prisa y, si seguían mi consejo, tan sólo utilizarían el condenado cacharro ruidoso y hediondo cuando no hubiera viento.

El brazo de Emerson rodeó mi cintura.

- Maldita sea, Peabody -dijo, con la voz ronca por la emoción.

- Sí, querido. Ha sido demasiado tiempo. ¿Quieres que planeemos más adelante un viaje por nuestra cuenta?

- ¿Por qué no? Deberíamos haber resuelto los otros asuntos en poco tiempo.

- ¿Qué otros asuntos?

Emerson enlazó su brazo con el mío y echamos a andar de

vuelta hacia la casa.

- Pues el pequeño problema del asesino sollozante. No es mal título para una novela de misterio -añadió divertido.

Volví la cabeza y le miré. La brisa matutina rizaba su pelo y la luz de la mañana recortaba sus duras facciones en un limpio dibujo.

- Vamos, no finjas no haberlo pensado -dijo-. Siempre aseguras anticiparte a mis intenciones y deducciones.

- Por supuesto que lo había pensado. Estaba esperando a que Ramsés se quitara de en medio antes de comentar el asunto contigo. No le gustará que interfiramos, ya sabes.

- Si las cosas salen como espero él no se enterará. Es demasiado compasivo -dijo el padre de Ramsés-. No es que quiera hacer ningún daño al pobre diablo. Sólo quiero interrogarle y ayudarle, si es que necesita ayuda.

- A mí me gustaría ayudarle a volver a la cárcel -dije-. Eres tan blando como Ramsés. ¿Cómo podéis ser ambos tan tolerantes con un ataque asesino…?

- No creo que verdaderamente entiendas los… eh… motivos, Peabody.

- Explícamelos pues.

Emerson me condujo tras el refugio de una pared y sacó su pipa. Le llevó bastante tiempo rellenarla y encenderla. Después de darle unas caladas meditativamente, dijo:

- No querida, prefiero no hacerlo. Hay ciertos asuntos que un caballero no discute con una dama y tú aún eres deliciosamente inocente con respecto a… eh…

- ¡Oh, Dios del cielo! -exclamé-. ¿Te refieres a que ese muchacho miserable es… ha… era…?

- Ya veo que no es tan inocente -comentó Emerson como para sí mismo-. Eso creo, sí. Esa suposición explicaría perfectamente el comportamiento emocional de Asad.

- Pero… pero…

- Mi querida niña, no te impresiones tanto. Es completamente natural, para algunos individuos, y totalmente inofensivo, para la mayoría de ellos. Ramsés no pudo evitarlo, si un hombre joven… eh… se sintió atraído por él, no más de lo que puede evitarlo en las mujeres. Manejó el asunto muy bien, creo yo. Sólo espero que Asad no se haya cortado el cuello en un ataque de remordimientos.

- ¿Haría una cosa así?

- Podría ser. Ésa es una de las razones por las que estoy tan ansioso por encontrarle. Y antes de que le condenes por ese más bien patético ataque -añadió Emerson-, ten en cuenta que en los asuntos del corazón las mujeres pueden ser más mortíferas que los hombres.

Sin duda no podía negarlo. Estaba recordando varios ejemplos de mi experiencia personal mientras proseguíamos con nuestro camino. Emerson cogió mi mano y me instó a que me apresurara. Estaba, como siempre, ansioso por llegar a la excavación.

- No tan rápido, si no te importa -dije-. No hemos decidido cómo vamos a arreglárnoslas para localizar a este muchacho tan evasivo. Si quisiera nuestra ayuda ya se habría dejado ver.

- Será difícil -admitió Emerson-. Pero hay ciertos pasos que podríamos dar…

Dimos el primero esa misma noche.

El señor Bassam estaba encantado de vernos. En el menú de esa noche destacaba algún tipo de vegetal verde y un fuerte olor a cebolla inundaba la habitación.

- Cualquier cosa que tenga -dijo Emerson atajando las tradicionales ofertas de alimentos variados, ninguno de los cuales estaba disponible.

Nos sentamos en nuestra mesa habitual, cercana a la puerta abierta del restaurante. No me di cuenta de estar mirando hacia esa puerta hasta que Emerson me dio un golpe en el tobillo y sugirió, en lo que él considera un susurro, que disimulara un poco más. Tras una comida excelente, Emerson invitó a Bassam a unirse a nosotros en el café y la pipa. Este último era un hábito que no he adquirido nunca y me preguntaba, mientras los hombres se pasaban la boquilla el uno al otro, cómo demonios podía Emerson ingerir tantas substancias nocivas sin sentir la más mínima molestia digestiva.

Bassam le dio la oportunidad que buscaba al preguntar por Ramsés y Nefret.

- He oído que se han ido a Luxor.

Emerson me lanzó una mirada. Si el señor Bassam lo sabía, también lo sabía el resto de El Cairo. La velocidad con la que los chismes se esparcen en esa ciudad es asombrosa.

- Sí -dijo-. Nos contaron la excelente cena que tomaron aquí. ¿Por casualidad no vio usted a su amigo?

- Estaban solos -dijo Bassam, algo confuso-. Ni siquiera la dama gata estaba con ellos.

- Se encontraron con él nada más salir -explicó Emerson-. Ramsés me pidió que le buscara y le transmitiera un mensaje, pero parece haberse mudado. Pensé que quizá fuera uno de sus clientes habituales.

- Ah. ¿Cómo se llama?

Emerson no tenía otra elección que la de dar el único nombre que conocía, aunque era improbable que el chico aún lo siguiera usando. Bassam negó con la cabeza. La descripción que Emerson procedió a ofrecerle tampoco le dijo nada.

- Con gafas, joven, una barbita… -Bassam reflexionó, mientras se rascaba con fervor su propio frondoso apéndice-. Podría ser alguno de los que vienen de vez en cuando. ¿Quiere que esté pendiente de él y le diga que el Padre de las Maldiciones desea hablar con él?

- Dígale que el Padre de las Maldiciones tiene noticias para él. Buenas noticias que le agradará oír.

- Bien hecho, Emerson -dije, después de que nos hubiéramos despedido de nuestro anfitrión y abandonado el establecimiento.

- Dudo que dé resultado. Si Asad aprendió algo de su jefe, probablemente haya cambiado de aspecto.

No tuvimos éxito aquella noche, pese a deambular por callejones oscuros con la lentitud de un caracol. Sólo podíamos esperar a que se corriera la voz. Probablemente lo haría; las actividades de Emerson siempre suscitaban un interés arrollador entre los ciudadanos de El Cairo. Dejó caer algunos comentarios más la noche siguiente, en varios cafés cercanos a la universidad.

- La gente tiende a regresar a los lugares que le son familiares -explicó-. Era estudiante en Al-Azhar y conoce la zona.

Esa visita tampoco dio sus frutos, aunque cada noche nos sentamos hasta tarde en el jardín y explicamos a Ali que si alguien se aproximaba a la casa de forma clandestina no debía dar la alarma sino informarnos con sigilo. Sugerí, por tanto, que intentáramos una aproximación más directa avisando a la policía de la reaparición de Asad y preguntándoles qué sabían de él.

Emerson no estaba de acuerdo con esa idea.

- Preferiría no tener nada más que ver con la burocracia británica, Peabody. Hasta ahora nos han dejado en paz. ¿Por qué llamar su atención?

- ¿Qué hacemos, entonces?

- Esperar -dijo Emerson-. Alguien va a atacarte tarde o temprano, ocurre cada año. Mientras tanto, si puedes soportar las prosaicas mastabas, proseguiremos con nuestro trabajo.

Le perdoné su mal humor, ya que el trabajo no estaba progresando tan rápido como él había esperado. Si ya estábamos faltos de personal, con Ramsés y Nefret de viaje nuestra fuerza de trabajo se había reducido a la mitad. La tumba en la que acabábamos de empezar era una mastaba doble, de marido y mujer; su perímetro machacado por una completa mezcolanza de tumbas posteriores con al menos seis cámaras mortuorias y una capilla con restos de relieves policromados. Una mañana, cuando yo estaba tratando de ayudar a Selim con la fotografía -no era mucho mejor que yo en ello-, mientras los escombros sin examinar se apilaban y Emerson maldecía a Daoud por no estar sujetando bien el nivel, una voz suave se dirigió a mí.

- ¿Señora Emerson? Eh… ¿buenos días? Hmm… ¿Espero no estar interrumpiendo?

Le aseguro al lector que los signos de interrogación son necesarios para indicar el tono indeciso. Quien acababa de hablar se había aproximado mientras yo tenía el ojo pegado al objetivo de la cámara. Era un hombre más bien joven, de estatura media, que me resultaba vagamente familiar. Tuve que mirarle por segunda vez antes de reconocerle. Para mi sorpresa, me encontré hablando también con preguntas.

- ¿William? ¿William Amherst? ¿Es usted?

- Sí, señora -respondió William. (Al menos tenía la suficiente confianza en su propia identidad para hacer de ella una afirmación y no una pregunta.)

Durante algunos años William había trabajado para Cyrus, supervisando las últimas excavaciones en el Valle de los Reyes. Yo le había conocido bien, pero mi incredulidad era comprensible. Le recordaba como un muchacho distinguido y honrado, con una sonrisa presta. El hombre que se enfrentaba a mí ahora estaba de pie con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Su ropa estaba

raída, sus botas remendadas y el bigote, una vez cuidadosamente arreglado, colgaba andrajoso sobre su boca.

- ¡Bien! -dije con una calidez algo forzada-. ¡Cuánto me alegro de verte, William, y qué amable por tu parte pasar por aquí! Estábamos a punto de parar para un pequeño almuerzo. ¿Quieres acompañarnos?

Fue como si hubiera girado el resorte de un autómata. La lánguida figura rompió a hablar.

- No hubiera venido a esta hora, señora Emerson, pero sé que al profesor no le gusta que le interrumpan cuando trabaja y no hubiera osado llamarles a casa…

- ¿Por qué no? Emerson estará encantado de verte también. Está abajo, en una cámara mortuoria. Le avisaré.

- ¡No, señora Emerson, por favor! No hasta que le haya contado… Preferiría pedírselo a usted que al profesor, señora. Usted puede explicárselo… si fuera tan amable…

- ¿Explicarle, qué? Cálmate, William. -Tenía un aire de culpabilidad tan grande que no pude evitar preguntarle-: ¿Has cometido un crimen o tienes problemas con el *Service des Antiquités?*

- ¡Oh, no, señora Emerson! Nada de eso. La verdad es que… bueno, Howard Cárter me dijo que estaban ustedes buscando… y entonces oí que Ramsés y la señorita Nefret se habían… Así que pensé que quizás…

Me sentí como si estuviera intentando traducir una lengua de la que sólo conocía unas pocas palabras. Afortunadamente tengo experiencia en jeroglíficos.

- ¿Estás pidiendo que te demos un empleo?

- Eh… sí.

- ¿Por qué?

- Eh…

- Nuestros requerimientos mínimos exigen que cada individuo que empleamos sea capaz de expresarse en inglés normal -dije con impaciencia-. Lo que intento averiguar es por qué quieres un puesto de trabajo. Lo último que oí de ti, porque yo me intereso por mis amigos, William, es que te habías alistado.

- Lo intenté -agachó la cabeza-. No me aceptaron. Estoy… médicamente impedido.

La delicadeza prohibía más preguntas sobre ese tema. Ahora

estaba segura de comprender cómo el desafortunado joven había llegado a su estado actual. Podía haber logrado que me dijera la verdad, frase por frase, pero me pareció más sencillo sacar mis propias conclusiones.

- Te sentiste desacreditado y avergonzado -dije-. Eso es muy estúpido, William, pero una reacción como ésa es típica del sexo masculino. ¿Así que decidiste ahogar tu vergüenza en la bebida, abandonar una carrera prometedora y revolearte en la autocompasión? Muy típico. ¿Qué razones tengo para creer que te has reformado?

- Ninguna -dijo William humildemente-. Pero si me diera una oportunidad, juro demostrárselo.

En ese inoportuno momento apareció la cabeza de Emerson. Estaba subido a una escalera, con el resto de su cuerpo en la cámara, pero la sensación de que estaba decapitado era algo sobrecogedora.

- ¿Quién es? -gritó-. ¿Por qué no estás trabajando? ¿No es la hora de comer?

- Lo es -le grité a mi vez-. Sube, Emerson, y saluda a un viejo amigo.

Antes de que se uniera a nosotros sólo tuve tiempo de decir suavemente:

- Me inclino a creerte, William, y haré lo que pueda para convencer a Emerson. ¡Tan sólo ponte derecho y enfréntate a él como un hombre!

Emerson requirió muy poca persuasión. Estaba tan frustrado que probablemente hubiera empleado a un asesino con un hacha si tal individuo hubiese sido capaz de traducir egipcio. Animado por una serie de sutiles codazos de mi parte, William fue capaz de hablar coherentemente y de mirar a Emerson a los ojos. Explicó que tenía una habitación en algo parecido a un hotel del pueblo de Giza. Yo conocía el lugar y no habría alojado allí ni a un perro, pero decidí esperar un poco antes de ofrecerle la hospitalidad de nuestro hogar a un individuo cuyos hábitos podrían no ser aceptables.

Sus esfuerzos iniciales fueron prometedores. Apareció puntualmente la mañana siguiente, lavado, afeitado y sobrio, y trabajó incansable y correctamente. Le invité a tomar el té; le invité a cenar; empezó a ganar peso y confianza. Incluso a Sennia le caía

bien.

- Es bastante aburrido -fue su veredicto-. Pero agradable.

Después de unos pocos días le propuse que se mudara a una de nuestras habitaciones de invitados.

Para mi sorpresa rechazó la oferta, cortés pero tajantemente.

- Ya ha hecho mucho por mí, señora Emerson. No puedo aceptar más favores hasta que me los haya ganado -tenía suficiente confianza conmigo entonces para añadir, con una de sus tímidas sonrisas-: No es porque me pase las noches bebiendo, sabe.

Estaba segura de eso, conozco bien los signos de semejante vicio. No le presioné, porque cualquier persona tiene derecho a su intimidad.

No suponga, lector, que la presión de la labor profesional me había hecho perder de vista otro objetivo. Los chicos llevaban ausentes casi una semana cuando decidí que la táctica del *laissez-faire* de Emerson no iba a funcionar. Nadie nos había atacado. Era extremadamente fastidioso, así que maquiné unos pequeños planes por mi cuenta. Arreglé las cosas para poder ocuparme de al menos dos de ellos el mismo día. La eficiencia es mi punto fuerte, debo decirlo, y además, no suponía que pudiera despistar a Emerson una segunda vez después de que descubriera lo que había hecho.

Me escabullí una tarde cuando él estaba totalmente ocupado con una cámara de enterramiento. Sabía que estaría allí durante un rato, ya que habían aparecido varios restos interesantes de una momia. Naturalmente le dejé un mensaje en la casa, pero esperaba disponer de una hora o dos para mí antes de que me siguiera la pista.

El Turf Club era el bastión del fanatismo británico en el corazón de El Cairo (la descripción es de Emerson). Los egipcios no eran admitidos como miembros. Ni los suboficiales. Tampoco nosotros éramos miembros, pero no pensé que se me impediría la entrada.

Así ocurrió. El portero era un tipo alto, con un aspecto muy sombrío, que antes había ocupado el mismo puesto en Shepheard's. Dio un paso adelante. Le saludé moviendo mi sombrilla de manera amigable. Se retiró con impaciencia y mantuvo la puerta abierta.

Yo nunca había estado en el club, puesto que Emerson y yo nos negábamos a apoyar establecimientos de ese tipo, pero había oído que muchos de los oficiales y de los altos mandos tenían por

costumbre encontrarse allí para tomar unas copas y chismorrear antes de acudir a diversos compromisos nocturnos. La gran sala parecía ser donde tenían lugar estas actividades; aún no estaba llena, pues todavía era temprano, pero vi numerosos rostros familiares. Ellos también me vieron. Algunos apartaron la mirada, como si yo fuese algo obsceno, mientras que otros me miraban fijamente y murmuraban entre ellos. Me di cuenta de que era la única mujer presente. Aparentemente los recintos sagrados estaban fuera del alcance de las mujeres tanto como de otras ramas inferiores de la evolución.

Encontré un lugar desde el que podía obtener una buena panorámica de la reunión y estar cómoda. Creo que a mi apariencia no se le podía poner una pega; vestía un elegante traje de chaqueta de seda color azafrán y mi segundo mejor sombrero. El parasol podía parecer una nota ligeramente discordante, ya que era más largo y más simple que las frívolas sombrillas que portaban las damas a la moda. He tenido ocasión en el pasado de observar las increíbles ventajas de una sombrilla bien maciza; demostró su utilidad una vez más, ya que, fracasados mis intentos de captar la atención de un camarero, enganché a uno de ellos por el brazo y le pedí un whisky con soda.

El zumbido de la conversación, que se había detenido cuando entré, se reanudó, aunque en un tono más bajo. Dando pequeños tragos de mi whisky, miré alrededor. No había nadie con quien me interesase hablar. Evidentemente a nadie le interesaba hablar *conmigo*. Llevaba allí una media hora larga cuando apareció por fin el caballero al que había dirigido una pequeña nota. Parecía un poco intranquilo, y mientras permanecía en el umbral pensé cuánto me recordaba a otro Edward, el lugarteniente del Maestro del Crimen, que había estado con nosotros en varias ocasiones. Como sir Edward Washington, lord Edward Cecil era alto y rubio, con la ligera expresión altanera que es algo así como la marca de fábrica de nuestros colegios privados. Al principio no me vio, entonces alguien le cogió de la manga y le habló al oído, se volvió con una sonrisa forzada y se acercó a mí.

- Buenas noches, señora Emerson. Siento haberla hecho esperar.

- No se disculpe. Sé que no ha recibido mi mensaje hasta hace poco rato, y puesto que espero que mi marido aparezca en breve,

por favor, tenga la bondad de responder a mi pregunta con rapidez y sin evasivas. ¿Está el ministerio de Guerra intentando aún obligar a mi hijo a cooperar con ellos?

Su ligera sonrisa se desvaneció.

- ¡Por amor de Dios, señora Emerson, no hable tan alto! No sé a qué se refiere.

- Lo encuentro muy difícil de creer, lord Edward -repliqué con aspereza-. El hombre que conocí en casa de su hermano bajo un nombre falso está en El Cairo. No se moleste en preguntar cómo lo sé, tengo mis fuentes. Es un recién llegado y por tanto de interés para la comunidad anglo egipcia, y la descripción que extraje de la señora Pettigrew concuerda perfectamente. Supongo que es el nuevo líder del grupo de individuos que componen nuestro departamento de inteligencia. Le pedí que lo trajera aquí esta noche. ¿Dónde está?

Nunca había visto al imperturbable lord Edward tan incómodo. Alternando su peso de un pie al otro y mirando con inquietud a su alrededor se aclaró la garganta, pero no habló. Estaba segura de que trataba de inventar una mentira que pusiera fin a mi interrogatorio, aunque en el fondo debía saber que no tendría ningún éxito. Fue eximido de tal dificultad cuando vio al hombre que acababa de entrar.

- Ah -dije-. El misterioso señor Smith. Quizás sea usted tan amable de presentarnos, lord Edward. De otro modo me veré obligada a saludarle con voz clara y resonante por el nombre que me dio.

- Lo haría, ¿verdad? -murmuró lord Edward. Gesticuló precipitadamente y sin su gracia habitual. El misterioso señor Smith nos había visto. Apretó la boca hasta que ésta llegó a ser una línea casi invisible, pero sabiendo que le habíamos descubierto, se comportó lo mejor que pudo.

- Siento haberle hecho esperar, Cecil -dijo suavemente, y me saludó con la cabeza, como a una extraña.

Lord Edward le presentó: el honorable Algernon Bracegirdle-Boisdragon.

- Cómo está usted -dije-. Es usted nuevo en El Cairo, creo. Espero que le guste. -No le di tiempo a responder porque podía ver que estaba a punto de excusarse. Bajando la voz, continué-: Intente

parecer un poco más afable, por favor, debería haber sabido que nos encontraríamos tarde o temprano. No disfruto de su compañía más de lo que a usted le gusta la mía, así que vayamos al grano. ¿Por qué no nos informó su departamento de que uno de los lugartenientes de Warda-ni había escapado?

- Yo no sabía nada…

- Vamos, no me mienta. Si no lo sabía es usted incluso más inepto de lo que suponía. ¿Se les ha perdido alguno más?

No era un hombre al que fuera fácil coger desprevenido. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en dos pequeñas líneas.

- ¿Cómo ha sabido lo de Asad? Si lo averiguó, ¿por qué no se lo notificó a la policía o a los militares?

- Bien hecho -dije aprobadora-. Es un placer medirse con un adversario de su pericia, pero no se ponga a la defensiva. Yo le he preguntado primero.

- Haría mejor en decírselo -le advirtió lord Edward-. El profesor está de camino, y no deseará tenerle a *él* haciendo las preguntas.

La cara de Bracegirdle-Boisdragon se endureció.

- El hecho es que ya no estamos preocupados por esa pandilla de revolucionarios inútiles. Ahora no pueden hacer ningún daño.

- ¿Quiere decir que han dejado que los demás se escapen también? -Fue mi tono de voz más que las palabras en sí mismas lo que le hizo enrojecer de ira.

Parecía mucho más humano y, como yo esperaba, enfadarle provocó que respondiese enseguida.

- ¡No señora, no lo hicimos! Les hemos mantenido bajo una estrecha vigilancia desde que Asad se escapó. Siento que el no habérselo notificado les haya causado problemas…

Reconocí esas palabras como un artero intento de sacarme información; después de considerar los pros y los contras, decidí dársela.

- Se podría decir así. Afortunadamente Ramsés no fue seriamente herido.

Si yo no hubiera sabido que el tipo era un hipócrita profesional, habría valorado la sorpresa con la que reaccionó.

- ¿Herido?, ¿por Asad? ¿Cuándo ocurrió eso?

- No ha sido nada serio. Y ahora, señor… oh, santo cielo, no importa… no perdamos más tiempo; tengo una pregunta más y

quiero una respuesta directa y sincera. Emerson llegará de un momento a otro. ¿Han vuelto usted o alguno de sus socios a tratar con Ramsés el asunto que discutimos en casa de lord Salisbury?

Él dudó, sopesando los pros y los contras como yo había hecho, mas no tardó demasiado.

- Entiendo por qué se le ha pasado por la cabeza esa sospecha, señora Emerson. Déjeme asegurarle que el ataque de Asad a su hijo debió de estar motivado por el resentimiento provocado por sus anteriores actividades. Por lo que yo sé no hay causa actual…

Lord Edward tuvo la descortesía de interrumpir.

- ¡Vaya! ¿No es ése…?

Lo era. Es imposible confundir los ruidos con los que Emerson detiene el automóvil, particularmente cuando tiene prisa o está furioso. En este caso eran ambas cosas, como demostró rápidamente. La puerta golpeó contra la pared al abrirse, y allí estaba él, como Hércules o algún otro héroe mitológico, con los puños cerrados y los ojos centelleando. Debía de haber encontrado mi mensaje nada más regresar de la excavación porque aún vestía sus polvorientas ropas cubiertas de sudor y por supuesto había perdido su sombrero. Los demás llevaban uniformes o trajes de etiqueta, pero a Emerson le era totalmente indiferente que su atuendo fuese inapropiado y en ese momento a mí también. Eclipsaba a todos los presentes en la habitación.

Emerson se dirigió directamente hacia mí, barriendo a su paso a la gente que no era lo suficientemente rápida como para apartarse de su camino. Para cuando me alcanzó yo estaba sola. Lord Edward ni siquiera se había disculpado y el señor Smith simplemente se había desvanecido. No suponía que Emerson me amenazase en público, pero para protegerme hablé yo primero.

- Buenas noches, querido. ¿Quieres tomar un whisky con soda?

- No en este antro -dijo Emerson. No se molestó en bajar la voz-. Vamos, Peabody. Eh… esto es, si has terminado.

Una vez fuera, Emerson expresó su opinión acerca de la gente que no tiene la mínima cortesía de consultar a sus maridos antes de desaparecer en cualquier expedición descabellada.

- Bien, querido -dije-, tu pequeño plan de esperar a que alguien nos atacara no ha dado frutos. No es de extrañar, en realidad, si tenemos en cuenta que no hemos ido a ninguna parte excepto de

casa a la excavación y de la excavación a casa. Necesitamos salir y merodear, lejos de…

- ¿Pero por qué al maldito Turf Club? Sabes lo que opino de ese sitio y si estás pensando en instigar un ataque violento, se me ocurren zonas más propicias.

- Es donde la mayoría de los oficiales y bastantes funcionarios pasan su tiempo libre. Di por supuesto que la fuga del señor Asad debería ser conocida por algunos de ellos y ése ha sido el caso. Nunca adivinarás a quién me he encontrado.

- Sí que lo haré. Vi al bastardo antes de que se escabullera como un escarabajo bajo su caparazón. ¿Sabías que iba a venir aquí?

- Sí, me enteré de su presencia en El Cairo cuando tomé el té en Shepheard's con la señora Pettigrew, la señora Gorst y madame Villiers. Como te he dicho a menudo, Emerson, las fuentes de información a las que tú groseramente te refieres como cotilleos…

- Déjalo Peabody. Ya estoy bastante exasperado.

- Muy bien, querido. Le pedí a lord Edward que lo trajera al club. Su nombre real es Bracegirdle-Boisdragon, con nada menos que un «Honorable» delante. ¡No me extraña que eligiera un seudónimo tan sencillo! En el interrogatorio ha admitido que sabía de la fuga de Asad, mostró poco interés en las idas y venidas de los antiguos rebeldes, ya que ahora les consideran inofensivos y me preguntó cómo lo sabía yo.

- ¿Se lo dijiste?

- Sí. Se me ocurrió, ya ves, que podía haber sido el Ministerio de Guerra el que envió a Asad tras la pista de Ramsés, con la esperanza de asustarle para que volviera al servicio.

Emerson dejó caer la pipa que estaba a punto de llenar.

- ¿Asustarle? -repitió con un rugido que sonó como un trueno.

- He escogido mal la palabra -admití-. A Ramsés no se le intimida tan rápido. Sin embargo, aquellos que no le conocen bien…

- ¡Peabody! -El rugido quedó ahogado. Emerson buscaba su pipa a tientas bajo el sillón. Se levantó con la cara roja y farfullando-. Esta teoría es absolutamente de locos.

- También lo son la mayoría de la gente del servicio de inteligencia.

- Humm -dijo Emerson.

- No quiero insistir en esa interpretación, la presento como una mera posibilidad. ¿Qué te parece si cenamos en Bassam y le preguntamos si ha oído algo de Asad? Después patrullamos las calles de la ciudad vieja brazo con brazo y mano a mano…

- Espalda contra espalda, mejor dicho -refunfuñó Emerson. Pero sus cejas habían vuelto a su posición normal y una sonrisa se dibujó en sus labios-. Eres incorregible, Peabody, y verdaderamente, no estás vestida para una pelea, suponiendo que tuviéramos la suficiente fortuna para inspirar alguna. ¿Ese vestido es nuevo? Te queda muy bien.

- No es nuevo, y me lo has visto puesto varias veces, pero gracias por el cumplido. No temas, querido, estoy armada y lista.

Aunque el restaurante estaba lleno, el señor Bassam nos había reservado una mesa. Había mandado avisarle de que íbamos, y quedé bastante conmovida cuando vi todas las molestias que se había tomado. El mantel sobre la mesa estaba muy limpio (y un poco húmedo aún) y lo adornaba un jarrón con flores. Las rosas comenzaban a marchitarse. No había puesto agua en el jarrón. Después de todo, durarían hasta que hubiésemos terminado de cenar, y lo que importaba era la primera impresión.

El simpático tipo nos saludó con un grito de triunfo:

- ¡Le he encontrado!

- ¡Espléndido! -dije aceptando la silla que me ofrecía.

Emerson era menos entusiasta:

- ¿Cómo sabe que es el hombre que buscamos?

- Uno de ellos debe serlo. Vi a tres que llevaban gafas y les di su recado a todos ellos.

- Eso no quiere decir una maldita cosa -dijo Emerson después de que Bassam se hubiera marchado a la cocina-. Si alguno de ellos era Asad, cosa que dudo, seguro que no entendió la indirecta.

- Quizás se nos acerque o nos ataque cuando marchemos -dije.

Emerson sonrió.

- Siempre tan optimista, cariño.

Remoloneamos con nuestra cena. Era bastante tarde cuando nos fuimos. Tenía grandes esperanzas, pero se desvanecieron pronto; aunque caminamos lentamente por algunos de los callejones más oscuros que he visto en mi vida, incluso en El Cairo, las sombras de otros peatones pasaban a nuestro lado sin hablarnos.

Habíamos dejado el automóvil en el club y habíamos cogido un coche de caballos. Esta sugerencia tan sensata fue mía; como le señalé a Emerson, una vez que estuviera detrás del volante del vehículo hubiera sido virtualmente imposible para cualquiera detenerle. Cuando llegamos a la plaza de Babel Lok, donde le había dicho al cochero que esperara, encontramos al tipo dormido, inclinado hacia adelante con la cabeza gacha. Emerson anunció nuestra llegada en voz alta y me ayudó a subir al coche en el que no había, para mi decepción, nadie más. Ah, bien, pensé, acomodándome, aún hay oportunidad de que seamos abordados antes de llegar al club.

No ocurrió exactamente como yo había esperado. De pronto el cochero tiró de las riendas del caballo fuertemente y comenzó a azotar a la pobre criatura con su látigo. Blasfemando con energía, Emerson se puso en pie de un salto y se dirigió al cochero. Era bien sabido que nosotros nunca permitimos ese tipo de cosas, así que el tipo estaba preparado; recibió la embestida de Emerson con un golpe que le hizo caer de espaldas en el asiento. Para entonces, yo me encontraba ocupada con otro individuo que había abierto la puerta del coche e intentaba sacarme de él. Quedó bastante sorprendido, creo, cuando en lugar de resistirme descendí prestamente del vehículo y pisé con fuerza sus pies desnudos. Nuestras posiciones se habían invertido; él intentaba huir y yo estaba decidida a que no se me escapara. Tenía el parasol en la mano; con un rápido giro liberé la pequeña espada escondida en el mango y le di una estocada. Dejó escapar un débil grito, pero no debí de hacerle mucho daño porque me golpeó, y aunque bloqueé el puñetazo con bastante eficiencia, fue suficiente para lanzarme contra la puerta abierta del carruaje.

Todo ocurrió muy deprisa. Debí de proferir un improperio, pese a que no lo recuerdo; Emerson se abalanzó hacia mí y me agarró por el brazo.

- ¡Ve tras él! -dije sin aliento, porque el hombre que yo había atacado se había perdido de vista.

- Al diablo con él -maldijo Emerson-. Maldita sea, ¿no ves que estás herida?

- Tonterías -dije, preguntándome por qué mi voz se oía tan lejana-. Sólo es…

Lo siguiente que supe es que estaba medio sentada medio reclinada en el asiento del carruaje, con Emerson agachado sobre mí. Oí que algo se rasgaba, era la manga de mi chaqueta. El brillo de la luz que nos rodeaba llegaba, como pude ver, de la linterna de Emerson, pues la había encajado en el asiento. Con la caballerosidad y eficiencia que caracterizan sus movimientos, envolvió jirones de tela alrededor de mi antebrazo, murmurando todo el tiempo:

- No es tan grave como yo temía. Mi querida niña, ¡qué condenadamente tonta eres! Aguanta, mi amor, te llevaré de vuelta al club en pocos minutos y encontraremos un médico…

- No hay ninguna necesidad de hacerlo -repliqué-. ¿Dónde está mi parasol? Encuentra mi sombrilla, Emerson, se me ha debido caer.

Perjurando con vehemencia, aliviado y exasperado, Emerson localizó el objeto y lo metió en el coche antes de subir al pescante. El pobre caballo estaba en un estado de extrema agitación, pero la mano firme y la voz calmada de Emerson lo pusieron pronto bajo control. Mientras conducía se daba la vuelta continuamente para mirarme, profiriendo exclamaciones de preocupación y protesta.

- ¿Cuántas veces te he dicho que no ataques a hombres armados con esa condenada sombrilla? ¿Estás consciente, cielo? Tienes tan poco sentido común como Ramsés y teniendo en cuenta que mides la mitad que él, tu impetuosidad raya en la debilidad mental. Debería tenerte encerrada. Háblame, cariño, ¿te has desmayado?

- Claro que no. Sólo es un rasguño. Maldita sea, creo que he perdido mi segundo mejor sombrero.

Capítulo 6

- ¡Qué ataque tan inepto, tan de aficionado! -comentó Emerson con acritud.

- Y después de todas las molestias que nos hemos tomado -afirmé.

Cuando se encontraron nuestras miradas, rompimos a reír al mismo tiempo. Había sido un espectáculo ridículo, especialmente el final, cuando entramos de puntillas en la casa a oscuras como un par de ladrones para evitar despertar a Fátima y a Gargery. Aun así, dudaba que pudiéramos esconderles la verdad indefinidamente. El espeso cabello de Emerson había absorbido la peor parte del golpe y el chichón no llamaba mucho la atención, pero mi precioso conjunto estaba arruinado e incluso si me las arreglaba para ocultarlo Fátima se daría cuenta de que había desaparecido *y* me preguntaría qué había hecho con él. Permití a Emerson que me ayudara a quitarme el atuendo manchado de sangre y se ocupara de mi pequeña herida. Envuelta en un cómodo pero favorecedor camisón rosa de seda, con un vaso de whisky en la mano y mi marido sentado a mi lado en el canapé, me sentí completamente repuesta y preparada para discutir los acontecimientos que habían ocurrido.

- El aspecto más interesante de la noche -comenzó Emerson-, es que parece que hemos atraído a un nuevo grupo de enemigos. No creo que Asad tuviera nada que ver en el asunto.

- Puede que su intención haya sido evitar que se acerque a nosotros.

- Eso no tiene sentido, Peabody. Uno de ellos sustituyó a

¿nuestro cochero, lo cual fue sencillo de conseguir. El otro debía de estar en los alrededores, esperando y vigilando; si Asad hubiese intentado llegar hasta nosotros, el segundo hombre tan sólo hubiera tenido que golpearle en la cabeza o alejarle a rastras. Está claro que es un tipo tímido e insignificante. Por otro lado, se sabe que nosotros somos formidables luchadores. ¿Por qué atacarnos? ¡Y tan sólo con dos hombres! ¡Por Dios, eso es un maldito insulto!

- Quizás el ataque no pretendía tener éxito. El tipo que intentó sacarme del coche no empuñó un arma hasta después de que le empujase contra la pared con quince centímetros de acero en su cuerpo.

Emerson dejó escapar otra carcajada y rodeó mis hombros con su brazo.

- No exageres, Peabody. Si le hubieras metido quince centímetros de acero no habría sido capaz de escabullirse tan fácilmente. Estoy terriblemente arrepentido de haberte dado esa condenada sombrilla.

- Estás confundiendo los términos, querido.

- Humm. Sí -Emerson dejó su vaso en la mesa y sacó su pipa-. Tienes una teoría, ¿no es eso?, sobre quién está detrás de este último encuentro.

- Una idea solamente. Lo que Cyrus llamaría una corazonada.

- Ah. ¿Serías tan amable de decirme de qué se trata?

- No, no lo sería.

Emerson retiró su brazo y se apartó un poco.

- Yo también tengo una corazonada.

- Imaginaba que la tendrías.

- Tampoco te la voy a contar.

- Imaginaba que no lo harías.

Emerson me levantó y me hizo sentar en sus rodillas. Abrazándome, comentó:

- Podría seguir peleándome contigo toda la noche, querida, pero necesitas descansar. Has perdido media taza de sangre más o menos esta noche. Antes de que te arrope, dime qué quieres que hagamos. ¿Le vamos a contar esto a los chicos?

- Oh, Emerson, no lo sé… -no me había dado cuenta de lo débil que estaba hasta que me recosté contra su pecho y sentí sus fuertes brazos rodeándome-. Acordamos no ocultarnos cosas los unos a los

otros, pero si Ramsés y Nefret descubren que hemos sido atacados volverán corriendo a El Cairo para protegernos.

- Supongo que lo harían -dijo Emerson un tanto sorprendido-. No hay necesidad, por supuesto, pero… Bien. Humm. ¿Y a Gargery, a Fátima y a los demás?

- Me gustaría ocultárselo si podemos, y creo que lo conseguiremos si puedo librarme de ese traje. Haré un fardo con él, lo llevaré mañana a la excavación y lo enterraré.

- ¿No se dará cuenta Fátima de que ha desaparecido?

- Para cuando lo haga ya habré pensado en algo.

- Estoy seguro de ello. Dios Santo, la vida sería mucho más sencilla si no tuviéramos que engañar a nuestros amigos tanto como a nuestros enemigos -me levantó y me llevó a la habitación contigua.

Como es natural me sentí perfectamente bien la mañana siguiente y estaba lista para volver al trabajo. Algunas personas pueden encontrar extraño que prosiguiéramos con nuestras excavaciones como si nada hubiera ocurrido, pero por el momento estábamos en un callejón sin salida.

No había modo de seguir la pista a los hombres que nos habían atacado; sólo tenían que perderse en los atestados callejones de El Cairo. Habíamos dejado el coche en el Turf Club, a cargo del portero, suponiendo que el propietario (asumiendo que seguía vivo) iría a buscarlo allí, ya que era allí donde le habíamos contratado. Tal fue el caso, como supimos más tarde por el mismo cochero que vino a buscarnos para recordarnos que no se le había pagado. Añadió, algo lastimeramente, que le debíamos una propina por los inconvenientes. No pude sino estar de acuerdo: ser golpeado en la cabeza, envuelto en un saco, y lanzado a un rincón oscuro detrás de una pila de basura son sin duda inconvenientes. Desafortunadamente, el cochero no aportó nada útil. Ni siquiera había visto al hombre que ocupó su lugar, ya que estaba dormido cuando le dejaron inconsciente, y le había llevado algún tiempo liberarse.

El trabajo de la excavación se estaba desarrollando bastante bien. William Amherst había demostrado ser una gran ayuda, y yo me sentía modestamente orgullosa de haber contribuido a que se reformase. Sin embargo, sus habilidades eran limitadas. Era un

buen copista, aunque no estaba a la altura de Ramsés, y un excavador experimentado, pero no servía de mucho cuando se trataba de huesos y estábamos sacando un montón de ellos. El día siguiente a nuestra pequeña aventura limpiamos la tercera de las cámaras de enterramiento y encontramos otro grupo de huesos encerrado en un sarcófago de madera bastante bonito. Los huesos en sí mismos no eran bonitos: algunos pedazos sobresalían de las partes más deterioradas de la envoltura de la momia y el cráneo se encontraba separado del cuerpo; había sido colocado a los pies del sarcófago, entre dos grandes jarras cilíndricas. Su sonrisa descarnada fue lo primero que vimos cuando levantamos la losa.

- Santo cielo -comenté-. Qué extraño. ¿Opinas que la herida se la hizo antes de morir, o después?

- No lo sé -rezongó Emerson-, ni lo sabré hasta que Nefret pueda examinar esta maldita cosa. Hay otro esqueleto detrás del sarcófago. Ni rastro de envolturas de momia…

Tardamos el resto de la mañana en desenterrar el sarcófago y sacarlo de la estrecha cámara. Temía que los huesos se hubieran descolocado en el proceso pero no lo comprobé, ya que estábamos a punto de parar para el almuerzo. Después de que los hombres se hubieran llevado el sarcófago a casa, abrimos la cesta de picnic y William dijo:

- Comenzaré a limpiar la cámara de enterramiento esta tarde, señor, si le parece.

- Primero las fotografías -gruñó Emerson-. El segundo esqueleto está todo esparcido.

- Deberíamos dejarlo así -sugerí-, hasta que vuelva Nefret. Y quizás sería aconsejable que la esperásemos antes de investigar las otras cámaras mortuorias.

Emerson entrecerró los ojos.

- ¿Y esperar a Ramsés antes de despejar la capilla? Maldita sea, Peabody, puedo leer tu mente como si se tratase de un libro abierto. ¿Qué alternativa ibas a proponer? Si es algo de las pirámides…

- Me prometiste que podría tener una.

Emerson se quitó su salacot, lo lanzó al suelo, se secó la frente sudorosa con la manga, e inspiró profundamente, preparándose, supuse, para un sermón largo y exaltado. Hinchó su ancho pecho.

- Los botones, Emerson -le recordé-. Algunos están a punto de

reventar y estoy cansada de coserlos a cada rato.

- ¿Qué? Oh. -Emerson miró hacia abajo-. Peabody, tienes un don especial para desconcentrarme.

- Te pido disculpas, querido. Continúa, por favor.

- Humm. Estaba a punto de decirte que no hay nada en esas malditas pirámides, que están en un peligroso estado de ruina, y que no puedo disponer de ellas como si fueran mías. Estamos aquí sólo porque nos lo permiten.

- Eso es sólo una excusa. Son parte de la concesión de Herr Junkers y tú nunca has dudado en romper los términos de una concesión cuando te ha dado la gana. ¿Quién te lo va a prohibir?

- Quién te lo va a prohibir a *ti,* querrás decir. El que tienes delante, Peabody.

- Sólo era una sugerencia -dije, porque había aprendido que la mejor manera de manejar a Emerson cuando se pone terco es esperar un rato y abordarle en otros términos más tarde-. Por supuesto, terminaremos con la mastaba -y entonces cometí el fatal error de añadir-: Hemos estado arrastrando el escombro de relleno hasta el borde de la escarpa; quizás podamos encontrar un sitio para tirarlo más a mano, hacia el suroeste, por ejemplo. Junker y Reisner lo han utilizado.

Emerson dijo:

- Humm -y se rascó la barbilla.

No le volví a ver hasta entrada la tarde. William había terminado de limpiar la cámara de enterramiento y quería saber qué debía hacer después. Había llegado a tener mucha confianza conmigo, pero no se habría atrevido ni a levantar un trozo de cerámica sin el permiso de Emerson.

Después de haber buscado en el terreno más alejado y haber gritado su nombre varias veces, por fin vi su familiar figura acercándose a mí. Tenía la cabeza al descubierto, como de costumbre, y estaba cubierto de polvo desde la punta de su oscuro pelo hasta las botas.

Los bolsillos de su camisa y sus pantalones estaban a rebosar. Sus manos parecían las de un obrero, las uñas partidas y los dedos en carne viva.

- Por el amor de Dios, Emerson, ¿qué has estado haciendo? -quise saber.

- Excavando -dijo Emerson-. Ésa es la ocupación de un arqueólogo, querida. He encontrado…

- ¿Dónde están tus guantes?

- Que me aspen si lo sé. Deja de refunfuñar, Peabody. He decidido investigar el basurero del que hablabas. ¿Sabes que ninguno de nuestros predecesores se molestó en tamizar el relleno? Esa pila de basura está llena de objetos que se les pasaron por alto. He encontrado varias cosas interesantes -dijo y empezó a vaciarse los bolsillos. A primera vista los fragmentos de piedra parecían poco valiosos, pero Emerson tiene mucho ojo. Examinándolos más atentamente pude comprobar que uno de los pedazos era un pie en miniatura que tenía que haber formado parte de una estatuilla.

- Muy bonito -dije-. Pero casi no merece la pena el esfuerzo.

- Ese comentario -dijo Emerson, mirándome con severidad-, viola todos los principios de la arqueología que me he esforzado en enseñarte. Ningún fragmento es demasiado pequeño, ningún esfuerzo demasiado grande.

- El fragmento de estela que encontró Sennia lo plantaron ahí, Emerson.

Emerson se estremeció. Odia cuando parece que leo sus pensamientos.

- Ésa era la teoría de Gargery. ¿Qué sabe él de excavaciones? He disfrutado bastante, ¿sabes? Hacía mucho tiempo que no me ensuciaba las manos.

- Tonterías, tú siempre te las estás ensuciando; y arañándotelas, hiriéndotelas y cortándotelas. Por lo menos podías haberte puesto los guantes.

- ¿Qué guantes?

Un espantoso presentimiento me invadió.

- Emerson, no estarás pensando en volver a excavar ese vertedero, ¿verdad? ¡Tiene seis metros de altura y decenas de metros cuadrados!

- Alguien tendrá que hacerlo algún día, Peabody. No se puede dejar pendiente una cosa así. Puede que haya tumbas debajo.

- Hay un montón de tumbas aquí. Y pirámides.

Emerson estaba empezando a reaccionar desfavorablemente a esa palabra. Después de que terminara de expresarse, anunció que proseguiría con la limpieza de la capilla antes de que abriéramos

otra cámara de enterramiento, y me felicité por haber encontrado algo que lo distrajera de su condenada montaña de deshechos. Qué poco sabía yo que íbamos a tropezar con algo que le distraería incluso de manera más efectiva.

Lo encontramos una hora más tarde. Para ser más exacta, el descubridor fue Ismail, uno de los jóvenes hijos de Daoud al que estaba formando como canastero. Trabajando bajo el ojo crítico de su padre, Ismail estaba sacando el relleno del interior de una pequeña cámara que había sido añadida a la más amplia mastaba adyacente en una época mucho más tardía por un hombre que no podía permitirse una tumba separada propia. Como la mayoría de los últimos añadidos, estaba en unas condiciones infernales, y si había existido algún relieve en la parte superior de las paredes, había desaparecido completamente. Muchos excavadores no exigían ninguna habilidad particular a los hombres que desarrollaban esta dura tarea, pero a los nuestros se les enseñaba a bucar cualquier cosa que pudiera ser un artefacto o que formara parte de alguno. A veces, si alguno de ellos se encontraba con una pieza particularmente interesante, daba el aviso.

Ismail no dio la voz de aviso; gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Su grito fue coreado por otro de Daoud que trajo a Emerson corriendo y me sacó sobresaltada del estado somnoliento que generalmente me afecta después de varias horas de tamizar deshechos. Cuando llegué a la escena, Emerson estaba en el hoyo cepillando la arena de algo, William se había unido a mí y Daoud estaba sacudiendo al afligido Ismail.

- ¿Qué manera es ésa de comportarse en un hombre? No oirás a la Sitt Hakim gritar cuando se encuentra un cadáver.

- No -dijo Emerson-. Ella está acostumbrada. No regañes al chico, Daoud. Alumbradme aquí abajo.

- ¿Qué es? -preguntó William-. ¿Otro esqueleto? -encendió su linterna y la enfocó hacia la esquina donde Emerson estaba arrodillado.

Pude coger la linterna antes de que la dejara caer. Me había dado cuenta del olor desde hacía varios minutos. No era un esqueleto lo que había encontrado Ismail, ni ninguna momia antigua. Algunas de ellas pueden tener un aspecto bastante espantoso pero un cadáver fresco en el que el proceso de

descomposición está bien avanzado es incluso peor. El desafortunado joven había descubierto, no una mano ni un pie, que ya hubieran sido suficientemente desagradables, sino una cara. Las cuencas de los ojos y la boca abierta estaban cubiertas de arena.

Escuché los inconfundibles sonidos de alguien sufriendo violentas náuseas y deduje, puesto que ya no estaba a mi lado, que se trataba de William. Yo tampoco me encontraba demasiado bien, pero mantuve la linterna con firmeza. Emerson se puso en pie y alzó un objeto para que lo inspeccionara. Se trataba de la abollada montura de alambre de un par de anteojos.

DE LA COLECCIÓN DE CARTAS
T

Queridísimos madre y padre:

Les escribo desde su «salón al aire libre» en la cubierta superior del Amelia. Está avanzada la tarde, casi es la hora del té, y el toldo ha sido enrollado; hay una brisa encantadora y los riscos de la orilla occidental se están volviendo dorados. Esta noche atracaremos en el-Til y pasaremos unos pocos días en Amarna comprobando la condición de las tumbas y "dejándonos ver", como fue su sugerencia. Invocaremos, por supuesto, los temidos nombres del Padre de las Maldiciones y la Sitt Hakim, y no dudo de que ésa será toda la autoridad que necesitemos para hacernos respetar.

Tenía intención de comenzar esta carta más temprano y ofrecerles una especie de diario de a bordo de este viaje, que les enviaría al llegar a Luxor. La pereza es mi única excusa, ¡si es que es una excusa aceptable! Es asombroso lo rápido que pasa el tiempo en el río, y que fácil es, incluso para personas activas, dejarse llevar por una agradable languidez. Madre y padre, no puedo decirles lo agradecida que les estoy por sugerir y preparar esto, especialmente por arreglarlo como lo hicieron. Créanme, sé lo complicado que resultó, especialmente por Sennia. Adoro a la pequeña, pero no habría hecho más que zascandilear por el barco, colgarse por la borda, tratar de escalar el mástil y perseguir a la tripulación para contarles sus historias, con Gargery resoplando y ahogándose tras ella.

Ramsés tiene mejor aspecto del que ha tenido en mucho tiempo. ¡Incluso está ganando algo de peso, si pueden creerlo! Fátima debe de haberle enseñado a Maaman algunas de sus recetas favoritas y también

haberle dado instrucciones para que nos alimente cada pocas horas.

Dos días después. He perdido la cuenta de la fecha. ¿No es una pena? Los días se mezclan unos con otros. Esta vez de verdad escribiré un informe como Dios manda, he sugerí a Ramsés que debía hacerlo él y dijo que lo haría, y entonces se marchó al salón, al rato lo encontré leyendo un imponente tomo en alemán y admitió que no había escrito una palabra. Así que aquí estoy.

Se sentirán aliviados de oír que la situación en Amarna no es tan grave como se temían. De acuerdo con Ramsés, que parece recordar cada condenada escena en cada mural de cada tumba -¿¿cómo lo hace??- los nativos no les han causado daño ni tampoco a las estelas. Tenía algunos comentarios críticos que hacer sobre las copias que el señor Davies había hecho de algunas escenas, fundamentalmente en las tumbas de Ay y Parennefer… Creo que era Parennefer. No importa, estará en su cuaderno de notas. Tuve que arrastrarle fuera de la tumba en cuestión.

Con respecto a la excavación de la ciudad, es tan extensa que sólo puedo hacer observaciones generales. La zona que los alemanes estaban excavando en 1913- 1914 ha sido parcialmente recubierta a causa de una tormenta de arena. Ramsés dice que ustedes sabrán la ubicación exacta, que es más de lo que yo sé, incluso después de que me la hayan mostrado. Todo es tan liso y sin formas. Atravesamos el área de principio a fin -¡tiene más de ocho kilómetros! ¡y pensar que estaba preocupada por engordar demasiado!- sin ver muestras de excavaciones recientes. De verdad, la zona es tan amplia que no me puedo imaginar cómo un ladrón en potencia podría saber por dónde empezar.

Hicimos un peregrinaje sentimental al Wadi Real un día. Es un sitio increíble, ¿no es cierto?, silencioso como la muerte y vacío como un paisaje lunar.

Visitamos, por supuesto, al jeque el-Beled tan pronto como llegamos. El jeque les recordaba perfectamente -especialmente a usted, madre-. Mientras tomábamos café juntos, Ramsés explicó en su árabe más florido que ustedes tenían un gran interés en las excavaciones y que lamentarían mucho que algo resultara dañado o robado. El pobre diablo se puso tan pálido como un caballero de su color puede ponerse. ¿Realmente dijeron que querían la cabeza de alguien en una cesta? No lo recordaba.

Más tarde.

Oh cielos, lo he vuelto a hacer. Ramsés me llamó para que fuera a mirar la puesta de sol y una cosa llevó a la otra. Era una puesta de sol espectacular. El río parecía estar en llamas.

Han pasado varios días, para ser sincera. Debería estar avergonzada de haber hecho tan poco -tenía la intención de leer varias revistas médicas y la nueva publicación del Egypt Exploration Fund, y practicar dibujo jeroglífico para poder ayudar a Ramsés a copiar textos-; nunca critica mis textos, ¡pero cuando me doy la vuelta los vuelve a hacer! Cree que no lo sé, pero lo sé.

No ha sido una pérdida de tiempo, a no ser que ser feliz sea una pérdida de tiempo. Hemos desconectado de todo… ni periódicos, ni cartas, ni llamadas telefónicas. Ramsés está un poco nervioso, sin embargo; reconozco las señales. No puede soportar la inactividad durante demasiado tiempo. Mañana arribamos a Luxor, así que nuestro idilio llegará pronto a su fin. Echaré esta carta al correo tan pronto como desembarquemos y les haré saber a su debido tiempo cuál es la situación en Luxor.

Queridos madre y padre:

Nefret insiste en que añada unas palabras. No puedo entender por qué; ella escribe cosas mucho más entretenidas que yo y ya les ha contado todo lo que necesitan saber, por el momento al menos. Realmente no quise hablar en términos despreciativos del señor Davies; sólo eran unos matices sin importancia, lo que no es sorprendente si uno considera la vasta extensión de su obra y la velocidad con la que fue publicada.

Como Nefret menciona, las tumbas de Amanta no han sufrido daño alguno. Observé cierto número de graffiti nuevos, todos del mismo turista que puede ser miembro de algún culto extraño… no dejó su nombre, sólo un símbolo peculiar. Están en la cara exterior de la roca. Al menos el tipo tuvo la decencia de no grabar su condenado monograma en los relieves, que es más de lo que puede decirse de algunos.

Su afectuoso hijo, Ramsés

DEL MANUSCRITO H

Ramsés conocía bien los verdaderos motivos por los que sus padres le habían alejado de El Cairo. Las indirectas de su padre tenían la misma sutileza de una carga de caballería: en caso de que no se cogiera la idea a la primera, se volvía y cabalgaba sobre uno de nuevo. El entendía su preocupación, ya que les había hecho pasar unos momentos infernales la temporada pasada, pero a veces deseaba que se reprimieran un poco y le dejaran resolver sus propios asuntos.

Sin embargo, era agradable estar de vuelta en Luxor. La mañana después de su llegada terminó de vestirse antes que Nefret y subió a cubierta. Tenían un nuevo criado, uh chico con un rostro saludable que estaba teniendo algunos problemas para acostumbrarse a sus nuevas tareas. Tiraba cosas todo el tiempo, especialmente cuando Nefret estaba presente. Ella le consolaba tan dulcemente que Ramsés había empezado a preguntarse si el joven Nasir lo hacía a propósito.

Mientras esperaba que el chico se tranquilizara y trajera el café, se apoyó contra la borda mirando sobre los cultivos hacia las montañas occidentales, iluminadas por el reflejo del amanecer. Habían atracado en el muelle que Cyrus Vandergelt había construido para su *Valle de los Reyes, y* Ramsés podía reconocer todos los familiares paisajes: la estrecha carretera que llevaba al Valle, las pendientes rocosas de Drah Abu'l Naga, e intuir en la distancia las ruinas del templo de Hatshepsut, donde David y él habían copiado algunos de los relieves. Echaba de menos a David, pero no tanto como lo hubiera hecho antiguamente: el matrimonio estaba resultando un asunto que consumía mucho más tiempo del

que hubiera imaginado, y eso le confundía. La había amado durante muchísimo tiempo y al final la había conseguido; pero aun así su necesidad de ella crecía más y más cada día y también el miedo de perderla. Fue por ella por lo que él había estado de acuerdo en dejar El Cairo. Nefret habría ido con él dondequiera que fuese, y habría luchado a su lado si se hubiera presentado la necesidad; y tenía todo el derecho a hacerlo -no podía negarlo, nadie tenía más derecho- pero ya había sido suficientemente duro para él aceptarla como una compañera y aliada cuando había sido sólo (¡sólo!) la mujer que él amaba. Ahora era también su esposa, y se ocupaba de él como nunca se atrevió a desear siquiera que llegaría a hacerlo, y quería encerrarla y mantenerla a salvo. Nefret no estaría de acuerdo con eso, tampoco debería… pero tan sólo el pensamiento de que le ocurriera algún daño hacía que le entraran sudores fríos de puro terror. Me pregunto cómo demonios lo hace padre, pensó.

Sintió su presencia y se giró.

- Vaya por Dios -dijo ella riendo-. Y yo quería darte un susto.

- Siempre sé cuándo estás cerca -cogió sus manos y la atrajo hacia la borda. Se mantuvieron uno junto al otro en un silencio cómplice hasta que un ruido de vajilla anunció la presencia de Nasir.

- Lo hace a propósito -protestó Ramsés después de que el chico hubiera barrido cuidadosamente cada trocito de loza y Nefret le hubiera despachado-. Barrer los trocitos rotos le da una excusa para alargar su presencia aquí. Tienes que empezar a regañarle, o nos quedaremos sin una sola taza.

- Siempre podemos comprar más.

Ramsés rió y movió la cabeza.

- ¿Qué estabas mirando con tanta intensidad? -preguntó ella.

- Todo. Lo he echado de menos. No me había dado cuenta de cuánto.

Los ojos de Nefret siguieron la misma dirección que habían tomado los de él, desde un lado de la meseta hasta el otro. La luz rosada de los acantilados se había difuminado en un pálido dorado.

- Creo que madre y padre también lo echan de menos -dijo ella-. Ella tiene sus pirámides, pero éste fue su hogar durante mucho tiempo. Hay tantos recuerdos…

- Dios mío, sí. Asesinatos y torturas y todos los años un cadáver

nuevo, como solía decir Abdullah.

- Algunos de ellos bastante desagradables -accedió Nefret-. Pobre señora Bellingham momificada…

- ¿Y los dos mutilados por el cocodrilo mecánico, y Dutton Scudder, y el propio Bellingham? Debo haberme dejado a alguien fuera, eso no puede ser todo.

Ramsés estaba intentando, con bastante éxito, emular el tono desenfadado de Nefret, pero ella vio cómo se tensaban sus gruesos y sensibles labios y se maldijo por no haber cambiado de tema. Había aprendido durante su formación médica que el humor sarcástico era un modo de protegerse de las horripilantes visiones de la sala de disección y del dolor de perder pacientes, pero a Ramsés aún le era difícil intentar permanecer indiferente. Era una de las razones por las que le quería tanto.

- Bueno, ¿dónde vamos hoy? -preguntó, untando mantequilla en un trozo de tostada correosa.

- A Gurna. Mandé aviso a Yusuf anoche.

- Sí, cómo no.

Él levantó la vista del plato. Aquellos ojos oscuros que tan a menudo estaban ocultos tras largos párpados y pestañas se encontraron directamente con los de su esposa.

- No seas tan paciente conmigo, Nefret. Dame una bofetada cuando me pongo todo siniestro y dramático.

- Cómete los huevos -dijo Nefret tiernamente.

- Están más fríos que una piedra -empujó su plato a un lado-. Oigo voces. Debe de ser el chico que ha traído los caballos. Llega temprano. Tómate tu tiempo, yo bajaré y…

- No, he terminado.

Descendieron las escaleras hacia la cubierta inferior, donde encontraron a Ashraf, el tripulante de guardia, enfrentándose con el recién llegado. No era Yusuf ni ninguno de sus hijos. Era una chica, que llevaba un *tob* azul de anchas mangas, que había doblado para que no le molestaran. El largo velo no era tan común en esta zona como en El Cairo, pero ninguna mujer respetable saldría con la cabeza desnuda; el pañuelo que llevaba, en lugar del *tara,* lo tenía atado en la nuca, cubriendo su pelo excepto por dos largos tirabuzones a cada lado de la cara. En ese momento, la parte inferior de su rostro estaba cubierta por un pliegue del *tob*. Dándole

la espalda a Ashraf, dejó caer la prenda y se dirigió a ellos con un tono agudo y en un inglés cuidadosamente pronunciado.

- Bienvenidos… buenos días… por favor, debo hablar con ustedes, ahora, antes de que venga Jamil; ¡corrí muy rápido para poder llegar antes que él y ahora esta persona no me deja pasar!

Nefret le dio a su marido en las costillas, recordándole algo que él conocía perfectamente bien: mirar fijamente a una mujer musulmana era una grosería. Sin embargo, no podía culparle por quedársela mirando. La chica debía de formar parte de la extensa y ampliamente dispersa familia de Abdullah. Eran todos atractivos, pero esa chica era especial: grandes ojos castaños claros, mejillas redondas y unos labios gruesos y rosados. Era una criatura menuda, de apenas un metro y medio, y en ese momento cada centímetro de su cuerpo estaba rígido por la indignación.

- Sí, por supuesto -dijo Ramsés. Ashraf intentaba hacer como si no estuviera allí; no había hecho ningún daño ni lo había pretendido, pero no podía hacerle insinuaciones, incluso si eran inofensivas, a las visitantes femeninas-. Pasa al salón. ¿Quieres un café?

- Sí, gracias. Si no es mucha molestia -le dirigió una mirada triunfante a Ashraf y pasó de largo.

- No hay problema -murmuró Nefret-. Al menos espero que no.

Sí Ramsés la oyó, simuló no haberlo hecho. Como su padre, era genuina y encantadoramente inocente del efecto que ejercía sobre las mujeres sensibles (lo que incluía a la mayor parte de las mujeres, pensó Nefret).

Para cuando Nasir completó, a trompicones, el proceso de servir el té ya habían averiguado la identidad de la chica. Era Jumana, la hija del tío de Selim, Yusuf, cabeza de la rama de la familia en Luxor. No era de extrañar que no la hubieran reconocido inmediatamente; cinco años atrás ella había sido parte del alegre grupo de niños que apenas se distinguían unos de otros. Jamil era su hermano.

- Él es vago -dijo, frunciendo su bonita boca-. Ya debería estar aquí con los caballos. Pero es bueno para mí que sea tan lento. Corrí todo el camino.

- ¿Desde Gurna? -preguntó Nefret.

- No, desde la casa del Padre de las Maldiciones. Le dijo a mi

padre que se quedara allí para cuidarla. ¿Quieren que se la devolvamos ahora?

- No -dijo Nefret. Habían discutido el asunto con los Emerson mayores antes de dejar El Cairo-. Tan sólo estaremos en Luxor unas semanas, y preferiríamos quedarnos a bordo de la *dahabiyya*.

- Eso está bien, pero alguien debería habérselo dicho a mi madre. Ha estado limpiándolo todo, y haciéndome trabajar a mí también.

Ramsés sonreía. Le habló como le hubiera hablado a Sennia:

- ¿No te gusta hacer el trabajo doméstico?

- No. Quiero trabajar en las excavaciones, como los hombres -se inclinó hacia delante, las finas manos oscuras apretadas, los ojos muy abiertos y serios-. He ido a la escuela de la señora Vandergelt. Puedo leer y escribir y hablar inglés; lo hablo bien, como ven. Puedo aprender lo que sea, soy mucho mejor que Jamil. El es demasiado vago para estudiar. Pero mi padre dice que Jamil será su *mis*. ¿Por qué no yo?

- El trabajo es muy duro -dijo Ramsés.

Nefret sabía que aquel comentario no sería efectivo. Ramsés no se estaba tomando en serio a la chica, pero ella no se había dejado engañar por aquella cara bonita y la figura infantil. Jumana había adquirido algo más que una educación en la escuela de Katherine Vandergelt. Si hubiera sido inglesa habría estado con las Pankhursts, encadenándose a las verjas y reclamando el voto.

- ¿Cuántos años tienes? -preguntó.

- Dieciséis. Pero soy muy fuerte. Puedo escalar los acantilados tan bien como Jamil, y llevar cestas pesadas.

Ramsés se reclinó y miró a Nefret con expresión de impotencia. A diferencia de muchos hombres, tenía la suficiente sensatez como para saber cuándo no podía hacer más.

- Lo que quieres es imposible -dijo Nefret-. En primer lugar, tu padre nunca accederá a este arreglo. En segundo lugar, eres demasiado joven para una posición de tanta responsabilidad. Los hombres no aceptarían tus órdenes y no has tenido la preparación adecuada.

Los grandes ojos castaños se llenaron de lágrimas.

- Pensé que me ayudarían. Ustedes hacen todas las cosas que yo quiero hacer. Y me dijeron que ustedes eran muy amables.

- Me costó muchos años aprender a hacer esas cosas. Cuando tenía tu edad… -vio cómo Ramsés fruncía las comisuras de la boca y se detuvo. Dios santo, parezco una de esas viejas damas sentenciosas a las que siempre desprecié, pensó-. Te diré lo que haremos -continuó-¡ Hablaremos con tu padre, y si está de acuerdo puedes pasar algún tiempo con nosotros mientras estemos aquí. Veremos cómo se te da, y entonces quizás sea posible que consigas el aprendizaje que quieres. No te estoy prometiendo nada, como comprenderás.

La chica se levantó de un salto y se tiró a los pies de Ramsés. Agarrando sus manos, empezó a besárselas.

- ¡Todas las bendiciones de Dios sean con usted, Hermano de los Demonios! ¿Lo hará? ¿Hablará con mi padre?

- Sí, sí, por supuesto -sonrojado por la vergüenza, intentó liberar sus manos-. Uh… por favor, no hagas eso. Será mejor que te vayas ahora, antes de que llegue Jamil.

Ella le dirigió una sonrisa radiante, dedicó otra notablemente menos radiante a Nefret, y salió como una flecha.

- Estás sudando -comentó Nefret críticamente-. ¿Dónde tienes el pañuelo?

Aún no lo había perdido; el día era todavía joven. Después de secarse la frente, preguntó:

- ¿Por qué ha hecho eso? ¡Yo no he dicho nada! Tú eres la que prometiste que le daríamos una oportunidad.

- Porque eres un hombre. Piensa que necesito tu permiso de amo para llevar a cabo mi promesa y -añadió Nefret con una sonrisa-, sabe que los hombres son susceptibles a los grandes ojos castaños y a las lisonjas serviles.

- Yo no. Si tengo que aguantar ese tipo de cosas cada vez que venga…

- Bueno, quizás, aunque ahora que ha conseguido lo que quiere no será tan atenta. Es una brujilla calculadora. Es buena cosa que yo estuviese aquí. ¿Qué le habrías prometido *tú* para que dejara de llorar?

- No quiero ni pensarlo. ¿Realmente hablabas en serio? A Yusuf no le va a gustar. Probablemente ya haya elegido un marido para ella. La mayoría de las chicas egipcias de dieciséis años ya están casadas.

- Claro que hablaba en serio. Y no me importa si a Yusuf le gusta o no. Veremos cómo se desenvuelve. No vas a ser precisamente tú quien me diga que no se merece una oportunidad porque es una mujer.

- No voy a ser precisamente yo -cogiendo su mano la ayudó a levantarse-. Ahí está Jamil, por fin. Ella tiene razón, es lento.

Jamil se parecía a su hermana menor, grandes ojos castaños, facciones bien formadas, sonrisa radiante, salvo por el bigote, que era largo y exuberante. Era de estatura media y obviamente consciente de su falta de centímetros; cuando estrechó la mano de Ramsés se puso de puntillas e irguió los hombros. No mencionó a Jumana, así que Ramsés concluyó que la chica debía de haberse escabullido sin problemas antes de que él llegara.

- Los caballos han sido lavados -anunció Jamil, acariciando con cuidado su bigote.

Ramsés asintió. Su madre había iniciado esa costumbre en su primera visita a Egipto, comenzando con los burros alquilados y extendiéndola a lo largo de los años a otros animales. Uno de sus más preciados recuerdos era ver a su madre restregando con calma un camello con un cepillo de mango largo mientras el animal bramaba y coceaba y cuatro hombres intentaban controlar sus veloces patas. Sólo podía imaginar vagamente la incredulidad con la que sus esfuerzos iniciales debían haber sido recibidos, pero ahora se había convertido en una tradición aceptada, y los parientes de Abdullah se enorgullecían del cuidado que dedicaban a sus animales. Éstos parecían estar en buenas condiciones y eran de constitución fuerte, si no elegante.

Nefret estaba familiarizándose con su yegua, susurrándole en la oreja picuda y acariciándole el cuello. Era maravillosa con los animales e increíblemente tierna; cada año recogía una colección de criaturas heridas o abandonadas. Ramsés confiaba en que no quisiera adoptar unos cuantos gatos callejeros, perros y cabras durante su estancia en Luxor. La ayudó a montar y subió en su montura, un gigantesco caballo negro, con trazos blancos en la frente y en el pecho.

Echaron a andar por la carretera que conducía entre los campos de cultivo hasta los riscos de la alta meseta. El aire ya era caluroso. Después de atender a su visitante inesperada y debido a la

despreocupación de Jamil por el tiempo, habían salido con retraso, pero era necesario hacer una visita de cortesía al padre de Jamil antes de continuar con los asuntos del día.

La casa que sus padres habían construido estaba cerca de la colina y del pueblo de el-Gurna. Todos ellos habían vivido allí, en relativa armonía, durante casi siete años; pero Ramsés no tenía ningún deseo particular de alojarse allí de nuevo. Si volvemos a Luxor para pasar un largo periodo de tiempo, pensó, construiré otra casa, una que sea nuestra desde el principio. La enérgica personalidad de su madre impregnaba cada lugar que había gobernado como señora. Al menos no tenía que enfrentarse a su mirada penetrante siempre que entraba al salón; Nefret debía de haber sentido lo mismo, pues sin hablarlo o pedirle su opinión, había sustituido el retrato por otra de las pinturas de David, la copia que había hecho de la escena de ofrenda de la tumba de Tetisheri.

Las noticias de su llegada les habían precedido varias semanas, y probablemente todo el mundo había trabajado sin cesar para tener la casa en orden. Estaba recién pintada y el techo había sido renovado. Las flores en las macetas de la terraza tenían un aspecto sospechosamente fresco, pero se verían hermosas en las fotografías que tenía intención de tomar para su madre.

Toda la familia, hombres, mujeres y niños, se precipitaron fuera de la casa para saludarles. Luego las mujeres se retiraron, dejándoles en la terraza con Yusuf y los demás hombres.

Los años habían cambiado a Yusuf, y no para mejor. Se había puesto bastante grueso. Un michelín enmarcaba su barbuda mandíbula y cuando sonreía sus mejillas ocultaban sus ojos. Después de intercambiar los habituales cumplidos, se acomodaron en la veranda con café, cigarrillos y diversas fuentes de comida, y Yusuf les preguntó cómo podía serles útil.

- ¿Dónde van a excavar? Puedo encontrar todos los hombres que quieran, hombres buenos que ya han trabajado antes para el Padre de las Maldiciones.

Ramsés explicó que no habían venido a excavar y se sintió apenado cuando vio ensombrecerse la cara gorda y afable de Yusuf. Eran tiempos difíciles para los hombres de Gurna.

- Pero el Padre de las Maldiciones dijo que excavarían en el

Valle de los Monos -protestó Yusuf.

- Oh, ¿de veras?

Ramsés no verbalizó los improperios que le hubiera gustado añadir. El Valle de los Monos era como los egipcios llamaban al Valle Occidental, debido a los murales de una de las tumbas. Era parte de la concesión de lord Carnarvon y nadie más tenía derecho a excavar allí. Emerson había mencionado de pasada que podrían echar un vistazo a la tumba de Amenofis III, como un favor a Howard Cárter Pero Cárter probablemente no lo consideraría un favor. Emerson estaba utilizando otra vez sus viejos trucos, intentando manejar a la gente para que hicieran lo que él quería que hicieran, por las buenas o por las malas.

- Quizás salgamos un día por allí a echar un vistazo -dijo Ramsés-. En primer lugar quiero inspeccionar la tumba de Tetisheri. Es la principal preocupación de mi padre.

- Sí, sí -la barbilla de Yusuf se bamboleó al afirmar con la cabeza-. ¿Desean ir ahora? Jamil irá. Está a su servicio mientras estén en Luxor, para cualquier cosa que necesiten. Les acompañará dondequiera que vayan. Si necesitan más hombres, él los contratará para ustedes.

Nefret estaba mirando hacia la puerta abierta de la casa. Ramsés echó una ojeada en esa dirección y vio una pequeña mano oscura. Los dedos estaban meneándose furiosamente.

- Bien -dijo Nefret, a medias para sí y a medias para la casi invisible fisgona-. Yusuf, tengo entendido que tu hija Jumana ha estado acudiendo a la escuela. Nos gustaría que trabajara para nosotros mientras estamos aquí.

- Sí, necesitarán una sirvienta -dijo Yusuf complacido-. Es una buena chica, hábil con las manos. La enviaré a la *dahabiyya*…

- ¡No! -Nefret moderó su tono-. No quiero una doncella, Yusuf. He oído que es hábil en otras cosas, que puede leer y escribir. Podemos usarla como… secretaria.

- ¿Secretaria? ¿Quiere decir escribir cartas para usted? ¿En la *dahabiyya?*

- No en la *dahabiyya* -dijo Nefret con decisión. Lo último que quería era una jovencita brillante y curiosa compartiendo sus dependencias-. Queremos que nos acompañe cuando inspeccionemos las tumbas.

- ¿Quieren que venga con nosotros? -preguntó Jamil, en tono burlón-. Lo único que haría sería molestar. Es un estorbo, siempre siguiéndome y queriendo hacer lo que yo hago.

La pequeña mano oscura se cerró en un puño. Yusuf miró molesto a su hijo, que estaba sentado a sus pies. Jamil había hablado fuera de lugar, anticipándose a la respuesta de su padre, pero era obvio que nada que hiciera estaría mal a ojos de Yusuf.

- No sé -murmuró el hombre-. Nunca he oído algo parecido. El sitio de una mujer está en la casa.

- No siempre -dijo Ramsés mirando divertido a su esposa-. Piénsalo, Yusuf. Te estaríamos agradecidos por su ayuda. Y pagaríamos bien por una escriba hábil.

- Ah. Humm -Yusuf se mesó la barba-. Bien. Lo pensaré. *Bokra* (mañana) quizás.

Yusuf insistió en acompañarles a la tumba de Tetisheri. Ramsés intentó disuadirle; a diferencia de su primo Abdullah, que a los setenta años se había mantenido en forma y capaz, Yusuf ni siquiera podía levantarse de una silla sin resoplar y resollar. Hizo caso omiso de las objeciones de Ramsés.

- El Padre de las Maldiciones se pondría furioso si les permitiera ir a las colinas sin protección. Jamil, tráeme mi pistola.

El chico dio un salto y salió corriendo. Cuando volvió, los ojos de Nefret se abrieron de par en par y Ramsés se quedó mudo de consternación. El arma era una vetusta Martini de al menos cuarenta años de antigüedad. La habían mantenido engrasada y abrillantada, pero era de un solo disparo, totalmente inútil a larga distancia, con un tiro tan pesado como la coz de una muía. La única manera de estar seguro de herir a alguien era golpearle en la cabeza con eso, y Jamil la estaba empuñando de una manera que hacía que lo más probable fuera que se pegara un tiro en la pierna.

- Yusuf, ninguno de los hombres de Luxor nos amenazaría -dijo Ramsés-. No necesitas eso.

- No, nadie de Luxor -asintió Yusuf, arrebatándole el arma a Jamil-. Todos ellos temen al Padre de las Maldiciones y al Hermano de los Demonios. Pero los senussi han tomado Jarga y Siwa y los beduinos se han levantado en armas.

- ¿Cuándo ha ocurrido eso?

- Hace algunos días -dijo Yusuf, con la imprecisión propia de un

hombre que no tiene reloj ni calendario-. Están luchando en el norte, cerca de la costa, y se dice que los *inglizi* están retrocediendo. Las tribus del desierto desde El Cairo hasta Nubia, están esperando a ver quién sale vencedor. Si pierden los *inglizi,* atacarán.

Ramsés se preguntaba hasta qué punto sería exacto el informe de Yusuf. No se sorprendió al oír que algunos oasis, si no todos, ya no estaban en manos británicas, pero la posibilidad de que una banda de beduinos sedientos de sangre atacara Luxor era ridícula. Sin embargo, el joven abandonó toda esperanza de persuadir a aquel tipo de que dejara en casa su querida arma.

Montar a Yusuf en su caballo requirió el trabajo de dos de sus hijos; el caballo era casi tan gordo como su amo, con una barriga como un barril que se negaba totalmente a trotar. Les pareció que tardaban horas en cruzar el tramo de desierto entre Gurna y las colinas de la alta meseta. Mientras cabalgaban uno junto al otro, Yusuf les explicó que lo tenía todo preparado para ellos.

- Todos los días llegaba una carta: del Padre de las Maldiciones, de Selim o de la Sitt Hakim, diciéndonos lo que había que hacer. ¡Nunca me han llegado tantas cartas en tan pocos días!

- Es bueno que tuvieras a Jumana para leértelas -dijo Nefret con un amago de sonrisa.

El padre de la chica se limitó a gruñir.

La tumba estaba en una ubicación inconveniente, en medio de la bajada a una estrecha grieta que partía en dos, de arriba abajo, el acantilado al que originalmente sólo podía llegarse desde arriba, por medio de una cuerda. Emerson había ensanchado la abertura inferior y había hecho construir escalones para su comodidad mientras trabajaban en la tumba; los había derruido cuando terminaron, con el fin de dificultar el acceso a los ladrones (y a los miembros del *Service des Antiquités)*. En lugar de los antiguos escalones había ahora una escala, con trozos de madera de extrañas formas sujetos a las cuerdas a intervalos irregulares.

- Es segura -insistió Yusuf mientras Ramsés observaba dudoso la estructura-. He subido y bajado por ella muchas veces. Y fue mi hijo Jamil, Hermano de los Demonios, quien la llevó hasta la tumba, descendiendo por una cuerda sobre el acantilado, con gran peligro para él mismo.

- No fue difícil -dijo Jamil-. Peligroso, sí, pero no difícil para mí.

La modestia no era un atributo característico de los egipcios. La jactancia de Jamil no era inusual y Ramsés tuvo que admitir que probablemente estaba justificada. El chico era delgado y para su tamaño estaba en forma; los jóvenes de la orilla occidental estaban acostumbrados a abrirse paso con dificultad arriba y abajo por paredes de roca y caminos, en precipicios que habrían amedrentado a la mayoría de los europeos.

De todas formas, rechazó el ofrecimiento de Jamil de ascender primero, «para ayudarle a usted y a Nur Misur». Incluso con el peso de Yusuf anclando la estructura desde abajo, la escala se balanceaba alarmantemente^ aunque parecía lo suficientemente firme. Cuando él alcanzó el saliente de la entrada a la tumba dio aviso a Nefret para que le siguiera. Jamil se quedó mirándola mientras escalaba. Eso le enseñará a no subestimar a las mujeres, pensó Ramsés; ella no tenía miedo y era tan ágil como un muchacho. La grieta era estrecha y el sol no estaba lo suficientemente alto como para arrojar luz en su interior; cuando ella le alcanzó en el saliente permanecieron en una penumbra gris, cercados por piedras, con sólo un pedacito de cielo visible en lo alto.

- Se me había olvidado lo tenebroso que es este sitio -murmuró Nefret.

Ramsés la rodeó con un brazo y la alejó del borde.

- Iluminemos esto un poco.

Las pesadas puertas de hierro añadían un toque gótico; los cerrojos se habían engrasado con tanto celo que habían goteado, dejando rayas oscuras y uno o dos charcos. Nefret sostuvo la linterna mientras Ramsés sacaba las llaves que su padre le había entregado. Los cerrojos cedieron al final y él empujó una de las puertas. Hubo un característico chirrido y Nefret se rió.

- Ahora sólo faltan unos pocos murciélagos y una momia deambulando.

- Dudo que haya murciélagos. Cerramos el lugar tan bien como pudimos.

No había murciélagos ni momia, sólo el aire viciado que se atascaba en la garganta. Cuando alcanzaron la antecámara con sus relieves ricamente policromados, a Ramsés le agradó ver que los conservantes que habían utilizado con toda la precaución debida no se habían oscurecido ni desconchado. Los escalones excavados en la

roca que descendían hasta la cámara mortuoria eran desiguales. Nefret dejó que él le diera la mano. Ramsés continuó sosteniéndosela cuando llegaron a la habitación que habían vaciado de su increíble contenido: cajas rotas, joyas desprendidas, el carro desmontado de la reina. Lo único que quedaba era el enorme sarcófago de piedra.

Nefret movió la linterna lentamente por las paredes. Las cámaras cerradas eran muy cálidas. Su rostro brillaba de sudor y se le habían escapado del sombrero los tirabuzones que enmarcaban sus sienes. Ramsés dijo:

- Nunca te he besado en la cámara mortuoria de una tumba, ¿no?

- Aún no -ella se giró en sus brazos.

Poco tiempo después la linterna se apagó. Él no supo si ella la había apagado o dejado caer y para entonces no le importaba. La oscuridad de ese espacio cerrado, en las profundidades del acantilado, era como una manta negra que amortiguara todas las sensaciones salvo el exquisitamente refinado y concentrado sentido del tacto.

Entonces Nefret estrechó su abrazo y algo le golpeó en la cabeza.

- No has dejado caer la linterna -murmuró él.

- Cariño, lo siento mucho. No quería golpearte con ella.

- Muy bien. Aunque supongo que será mejor que nos volvamos al trabajo. Estaba pensando -continuó mientras se encendía la luz-, que sería una agradable costumbre besarte en cada tumba de Luxor.

- Que idea tan encantadora. Llevamos una, ¿cuántos cientos nos quedan?

- Llevaremos la cuenta mientras lo hacemos. Todo parece estar en orden aquí. Quizás volvamos otro día y tomemos unas fotografías para padre.

Regresaron a la entrada. Ramsés cerró las puertas con candado. Sacó su propia linterna y movió el foco lenta y metódicamente por los candados y las bisagras.

- No veo señales de que hayan forzado la entrada, ¿y tú? Interesante. Suponía que algunos de los lugareños habrían intentado irrumpir.

- Saben que nos llevamos todo lo que era transportable. Y ¿no echó padre una maldición sobre el lugar?

- Una de las mejores. Invocó a todos los dioses del panteón desde Anubis a… Vaya, maldita sea. Alguien ha estado aquí. Mira eso.

Grabado profundamente en la roca encima de las puertas estaba el mismo extraño signo que habían visto cerca de varias tumbas de Amarna, un círculo dividido por una sinuosa línea ondulante.

- No ha entrado -dijo Nefret.

- Pero, ¿cómo diablos llegó hasta aquí? No se puede escalar desde abajo, la roca es demasiado inestable. Desde arriba el único método viable es deslizar una cuerda hasta abajo, y no me gustaría tener que apañármelas sin ayuda.

- Tú no. Pero algunos de estos exploradores tan machotes se comportan de manera muy estúpida. Podemos preguntar por ahí. Si contrató a alguno de los nativos, te lo dirán. -Gotas de sudor se deslizaban por su cara. Él sabía que su esposa debía tener la garganta tan seca como la suya, y que estaría ansiosa por salir al aire libre, pero lo inusual del pequeño criptograma le tenía atrapado.

- ¿A qué te recuerda? -preguntó él.

Nefret parpadeó con sus pestañas húmedas y se secó los ojos con el pañuelo.

- A algo. No me acuerdo… ¡Oh, ya sé! Es como el símbolo del ying y el yang, las fuerzas opuestas, masculino y femenino, oscuridad y luz, que construyen el mundo. Quizás nuestro aguerrido turista sea chino.

- Alguien está anunciando su presencia, ciertamente. Bien, amor, abajo. Ten cuidado.

- Tú también -con los pies casi en el primer peldaño, Nefret le miró sonriente-. Ya puedes soltarme la muñeca.

Antes de iniciar el descenso, Ramsés esperó hasta que ella hubo llegado al fondo. Un examen más a fondo del pequeño extraño símbolo no le había dicho nada que no supiera o sospechara ya. No se lo había mencionado a Nefret porque no quería meterle ideas en la cabeza. Si ella llegaba a la misma conclusión independientemente, confirmaría su… No se le podía llamar siquiera teoría, aún no. No había suficientes datos. Él sabía qué estaba buscando, pero aún no cómo hacerlo.

Capítulo 7

Mientras estábamos de pie con la vista puesta en aquella cosa espantosa, e Ismail lloriqueaba en una esquina, de espaldas a la escena, Emerson dijo:

- Se nos plantea el dilema de si consultar a Russell o no. La policía debería ser informada de esto.

No estaba en absoluto en contra de tener una pequeña charla con el señor Thomas Russell, el subinspector de policía. No le consideraba totalmente responsable de que casi mataran a mi hijo (numerosas personas compartían esa responsabilidad, incluso el mismo Ramsés), pero no había tenido oportunidad de expresarle mis reproches tan firmemente como me hubiera gustado.

- Es el procedimiento habitual cuando uno descubre un cadáver -señalé.

- Humm. Sí. ¿Telefoneamos o enviamos a alguien?

- Mejor eso último, creo. Debemos quedarnos aquí con el cuerpo.

- No es necesario que nos quedemos los dos. Vuelve a la casa y…

- Vuelve tú.

- Oh, bah -dijo Emerson-. Muy bien. ¡Selim!

Selim estaba a poca distancia, a decir verdad, para entonces la mayoría de los hombres se habían reunido a su alrededor, atraídos por los gemidos de Ismail, pero Emerson grita por costumbre. Selim era tan reticente como nosotros a abandonar el lugar, así que delegó en uno de sus hombres el papel de mensajero y Emerson garabateó una nota en una página de su diario de excavación.

- Russell: encontrado un cuerpo en Giza. R. Emerson.

- ¿Es eso todo lo que vas a decirle? -inquirí.

- ¿Qué más hay que decir? Cualquier cosa que añadiera sería pura conjetura. Russell cree que es detective, dejemos que venga e investigue un poco.

El mensajero partió a regañadientes y los otros hombres se quedaron allí, observando con avidez mientras Emerson se arrodillaba junto al cuerpo. Yo sabía lo que intentaba hacer, y me sentía aliviada de poder dejárselo a él. Me he llegado a acostumbrar a las momias, aunque nunca me han gustado mucho, y también he tropezado con un número bastante elevado de cadáveres recientes, pero aquél no parecía ser tan reciente.

En vez de confesarle esta debilidad a Emerson, encontré una objeción más práctica.

- Si tienes intención de terminar de extraer el cuerpo, Emerson, deberías seguir tus propios métodos profesionales. Necesitarás más luz, para empezar.

Mi marido no pudo sino estar de acuerdo. El cuerpo descansaba en la sombra de la pared y la única linterna ofrecía una luz limitada. Mientras él estaba colocando otra linterna más y enseñando a Selim hacia dónde dirigirla, encontré uno de los cepillos que utilizamos para limpiar objetos delicados. Tuvo la bondad de aceptarlo también, aunque no fue realmente necesario que mencionara las larvas voladoras.

- Pero es bastante extraño, ¿no? -pregunté, mientras la fiebre detectivesca superaba mi ataque temporal de escrúpulos-. Lo lógico es que un cuerpo enterrado en la arena estuviera protegido de los insectos y sufriera desecación más que descomposición.

Emerson no levantó la vista. Había cepillado toda la arena de la cara y proseguía con el resto del cuerpo.

- Las moscas, de las que hay un buen número en Egipto, se congregan en un cuerpo sin vida casi inmediatamente. Apostaría a que el cadáver permaneció sin enterrar el tiempo suficiente como para que una abundante población de insectos lo infestase.

- No hace falta que entres en detalles, Emerson.

- El rigor mortis, como no es necesario que te diga, ha llegado y ha pasado -continuó Emerson-. Humm. Los efectos de la desecación sobre la descomposición son enormemente fascinantes. Es una pena que Nefret no esté aquí, ella sabría apreciarlo. ¿Estás segura de que no te gustaría examinarlo más detenidamente, Peabody?

- Es muy considerado por tu parte, cariño, pero creo que no.

- Es demasiado incluso para ti, ¿eh? -se rió Emerson-. No hay señales de ataque animal, lo que sugiere que el asesino no le dejó tirado al aire libre.

- De modo que concluyes que ha sido asesinato.

- No creo que caminara hasta aquí él sólo, cavara un hoyo, se metiera dentro y se cubriera de arena -replicó Emerson con aspereza-. Entonces, ¿por qué diablos mantendría un asesino el cuerpo de su víctima tan cerca de la casa en vez de enterrarlo en el desierto o arrojarlo al río?

- Porque quería que lo encontráramos. No podía traerlo hasta aquí a plena luz del día, y ha habido luna llena. Anoche el cielo estaba encapotado.

- Desde hace varias noches, en realidad. Lleva aquí un tiempo - Emerson continuó excavando cuidadosamente los restos-. Me pregunto que habrán hecho con… Ah. Aquí esta, un gran trozo de tela. Sabía que tenían que haberle envuelto en algo parecido para facilitar el transporte y para evitar que se fueran cayendo pedazos por el camino. Muy amable por su parte quitárselo antes de enterrarle para ofrecer al afortunado descubridor el efecto completo -se puso en pie.

El cuerpo estaba completamente expuesto. Vestía los harapientos y horriblemente manchados restos de una galabiyya de algodón. No describiré el estado de la cara y las manos.

- Saquémosle de aquí -dijo Emerson con frialdad-. Dile a Ibrahim que improvise una especie de camilla.

- No creo que el señor Russell lo apruebe, Emerson. Alterar la escena del crimen…

- Al diablo con Russell. Su gente del CID es una pandilla de idiotas redomados. No permitiré que estén merodeando por mi tumba. Sin embargo -concedió Emerson, poniendo un dedo en el hoyuelo de su barbilla-, sacaremos unas cuantas fotografías. ¡Selim!

- Estoy aquí, Padre de las Maldiciones -dijo Selim, reprobadoramente.

- No te quiero aquí, quiero que traigas la cámara.

Observando los metódicos procedimientos de Emerson, y añadiendo unas pocas sugerencias por mi parte, estuve de acuerdo en que teníamos todo el derecho a proseguir con la investigación,

sobre todo teniendo en cuenta la localización y las técnicas de excavación empleadas y, por supuesto, la considerable experiencia que ambos teníamos en todo tipo de crímenes.

Selim sacó numerosas instantáneas desde distintos ángulos del cuerpo y de sus diferentes partes. Alumbrada por nuestras linternas de bolsillo la improvisada tumba y su ocupante parecían salidos de una historia de terror. Las temblorosas sombras daban ilusión de movimiento. Emerson, que no es en absoluto sensible a estas cosas, se apartó con brusquedad. Yo me senté en un saliente de la pared para comerme un sándwich que había sobrado del almuerzo, ya que nos habíamos perdido el té. Me arrepentí bastante de haberlo hecho cuando Emerson y Selim sacaron el trozo de madera que habían insertado bajo el cuerpo. La cabeza rodó para un lado y la mandíbula cayó, con lo que la boca quedó abierta en un silencioso grito.

- ¿Estás bien, Peabody? -preguntó Emerson.

- Se me ha quedado un trozo de pepino atragantado en la garganta -contesté, tosiendo-. ¿Es posible decir cómo murió?

- Sin duda -respondió Emerson restregándose las manos en sus pantalones. (Tomé nota mentalmente de hacerlos lavar de inmediato.)-. Le han segado la garganta. El pobre diablo quizás ni siquiera vio a su asesino; un hombre que es atacado desde delante generalmente levanta los brazos para protegerse la cara, y en este caso ni los brazos ni los antebrazos tienen señales. No hay piel ni sangre seca bajo las uñas…

- Fue rápido y relativamente misericordioso, entonces -murmuré-. Gracias al cielo.

- Bah -dijo Emerson; ésta es su reacción habitual frente a una mención de Dios o del cielo. Arrodillándose examinó el suelo-. No hay señales de sangre o de otros fluidos bajo el cuerpo; otra indicación, si es que era necesaria alguna más, de que lo mataron en otro lugar. Supongo que lleva muerto al menos dos o tres días. Es difícil decirlo sin saber dónde ha estado durante ese tiempo.

- Así que lo mataron anteanoche. El ataque que sufrimos no fue para evitar que hablase con nosotros.

- No, a no ser que nuestros atacantes y su asesino no estuvieran relacionados. Eso parece improbable, por lo que sabemos hasta ahora.

- Será mejor que te des prisa, Emerson. Russell llegará dentro de nada y está oscureciendo demasiado para ver lo que estás haciendo.

Para cuando llegó Russell, el aterciopelado anochecer de Egipto había inundado todo. Las estrellas parpadeaban en el cielo de El Cairo. La luna había salido; habían pasado varios días desde el plenilunio pero aún brillaba con fuerza. Russell estaba acompañado por tres de sus hombres. Nuestra gente se había marchado, salvo Selim y Daoud. Le había dicho a Wílliam que se fuese, ya que estaba vomitando todo el rato.

- ¿Qué le ha retrasado? -preguntó Emerson-. Quiero quitarme este asunto de las manos e irme a cenar a casa.

Russell se quitó el sombrero.

- Buenas noches señora Emerson, profesor. Mis disculpas por el retraso. Estaba fuera del despacho.

- Jugando al criquet o a algún otro juego estúpido en el Sporting Club, supongo -dijo Emerson-. Bien, lléveselo. Lo tenemos bien envuelto para usted.

Russell pasó su linterna hasta la forma yaciente y la examinó.

- Es egipcio.

- ¡Muy listo! -exclamó Emerson.

- No seas grosero -dije.

- Las conversaciones con usted, profesor, son excelentes ejercicios de autocontrol -dijo Russell-. Juré que nunca más dejaría que me provocara, pero no lo intente demasiado a fondo. Veo que han movido el cuerpo. ¿Qué más han hecho que sea inadecuado, por no decir verdaderamente ilegal?

Dejando la ironía a un lado, Emerson procedió a explicar cómo y dónde habíamos encontrado los restos. Russell no interrumpió, pero podía oírle respirar ruidosamente.

- ¿Sacaron fotografías? Vaya, al menos es algo. ¿Alguna pista de la identidad de este hombre o de la de su asesino?

- He tamizado los restos bajo el cuerpo y a varios metros a su alrededor -dijo Emerson-. El asesino no dejó su nombre y dirección. Sin embargo puedo identificar a la víctima para usted. Su nombre, su *nom de guerre*, era Asad.

Cuando por fin pude meter baza, dije:

- Verdaderamente, señor Russell, necesita usted más práctica en el autocontrol. ¡Ese lenguaje!

El policía estaba encima del cadáver, inspeccionando más de cerca el horrible rostro.

- Podría ser -murmuró.

- Encontramos sus anteojos -dijo Emerson.

Russell le arrebató de las manos la montura abollada.

- ¿Algo más que olvidara mencionar? Por ejemplo, cómo reconocieron a un hombre que sólo han visto una vez y cuya apariencia actual verdaderamente no es… eh… la que tenía en vida.

- Con respecto a eso -dijo Emerson, con las manos en las caderas, los hombros echados para atrás y las cejas fruncidas-, ¿cómo es que olvidó avisarnos de que Asad había escapado?

- ¡Dejen de gritar los dos! -exclamé, ya que los agentes de policía que esperaban las órdenes de su jefe, escuchaban con la boca abierta-. Llévense el cuerpo -continué, dirigiéndome a esos individuos-. Inmediatamente. El señor Russell les seguirá en unos minutos.

Hicieron lo que les indiqué, por supuesto. Tan pronto como la comitiva estuvo fuera del alcance del oído, me dirigí a Russell.

- Hay varios puntos que debemos aclarar. Los discutiremos aquí y ahora. Mis disculpas por no invitarle a que nos acompañe a la casa, pero prefiero tener que relacionarme con usted tan poco como sea posible. No es nada personal, entiéndalo.

Describí el encuentro de Ramsés con Asad y nuestros inútiles esfuerzos por localizarle. Russell y Emerson intentaban interrumpir continuamente mi ordenada exposición, pero no estaba de humor para permitir exhibiciones de falta de lógica masculina. Estaba hambrienta y ya había pasado la hora de la cena, seguramente Mahmud habría quemado la sopa.

- Así que ya ve -concluí-, que Asad debía de tener información que era peligrosa para alguien cuya identidad desconocemos, presumiblemente la misma persona que le informó de la farsa de Ramsés. La identificación está clara en mi mente. Si usted lo duda, debe de tener en algún expediente una descripción de sus atributos físicos que zanjará el asunto. Nos mantendrá, por supuesto, informados de los progresos de su investigación. Y -añadí, ya que fui incapaz de resistir un ligero toque de sarcasmo-, si oye usted que algunos otros espías o terroristas han escapado, sería muy amable de su parte informarnos antes de que alguno de ellos consiga

asesinar a Ramsés. Buenas noches, señor Russell. Ven, Emerson.

- Sólo un momento, señora Emerson, por favor.

- Sea breve, señor Russell. Probablemente sea tarde para la sopa, pero aún hay esperanzas para el rosbif.

- Yo… -agitó la cabeza vigorosamente, como un perro después de una zambullida en un estanque-. He olvidado lo que… Oh, sí. ¿Es cierto que Ramsés ha abandonado El Cairo?

- Está en Luxor y allí se quedará varias semanas. Me alegro de que me lo haya recordado, señor Russell -continué-. Tenía intención de decirle que este asunto ha de mantenerse en silencio. No debe salir nada en los periódicos.

- ¡No puedo controlar a la prensa, señora Emerson!

- Sí que puede. Ustedes lo hacen todo el tiempo. No quiero que acosen los periodistas y no quiero que Ramsés tenga noticia de la muerte de Asad. Puede que se sintiera obligado a hacer algo al respecto.

- Ya veo -se rascó la oreja-. Haré lo que pueda. El tipo era egipcio, así que quizás la prensa no se tome mucho interés.

Emerson gruñó con toda la fuerza de su garganta, pero no rebatió aquel escandaloso comentario, fundamentalmente porque era cierto. Me estaba dando la vuelta cuando Russell volvió a hablar.

- Después de que fueran arrestados, los miembros de la organización de Wardani fueron entregados a los militares. Yo no fui informado de la fuga de este hombre.

- ¿De verdad? Qué extraño…

- Confío en que no está usted poniendo en duda mi palabra, señora Emerson.

- No -dijo Emerson antes de que yo pudiera responder-. Es típico de esos bastardos no confiar en nadie fuera de su pequeño círculo. Me pregunto, ¿quién demonios era el responsable de mantener esa información confidencial?

- No lo sé -contestó Russell lacónicamente-. Ojalá lo supiera. Si ustedes hubieran considerado conveniente informar de lo que eran sin duda asuntos policiales, habría podido hacer algunas preguntas. ¡Tanto ustedes dos como el resto de su familia muestran la más terrible de las indiferencias acerca de la gente que intenta asesinarles!

- No queríamos que la policía interfiriera en nuestro camino -expliqué.

- Imaginaba que dirían eso. ¿Puedo sugerir que la cooperación sería de mutua conveniencia? Les pasaré cualquier información que consiga si ustedes hacen lo mismo. Estamos del mismo lado, saben.

- Contra el condenado ministerio de Guerra -dijo Emerson con una risita.

- Al menos tenemos el mismo deseo -dijo Russell, evitando con tacto una respuesta directa-: la seguridad de su hijo. Tengo muy buena opinión de él, saben.

El rosbif estaba bastante seco, pero teníamos demasiada hambre como para ser críticos. No discutimos el caso durante la cena, a pesar de algunas preguntas con bastante intención por parte de Fátima, que la estaba sirviendo, y algunas toses y ruidos de pasos de Gargery, que estaba escuchando tras la puerta. Sabían que habíamos encontrado un cuerpo, pues la noticia se había esparcido con la rapidez del fuego en un arbusto, como siempre, pero hasta donde ellos sabían, el muerto era un desconocido. Estaba decidida a mantenerlo así.

Por la mañana Gargery estaba en un estado de extrema exasperación. Estaba entusiasmado con que tuviéramos un cadáver entre manos; había estado deseando secretamente que ocurriera una cosa como aquélla desde que llegamos. No es que fuera un individuo especialmente morboso, pero como cierta vez había señalado: «Si tiene que haber un asesinato, señora, mejor que seamos nosotros los que saquemos provecho de él».

Había conseguido su deseo, y aquí estábamos nosotros, egoístamente intentando evitar que sacara provecho de él. Afortunadamente, el correo de la mañana incluía la largamente esperada carta de Nefret, que sirvió como distracción momentánea.

También hizo salir a Emerson de su estado habitual de estupor matutino. Sin embargo, los intentos de Gargery de leer la carta por encima de su hombro no fueron bien recibidos.

- Dice que están bien y contentos -informé a mi curioso mayordomo-. El resto se refiere a asuntos arqueológicos, que no serían de interés para ti.

- No sé por qué supone usted tal cosa, señora -dijo Gargery con frialdad-. A todos nosotros nos interesa mucho aquella tumba en la

que estuvieron ocupados durante tanto tiempo.

- ¿Tetisheri? Bueno, no hay nada en la carta al respecto. Acaban de llegar a Luxor.

- ¿Hay algo para la señorita Sennia, señora?

- Le envían su amor; por supuesto. Emerson, ¿qué demonios ocurre?

- Ella espera más que eso, señora. Ella espera…

- ¡Rayos y centellas! -exclamó Emerson.

- … una carta personal -terminó Gargery.

- Lo siento, pero ellos…

- Tenía una sospecha… un terrible presentimiento…

- ¡Emerson! -grité.

- ¡No tienes por qué gritar, Peabody!

- La señorita Sennia…

- ¡Gargery!

- Oigo perfectamente, señora.

Los dos se quedaron mirándome, pero al final había conseguido callarles. Decidí arreglármelas con Gargery primero.

- No hay carta para la señorita Sennia, así que tendrá que aceptarlo.

Emerson examinó su taza.

- Más café, Gargery.

- ¿Está usted seguro de que quiere más, señor?

- Sí, claro que estoy seguro. Qué pregunta tan idiota.

Gargery echó un chorrito de café a la taza de Emerson.

- No es mi intención meterles prisa a usted y a la señora, señor, pero debo partir en breve para llevar a la señorita Sennia a la escuela.

- Sí, por supuesto -dijo Emerson con aire ausente. Estaba releyendo la carta de Nefret. Cuando la intención del comentario de Gargery le llegó finalmente, levantó la vista con el ceño fruncido.

- ¿Desde cuándo ha hecho falta que te quedes ahí detrás de mí mientras termino mi desayuno? Vete.

Gargery apretó la mandíbula. Después de una pequeña charla conmigo, Fátima y él habían llegado a un compromiso. Se turnarían para servir el desayuno y la cena, alternándose cada semana. (Implícito en el acuerdo estaba el derecho de ambos a escuchar en la puerta.) Él era un hombre de palabra y la mantendría, pero le

costaba renunciar a un sólo minuto de su preciado turno. Después de que saliera dando grandes zancadas y llevándose la cafetera con él, me volví hacia mi marido.

- Bien, querido Emerson, ¿qué problema hay? -pregunté con amabilidad-. Háblame de tus premoniciones.

Los ojos de Emerson se achicaron como dos hilos de zafiro.

- Nunca tengo premoniciones y no creo en las tuyas, nunca lo he hecho y nunca lo haré.

- Has dicho hace sólo un minuto…

- ¿Lo hice? No, no lo hice. Y si lo hice no era mi intención -Emerson agarró la pila de cartas sin abrir y comenzó a ojearlas-. Nada de Russell -observó.

- Difícilmente podemos esperar noticias tan rápido. No lo discutamos aquí. ¿Has terminado el desayuno?

- Quiero otra taza de café -Emerson paseó la mirada errante por la mesa y no pudo encontrar el objeto que buscaba-. ¿Dónde diablos está la cafetera?

- Se la llevó Gargery -contesté-. Puro rencor, imagino. Me temo que tenías razón cuando… Ah, Fátima. Gracias. El profesor estaba justo pidiendo más café.

Ofreció más de todo, y nosotros lo rechazamos. Aun así remoloneó todo lo que pudo:

- ¿Ha habido carta de Nur Misur?

- Sí. La echó al correo tan pronto como llegaron a Luxor. Están bien y contentos. Puedes leerla si quieres. Y contársela a los otros.

Su cara se iluminó de placer.

- Gracias, Sitt Hakim. ¿Hay alguna noticia más?

- Aquí hay una carta de Katherine Vandergelt -dijo Emerson alargándomela-. ¿Quieres quedarte mientras la leemos, Fátima?

El sarcasmo era inútil con aquella buena mujer.

- Sí, Padre de las Maldiciones, por favor.

- ¡Vaya, estas son buenas noticias! -exclamé-. Bertie ha cogido la neumonía…

- ¡Verdaderamente, Amelia! -exclamó Emerson-. Tu manía de mirar el lado bueno ha llegado demasiado lejos. ¿Qué tiene de bueno la neumonía? Es preferible a la gangrena o al trismo, supongo, pero…

- Si fueras tan amable de permitirme terminar la frase,

Emerson… De hecho -admití-, me he expresado mal. Ha pasado la neumonía y está mucho mejor, pero el médico cree que un clima cálido y seco será bueno para su recuperación. Katherine y Cyrus lo traen a Egipto. Estarán aquí la semana próxima.

- Ah -dijo Emerson. Ciertamente no era una expresión de éxtasis, pero no había esperado que admitiera cuánto echaba de menos a los Vandergelt. Su expresión complacida era suficiente.

Fátima fue más efusiva.

- Qué bien, Sitt. ¿Se quedarán con nosotros?

- Espero que podamos convencerles de que se queden con nosotros durante un tiempo, pero Katherine manifiesta su intención de llevarse a Bertie a Luxor. El clima allí es mucho más saludable, como sabes. Nos pide que nos aseguremos de que El Valle de los Reyes está listo para ellos.

- Comenzaré la limpieza -dijo Fátima.

- Nosotros deberíamos ponernos en marcha también -dispuso Emerson-. No hay intimidad en esta casa. Peabody, te lo advierto: si hay un maldito periodista ahí fuera, lo tiraré al río.

- Los periódicos no pueden haberse enterado de esto tan pronto. De todos modos, no creo que les interese la muerte de un egipcio anónimo.

Sigo sin entender cómo pudo habérseme pasado por alto una cosa tan obvia, no puedo entenderlo. ¿Con cuánta frecuencia en el pasado nos habíamos encontrado nosotros o nuestras actividades reflejados en noticias sensacionalistas de los periódicos? Por si el lector no está familiarizado con ese pasado, responderé lo que de otro modo sería una pregunta retórica.

Muy a menudo.

La exploración egiptológica fascina al público general. Eso es comprensible. No pongo objeciones a una descripción razonable y profesional de nuestras excavaciones, pero, por pura casualidad, nos hemos visto envueltos en varios casos de muertes misteriosas con apariencia sobrenatural, y fueron esos crímenes los que atrajeron la imaginación morbosa de la prensa. Kevin O'Connell del Daily Yell había sido el primer y peor ofensor; fue él quién inventó «La Maldición del Faraón», y esa palabra -maldición, quiero decir, no faraón- habría de perseguirnos durante años. Pero Kevin se había convertido en un amigo y había abandonado esta retórica, y desde

entonces nuestros casos de crímenes no habían involucrado sino a asesinos normales, ladrones y falsificadores.

Lo que se me había pasado era el hecho de que la señorita Minton estaba en El Cairo, buscando una excusa para acercarse a nosotros y deseando utilizar el más despreciable periodismo amarillo con el fin de salirse con la suya. Cuando llegamos a Giza ella ya estaba allí, cuaderno y lápiz en ristre, enfrentándose a Selim. La mujer estaba de espaldas a nosotros, mientras Selim apoyaba la suya contra la pared de la mastaba. Él se había alejado tanto como había podido pero ya no podía retirarse más, ya que ella le tenía limpiamente arrinconado. Siempre había sido buena en eso.

Emerson dejó escapar un rugido y echó a correr. La señorita Minton se dio la vuelta, relajada y sonriente. Selim podía haberse escabullido entonces, pero actuó bien; se mantuvo en su puesto, aunque parecía como si estuviera pegado a la pared, y sus labios se movían, probablemente estaba rezando.

- No se enfade con él -dijo la señorita Minton-. No me ha dicho nada que no supiera.

- Maldita sea -empezó mi marido.

- Vamos, Emerson, cálmate -dije-. Yo debería haber sabido que esto iba a pasar. Supongo, señorita Minton, que tiene informadores en el departamento de policía.

- En todos los departamentos del gobierno -corrigió-. Es la costumbre. Ahora, profesor, quizás me pueda usted decir con sus propias palabras cómo ocurrió el descubrimiento del cadáver.

A Emerson se le salían los ojos de las órbitas.

- ¡Que me condenen para siempre si lo hago!

- Emerson, ¿no ves que está intentando provocarte para que en el acaloramiento de la furia digas algo indiscreto? Es un viejo truco de la profesión.

La insufrible sonrisa de la señorita Minton se desvaneció. Adelantó su prominente barbilla.

- Está usted equivocada, señora Emerson. Tenía que cubrir la noticia, era demasiado jugosa para resistirlo, y Dios sabe que no he conseguido sacar nada interesante a los militares.

El semblante de Emerson volvió a su expresión normal. Tiene un carácter fuerte, pero sabe controlarlo si debe hacerlo. Comprendió lo que ella quería decir, y por supuesto, también yo.

- Muy bien -dijo-. Selim, puedes retirarte.

Selim estaba encantado de poder hacerlo. Señalé unas de las cajas que utilizábamos como asientos.

- Siéntese, señorita Minton. Ahorrémonos los rodeos. ¿Qué quiere de nosotros?

- Una historia, señora Emerson. ¿Qué daño puede haber en ello? La mitad de El Cairo ya sabe de la existencia del cadáver, su descubrimiento no puede ser mantenido en secreto. Si ustedes no quieren concederme una entrevista, quizás pueda hablar con su hijo y su nuera.

- Desgraciadamente mi hijo y mi nuera no están en El Cairo.

- Así que es cierto que se han ido a Luxor, ¿por qué?

- ¿Qué diablos le importa eso a usted? -quiso saber Emerson.

- No hagas un misterio de ello, Emerson -dije tajante-. Están tomándose unas pequeñas vacaciones e inspeccionando de paso los monumentos de Luxor, en particular la tumba de Tetisheri.

- Creo que ha habido un aumento de los robos.

- Era de esperar en las presentes circunstancias. Cuanto más remoto es el yacimiento, más dificultades hay para supervisarlo adecuadamente.

- Pero la situación es lo suficientemente seria como para que envíen a Ramsés allí. Eso les deja bastante escasos de mano de obra, ¿no?

- No -dijo Emerson-. Eh… en cierto modo. Es una cuestión de…

- De prioridades -interrumpí, viendo que él estaba a punto de liarlo todo-. Hemos contestado a sus preguntas abiertamente y con amabilidad, señorita Minton -me levanté de mi caja para darle a entender que la entrevista había terminado-. Confío en que no haga una historia sensacionalista del extraño cadáver. No tiene nada que ver con nosotros, y no queremos una pandilla de ávidos fisgones molestando a nuestro alrededor.

- ¿No tienen idea de por qué el asesino lo enterró en su tumba?

- Ni idea.

Ni siquiera dijo adiós. Emerson esperó hasta que se hubo perdido de vista antes de hablar.

- Bien hecho Peabody. Eres condenadamente buena mintiendo cuando te lo propones.

- Gracias, querido. Como sabes, nunca tergiverso las cosas a no

ser que sea absolutamente necesario. Me temo, sin embargo, que no has percibido todo el sentido de ese diálogo. Debo escribir inmediatamente a Nefret y decirle que debe evitar que Ramsés vea los periódicos. Sólo espero que mis cartas alcancen Luxor antes que la señorita Minton.

- Dios del cielo, Peabody, ¿no estás sacando conclusiones precipitadas? ¿Qué te hace suponer que ella va a ir a Luxor?

- ¿No has comprendido esas preguntas acerca de los saqueos de tumbas? Cree que la he mentido, lo que por supuesto habría hecho si lo hubiera considerado procedente. Esa estúpida y romántica criatura tiene la esperanza de que Sethos siga vivo.

DEL MANUSCRITO H

La inspección de la tumba de Tetisheri había sido de suma importancia. Una vez realizada, Ramsés no podía decidir cuál sería el siguiente paso, o mejor dicho, sabía lo que debía hacer, pero no sabía por dónde empezar. Asumiéndolo, se dijo amargamente a sí mismo que su imaginación no se hubiese disparado por completo.

Durante los dos días siguientes deambularon, aparentemente sin ningún propósito y con gran diversión, por la orilla occidental para llevar a cabo una prospección preliminar, tal como Ramsés lo consideraba, y volviendo a visitar los escenarios de su malgastada juventud, como Nefret lo expresaba, con bastante más exactitud. La visita a la tumba de Abdullah fue uno de sus primeros destinos; permanecieron en silencio al lado del sencillo monumento antes de que Nefret dijera quedamente:

- Sería agradable poder creer que sabe que estamos aquí.

- ¿Tú lo crees?

Ella deslizó la mano en la de él.

- Madre lo cree. Ya te dije que sueña con él. Él dijo que el bebé de Lía sería un chico y que le llamarían como él. Vamos, no me mires así, ¡sé tan bien como tú que es extraño! Es raro, sin embargo, que ella siempre le vea en el mismo lugar: el risco que hay detrás de Deir el Bahri, en el camino al Valle. A él le encantaba esa vista y a ella también: observar la salida del sol sobre los riscos orientales, viendo la luz esparcirse por el río y los campos.

Y por eso lo sueña ella, pensó Ramsés. Lo encontró bastante conmovedor, sin embargo, y como le avergonzaba admitirlo, dijo con pragmatismo:

- Desearía poder soñar con él; le pediría consejo acerca de dónde

buscar a nuestros hipotéticos ladrones de tumbas.

- Querido mío, no son hipotéticos. Tan sólo porque no los hayamos encontrado aún…

- No es probable que lo hagamos. Todo este viaje es una pérdida de tiempo. ¿Supones que no sé por qué todo el mundo conspiró para traerme a Luxor?

- ¿Te importa?

- ¿Importarme estar a solas contigo, sin amigos, familia, ni Sennia? Imagino que podré soportarlo un poco más -ella enlazó con más firmeza sus dedos entre los de él-. Si estuviéramos buscando a un genio, como Sethos o Riccetti, tendríamos una oportunidad de resolver el caso, pero éste es el mismo viejo asunto que lleva sucediendo aquí desde siempre. Probablemente hay una docena de personas involucradas, todos nativos y todos extremadamente buenos en su negocio. Atrapar a uno o dos de ellos no pondrá freno a los robos.

Ramsés aguardó a que ella le contradijera, deseando que lo hiciera, y deseando también que no lo hiciera, pero la joven aceptó su afirmación sin cuestionarla.

- Una mujer más sensible que yo podría haberse sentido insultada por esa observación acerca de las pérdidas de tiempo -señaló ella, con hoyuelos en las mejillas por la risa-. Es cierto que sólo me has besado en once tumbas…

- Hasta ahora. -El la rodeó con sus brazos y besó los hoyuelos y su boca sonriente. Podría parecer incongruente, incluso sacrílego, en el silencio de aquel desierto cementerio, pero si él fuera dado a las fantasías, que por supuesto no lo era, casi le pareció oír una profunda risa satisfecha de alguien que recordaba bien.

Así que escalaron el risco detrás de Deir el Bahri al amanecer y permanecieron en silencio observando la salida del sol y deambularon por el pueblo de Gurna, donde las antiguas tumbas se levantaban pared con pared con las casas modernas, y la besó en diez cámaras mortuorias más. Entrar en varias de ellas era todo un ejercicio de voluntad, ya que estaban parcialmente llenas de escombros y plagadas de murciélagos. Sólo en una fachada volvieron a encontrar el extraño criptograma. La tumba, que había pertenecido al visir Ramose, era de gran importancia histórica y de belleza destacable. Ramose había servido bajo el reinado de

Amenofis III y su hijo hereje, y uno de los muros de la tumba mostraba al último rey de dos maneras distintas e impactantes: a la izquierda, el rey Amenofis IV representado al estilo tradicional egipcio, con la diosa Maat; a la derecha el mismo hombre después de haber cambiado su nombre por el de Akenatón y de haber abandonado los cánones clásicos del arte egipcio y a los dioses de sus padres en favor del dios único, Atón.

Si Nefret había observado el criptograma no hizo ningún comentario. A Ramsés le sorprendió verlo allí. Los relieves del visir y su familia estaban entre los más exquisitos de Egipto. En concreto eran los favoritos de su madre.

Entre sus demás obligaciones estaba la de consentir ser entretenidos a la manera de la realeza por varios miembros de su familia egipcia. Cuando regresaron al Amelia una noche después de una interminable cena dada en su honor por Yusuf, Nefret se dejó caer en el diván del salón y gruñó.

- ¡No puedo seguir comiendo de este modo! Y ¿viste la manera en la que Jumana nos fulminaba con la mirada? Le prometimos que la dejaríamos venir con nosotros, y no lo hemos hecho.

- Que me aspen si voy a sentirme culpable por no tener que cargar con esa chica -Ramsés se acercó a ella, preguntándose si él mismo alguna vez querría volver a comer-. Pero quizás sea hora de que nos pongamos a trabajar.

- Ya hemos estado trabajando -protestó Nefret-. Piensa en todas esas tumbas infestadas de murciélagos que hemos explorado.

- De una forma más bien poco sistemática. No hemos estado aún en la orilla oriental.

Nefret se acurrucó junto a él.

- ¿Por qué deberíamos hacerlo? Las tumbas están en la orilla occidental.

- Bien, deberíamos tener una charla con Legrain. Le han robado algunos objetos de sus inventarios. Y podríamos intentar aterrorizar a los traficantes de antigüedades.

- No hasta dentro de un día o dos. Aún tenemos un montón de tumbas que visitar -Nefret deslizó sus dedos por el pelo de Ramsés y comenzó a masajearle las sienes-. ¿Te duele la cabeza?

- No, pero puedes continuar si quieres. Por cierto, siempre se me olvida preguntártelo… ¿ha habido algo interesante en el correo?

- No mucho.

- ¿Nada de madre?

- Oh, sí. Pero son tan sólo noticias familiares. Date la vuelta y te daré un masaje en la espalda.

- No es mi espalda la que necesita un masaje -murmuró Ramsés, dándose la vuelta. Nefret se echó a reír. Él volvió la cabeza para mirarla sorprendido, y comenzó a reír también-. No era eso lo que quería decir.

- ¿No? Bien, ya veremos -le subió la camisa y deslizó sus manos lentamente a lo largo de sus riñones, presionando suavemente.

- ¿Qué contaba madre?

- Cierra los ojos y relájate.

- Estoy prácticamente comatoso. Al menos lo estaba hasta que empezaste a hacer eso… ¿Ha dicho algo desagradable de mí, por eso no quieres contármelo?

- Cielo santo, tienes una mente obsesiva. Estaba intentando recordarlo. Déjame ver… Sennia se divierte en la escuela; madre ha zanjado la controversia entre Gargery y Fátima (se están turnando), y está molesta porque el profesor no le permite investigar las pirámides de las reinas. Acaba de recibir la carta que puse en el correo el día que llegamos, pero están ansiosos por saber qué encontraremos aquí. Tenemos que escribirles ya.

- ¿Puedo verla?

- ¿Ver qué? ¿La carta de madre? Si puedes encontrarla… Tienes papeles y libros esparcidos por todas partes, como siempre. Oh, casi se me olvida: los Vandergelt van a venir. Bertie ha tenido neumonía y los médicos le han recomendado un invierno en Egipto. Deberían estar al llegar. También hubo carta de Lía. Madre nos la ha reenviado. El bebé tuvo un resfriado, nada serio, ¡pero me ha contado cada estornudo y carraspeo! La pierna de David está mejor; los médicos piensan que al final podrá recuperar la movilidad totalmente.

Hizo una pausa para respirar profundamente.

- Eso está bien -comentó Ramsés-. Mientras no piense que está lo suficientemente recuperado para salir. ¿Has escrito a Lía últimamente?

- Le debo una carta -admitió Nefret-. Deberías escribir a padre; estará impaciente por saber qué progresos hemos hecho en nuestras

investigaciones.

Nefret alargó la palabra, pronunciando cada sílaba con un énfasis portentoso. Ramsés rió.

- Ni siquiera padre podría esperar progresos en dos días. Sin embargo, le complacerá saber que Tetisheri está a salvo. Le escribiré esta noche, a no ser que prefieras hacerlo tú.

- Terminaré por tener que hacerlo -gruñó Nefret-. Siempre lo hago.

- Pobre pequeña. Qué vida tan miserable llevas.

- ¿Realmente quieres escribir cartas esta noche?

Ramsés se apoyó en un costado y tiró de ella hacia sus brazos.

Capítulo 8

DEL MANUSCRITO H (CONTINUACIÓN)

La guerra había reducido drásticamente el personal de las excavaciones, pero Legrain continuaba en Karnak y Ramsés decidió visitarle enseguida, ya que acababa de sufrir el robo de unas estatuas. Uno de los hombres los llevó a través del río en su pequeña embarcación, y les dejó cerca del templo. Desde cierta distancia, el templo aún era un panorama impresionante, aunque la mayor parte estaba en ruinas y las estructuras más antiguas se habían perdido, pues fueron utilizadas por faraones posteriores para sus propios monumentos. El vandalismo se había cobrado su precio, y lo mismo habían hecho el tiempo y los desastres naturales. Ramsés recordaba bien el año en que varias de las monumentales columnas de la Sala Hipóstila se habían derrumbado, con un estruendo que pudo oírse por todo Luxor.

Encontraron al francés en la Sala Hipóstila, dirigiendo a una multitud que estaba desplazando un tambor de piedra de una de las columnas derruidas. Después de estrechar la mano de Ramsés y haber besado la de Nefret, pasearon entre las masas de bloques de caliza derruidos que otrora fueron los pilares gemelos hasta el patio soleado. Ramsés le felicitó por todo lo que había conseguido desde la última vez que habían estado allí.

- Será el trabajo de toda una vida -dijo Legrain. Con un gesto abarcó los pilares caídos, la superficie irregular y cubierta de ruinas del patio, las decadentes columnas que lo flanqueaban al norte y al sur-. Y es tan sólo una pequeña parte del conjunto. ¿Y dónde van a trabajar? Tenía entendido que estaban en Giza.

Ramsés le explicó su misión, y Legrain se encogió de hombros.

- Me temo que es una causa perdida. Vigilarlo todo es imposible, y los ladrones se han hecho más osados. ¿Han oído hablar de los robos de mis almacenes?

- Sí, ¿ha encontrado alguna pista la policía?

- ¡Ah, la policía! -la cínica sonrisa de Legrain mostraba de manera elocuente su opinión acerca de la gendarmería local, opinión que Ramsés compartía-. No, no hubo pistas, aunque si *madame* Emerson hubiera estado aquí habría hallado algunas, *n'est-ce pas?* Quienes quiera que fueran los ladrones, sabían de antigüedades. Se llevaron cuatro de las mejores, una encantadora estatuilla de alabastro de Tutmosis III, prácticamente intacta, y tres estatuas mayores de la XVIII Dinastía.

- ¿No hay rastro de ellas en el mercado de antigüedades? -preguntó Ramsés.

Legrain volvió a encogerse de hombros, y se acarició su impresionante bigote.

- Se lo he notificado a las autoridades de El Cairo, por supuesto, pero no espero resultados. Lo que es más difícil de entender es cómo esos villanos movieron unos objetos tan pesados. *Mais, c'est la vie!* -rió y sonrió a Nefret-. Espero no encontrar nada más durante un tiempo. Mi trabajo es principalmente restaurar y reconstruir. El descubrimiento del escondite de la estatua fue puramente accidental, como ya saben.

- No ha sido de mucha ayuda -comentó Nefret, mientras caminaban hacia el río-. ¿Vamos a volver a la orilla occidental ahora?

- Había pensado que podíamos almorzar en uno de los hoteles.

- Aún es temprano, todavía no tengo hambre.

- Lo que tú digas.

- Lo más lógico será que hablemos con los demás egiptólogos que están trabajando en Luxor, ¿no crees? No hay tantos, y todos están excavando en la orilla occidental salvo *monsieur* Legrain, y

quizás puedan darnos alguna pista.

- Muy bien.

- Eres tan condenadamente conformista que dan ganas de pegarte -murmuró Nefret. Estaba andando a grandes zancadas a su lado, la cabeza gacha, su cara oculta bajo el ancha ala de su sombrero-. ¡Y no digas que lo sientes!

- Muy bien.

Nefret se paró en seco. Él se volvió a mirarla sorprendido. Tenía la cara roja, y bajó los ojos ante la mirada confusa de él.

- ¿Qué ocurre, cariño? -preguntó.

- Nada -ella se mordió el labio-. Estoy siendo una bruta. Pero… pero si tan sólo me gritaras cuando me comporto así, o me zarandearas, o…

- ¿Te pegara? Cualquier cosa por complacerte. Espero que no te importe si lo pospongo hasta que estemos solos, me disgusta ofrecerle entretenimientos a los turistas.

Había varios grupos que se dirigían al templo y unos pocos se habían parado a mirarles, probablemente, pensó Ramsés, porque le tomaban por un egipcio venido a más vestido a la occidental tomándose demasiadas confianzas con una chica inglesa. Nefret miró a una mujer más bien alta con un sombrero de ala muy ancha y envuelta en velos, e hizo una mueca. La mujer se sonrojó y prosiguió su camino farfullando indignada. Habiendo aliviado sus sentimientos con aquella pequeña grosería, Nefret comenzó a reírse.

- Tienes un carácter imposible -murmuró-. ¿Me besas?

- ¿Delante de toda esta gente? Ni en un millón de años. Además, no te mereces un beso. ¿Quién te ha enseñado a hacer eso? Yo no.

- Padre -respondió Nefret tranquilamente. Deslizó su brazo sobre el de él y siguieron caminando-. Así que, ¿dónde vamos primero?

- Al Valle, supongo. MacKay es una de las pocas personas que aún sigue trabajando, y debería estar allí hoy.

Ernest MacKay, que había sustituido a Weigall al frente del Proyecto de Conservación de Tumbas Tebanas, era un inglés de treinta y tantos años. Lo encontraron en la tumba de Tutmosis III, donde estaba inspeccionando las pinturas. Les saludó con cortesía pero con una llamativa falta de calidez.

- Había oído que estaban en Luxor.

- Las noticias vuelan, ¿eh? -Nefret le dirigió una sonrisa

deslumbrante.

- Sí -la sonrisa no surtió efecto aquella vez; el rostro de MacKay permaneció taciturno-. Por lo que sé, no han tocado la tumba de Tetisheri. Se lo habría notificado al profesor Emerson enseguida si hubiera tenido razones para suponer lo contrario.

- Sí, por supuesto -dijo Ramsés, que entendía el cambio en los modales de MacKay. Había sido bastante amistoso la última vez que se habían encontrado-. Supongo que nadie cree que usted deba vigilar todas las tumbas de la orilla occidental, y cumplir además con sus otras tareas. Debe ser terriblemente agobiante.

- Ya no hay más inspectores entre El Cairo y Asuán -dijo MacKay-. Me siento obligado a hacer lo que puedo. Sin embargo, no creo que pueda soportarlo por más tiempo. Uno se siente un poco holgazán, sobre todo cuando los amigos están en el frente de batalla.

No era una pregunta, así que Ramsés no respondió. Las contestaciones de MacKay a sus bienintencionadas preguntas acerca del robo y el vandalismo fueron secas y no sirvieron de ayuda. Puede que estuviera susceptible a cualquier alusión que pareciera una crítica, pero aquel comentario acerca de los holgazanes sugería otra razón para su actitud hostil.

Nefret había hablado muy poco. Cuando dejaron el Valle, Ramsés notó que estaba furiosa.

- No puedes culparle, ¿sabes? -empezó él.

- ¡Puedo si me da la gana! ¿Quién se cree que es para juzgarte? Ojalá no pudieras leerme el pensamiento tan fácilmente como… una línea de jeroglíficos.

- Tu cara es bastante más expresiva -en ese momento mostraba un ceño fruncido que casi se igualaba al de Emerson en los instantes de mayor genio. Él le cogió la mano-. Nefret, todo lo que sabe de mí es la historia que tanto nos costó pergeñar el año pasado. No podemos quejarnos por haber tenido tanto éxito en convencer a la gente de que yo era… bueno, lo que simulaba que era.

- Cobarde, holgazán, pacifista -casi escupió las palabras-. ¡No es justo!

- Si negarse a participar en la matanza indiscriminada de gente que nunca me ha hecho ningún daño es ser un pacifista, eso es lo que soy -Nefret apretó los dedos en un puño, y él añadió

rápidamente-: Cariño, no importa. Olvídalo. Creo que podemos prescindir del Valle Oriental en nuestras investigaciones. MacKay dijo que no ha habido señales de excavación ilícita o de intrusión.

- Eso es lo que él ha dicho -farfulló Nefret.

No era fácil distraerla una vez que tenía su mente puesta en una inconveniencia. Él lo intentó de nuevo:

- ¿Quieres que vayamos al Asasif mañana? Winlock está en Estados Unidos, pero Lansing está trabajando para el Metropolitan Museum.

- Como quieras.

- Le enviaré aviso a Yusuf. Y quizás podamos llevar con nosotros a nuestra pequeña protegida.

Incluso con aquella concesión fracasó en el intento de arrancarle una sonrisa. El Valle estaba casi desierto. Los turistas más activos habían seguido el camino que cruza el Gebel hasta Deir el Bahri, donde almorzarían en la Cook's Rest House; los demás habían vuelto a los burros y los carruajes que los llevarían al río y a sus hoteles. Pasaron la entrada de la tumba del hijo de Ramsés II, la última excavación que habían llevado a cabo en el Valle, antes de que el carácter explosivo de Emerson hubiera provocado que Maspero les prohibiera trabajar en la zona.

- Es una pena que nunca tuviéramos oportunidad de terminar en la Número Cinco -dijo Ramsés.

- Todavía seguiríamos en ella -dijo Nefret. Se detuvo y volvió la mirada hacia él-. Ramsés…

- ¿Sí?

- No me he enfadado con ese tipo -parecía una niña pequeña temerosa de haberse comportado mal-. Quería hacerlo, pero no fue así. Es que te quiero tanto

- Estuviste maravillosa.

- Sí que lo estuve, ¿verdad? -puso las manos en los hombros de él y se le acercó con los labios entreabiertos y los ojos azules como los acianos.

Un par de turistas que llegaban tarde pasaron por su lado con prisa; se quejaban ruidosamente del calor y del polvo.

- Vamos -dijo Ramsés, cogiéndole de la mano.

- ¿Dónde vamos?

- De vuelta al *Amelia.* Te prometí una paliza, ¿recuerdas?

Y en eso se ocupó lo que quedaba del día.

* * *

Jamil fue puntual a la mañana siguiente y llegó con una mueca idéntica a la de Sennia en una de sus rabietas. La razón de su mal humor estaba a su lado. Estaba montada a horcajadas, con la falda remangada mostrando unos tobillos perfectamente torneados y unos pies pequeños. La única nota discordante era su sombrero: de un modo u otro se había hecho con un salacot; era uno antiguo, destinado a una *cabeza* más grande, y se le resbalaba limpiamente hasta las cejas, pero había sido lavado con mimo y laboriosamente remendado con trozos de tela.

- ¡Buenos días! -gritó-. ¿Cómo están? Hace un día precioso. Pasaremos un rato agradable. He traído mi cuaderno y un lápiz.

Estaba presumiendo de su inglés y haciéndose valer ante su hermano, que le dirigió una amarga mirada. Nefret sonrió. Jamil tan sólo conocía unas pocas palabras en inglés, y ella dudaba de que supiera leer y escribir. Si hubiera tenido tales habilidades, él o su padre las hubieran mencionado. No era por falta de oportunidades, pues la mayoría de los miembros de la familia eran partidarios de la educación (para los chicos) y Selim y David siempre estaban en busca de jóvenes prometedores.

Chicos prometedores. Sería una sorpresa para ellos si resultaba que aquella niña tenía las cualidades que harían de ella una arqueóloga. Todos los hombres estaban ciegos, incluso los mejores; de hecho, la expresión benevolente de Ramsés sugería que estaba a punto de darle una palmadita a la chica en la cabeza y un caramelo. Nefret tenía el presentimiento de que Jumana le iba a sorprender a él también, y estaba preparada para cooperar al máximo.

Los tres cabalgaban uno junto al otro, con Jamil siguiéndoles detrás con la cesta de la comida y botellas de agua. Jumana cotorreaba dándoles su opinión acerca de su padre, su hermano, varios primos, la escuela y sus méritos, y habría continuado durante todo el recorrido de Luxor si Nefret no la hubiera detenido.

- Lo primero que tienes que aprender -dijo-, es a estar callada salvo cuando quieras preguntar algo. Ésta es tu oportunidad para aprender de un hombre que sabe más de egiptología que cualquier profesor que pudieras tener.

Ramsés, que había estado escuchando indulgente el parloteo de

la niña, le dirigió a Nefret una sonrisa de soslayo. Su esposa le miró con el ceño fruncido. Podía ser autoritario, incluso brusco con sus colegas y con los hombres que trabajaban para él, pero, como su padre, era condenadamente educado con las mujeres.

El aire de la mañana era fresco y vigorizante. Siguieron la carretera que atravesaba los campos hasta el desierto. El grupo del Metropolitan Museum de Nueva York estaba trabajando en una zona entre los cultivos y el gran templo de Hatshepsut en Deir el Bahri, donde los riscos del desierto cercaban la meseta en una serie de islotes. En el mayor y más espectacular de todos ellos la faraona Hatshepsut había construido su templo funerario, al lado del anterior templo de la XI Dinastía. Los monumentos en ruinas de otros faraones se extendían a lo largo de los cultivos; muy pocos de ellos habían sido excavados adecuadamente. También estaban las tumbas. Estaban por todas partes, excavadas en las colinas de Gurna, Drah Abu'l Naga y Deir el Medina. En el terreno quebrado detrás de los riscos, descansaban los Valles de los Reyes, al este y al oeste, y el Valle de las Reinas, y docenas de *wadis* más pequeños, cada uno de los cuales podría contener tumbas sin descubrir. Era un *embarras de richesses,* una búsqueda del tesoro que durara toda una vida, sin mapas y con pocas pistas. El propio Asasif era un yacimiento muy rico, desde un punto de vista arqueológico. Ramsés envidiaba a la gente del Met su concesión, pero incluso su padre admitía que estaban haciendo un trabajo excelente.

Ambrose Lansing, un hombre esbelto y moreno con un pequeño y cuidado mostacho, estaba dirigiendo a un grupo de trabajadores en una zona cerca de la falda del Asasif. Cuando uno de sus hombres dirigió su atención hacia ellos, se puso rápidamente en pie y fue a saludarles.

- Oímos que estaban en la ciudad. Qué agradable verlos -miró con curiosidad a Jamil y Jumana, que habían permanecido a una discreta distancia, y sonrió-. Veo que Yusuf les ha cedido a su hijo más amado. ¿Quién es la chica?

Nefret se lo explicó.

- ¿Acaso no tiene muy buena opinión de Jamil? -comentó.

- Ha trabajado prácticamente para todos los egiptólogos de Luxor en una u otra ocasión -respondió Lansing-. Por usar la palabra «trabajar» en un sentido amplio… Oye, George, ven aquí y saluda a

los Emerson.

El hombre al que se dirigía había estado esperando sus directrices; era obviamente un subordinado, y, como les explicó Lansing, un nuevo miembro del equipo. Era bastante más alto que su superior, con facciones que sugerían palabras como «rocoso» y «áspero», pero mientras se aproximaba con un trotecillo Ramsés se dio cuenta de que era incluso más joven que Lansing. Barton miró admirativamente a Nefret e intentó encontrar palabras para expresar lo honrado que se sentía de conocer a Ramsés, cuyo libro de gramática egipcia…

- Muy amable por su parte -dijo Ramsés, sintiéndose como si tuviera aproximadamente cien años-. ¿Le gusta Egipto?

- ¡Sí, señor! -Barton se apartó el pelo empapado de sudor y lleno de arena de los ojos-. He visitado toda la orilla oeste y los templos de Karnak y Luxor… en mi tiempo libre, quiero decir.

- Todo el mundo sabe que soy un tirano -dijo Lansing amigablemente-. Vengan a echar un vistazo. Creo que lo encontrarán interesante…

Cuando Nefret comenzó a mostrar signos de impaciencia, Ramsés se dio cuenta de que llevaban allí más de una hora y de que aún no había sacado el tema de los robos. Como ella había predicho, Lansing no pudo ofrecerles ninguna información de utilidad.

- Hemos encontrado muy poco que pudiera interesar a los ladrones. MacKay es con quien deberían hablar; se supone que el pobre hombre debe encargarse de vigilar todas las tumbas tebanas, más o menos él solo.

- Hablamos con él ayer -dijo Ramsés.

- O con Alain Kuentz.

- ¿Alemán? -preguntó Ramsés sorprendido.

- Suizo -corrigió Lansing-. ¿No le conocen? Comenzó a trabajar en Deir el Medina hace un par de años. Fue después de que ustedes se marcharan, así que quizás no le hayan visto nunca. La razón por la que le menciono es porque de hecho él sorprendió a uno de los *gurnawis* cuando excavaba una tumba detrás del templo Ptolemaico.

- ¿Quién era?

Lansing se encogió de hombros.

- Tendrán que preguntárselo a Kuentz. Sabía que no tenía

sentido llamar a la policía, así que le echó un buen rapapolvo al chico y le arrojó montaña abajo.

- El método favorito del profesor -dijo Nefret-. Tendremos una pequeña conversación con Alain. No sabía que había vuelto a Luxor. Ha sido un placer verle, señor Lansing, y conocerle, señor Barton. No queríamos robarles tanto tiempo.

Lansing era joven, no tendría más de veintipocos años, y estaba soltero. Les acompañó a donde habían dejado los caballos e insistió en ayudar a Nefret a montar.

- ¿Van a quedarse mucho tiempo? -preguntó esperanzado-. Sería estupendo tenerlos a todos de vuelta en Luxor.

- No creo que haya muchas posibilidades este año -dijo Ramsés-; pero nunca se sabe. En cualquier caso nos quedaremos unas pocas semanas.

- Vengan por aquí cuando quieran -se quedó al lado de Nefret, con la mano puesta en la silla mirándola.

- Y usted debe venir a vernos una noche -dijo Nefret-. Los dos. Decidiremos una fecha y se lo haremos saber.

- Cuando quieran -repitió Lansing.

- Otra víctima -dijo Ramsés mientras marchaban, seguidos por Jumana y Jamil-. O dos.

- No empieces a comportarte como padre. No todos los hombres que conozco se enamoran de mí.

- Sin embargo Kuentz sí lo hizo, ¿verdad?

Ramsés se esforzó por hablar con ligereza, pero sin mucho éxito. Nefret le miró sorprendida.

- Cariño, ¡fue hace años! Tú te habías ido a una de tus excursiones solitarias, intentando evitarme, y él era… bueno, era muy atento y bastante atractivo y… ya te lo he contado.

- Lo había olvidado hasta que Lansing mencionó su nombre.

- Te he hablado de todos ellos -dijo Nefret-. Que es más de lo que tú has hecho. Lo sabes todo de mis asuntos pasados, si pueden llamarse así, pero tú nunca me has hablado de los tuyos, y estoy dispuesta a apostar que son mucho más interesantes que los míos. Estaba esa chica de Chicago, y Christabel Pankhurst, por mencionar tan sólo a dos, y siempre me he preguntado qué ocurrió entre tú y Enid Fraser y…

- Los hombres no hablan de esas cosas -dijo Ramsés cohibido.

- No sería caballeroso, ¿verdad?

- ¿Estás intentando empezar una discusión?

- Estoy preparada, ¡cuando quieras!

Nefret tenía toda la razón; él no estaba en posición de criticar su comportamiento pasado, ni siquiera de preguntar por él. Y eso dijo, añadiendo:

- Ya hablaremos de ello en otro momento.

- Ja -dijo Nefret-. ¿Dónde vamos ahora?

- A Deir el Medina. Es la primera información verídica que hemos tenido. Si uno de los furtivos estaba excavando allí, Kuentz podrá decirnos dónde.

Cuando llegaron al emplazamiento del pueblo de los obreros, no había signos de vida. Las paredes de adobe de las sencillas casas se alzaban alineadas. Tan sólo una pequeña parte de la excavación había sido limpiada. Quizás Kuentz estaba investigando las tumbas que se hallaban en el declive de un pequeño valle poco profundo, cercano a las ruinas. Algunas de las entradas estaban abiertas, oscuras en contraste con la pálida arcilla del risco.

Por si el arqueólogo estuviera tumbado en alguna parte sombreada, echando un sueñecito, Ramsés le llamó a gritos. Al principio no hubo respuesta. Estaban a punto de volverse cuando una voz les llamó, y un hombre se acercó a grandes zancadas por la pendiente. Vestía una *galabiyya* y un turbante, y mientras trotaba en su dirección Ramsés pensó que le resultaba familiar.

- ¿Están buscando al Mudir? No está aquí. Me dejó vigilando.

¿El qué? Se preguntó Ramsés. Las cabañas de los trabajadores no escondían ningún tesoro, tan sólo unos pocos objetos que habían dejado los anteriores ocupantes, y las tumbas eran las de los propios trabajadores, sepulcros relativamente humildes, la mayoría de ellos saqueados en la antigüedad. Había una espectacular excepción, la tumba de un arquitecto real, que había sido descubierta por una expedición italiana en 1906 con sus ofrendas funerarias intactas, pero sacar a la luz otro descubrimiento como aquél era muy improbable.

- ¿Ha habido ladrones trabajando por aquí? -preguntó. Ahora recordaba al hombre; cierta vez había trabajado para ellos en Drah Abu'l Naga. Como tantos de los nativos, que no podían permitirse cuidados médicos o dentales, había envejecido rápidamente, su cara

llena de arrugas, su barba tornándose gris.

- No. Pero si vienen, ¡estaré preparado! -Flexionó sus fibrosos brazos y mostró sus dientes podridos en una mueca amenazante.

Había ignorado a Jumana, pero cuando ella empezó a garabatear en su omnipresente cuaderno, le dirigió una mirada incómoda.

- ¿Qué está escribiendo? -preguntó.

- No lo sé -dijo Ramsés sinceramente-. Dile al Mudir que estuvimos aquí y que volveremos.

- ¿Hago las preguntas ahora? -dijo Jumana-. Tengo mucho que decir.

- Estoy seguro de que sí -dijo Ramsés-. Nefret, ¿te apetece descansar?

Con la mano protegiéndose los ojos, la joven estaba escrutando las faldas de las colinas.

- Quizás era una de las tumbas de los trabajadores lo que estaba saqueando el ladrón.

- Lansing dijo que estaba detrás del templo, pero puede haberse equivocado. ¿Echamos un vistazo?

Jamil, que llevaba las botellas de agua, cambió la bolsa a su hombro izquierdo.

- Es una escalada dura, y no hay nada que ver -anunció-. Las tumbas están vacías.

- Has estado, ¿verdad? -el tono de Ramsés no era acusatorio. Jamil sonrió y acarició su adorado bigote.

- Yo y muchos otros, Hermano de los Demonios.

- «Es cierto que es una pena y es una pena que sea cierto» -dijo Ramsés. No se molestó en traducirlo; Shakespeare sería un desperdicio para Jamil. Continuó, dirigiéndose a Nefret-: Weigall al final consiguió instalar verjas en las tumbas más interesantes, pero no hasta después de que los relieves fueran dañados.

La escalada no era como la de un precipicio, pero sí pronunciada y larga e incluía una parte campo a través sobre las piedras sueltas en la base del acantilado; para cuando alcanzaron los derruidos restos de una pequeña pirámide de ladrillos de barro Ramsés se lo había pensado mejor.

- Este esfuerzo no sirve para nada. No he visto ninguna señal de alteraciones recientes, y quizás no estemos en el lugar adecuado.

- Descansemos un poco antes de regresar. -Nefret se dejó caer graciosamente hasta quedar sentada con las piernas cruzadas, e hizo señas a Jamil para que se acercara-. No es un yacimiento muy excitante. ¡Todas esas pobres pequeñas pirámides destruidas! Ni siquiera a madre le interesarían. ¿Dónde están las tumbas de las princesas de Saite?

- ¿Las qué? Oh, ésas -Ramsés le pasó a Jumana una de las botellas de agua-. No eran las tumbas originales.

- Entonces, ¿dónde las enterraron?

- En Medina Abu. Aún se pueden ver sus capillas, o parte de ellas. Las tumbas propiamente dichas están vacías. Dos de los sarcófagos fueron arrastrados hasta aquí, por toda la colina, por gente que quería usarlos para sus propios entierros.

Observando que Jumana miraba sus labios como si fueran a caer de ellos perlas de sabiduría, suspiró y se preparó para desarrollar su labor pedagógica.

- Las princesas eran las sumas sacerdotisas de Amón en Tebas durante las últimas dinastías. Tenían el título de Esposas de Amón y Adoradoras del Dios.

- Adoratrices -le corrigió Nefret, con la boca llena de pan.

- No es mi intención negarle a una mujer su declinación en femenino -dijo Ramsés-, pero encuentro ese título terriblemente chapucero. De cualquier modo, las damas eran hijas o hermanas del faraón, y habían hecho voto de celibato… eh, de mantenerse solteras, ya que eran las novias del dios. Cada una adoptaba una sucesora, que también era una princesa real.

- Así que eran muy poderosas y muy muuuy ricas -murmuró Jumana-. Si no estaban en sus tumbas de Medinat Habu o en sus sarcófagos, ¿dónde están?

- Buena pregunta -admitió Ramsés-. Hace tres mil años la mayoría de las tumbas reales fueron saqueadas y las momias abiertas. Los sacerdotes reunieron lo que había quedado y lo ocultaron en el escondite real de Deir el Bahri y en la tumba de Amenofis II. Pero eso ocurrió quinientos años antes de que la última de las esposas del dios muriera y fuera enterrada en Medinat Habu.

- Así que, quizás -dijo Jumana con los ojos brillantes-, sus tumbas también fueron saqueadas, más tarde, y sus cuerpos llevados a un escondite secreto como el de Deir el Bahri.

Era una criaturita muy despierta, y el brillo de sus ojos negros mostraba lo que su madre hubiera llamado fuertes presentimientos. Ramsés confiaba en no haber estimulado un interés hereditario en el saqueo de tumbas; Nefret estaba pensando lo mismo; él la oyó reír. Se alegraba de que lo encontrara divertido. Tenía una terrible visión de Jumana abriéndose paso con dificultad a través de los cientos de kilómetros cuadrados de precipicios de la orilla oeste, en busca de la «tumba perdida de las princesas», cayéndose, fracturándose la pierna, o rompiéndose la cabeza.

- Eso es lo que llamamos pura especulación -dijo él tajantemente-. Significa que no lo sabemos. Los investigadores no pierden el tiempo en busca de algo que puede no estar allí.

- ¿Dónde? -preguntó Jumana, en absoluto desconcertada por su tono desalentador.

- ¡En cualquier parte! ¿Has comprendido lo que he dicho?

- Quiere decir que no debes ir a las montañas tú sola -dijo Nefret tapando la botella.

- Pero lo hacemos todo el rato, ¿a que sí, Jamil?

Estiró la pierna y empujó a su hermano con el pie. Él la miró con el ceño fruncido.

- No, no desde que éramos niños. Tú no eres una niña, eres una mujer. Las mujeres no escalan los riscos, se quedan en casa. Nuestro padre debía haberte encontrado un marido antes de que ocurriera esto. No permitirá…

- Basta, Jamil -le interrumpió Nefret. Los ojos de Jumana estaban brillantes por las lágrimas. Era muy buena actriz, pero Nefret creyó que su disgusto esta vez era auténtico. Su hermano y ella debían de haber sido buenos amigos cuando eran pequeños, antes de que la tradicional separación de los sexos y el ego masculino de Jamil destrozaran su cercanía.

Pasaron el resto del día en el Rameseum, escalando paredes caídas y columnas y charlando con los nativos que estaban a la espera de turistas. Ramsés el Grande era uno de los pocos faraones que todos los turistas conocían, y las ruinas colosales de ese monarca eran famosas por su asociación con el soneto de Shelley:

Me encontré con un viajero de un antiguo país que dijo: dos grandes piernas de piedra sin tronco están en el desierto. Junto a ellas en la arena, medio hundido yace un rostro roto…

Desde la época del poeta, las piernas también se habían hecho añicos. Mientras dejaban atrás a los turistas reunidos en torno a las ruinas, escucharon una voz pedante declamando la única frase que el turista medio parecía ser capaz de recordar, el irónico comentario de Shelley sobre la futilidad de la vanidad humana: «Contempla mi obra, oh poderoso, y desespera».

Todo el patio estaba lleno de fragmentos de estatuas, trozos de columnas y otros escombros; pero la negra cabeza de granito, que había sido parte de un coloso del faraón, más pequeño, pero aún más bonito, brillaba por su ausencia. No esperaban encontrar ninguna evidencia de cómo se las habían apañado los ladrones para llevársela, pues las huellas de pasos,, carros o animales estarían bien ocultas a aquellas alturas, y los intentos de Ramsés de interrogar a los «guardas» no tuvieron éxito. Algunos desaparecieron silenciosamente cuando vieron lo que estaba investigando; a los que consiguió arrinconar confesaron que no sabían nada del asunto. Todos habían estado en otra parte en ese momento.

- Seguro que a algunos les sobornaron para que estuvieran en otra parte -dijo Ramsés.

- Sin duda -asintió Nefret-. Pero saben que no podemos probar nada.

Ella les condujo hacia la Sala Hipóstila.

- Al menos los relieves parecen intactos -dijo.

- Sí, no veo huecos recientes. El viejo Ramsés era un bas… tipo combativo, ¿no es cierto? -la escena que estaban mirando representaba a las fuerzas egipcias atacando una ciudad en Palestina. Montado en su carro, el faraón conducía sobre los cadáveres, mientras sus hijos golpeaban y mataban a una fila de enemigos arrodillados-. Ni siquiera Tutmosis III se ensañó con los cadáveres con tanto entusiasmo.

- Estás deseando copiarlo, ¿verdad? -preguntó Nefret.

- Se lo dejaré a David. Ramsés perdió la mald… -por el rabillo del ojo vio a Jumana garabateando frenéticamente, y corrigió su comentario-. Perdió la batalla, ya sabes. Todo esto es pura propaganda. Recuerda a las del ministerio de Guerra, ¿verdad?

- A la de todos los ministerios de guerra -murmuró Nefret-. A lo largo de los siglos.

La parte trasera del templo estaba en unas condiciones ruinosas. Animado por Nefret, Ramsés dio otra lección.

- Las capillas dedicadas por el faraón a varios dioses eran las partes más escondidas y sagradas del templo, en las que sólo los sacerdotes podían actuar. Por la mañana los ayudantes abrían las puertas de los santuarios, ungían las estatuas y las vestían con ropas limpias, y les hacían ofrendas.

- ¿Le ponían ropa a las estatuas? -preguntó Jumana incrédula.

- Buen lino y lino real, y adornos de oro y piedras preciosas. Las vasijas de las ofrendas eran también del mejor material; o eso creemos -añadió-. La comida de verdad se la comían los sacerdotes, después de que el dios hubiese terminado.

Jamil estaba reclinado contra un pilar caído, con los brazos cruzados y los ojos semicerrados. Su evidente aburrimiento animó a Ramsés a continuar.

- Los lugares sagrados más importantes estaban en los templos de Karnak y de Luxor, pero los dioses, especialmente Amón-Ra, estaban representados en diversos otros templos. También viajaba bastante a menudo; su estatua era trasladada de Karnak a Luxor cada año, y también visitaba su santuario en Deir el Bahri. Debía ser todo un espectáculo: las barcazas en las que era transportado brillando de oro, las multitudes de adoradores devotos a lo largo del camino.

Jamil se tapó la boca con la mano, presumiblemente para ahogar un bostezo.

- ¿Dónde iremos mañana? -preguntó Jumana mientras volvían sobre sus pasos.

La joven daba por supuesto que sería una más del equipo. Él no tuvo corazón para decirle que no, especialmente con Nefret observándole.

- Al Valle Occidental, creo.

- Al señor Cárter no le gustará -dijo Nefret.

- No estoy planeando robar su condenada tumba, sólo ver si hay algún signo de actividad reciente.

- No blasfemes -dijo Nefret en una imitación perfecta del tono de su madre. Se rió, y añadió-: Sonabas alarmantemente parecido al profesor.

- Dios mío, ¿de veras? A diferencia de padre, al que nada le

gustaría más que entrometerse en la excavación de otra persona, quería decir exactamente lo que he dicho. Saldremos hacia allá mañana.

Cuando llegaron al *Amelia* le devolvieron los caballos a Jamil, y Ramsés propuso:

- ¿Qué tal un cambio de escenario y cocina esta noche? La cocina de Maaman es de primera clase, pero se está volviendo un poco repetitiva. Podríamos cenar en el Winter Palace o en el Luxor y quizás comprar un periódico. Hemos estado aislados desde hace semanas.

- Esta noche no, ¿no te importa? Estoy un poco cansada y tenemos que escribir unas cuantas cartas.

DE LA COLECCIÓN DE CARTAS
T

Queridos madre y padre:

Me temo que no tenemos mucho de lo que informarles por ahora, salvo por lo más importante: ¡Tetisheri está a salvo! Ni siquiera un murciélago ha traspasado esas puertas de hierro, aunque algún estúpido turista, el mismo que dejó su extraño criptograma por toda Amarna, arriesgó el cuello escalando, o descendiendo, por la gruta. Fue una experiencia espeluznante, estar en la oscura y vacía cámara mortuoria y recordar todas las emociones de aquella época maravillosa. No hay lugar igual a Luxor, ¿verdad? Hemos hablado con monsieur Legrainy con el señor Lansing y unos pocos más, pero no hemos descubierto nada de interés. Sin embargo, ahora tengo una protegida. ¡Nunca antes había tenido una! Es la hija de Yusuf, una personita brillante y preciosa que aspira a ser egiptóloga. Yusuf estuvo de acuerdo en dejarla venir con nosotros cuando visitamos los diversos yacimientos. Cree que es sólo un arreglo temporal, y no veo razón para informarle de mis intenciones hasta que vea cómo se desenvuelve; pero prepárense para recibir patéticos lamentos de Luxor si es que me la llevo del techo paterno.

Su hermano Jamil es nuestro escolta oficial. También es guapo, pero en absoluto brillante, y es tan vanidoso como un pavo real. Sin embargo, no hay manera de quitárnoslo de encima sin ofender a Yusuf. Éstas son todas las novedades, ¡salvo que estamos sufriendo una indigestión permanente! Ya conocen a nuestros amigos egipcios. Se está haciendo tarde, así que debo dejarles. Aquí está Ramsés.

Queridos madre y padre:

Nefret ha explicado todos los puntos importantes. Nada más de lo

que informarles todavía, pero les mantendremos al tanto. Siento lo de Bertie. Estoy seguro de que madre conseguirá que se recupere pronto.

Su afectuoso hijo,

Ramsés

Queridos madre y padre,

Son las dos de la mañana. Ramsés está durmiendo, profundamente, espero, y estoy acurrucada en la mesa del salón escribiendo tan rápido como puedo a la luz de las velas y mirando con culpabilidad por encima de mi hombro al mínimo ruido. Me alegro de que me advirtieran del descubrimiento del cadáver de ese pobre hombre, pero por favor, no me cuenten nada más que no quieran que él sepa; me pedía continuamente ver su carta y tuve que mentir como un cosaco para ocultársela. Me hace sentir mal mentirle, y cuando me siento mal actúo como una arpía porque me siento culpable, y él es tan dulce y comprensivo ¡y eso me hace sentir aún peor! Meteré esta nota en el sobre con mi otra carta antes de echarla al correo.

Con todo mi amor,

Nefret

* * *

Jamil estaba ojeroso y medio dormido la mañana siguiente. Se sentó sobre su caballo como un fardo de harapos. Jumana les saludó con su habitual tono estridente.

- Buenos días ¿cómo están? ¡Hace una mañana espléndida! ¿Han tenido una feliz noche?

- Sí, gracias -respondió Nefret evitando la significativa mirada de su marido.

- Eso está bien. He leído todas las notas que tomé ayer y le he sacado punta al lápiz. Jamil no quería decirme dónde iríamos hoy, pero le he preguntado a mi padre y me ha dicho…

- ¿No te dije que te quedaras callada a menos que necesitaras preguntar algo? -interrumpió Nefret.

- Es cierto -admitió Jumana-. Soy tan tonta como Jamil. Haré la pregunta adecuada. ¿Qué están buscando en el Valle de los Monos?

- ¿Qué sabes de ese sitio?

- Creía que era yo la que hacía las preguntas. Oh… ¿es un examen? -puso cara larga y su salacot resbaló hasta el puente de la nariz. Se lo empujó hacia atrás-. Nunca he estado allí. He estado en el otro valle muchas veces; trabajé de canastera para Vandergelt

Effendi cuando era pequeña. En la escuela de la señora Vandergelt las profesoras nos llevaron a ver las tumbas. He visto la de Seti y Tutmosis y Amenofis…

Viendo la mirada severa de Nefret, Ramsés la cortó:

- Es la tumba de otro Amenofis lo que vamos a visitar hoy. La suya es una de las pocas que hay en el Valle Occidental, lo que vosotros llamáis el Valle de los Monos. El señor Cárter trabajó allí durante la pasada primavera por un breve tiempo. Queremos ver si alguien más ha estado excavando sin permiso -lo habría dejado ahí, pero la mirada concentrada de dos pares de ojos, unos azules, otros negros, exigían más. A regañadientes, porque le disgustaba dar lecciones, continuó, tratando de usar palabras lo suficientemente simples como para que ella pudiera entenderlas-: Amenofis III fue el constructor del templo de Luxor y de los dos colosos en la carretera de Deir el Medina. Reinó en la época en la que Egipto estaba en el cénit, en el punto más alto de su poder y su riqueza. Su reina consorte, Tiye, era una plebeya, que significa que no era de sangre real, pero tenía mucha influencia. Los reyes de otros países la escribían pidiéndole dones y favores. Su hijo era Akenatón, que abandonó el culto de los dioses antiguos en favor de uno… -Jumana estaba asintiendo vigorosamente-. Oh, ¿te han hablado de él en el colegio? Bien.

Habían seguido la carretera que llevaba del embarcadero público del ferry, pasado el templo de Seti I y las laderas de Drah Abu'l Naga, hasta el *wadi,* en el punto de unión de los dos valles. Varios cientos de kilómetros antes de la entrada al Valle Occidental, un sendero se bifurcaba a la derecha. Fueron los únicos que lo siguieron. Muy poca gente iba por ese camino; la superficie era irregular y estaba plagada de piedras caídas. El sendero serpenteaba entre riscos y afloramientos rocosos. Continuaron en fila india, llevando los caballos al paso. Nadie habló, ni siquiera Jumana. Todo estaba tan silencioso que podrían haber sido las únicas criaturas vivientes en kilómetros a la redonda.

La llamada vacilante rompió el silencio como si se tratase de un grito. Nefret se aferró a las riendas. Los demás también se habían detenido. Ella rió tímidamente.

- Un chacal.

- ¿A esta hora del día? -Ramsés levantó la cabeza. El sonido no

se repitió, pero debió de oír algo, porque se dio la vuelta en la silla de montar y le dijo-: Quédate con ellos.

Clavó sus talones en los negros flancos del caballo y le puso al trote, manteniéndose sobre su cuello y guiándole con las manos y la voz. Nefret renegó en un susurro. Su marido había sido demasiado rápido para ella. Los chacales merodeaban y cazaban por la noche. El aullido debía de haber sido una señal. Sin duda no había sido un grito de bienvenida.

Jumana y Jamil también estaban familiarizados con los hábitos de los chacales. Los dos la miraron esperanzados. Jamil no estaba interesado en la arqueología pero le encantaría pelear. Nefret sintió una inesperada simpatía por su suegra. Aquello era con lo que se las había tenido que ver todos esos años, jóvenes que no tenían sentido común para asustarse.

Alguien tenía que quedarse con ellos. Por supuesto, tendré que ser yo, pensó Nefret. Reconocía la lógica de la decisión de Ramsés; él era mejor jinete, y su tamaño y su fuerza eran más adecuados para enfrentarse con un ladrón en el caso de que cogiera alguno. Si es que sólo había uno… Ramsés ya se había perdido de vista, detrás de un saliente de roca, cuando ella tomó una decisión.

- Quedaos cerca detrás de mí -ordenó, y echó a andar.

Después de una corta distancia, el *ivadi* se abría en una garganta más amplia, flanqueada por paredes de riscos que parecían las ruinas de las murallas de la fortaleza de un gigante. El sol estaba lo suficientemente alto como para pintar las paredes de roca con una desconcertante mezcla de luces y sombras, donde profundas grietas y tremendas cavidades rompían la superficie. No había rastro de vida ni tampoco de su marido. Nefret continuó. Tenía miedo de dejar que la yegua fuera más deprisa que al paso, pues la superficie era mala y los irregulares contornos de la pared de roca podían ofrecer cobijo a tantos hombres como se quisiera.

La tumba que habían ido a ver estaba casi a la mitad del camino entre la entrada y el final del valle. Casi habían llegado allí cuando vio el caballo de Ramsés. La silla estaba vacía.

Escuchó el sonido de un desprendimiento y el joven apareció a medio camino del risco cercano a la entrada a la tumba; se dio cuenta de que la fina línea de sombra encima de él era una fisura o chimenea. Era un escalador experimentado, pero ella siempre

odiaba verle; incluso a un experto podían fallarle los cálculos, y la cara del risco que tenía debajo era prácticamente vertical. Pedazos de roca se desprendían bajo sus pies mientras se desplazaba poco a poco descendiendo de un asidero al siguiente. Ella desmontó y le tendió las riendas a Jamil.

- Quedaos aquí -volvió a decir.

Para cuando llegó hasta él ya había llegado al suelo.

- ¡Maldita sea! -se reprochó furioso-. He sido demasiado lento. Se ha escapado. Y los demás también, supongo. Sólo pude seguir a uno de ellos.

Escrutó los alrededores con los ojos semicerrados. No había nadie más a la vista y ni un sonido de movimiento. Era obvio que la persecución sería inútil: había cientos de sitios para esconderse en los riscos y probablemente una docena de maneras de salir del valle para quienes conocieran los caminos.

Tenía las manos llenas de arañazos y le sangraban. Había perdido o se había quitado su sombrero; el sudor le resbalaba por la cara desde el nacimiento del pelo.

- Ven a beber algo -dijo Nefret, dudando entre acariciar los rizos húmedos de su frente o zarandearle-. ¿Por qué demonios no podías esperarme antes de salir como un rayo? Seguir a alguien que está escalando por encima de ti es pedir un golpe en la cabeza.

- Ni siquiera llegué tan cerca de ese bastardo -dijo Ramsés amargamente-. Supongo que no se habrá cruzado ninguno contigo.

- No.

Emulando a su suegra, había tomado la costumbre de llevar un botiquín de primeros auxilios y otros pocos útiles. Ramsés dejó que ella le lavara las manos y pusiera alcohol en las heridas abiertas mientras seguía hablando.

- Oyeron la señal, así que ya estaban fuera de la tumba y corriendo en todas direcciones para cuando llegué aquí. Era una retirada bastante ordenada, casi como si la hubieran ensayado primero. Nunca imaginé que tuvieran la osadía de operar a plena luz del día.

- ¿Por qué no? -dijo Nefret-. Nadie viene nunca aquí. Tuvieron el suficiente sentido común para poner a alguien vigilando.

- Sí -tomó un gran trago y le pasó la botella de agua a Jamil, que estaba de cuclillas en el suelo, observándole-. Jamil, ¿le dijiste a

alguien adonde íbamos a ir hoy?

Jamil se atragantó. El agua se le escurrió por la barbilla; se la secó con la manga y pareció culpable. Al notar que estaba intentando inventarse una mentira aceptable, Nefret dijo:

- No hay razón por la que no debieras haber hablado de ello, Jamil. No te prohibimos hacerlo.

- Ah -el hermoso rostro acongojado del chico se iluminó-. Se lo dije a mi padre, sí, por supuesto. Ustedes no me prohibieron…

- Se comentó en casa cuando dos de mis tíos y cinco de mis primos estaban allí -interrumpió Jumana-. Sin duda ellos lo hablarían en el café más tarde, y Jamil también. Él siempre está en el café. Si se preguntan quién podría haber sabido de sus planes, la respuesta es: todo Luxor. Pero nadie se enfrentaría al Hermano de los Demonios.

Ella era mucho más rápida que Jamil. Por primera vez Ramsés se dirigió a la joven como si fuera una igual.

- Eso pensaba yo. ¿Significa eso que estos hombres eran extraños?

- Eso, o que han encontrado algo tan importante que merecía la pena correr el riesgo. Quizás tampoco fuera un riesgo tan grande. Consiguieron escapar.

- Sí que lo hicieron -Ramsés asintió tristemente-. ¿Vamos a ver lo que estaban haciendo?

Fue un poco difícil abrirse camino por la ladera llena de taludes desprendidos, hasta la gran hendidura en la roca. Hundida y profundamente sombría, la entrada a la tumba había sido cerrada por una puerta de acero. Estaba abierta. Pilas de escombros recientes, presumiblemente de las últimas excavaciones de Cárter, la rodeaban.

- Cimientos -dijo Ramsés indicando varios hoyos-. Cárter debe de haberlos vaciado. Jumana, ¿por qué no te quedas…?

- Soy su escriba -dijo Jumana mostrando su cuaderno y su lápiz.

- Sí, por supuesto. En ese caso coge mi mano. El camino es bastante duro.

Nefret empujó a Jamil para que les siguiera. Aquel era un mundo distinto al de las tumbas más famosas del Valle Oriental, con su luz eléctrica y sus cámaras accesibles. El largo pasadizo de entrada se inclinaba bruscamente y estaba roto por diversos tramos

de escalones. La tumba había permanecido abierta durante años antes de que el Departamento de Antigüedades instalara la puerta de hierro, tiempo suficiente para que una cantidad considerable de arena arrastrada por el viento y los sedimentos empujados por el agua se acumularan. Fragmentos de roca y pequeños trozos de emplasto de las paredes se añadían a los escombros. Emerson no habría aprobado los métodos de Cárter; había dejado un montón de cosas sin investigar. La luz del día desaparecía mientras ellos descendían, y sus linternas se convertían en la única iluminación. El pozo al final del pasadizo había sido cubierto con planchas. Lo cruzaron y se detuvieron a la orden susurrada de Ramsés. El eco se oyó de una manera bastante desagradable, y los focos de las linternas se perdían en la oscuridad cerrada. El aire era caliente y seco.

- Cárter ha vaciado el pozo -dijo Ramsés-. No podía haber hecho mucho más, sólo estuvo aquí unas pocas semanas -movió la luz lentamente alrededor de la habitación, que tenía dos pilares y la abertura de una escalera esculpida en la roca que llevaba hacia abajo. El suelo estaba cubierto con una capa de varios centímetros de escombros, una extraña mezcla de piedras rotas, trozos de madera y fragmentos indefinibles de otras clases. Sólo que…

Antes de que Nefret pudiera mirar más detenidamente, Ramsés enfocó la linterna hacia arriba. El techo se estaba moviendo.

Jamil dejó escapar un grito, y Nefret dijo irritada:

- Sólo son murciélagos. Mantente en silencio, les atraen las voces.

Jumana no había emitido sonido alguno, pero se había aproximado a Ramsés. Quizás supiera que los murciélagos atacarían primero a un objetivo más alto. Ramsés le tendió su linterna.

- Volved a subir y esperadnos fuera -dijo.

- No me dan miedo los murciélagos -contestó Jumana.

- A mí tampoco -exclamó Jamil-. He pisado una piedra afilada, por eso he gritado. No era miedo.

- Haced lo que digo -dijo Ramsés bruscamente-. No tardaremos.

Los dos se retiraron, quejándose en voz baja.

Nefret se acercó a su marido. Por muy cuidadosamente que pisara, había cosas que crujían bajo sus pies.

- Deberías haber dejado que ella se quedara. Jamil era el que

estaba haciendo todo el ruido.

- Los quería a los dos fuera de aquí.

- ¿Por qué?

- Por varias razones. La primera y más importante… -un brazo rodeó su cintura. La otra mano agarró firmemente la linterna, y ella rió mientras levantaba la cabeza para encontrar su beso.

- Éste es el número veintidós -dijo después de un rato.

- ¿Creías que iba a golpearte en la cabeza otra vez?

- No puedo culparte por perder los papeles cuando te beso -comentó jactanciosamente, y volvió a besarla-. Hay otra razón -continuó-. Los ladrones pudieron salir con rapidez, así que no debían de estar muy adentro. Creo que estaban en esta habitación cuando los interrumpimos.

Enfocó la linterna hacia la pared de la izquierda. Sin duda, alguien había estado haciendo algo. Ella habría supuesto que era Howard Cárter; el espacio excavado estaba cuidadosamente definido, iba desde la puerta hasta la base de la pared y seguía a lo largo de la misma durante varios centímetros.

El escondite era un agujero que había sido agrandado por un hueco de la piedra. Nefret sólo podía imaginar lo que habría contenido una vez; lo único que quedaba eran trozos esparcidos de abalorios y una estrecha tira de oro, tal vez un broche o una parte del cierre de un brazalete. Maldiciendo queda pero audiblemente, Ramsés recogió los fragmentos, se los tendió a Nefret y pasó los dedos por el polvo. Encontró un pequeño objeto que los ladrones habían pasado por alto: un anillo, cuyo aro dorado estaba cubierto de una piedra de turquesa o cristal azul con varias pequeñas figuritas en relieve bañado en oro.

- Han debido conseguir sacar la mayor parte antes de oír la señal -murmuró-. Entonces recogieron y salieron corriendo. ¡Maldita sea!

- Maldita sea -asintió Nefret-. ¿Cómo sabían dónde buscar?

- Buena pregunta. Probablemente fuera el escondite de un antiguo ladrón; algún trabajador o sacerdote emprendedor recogió un puñado de joyas (o quizás una pequeña caja, hay astillas por aquí) posiblemente cuando la tumba estaba siendo inspeccionada, o la habían vuelto a abrir para otro enterramiento, y la escondió, con la intención de volver por ella más adelante, cuando no hubiera nadie en los alrededores. Cárter lo hubiera encontrado si hubiese

ido un poquito más lejos. Se pondrá enfermo cuando oiga esto.

Se puso en pie. Nefret dijo:

- No has contestado a mi pregunta. ¿Cómo sabían dónde buscar las joyas?

- No sé. Pero él tiene un misterioso talento para encontrar estas cosas.

El contorno de luz de la linterna proyectaba sombras extrañas por toda su cara.

- Está muerto -dijo Nefret después de un momento.

- ¿Lo está?

Habían estado hablando demasiado alto. Empezó a oírse un sonido irritante y seco. Dejaron la cámara y emprendieron la subida por el pasadizo hasta la entrada.

- No les digas a Jamil ni a Jumana lo que hemos encontrado -dijo Ramsés.

Nefret asintió con la cabeza. Ella sabía tan bien como él el efecto que la palabra «oro» tenía en los hombres de Gurna, y cómo los chismes exagerarían el hallazgo. Cuando salieron, fueron saludados con gran entusiasmo por sus compañeros.

- ¿Es hora de comer? -preguntó Jamil esperanzado.

- No es mala idea -dijo Nefret-. ¿Ramsés?

Estaba inspeccionando la superficie de roca alrededor de la entrada. Ella lo vio casi al mismo tiempo que él: un círculo grabado en la roca, dividido por una curva aplastada.

* * *

Había momentos en los que el hombre al que Nefret adoraba con todo su corazón la ponía tan furiosa que le daban ganas de pegarle. Según su suegra, éste era un sentimiento normal, incluso positivo.

- No es que me parezca tolerable pegar a un hombre -había añadido-. Eso no serviría para nada. Una firme expresión de enfado generalmente inspira una breve discusión, que sirve para limpiar el aire -eso parecía funcionar para sus suegros, pero Ramsés no tenía el carácter explosivo de su padre.

Nefret había supuesto que volverían directamente al barco para poder discutir la asombrosa idea que él le había metido en la mente, y que hizo que surgieran otras ideas nuevas, otras conjeturas, otras teorías; pero, en vez de permitirle hablar de ellas, su marido procedió a pasar el resto del día explorando

metódicamente el valle y dictándole anotaciones a Jumana, que correteaba tras él como un cachorro entusiasmado. Entraron en la otra tumba real, donde Ramsés farfulló a causa de su estado de abandono y señaló los murales con pequeños babuinos que le habían dado su nombre al valle. Cuando por fin anunció que regresaban, la cabeza de Nefret estaba tan llena de comentarios reprimidos que la sentía como si fuera a estallar.

Se separaron de Jumana en el punto donde el camino de Gurna divergía de la carretera principal al atracadero del ferry. Jamil, que iba a llevar los caballos de vuelta a la casa, seguía detrás de ellos.

- Se las ha apañado muy bien -dijo Ramsés en voz baja-. Es una pena que no pueda despedir a Jamil, es más una molestia que una ayuda, pero me temo que Yusuf se ofendería.

- Sí, supongo. Ramsés, ¿qué te hace pensar que Sethos está…?

- Hablaremos de ello más tarde.

- Pero…

- Más tarde.

Era en este punto, pensó Nefret, donde su suegra habría expresado su disgusto, con firmeza, e insistido en continuar la discusión, y entonces Emerson y ella se habrían gritado felizmente el uno al otro y el aire se hubiera limpiado. No había esperanzas de que ocurriera una cosa así con Ramsés. Agachó la cabeza y no dijo más.

Ella había terminado de bañarse y cambiarse cuando él entró en su habitación.

- Tuve que esperar a Jamil -explicó Ramsés innecesariamente-. ¿Te importa si me lavo un poco antes de que hablemos? Seré rápido.

Terminó de desabrocharse la camisa y la lanzó al aire hacia una silla, entonces se sentó para desabrocharse las botas. Cuando se agachó ella vio las pequeñas cicatrices que le recorrían los hombros y la espalda. Gracias al uso del ungüento «mágico» de Kadija, las heridas habían cicatrizado bien y no eran visibles salvo bajo ciertas luces, pero Nefret sabía que estaban ahí. Era un sentimiento morboso y negativo seguir culpándose por esas heridas; sus meteduras de pata no tenían por qué haber afectado el resultado de aquel terrible asunto. Nefret se lo repetía a sí misma una y otra vez. Un día llegaría a creérselo.

- Prepararé un té -dijo, y salió, antes de que él pudiera ver las lágrimas en sus ojos.

Entonces la tomó con el pobre Nassir, embarcándole en un torbellino de actividad con el que, de hecho, consiguió que el servicio del té estuviera en la mesa antes de que Ramsés subiera a cubierta.

- ¿Otra vez sandwiches de pepino? -preguntó, acomodándose en una silla.

- Es una ley inalterable. Tu madre la inició y no puedo conseguir que Maaman la abandone. Ni siquiera los hace de queso.

- No importa.

Nefret sirvió el té. Cuando le tendió la taza, vio que su marido la estaba observando, sus ojos brillantes y tranquilos, sus labios ligeramente curvados.

- Lo haces a propósito, ¿verdad? -preguntó.

- Eres adorable cuando estás de mal humor -Ramsés empezó a reírse, levantando una mano en una cómica postura de defensa-. Pensé que eso te animaría. No, la verdad es que no lo hago a propósito. Creí que debíamos discutir de lo que es incuestionablemente un tema controvertido y complejo…

- Cuando estuviéramos cómodos y no fuera posible que nos interrumpieran -le atajó Nefret-. Muy bien, he tenido toda la tarde para pensar en ello, así que deja que yo hable primero. Crees que Sethos ha vuelto, ¿verdad? Ramsés, no puede ser. Yo vi la herida. Seguro que le perforó el pulmón.

- Hay gente que ha sobrevivido a heridas como ésa, ¿o no?

- Hay gente que ha sobrevivido a cosas peores -admitió Nefret-. Milagros, lo llaman, pero ocurren. Así que supongamos que tuvo un buen cirujano y un milagro. También admitiré que tiene sentido el que dejara que *todo el mundo* creyese que había muerto. No pretenderás hacer una excepción con sus compañeros de los servicios de inteligencia de Turquía y Alemania; ellos tienen que haber sabido de su existencia, si no su identidad real, y él encabezaba la lista de gente que tenía que ser eliminada. Le habrían tachado, si pensaran que está muerto.

- Estoy de acuerdo -la observó, con las cejas arqueadas y una sonrisa en sus labios-. ¿Algo más que quieras decir?

- Sí. Ese extraño símbolo que me enseñaste, el que se parecía al

del ying y el yang. Sethos lo hubiera encontrado apropiado, ¿no?, el lado oscuro y el luminoso de su naturaleza, su pasado criminal y su papel más reciente de agente secreto de la inteligencia británica. ¡Y la línea ondulada parece una S! Ese signo tiene la intención de advertir a los ladrones de los sitios que están bajo su protección, que incluyen los yacimientos en los que nosotros, especialmente madre, mostramos un interés personal. Eso ya se te había ocurrido a ti, ¿verdad? ¿Por qué no me lo dijiste?

- Esperaba que llegaras a la misma conclusión sin mi ayuda. Era una idea bastante peregrina.

- No tan peregrina ahora -dijo Nefret pensativa-. Tengo que admitir que encaja bastante bien. ¿Ha vuelto al negocio de las antigüedades?

Él le contestó con otra pregunta:

- ¿Lo había dejado alguna vez? Debe haber estado en contacto con sus antiguos colegas todo este tiempo.

Excavando al azar no habría localizado el escondite de esas joyas tan fácilmente. Alguien debía saber dónde estaban, el mismo ladrón, quizás, que encontró y vendió esas placas grabadas que Cárter compró para lord Carnarvon hace unos pocos años. Representaban a Amenofis III y a su esposa, y pueden muy bien haber salido de la tumba.

- Y cuando aparecieron en el mercado, Sethos se enteró e hizo correr la voz de que dejaran la tumba en paz. Tengo que admitir que tu idea me parece cada vez más plausible. Era una operación bien planeada en el Valle Occidental; un vigilante apostado, una retirada ordenada. Más su estilo que el de los nativos.

- Es posible -admitió Ramsés cauteloso.

- ¿Qué vamos a hacer al respecto?

- Sacarle de su escondrijo.

- Imaginaba que dirías eso. ¿Debemos decirle a madre y padre lo que sospechamos?

- Padre ya lo sospecha, creo. La discreción no es su punto fuerte; ha dejado caer una cuantas cosas. No le diría nada a madre, ya sabes lo condenadamente romántica que es; está convencida de que Sethos murió noblemente sirviendo a su país, y salvándole la vida - Nefret callaba. Después de un momento, el joven añadió-: Y la mía, y la tuya. ¿Supones que he olvidado lo que le debo?

- Entonces, ¿no podemos hacer simplemente como si no lo supiéramos?

- Tú también eres una romántica -él le sonrió y a ella se le aceleró el corazón-. Tengo varias razones para desear mantener una charla en privado con él.

- ¿Cómo pretendes conseguirlo? ¿Extendiendo el rumor de que hemos encontrado una antigüedad única y la hemos dejado en medio del salón sin vigilancia y sin protección?

El sol se había puesto y la luz del crepúsculo remoloneaba en los riscos occidentales. Ramsés retiró su taza y encendió un cigarro.

- El no tocará nada de nuestra propiedad ni vendrá a ningún lugar donde estemos. Pero hay una cosa que puede sacarlo de su escondite. ¿Qué hiciste con ese retrato de madre?

Llevaron el retrato a Luxor el día siguiente. Para cuando llegaron al río, la mitad de la población de la orilla occidental le había echado un vistazo. Tuvieron que detenerse varias veces mientras una multitud de curiosos se reunía alrededor para admirarlo y comentarlo.

- ¡Por la vida del Profeta, es la Sitt Hakim en persona! ¡Su misma mirada, su sonrisa, su parasol!

Usaban la palabra inglesa. Aquella sombrilla era tan famosa que merecía una designación especial. Algunos de los residentes más ancianos y más supersticiosos de Gurna creían que tenía poderes mágicos, y era cierto que había entrado en contacto con bastantes cabezas y espinillas.

- ¿Dónde la llevan? -preguntó respetuosamente uno de los hombres.

Nefret lo explicó. La pintura era de tal calidad que habían decidido hacerle otro marco más elegante. En Luxor, Abdul Hadi era conocido por su trabajo en la madera; había prometido que terminaría el trabajo para la siguiente noche.

- ¿Quién va a creerse eso? -preguntó Nefret, después de que se hubieran separado de los espontáneos críticos de arte-. Abdul Hadi es el artesano más lento de Egipto.

- Bueno, que me aspen si voy a pasar más de una noche en la trastienda del establecimiento de Hadi.

Como Ramsés no subestimaba la inteligencia de su presa, volvieron al *Amelia* y permanecieron en cubierta hasta después del

anochecer. Dejaron el barco saliendo por la ventana de su habitación. Un miembro de la tripulación tenía el bote listo; ayudó a Nefret a descender hasta él; Ramsés podía oírla maldecir su incómoda túnica y su velo, y tan pronto como él se unió a ellos, empezó a remar.

- Realmente echo de menos Luxor -dijo Nefret, acercándose a él-. Es tan silencioso y las estrellas son tan brillantes como velas. ¿No vas a rodearme con tus brazos? Me siento muy romántica.

- ¿Con Isam mirándonos?

- No me importa quién nos vea.

- Muy bien.

No había sido una respuesta suficientemente entusiasta y Ramsés se daba cuenta de que ella estaba molesta, pero incluso si hubiera tenido costumbre de hacer demostraciones públicas de afecto, no podía dejar de pensar en lo que estaba a punto de pasar. Podrían estar completamente equivocados en todo; en cierta forma, él deseaba estarlo.

Abdul Hadi había dejado abierta una ventana trasera para ellos. Había sido muy efusivo en sus promesas de ayuda y de silencio, pero Ramsés no contaba con que mantuviera lo segundo durante más de un día, lo cual era una de las razones por las que había insistido en mencionar que el retrato sólo estaría en la tienda veinticuatro horas. Los hombres de Luxor eran unos chismosos increíbles. Si esa noche no ocurría nada, tendrían que abandonar el plan e intentarlo de otra forma.

Nefret no estaba muy contenta cuando él la dejó detrás de la cortina que separaba la habitación principal de la tienda y tomó una posición más cercana a la ventana, detrás de un arcón de madera (¿o era un ataúd? Lo parecía). Quería estar cerca de él, preparada para intervenir si había una pelea. La excusa de que tenerla cerca le distraería, sólo era verdad en parte. Él había pedido educadamente que se abstuviera de encender la linterna hasta que *él* se lo dijera. A Nefret tampoco le había gustado esa sugerencia.

Tumbado en el suelo detrás del arcón (prefería no pensar que era un ataúd) se preparó para una larga espera, colocando su reloj al alcance de la mano y ocultándolo para que los números pintados no fueran visibles desde la ventana. No contaba con que hubiera ninguna actividad antes de medianoche, pero llevaba ahí menos de

una hora cuando un sonido ahogado en el exterior atrajo su atención y una sombra oscureció la ventana. Debería haberlo sabido. Ese tipo jamás hacía lo que uno esperaba.

La sombra se quedó inmóvil durante más de un minuto, que es un tiempo bastante largo cuando uno está contando los segundos. ¿Se arriesgaría a encender una luz?, se preguntaba Ramsés. Yo lo haría. No es una buena idea entrar en una habitación oscura a través de una ventana estrecha sin asegurarse de que no hay nadie en el interior preparado para agarrarte por el pescuezo.

Cuando encendió la luz, ésta formó un círculo tan fino como un lápiz, justo lo suficientemente brillante para iluminar los contornos de los objetos. Ramsés no se atrevió a volver la cabeza; estaba seguro de que Nefret había estado mirando por un hueco en la cortina y estaba seguro de que habría visto la sombra o la luz a tiempo para cerrarla. La luz tembló hacia atrás y hacia delante y se apagó, y la sombra se movió.

No hizo mucho ruido, pero no pudo evitar el roce de la ropa contra el yeso, o el crujido de la madera vieja del marco de la ventana. Ramsés se movió a la vez, poniéndose lentamente en pie. Esperó hasta que la forma oscura estuvo medio fuera de la habitación para abandonar el silencio en favor de la velocidad. Saltando sobre el arcón, se agarró fuertemente a lo primero que tuvo a mano, y que resultó ser una pierna, y tiró de ella. No quería herir al tipo, tan sólo quería asegurarse de que no* se escaparía. La segunda parte del plan funcionó. En lugar de intentar liberarse, el otro hombre se soltó del marco de la ventana y chocó violentamente contra Ramsés.

Aproximadamente un segundo y medio después, al joven se le ocurrió que podía haber cometido un pequeño error de cálculo. Estaba tumbado de espaldas, apresado por un cuerpo más duro que el cuero y el acero, con una mano que le estrujaba la muñeca derecha. Parecía que los huesos estaban a punto de romperse.

El tipo era treinta años mayor que él. La pura vergüenza hizo que Ramsés olvidara sus buenas intenciones. Levantó bruscamente la cabeza y sintió cómo la nariz de su oponente se doblaba con un desagradable crujido. El cerco sobre su muñeca se aflojó. El liberó una mano y le cogió del pelo, y con la otra de la solapa, enredó sus piernas en las del contrincante, y le dio la vuelta.

Un repentino rayo de luz le dejó medio ciego.

- Maldita sea, Nefret, te dije…

- Cierra la boca -dijo su esposa-. Ya basta. Los dos.

Ramsés bajó la vista hasta el hombre sobre cuyo esbelto cuerpo estaba montado a horcajadas. No estaba inconsciente, tan sólo completa y exasperantemente relajado. La cara no le era familiar, y en ese momento, resultaba algo monstruosa. La barba estaba suelta, y la masilla que había disfrazado su nariz se había transformado con el golpe en un pegote informe, como el apéndice de un boxeador que ha perdido demasiadas peleas. La sustancia le había salvado, probablemente, de que se la rompiera, pero le salía sangre por los agujeros. Ramsés se puso torpemente en pie.

- Eso ha sido un truco sucio -dijo su tío con admiración.

Capítulo 9

La llegada de la segunda carta -o cartas- de Nefret centró mi atención en una dificultad que, por supuesto, ya había considerado. Después de que la comida y varias tazas de café hubieran reavivado algo a Emerson, le tendí lo que debo llamar la epístola oficial o pública. Su reacción no fue la que yo había esperado. Un improperio particularmente vehemente salió de sus labios.

¡Hombres! Pensé para mis adentros. No lo dije, puesto que llevo felizmente casada muchos años y tengo intención de seguir así. Con tiento pregunté:

- ¿Qué había en esa carta que pudiera disgustarte? La tumba de Tetisheri está a salvo, los chicos están bien y obviamente muy contentos, si uno lee entre líneas, lo que yo fácilmente puedo…

Sonidos de un altercado en el vestíbulo, incluido un grito de Gargery, interrumpieron mi discurso. Sennia debía de haber olvidado encerrar a *Horas* en su habitación. El condenado gato estaba totalmente decidido a ir con ella a la escuela, y puesto que eso hubiera sido poco aconsejable (el lector observará que he evitado la tentación de usar la palabra «catastrófico»), tuvimos que encerrarle hasta que ella salió de la casa con Gargery. El gato y él nunca se habían llevado bien, pero la antipatía mutua se había convertido en enemistad abierta desde que Gargery se había autodesignado escolta de Sennia. Tenía que habérselo pensado mejor antes de agarrar a la bestia.

Los sonidos de combate se extinguieron y oí a Sennia regañando a *Horus* con su voz aguda mientras se lo llevaba. También oí a Gargery rezongando. Hice como si nada. Emerson también; era un

hecho bastante frecuente y se había acostumbrado a él. También había recuperado el autocontrol.

- ¿La carta? Oh, la carta. Nada. Es una… eh… bonita carta. Desearía que Ramsés hubiera sido más comunicativo; ninguno de los dos da ningún detalle sobre sus investigaciones.

- Ramsés no es un gran escritor de cartas. No creo que esté ocultando algo, si es eso lo que sospechas.

Emerson no dijo nada.

- ¿Sospechas que está ocultando algo? -insistí.

- No, ¿por qué demonios debería pensarlo? ¿Qué es eso? -añadió, mientras le tendía el anexo; la epístola oculta, como podría denominarse. La leyó y su cara se ensombreció.

- ¿Qué le dijiste exactamente? -preguntó.

- Todo. Nefret y yo acordamos no ocultarnos cosas la una a la otra. Tiene razón, sabes. No podemos ocultar a Ramsés estos pequeños inconvenientes indefinidamente. Se enfadará mucho con nosotros, y no es justo para Nefret colocarla en posición de conspirar con nosotros contra él.

- ¿Nosotros? Fue idea tuya mantener estos «pequeños inconvenientes», ¡cielo santo!, en secreto. ¿Has cambiado de opinión?

- ¿Quieres más café, querido?

- Llevo varios minutos intentando quitarte la cafetera, Peabody.

- Te pido disculpas, cariño -llené su taza.

- ¿Y bien? Responde a mi pregunta si eres tan amable.

- Anoche soñé con Abdullah.

Esto habría dejado atónito a cualquiera por tratarse de un *non sequitur,* pero Emerson lo comprendió, o creyó que lo hacía. Su expresión adusta se oscureció aún más. Es un escéptico tan acérrimo que continúa rechazándola validez de las premoniciones, sueños y demás «supersticiones» como él las denomina. Hasta el año anterior, no le había hablado de mis visiones oníricas de nuestro querido *rais* difunto, y aunque el esfuerzo casi le mata, se abstuvo de verter el jarro de agua fría de su descreimiento sobre ellos porque creía que los sueños me confortaban, y la verdad es que lo hacían. Siempre echaré de menos a Abdullah, a quien quería mucho; verle de nuevo, esbelto y apuesto, y fuerte, en el lugar que él amaba tanto como yo, era como encontrarme con un amigo vivo. Muchas de las cosas que

me había dicho en esos sueños habían llegado a suceder; me había advertido de peligros y me había consolado cuando estaba deprimida, y por eso yo tenía una fe fuerte aunque ilógica en la importancia de aquellas visiones.

Puesto que Emerson no podía encontrar por sí sólo la manera de preguntarme los detalles, procedí a informarle.

- No me ha aconsejado qué hacer. Se lo habría preguntado si hubiera tenido la oportunidad, pero este sueño era diferente a los otros. El lugar era el mismo, los riscos detrás de Deir el Bahri, al amanecer, pero esta vez cuando alcancé la cima él no estaba allí esperándome. Le vi alejarse, por el camino hacia el valle, y le llamé. Se detuvo y se giró, pero en lugar de volver atrás levantó su brazo y me hizo gestos para que le siguiera. Entonces siguió andando… Y me desperté.

- Ah -dijo Emerson-. Humm. Eh… tenía buen aspecto, espero.

- Oh, sí. Bueno y feliz. Sonreía mientras me hacía señas. ¿Qué supones que significa?

Había llevado a mi amable esposo demasiado lejos.

- La interpretación de los sueños es tu especialidad, Amelia, no la mía. ¿Qué vamos a hacer con Ramsés?

- Nada por el momento. Tengo un pre… tengo la sensación de que el asunto se zanjará por sí solo.

- ¿Cómo? -preguntó Emerson.

- O bien conocerá la muerte de Asad por parte de otra persona, o bien Nefret no podrá contenerse y se lo contará. Nuestra querida niña aprendió a ser discreta en una dura escuela, pero en este caso la estamos obligando a ir demasiado lejos y, sospecho, estamos creando algunas tensiones en su relación. Sus naturalezas son tan distintas… su genio vivo y su franqueza, y la resistencia de él…

- Has dicho que eran, obviamente, muy felices -protestó Emerson-. ¿Qué estás leyendo entre líneas ahora?

- Es obvio que se aman profundamente el uno al otro, pero eso no quita que tengan diferencias. Ya anticipé que las tendrían.

- ¿Qué tipo de diferencias? -preguntó Emerson ansiosamente.

- Para empezar, sospecho que ambos protegerán hasta un extremo ridículo al otro; ya sabes, la manera en la que tú solías actuar conmigo. Y Ramsés no es tan fácil de tratar como tú, querido; se guarda sus sentimientos, y se pone melancólico en vez

de enfurecerse. Ella tendrá que ceder un poco, y él también. Lleva un tiempo limar las asperezas en un matrimonio, como tú deberías saber.

- Humm -murmuró Emerson-. Bueno, maldita sea, odiaría pensar que se lo estamos poniendo más difícil. Fuiste tú quien…

- Las recriminaciones también dificultan la vida conyugal, así que no pondré de manifiesto el hecho de que tú estabas completamente de acuerdo conmigo -continué rápidamente, antes de que Emerson pudiera responder-. La primera obligación de Nefret, después de todo, es hacia su marido. Como dicen las Escrituras, una persona casada sólo debe seguir a…

- No cites la mald… la dichosa Biblia, Amelia, sabes que lo odio.

- Claro, querido. ¿Salimos entonces? Tendremos que dejar el trabajo temprano. No habrás olvidado que los Vandergelt llegan esta tarde.

- ¿Hoy? Oh, supongo que querrás que vayamos a recibirlos a la estación de tren, aunque no le veo el sentido ya que vendrán a nuestra casa.

- Es una cortesía, querido. Si hubiera seguido mis propios deseos, habría ido a recibirles a Alejandría.

Katherine había dicho que no quería que nos tomáramos la molestia de recibir el barco, así que me plegué a sus deseos; pero sin que Emerson lo supiera, había enviado a Daoud a Alejandría la noche anterior. Con la ciudad sumida en el caos total y un inválido en el equipo, estaba segura de que la fuerza y comprensión de nuestro amigo, que tiene el corazón más amable de la tierra, serían bien recibidas. Emerson empezaría a quejarse en cuanto notara la ausencia de Daoud, así que después de haber montado nuestros caballos y partido hacia Giza, decidí distraerle volviendo a sacar, con tacto, un tema que ya había sacado antes.

Verdaderamente era el paso siguiente más lógico. Habíamos investigado toda la fila de grandes mastabas paralelas a la cara sur de la Gran Pirámide, salvo la que estábamos excavando actualmente. Alguien un poco legalista habría dicho que no teníamos derecho a continuar excavando en ninguna dirección, ya que sólo podíamos hacerlo en la concesión de la que Herr Junker nos había pedido que nos hiciéramos cargo. Sin embargo, no había establecido ningún límite, y ¿cómo íbamos a consultarle sus deseos

cuando era oficialmente un enemigo, separado de nosotros por las crueles leyes de la guerra? Y en cuanto al permiso del Departamento de Antigüedades, no veía qué objeciones podían poner a que extendiéramos nuestro trabajo, siempre y cuando no nos entrometiéramos en las zonas otorgadas al señor Reisner. Tenía la mejor parte de la necrópolis, tal y como estaban las cosas.

Como tenía la conciencia completamente tranquila en este punto, no veía razón por la que no pudiéramos investigar la pirámide de las tres reinas más al sur, vecina a nuestra fila de mastabas. Era la más completa de las tres, y tenía además una pequeña capilla adosada a un lado. Esta estructura había sido un templo de Isis durante las últimas dinastías, varios miles de años después de que se construyera la pirámide.

- Sin embargo -señalé a Emerson-. Estoy segura de que los restos del templo funerario original de la reina se encuentran debajo de la última, ya que todas las pirámides tienen esos templos, y ésa es la ubicación…

- Peabody -dijo mi marido- ¿Crees que necesito que me expliques la arquitectura del complejo piramidal?

Era un día bonito y claro, con muy poco viento, y aunque aún era temprano, había un buen número de gente en la calle, algunos a pie, otros empleando diversos medios de transporte. Pasamos un montículo que parecía una pila ambulante de vegetación verde; era un burro, con todo su cuerpo cubierto por la carga excepto sus cuatro pacientes patas. Un automóvil lleno de turistas, con sus velos ondeando al viento, nos adelantó. Emerson aguardó hasta que la nube de polvo levantada a su paso se hubo posado antes de continuar quejándose.

- Estás intentando distraerme de la provocación mayor proporcionándome una menor. No lo conseguirás, Peabody.

- Pero tú amas los templos, Emerson.

- ¡La palabra es inapropiada en ese contexto! -gritó Emerson-. No «amo» objetos inanimados. Te amo a ti y a…

- Eso es muy amable, Emerson, pero no hace falta que radies tus sentimientos al mundo entero.

- Humm -refunfuñó Emerson. Sus dientes brillaban blancos en su hermoso rostro bronceado. Podía haber sido una sonrisa-. Ya veo lo que intentas, Peabody. Puede que encontremos algunos problemas

de estratificación si hay, como uno debe razonablemente suponer, restos de templos pertenecientes a distintos periodos en ese lugar…

- Y no hay nadie mejor que tú para desenredar esas complicaciones.

- La adulación no tiene ningún efecto sobre mí, querida -dijo Emerson, mostrándose halagado-. Quieres que excave el templo para que tú puedas picotear por ahí dentro de la condenada pirámide.

- Por supuesto.

- Bien, supongo que echaré una ojeada. A las ruinas del templo -añadió Emerson con severidad-. No al interior. Por lo menos hoy no.

- *¿Bokra?* -la palabra árabe para *mañana* se escucha frecuentemente en Egipto. Siempre es mañana, no hoy, cuando una orden puede llevarse a cabo.

Emerson recibió mi pequeña ocurrencia con una sonrisa y una excusa.

- Los Vandergelt estarán aquí.

- La vida se está complicando un poco -asentí-. Me fastidia no haber sabido nada del señor Russell o del enigmático señor Smith.

- Ése no es su nombre. Se llama…

- Sé cómo se llama, Emerson. Prefiero Smith. Es más corto y no es tan tonto.

Emerson abrió la boca, la cerró, movió la cabeza y señaló:

- Haz lo que te parezca, Peabody. Siempre lo haces. Sin embargo, tienes razón en algo. Si la información que queremos de la policía no llega, tendremos que obtenerla por medio de la astucia o la fuerza. Pero hoy no. Y probablemente no *bokra*.

* * *

Cuando el pequeño grupo descendió del tren en El Cairo, me alegré de haber tenido la idea de haber enviado a Daoud a recogerles. Si no hubieran estado con él, nunca habría reconocido a Bertie. Creo que no he coincidido con él más de media docena de veces a lo largo de los años, pero lo que había visto de él me había gustado. Aunque estaba más interesado en los deportes que en los estudios, era un joven alegre y considerado, totalmente dedicado a su madre y que sentía un evidente cariño por su padrastro. De estatura media y figura robusta, siempre había sido la viva imagen

de la salud, sus mejillas sonrosadas y sus ojos castaños claros. Ahora… era un hombre viejo el que se apoyaba en el brazo de Daoud. Con mechones canosos en su pelo castaño, sus ojos errantes estaban vacíos, sus mejillas hundidas. Escuché una palabrota ahogada de Emerson y obligué a mis labios a sonreír mientras me apresuraba a abrazar a Katherine y a Cyrus.

No me tomó mucho tiempo decidir qué debía hacerse, y procedí a llevarlo a cabo. Dejando que Daoud se ocupara del equipaje, subimos al automóvil, Katherine y Cyrus en el asiento trasero con Bertie. Después de que le hubiera rodeado de cojines y hubiera cubierto sus rodillas con una manta, di instrucciones a Emerson para que arrancara. Por una vez no tuve que decirle que condujera con cuidado. Había quedado tan impresionado como yo por la devastada apariencia del chico.

- Os quedaréis con nosotros durante unos pocos días -dije a Katherine-. Fátima ha preparado vuestras habitaciones y todo el mundo está deseando ser de utilidad. Vamos, querida, no protestes, lo tengo todo preparado. Ramsés y Nefret están en Luxor en este momento, así que hay muchísimo espacio libre.

En ese punto, Bertie se irguió un poco en su asiento y habló con el primer indicio de interés del que le había visto hacer gala.

- ¿Ramsés no está aquí? Estaba deseando hablar con él.

- Podrás hacerlo muy pronto -le aseguré-. Lo más importante ahora es que descanses y recuperes fuerzas.

Asintió y cerró los ojos. Su rostro parecía el de un muerto, con la piel grisácea pegándosele a los huesos.

Tomé la mano de Katherine y la apreté ligeramente. Eso era todo lo que podía hacer por el momento. Ella no podía hablar libremente en su presencia.

Tan pronto como llegamos a la casa envié a Katherine y Cyrus a su habitación y metí a Bertie en la cama ignorando sus débiles protestas. Cuando terminé con él, había algo de color en su cara, principalmente vergüenza y orgullo masculino herido. Lo consideré como un signo de esperanza; ¡tenía la suficiente energía, al menos, como para estar resentido conmigo! Le hice beber algo de agua y le mostré el pequeño ramo de flores, una mezcla indiscriminada de maravillas y yerbas, que Sennia había dispuesto en un jarrón en su mesa. Eso hizo brotar una ligera sonrisa, y antes de dejar la

habitación tuve la satisfacción de ver cómo se cerraban sus ojos.

Katherine y Cyrus estaban en el salón con Emerson.

- ¿Cómo está? -me preguntó Katherine en cuanto entré.

- Durmiendo. -Acerqué una silla y acepté un vaso de whisky de Emerson-. Parece que las heridas han cicatrizado bien y aunque su respiración aún es débil, creo que es un problema de debilidad y falta de ejercicio más que un deterioro permanente de sus pulmones. De cualquier modo, si creéis que debería verle un médico…

- No lo aceptaría -dijo Katherine tristemente-. Está amargamente resentido con la profesión médica al completo. No puedo imaginar cómo te las has arreglado para examinarle.

- Ah, bueno, tengo un montón de práctica en pasar por alto las objeciones de los individuos de sexo masculino heridos y recalcitrantes -respondí mirando de reojo a Emerson-. Lo que me recuerda… ¿Por qué está tan ansioso por hablar con Ramsés? Se han llevado bastante bien, pero nunca han sido amigos íntimos.

- ¿No lo adivinas? -preguntó Cyrus. Desde que lo conozco, siempre he visto su semblante lleno de arrugas y curtido por el clima; las temporadas bajo el fuerte sol de Egipto surten ese efecto en la gente de piel fina. Algunas de aquellas arrugas parecían haberse acentuado. Bertie era el único hijo que tendría nunca, y siempre había estado orgulloso del muchacho, su único pesar era que el joven no compartía su pasión por la egiptología-. Oyó hablar mucho a Atina el año pasado acerca de la oposición de Ramsés a la guerra -continuó Cyrus-. Siente una nueva simpatía por ese punto de vista.

- Sí, por supuesto. Bien, le haremos recuperar fuerzas y reforzaremos su espíritu.

- Si alguien puede hacerlo ésa es Amelia -dijo Cyrus, sonriéndome.

- Exacto -dijo Emerson-. Nunca se da por vencida hasta que hace lo que quiere.

Katherine se rió. Era casi su antigua risa y su apenado rostro se había iluminado.

- Ya me siento más contenta y más optimista. Es su estado mental lo que más me preocupa, Amelia. No quiere hablar conmigo de sus experiencias en el frente, y tampoco le ha dicho mucho a

Cyrus. Está amargado y enfadado, y no muestra interés por nada. Ni siquiera por vivir, creo.

Su voz se quebró. Con la preocupación ensombreciendo su hermoso rostro, Emerson le sirvió inmediatamente un whisky con soda. Sabiendo que si la compadecíamos se derrumbaría por completo, dije con brío:

- Le encontraremos algo en lo que interesarse. Tengo algunas ideas. Aun así, creo que sería aconsejable que fuerais a Luxor tan pronto como sea posible. *El Valle de los Reyes* está, por supuesto, preparado; pero en mi opinión el prolongado y lento viaje sería desaconsejable. Necesita estar estimulado mentalmente. Ha mostrado algún deseo de hablar con Ramsés. Eso sería bueno para él, creo yo. Nefret es una médico excelente y puede cuidar de su salud física. Sí, éste es, incuestionablemente, el camino más inteligente. Un día o dos de descanso, y después el tren a Luxor. Telegrafiaremos, a vuestro mayordomo en el Castillo, y yo a Ramsés informándole de vuestros planes.

Me recliné y alcé mi vaso en un brindis.

- Así que el asunto está zanjado. Bébete el whisky, Katherine. Ya sé que rara vez pruebas los licores, pero te hará bien. ¡Salud!

* * *

Haciendo gala de un tacto poco característico en él, Emerson aguardó hasta que nos retiramos a vestirnos para la cena antes de expresar su opinión.

- Te lo digo, Amelia, lo que has hecho ha sido extremadamente despótico, incluso para ti.

- Estuvieron de acuerdo, ¿no es así? -me quité el vestido y lo colgué-. El estado de ánimo de Katherine parece haber mejorado.

- Ambos se tirarían del borde de un precipicio si se lo propusieras -murmuró Emerson-. ¿Quieres bañarte primero o lo hago yo?

- No tengo tiempo para tomar un baño -vertí agua en la palangana e inicié mis abluciones-. Tan sólo me refrescaré un poco e iré a ver si Bertie está lo bastante en forma para vestirse y bajar a cenar. Sería bueno para él, en mi…

Me faltó el aliento cuando Emerson rodeó mi cintura con sus brazos y la estrechó.

- ¡Tu opinión! Por Dios, Peabody, si alguna vez no dieras tu

opinión sobre cualquier tema, te enviaría al hospital.

Tras un breve intercambio de cariño (puesto que, como le recordé, no podíamos hacer esperar a nuestros invitados) reiniciamos las actividades que el impetuoso abrazo de Emerson había interrumpido, y contesté a su comentario.

- Mis motivos para sugerir que fueran a Luxor son indiscutibles, Emerson, pero hay una razón adicional que no pude mencionarles. No podemos continuar con nuestra investigación de la muerte de Asad mientras estén con nosotros. Cyrus insistiría en ayudarnos, y eso podría ser peligroso.

- Ya sospecha algo. Me llevó aparte antes de que subiéramos y me preguntó cuántas veces nos han atacado desde que llegamos.

- Sólo estaba haciendo un pequeño chiste, Emerson. No puede saber nada acerca del cuerpo en la mastaba, y si se marchan pronto, hay pocas oportunidades de que lo descubra. Advertí a Daoud, Fátima y Selim que no hablaran de ello, y le dije a Gargery que le mandaría de vuelta a Inglaterra en el primer barco si decía una sola palabra.

- Parece que has pensado en todo.

- Creo que sí. El único problema pendiente es encontrar una nueva motivación para Bertie.

- ¿Aún no has solucionado esa pequeña dificultad? Por Dios, Peabody, ¿qué te ocurre?

Me di la vuelta. Emerson se había quitado las botas, los calcetines y la camisa. Al encontrar su mirada inquisitiva, dije:

- Tengo una idea o dos. Date prisa, Emerson.

- Debemos dejar el cuarto de baño libre para nuestros invitados - dijo Emerson sonriendo-. ¿Compartimos la palangana, cariño?

Después de haberme vestido me apresuré hasta el cuarto de Bertie, dejando a Emerson buscando una camisa limpia en todos los cajones salvo en el que se guardan siempre. La puerta estaba medio abierta; mientras me aproximaba se escuchaba una vocecita muy fina:

- Así que la valiente princesa llenó una olla con cerveza y aguardó mientras el príncipe dormía; y pronto la serpiente salió reptando de debajo de la cama y comenzó a morder al príncipe, pero cuando vio la cerveza se la bebió y se emborrachó, y entonces la valiente princesa cogió su cuchillo y le cortó la cabeza.

- Eso *sí* que fue valiente por su parte -dijo Bertie.

Abrí la puerta y entré. Sennia había arrastrado un sillón hasta la cama y estaba sentada en el mismo borde del asiento para no aplastarse los rizos. Llevaba su mejor vestido, de encaje blanco bordado con un lazo de satén rosa a juego con su diadema. *Horus* estaba acurrucado a los pies de la cama, obligando a Bertie a encoger sus rodillas, pero tenía un aspecto bastante amigable, para tratarse de *Horus*.

- Le estoy contando un cuento -explicó Sennia. Intenté parecer severa, ya que no le había dado permiso a la niña para unirse a nosotros esa noche, o para visitar al inválido, pero cuando vi la sonrisa en la cara de Bertie decidí pasar por alto la regañina que se merecía. Ella supo que había ganado; dirigiéndome una sonrisa presumida, añadió-: También le he lavado la cara.

La risa de su hijo fue el primer sonido que Katherine escuchó cuando se acercaba por el vestíbulo. Como me confesó más tarde, hacía semanas que no le oía reír. Sennia estaba en su salsa: una persona enferma a quien cuidar y una audiencia atenta. Aceptando su invitación, Katherine se sentó a escuchar el resto de la historia. Al cado de un rato, Emerson y Cyrus nos acompañaban y Fátima había tomado la decisión de traer las licoreras y vasos y platos de sandwiches, y vasos de limonada para Bertie y Sennia, y todo el mundo hablaba a la vez. Bertie declaró que nunca había oído una historia tan interesante.

- Era «El príncipe encantado» -les explicó Sennia a Emerson y Cyrus, que habían llegado al final-.

La que tradujo tía Amelia. Ha traducido muchísimas historias más. Las contaré también, si quieren.

- En otro momento -dije con firmeza.

- Una historia por día, como Sherezade-sugirió Bertie.

A ella le gustó la idea, pero no tardó en señalar que Sherezade había dejado sus historias a la mitad «para que el sultán no le cortara la cabeza por la mañana», así que quizás debería dejar otra empezada.

- Bertie no va a cortarte la cabeza -dije yo-. Y es hora de que subas al cuarto de los niños para cenar. Da las buenas noches… y llévate a *Horus*.

Le dio un beso a Bertie, que él le devolvió. No hubo necesidad

de llevarse a *Horus;* bajó de la cama de un salto y la siguió, gruñendo al enfermo al pasar.

Charlamos un rato más, mientras Fátima se afanaba en llevarse platos y vasos, y entonces dejamos descansar a Bertie.

- Ya ha tenido suficientes emociones por una noche -expliqué, mientras Katherine y yo salíamos cogidas del brazo por el pasillo-. Sennia está empezando a ser tan maquiavélica como solía serlo Ramsés. Sabía que si pedía permiso para visitar a Bertie no se lo daría, así que, simplemente, evitó preguntarlo.

- Aun así, le ha hecho mucho bien -dijo Katherine-. Quizás ella pueda ser ese nuevo interés que necesita en este momento.

- Creo que no. Le administraremos pequeñas dosis de Sennia durante unos pocos días, pero le agotaría si la dejáramos. Un individuo tiene que estar en excelentes condiciones físicas para vérselas con una pequeña llena de energía.

- ¿Así que aún recomiendas que nos vayamos inmediatamente a Luxor? -preguntó Cyrus.

- Mi opinión sobre este asunto no ha cambiado.

Emerson me dirigió una mirada inquisitiva pero permaneció en silencio. Sabía, como yo, que urgía alejar a nuestros amigos de El Cairo. Estarían a salvo en Luxor. Allí todo estaba en calma.

DEL MANUSCRITO H

El hombre *era* su tío. Sethos, el Maestro del Crimen, el agente secreto más audaz del ministerio de Guerra, ardiente admirador de su madre y el enemigo más acérrimo de su padre, además de su medio hermano ilegítimo. El invierno anterior habían descubierto esa asombrosa información y Ramsés aún no había asimilado plenamente la idea. Aún más increíble resultaba el hecho de que el hombre que había visto por última vez en una camilla, sangrando por un orificio de bala que le atravesaba el pulmón, seguía con vida. Había atacado a un hombre que no sólo era lo suficientemente mayor como para ser su padre, sino que, además, había sufrido una herida casi fatal hacía menos de un año, y había tenido que hacer uso de varios de sus trucos más «sucios» para salir victorioso. Encontró la fría mirada azul de Nefret, y se preguntó si una disculpa resultaría procedente, y en ese caso, a quién de los dos debía ir dirigida.

- Prometiste que no le harías daño -dijo ella en tono acusador.

El ensangrentado trapo que Sethos apretaba contra su nariz era el pañuelo de Nefret. Se lo quitó y aspiró con cuidado, había dejado de sangrar.

- Yo le herí primero -señaló, con visible satisfacción-. Mis disculpas, Ramsés. Como sabes, uno reacciona de forma instintiva. ¿Puedo levantarme ya, Nefret? Espero que no te importe la confianza. Todo queda en familia, después de todo.

La joven le había examinado de la cabeza a los pies para asegurarse de que su única herida era una nariz sanguinolenta. El también se había divertido, estremeciéndose teatralmente cuando ella tocaba en uno u otro lugar y negando después valientemente

que le doliera. Rardsés se acarició la muñeca dolorida e hizo una mueca. Nefret no reaccionó. Él decidió mandar al cuerno la disculpa.

- Entonces, ¿cómo debemos llamarle? -preguntó-. «Tío Sethos» no parece que suene muy bien.

- Omite el tío -dijo el hombre con una mueca-. Es demasiado tarde para admitir una relación de ese tipo. Sethos será suficiente. No he usado mi verdadero nombre desde hace tanto tiempo, que no me acostumbraría a responder a él.

Había rechazado la oferta de Nefret de regresar con ellos a la *dahabiyya.* Ahora se incorporó, cruzó las piernas, y, con un elegante gesto les ofreció un asiento en el ataúd. *Era* un ataúd. Aun así, el olor a virutas y barniz prestaba a la habitación una suerte de ambiente hogareño; Nefret había colocado la linterna de manera que podían verse unos a otros.

Ramsés le miró fijamente. Había visto a Sethos en distintas ocasiones con varios disfraces (una anciana dama americana, un sacerdote, un joven aristócrata hastiado y, más recientemente, un ingeniero escocés de pelo rojo) pero aquélla era la primera vez que tenía la oportunidad de estudiar los verdaderos rasgos del hombre. Iba vestido como un nativo, pero su cabeza y sus pies estaban desnudos. En ese momento su pelo era negro, lo que no tenía mucha importancia, pero al menos Ramsés sabía que era el suyo auténtico, espeso y ligeramente ondulado. Sus ojos, ¿de qué maldito color eran? Un ambiguo tono entre gris y marrón con un leve matiz verde, según la madre de Ramsés, que había tenido un contacto más cercano con Sethos que ningún otro miembro de la familia. Ramsés no podía decirlo, la luz no era lo suficientemente fuerte. Se había quitado la barba y el bigote postizos. La barbilla, la mandíbula y la boca no estaban alteradas, y como se suponía que aquélla tenía que haber sido una rápida incursión amparada por el manto de la oscuridad, no se había molestado en manchar sus perfectos dientes blancos. La nariz también se mostraba *au naturel,* ahora que Nefret le había quitado el pegote aplastado de masilla. Los contornos de esa nariz resultaban extrañamente familiares.

Sethos era perfectamente consciente de su intenso examen. Con una sonrisa divertida, dijo:

- ¿Tienes un cigarrillo? El problema de esta indumentaria es que

en lo referente a bolsillos es limitada.

Sin una palabra Ramsés le ofreció la pitillera y una caja de fósforos.

- Tenga cuidado con esas cerillas -le advirtió Nefret-, no querrá provocar un incendio.

Sethos exhaló un perfecto anillo de humo.

- ¿Es siempre tan despótica?

- No más que madre -dijo Ramsés.

Sethos se dio la vuelta para mirar el retrato.

- Muy inteligente por vuestra parte usarlo como señuelo para sacarme de mi escondite. Ninguna otra cosa lo hubiera conseguido. He intentado evitaros por todos los medios. Por favor, no me digáis que os habéis tomado tantas molestias para hacerme devolver las joyas de la Reina Tiye. No lo haré, asunto zanjado.

- No contaba con que lo hiciera -dijo Ramsés-. ¿Ha reabierto el negocio, entonces?

- Nunca lo he dejado. Mis recientes actividades en beneficio de un gobierno que recompensa a quienes le sirven de manera bastante pobre no interfirieron con la práctica de mi profesión principal.

- ¿Como cuando alivió a Ibn-Rashid del peso de sus diamantes?

- ¿Cómo lo sabes?

Parecía sorprendido y un poco disgustado. Complacido por haber quebrado su inalterable apariencia, Ramsés estuvo tentado de mantener el suspense, pero el tiempo pasaba y tenían un buen número de cosas que discutir.

- Margaret Minton está en El Cairo. Le contó a madre lo que ocurrió en realidad en Hayil. No se lo ha contado a nadie más.

- Ah -Sethos se tomó su tiempo en escoger y encender otro cigarrillo-. ¿Por qué?

- ¿Por qué se lo ha contado a madre? Supongo…

- Que se dio cuenta de que madre era la mujer con la que la había confundido, y que quería descubrir qué le había ocurrido a usted -dijo Nefret con impaciencia-. No sea falso. Actuó de manera deliberada para hacerla enamorarse románticamente de usted.

- Por supuesto. Pero no estaba seguro de haber tenido éxito. Las mujeres son tan impredecibles. Vaya, vaya. ¿Detrás de qué anda ahora?

- Detrás de usted no -soltó Nefret-. Madre le dijo que había

muerto.

- Espero que eso sea todo lo que le haya dicho -su leve sonrisa se desvaneció-. No me beneficiaría en absoluto que una periodista descubriera mis nobles sacrificios por nuestra querida Inglaterra.

- Madre le dijo a la señorita Minton que era usted un ladrón y un estafador -dijo Nefret de manera directa.

- Ah.

Al ver sus ojos alicaídos y sus labios apretados, Ramsés sintió un inesperado sentimiento de solidaridad. Sabía lo que se sentía cuando la gente te juzgaba equivocadamente y te despreciaba a causa de ello. Sethos *era* un ladrón y un estafador, pero Ramsés no tenía ninguna duda de que el asunto de Hayil había sido en beneficio del ministerio de Guerra. Hubiera dejado intactas las joyas del emir si no se hubiera visto interrumpido mientras examinaba la correspondencia privada del artero joven, y si hubiera tenido tanta sangre fría y pragmatismo como se le suponía habría ignorado la llamada de auxilio de Margaret.

- Una persona más a evitar -dijo su tío con tanta frialdad que Ramsés se preguntó si se había imaginado esa fugaz expresión de pesar-. Agradezco que me lo digáis. ¿Es esa la razón por la que organizasteis este encuentro?

- No del todo -dijo Ramsés-. Se ha producido una fuga. La gente de Wardani sabe que ocupé su lugar el invierno pasado. Al menos uno de ellos está en libertad. Tuvimos un pequeño encuentro en un callejón de El Cairo no hace mucho.

- ¿Quién?

- Asad. Era uno de los lugartenientes de Wardani.

- Sé quién era. Eso lo explica todo.

- ¿Explica qué? -preguntó Ramsés.

- Por qué estás en Luxor. Mamá y papá y tu amante esposa pensaron que aquí estarías más seguro.

- Maldita sea -empezó Ramsés; se contuvo, y comenzó de nuevo-. Tenía otra razón para querer verle. Nunca tuve oportunidad de agradecerle…

- No caigamos en sentimentalismos, por favor. No lo hice por ti.

- Engañó a los demás para que salieran antes de que terminaran conmigo -dijo Ramsés, aferrándose tercamente al tema-. No corrió el riesgo por madre; usted ni siquiera sabía que ella estaba allí.

- Ah, pero tu muerte habría afligido a esa buena mujer. Tuve mi recompensa -añadió, con una sonrisa que sin duda hubiera incitado a Emerson a usar la violencia-. Cuando me besó. Fue una escena bastante conmovedora, creo.

- Ella creyó que usted estaba muriéndose. Todos lo creímos.

- Como ves, no fui tan amable de terminar el proceso. ¿Cómo supisteis que estaba vivo y en Luxor?

- No estaba seguro -admitió Ramsés-. Pero esos símbolos artísticos que grabó en el exterior de varias tumbas eran nuevos, y el incidente del Valle Occidental tenía su marca personal. Estaba muy bien planeado.

- Muy amable de tu parte. Si eso es todo…

- No, no es todo. ¿Cuánta gente está al corriente del hecho de que sigue usted con vida?

El rostro del otro hombre permaneció inmutable. Se produjo una breve pausa antes de que respondiera.

- ¿Aparte de Kitchener y del general Maxwell… y vosotros? ¿Qué hay de tu padre?

- Lo sospecha, creo. Madre no.

- ¿Se lo vas a contar?

- Eso depende -dijo Ramsés saboreando una breve y, como pronto descubriría, ilusoria sensación de poder-. ¿Preferiría que no se lo dijera?

- Sí, lo preferiría. Pero si estás pensando utilizar esa amenaza como chantaje para que haga algo que no quiero hacer, olvida la idea. No me preocupa tanto. Lo que ocurre es que mi vida sería mucho más simple sin que Amelia me siguiera la pista por todo Luxor intentando atraparme y reformarme. ¿Te imaginas todos los problemas en los que se metería?

Ramsés podía. Maldito tipo. Sethos había visto la trampa y había pasado limpiamente sobre ella.

- Vuelva al asunto -dijo con aspereza.

- ¿Asunto? Oh, ¿te refieres a si hay alguien tras mi cadáver en este momento? -hablaba lentamente, como pensando en voz alta-. Cuando me llevaron aquella noche, las únicas personas que sabían que estaba trabajando para el ministerio creían que me estaba muriendo. Al médico y a las enfermeras se les dijo que yo era una víctima inocente del fuego cruzado entre la policía y un grupo de

revolucionarios. Tu repelente primo está muerto. Las únicas otras personas que estuvieron allí esa noche eran Sahin Bey y Sidi Ahmed; me aceptaron como uno de los suyos, y se habían marchado bastante antes del dramático desenlace. No puedo imaginar cómo alguien podía haber establecido la conexión. Incluso hay un bonito RIP detrás de mi nombre en los expedientes del departamento.

- Pensé que había que avisarle -dijo Ramsés.

- Tu preocupación me conmueve profundamente -Sethos entrecerró los ojos, unas finas arrugas se extendían en abanico desde sus comisuras-. ¿Creíste que fui yo quien te traicionó ante los hombres de Wardani?

La sospecha no se le había ocurrido nunca a Ramsés, al menos hasta ese momento. Su silenció empujó a Sethos a un acalorado discurso.

- ¡Por Dios santo, los dos hombres que conocían tu verdadera identidad y el papel que habías desempeñado eran el jefe del servicio secreto turco y el cabecilla de los senussi! Hay literalmente docenas de personas, sin contar a los malditos alemanes, que tienen ahora esa información. ¿Por qué sospechar de mí?

- La idea nunca se me había pasado por la mente -dijo Ramsés.

- Ah -el pequeño arrebato de cólera había pasado. Sethos encendió otro cigarro y reflexionó unos momentos antes de proseguir-. No habrás sido tan tonto como para aceptar otra misión, espero.

Ramsés movió la cabeza

- Mantente así. Tu coartada ha saltado por los aires, muchacho, y estarán al acecho. Si siguieras mi consejo, te ocultarías bien y te concentrarías en la excavación.

- Tengo plena intención de hacerlo. ¿Qué hará usted?

- Lo mismo -su tío le dirigió una sonrisa lobuna-. Llegué a la conclusión de que el espionaje es muy poco recomendable. El salario es escaso y muy pocos viven para recibir la pensión, tal como están las cosas. De todas formas, la situación actual de Egipto es insostenible. No hay nadie que pueda impedirme hacer lo que quiera.

- ¿No?

Su tío suspiró.

- Piensas intentarlo, supongo. Los jóvenes sois tan idealistas…

Muy bien, entonces me obligas a revisar mis planes. Hay muchos otros yacimientos en Egipto. Disfrutad de vuestras vacaciones. -Se puso en pie y le devolvió los cigarrillos a Ramsés-. Buenas noches. No sé cómo deciros lo que he disfrutado de esta velada.

- Oh, no, claro que no -dijo Ramsés-. No hasta que haya contestado unas cuantas preguntas más.

- Os he dicho todo lo que necesitáis saber. Cuídale, Nefret. Él no sabe cuidarse demasiado bien, y Amelia se disgustaría si sufriera algún daño. Lo que me recuerda… no habéis oído nada más acerca del cuerpo que encontró en Giza, ¿verdad?

- ¿Cuerpo? -Ramsés se puso tenso-. ¿Qué cuerpo?

- ¿No lo sabías? Salió en los periódicos. El artículo no mencionaba su nombre, pero se me ocurre que podría ser… -se quedó mirándoles inquisitivamente-. Oh, cielos. Espero no haber metido la pata. Quizás era tan sólo uno de esos bonitos cadáveres que Amelia encuentra continuamente, por casualidad. Buenas noches de nuevo.

Se deslizó limpiamente por la ventana con los pies por delante. Ramsés se giró muy lentamente y miró a su esposa. Ella sostuvo su mirada con firmeza, pero su rostro se había cubierto de rubor.

- Dijiste que habías perdido la carta de madre -dijo-. Toda esa palabrería cautivadora y tus agradables atenciones tenían la intención de evitar que insistiera en leerla.

El rubor se hizo más intenso.

- Ella tenía miedo de que vieras la historia en algún periódico.

- Y tú te aseguraste de que no viera ninguno.

- No quería que te…

- No tengo que preguntar quién era, ¿o sí? -la agarró por los hombros-. No te habrías tomado tantas molestias para ocultarme la verdad si el cuerpo hubiera sido el de un extraño. Quizás los periodistas no conocieran su identidad, pero madre debía saberlo; ¡siempre lo sabe! Era Asad, ¿verdad? ¿Asesinato o suicidio?

- Asesinato.

Le había dicho la verdad porque sabía que la alternativa hubiese sido aún peor. No aliviaba su sentimiento de culpa. Debía de haber previsto el peligro y tomado medidas para prevenirlo.

- Ellos, quienquiera que fuesen, pusieron el cadáver donde padre y madre lo encontrarían -empezó Ramsés-. ¿Por qué? No, no me lo

digas, la respuesta es obvia.

- No es obvia en absoluto. Esparcir cadáveres en su camino es una forma segura de provocar a madre y padre.

- ¿Ni a padre ni a madre. A mí. Era mi amigo. Así que os atrevisteis a ocultármelo ¿Imaginabais que saldría como una flecha para El Cairo e iría tras su asesino y quizás me haría pupita?

- ¡No te atrevas a hablarme de esa forma! -se deshizo de su abrazo y le miró cara a cara, respirando agitadamente-. ¡Lo hicimos por tu bien!

Entre unas cosas y otras, lo ocurrido durante la hora anterior había llevado a Ramsés al límite. Aquel comentario exasperante y condescendiente fue la gota que colmó el vaso. Alargó el brazo para agarrarla. Si hubiera protestado, se hubiera disculpado, o incluso le hubiera mirado con reproche, la habría soltado de inmediato, pero ella estaba tan furiosa como él; Nefret forcejeó y se retorció y blasfemó, en un puro reflejo de autodefensa, Ramsés la atrapó en una llave que había utilizado una vez anterior, pegándole los brazos a los costados y abrazándola con fuerza. De ahí en adelante, la defensa propia ya no era excusa. Ramsés puso la mano en la mejilla de Nefret y le empujó la cabeza hacia atrás contra su hombro.

Quizás fue la suavidad de la piel bajo su mano, o el leve sonido que ella emitió, poco más que un susurro. Ramsés no podía creer lo que acababa de hacer. Horrorizado y arrepentido, relajó su abrazo y comenzó a hablar.

- Si te disculpas te mato -susurró Nefret, abrazándose al cuello de Ramsés.

Cuando abandonaron la tienda poco más tarde tan sólo tenían una cosa en mente y las pocas palabras que intercambiaron esa noche no tuvieron nada que ver con Sethos o con cadáveres. El último pensamiento coherente de Ramsés, antes de que el agotamiento le venciera, fue que ella tenía razón cuando le había dicho que él no entendía a las mujeres. Obviamente tenía mucho que aprender, incluso acerca de su propia esposa.

A la mañana siguiente, Nefret estaba de un humor radiante. Él se despertó oyendo su voz clara cantar pequeñas estrofas de sus melodías favoritas, las partes más empalagosas de operetas románticas, mientras se movía por la habitación.

- «Cuando estás lejos amor, qué inhóspitas son las horas de

soledad… No nos separemos, amor, muero sin ti, ¡eres mío! Estréchame contra tu…»

La nota alta tembló.

- Desafinado -dijo Ramsés riendo-. Eres una *mezzo* no una *coloratura.*

- Y tú eres muy perezoso -se inclinó sobré él y volvió a cantárselo, directamente en la cara-. «¡Estréchame contra tu corazón!» Pero no ahora. Mohammed te está calentando el agua del baño.

Cuando Ramsés subió, Nefret ya estaba a la mesa, y a Nasir no se le veía por ninguna parte.

- Le dije que no le necesitábamos -le explicó-. Tenemos mucho de que hablar.

- Sí. -Aguardó hasta que ella llenó su taza y dejó la cafetera en la mesa. Entonces tomó su mano-. Nefret, yo…

- Ya te dije que no te disculparas.

- No. Quiero decir, sí, lo hiciste. Pero…

- Llevaba meses deseando que hicieras eso -el hoyuelo de su mejilla se hizo más profundo-. Resultas adorable cuando te pones furioso.

- Supongo que me lo merezco -dijo Ramsés tristemente-. Pero no entiendo por qué…

- Has estado comportándote conmigo como si fuera alguien a quien no conocieras bien y tuvieras miedo de ofender -protestó Nefret indignada-. ¿Te das cuenta de que era la primera discusión real, a gritos, una discusión cien por cien, que teníamos desde que estamos casados?

- Discutir es una cosa, y si eso es lo que quieres haré lo que pueda para cooperar a partir de ahora. Pero tratarte de ese modo…

- Bueno, ¡no querría que me espachurraras en tus brazos y me doblegaras cada día de la semana! Pero de vez en cuando supone un cambio interesante.

- Oh -aún algo confuso pero infinitamente aliviado, dijo esperanzadamente-: Imagino que si no fuera espontáneo no sería lo mismo. Quiero decir, ¿no podrías lanzarme una indirecta cuando…?

- Rotundamente no -un pequeño gorjeo divertido se escapó de sus labios-. Deberías devolverme la mano; la necesito para servir. Bébete el café y te contaré toda la historia.

Era una historia escabrosa; algunos de los detalles debían estar sacados directamente de la carta de su madre, tenían el timbre de su prosa. La policía no había encontrado nada que condujera al asesino, pero la identificación del cadáver era segura.

- El nombre no aparecía en el artículo del periódico -añadió Nefret-. Puedes agradecérselo al señor Russell.

- Me sorprende que los periódicos lo recogieran. Un egipcio anónimo…

- Descubierto en una antigua tumba por una dama que goza de cierta fama -terminó Nefret-. Russell no pudo ocultarle esa información a la prensa, la mayoría de los *gaffirs* de Giza estaban presentes cuando apareció.

Y actualmente se encuentra en El Cairo una periodista que estuvo especializada en las extraordinarias aventuras de la familia Emerson.

- Maldición, es cierto. La señorita Minton.

- Madre y padre son un tema de gran interés -dijo Nefret con una sonrisa-. Con esa censura de prensa tan estricta, no hay demasiado que se interponga a noticias reales. Una no puede culpar a esa mujer por sacarle partido.

- Supongo que no. ¿Hizo alguna referencia a maldiciones?

- Varias -Nefret vaciló, pero sólo por un momento-. Había algo más en su carta de lo que no te he hablado. Puede que la señorita Minton esté de camino hacia aquí.

- Soy corto de entendederas, ¿verdad? Por eso no querías cenar en el hotel, temías que pudiéramos encontrárnosla. ¿Hay algún otro detalle que hayas olvidado mencionar? ¿Asalto, intento de secuestro?

- Bueno…

- ¡Cielo santo! -se puso en pie de un salto-. ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Por qué demonios no me…?

- Lo siento -lloriqueó Nefret-. Ella me hizo jurar que guardaría el secreto.

Ramsés se contuvo.

- No estás sollozando de manera convincente, Nefret. Esto te parece divertido, ¿no?

- No -torció hacia abajo las comisuras de la boca-. Odio ocultarte cosas. Casi te lo digo el otro día, cuando estabas siendo tan dulce y

razonable y yo estaba regañándote porque me sentía culpable. Siéntate y te lo contaré. No sufrió muchas heridas.

- ¿Madre? Por supuesto, tenía que ser madre.

Mientras ella le contaba la historia, la curiosidad fue sustituyendo a la indignación. Se conformó con soltar unas pocas palabrotas antes de comentar:

- Así que si padre está en lo cierto, cuando les atacaron a él y a madre Asad ya estaba muerto. No tiene sentido. ¿Estás segura de que eso es todo?

- Bueno…

- No puedo soportar esto mucho más -comentó Ramsés en tono ligero.

- No es nada serio, de verdad. Al menos así lo espero. Nuestro señor Smith está en El Cairo, aparentemente por algo relacionado con el ministerio de Obras Públicas. Ése no es su verdadero nombre, por supuesto; es un nombre compuesto e impronunciable. Madre le localizó gracias a sus fuentes habituales: té en Shepheard's y chismorreo puro y duro.

- Ha estado de lo más ocupada, ¿verdad? -se pasó distraídamente los dedos por el pelo-. Debería haber sabido que padre y ella tan sólo estaban esperando a librarse de mí antes de pasar a la ofensiva. ¿Qué le hizo madre a Smith?, ¿amenazó con apalearle con su sombrilla si no me dejaba en paz?

- Bueno…

Ramsés le lanzó una mirada feroz.

- Lo siento -gorjeó Nefret-. Imagino que no es divertido, pero si pudieras ver tu cara… Eso es más o menos lo que hizo, creo. Ramsés, se fue sola al Turf Club, y ordenó a lord Edward que trajera a su amigo para que se reuniera con ella allí. Sólo Dios sabe con qué lo amenazó, pero fue suficiente para hacer que Smith llegara rápido como un rayo. Admitió que se había enterado de la fuga de Asad, pero que no se había molestado en informarnos porque, ¿cómo dijo?, «no estamos preocupados por esa pandilla de revolucionarios inútiles». Algo así. -Volvió a escapársele otro irrefrenable gorjeo de risa-. ¿Puedes imaginarla sentada en el vestíbulo, rodeada de todos esos hombres escandalizados, con su segundo mejor sombrero y sorbiendo educadamente su whisky?

Era divertido, a no ser que uno no estuviera casualmente

relacionado con la dama del segundo mejor sombrero.'

- Madre es increíble -farfulló Ramsés-. Casi ni yo me lo puedo creer y eso que la conozco desde hace más de veinte años. Bueno, no me sorprende que «Smith» esté en El Cairo. Sabíamos que estaba con el ministerio y que su nueva misión tenía algo que ver con Egipto. No hay razón para suponer que albergue alguna intención maléfica hacia mí. Desearía con todas mis fuerzas que madre dejara de tratarme como un crío.

- Cariño, tienes todo el derecho a estar enfadado -dijo Nefret con seriedad-. No volveré a hacerlo nunca, te lo prometo.

- Quizás hiciste bien -empujó su plato y encendió un cigarrillo-. En el calor del momento podría haber hecho alguna cosa inútil e idiota, como coger el primer tren hacia El Cairo. En ese caso, nos habríamos perdido esta encantadora reunión familiar.

Nefret se levantó y miró hacia un lado.

- Ahí está Jamil con los caballos. ¿Dónde vamos a ir hoy? ¿A Gurna?

- Lo sabes perfectamente.

Nefret se dio la vuelta, apoyándose contra la borda. La brisa de la mañana hacía flotar el pelo suelo de su frente. Su rostro estaba serio.

- De algún modo sé lo que tienes en mente, pero no estoy de acuerdo con ello. Madre afirma que puede reconocerle con cualquier disfraz que se ponga, pero sin duda yo no. ¡Podría estar en cualquier parte, podría ser cualquiera!

- Bien, entonces, ¿qué diablos sugieres que hagamos? ¿Dejar que saquee todas las tumbas de Luxor? ¿Recorrer a toda velocidad la orilla occidental una y otra vez, intentando protegerlas todas al mismo tiempo?

- Dijo que iba a marcharse de Luxor.

- No le habrás creído, ¿o sí? ¡Por dios santo, Nefret!

En lugar de gritarle a su vez, ella le dirigió una mirada provocadora.

- Vaya, vaya, ésta es la segunda vez en veinticuatro horas. Cuando te enfadas estás absolutamente…

- Adorable. Vale. No estaba enfadado contigo.

- Estabas enfadado con él y aún lo estás. ¿Por qué?

- Nos manipuló a los dos como si fuéramos marionetas -dijo

Ramsés entre dientes-. Consiguió que te compadecieras de él y que yo me sintiera culpable, y controló cada palabra de esa conversación, ¿te das cuenta? ¡Él nos dijo lo que quería que supiéramos y nosotros le dijimos lo que quería saber! Esperó hasta el final para soltar su pequeña bomba y poder desaparecer rápidamente antes de que tuviéramos oportunidad de hacer más preguntas. Oculta algo, y que me aspen si voy a permitir que se salga con la suya.

- Verdaderamente, ese hombre te irrita.

- Desde que tengo memoria él ha sido el enemigo, el hombre que vencía incluso a padre, una y otra vez. Enfrentarme con él se convirtió en mi máxima ambición. Y ahora… -se dio cuenta de que se estaba aferrando a la borda con tanta fuerza que le dolían los dedos-. Ahora es un maldito héroe, ¡y mi tío! ¿Cómo puedo alertar a la policía? Si le digo a padre que le hemos encontrado, querrá ir tras él por sus propios medios y madre lo descubrirá, siempre lo hace, y él tenía toda la razón en ese tema, maldita sea, ¡se metería en toda clase de problemas!

Nefret deslizó su brazo sobre el de Ramsés y apoyó la cabeza en su hombro.

- Así que hemos vuelto a la antigua costumbre de ocultarnos cosas los unos a los otros -dijo seriamente.

- Mira quién fue a hablar.

- ¡Dije que lo sentía!

- Sólo estoy siendo adorable.

Nefret se rió.

- Bien hecho. Si sigues practicando pronto serás capaz de gritarme cuando me porto mal contigo. No, en serio, cariño, ¿por qué no decírselo a los padres? Si alguien puede ejercer alguna influencia sobre Sethos ésa es madre.

- Eso es lo que me asusta -volvió la cabeza y encontró su boca en una posición conveniente, así que se aprovechó de ello-. Puede que tengas razón, pero veamos si podemos encontrarle antes de decidir. ¡Y si le vuelvo a poner las manos encima le mantendré atado hasta que haya contestado a todas mis preguntas! ¿Cómo sabía lo de las joyas de la reina Tiye? ¿Detrás de qué más anda? ¿Quién está trabajando para él? Tenemos que detenerle de algún modo, y si podemos hacerlo antes de que madre se inmiscuya, nos

ahorraremos un montón de problemas.

Nefret no protestó. Conocía bien esa cara -boca cerrada, ojos escondidos-, pero se preguntaba si Ramsés entendía sus propios motivos para proseguir una búsqueda que casi con seguridad estaba condenada al fracaso. Verdaderamente, los hombres podían ser muy obtusos a veces. Después de haber sugerido la brillante idea de utilizar el retrato de su madre para atraer a Sethos, ahora estaba rechazando el paso siguiente y más lógico: usar a su propia madre en persona. Los sentimientos de Ramsés por su tío eran ambivalentes, una desconcertante mezcla de admiración, resentimiento, y fascinación a su pesar. Ella sentía lo mismo, pero en su caso el resentimiento era casi en su totalidad de segunda mano. A Ramsés y a su padre aún debían escocerles la cantidad de veces que Sethos se les había escurrido de entre los dedos, su impenitente devoción por Amelia.

Y si se paraba a pensarlo, pretender utilizar a la madre del marido como cebo para atrapar a un ladrón no era muy buena idea.

Precediendo a su marido por las escaleras que descendían a la cubierta inferior, se dijo a sí misma que aunque perseguir a un hombre tan escurridizo y tan decidido a evitarlos quizás fuera una pérdida de tiempo, al menos no sería peligroso. Ninguno de los dos tenía nada que temer de Sethos.

Capítulo 10

DEL MANUSCRITO H (CONTINUACIÓN)

Habían evitado informar a Jamil de que ese día habría un cambio de planes. Jumana estaba con él, y pareció tan cariacontecida cuando Ramsés le explicó que no la necesitarían que Nefret dijo impulsivamente:

- ¿Por qué no puede venir con nosotros?

- No puede venir a visitar a los comerciantes con nosotros -dijo Ramsés-. Ya será suficientemente difícil intimidarles para sacar alguna información útil sin que haya una niña presente con los ojos abiertos de par en par.

Nefret tuvo que admitir que tenía razón. Ella y su suegra tenían un estatus excepcional, pero Jumana sería tratada como cualquier mujer egipcia. Además, era miembro de una familia con conexiones a lo largo de Gurna y Luxor, algunas de ellas legales y otras no. El tío de Abdullah había acumulado una considerable fortuna con métodos que nadie era tan grosero como para cuestionar. Los comerciantes no hablarían con libertad delante de ella. Pero los inmensos ojos implorantes eran difíciles de resistir.

- Jamil puede llevarnos a través del río y ella puede quedarse con él.

El joven le dirigió a Nefret una mirada indignada.

Probablemente tenía sus propios planes, incluida una prolongada y relajada charla con los amigos en alguno de los cafés de Luxor; Nefret no podía culparle por no desear que su hermanita le anduviera siguiendo los pasos.

- Entonces a lo mejor te apetece visitar la escuela. Podrías hablar con tus profesoras, Jumana, y contarles lo que estás haciendo.

- ¡Lo haré, claro que lo haré! ¡Estarán muy orgullosas de mí!

Tengo que enseñarle a esta niña a hablar sin gritar, pensó Nefret.

Una vez que alcanzaron la otra orilla del río, Jamil amarró el bote y se sentó a charlar con los otros barqueros. Mientras Ramsés y ella echaban a andar hacia el templo de Luxor, Nefret observó que Jumana también se había detenido a hablar con varias niñas de aproximadamente su misma edad. No era extraño que las noticias se extendieran tan rápido. El chisme era el principal entretenimiento en una sociedad medio analfabeta que carecía de otras formas de entretenerse. Se dio cuenta de ello varios minutos después, cuando una voz les llamó a gritos y vieron a uno de los empleados de la oficina de correos trotar tras ellos.

- Acaba de llegar -explicó, tendiéndole a Ramsés el telegrama-. Estaba a punto de enviar un hombre a llevárselo cuando oí que estaban en Luxor.

Ramsés le entregó la esperada propina y rasgó el sobre para abrirlo. Dejó escapar un suspiro de alivio y se lo tendió a Nefret.

- Los Vandergelt llegarán a Luxor el domingo.

- ¿Esperabas malas noticias?

- Uno siempre las espera, ¿no?

- Los telegramas son tan condenadamente poco informativos -murmuró Nefret, releyendo el breve mensaje-. ¡Qué típico de madre! No dice por qué vienen en tren en lugar de en barco, pero gasta cuatro palabras en «Encontrar Bertie nuevo interés». ¿Qué diablos supones que significa eso?

- Me viene a la mente la expresión «neurosis de guerra».

- Sí, por supuesto -la sonrisa de Nefret se desvaneció-. Pobre chico.

- En realidad no son tan buenas noticias -continuó Ramsés-. Con Sethos por ahí suelto podrían estar saltando de la sartén al fuego.

- ¿Debemos decirles que no vengan?

- No creo que haya ningún peligro para ellos, realmente -se acarició la barbilla, imitando inconscientemente a su padre, y su ceño fruncido de concentración se disipó convirtiéndose en una sonrisa-. Sin embargo, creo que contestaré a madre. Vamos a la oficina de telégrafos.

- ¿Vas a contarle lo de Sethos?

- No.

Escribió el telegrama y se lo mostró a Nefret.

«Todo descubierto. Por favor, evite conspirar con mi mujer en mi contra.»

Nefret rió, pero negó con la cabeza.

- Ahora eres tú el que me pone en una situación imposible.

- No lo hago. Tu principal lealtad es hacia mí. Está en la Biblia, como diría madre.

La primera tienda que visitaron estaba cerca del Templo de Luxor, convenientemente situada para atraer la atención de los turistas. El propietario les saludó, simulando una sorpresa que no engañó a ninguno de los dos; envió a uno de sus hijos a por café, y comenzó a quejarse. La requetemaldita guerra había arruinado su negocio. ¿Cómo podía un hombre honrado ganarse la vida cuando venían tan pocos turistas?

- Eso es por lo que *nosotros* hemos venido hasta ti -dijo Ramsés-. Tu honradez es bien conocida, y como no hay turistas, debes de tener muchas antigüedades magníficas en venta. ¿Qué puedes mostrarnos?

Tras considerables vacilaciones, Ornar acabó sacando una pequeña figura de bronce de un gato sentado con un pendiente de oro, y un fragmento de relieve tallado; este último mostraba la cabeza y hombros de un hombre con una peluca corta y muy rizada.

- Finales de la XXV o principios de la XXVI Dinastía -murmuró Ramsés, girándola entre las manos.

- Muy bien -dijo Nefret-. Ojalá tuviera tu ojo.

- Al cuerno con mi ojo. Esto procede de la capilla de Amenirdis en Medinat Habu. La última vez que lo vi fue *in situ.* Cuánto daño…

Nefret se aclaró la garganta a modo de advertencia, y él controló su ira como su padre no lo hubiera hecho. No ganaría nada regañando a comerciantes como Ornar, pues ellos no dejarían de cooperar con los ladrones locales, pero sí de mostrarle a él los

objetos.

- ¿Quién fue el responsable del robo de los almacenes de Legrain Effendi? -preguntó abruptamente.

No era tan ingenuo como para esperar una respuesta sincera pero confiaba en que su repentina pregunta produjera una reacción, por fugaz y tenue que fuera, que pudiera darle una pista. Así fue. La cara del otro hombre adoptó una expresión tan seria y vaga como la de una máscara de escayola vidriada por un repentino sudor. Movió la cabeza neciamente.

- Si nos lo dices nadie más oirá hablar de ello -insistió Ramsés-. ¿Dudas de mi palabra?

- No -el comerciante movió los ojos de un lado a otro-. Pero… pero yo no sé nada, Hermano de los Demonios. No tengo nada para usted. Debo… debo cerrar ahora. Es hora de la oración.

Aún faltaba un buen cuarto de hora hasta el mediodía, pero Ramsés no protestó. Ornar apenas aguardó a que estuvieran fuera antes de dar un portazo y echar el pestillo a la puerta. La segunda tienda estaba cerrada. También la tercera.

- Quizás deberíamos dejarlo por hoy -dijo Ramsés-. El hijo de Ornar avisó a los demás. Definitivamente, está ocurriendo algo fuera de lo normal. Los comerciantes están acostumbrados a tenerme merodeando, intentando sacarles información, a su manera les gusta el juego. No estarían tan recelosos a no ser que alguien les hubiera advertido de no hablar con nosotros.

- Amenazados, quizás -dijo Nefret-. No estaba sólo receloso, estaba asustado.

- Sí. A nuestro estimable pariente se le da muy bien aterrorizar a la gente. En sus buenos tiempos no había un sólo comerciante en Egipto que se atreviera a cruzarse en su camino -añadió con honda emoción-. Maldito sea.

- Sí cariño -ella le tomó del brazo-. Aún es temprano, pero podemos comer algo; sentarnos en la terraza del Winter Palace y observar pasar a las multitudes. Quizás Sethos esté disfrazado de camarero.

No le pareció gracioso. Caminando despacio, con la cabeza agachada y las manos en los bolsillos, dijo con aire ausente:

- Como quieras.

- O podríamos ir a la tienda de Abdul Hadi y recoger el retrato.

En realidad no quieres un marco nuevo, ¿o sí?

- ¿Para qué? Oh, el retrato. No, yo… -se detuvo en seco-. ¡Rayos y centellas!

- ¿Qué ocurre?

- Lo dejamos allí -Ramsés se golpeó la palma de la mano con el puño-. ¿Cómo puedo ser tan condenadamente idiota? ¡Vamos!

Nefret tuvo que correr para seguir el paso de Ramsés. Di llamada a la oración del mediodía flotaba en el aire desde la mezquita de el Guibri, y cuando Ramsés irrumpió en la tienda, Abdul Hadi estaba a punto de inclinar sus reumáticas rodillas sobre la alfombra de rezos. Por un momento Nefret temió que su marido estuviera demasiado crispado como para recordar sus modales, pero no tenía que haberse preocupado.

- Discúlpeme. Vine a por el retrato de mi madre. No puedo esperar.

El anciano caballero pareció desconcertado.

- Pero… ¿no se lo habían llevado? ¿La otra noche? No estaba en el caballete esta mañana. Creí…

- No importa -dijo Nefret rápidamente-. *Malesh.* Gracias. Adiós.

Empujó a Ramsés fuera de la tienda y cerró la puerta. Él se volvió a mirarla. Sus facciones parecían tan impasibles como el granito, pero su esfuerzo por mantener un tono de voz suave no tuvo éxito del todo.

- ¿De qué te ríes?

- Es que es gracioso -gorjeó Nefret-. En vez de desaparecer en la noche, como un perfecto ladrón, aguardó fríamente en el exterior de la ventana hasta que nosotros… hasta que… Oh, cielos.

- Termináramos el espectáculo -concluyó su marido violentamente-. Debe de haberlo encontrado bastante divertido. Creo recordar que te dije… Y entonces ¿no hice…?

- El Savoy está más cerca que el Winter Palace -Nefret le cogió del brazo-. Prescribo un buen vaso de whisky o una copa de vino.

- No necesito una copa -caminó airadamente a su lado, frunciendo el ceño-. Lo que necesito es venganza. No sólo por lo de anoche, sino por una larga lista de afrentas.

- No puedes…

- No quiero torturarle, cielo. Quiero humillarle y quedar por encima de él. ¡Por una vez!

Recordando algunas de las cosas que habían dicho -y hecho- creyendo que no estaban siendo observados, Nefret compartió cierta afinidad con ese sentimiento, pero trató de ser justa.

- No quería ser un mirón. Sólo estaba esperando a ver si dejábamos el retrato.

- Y ahora lo tiene. ¿Cómo vamos a explicarle eso a madre?

Eligieron una mesa en el jardín del Savoy y pidieron. La buganvilla extendía sus rizados brazos a lo largo de la pared detrás de ellos, y un gorrión se posó sobre la mesa y guiñó un brillante ojo a Nefret. Le dio de comer migas de pan en su mano hasta que, repentinamente, alzó el vuelo; cuando levantó la vista se encontró con Margaret Minton de pie a su lado.

- ¿Puedo acompañarles? -preguntó.

- ¿Cómo nos ha encontrado? -preguntó Nefret viendo cómo el rostro de Ramsés palidecía. Él se levantó y retiró la silla para la periodista.

- Los métodos normales -dijo la señorita Minton débilmente-. Soborno y propinas. Pagué a algunos de los gandules del muelle para que me avisaran si aparecían ustedes en la orilla oriental. Les he estado siguiendo la pista toda la mañana… en vano, debo añadir. ¿Por qué estaban visitando comerciantes de antigüedades? Es del conocimiento general que el profesor nunca las compraría.

- Padre no, pero yo en ocasiones sí lo hago dijo Ramsés. Nefret le vio prepararse para recibir una acometida, como un duelista *en garde*-. A veces uno debe sacrificar los principios por métodos más expeditivos si no quiere perder una pieza importante frente a un coleccionista privado.

- No se han sorprendido mucho al verme. ¿Les informó la señora Emerson de que iba a venir a Luxor?

- ¿Le informó usted de sus planes?

Con una leve sonrisa reconoció su fallo al haber descuidado la guardia por segunda vez, y ataco desde una tercera dirección.

- Sin duda les habló del cadáver que encontró en la mastaba.

Nefret decidió intervenir. Ella había leído la carta y el recorte de la *Gazeta.* Ramsés no. Además, estaba cansada del duelo.

- ¿Por eso está usted aquí? -preguntó-. Si es así, está sobre una pista falsa. Todo lo que sabemos es lo que madre nos contó en su última carta y era bastante poco.

El camarero llegó con los platos que habían pedido. La señorita Minton rechazó con un ademán el menú que le ofrecía y pidió té. Mientras el sirviente colocaba en la mesa los platos, ella paseó la mirada por el jardín.

- ¿Quién es ese hombre? -preguntó de repente-. Ha estado mirándome fijamente desde que me he sentado.

Aún seguía mirando: era un sujeto fornido con una espesa barba perfectamente cuidada y una mata de rizado cabello castaño, pero no era en ella en quien se fijaba. Atrapando la mirada de Nefret, se levantó y se acercó a ellos, sonriendo y tendiéndoles la mano.

- Hola, Nefret. Es estupendo volver a verte. No conozco a tu marido, pero por supuesto he oído hablar de él. ¿Puedo felicitaros a ambos?

Ramsés se levantó y estrechó la mano que le ofrecía. Tenía el dorso cubierto por un suave vello castaño; parecía el pelo de un gato, pero su saludo tenía una fuerza casi dolorosa. Ramsés lo devolvió con igual energía, pensando en la forma tan pueril en la que se estaban comportando, tensando sus músculos para impresionar a una mujer.

- Siento no haberos visto el otro día -continuó el otro hombre. Nefret hizo las presentaciones y Kuentz le besó la mano. No podía evitar presentarle a la señorita Minton; estaba firmemente instalada en su silla y no tenía intención de marcharse.

- Es una renombrada periodista -añadió Ramsés.

- Ah. ¡Entonces debo tener cuidado con lo que diga! -su sonora risa hizo que algunas cabezas se giraran.

- No a menos que tenga algo de lo que avergonzarse -contestó la señorita Minton.

- ¿Yo? ¡No! ¡Nunca! Incendiar la Casa de Alemania no es algo de lo que haya que avergonzarse.

La frase contenía tres palabras que hubieran despertado la curiosidad de cualquier periodista. La señorita Minton movió las manos con nerviosismo.

- ¿Incendiado? ¿Alemania? ¿A qué se refiere?

- Está deseando escribir toda la historia -dijo Kuentz con una sonrisa-. Observad cómo encoge los dedos como si estuviera sosteniendo una pluma. ¿Así que no ha oído hablar de nuestro humilde esfuerzo en favor de los aliados?

- Nosotros sí oímos hablar de ello -dijo Ramsés-. Pero nadie parecía saber quién era el responsable.

La periodista dirigió su hambrienta mirada hacia él, quien al no ver razón para ocultar los hechos procedió a explicarlos. Quizás pusiera a la señorita Minton sobre una pista distinta.

- El gobierno alemán construyó ese lugar hace algunos años para que sirviera de cuartel general a sus arqueólogos. Sin desear minusvalorar su esfuerzo, Kuentz, no veo en qué ha podido favorecer a los aliados ese incendio.

- Era muy fea -dijo Kuentz despreocupadamente-. Demasiado grande, demasiado roja, demasiado alemana.

- No es razón suficiente para destruir la propiedad ajena.

- No era la única razón -Kuentz miró a su alrededor como un conspirador de opereta y bajó la voz-. Cárter y yo descubrimos que el lugar se había convertido en un centro de comercio ilícito de antigüedades, entre otras actividades indeseables. Y no digo más, ¿eh?

- Pero me gustaría oír más -dijo la señorita Minton con impaciencia-. Entonces, ¿el señor Cárter estaba implicado? ¿Quién más?

- No he dicho eso -declaró Kuentz. Ramsés tenía la impresión de que se estaba divirtiendo bastante-. Yo y sólo yo fui el responsable. Y ahora debo regresar al trabajo, he estado fuera demasiado tiempo.

- Entonces quizás acepte cenar conmigo esta noche. Me alojo en el Winter Palace.

- ¿Para que pueda usted escribirlo todo y salga mi nombre en el periódico?

- No pondré nada sin su permiso.

La cara de Nefret adoptó una expresión de exagerada incredulidad. Kuentz se rió.

- ¿Y qué más da? Un pobre arqueólogo hambriento no rechaza una comida gratis, en especial en compañía de una hermosa dama. Gracias, iré. A las ocho, ¿sí? Y vosotros, amigos, los jóvenes Emerson, me visitaréis de nuevo en Deir el Medina, donde os mostraré muchas cosas de interés.

Hizo una inclinación de cabeza y se alejó. Ramsés retiró su silla.

- Olvidé preguntarle algo. Mis disculpas.

- ¿Era cierto? -preguntó la señorita Minton-. ¿Lo que dijo acerca

de que la Casa de Alemania era un centro para traficar ilegalmente con antigüedades?

- Es la primera noticia que tengo de ello -dijo Nefret con sinceridad. Ramsés aún estaba hablando con Kuentz. Segura de que si estaban discutiendo de arqueología podrían extenderse largamente, olvidando el tiempo, Nefret alzó la mano para llamar al camarero.

- Pero se ha producido un incremento en tales actividades este año, ¿no es así?

- No sabía que estaba usted interesada en la materia, señorita Minton.

- ¿No? -hubo un eco en su voz que obligó a Nefret a levantar la vista de las monedas que estaba contando en la mesa-. No me diga que no ha leído el manuscrito que la señora Emerson se llevó… ¡oh, totalmente por error! Apostaría a que hablaron de ello largo y tendido, todos ustedes, diseccionando mis emociones y especulando sobre mis sentimientos. Quizás les proporcionó una buena diversión.

Nefret sintió que la cara le ardía. En aquel momento, no había cuestionado la insignificante apropiación (nunca lo habría llamado robo) del documento por parte de su suegra. Sin embargo, era realmente como robar el diario privado de alguien y enseñárselo a otros. La autora se había ahorrado muy pocos detalles, porque nunca había tenido intención de que nadie lo leyera; sin duda, había sondeado todas las demás posibles fuentes de información antes de consultar a una mujer que sabía que la desaprobaba y que desconfiaba de ella.

- Nadie se rió -dijo. Fue un intento bastante poco convincente de resarcirle y una disculpa tácita, pero la mujer movió la cabeza en señal de agradecimiento. También estaba sonrojada. No me extraña, pensó Nefret. Sé cómo me sentiría si hubiera expuesto mi corazón en una hoja de papel y alguien más la hubiera leído.

- No les culparía por reírse de ello -murmuró la señorita Minton-. Lo escribí para mí, ¿sabe?, inmediatamente después, mientras los detalles aún estaban frescos en mi cabeza. Nunca tuve intención de que nadie más lo viera.

- ¿Qué le hizo decidirse a enseñárselo a madre?

- La desesperación -dijo la otra mujer sencillamente-. No espero

que usted lo entienda; usted, felizmente casada con un hombre que es todo lo que pudiera llegar a desear, y esa familia tan unida, magníficamente excéntrica. Yo no tenía amante, ni familia, ni amigos. La rivalidad en mi trabajo era feroz; no tenía tiempo para esas distracciones. Me encontraba en el momento más propicio y él… -su ancha boca se dilató en una súbita sonrisa-. Madre mía, él era increíble. ¡No hizo un solo movimiento en falso! Oh, yo sabía que estaba actuando, pero no me importaba. Algo me decía que si no descubría quién era y cómo era realmente me pasaría el resto de la vida midiendo al resto de los hombres con el rasero de esa imagen imposiblemente romántica, y viéndolos fracasar, y deseando inútilmente volver a encontrármelo. No es una perspectiva muy halagüeña para una mujer de mi edad.

La sonrisa sarcástica y el matiz de humor autocrítico que iluminaron sus ojos alcanzaron la fibra sensible de Nefret. Sin embargo, no estaba tan conmovida como para confesarlo todo.

- Lo siento -dijo.

- ¿Le conoció?

- ¿A Sethos? -dudó por un momento, intentando prever dónde le dejaría una respuesta sincera, y decidió que no podía hacerle mal a nadie-. Sí. Incuestionablemente sabía arreglárselas para resultar… interesante.

- ¿Usted también lo sintió?

Nefret sonrió.

- En realidad no. Pero ya estaba absolutamente enamorada de otra persona.

- Le quiere mucho, ¿verdad? Y él siente lo mismo por usted. Son muy afortunados, señora… -se interrumpió con un sonido de disgusto divertido-. ¡Me resulta casi imposible pensar en nadie más con ese nombre! Supongo que no le parecerá bien que nos tuteemos. Puede usted creerme o no, pero no he venido aquí para tenderle una trampa y hacerle cometer una indiscreción. Me gustaría que fuésemos amigas. Y -añadió, con otra de esas sonrisas tristes-, si alguna de nosotras está en desventaja no es usted. Sabe muchas cosas que me desacreditan.

Nefret ignoraba si esa oferta de amistad era auténtica, pero sabía que rechazarla sería una estupidez.

- Gracias -dijo-, Margaret. Será mejor que vaya a recoger a mi

marido. Parece que se ha marchado con el señor Kuentz.

En realidad estaba solo, justo detrás de la puerta del hotel. Cuando la vio acercarse salió, como si no se hubiera estado ocultando y cogió su brazo.

- Pensé que mi ausencia te daría una excusa para huir -explicó- ¿De qué habéis hablado tanto tiempo?

Nefret le repitió la conversación.

- No tengo nada contra esa mujer -dijo Ramsés con aire pensativo-. Casi la admiro. Pero esa charla sobre antigüedades ilegales y su interés en la historia de Kuentz me hacen preguntarme acerca de su motivo real para venir aquí, particularmente tras nuestro reciente encuentro.

Nefret movió la cabeza decididamente.

- Quiere creer que aún está vivo, pero no puede saber nada. A no ser…

- A no ser ¿qué?

- A no ser que *él* se lo dijera.

- Lo último que él quisiera sería una mujer encaprichada con él, y encima una periodista, tras su pista -dijo Ramsés.

- Entonces es sólo una vana esperanza -dijo Nefret quedamente.

- Espera un momento -dijo Ramsés-. He tenido una idea y no quiero discutirla delante de los niños.

Los pilares del templo de Luxor resplandecían con el sol de la tarde. Ramsés se volvió a mirarlos. Nunca había terminado de copiar los relieves de la Sala Hipóstila. Quedaba tanto por hacer, tantos documentos irreemplazables que se deterioraban día a día…

Nefret le sacudió por el codo.

- ¿Bien? No te quedes absorto en especulaciones arqueológicas, ahora no.

- Bueno. Supongamos que después de la impresión inicial, Minton fue lo bastante astuta como para darse cuenta de que madre podría haberla mentido descaradamente.

- Lo cual es cierto.

- Salvo por un detalle esencial. Mi omnisciente madre no mentía, pero estaba, como acabamos de descubrir, totalmente equivocada. Supongamos también que, como periodista y miembro de una clase social «superior», Minton tiene acceso a ciertas fuentes de información. Y no me preguntes cuáles, porque no tengo la más

mínima idea. Todo lo que estoy diciendo es que puede haber descubierto algo a través de alguien que haya fortalecido esa vana esperanza.

- ¿Alguien del ministerio de Guerra, te refieres? No sé cómo podríamos averiguarlo -dijo Nefret dubitativa-. Entonces, ¿qué sugieres que hagamos?

- Trabajarnos a la maldita mujer. Puedes hacerlo -se apresuró a añadir-. Intercambiar confidencias de chicas, y todo eso.

- ¿Por qué no lo haces *tú?* Tú te pareces un poco a Sethos, y está claro que ella disfrutó de ese afectuoso abrazo de Giza.

- Maldita sea, Nefret, sabes que no era esa mi idea. Oh, ¿estás bromeando?

- Sí -deslizó su brazo sobre el de Ramsés y se apoyó contra él.

- Defenderé mi honor lo mejor que pueda -dijo Ramsés-. Así que nos la trabajamos. Es un intento que merece la pena. Buscar a Sethos por todo Luxor es un desperdicio de tiempo y energía. Necesitamos idear otro plan para atraerle hacia nosotros.

- Ahora estará alerta, si es que no se ha marchado ya.

- Creeré que se ha ido cuando oiga que alguien ha saqueado una pirámide o el templo de Dendera -murmuró Ramsés-. No, aún está aquí. Lo único que podemos hacer es intentar localizar a sus cómplices. Aquí es donde nos harían falta Selim y Abdullah. Ellos han tenido y tienen conexiones con la mayoría de los ladrones de tumbas de Gurna. Veré lo que unas pocas amenazas cuidadosamente elegidas pueden hacer.

- ¿Así que nos vamos a Gurna?

- Hoy no. ¿Recuerdas que Lansing nos habló del ladrón de tumbas que Kuentz cogió *in fraganti?* Kuentz me dio la ubicación exacta. Pensé que podríamos echarle un vistazo. -Se pasó sus largos dedos por el pelo y añadió morbosamente-: Quién sabe, el tipo puede haber sido lo bastante considerado como para dejar una huella o un trozo de papel con el criptograma de Sethos.

- Tendremos que recoger a Jumana primero.

- Demonios, es cierto. Me había olvidado de ella.

Sin embargo, la chica les estaba esperando cuando alcanzaron el muelle. A Jamil no se le veía por ninguna parte. Cuando Ramsés preguntó por él, su hermana encogió sus delgados hombros.

- En el café, ¿dónde cree? Le dije que viniera pero no me hizo

caso. ¿Voy a decírselo otra vez?

- Yo iré a buscarle -dijo Ramsés. Por la longitud de su zancada y su temible ceño fruncido Nefret dedujo que al desafortunado Jamil se le venía encima un sermón. No era del todo justo, ya que ellos no le habían dicho cuándo volverían, pero a Selim o a Daoud o a cualquier otro de los hombres no habrían tenido que ir a buscarles. Nefret se volvió hacia la niña, que estaba sentada en el borde del muelle.

- ¿Has tomado algo de comer? -preguntó.

- Sí, me dieron comida en la escuela.

La breve respuesta y los ojos abatidos eran tan poco típicos de ella que Nefret le preguntó:

- ¿Ocurre algo malo?

- ¡No me han dejado sacar un libro! -alzó la carita indignada-. Quería leer acerca de las Esposas del Dios. Lo habría cuidado bien.

Nefret se sentó y rodeó con el brazo los hombros de Jumana.

- Yo tengo libros que puedo prestarte.

- ¿De veras? ¿Me los prestaría? Los envolveré con una tela y los cuidaré muuuy bien.

La cara de la chiquilla estaba radiante. Sin embargo, ya no era una niña; para los egipcios era una mujer crecida y madura para el matrimonio, y con una cara como la suya probablemente tenía docenas de pretendientes suspirando por ella. Aún así, sería un crimen permitir que un entusiasmo y una inteligencia como aquellos se malgastaran en un matrimonio tradicional. La chica merecía una oportunidad… y yo no he hecho mucho por ayudarla, pensó Nefret con culpabilidad. Prestarle libros era lo mínimo que podía hacer. Ese lastimoso cabo de lápiz y el astroso cuaderno… ¿por qué no se le había ocurrido proporcionarle algo mejor?

Cuando Ramsés volvió, Jamil venía corriendo pegado a sus talones, murmurando excusas y con aspecto más resentido que arrepentido. Les llevó hasta la *dahabiyya,* y Nefret les hizo esperar a todos mientras preparaba un paquete para Jumana: el primer volumen del clásico de Emerson *Historia del Antiguo Egipto,* lápices y plumas, una botellita de tinta y un libro de hojas en blanco. Con ese tesoro fuertemente abrazado contra su pecho, Jumana no puso inconvenientes a ser despachada por ese día. Montaron los caballos que habían dejado al cuidado de Ashraf y se dirigieron hacia los

acantilados occidentales. Jumana les dejó en el punto donde se dividía el camino; su cara estaba radiante.

- Es la primera vez que la veo quedarse sin habla -dijo Ramsés-. Ha sido un bonito gesto, querida.

- No lo he hecho para ser amable.

- Eso dices tú. Dios mío, es una criaturita preciosa. Si alguna vez mira a un hombre de ese modo…

- Si alguna vez te mira a *ti* de ese modo…

- Probablemente piensa que soy más viejo que Matusalén -dijo Ramsés irónicamente.

- No eres tan viejo como el hombre que Yusuf elegirá para ella. Ningún joven podrá pagar el precio que él pedirá. No dejaré que eso ocurra, Ramsés.

Él no le preguntó qué iba a hacer para evitarlo. Se las arreglaría de algún modo. Su mandíbula estaba firme. Él tomó su mano.

- Tendrá su oportunidad, te lo prometo.

* * *

- Creí que el señor Lansing dijo que la tumba estaba detrás del templo Ptolemaico -dijo Nefret cuando alcanzaron el Asasif.

- Estaba en un error. Kuentz dijo que estaba más cerca de Deir el Bahri. El acceso más sencillo es por la calzada de Hatsepsut.

Eran pasadas las tres de la tarde. El sol les daba en los ojos cuando enfilaron hacia el este, y el calor se levantaba desde el árido suelo. Había poca gente por los alrededores; los turistas se habían retirado a sus hoteles, los guardas echaban la siesta a la sombra y, como todos los excavadores sensatos (excepto Emerson), Lansing había parado por ese día. Sin embargo, el yacimiento no estaba completamente desierto; cuando pasaron, un hombre se levantó y corrió hacia ellos, agitando frenéticamente los brazos.

- Es el señor Barton -dijo Nefret, deteniendo a la yegua-. Me pregunto qué querrá.

- Verte otra vez, imagino.

- No seas absurdo. Recuerda a Don Quijote, ¿verdad?, o quizás a uno de los molinos… Buenas tardes, señor Barton.

Barton se balanceó hasta detenerse.

- Buenas tardes. ¿Están buscándome a mí., a nosotros… a Lansing?

Sus ojos estaban fijos en Nefret, como los de un perro que está

esperando una palmadita en la cabeza, así que Ramsés dejó que le respondiera ella.

- No creímos que estuviera aquí tan tarde -dijo ella con mucho tacto-. Estábamos pensando echar un vistazo al lugar donde Alain cogió al supuesto ladrón de tumbas.

- ¿Alain? Oh, Kuentz. Sí, está bien. ¿Saben dónde está?

- Creo que sí -dijo Ramsés-. Si nos disculpa…

- ¿Le importa si les acompaño? Puedo mantener el paso, camino verdaderamente rápido.

Nefret era demasiado bondadosa para resistirse. Le dio la esperada palmadita.

- Si le apetece. De cualquier modo, tendremos que ir a pie la mayor parte del camino.

Dejaron a Jamil y a los caballos junto a la segunda terraza del templo y continuaron, siguiendo un estrecho camino que ascendía con una inclinación constante, esquivando montones de roca desprendida. Había muchos senderos como ése, muy frecuentados por los pies seguros, y a menudo descalzos, de la gente de Gurna o por cabras; algunos llevaban en uso desde los tiempos antiguos. Cuando se detuvieron a recuperar el aliento estaban lo suficientemente alto como para ver con claridad a través de los cultivos hasta el río. La línea entre el prado y el árido desierto era tan nítida como si hubiese sido dibujada con la punta de un cuchillo. Nefret sentía cómo el sudor formaba un charco entre sus pechos y chorreaba por su espalda. También había manchas oscuras en la camisa de Ramsés y Barton respiraba ruidosamente. La había seguido tan de cerca que una o dos veces ella había tenido que dar un salto para evitar pisar sus pies extremadamente largos. Si el joven había esperado la oportunidad de precipitarse en su ayuda se había llevado una decepción.

- Aquí es donde encontraron el escondite de las momias reales -dijo Ramsés, señalando el pie del acantilado.

- ¿Dónde? -preguntó Barton ansioso-. Leí algo sobre ello pero aún no lo he visto. ¿Podemos entrar?

- No, no podemos -dijo Ramsés de forma contundente-. No sin cuerdas y desde luego no hoy -Barton pareció tan decepcionado que cambió de tono-. Le enseñaré dónde es, pero ni se le ocurra explorar el lugar usted solo. El pozo tiene más de doce metros de

profundidad y la última vez que estuve allí los techos de los corredores habían empezado a derrumbarse.

- ¿Usted ha estado allí?

Maldición, pensó Ramsés, debía haber sabido que se lo tomaría como un desafío y no como una advertencia.

- Fue hace muchos años. No volvería a arriesgarme sin ayuda.

Otra escalada les llevó a la base del risco. No había mucho que ver, tan sólo un enorme agujero negro irregular. Ramsés agarró a Nefret del brazo e hizo señas a Barton para que retrocediera.

- Cuidado, el *Service des Antiquités* debía haber cubierto la entrada, resulta demasiado tentador para los idiotas impetuosos. Allí no hay nada, ya sabéis.

Pero eso no era estrictamente cierto. Emil Brugsch había extraído las urnas y una miscelánea de objetos de ajuares funerarios diversos hacía más de treinta años, pero el trabajo se había hecho a toda prisa y Emerson siempre había sido de la opinión de que la tumba debía ser excavada adecuadamente. Ramsés no tenía intención de comentárselo a Barton, que se había inclinado más hacia el borde y estaba escudriñando el pozo. Ramsés entendía su fascinación, era una de las grandes historias de la egiptología: las momias de la realeza egipcia, profanadas y robadas y escondidas después para permanecer ocultas durante casi tres mil años, descubiertas por una familia de modernos ladrones de tumbas que empezaron a vender a escondidas objetos robados hasta que fueron atrapados por el Departamento de Antigüedades.

- Será mejor que nos vayamos -dijo.

La marcha no era fácil; el camino subía y bajaba, giraba y se retorcía sobre los montones de roca suelta que bordeaban los escarpes tebanos, el resultado de siglos de erosión del viento y el agua. Barton sostenía continuamente el brazo de Nefret, haciéndola perder el equilibrio. Él no parecía darse cuenta de lo que estaba haciendo y ella era lo suficientemente amable para no protestar.

No habían dejado muy abajo la abertura del escondite real cuando Ramsés se detuvo.

- Parece que es aquí.

Había una larga sombra vertical en el lugar que indicaba. Era tan sólo una de tantas. Astillada y quebrada, la pared de roca se elevaba muy alto por encima de ellos.

- ¿Cómo puedes estar seguro? -dijo Nefret sacudiéndose la mano de Barton.

- Es la distancia correcta -Ramsés miró alrededor-. Dijo que hay un peñasco rodado hacia el sur de la grieta que parece la cabeza de una oveja.

- Todas lo parecen -murmuró Nefret.

- Subiré a echar una mirada -dijo Ramsés-. Apartaos un poco.

La escalada no era particularmente difícil. Había subido y bajado riscos como aquellos cientos de veces. La superficie era tan irregular que ofrecía montones de asideros para manos y pies; uno sólo tenía que comprobar cada uno antes de apoyar su peso en ellos. Moviéndose lentamente pero seguro, estaba casi en la grieta cuando Nefret gritó.

Siguió un sonido más alto y más profundo, ahogando su voz, pero él ya había reaccionado, dejándose caer hacia un lado, tanteando con pies y manos dónde agarrarse. La piedra pasó a milímetros de su mano derecha, acompañada de una lluvia de piedras más pequeñas, y golpeó el suelo con tal fuerza que envió fragmentos dispersos hacia arriba como una fuente. Llovieron sobre los dos cuerpos agazapados contra el acantilado.

Ramsés no pudo recordar cómo había llegado abajo. Los desgarrones en la parte delantera de su camisa indicaban que se había deslizado la mayor parte del camino. De los tres, Nefret había salido la mejor parada, gracias a la rápida actuación de Barton. Cuando Ramsés llegó hasta ellos, el joven aún la estaba sujetando, con sus largos brazos rodeando con firmeza su cuerpo y la cabeza agachada sobre la de Nefret. Ramsés le separó con bastante más fuerza de la que era necesaria y se inclinó sobre su esposa. Ella se retiró el pelo de los ojos y dejó escapar un grito de alivio.

- Gracias a Dios. La última cosa que vi era esa roca abalanzándose directamente hacia ti. Ayúdame a levantarme.

- Estás segura de que estás…

- Sí, estoy bien. Gracias al señor Barton.

Ramsés se apartó y se volvió a Barton haciendo un gesto de disculpa.

- Lo siento terriblemente.

Tirado en el suelo con los brazos y piernas en extraños ángulos como una araña de cuatro patas, Barton sonrió débilmente.

- No, lo siento. No vi… Debería haber… Fui demasiado lento. ¿Le he hecho daño? No quería…

- Sí, está bien -dijo Ramsés interpretando los incoherentes comentarios. Barton había estado embobado con Nefret y no se había dado cuenta de nada más hasta que ella gritó.

La joven estaba de pie, un poco pálida pero tranquila.

- Había alguien allí arriba -señaló-. He visto su cabeza y sus hombros, y entonces… oh, ¡Dios mío! ¡Cuidado!

La figura parecía flotar más que caer, con las mangas hinchadas y la ropa ondeando graciosamente como las alas de un pájaro gigante, pero golpeó el suelo con un ruido sordo y espeluznante. Ramsés no fue consciente de haberse movido hasta que un gruñido de dolor de Nefret le hizo caer en la cuenta de que la había empujado al suelo y estaba tumbado encima de ella.

- Levántate -jadeó mientras le empujaba-. ¿Está muerto?

El cuerpo había aterrizado prácticamente a los pies de Barton. Estaba boca abajo, y si por Ramsés fuera podría quedarse de ese modo. El tipo tenía que estar muerto, la sangre había salpicado todo el suelo y las botas de Barton. Sin embargo, sabía que su mujer no quedaría satisfecha hasta que se hubiera asegurado. Ella misma le dio la vuelta al cuerpo.

La cara era irreconocible, un amasijo de huesos rotos y piel en carne viva. Barton se dio la vuelta cubriéndose la boca con las manos y Ramsés le dio unas palmaditas distraídamente en la espalda mientras observaba a su esposa llevar a cabo el reconocimiento habitual y, en su opinión, innecesario. Levantó la vista para mirarle y movió la cabeza. El pelo se le había soltado, largos mechones dorados se rizaban sobre sus hombros. Es preciosa, pensó él. En voz alta dijo con brusquedad.

- Encuentra algo para cubrirle la cara, Barton va a vomitar.

- No. Escuchen. Lo siento mucho… -el joven se limpió la boca con la manga y dijo con voz lastimera-. Nunca había visto un muerto antes. No uno reciente…

- Este es bastante feo -admitió Ramsés-. No te molestes en cubrirle, Nefret, llévate a Barton de aquí.

- Sí, por supuesto -ella deslizó su brazo sobre el del joven-. No se avergüence, señor Barton. Yo soy médico, sabe, y estamos acostumbrados a este tipo de cosas.

- Eso he oído -Barton se las arregló para esbozar una débil sonrisa-. Uh… ¿Cree… cree que podría llamarme George?

Ramsés aguardó a que «George» y su esposa se perdieran de vista antes de inclinarse sobre el cuerpo. Cuando hubo terminado tuvo que limpiarse las manos con arena.

Cuando alcanzó a Nefret y a Barton, ella estaba arrodillada al lado del joven, examinándole en busca de heridas. El cabello le caía sobre los hombros, enmarcando un rostro que el calor y la emoción habían sonrojado de manera encantadora. Sus labios estaban ligeramente abiertos y asomaba la punta de la lengua, del modo en que lo hacía cuando estaba concentrada.

- Tiene un chichón -anunció Nefret, palpando un punto en el lado izquierdo de la cabeza de Barton-. ¿Cuántos dedos estoy levantando?

La mirada brillante de Barton sugería una conmoción cerebral, pero Ramsés estaba seguro de que no era el chichón de la cabeza lo que le había atontado los sesos. Finalmente consiguió emitir una palabra.

- Uh… tres.

- Bien. ¿Por qué no regresa al barco con nosotros y me deja que le examine adecuadamente? Habría que desinfectar esos cortes.

La casa que la gente del Metropolitan había construido estaba más cerca, pero para entonces Barton habría accedido a acompañar a Nefret hasta los megos del infierno. Sólo protestó levemente.

- Es demasiada molestia…

- Es lo mínimo que podemos hacer -dijo Ramsés-. Salvó usted a mi esposa de resultar gravemente herida. ¿Se encuentra en condiciones de regresar a Deir el Bahri?

- Por supuesto.

- Bien, nos veremos allí.

Nefret se mordió la lengua para no decir un improperio particularmente grosero mientras él se giraba hacia la pared del acantilado. Barton abrió los ojos de par en par.

- ¿Va a subir hasta allí? ¿Para qué? Ha sido un accidente, ¿no es cierto? Quiero decir, el tipo debía de estar borracho o… no, los musulmanes no beben, ¿verdad? Enfermo, quizás o… Estaba apoyado contra esa roca, y se desprendió, y entonces él… ¡Tiene que haber sido un accidente!

Ramsés no contestó. La escalada fue más sencilla esta vez, y en poco tiempo había alcanzado la altura desde la que estaba seguro que había caído el proyectil, el camino que recorría el borde del precipicio desde Deir el Medina hasta el Valle de los Reyes. Casi cuatro mil años antes, había sido utilizado por los hombres que vivían en el pueblo y trabajaban en las tumbas reales. Cuando llegó a la planicie no alcanzó a ver a nadie en ninguna dirección. Miró hacia abajo. Nefret y Barton aun estaban allí; él sabía que su mujer no abandonaría el lugar a menos que estuviera segura de que él estaba a salvo. La joven levantó su brazo saludándole y él agitó el suyo a su vez, haciéndoles gestos para que continuaran su camino.

La superficie del camino estaba hollada por el paso de pie, calzados y descalzos, animales y humanos. No había huellas que se distinguieran especialmente. En un punto concreto se veía una fractura reciente, pálida y limpia, donde una sección de roca había sido desprendida con una palanca. No habría requerido mucho tiempo ni esfuerzo hacer el trabajo, tampoco habría habido ninguna razón para sospechar la existencia de juego sucio, a no ser que uno estuviera buscando evidencias de ello. Trozos de roca castigada por la erosión estaban desprendiéndose y cayendo continuamente. Pero el tipo había usado alguna palanca; las marcas estaban ahí. Y había otras señales, barridas y difuminadas, pero no totalmente borradas.

Ramsés sólo se encontró con una persona en su camino a Deir el Bahri, un jovial aldeano de Gurna que le saludó sin sorpresa, le dirigió una sonrisa cómplice y le preguntó si estaba buscando tumbas perdidas.

Fue dando un rodeo, abriéndose paso a duras penas por el camino escarpado pero seguro que había detrás del lado norte del templo. Nefret y Barton estaban esperando, con Jamil y los caballos, cuando alcanzó la planicie de la segunda terraza.

- ¿Encontró algo? -preguntó el americano.

- No.

- Escuche, no quiero parecer curioso. Es sólo que he oído tantas historias acerca de ustedes… ¿Fue un accidente?

- Sin duda -Ramsés se volvió hacia Jamil. Nefret debía de haberle contado lo que había pasado; parecía más alerta de lo que Ramsés le había visto nunca-. Alguien tendrá que ir a Luxor, Jamil. Debemos informar del… eh… accidente a la policía.

- No harán nada -dijo Jamil con indiferencia.

Probablemente tenía razón. Sintiéndose algo culpable, Ramsés pensó en el tipo muerto, abandonado y presa de los depredadores, pero la idea de recuperar el cadáver era demasiado, incluso para él.

- De todas formas, deben ser informados -dijo-. Y cuanto antes.

Por sugerencia de Nefret, envió a uno de los *gaffirs,* motivándole con una generosa propina. Jamil se pararía en cada café de Luxor antes de ir al *taftish,* y eso si se molestaba en llegar allí.

* * *

Tomaron unas copas en el salón mientras Nefret atendía a Barton. Él se había puesto absolutamente colorado, como un colegial, cuando ella insistió en que se quitara la camisa. Sus heridas eran superficiales, cortes, abrasiones y arañazos, casi todos en la espalda. Saboreando su whisky, Ramsés mantuvo una conversación cortés, y albergó pensamientos poco hospitalarios.

Pero era difícil mantenerse distante con un hombre que se estaba bebiendo tu cerveza y haciendo comentarios admirativos sobre tu trabajo. Para cuando Barton se fue ya se tuteaban. El joven no mostraba ninguna prisa por irse. Nefret tuvo que recordarle dos veces que Lansing debía de estar preguntándose qué le había ocurrido, antes de que dejara su vaso y se pusiera en pie; y entonces comenzó a darle las gracias a Nefret una vez más. Ramsés le tomó del brazo y le acompañó fuera.

- ¿Debo contarle a Ambrose lo que ha ocurrido? -preguntó Barton.

- ¿Por qué no?

- Uh… Por ninguna razón, imagino. Bien. Gracias otra vez.

Cuando Ramsés volvió al salón, Nasir estaba poniendo la mesa para la cena. Se mostraba menos patoso que de costumbre, pero había encontrado una nueva excusa para quedarse remoloneando, doblar las servilletas en formas intrincadas. Su ambición excedía su habilidad; el esfuerzo de aquella noche probablemente intentaba ser un pájaro en vuelo, aunque más bien parecía un pato decapitado. Ramsés le despachó con unas pocas palabras bruscas y se acercó a Nefret que estaba acurrucada en el diván.

- Has herido sus sentimientos -dijo en tono acusador.

- Entonces dile que deje de hacer eso, cuesta una eternidad deshacer los nudos.

- Muy bien, cariño, lo intentaré. George es un chico agradable, ¿verdad? Es una pena que haya tenido que pasar una experiencia tan desagradable…

- Si se queda en Egipto, más le vale acostumbrarse.

- ¡Oh, pero bueno, Ramsés! No caen cadáveres a los pies de uno todos los días. Tenemos que invitarle a él y al señor Lansing y a monsieur Legrain a cenar una noche… con la señorita Minton.

- Si quieres perder el tiempo en reuniones sociales es asunto tuyo. Creía que tenías intención de convencer a esa mujer para que confiara en ti. No es su estilo hablar libremente cuando hay más gente alrededor.

- Cielo santo, sí que estás de mal humor esta noche. Muy bien, entonces lo dejaremos en un grupo de tres. Puedes retirarte después de la cena con cualquier excusa y yo la intentaré convencer.

- ¿Cuándo?

- Cuanto antes mejor. Los Vandergelt llegan el domingo, y estaremos ocupados con ellos durante unos cuantos días.

- ¿Mañana entonces?

- Si está libre. ¿Por qué me metes tanta prisa?

- Creí que te gustaba.

- Únicamente cuando hay perspectivas de algo interesante. ¿Digo que retiren la cena?

- No, tengo hambre.

Su sonrisa se desvaneció, pero esperó hasta que Nasir hubo servido el primer plato antes de iniciar su ataque.

- ¿Qué ocurre? ¿Es algo que encontraste mientras buscabas el cuerpo?

- No había nada que tú no vieras. Nada que le identificara, nada peculiar en cuanto a su ropa.

- Puede haber sido un accidente.

- Si crees en las coincidencias de mil demonios, es concebible que un pedazo de roca se desmoronara por casualidad justo cuando yo estaba escalando, pero el tipo no se habría caído a no ser que estuviera en la cima que rodea el camino por el lado del acantilado. No fue una caída en línea recta.

- Crees que le empujaron -dijo Nefret quedamente.

- No fue una caída en línea recta -repitió Ramsés con impaciencia-. Fue alzado y arrojado por encima de ella. Ya viste

como cayó, de espaldas, bocarriba. Aterrizó con la cabeza, pero aun así las heridas eran exageradas. Fue golpeado en la cara antes de que le tiraran; había gotas de sangre en la roca.

- Entonces había dos personas allá arriba. Una que intentó matarte y otra que…

- No sabes lo que intentaba ninguno de ellos -dijo Ramsés-. Ni yo tampoco.

- ¡Maldita sea, Ramsés, deja de interrumpirme! -se detuvo, mordiéndose el labio mientras Nasir entraba trotando con el siguiente plato, pero la discusión no terminó ahí. Ramsés sabía que no se estaba comportando bien, pero Nefret había estado tan cerca de resultar herida esa tarde… y encima había sido ese joven americano desgarbado el que la había protegido; Luxor no era un lugar seguro después de todo; y para acabar de rematarlo no tenía la más mínima pista sobre el motivo o el hombre que se escondía tras el ataque.

- Te lo aseguro, no pudo haber sido… -miró a Nasir, que estaba tan desconcertado por su tono que hacía juegos malabares con los platos en su ansia por salir de la habitación-. No pudo haber sido uno de ese grupo.

- ¿Quién más pudo haber sido? No habrás… No habrás…

- ¡No! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que me creas?

- Entonces ¿quién era el segundo hombre?

- ¿Qué segundo hombre?

- Dijiste…

- Es sólo una suposición. No sabemos si había dos personas allí arriba.

- ¿Puede haber sido…? -se interrumpió y dirigió una mirada hostil a su desafortunado mayordomo. Completamente destrozado por aquel gesto de desaprobación de su diosa, Nasir rompió a llorar y huyó.

- Jesús! -Ramsés estampó el cuchillo contra la mesa-. Te refieres a mi querido tío. ¿Niñera o ángel guardián? Crees que necesitamos uno, ¿no? Obviamente puedo cuidar de mí mismo… o tú…

- ¡Eres imposible! Voy a escribir a los padres y a contarles lo que ha pasado.

Cuando se enfadaba siempre se le soltaba el pelo. La luz de la lámpara prestaba un brillo dorado a sus rizados mechones. Sus

mejillas estaban sonrojadas y lágrimas de furia brillaban en sus ojos.

- Haz lo que quieras -dijo Ramsés brevemente-. Me voy a la cama. Ha sido un día bastante largo.

Estaba cansado y se había arañado durante su apresurado descenso del risco, pero aún permanecía despierto, con los ojos abiertos en la oscuridad cuando Nefret se deslizó dentro del cuarto y cerró la puerta. Se quedó quieta unos pocos momentos aguardando a que él hablara; él siguió mudo e inmóvil, y ella se dirigió silenciosamente al otro lado de la habitación y comenzó a desvestirse. Se tomó su tiempo, colgando con cuidado la ropa sobre una silla antes de ponerse el camisón. A Ramsés, que siempre había tenido una visión nocturna excelente, le resultó difícil mantener constante el ritmo de su respiración. Nefret se acercó de puntillas a la cama. Él estaba a punto de estirar los brazos para agarrarla cuando ella se tiró a su lado. Los muelles chirriaron.

- ¡Sé que no estás dormido! ¿Cómo te atreves a comportarte de ese modo?

Él la tomó entre sus brazos.

- Lo siento.

- ¡Y no te disculpes!

- ¿No estás siendo un poquito voluble?

- Estaba asustada -escondió la cabeza en el hombro de él-. Por eso fui tan mala.

- Yo tampoco he estado en mi mejor momento.

- Oh, no sé. Ha sido una bonita discusión…

Él era incapaz de bromear sobre ello.

- No te he mentido, Nefret. Nunca aceptaré otra misión sin decírtelo.

- Consultármelo.

- Eso es lo que quería decir. No le encuentro sentido a lo que ha pasado hoy, pero estoy seguro de que no tuvo nada que ver con…

- No quiero hablar de ello -sus labios siguieron la línea de su cuello a la barbilla-. ¡Te has afeitado!

- Bueno… eh… pensé…

- Oh, querido, ¡verdaderamente eres adorable! -Nefret se estaba riendo cuando la boca de él encontró la suya.

Algún tiempo después, él dijo soñoliento:

- Estoy empezando a comprender por qué madre y padre discuten tan a menudo. Hacer las paces después es un absoluto placer.

- Mm -fue poco más que un suspiro contra su hombro. Ramsés pensó que ella estaba dormida, hasta que una voz queda pero muy firme dijo-: Ahora háblame de Enid Fraser.

DE LA COLECCIÓN DE CARTAS
T

Queridos madre y padre:

A estas alturas ya habrán recibido el telegrama de Ramsés. No voy a disculparme; ya les dije que no podía ocultarle cosas. Para dar buen ejemplo, ahora les contaré algunas cosas que ustedes necesitan saber, con, debo añadir, el acuerdo de mi marido. En primer lugar la señorita Minton está aquí… mejor dicho, Margaret, me pidió que la tuteara. No me fío de ella ni un milímetro, pero no puedo imaginar tras qué anda, salvo… Pero eso sería una locura, ¿no? Parecía muy interesada en los saqueos de tumbas y robos de antigüedades. La encontramos hoy a la hora del almuerzo y Alain Kuentz se unió a nosotros -está de vuelta en Deir el Medina- y ella saltó sobre él con todas sus garras extendidas cuando mencionó casualmente que había sido él quien incendió la Casa de Alemania -porque, afirma, era un centro de comercio ilegal de antigüedades- ¡y otras cosas! Miren a ver si pueden averiguar algo sobre eso. Tengo entendido que Howard Cárter ha vuelto a El Cairo, Alain negó que Howard estuviera involucrado, ¡pero de un modo que daba a entender justo lo contrario!

El otro tema de interés es que alguien nos ha tirado hoy una roca encima. Estábamos cerca de Deir el Bahri, buscando una tumba que Alain decía que había sido saqueada, y Ramsés iba escalando por la mitad del acantilado cuando ocurrió. La roca no le dio, pero no por mucho, y poco después un cadáver siguió a la roca. Prácticamente aterrizó encima del pobre señor Barton que estaba con nosotros. La cara del hombre había sido destrozada, posiblemente antes de la caída.

Me limito a describirles los hechos desnudos. No sé lo que significan -

al menos, espero no saberlo- pero les ruego que no vengan a toda prisa a nuestro rescate. Ramsés lo odiaría y yo también. NOSOTROS nos hemos abstenido de ir a toda prisa en SU rescate. Creí que Ramsés iba a explotar cuando empecé a contarle lo que les había pasado. Intenten mantenerse alejados del peligro, ¿lo harán?

Hablando de temas más alegres, estamos deseando ver a los Vandergelt. Haré lo que pueda por Bertie.

Mucho amor para todos,

Nefret

DEL MANUSCRITO H

Margaret Minton no respondió a la nota de Nefret invitándola a cenar. Estaban remoloneando en un desayuno bastante tardío, cuando su mensajero volvió con la información de que la Sitt había dejado el hotel temprano esa mañana y que el conserje no tenía idea de cuándo volvería. Chismorreando, como era costumbre, había hecho algunas preguntas y descubierto unos pocos datos más: llevaba una cesta de picnic y había contratado a uno de los dragomanes, así que parecía probable…

- Que haya planeado una larga excursión -interrumpió Ramsés impaciente-. ¿Qué dragomán iba con ella?

- Sayid -rió su informante-. Consiguió que le eligiera entre todos los que querían ir con ella diciendo que era un amigo suyo de confianza, Hermano de los Demonios, que le había ayudado a capturar a muchos ladrones y asesinos.

- Sayid. -Ramsés, inquieto, se pasó los dedos por el pelo-. Dios santo, el tipo debe tener unos cien años, y aún es el cobarde más grande de Luxor. Si se mete en líos resultará de tanta ayuda como Jumana.

- Peor aún. Además, ¿por qué debería meterse en líos?

- Porque es una entrometida, periodista y una mujer con una peligrosa confianza en sí misma. Y cenó con Kuentz la otra noche.

- Creo que te preocupas sin ningún motivo. De todas formas, no hay nada que podamos hacer al respecto.

El mensajero, que estaba en cuclillas en el suelo, escuchando con interés, informó:

- Venían hacia la orilla occidental.

Ramsés le dio la propina esperada y el hombre se marchó. Para

entonces, Jamil y Jumana ya habían llegado; mientras bajaban las escaleras Ramsés dijo:

- ¿Escribiste a los padres?

- Sí. -Ella le miró por entre sus pestañas-. Envié la carta esta mañana.

- ¿Qué les has contado?

- Los hechos desnudos.

- No le habrás mencionado a *él,* ¿verdad?

- No. Pero sigo estando en desacuerdo.

Su primera parada esa mañana fue en casa de los Vandergelt, para asegurarse de que todo estaba listo para cuando llegaran los viajeros. El mayordomo -o doméstico, como prefería denominarse- era un belga que había estado al servicio de Cyrus la mayor parte de su vida. Aunque los Vandergelt no habían visitado esa residencia a menudo en los últimos tiempos, Albert se enorgullecía de mantenerla inmaculada y lista para ser ocupada en cualquier momento. Nefret le aseguró que recibirían a los Vandergelt en la estación y los traerían a casa.

- Muy bien, esto está hecho -dijo, mientras recorrían el camino de salida de la casa-. Supongo que ahora querrás ir a buscar a Alain.

- ¿Cómo lo sabías?

- Lo sé prácticamente todo de ti -murmuró su esposa-. Y tengo intención de descubrir el resto antes de darme por satisfecha: están Christabell Pankhurst, y Dollie Bellingham, y Layla, y la chica de Chicago, y Sylvia Gorst…

- Nunca tuve nada que ver con Sylvia, no puedo soportar a esa mujer, nunca pude.

- Bien, ya supuse que probablemente estaba mintiendo -dijo Nefret con calma-. Hablaremos de ello más tarde.

No si puedo evitarlo, pensó Ramsés. Sin embargo, estaba casi seguro de que no podría.

Kuentz estaba trabajando, supervisando un pequeño equipo que excavaba una de las casas de los obreros. Corrí© hacia ellos y tomó las manos de Nefret, meciéndolas entre sus peludas manazas.

- ¡Me he enterado! ¡Horrible! ¡Espantoso! ¡Mi pobre niña!

Nefret consiguió liberar sus manos.

- Casi sin duda te diré que he visto más cadáveres que tú, Alain. Tu preocupación es innecesaria.

- Pero me siento responsable. Entonces ¿encontrasteis la tumba?

- No -dijo Ramsés. El hombre tenía pelo incluso en las palmas de las manos.

- Quizás mis instrucciones no fueron lo suficientemente claras. Creedme, el sitio no merece todos esos problemas.

- No vinimos por eso -le atajó Nefret-. Teníamos curiosidad por lo que le contaste a la señorita Minton la otra noche.

- Fue una conversación curiosa -dijo Kuentz con una sonrisa-. Venid, acompañadme a mis humildes aposentos y haré que Mahmud nos sirva el té.

Eran bastante humildes, en efecto, únicamente una pequeña tienda montada en una ladera, con un hornillo de campaña y pocas comodidades básicas más.

- ¿Es aquí donde te hospedas? -preguntó Nefret, aceptando el único taburete.

- Parte del tiempo. Alquilo una habitación en el hotel, si se le puede llamar así, de Hussein Ali. Guardo mi ropa y mis notas allí, y uno puede darse un baño, si no le importan los mirones curiosos y algún pez muerto en el agua del baño de vez en cuando. La bañera está en el patio -la mirada de disgusto de Nefret le hizo soltar una carcajada-. No es tan malo. No es como vivís vosotros, pero tiene cierto encanto.

- Estoy seguro de que sí -dijo Ramsés, que había vivido en condiciones incluso menos confortables cuando estaba llevando a cabo alguna de sus misiones clandestinas-. Intentamos dar con la señorita Minton esta mañana, pero nos informaron de que había salido a pasar el día fuera. ¿Tienes alguna idea de dónde fue?

Su brusco tono puso serio a Kuentz.

- No me comentó nada. Tampoco hay razón por la que debiera. Esperad, sin embargo… sentía mucha curiosidad por la Casa de Alemania. De hecho, lo único de lo que quería hablar era de lo de las antigüedades ilegales. Dijo que estaba pensando en escribir una serie de artículos acerca de algunos de los más notorios traficantes: los Rassul, ese tipo italiano que vuestros padres atraparon hace unos pocos años, ¿cómo se llamaba?, y Sethos, por supuesto.

Siempre resultaba turbador escuchar ese nombre, pero no sorprendente; los Emerson habían intentado durante años conseguir la ayuda de la policía y del *Service des Antiquités* para averiguar el

paradero del «Maestro del Crimen». Aquellos que habían empezado dudando de su misma existencia, cambiaron de opinión después de que algunas de las actividades de Sethos se hicieran públicas. Una vez él había escrito una carta a un periódico de Londres explicando, con la mayor educación, cuánto sentía haber ofendido a la señora Emerson al robar a un conocido político mientras ella estaba haciendo un piquete en su casa.

- Le dije lo que sabía -continuó Kuentz-. Me invitó a una cena muy buena y regada con un vino excelente. Insistía en que le diera más detalles, así que al final le dije que ustedes y su familia sabían más del tema que yo.

- No mucho más -dijo Ramsés-. Nuestros encuentros con Sethos y Riccetti son del conocimiento general.

- ¡Riccetti! Así se llamaba. Yo no estaba en Egipto en ese momento, pero he oído hablar de ello. Y de Sethos. Algunas de esas historias ponen bastante a prueba mi credulidad. ¿Es cierto que iba tras el tesoro de Dahshur y que lo habría conseguido antes que Morgan si no se lo hubierais impedido?

- Sin duda la historia se ha exagerado -dijo Ramsés.

Kuentz dejó escapar una sonora carcajada.

- No tanto como la exagerará Margaret. En cualquier caso, ¿qué ocurrió con el tipo? ¿Podría estar detrás de la última oleada de robos?

- Está muerto -dijo Ramsés poniéndose en pie-. No queremos distraerte más tiempo.

Tuvieron que arrancar a Jumana del borde de la excavación, donde estaba sentada garabateando en su cuaderno, para indignación, apenas contenida, de los trabajadores.

* * *

Las ruinas de la antigua casa de la expedición alemana estaban detrás del Rameseum. Los lugareños habían hurgado entre ellas, llevándose cualquier cosa que fuera recuperable, todo lo que quedaba era una montaña de cenizas ennegrecidas.

- No había imaginado que hubieran hecho un trabajo tan concienzudo -dijo Nefret.

- Destrucción completa -asintió Ramsés-. Uno no puede evitar preguntarse por qué Cárter y Kuentz, si es que fueron ellos, actuaron sin ninguna autoridad; ilegalmente, de hecho.

- Imagino que Margaret hará una historia dramática de ello.

- Sí. No tiene sentido que nos quedemos por aquí. Vámonos.

Minton había estado en la orilla occidental. Varias de las personas a las que Ramsés preguntó la habían visto con Sayid, y les indicaron amablemente varias direcciones, ninguna de las cuales les llevó a nada. Finalmente, Nefret dijo:

- Esto es una pérdida de tiempo. Si estás tan decidido a encontrarla, estará en el hotel esta noche. ¿Le digo a Maaman que cenaremos fuera?

Sin embargo, cuando llegaron al Winter Palace, descubrieron que la Sitt no había regresado. Ramsés tiró con fastidio de su corbata. Odiaba vestir de etiqueta casi tanto como su padre.

- ¿Dónde puede haber ido?

- Si la guiaba Sayid, de la Ceca a la Meca, quizás -dijo Nefret. Ella no compartía su preocupación; conocía la afable buena voluntad de los guías de Luxor para facilitar cualquier cosa que el cliente pidiera. Imitando a la perfección el tono quejumbroso del guía, continuó-. ¿Usted busca ladrón de tumbas, Sitt? ¡Sí, yo conozco muchos ladrón de tumbas! ¡Yo llevo a verlos, usted da propina!

Ramsés relajó los labios en una sonrisa involuntaria.

- Así que crees que está sentada en casa de Sayid bebiendo un pésimo té, mientras él hace desfilar por delante a la mitad de la población de Gurna.

- Cada cual con una historia más morbosa -afirmó Nefret-. Deja de armar alboroto, querido, y vayamos a cenar. Si para cuando hayamos terminado no ha vuelto… bien, nos preocuparemos de eso más tarde.

Aunque era sábado, el elegante comedor estaba sólo medio lleno. La mayoría de los huéspedes eran americanos, y también había algunos representantes de otras nacionalidades, incluyendo unos pocos oficiales británicos. Luxor era una excursión de fin de semana muy popular para los amantes de la arqueología y para quienes estaban aburridos de la rutinaria vida de El Cairo. El servicio del Winter Palace era tan bueno que rayaba en lo irritante; camareros, sumilleres e innumerables lacayos les rodeaban.

Ramsés tendió la carta de vinos de orla dorada al *maítre*.

- No hay vinos alemanes en la carta, pero estoy seguro de que

los tienen. Un Riesling estará bien, de 1911 o 1912.

- Estás provocando deliberadamente, ¿verdad? -preguntó Nefret.

- Sí. Desprecio que se politicen ideas, personas y objetos inofensivos.

Nefret agarró su bolso de noche a tiempo para salvarlo de una gota de agua. Uno de los ayudantes de camarero había sido demasiado rápido o demasiado torpe al llenar su copa de agua. Recibió una reprimenda en voz baja de su superior y se fue acobardado.

- *Malesh* -dijo Nefret impaciente-. Deje al chico en paz, no ha hecho ningún daño.

Una hora más tarde estaban terminando su cena y no había rastro de Margaret. Nefret cogió su bolso.

- Voy a refrescarme -anunció-. Primero pararé en recepción y preguntaré por Margaret.

No se había sentido preocupada -no mucho-, pero se alegró de oír que la señorita Minton había vuelto y había ido directamente a su habitación después de recoger sus mensajes.

- Parecía muy cansada -le informó el conserje-. Y… eh… acalorada. ¿Desea que llame a su habitación?

- No, está bien. Gracias -los discretos eufemismos disimulaban la imagen de una mujer tambaleándose exhausta, empapada de sudor, y mugrienta. Sayid la debía de haber enredado. Sonriendo, Nefret prosiguió su camino.

Justo en medio del suelo de mármol del pasillo que llevaba al tocador de señoras había una mujer arrodillada, vestida de negro y con velo. Escurrió un trapo en el cubo que tenía a su lado y volvió a frotar el suelo. Una de las «Damas» que estaba delante de Nefret, enjoyada y envuelta en pieles, apartó a un lado sus faldas de satén.

- Imaginaba que la dirección no permitiría que estas sucias mujeres entraran a este lugar hasta después de que sus huéspedes se hubieran retirado.

La limpiadora se agachó más y frotó con más fuerza. Quizás no había entendido las palabras, pero el tono de desprecio era inconfundible. Nefret dijo:

- Probablemente una de sus elegantes amigas vomitó. Sin embargo, tiene usted razón; la dirección debía haberlo dejado. ¿Le habría resultado eso más agradable?

El tono y la mirada hicieron que las dos «damas» se fueran a toda prisa. Nefret buscó en su bolso y sacó unas pocas monedas.

- Gracias, pero no puedo aceptar propinas -dijo una voz desde la altura de sus rodillas. La «limpiadora» se levantó y cogió su mano-. Salgamos de aquí, vendrán más.

Otras tres mujeres entraron. La limpiadora soltó la mano de Nefret y se escabulló con la cabeza agachada. Nefret se abrió paso detrás de ella… de él. Para cuando le alcanzó, entre unas columnas, se había quitado el vestido y el velo y podría haber pasado por un huésped del hotel, con un traje de etiqueta de buen corte, un ligero aire de superioridad, y haciendo ostentación de una dentadura de piezas grandes y protuberantes. Fueron sus manos las que le delataron; ella las había visto antes, manejando con torpeza la jarra de agua.

- ¡Usted era el camarero! ¡Rayos y centellas!

- No el camarero, sólo su patoso ayudante. Llevo trabajando aquí casi una semana. Esperaba que se acercaran por aquí antes. Siéntate, ¿quieres?

Nefret se hundió en el banco con cojines de terciopelo.

- Se ha dejado el cubo.

- Y allí se quedará. Esperemos que alguien tropiece con él. Me vi obligado a desempeñar ese papel porque es condenadamente difícil encontrarte a solas.

- Usted no podía saber que vendríamos esta noche.

- Enviasteis a Margaret un mensaje esta mañana; pensé que era probable que cuando no respondiera vinierais a buscarla.

- ¿Cómo lo sabía? -preguntó Nefret casi sin voz.

- Oh, llevo horas de guardia. Nosotros, los miembros oprimidos de la clase trabajadora tenemos largas jornadas, pero somos unos pordioseros perezosos, incapaces de resistirnos al chismorreo. La vi salir con Sayid y más tarde reconocí a vuestro mayordomo, que me dijo amablemente a quién había hecho llegar la nota. Por supuesto, había hecho mis preparativos por adelantado. Es bastante fácil cambiar de personaje, cuando se tiene tanta práctica como yo. -Hizo un movimiento con la dentadura. La comicidad venció al agravio; ella se echó a reír. Sethos le puso la mano sobre su boca.

- Nada de hilaridad descontrolada, si me haces el favor, puede atraer la atención. Escucha atentamente, Nefret. Os quiero a Ramsés

y a ti fuera de Luxor. Llévale de vuelta a El Cairo, eres la única que puedes hacerlo.

- ¿Por qué?

- Dios, eres peor que Amelia, todo lo que puedo… todo lo que voy a decirte es que aquí está en peligro.

- ¿A causa de quién? ¡No de ti!

- Gracias por tu escepticismo. No, no de mí. Déjame pensar como expresarlo: cuando intenté reconstruir mi vieja organización descubrí que alguien se me había adelantado.

- ¿Alguien como Riccetti?

- Es un negocio lucrativo -dijo Sethos de un modo un tanto evasivo-. Siempre hay emprendedores dispuestos a aprovechar una vacante. ¿Cuántos cadáveres tienen que caerte encima antes de que lo entiendas?

- Ha oído lo que ocurrió ayer -le interrumpió Nefret.

- Todo el mundo lo ha oído. Si los dos seguís entrometiéndoos resultaréis heridos.

Nefret le puso la mano en la manga.

- ¿Y usted? ¿No va a reconsiderar lo que está haciendo? Es un juego peligroso y los demás jugadores son tipos peligrosos. Seguramente tiene ahorrado lo suficiente para retirarse definitivamente.

Ella habló deprisa y con fervor, intentando atrapar su mirada, utilizando los pequeños trucos que toda mujer conoce para convencerle de su sinceridad e interés; creyó que su cara se suavizaba por un momento, pero de repente se rió y dijo con ligereza:

- ¿En el seno de la familia? Verdaderamente no consigo ver a Radcliffe entusiasmado con la perspectiva. Además, querría que abandonara mis ganancias ilícitas.

- También madre.

- Sin embargo, no podrían obligarme a hacerlo -dijo Sethos con una amplia sonrisa-. Buen intento, Nefret. Eres una criatura encantadora, pero no malgastes tu encanto conmigo. Tengo un pequeño regalo para ti.

Lo sacó del bolsillo interior de su chaqueta, una bolsa de algodón de vivos colores, cosida de un modo chapucero, cerrada con un fino cordel. Incluso antes de cogerla y sentir el peso, sabía lo

que era.

- He oído que él no quiere llevar pistola -dijo Sethos-. Espero que no compartas su criterio.

- Lo comparto. Pero haré cualquier cosa para mantenerlo a salvo.

- Típico de las mujeres. Vuestros principios siempre ceden cuando resulta conveniente. ¿Sabes cómo usarla?

- Sí.

- Bien. Hablo totalmente en serio, Nefret. Sácalo de aquí e intenta llevarte a esa condenada mujer contigo.

- ¿Margaret? ¿Por qué?

- Eso, al menos, debería resultarte obvio -dijo su tío político con exasperación-. Es tan obstinada y entrometida como Amelia. Tampoco es tonta. Si continúa por el camino que ha comenzado… Cuéntale alguna historia fantástica que la persuada de seguirte hasta El Cairo. Ofrécele una exclusiva, un cadáver, una maldición, algo. Ahora más vale que vuelvas con él antes de que venga a buscarte. ¿Nunca te suelta la correa?

Antes de que Nefret pudiera reaccionar, él estaba a un metro y medio de distancia, moviéndose con una rapidez que le recordó a su hermano. Ella se levantó de un salto, dio dos pasos y se detuvo. Tendría que correr para alcanzarle. Sería un bonito espectáculo, la joven señora Emerson atravesando como un rayo el vestíbulo del Winter Palace en persecución de un extraño. Un segundo después se había perdido de vista.

Él lo había vuelto a hacer. De ahora en adelante estaré en guardia hacia los comentarios provocadores, se dijo con firmeza. Los utiliza como un bofetón, dejando al oyente impactado y temporalmente inmóvil. ¡Soltar la correa! ¡Como si ella fuera un fiel perro de presa!

Consiguió embutir el fardo de basto algodón en su bolso de noche, pero sabía que Ramsés lo notaría. Y efectivamente se dio cuenta de todo.

Al principio no se apercibió del bolso sino de su aire de excitación contenida.

- Has tardado mucho -dijo, examinando su cara-. ¿Ha ocurrido algo?

- Sí. No quiero café, vámonos. Te lo contaré tan pronto como

estemos solos.

Habían alquilado una faluca en lugar de hacer que uno de sus hombres les llevara en barca; Nefret adoraba surcar las aguas oscuras bajo el cielo estrellado. Tan pronto como ocuparon sus asientos y la embarcación emprendió la marcha, inició su historia.

Él no la interrumpió hasta que ella repitió lo que Sethos había dicho sobre Margaret Minton.

- Así que la llama Margaret, ¿no? Intenta recordar sus palabras exactas, Nefret. Puede que sea importante.

Ella repasó los hechos otra vez. Dejó la pistola para el final. El único comentario de Ramsés fue:

- Ya vi que había algo. No me lo enseñes ahora.

Aunque estaba acostumbrada a su autocontrol, el tono distante le preocupó un poco.

- ¿Estás enfadado porque no te lo he contado mientras estábamos en el Winter Palace? -dijo ella dócilmente.

Él le rodeó los hombros con su brazo.

- No, no tenía sentido quedarse allí. Hubiera sido inútil intentar encontrarle.

Pero ella sentía el brazo que la sujetaba tan tenso como el granito.

Tomaron café en el salón. Tenían que ir a recibir al tren la mañana siguiente, pero aún era temprano y Ramsés no descansaría hasta que hubiera diseccionado aquella conversación palabra por palabra y sílaba por sílaba.

- ¿Le dijiste que nos preocupaba su seguridad? Debió ser una actuación muy conmovedora.

- A mí me preocupa… -protestó Nefret-. ¿Cómo podría ser de otro modo, después de lo que ha hecho por nosotros? Tiene una buena cantidad de cualidades admirables, y algo del encanto de la familia. Cada vez me recuerda más a padre, y a ti.

Ramsés se quitó la chaqueta, el chaleco y la corbata en cuanto estuvo a bordo. Paseando arriba y abajo por el salón, se retiró un mechón de cabello de los ojos y dijo con sarcasmo:

- Durante años madre intentó redimirle, como ella decía. ¿Crees que puedes tener éxito donde ella fracasó?

- Ahora es más mayor y ha pasado por muchas cosas -dijo Nefret con moderación-. Y creo que hablaba con sinceridad cuando dijo

que estaba preocupado por ti.

- No es mi intención -dijo su marido-, echar un jarro de agua fría sobre tan conmovedora suposición, pero hay otra interpretación menos sentimental de su aparente preocupación.

- Lo sé.

- Anda detrás de algo -murmuró Ramsés-. Algo grande. Algo que requiere tiempo e intimidad. No le preocupan los lugareños; siempre ha utilizado una sensata mezcla de intimidación y recompensas para ganarse su apoyo, y no sacarían nada entregándole. ¡Diablos, no hay nadie a quien pudieran entregarle! La policía local es inútil y corrupta, el *Service des Antiquités* no cuenta con el personal necesario, y las autoridades británicas están demasiado ocupadas con la guerra para preocuparse por unos pocos objetos. La única persona a la que podrían dirigirse es…

- A ti.

- Sí. No por mí mismo, sino como representante de padre. Existe una remota posibilidad de que uno de los muchachos se vea movido por antiguas lealtades, o por miedo al Padre de las Maldiciones. Ésta es toda la confianza que voy a otorgarle -añadió Ramsés a regañadientes-. No creo que llegara a herirme, y sin duda no te haría daño a ti. Pero tampoco va a dejar que le detengamos. Lo que ha hecho esta noche es, como de costumbre, ingenioso; apelar a tus sentimientos hacia mí a mis espaldas, con veladas indirectas de peligro.

- No eran tan veladas. Dijo que había otro jugador en la partida.

Ramsés rechazó esto con un gesto brusco.

- No hemos visto rastro de nadie más.

- Cierto. La gente arroja piedras y cadáveres sobre ti todo el tiempo.

- Quizás sólo quería asustarnos.

- ¿Sethos? No se arriesgaría a hacernos daño a ninguno de los dos.

Ramsés apretó los labios con exasperación.

- Te has enternecido con él, como madre y Margaret. Darte la pistola fue un golpe particularmente inteligente. ¿Te pidió que no me lo contaras?

- No -dijo Nefret.

- Echémosle un vistazo.

Se tiró en el diván a su lado y sacó el arma de su tosca envoltura.

- Vaya cosita bonita -dijo, con una mueca-. Es el último modelo de la adorada Ladysmith de madre. Completamente cargada… -Sacó el tambor-. Salvo por el séptimo disparo, el de la cámara bajo el percutor. Como no tiene seguro, eso evitaría un feo accidente en caso de que la pistola se cayera.

- Lo sé.

- Madre te dejó jugar con el suyo, ¿no?

- ¿Preferirías que no la llevara?

- ¿Estás pidiendo mi aprobación? Nefret, ya sabes por qué no llevo pistola. Ésta no es la primera vez que me pregunto si tengo derecho a tomar esta postura, pero no puedo… -inclinó la cabeza para que ella no pudiera ver su rostro, y cuando continuó su voz sonaba tan agotada y derrotada como la de un anciano-. Estabas preocupada por que aceptara otra misión. No necesitabas estarlo. No lo haré. No puedo. He perdido el valor, Nefret. La sola idea de la violencia me pone enfermo. ¿Qué se siente al tener un cobarde por marido?

Nefret estuvo a punto de reírse, como uno hace ante una afirmación tan escandalosamente falsa que parece un chiste. Sin embargo, él no estaba bromeando. ¡Lo pensaba de veras! Ella quería rodearle con sus brazos, pero la situación era demasiado seria para tranquilizarle con caricias. Es por mí, pensó ella. Esto es lo que le he hecho, está asustado por mí, no por él, aunque no puede ver la diferencia y no me creerá si se lo digo.

- Ésa es una de las afirmaciones más ridículas que has hecho en tu vida -dijo, pero sabía que no era suficiente.

- Muy amable de tu parte -él sonrió, pero sus ojos estaban ocultos y opacos-. Bien, éste es el final del pequeño drama de esta noche. Quédate el arma. Uno no puede rechazar un regalo de un tío, ¿verdad?

Capítulo 11

Emerson levantó a Sennia y ella se acomodó suspirando en la curva de su brazo.

- ¿Podemos irnos a casa ahora? Quiero ver a Gargery y a Horus y estoy sedienta; ella me ofreció agua, pero usted me dijo que no bebiera agua a no ser que estuviera hervida.

Desenganché mi cantimplora y se la tendí a Emerson.

- Eres una buena chica, recordar eso cuando estabas tan asustada.

- No estaba asustada. No mucho. Sabía que vendrían.

Por encima de su cabeza, los ojos de Emerson se encontraron con los míos. Yo sabía que estaba acordándose de otro niño que nos había dicho algo similar muchos años antes. La sinceridad me obliga a señalar que, en el caso de Ramsés, los innumerables contratiempos de los que le habíamos rescatado eran en buena medida culpa suya; pero en el caso de Sennia esto no era así; le habíamos fallado y sólo gracias a Dios y al valor de Gargery las cosas habían acabado bien.

Sennia me devolvió la cantimplora.

- ¿Podemos irnos a casa ahora, por favor?

Guando llegamos encontramos a una gran multitud reunida, todos nuestros hombres, todas las sirvientas, y casi media docena de gaffirs. Ali, el portero, no estaba en la puerta, sino con los demás, blandiendo un contundente palo y gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Sus exigencias, y las de los demás, iban dirigidas a Selim; querían acción y la querían ahora y los intentos del pobre Selim para hacerse oír por encima del alboroto eran en vano. Fue el

primero en vernos. El cambio en su expresión hizo que los demás se volvieran, y entonces fuimos nosotros el objetivo de los gritos de la multitud.

Calmarlos a todos requirió algún tiempo. Kadija se llevó a Sennia a ver a Gargery y Fátima corrió a la cocina a cocinar los platos favoritos de la pequeña. El resto emprendió una animada discusión. ¿Debían celebrar el regreso de la niña con una enorme fiesta antes o después de haber castigado a sus secuestradores?

- ¿Señor? -William se nos acercó. No me había dado cuenta de que estaba allí, siempre pasaba condenadamente inadvertido-. ¿Qué puedo hacer, señor?

- Nada -dijo Emerson cruelmente pero con amabilidad. Al ver al joven poner cara larga, yo añadí:

- Gracias William, pero como ves, el asunto está bajo control.

- Sí señora. Yo… estoy muy contento de que la niña esté a salvo.

Emerson ya se había apartado, yo le di unas palmaditas a William en el brazo y seguí a mi marido y a Selim al estudio.

- ¿Qué has hecho con él? -fue la primera pregunta de Emerson.

- Está encerrado en la caseta del jardín, con Hassan de guardia. Le habrían descuartizado miembro a miembro, Padre de las Maldiciones, si lo hubiera permitido. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estaba? ¿Encontraron al otro hombre?

Le ofrecimos una breve explicación de lo que había ocurrido.

- Ah -dijo Selim, animándose-. Así que iremos allí y esperaremos a que vuelva esta noche.

- Ése es el paso que debemos dar -asintió Emerson-. Aunque hay una posibilidad de que alguien le avise. No podía evitarse, Selim, teníamos que traer a la niña a casa inmediatamente. Por fortuna, tenemos otra fuente de información.

Persuadí a Emerson de que esperara un poco antes de comenzar el interrogatorio de nuestro prisionero porque quería estar presente y había otras tareas que debía llevar a cabo antes. No me ocuparon mucho tiempo. Selim había acostado a Gargery y Kadija le había untado con su ungüento verde. Era todo un espectáculo, pero su alegre aunque torcida sonrisa, y su aire de estar muy satisfecho consigo mismo me dijeron que consideraba sus moratones el pequeño precio a pagar por su nuevo papel como héroe, que, me temía, tenía intención de exprimir al máximo. Sennia había ido a

verle; ahora estaba en el baño, atendida como una pequeña sultana por Kadija y Basima y otras cuantas mujeres, además de Horus, que estaba tumbado en un cojín observando la escena.

El gato y yo nos estudiamos el uno al otro con mutuo disgusto. Era ahora cuando nos hacía falta Nefret. La medicina veterinaria no es una de mis especialidades, pero sabía que un animal dolorido puede atacar incluso a un amigo. Sin embargo, no me caracterizo por eludir mi deber. Me acerqué a Horus con paso firme.

- Peabody, no -exclamó Emerson alarmado-. No sin guantes, no sin varias personas sujetándole, no sin un palo… -su voz se apagó poco a poco. Horus se había hecho un ovillo y vimos que todo su vientre estaba verde brillante.

- Oh -dije- Kadija, ¿cómo has…?

Kadija me miró por encima de su hombro.

- No tiene huesos rotos, Sitt Hakim, y creo que ninguna herida interna. Ha comido un montón de pollo y ha destrozado a arañazos la mitad de la puerta del cuarto de Sennia.

- Pero ¿cómo has…?

- Hablé con él.

¿En qué idioma? Me preguntaba. Decidí no investigar. Horus me puso cara de desprecio.

El cobertizo no tenía ventanas. El interior estaba tan caliente como un horno. La cara sudorosa del prisionero brillaba como el cristal. Era un joven de piel oscura y barba cerrada. Los hombres no le habían tratado con amabilidad. Tenía la cabeza descubierta y la ropa desgarrada.

Si aún le quedaba algún ánimo de lucha, la visión de la fornida figura de Emerson ocupando el estrecho umbral lo habría pulverizado. Había permanecido sentado en el suelo, se arrastró hacia atrás tan lejos como pudo y levantó las manos pidiendo clemencia.

- Se dice que el Padre de las Maldiciones no tortura a sus prisioneros -graznó.

- Sólo cuando se niegan a contestar mis preguntas -dijo Emerson-. Eso no ha ocurrido nunca. Espero que no seas el primero. ¿Cómo te llamas?

Respondió a las primeras preguntas sin dudar. Se llamaba Mohammed, de profesión conductor de camellos; vivía en el pueblo

de Giza, donde había conocido a Saleh Ibrahim, que le había contratado para un trabajito.

- La niña no estaba en peligro, Padre de las Maldiciones, lo juro. Saleh dijo que debíamos cogerla sana y salva o no nos pagarían. Dijo…

- ¿Pagaros? -repitió Emerson-. ¿Quién?

- No lo sé, Padre de las Maldiciones. He hecho mal, pero no me mande a prisión; pégueme, y déjeme ir. Fue Saleh el que lo planeó. La llevó a su casa. Es todo lo que sé. Juro que no volveré.

- Oh, cállate -dijo Emerson disgustado. Se volvió hacia mí y continuó en inglés-: Conozco a los de su clase, es un criminal insignificante que meterá las manos en cualquier trabajo que no requiera mucho valor ni inteligencia. Lo que me sorprende es que haya tenido los redaños de aceptar este trabajo. Sabía quién era la víctima, sabe quiénes somos, conocía la relación que nos une.

- Quizás le hayan prometido una gran suma de dinero.

- Debe de ser una suma muy grande -dijo Emerson con un inconsciente, y justificado, egocentrismo-. No. Hay algo que no nos ha dicho. Mira a la miserable criatura.

El sudor chorreaba por la cara del hombre, que había adquirido un peculiar tono de barro grisáceo. Se había llevado la mano a la garganta, y vi que estaba toqueteando un amuleto de alguna clase.

- Eso no te ayudará -dijo Emerson-. ¿Crees que Alá escucha las plegarias de pecadores, mentirosos y atormentadores de niños pequeños? Tú sabes quién contrató a Saleh. Si no hablas… -Hizo una pausa para causar mayor efecto. A Mohammed le empezaron a castañetear los dientes-. Si no nos dices la verdad, la Sitt Hakim ira a buscar su parasol.

El tipo puso los ojos en blanco y cayó desmayado.

- Ahora sí que la has hecho buena, Emerson -comenté.

- Eso espero -dijo Emerson-. Hassan, dale agua.

Había que agradecerle a Daoud las leyendas que rodeaban a mi sombrilla. Era un buen narrador y las historias que había contado acerca de nosotros se habían extendido por todo Egipto. Nunca había estado segura de hasta qué punto creía él mismo en los poderes mágicos de la sombrilla, pero sin duda se las había arreglado para convencer a muchas otras personas. Reanimamos a Mohammed y le encontramos patéticamente deseoso de confesar,

pero se hallaba en tal estado de terror, que Emerson tuvo que sacudirle unas pocas veces antes de que pudiera hablar de una forma inteligible.

Sólo una cosa podía haberle persuadido de desafiar la cólera del Padre de las Maldiciones y el terrible parasol de la Sitt Hakim. No era el dinero. Era saber que el acto había sido ordenado por un sujeto al que temía incluso más que a nosotros, y la esperanza de convertirse en uno de sus hombres de confianza. Creo que yo sabía lo que iba a decir incluso antes de que Emerson se lo sacara a sacudidas.

- El Maestro. ¡Fue el Maestro! ¿Quién se atreve a oponerse a sus órdenes?

Mi fértil pluma vacila cuando intento describir el impacto de la afirmación de Mohammed. No se hubiera atrevido a mentir. Estaba diciendo la verdad -o eso creía él. Incluso Emerson se quedó momentáneamente sin habla.

Recobrándome, dije:

- El Maestro está muerto.

Mohammed parecía una rata arrinconada, en su cara sudorosa se mezclaban el terror y la astucia.

- Eso dijeron de él antes. Pero no estaba muerto, Sitt, o de otro modo volvió de Gehenna, donde los mismos afrits se arredran de miedo ante él, y castigó a los que le habían sido desleales. Yo no le he visto, pero Saleh sí. Le dio dinero a Saleh. Le dará más esta noche, cuando sepa que sus órdenes se han llevado a cabo.

- Esta noche -repitió Emerson, con una voz como el estallido de un trueno.

- Obviamente alguien ha usado su nombre, Emerson -exclamé.

- Obviamente -visiblemente desazonado, mi marido toqueteó el hoyuelo de su barbilla-. Ya que ninguno de sus mercenarios sabía qué aspecto tenía realmente, no resultaría difícil convencerles de que ha vuelto. Tiene tantas personalidades como pelos en la cabeza.

Habíamos hablado en inglés, pero Mohammed entendió lo suficiente como para darle una nueva esperanza.

- ¡Me cree, Padre de las Maldiciones! No puedo decirles más. Déjeme ir y le juro que no volveré a…

- ¿Debemos entregárselo al señor Russell? -pregunté.

- No, ¿de qué serviría? Russell no podría sacar de él más de lo

que hemos sacado nosotros. Le quiero aquí, a mi disposición. No se me ocurre cómo podría sernos más útil, pero nunca se sabe.

Los afligidos aullidos de Mohammed nos siguieron mientras regresábamos a la casa. Yo le había dado instrucciones a Hassan para que le facilitara agua y comida y tantas comodidades como permitieran las circunstancias. Él era una criatura despreciable, pero una debe vivir de acuerdo con sus creencias.

Planeamos nuestra expedición con cuidado, confiando sólo en Selim. Aunque no pensaba que necesitáramos su ayuda, hubiera sido cruel rechazar su petición de que le permitiéramos acompañarnos. Estaba deseando dar un par de golpes por su cuenta.

Para cuando partimos la tarde estaba avanzada. Mohammed no había sido muy preciso acerca del momento exacto del encuentro entre el impostor y su mercenario, probablemente porque ni siquiera él mismo lo sabía. «Después del anochecer» puede ser cualquier hora entre la puesta de sol y el amanecer, así que teníamos que tomar posiciones antes del atardecer. Había poco menos de kilómetro y medio de camino desde el lugar donde dejamos los caballos, y allí nos vestimos con ropas árabes. Emerson se divirtió con esta parte del plan, ya que en mi papel de mujer musulmana estaba obligada a seguirle a una distancia apropiada. Nos aproximamos al pueblo desde el sur, donde unas cumbres rocosas ofrecían lugares para ocultarse. El sol estaba muy bajo por el oeste para entonces. Él y Selim se dispusieron a esperar. Yo proseguí.

Emerson no había aceptado esta parte del plan sin discutir pero, en mi opinión, era imperativo que tuviéramos a alguien dentro de la casa y yo era la única que podía acercarse sin levantar sospechas. Muchas de las mujeres más pobres del pueblo iban sin velo, y yo también, pero el pañuelo de la cabeza ocultaba mi rostro, que había oscurecido con uno de los mejunjes que Ramsés guardaba para tal fin.

No encontré a nadie mientras me aproximaba a la casa arrastrando los pies. Incluso el perro había desaparecido. Durante nuestra visita anterior los habitantes se habían escondido en sus casas, ahora parecían haber llevado a cabo un éxodo apresurado. Puede que fueran analfabetos e ignorantes pero no eran estúpidos. «Cuando el Padre de las Maldiciones aparece se avecinan

problemas», como solía decir Daoud. Tenían que haber sabido que los problemas no habían acabado, que el Padre de las Maldiciones querría ajustar las cuentas por el secuestro de Sennia, que regresaría, escupiendo fuego y convocando a todos los demonios de Egipto en su ayuda. Yo no creía que ninguno de ellos estuviera directamente involucrado, pero no son únicamente los culpables los que huyen cuando alguien los persigue.

Yo dudaba de que se hubieran llevado a la anciana con ellos. Habría resultado un estorbo, y serviría como chivo expiatorio. Efectivamente, allí estaba, agazapada en la esquina junto al brasero, con aspecto de no haberse movido desde la última vez que la vimos. Cuando entré y cerré la puerta tras de mí, alzó la cabeza.

- No tenga miedo -dije quedamente-. Soy la Sitt Hakim.

Ella asintió.

- Sabía que volverían. Los demás también lo sabían. Han huido.

- ¿Su hijo no ha regresado?

- No -con la misma voz exánime, continuó-. No regresará. La noticia de su visita se ha extendido y si él la oye se irá lejos y nunca volverá, y yo me quedaré sola, sin nadie que cuide de mí. ¿La niña está a salvo?

- Sí. A salvo y feliz.

- Es una buena chica. Amable y educada. Él juró que no le haría daño. Ella no quería comer pasteles de miel…

Poco a poco su voz se convirtió en un murmullo y comenzó a mecerse adelante y atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho como si estuviera cuidando a un bebé. Se había gastado en opio parte de sus inesperadas ganancias. Reconocí el olor. Bueno, ¿quién podía culparla por querer escapar de una vida de ceguera, pobreza y soledad?

Examiné la habitación, intentando decidir qué hacer. Afuera el cielo se iba oscureciendo, y pronto el interior estaría oscuro como boca de lobo. El iónico lugar donde sentarse era el suelo, que estaba plagado de insectos que ya habían iniciado el ataque a mis tobillos. Decidí quedarme de pie a un lado de la habitación, así la puerta me ocultaría al abrirse. La anciana no me prestó atención. Estaba perdida en recuerdos de un pasado más feliz, cuando mecía a un niño.

Era totalmente posible que nuestro intento de emboscada

estuviera condenado al fracaso desde el comienzo. Los aldeanos, a esas horas dispersos por el paisaje, darían noticia de los emocionantes acontecimientos de la mañana a todo aquél que se encontraran. Alguno de ellos incluso podría correr el riesgo de ir en busca de Saleh para avisarle de que su intriga había fracasado. Y aún en el caso de que no hubiera oído nada con antelación, sin duda se daría cuenta de que algo andaba mal cuando descubriera la puerta sin atrancar.

En mi opinión, ninguna de esas posibilidades justificaba el abandono de nuestro plan. Eran posibilidades, no certezas, y sabía con seguridad que Emerson estaría de acuerdo en no perder ni siquiera una remota oportunidad de capturar al secuestrador, a quien obligaríamos a conducirnos ante el hombre que le había contratado. ¿Sería el mismo individuo que había asesinado a Asad y nos había atacado? No parecía muy posible que tuviéramos más de un enemigo al acecho (aunque yo era consciente de que había ocurrido antes) pero, por mucho que lo intentara, no había sido capaz de pensar en un simple motivo subyacente que explicara todos los acontecimientos. Sin embargo, aquella tarde, después del asombroso anuncio de Mohammed se me había ocurrido una nueva e intrigante idea. ¿Podría ser nuestro adversario un lugarteniente del Maestro del Crimen resuelto a vengar la muerte de su jefe? Muy pocos conocían su trabajo para el ministerio de Guerra, si es que alguno lo sabía, y fácilmente se nos podría culpar a nosotros de su fallecimiento.

Había tropezado con varios de esos individuos, y como no tenía nada mejor que hacer, les pasé revista. ¿El sofisticado y encantador sir Edward? ¿El galante joven francés que yo había conocido como Rene d'Arcy? ¿El afable americano, Charles Holly? Seguramente ninguno de ellos. Todos habían sido unos perfectos caballeros, aunque fueran criminales. La única persona del séquito inmediato de Sethos que podía haber urdido un plan tan diabólico estaba muerto. De eso no había duda porque yo había visto su cadáver. Por supuesto, no había conocido personalmente a todos sus secuaces.

Tales especulaciones no me llevaron a ninguna parte, pero al menos me ayudaron a pasar el tiempo.

La oscuridad había caído. La anciana estaba dormida; yo no podía ver nada, pero escuchaba su respiración sibilante. Me había

preparado para una larga espera. El sonido que me sacó de mi ensueño fue tan inesperado y misterioso que estuve a punto de perder el equilibrio. Era el agudo aullido de un perro.

El estallido de un arma, pistola o rifle, acalló el lamento. Aguardé conteniendo la respiración. Lo que presagiaba ese sonido no podía adivinarlo; a qué distancia estaba, lo desconocía. Pero había alguien allí fuera, en las colinas, con un arma moderna. Hubo una época, en los días de mi impetuosa juventud, en la que habría salido precipitadamente de la cabaña disparando mi propia pistolita. Ahora era más lista. Ocurriera lo que ocurriera, debía mantenerme en mi puesto hasta ser relevada. Aferrando mi pistola con una mano y mi linterna con la otra, apunté con ambas a la puerta y permanecí alerta.

Supongo que el intervalo no duró más de media hora, pero llegué a pensar que iba a estallar de frustración y preocupación hasta que finalmente escuché una voz.

- Peabody, soy yo. ¡No dispares! ¿Es seguro entrar?

Tenía la garganta seca, pero conseguí graznar una respuesta.

- Claro que es seguro. ¿Crees que dispararía a ciegas contra una puerta que se abre?

- Creo recordar que eso ha ocurrido alguna vez -dijo Emerson. La puerta crujió al abrirse y su perfil se dibujó contra el cielo estrellado. Había hablado en su tono habitual y su linterna estaba encendida, aunque tenía la suficiente consideración como para no enfocarla directamente a mis ojos. Agarrotada por llevar tanto tiempo de pie, avancé hacia él dando traspiés. Me quitó la pistola de mi entumecida mano antes de prestarme el soporte de su brazo.

- ¿Qué ha ocurrido? -pregunté-. Oí aullar al perro y el disparo de la pistola.

- ¿Y te mantuviste en tu puesto? Buena chica -me dio un beso rápido-. Ahora, si pudieras quitarte la manía de agitar esa maldita pistola ante la gente… No estás herida, ¿no?

- No, ¡pero he estado de pie en la misma posición durante horas! ¿Dónde está Selim? Maldita sea, ¿qué ha ocurrido?

- Ha ido a buscar los caballos -Emerson alumbró con su linterna el interior de la cabaña-. Opio -murmuró-. Pobre criatura. Mañana tendremos que hacer algunos planes para ella, Peabody. Su hijo no va a volver.

- ¿Muerto?

- Sí. El perro, que debía ser suyo, yacía al lado de su cuerpo. Es extraña la lealtad que las bestias sienten incluso por los amos que abusan de ellos y los descuidan.

Después de la fétida oscuridad de la cabaña el aire de la noche resultaba tan delicioso como agua fría contra mis ardientes mejillas. Me refresqué con agua de mi cantimplora, cosa que no había podido hacer antes puesto que tenía ambas manos ocupadas, y mientras aguardábamos a Selim, Emerson respondió a mis insistentes preguntas.

- La tragedia, si quieres llamarlo así, ocurrió no muy lejos de donde nos habíamos escondido. Según yo reconstruiría el asunto, Saleh iba a encontrarse con su jefe en las colinas de la aldea. El bastardo debía tener planeado llevarse a Sennia. Quizás quiso alguna prueba de que Saleh la tenía antes de pagarle el resto del dinero. Sin embargo (sólo es una hipótesis pero tiene sentido), Saleh mantuvo la cita secreta porque era demasiado avaricioso para olvidarse del resto de la recompensa. Su intentona de engañar a su jefe falló, se vio obligado a admitir que había perdido a su cautiva.

- O -sugerí-, el impostor pudo haberse enterado de nuestra visita. Como tú mismo señalaste, durante todo el día se habrá extendido por toda la zona.

- Humm -Emerson toqueteó el hoyuelo de su barbilla-. Sí, eso tiene más sentido. Saleh esperaba que su jefe desconociera aún el último giro de los acontecimientos, y creyó que podría engañarle para que le entregara el dinero. O quizás tenía pensado derrotarle y robarle. El… eh… impostor decidió encontrarse con Saleh porque el riesgo de dejarlo suelto era aún mayor; podría haber sido capaz de decirnos algo que nos diera una pista de la identidad del hombre que le había contratado. Imagino que desde el principio tuvo intención de matar a Saleh una vez hubiera llevado a cabo su parte del trato. El perro era lo único que no había previsto. Comenzó a aullar y el bastardo le disparó.

- No había rastro de él, supongo.

- No. Nos llevó un rato encontrar el sitio en la oscuridad. Tuvo mucho tiempo para acuchillar a Saleh, matar al perro y esfumarse.

- ¡Frustrados una vez más! -grité, agitando mis puños ante los oscuros e inescrutables cielos.

* * *

Si se me hubiera permitido seguir el procedimiento adecuado, habría regresado a la escena del crimen, buscado pistas y examinado el cuerpo. Esta sugerencia afectó a Emerson negativamente. Me aseguró, con considerable vehemencia, que él mismo había hecho el trabajo de manera al menos tan concienzuda como podría haberlo hecho yo. Lo dudaba, pero su indignación llegó a tal extremo, que me pareció más aconsejable abandonar la idea.

- Entonces, ¿qué pistas has descubierto? -pregunté, mientras cabalgábamos de vuelta a la casa. Haciendo una graciosa inclinación de cabeza a Selim, le incluí a él en la pregunta. Sin embargo, fue lo bastante prudente para permanecer en silencio.

- Nada -dijo Emerson-. ¿Creías que nos dejaría su tarjeta?

- ¿Ni huellas, ni restos de ropa?

- Ni siquiera un trocito de papel aferrado entre los rígidos dedos del cadáver -replicó Emerson con cruel sarcasmo-. No hubo lucha, ni siquiera una discusión; el tipo se acercó a Saleh desde atrás, puso un brazo alrededor de su garganta para cortar sus protestas, e introdujo el cuchillo en su cuerpo con la otra mano.

- Es una reconstrucción ingeniosa, Emerson, pero ¿cómo puedes estar seguro?

- Elemental, querida Peabody. Saleh no se habría quedado inmóvil y en silencio, sin hacer ningún intento de defenderse, si se hubiera enfrentado a un hombre con un cuchillo. El suyo aún estaba en el cinto. En cualquier caso, ése parece ser el método preferido de nuestro amigo. Es tan eficiente como despiadado. Cualquiera preferiría -dijo Emerson didácticamente- evitar que le salpicara sangre. El propio cuerpo de la víctima protegería al asesino, salvo por su brazo y manga.

- ¿Tienes algo que añadir, Selim? -pregunté.

- No, Sitt Hakim. Salvo que siento que muriera tan rápido.

Ése parecía ser el consenso general. Muchos de nuestros leales hombres aún estaban en la casa; en lugar de hacer una fiesta, habían decidido celebrarlo a menor escala. La comida y la bebida (de variedad no alcohólica) fluían con libertad, y en el centro de la habitación, como un monarca en su trono, estaba Gargery, vendado en exceso y sonriendo. Lo que había en su vaso parecía ser cerveza.

Tan pronto como pude hacerme oír entre las preguntas y los gritos de bienvenida, dije:

- Me alegra comprobar, Gargery, que tus heridas no eran tan dolorosas como yo había creído.

- Me sentí obligado a unirme a la celebración, señora -dijo Gargery poniendo cara de santurrón-. Esta buena gente insistió.

- Ja -dijo Emerson; pero no añadió más. El nuevo estatus de héroe de Gargery aún se mantenía. Yo tenía el presentimiento de que no duraría mucho más si se aprovechaba demasiado de él.

Ambos estábamos bastante hambrientos, así que nos sentamos en el sofá y aceptamos los platos de pollo especiado y guiso de lentejas, y Emerson le contó a la audiencia lo que había pasado. Gemidos de decepción siguieron al anuncio de la muerte de Saleh.

- ¿Qué haremos ahora, Padre de las Maldiciones? -preguntó Hassan.

- Aguardar mis órdenes -dijo Emerson-. La Sitt Hakim y yo decidiremos lo que hay que hacer.

Después de esa promesa se retiraron muy animados, y Gargery se fue a la cama tambaleándose apoyado en Fátima. Ninguno fue a echarle una mano, puesto que su bamboleo era algo exagerado. ¡Al fin estábamos solos!

- ¿Qué haremos ahora, Padre de las Maldiciones? -pregunté.

- Daba por supuesto que ya tendrías un plan -replicó mi marido-. ¿Whisky con soda, Peabody?

- Sí, gracias. De hecho, he estado pensando…

- Rayos y centellas -protestó Emerson débilmente-. ¿Y bien, querida?

Había sido un día bastante agotador, entre unas cosas y otras, pero un sorbito de la excepcional bebida tuvo el habitual efecto estimulante.

- Debemos ir a Luxor, Emerson.

Emerson comenzó a rezongar para sí mismo. En el pasado, aquél había sido un hábito muy característico de él, aunque últimamente no lo había hecho.

- Nunca me acostumbraré. ¿Cómo…? ¿Debemos? -se sentó de golpe y me miró fijamente. Sus espesas cejas formaban una línea recta a través de su frente viril.

- Te lo explicaré.

- Te ruego que lo hagas.

- Uno de los misterios sin resolver acerca de este asunto es el papel del señor Asad. No creo que las personas que le liberaran pudieran haber pensado que conseguiría asesinar a Ramsés, no tenía la fuerza ni la destreza para hacerlo. Creo que todo el asunto fue pensado para atraer nuestro interés…

- Sin duda lo consiguieron -me interrumpió mi marido mientras sacaba su pipa.

- Por favor, Emerson, no seas sarcástico. Estoy intentando discutirlo de una manera lógica. Yo… Maldita sea, me has hecho perder el hilo de lo que estaba diciendo. En resumen, se supone que Ramsés y nosotros debíamos buscar al señor Asad aquí en El Cairo. ¿No es eso lo que hubiéramos hecho en circunstancias normales? En vez de ello, el amor paternal se impuso a nuestro sentido del deber e hicimos precisamente lo contrario de lo que nuestro oponente había esperado. Enviar a Ramsés a Luxor fue un grave error. Los sucesivos incidentes, incluyendo el secuestro de Sennia, tenían como objetivo atraerle de nuevo a El Cairo.

- Sin duda volverá cuando oiga lo de Sennia -farfulló Emerson con la boquilla de la pipa en la boca-. Si no hubieras insistido en ocultarle los demás incidentes…

- Habría regresado antes. A veces pienso que el chico no tiene mucha confianza en nuestra habilidad para cuidar de nosotros mismos.

- No puedo imaginar de dónde habrá sacado esa impresión.

- Emerson…

- Discúlpame, querida. Bien, bien. No estoy completamente convencido por tu razonamiento, Peabody -dijo Emerson en un alentador arranque de sinceridad-. Sin embargo, es verdad que siempre me siento más tranquilo cuando estamos todos juntos. ¿Por qué no podemos decirles… eh… persuadir a los chicos para que vengan a casa?

- ¡Por que la acción está en Luxor! Estoy segura de ello. Tenías razón…

- ¿La tenía? -mi marido me dirigió una mirada de exagerada sorpresa.

- Emerson, por favor no hagas eso. Tenías razón en sospechar que hay algo siniestro detrás del incremento en los robos de

antigüedades. Es como en los viejos tiempos, cuando Sethos controlaba el negocio. Lo que hemos descubierto hoy lo prueba: alguien se está haciendo pasar por el Maestro. ¿Se te ha ocurrido que esa persona podría ser uno de sus antiguos lugartenientes?

Emerson sacudió la cabeza, parecía estar un poquito aturdido.

- Ese supuesto explicaría por qué nos atacaron, ¿no lo entiendes? -continué-. ¡Venganza por la muerte de su Maestro! Más aún, mantenernos alejados de Luxor sería beneficioso para este individuo. Por eso debemos ir.

- *Quod erat demonstrandum* -murmuró Emerson.

- Lo tengo todo calculado -le aseguré-. Las vacaciones escolares comienzan dentro de poco. Nos quedaremos en casa de Cyrus y Katherine. Estarán encantados de tenernos con ellos. Tú y yo y Sennia, Gargery, Fátima, Daoud, Selim, Kadija y…

- Dios Santo, Peabody, no puedes pretender que los Vandergelt alojen a una multitud como esa.

- … y Basima, y…

- ¿El maldito gato? ¡Peabody!

- El Castillo es muy grande, Emerson, y supongo que Daoud y Selim preferirán quedarse con sus parientes en Gurna. Podemos estar listos para partir pasado mañana. Lo primero que haré por la mañana será telegrafiar a Cyrus. Y ahora, querido, creo que debemos retirarnos. Estoy un poco cansada y mañana habrá mucho que hacer.

Dejé mi vaso vacío sobre la mesa y me levanté. Emerson se quedó sentado.

- … como una avalancha -rezongó con la mirada perdida-. Quitarse de en medio… única posibilidad… nueve personas y el gato…

Volví a sentarme y puse las manos sobre sus puños cerrados.

- Debemos encontrar al hombre que está detrás de esto, Emerson. El honor de la familia lo exige.

- ¿El qué de la familia? -Emerson me miró como si quisiera atravesarme.

- El impostor está utilizando a tu… -ni en la privacidad del hogar utilizábamos esa palabra. Comencé otra vez-. Está utilizando el nombre de Sethos y mancillando su reputación.

- Su reputación no es exactamente blanca como la azucena,

querida. Sin embargo… -frunció su generosa frente-. La cosa está empezando a aclararse -dijo, como para sí mismo.

- Precisamente, Emerson. Me alegro de que lo veas a mi manera.

- Lo dudo bastante, Peabody. Pero iremos a Luxor. Sólo dime una cosa. -Me tomó por los hombros y me obligó a mirarle-: Por favor dime que tu decisión no se ha visto influida por ese condenado sueño sobre Abdulah en el que en lugar de hablarte te hizo señas para que le siguieras.

- Pero Emerson -dije-. ¿Cómo puedes siquiera pensar eso?

Capítulo 12

DEL MANUSCRITO H

Cuando Ramsés y Nefret llegaron a la estación, el tren acababa de hacer su entrada. Tuvieron que abrirse paso empujando a una multitud de personas, todas agitando los brazos y gritando de excitación. Ramsés no se sorprendió de que hubiera acudido el pueblo entero; Cyrus era muy conocido y amado, y las numerosas actividades caritativas de su esposa la habían hecho igualmente popular. Habría resultado cuando menos cínico sospechar que tenían un motivo egoísta -la esperanza de que Vandergelt Effendi hubiera vuelto para reemprender las excavaciones que habían dado trabajo a tantos hombres de Luxor.

A Cyrus no se le ocurrió tal cosa, estaba visiblemente conmovido mientras asomaba por la puerta abierta del vagón, estrechando las manos que se abrían paso hasta él y devolviendo las exclamaciones de saludo y bienvenida. Finalmente, Ramsés puso fin a la manifestación, que estaba intentando entrar como un torrente en el compartimento, y tras algunos gritos y empujones consiguió abrir un camino a lo largo de la plataforma hasta los carruajes que les aguardaban. Cyrus ayudó a su mujer a bajar los escalones y se la pasó a Ramsés antes de besar a Nefret. Ella le devolvió el beso efusivamente y se apresuró a ofrecer un brazo a Bertie. No lo necesitaba; Daoud le alzó en volandas con cuidado y le dejó con suavidad en la plataforma.

- Le llevaré al coche -anunció Daoud, agarrando al joven afectuosamente.

- No, por favor, prefiero caminar. De verdad. Decídselo -insistió Bertie.

Estaba riendo y un poquito sonrojado. Katherine -y probablemente también Daoud- le habían envuelto en chaquetas, bufandas y capas, pero los huesos de su cara y de la delgada mano que tendía hacia Ramsés aún se veían en extremo prominentes. Ramsés distrajo a Daoud pidiéndole que vigilara el equipaje y puso discretamente un brazo alrededor de los hombros de Bertie.

- Vayamos al coche, no está lejos.

- Sí, bien. Es sólo la emoción, sabes. Me alegro de estar aquí. Lo he deseado tanto. No me gustó dejar a esa brujilla de Sennia. Tengo que confesártelo, Ramsés, estoy enamorado. ¿Crees que soy demasiado mayor para ella?

El corto paseo hasta el carruaje le había dejado sin aliento, y estaba hablando demasiado rápido, esforzándose valientemente por actuar con normalidad.

- Todos somos demasiado mayores para Sennia -dijo Ramsés a la ligera-. A mí me agota, e incluso padre necesita un whisky extra después de un día con ella. ¿Puedes aguantar unos minutos más? Yusuf se considera el representante oficial de la familia y quiere daros la bienvenida personalmente. Me aseguraré de que no se alargue demasiado.

Después de una discreta advertencia, Yusuf estuvo de acuerdo en no pronunciar un discurso, cosa que, para Bertie, habría sido una pérdida de tiempo de todos modos, ya que tan sólo sabía unas escasas palabras de árabe. Sin embargo, le fueron presentados varios hermanos y primos, además de Jamil, la niña de sus ojos.

Yusuf emprendió un elogio de la inteligencia de Jamil, su atractivo y todo tipo de virtudes, mientras éste sonreía satisfecho. Si Vandergelt Effendi decidiera reanudar sus excavaciones no había otro que pudiera ser mejor raíz. Esto último iba lanzado directamente a Cyrus, que le dirigió a Ramsés una sonrisa cómplice y un guiño.

- Presenta nuestras disculpas por nosotros, Ramsés, tu árabe es mejor que el mío.

- Sí, señor, ahora mismo. Ahora debemos irnos, Yusuf.

- Un momento -Bertie le agarró de la manga-. ¿Quién es esa?

Ramsés se volvió. No la había reconocido antes, ya que iba vestida a la europea con una falda pantalón firmemente sujeta con un cinturón en torno a su fina cintura, una bonita chaqueta de franela, y un salacot que le quedaba mucho mejor que el otro. Supuso que era uno viejo de Nefret, como el resto del conjunto. Se había rizado el negro cabello y lo llevaba recogido en la nuca. Ramsés se preguntaba si Yusuf la había visto, tan indecorosamente ataviada y en medio de una multitud. Quizás no. Se había mantenido en segundo plano hasta entonces, y las ropas la hacían parecer bastante distinta.

Encontrando su mirada, ella se irguió en su metro y medio de estatura y le dirigió una sonrisa radiante antes de volver a mezclarse con la multitud.

- ¿Quién es? -insistió Bertie. Sólo había percibido un atisbo de su sonrisa, pero parecía que le hubieran golpeado en la cabeza con un ladrillo.

- La conocerás más tarde -dijo Nefret.

- Eso seguro -murmuró Ramsés. Nefret disimuló su risa con una tos, y comenzó a dar instrucciones-. Katherine, Cyrus y usted irán con Bertie. Les alcanzaremos en el atracadero del ferry. Daoud llevará el equipaje más tarde.

El carruaje arrancó. Bertie se había dado la vuelta para mirar hacia atrás. Apretando los labios, Ramsés le dio la mano a su esposa para que subiera al segundo coche.

- ¿Le diste tú esas ropas?

- Sí, ¿por qué no? Me cansé de ver ese patético sombrero resbalándosele hasta sus ojos. Es mucho más menuda que yo, por supuesto, pero le enseñé cómo…

- ¿Habías previsto esto?

- Imaginaba que ella aparecería hoy, si eso es a lo que te refieres. Y respecto a Bertie… bueno, madre nos dijo que necesitaba un nuevo aliciente, ¿no? Creo que quizás lo hayamos encontrado.

Una de las elegantes falucas les llevó a través del río, hasta el muelle donde el carruaje de Cyrus aguardaba. Nefret declinó con firmeza la insistente invitación de Cyrus para que fueran con ellos hasta la casa.

- Querrán instalarse y descansar un poco. Les veremos esta

noche.

- Venid pronto y quedaos hasta tarde -dijo Cyrus-. Me parece que tenemos mucho de qué hablar -suspiró profundamente-. Es magnífico estar de vuelta.

Daoud apareció en el *Amelia* muy poco después, prorrumpiendo en un torrente de preguntas. Charlaron un largo rato, la mayor parte acerca de asuntos domésticos y profesionales.

- ¿Cuándo van a volver a El Cairo? -preguntó Daoud, en un tono un tanto acusador-. El Padre de las Maldiciones no terminará de excavar la última mastaba hasta que regresen, y el Pajarito les echa de menos. Lloró a lágrima viva cuando le dijeron que no podía acompañarnos a Luxor.

Ramsés sonrió ante semejante expresión tan apropiada, pero Nefret dijo:

- Al menos deberías escribirle un mensaje, Ramsés. Siéntate y hazlo ahora mismo, Daoud puede llevárselo. ¿Debes volver esta noche, Daoud?

- Oh, sí. El Padre de las Maldiciones no puede arreglárselas sin mí. Pasaré un rato con Yusuf en Gurna antes de tomar el tren. ¿Hay algo que pueda hacer por usted antes de irme? ¿Cartas que llevar? ¿Noticias que contar?

Había muchísimas novedades. La cuestión era, ¿cuánto debían contarle a Daoud? Nefret había echado una carta al correo el día antes, pero probablemente no la recibirían hasta la semana siguiente.

- Sí -dijo ella-. Hay noticias. Noticias importantes.

Ramsés levantó la vista de la hoja de papel sobre la que estaba inclinado con el ceño fruncido. (¿Por qué los hombres encuentran tan difícil escribir una nota informal y afectuosa?)

- Primero -dijo ella-, la señorita Minton está preguntándole a todo el mundo en Luxor sobre el tráfico ilegal de antigüedades. Segundo…

- Nefret -la interrumpió Ramsés temeroso. Había malinterpretado la razón de su vacilación. Ella le miró con el ceño fruncido a su vez. ¿De verdad creía que informaría a sus padres de la reaparición de Sethos sin consultarle? Las noticias sobre el accidente también deberían esperar; Daoud haría que sonaran más alarmantes de lo que eran. Incluso podría insistir en quedarse en

Luxor para velar por ellos.

- Segundo, hay una carta en camino -dijo suavemente-. Tercero, el señor Bertie ha encontrado un nuevo aliciente. Se llama Jumana.

- Tres cosas -dijo Daoud alegremente.

- ¿Puedes recordarlas?

- Oh, sí -Daoud era un poquito lento pero tenía la inteligencia en perfectas condiciones, y también la memoria, y estaba encantado de ser el portador de tan importante información. Repasó los puntos levantando sus dedos.

- La señorita Minton está preguntando por ladrones de antigüedades. Una carta está en camino. El señor Bertie tiene un nuevo interés, Jumana. ¿Quién es?

- La hija de Yusuf. La conocerás esta tarde, es una jovencita muy inteligente y esperamos poder formarla como egiptóloga. Sé que la Sitt Hakim querrá oír tu opinión sobre la chica.

- Ah -dijo Daoud pensativo-. Una chica. Humm.

Nefret aguardó a que calara la idea. Volviéndose a Ramsés dijo con impaciencia:

- Tan sólo escribe unas pocas palabras. A ella no le importa realmente lo que digas, sólo quiere tener noticias tuyas.

- De modo que -insistió Daoud-, una chica -su rostro pensativo se iluminó al ocurrírsele la solución obvia-. Será como Alá y la Sitt Hakim decidan.

- Ahí ha acertado -dijo Ramsés después de que Daoud se hubiera despedido cariñosamente de ellos-. Mira que eres retorcida. Daoud le contará nuestras intenciones a Yusuf, y si el pobre se opone, será silenciado por Daoud que considera a Alá y a la Sitt Hakim, no necesariamente en este orden, infalibles.

Nefret adoptó un aire humilde.

- Se me había ocurrido.

El coche de Cyrus les recogió a las cinco. No lo esperaban tan temprano y Nefret se apresuró a terminar de arreglarse. Se estaba poniendo los pendientes cuando Ramsés salió del cuarto de baño. Puso cara larga. No solía fijarse en la ropa de las mujeres más que su padre, pero hasta él podía advertir la diferencia entre las ropas de trabajo y los trajes de noche.

- No sabía que debiéramos arreglarnos. No creo que obliguen a Bertie a meterse en una camisa almidonada y todo eso.

- ¿Qué pensabas ponerte?

- Oh… -paseó vagamente su mirada alrededor-. Lo de siempre, supongo. Ropa.

- Ponte lo que quieras -dijo Nefret-. Son los Vandergelt. No les importará.

Cyrus se había vestido de etiqueta, era todo un dandi y poseía un guardarropa casi tan extenso como el de su mujer. Habituado como estaba a las costumbres de los Emerson, no hizo ningún comentario acerca de los pantalones de franela de Ramsés ni de los prácticos zapatos de tacón bajo por los que Nefret había sustituido los de satén que había previsto llevar. Habían envuelto como una momia a Bertie, que estaba acomodado en una silla, pero retiró las mantas a un lado y se puso en pie cuando Nefret entró en la habitación. Ella se apresuró a sentarse para que él pudiera hacer lo mismo.

- Así que, ¿en qué está metida ahora vuestra familia? -preguntó Cyrus, cuando los sirvientes colocaron el servicio del té.

- ¿Por qué pregunta eso? -dijo Ramsés-. ¿Ocurrió algo mientras estaban allí?

- Bueno, no. Nada que yo sepa. Pero estaba claro que tenían prisa por que nos fuéramos de El Cairo.

- Probablemente tenían miedo de que intentara escaparse a luchar contra los senussi -dijo Nefret.

A Cyrus le divertían sus bromas, pero permaneció serio.

- Bueno, no me importaría echar una mano. Me estoy empezando a aburrir. ¿Hay alguna posibilidad de atrapar a unos pocos ladrones de tumbas?

Katherine murmuró una protesta y Nefret rió.

- Lo siento, Cyrus. Hubo unos pocos incidentes, pero es lo mínimo que se puede esperar con una supervisión tan laxa. Alain Kuentz sorprendió a uno de los gurnawis investigando una tumba en el acantilado cercano a Deir el Bahri, pero no había nada.

- ¿Kuentz está en Luxor? Qué joven tan agradable. Tendremos que invitarle a cenar -Cyrus se tiró pensativo de la perilla-. Quizás ese hombre que atrapó sepa de más tumbas.

- Quítate esa idea de la cabeza ahora mismo, Cyrus -dijo su mujer con firmeza-. No permitiré que te dediques a la caza de ladrones. Si estás aburrido, contrata algunos hombres y busca tus

propias tumbas.

- ¿Tiene planeado excavar en Tebas este año? -preguntó Ramsés.

- He estado pensando en ello -admitió Cyrus-. La cuestión es, ¿dónde? Carnarvon tiene la concesión del valle…

Discutieron las posibilidades hasta que fue anunciada la cena y Katherine dijo:

- No más charla de trabajo por esta noche, si sois tan amables. Bertie y yo no podremos decir una sola palabra mientras os empeñéis en continuar con ese tema.

- Oh, no me importa -dijo Bertie rápidamente-. Me gustaría echar una mano yo mismo tan pronto como me encuentre un poco más fuerte. Eh… ¿La joven de la estación era una de tus empleadas, Ramsés?

- No. Bueno… sí, supongo que lo es. En cierto modo.

Nefret le miró divertida y lo explicó.

- La recuerdo -dijo Katherine-. La señorita Pinch dijo que era una de las estudiantes más capaces que ha tenido nunca, pero por supuesto, no había futuro para la chica. Estoy sorprendida de que Yusuf no la haya casado aún.

- Ella está intentando construirse su propio futuro -dijo Nefret-. Debería haberla oído, Katherine, insistiendo en que ella podía ser un mis tan bueno como Jamil.

- No dijo tan bueno -corrigió Ramsés-. Dijo que sería mejor. No resultaría difícil. Jamil es perezoso y no tiene interés. No consideres siquiera la posibilidad de contratarle, Cyrus.

Su anfitrión sonrió.

- Pude adivinar por tu cara lo que pensabas de él. Quizás será mejor que contrate a la chica.

- No se ría de ella -dijo Nefret, repartiendo una mirada ceñuda entre Cyrus y Ramsés-. ¿Por qué no puede formarse como egiptóloga como lo hizo David? ¿Estaría dispuesta a ayudar, Katherine?

- Por supuesto que sí -dijo Bertie-. ¿No, madre? Quiero decir, sólo porque sea una chica…

Su madre le miró con curiosidad y él tartamudeó hasta quedar en silencio.

- Era una niña muy guapa -comentó Katherine-. Supongo que se habrá convertido en una joven-cita bastante atractiva.

- Es despampanante -dijo Cyrus con entusiasmo.

Su mujer le miró inquisitiva.

- ¿La viste?

- No sabía quién era, pero no pude evitar fijarme en ella. Cualquier hombre lo hubiera hecho.

Nefret decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

- ¿Cómo está Ana? Creo que madre dijo que había terminado su formación de enfermera.

Antes de que terminara la cena, Bertie mostró signos de cansancio y Ramsés se ofreció a acompañarle escaleras arriba, oferta que el joven aceptó. Los demás terminaron la cena y se habían retirado al salón antes de que Ramsés regresara. Cuando lo hizo, aceptó una taza de café y respondió a la mirada ansiosa de Katherine con una sonrisa tranquilizadora.

- Quería hablar. Se sacó un peso de encima, creo.

- Estoy muy contenta -murmuró Katherine-. Gracias Ramsés.

- No hice nada. Sólo escuché. Y -continuó-, le aseguré que no era demasiado tarde para empezar una carrera en la egiptología.

- ¿De verdad? -Cyrus se inclinó hacia delante con los ojos brillantes-. ¡Por Jehová, pero eso es maravilloso! ¿Crees que tiene intención de hacerlo?

- Parece que le ha servido como nuevo incentivo para recuperarse. Estaba engullendo unas píldoras y bebiendo una infusión nauseabunda que se supone le dará fuerzas.

- Mañana veré a Yusuf -declaró Cyrus-. Reuniré un equipo. Haré alguna prospección preliminar. Hablaré con MacKay sobre los permisos. Quizás el Valle de las Reinas…

Nefret había estado observando a su marido. Él se esforzaba como podía por participar de los entusiastas planes de Cyrus, pero mantenía los ojos ocultos tras las pestañas entrecerradas y parecía cansado. Ella presentó sus excusas tan pronto como pudo. Cyrus llamó al coche, pero habían recorrido menos de un kilómetro, cuando Ramsés ordenó al conductor que parara y salió del vehículo.

- Me apetece caminar. Sigue tú, te veré en un momento.

- A mí también me gustaría dar un paseo -él permaneció de pie con la cara en sombras, y Nefret añadió dubitativa-. A no ser que prefieras estar solo…

- No -la ayudó a salir y comenzaron a caminar del brazo. La

carretera se veía pálida a la luz de la luna.

- ¿Tan malo ha sido?

- Más o menos lo que puedes imaginar. Fango, alimañas, miedo, soledad, desilusión. No te gustaría oír los detalles. Lo peor fue darse cuenta de que el enemigo no eran demonios sino hombres como él, añorando sus hogares y sus familias igual que él, igual de asustados.

- Creo que se pondrá bien -dijo Nefret dulcemente.

- Eso espero -se rió, repentina e inesperadamente-. Sin duda ha encontrado un nuevo interés en la vida. Me acribilló a ingenuas preguntas acerca de las excavaciones, como si yo no supiera lo que realmente tenía en la cabeza. Dios me ayude, me vi a mí mismo ofreciéndome a darle unas pocas lecciones de jeroglíficos e historia egipcia.

- ¿Con Jumana?

- Por supuesto.

- Pobrecito, veremos si podemos encontrarle otro tutor.

Delante de ellos, las ruinas de los muros del templo de Seti I brillaban a la luz de las estrellas. Recordando la noche en que ella y «los padres» habían buscado a

Ramsés y a David entre aquellas piedras, y las largas horas de espera antes de que descubrieran lo que había sido de ellos, Nefret se agarró con más fuerza al brazo de su marido. Ramsés no parecía afectado por recuerdos dolorosos, después de todo, se recordó a sí misma, apenas existía un yacimiento que no contuviera ese tipo de recuerdos.

- ¿Voy demasiado rápido para ti? -preguntó él, disminuyendo el ritmo de sus pasos.

- Un poco, no nos apresuremos, hace una noche magnífica.

La carretera del muelle del ferry giraba hacia el sur. Abandonándola, se desviaron a través de los cultivos, siguiendo el sendero elevado que Cyrus había construido para poder llegar a su muelle privado en coche. Los antiguos propietarios de las tierras aún vivían de la generosa cantidad que les había pagado a cambio.

Continuaron en silencio durante un rato. Ramsés comenzó a silbar suavemente. Reconociendo la melodía, Nefret se sonrió. Una vez habían bailado ese vals. Por el momento, al menos, había dejado sus preocupaciones a un lado y se limitaba a disfrutar del aire de la noche y de su mutua compañía.

Las luces del Amelia ya eran visibles cuando una' forma oscura salió repentinamente de un bosquecillo de palmeras y corrió hacia ellos. Ramsés se dio la vuelta con rapidez. Afortunadamente la luna estaba muy brillante y pudo detenerse antes de que su mano alzada le alcanzara.

- No, es la señorita… es Margaret -exclamó Nefret-. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Recuperando el aliento, la periodista agarró con fuerza el brazo de Nefret y tiró de ella.

- Ven conmigo, he estado esperando durante horas.

- ¿Ir adonde? -preguntó Ramsés aferrándose con fuerza al otro brazo de su esposa-. ¿Qué ocurre?

- Oh, no hagáis preguntas, tan sólo daros prisa. He tenido que dejarle… no creo que pueda moverse, pero si puede, se…

Una sensación que su madre hubiera descrito como terrible corazonada invadió a Ramsés. La presión de sus dedos*sobre el brazo de Nefret se relajó. Tampoco ella tuvo que preguntar de quién se trataba.

- Claro que iremos -dijo con su tono más profesional y tranquilizador-. ¿Dónde está?

Estaba tumbado en el suelo bajo uno de los árboles, de espaldas e inmóvil. El tronco y las ramas difuminaban la luz de la luna, las sombras ocultaban su rostro y volvían borrosa su silueta, pero no había error posible respecto a su identidad.

- No puedo ver -dijo Nefret, poniéndose de rodillas-. Está demasiado oscuro. ¿Está herido?

- No lo creo -Margaret se apoyó en uno de los árboles-. Está enfermo. Al principio tuvo escalofríos, tiritaba y sus dientes castañeteaban pero aún podía andar y conseguí traerle hasta aquí, pero no quería ir a la dahabiyya así que lo hice yo y me dijeron que habíais salido a cenar, y cuando regresé estaba así y…

- Dale una bofetada -dijo Nefret cortante-. Está histérica.

- Dásela tú. No me gusta pegar a las mujeres.

- Encantada de oírlo -Margaret respiró profundamente-. No estoy histérica, sólo intentaba contárselo todo de una vez. ¿Qué le ocurre, Nefret?

- Maldita barba -protestó Nefret-. ¿Cómo demonios voy a hacerle un reconocimiento si no puedo verle y la mayor parte de su cara

está cubierta de pelo? Ahora no está temblando, su piel está seca y caliente y está aletargado. Podría ser… Llevémosle al barco.

- Sí, bien -dijo Ramsés resignado-. Nefret, ve delante y quita a la tripulación de en medio.

Obedeció sin vacilar y sin hacer preguntas. Ramsés levantó a su tío y se lo cargó con esfuerzo sobre un hombro.

La pasarela estaba bajada, pero no se veía al hombre que solía montar guardia. Hasta ahora bien, pensó Ramsés. Mientras enfilaba el pasillo que llevaba a las habitaciones, escuchó la voz de Nefret en el salón. Estaba charlando animadamente en árabe, presumiblemente con Nasir. Salvo el de ellos, ninguno de los camarotes estaba ocupado, podía elegir cualquier habitación. Escogió la más próxima, entró, dejó con cuidado al hombre inconsciente sobre la cama y se frotó la espalda. Sethos no era tan pesado como Emerson, pero era un hombre grande y, en ese momento, un peso muerto.

Margaret le había seguido.

- ¿Qué puedo hacer? -preguntó.

- Cierra las cortinas -antes de que lo hiciera, él ya había encontrado la lámpara de aceite y la había encendido.

Nefret se les unió pronto, con su maletín médico. No se había entretenido en cambiarse, y su vaporoso vestido hacía un extraño contraste con sus bruscos gestos profesionales.

- Trae un poco de agua -ordenó-. Margaret, siéntate aquí y quítate de en medio.

Cuando Ramsés volvió del baño, Nefret levantó la vista.

- Temperatura 40 grados, pulso rápido. Levántale, Ramsés, y veremos si podemos conseguir que tome estas píldoras.

- ¿Qué son? -preguntó Margaret.

- Quinina. Creo que tiene malaria.

- ¿Crees? ¿No puedes saberlo con seguridad?

- Oh, claro que sí -dijo Nefret sarcástica-. Tan sólo dame un microscopio, unas pocas muestras y los productos químicos para estabilizarlas, y te daré un diagnóstico en firme; suponiendo que pueda recordar de mis lecciones de medicina tropical qué aspecto tiene el condenado parásito. Maldita sea, el agua le chorrea por la barba. Un momento…

Metió los dedos bajo un extremo de la barba y se la arrancó con

despiadada eficiencia. Su paciente reaccionó con un murmullo quejumbroso y un comentario en voz más alta.

- Malditas mujeres.

- Abra la boca -ordenó Nefret-. Ahora trague. ¡Muy bien! Ahora puede volver a recostarse, Ramsés.

Ramsés le acomodó la cabeza sobre la almohada. Con esos ojos de aquel extraño color, y la burlona boca relajada, el parecido con su padre era aún mayor.

- Es todo lo que podemos hacer -dijo Nefret-. Salvo conseguir que esté cómodo. Cuando pase la fiebre comenzará a sudar y luego dormirá hasta mañana.

- ¿Y entonces? -quiso saber Margaret.

- Entonces se encontrara bastante bien y tendremos que mantenerle aquí, a la fuerza si es necesario, porque si padece el tipo más común de malaria, la apirexia, el ataque sólo durará unas pocas horas. El próximo lo sufrirá mañana, el mismo patrón: escalofríos y fiebre. En otras formas de la enfermedad el intervalo es de cuarenta y ocho o setenta y dos horas.

- ¿Tienes siempre quinina a mano?

- Sí, gracias a madre, tenemos un botiquín muy bien surtido que incluye láudano y arsénico -Margaret pareció divertida. Continuó-: Algunos investigadores creen que dosis profilácticas de arsénico previenen la malaria. Yo no. Tomará cincuenta miligramos de quinina tres veces al día durante tres días y veinticinco miligramos durante otros cinco días. ¿Te he convencido ya de que sé de lo que estoy hablando Margaret, o te gustaría hacerme más preguntas?

- Lo siento. No quería…

- No importa -Nefret la miró de cerca-. Ramsés, llévala al salón y dale un vaso de brandy.

- Quiero quedarme aquí con…

- Puedes sustituirme más tarde. Haz lo que te digo.

- ¿Y Nasir? -preguntó Ramsés.

- Le envié a la cama. Tendréis que serviros vosotros mismos. Ahora salid de aquí, los dos.

Escurrió un trapo y comenzó a secar el sudor que ahora corría a raudales por el rostro de Sethos. Margaret aceptó la mano de Ramsés y le permitió que la condujera fuera.

- Tu esposa es una mujer admirable -dijo-. La había

infravalorado. La gente suele hacerlo, ¿verdad? Es tan joven y bonita.

- No suelen cometer ese error dos veces.

Las lámparas del salón aún estaban encendidas. Ramsés acomodó a Margaret en el diván y sacó el brandy. Había tenido intención de interrogarla, pero cuando la observó con atención, decidió darle un poco de tiempo para recuperarse. Su cara estaba llena de churretes y demacrada por la tensión, y sus medias hechas jirones. No llevaba chaqueta. La blusa, antes blanca, era del color del barro.

- ¿Estás herida? -preguntó.

Ella negó con la cabeza. Unos pocos sorbos de brandy devolvieron algo de color a su rostro.

- Supongo que querrás saber qué ocurrió.

- Bueno, sí, es cierto. Tómate tu tiempo.

- ¿Pero no demasiado? -su boca se curvó y se hizo más ancha-. No mentiré ni cometeré errores. Tan sólo dime una cosa antes de que comience. Sabíais que aún estaba vivo, ¿verdad? Ni os sorprendisteis ni dudasteis de su identidad.

- Sí -después de un momento añadió-: madre no lo sabe. Te dijo lo que sinceramente creía que era verdad.

- Ah -se recostó contra los cojines-. Te parecerá que fui injusta con ella. Espero que no pienses que soy grosera si digo que creo a tu madre capaz de mentir si eso sirviera a sus fines.

- ¿No lo haría la mayoría de la gente?

- Desde luego, yo sí -aquello sonaba bastante a la antigua Minton-. Ella me había dicho su nombre, o más bien su apellido, así que pasé varios días investigando todo lo que pude acerca de él. Te sorprenderías de todas las fuentes que descubrí. Y, por supuesto, recordé aquella misteriosa carta que escribió y la subsiguiente investigación; Kevin O'Connell se me echó encima despiadadamente porque él tenía la historia primero.

Tomó otro sorbito de brandy.

- ¿Y? -le apremió Ramsés impaciente.

- Y empecé a preguntarme si tu madre me había mentido. Su intento de disuadirme de que viniera a Luxor también resultaba sospechoso. Decidí investigar. Lo peor que me podía ocurrir sería que consiguiera el material para un interesante artículo. ¡También

lo hice! -añadió, casi con su antigua autosuficiencia-. Tuve muy pocas dificultades para reunir la información. A la gente le gusta ver sus nombres en los periódicos.

La policía no fue muy amable, pero vuestros amigos egiptólogos no vieron razón para no decirme lo que sabían. Howard Cárter fue una mina de información, después de que le hubiera atiborrado de copas y le hubiera convencido de que a sus amigos los Emerson no les importaría que charlara conmigo. No le habían hecho jurar silencio, ¿no? Cualquiera que fuera alguien en este mundillo ya conocía las historias, ¿no?

»Bueno, sí, era cierto, admitió. Los Emerson habían hablado sin tapujos acerca de su hete *noire*. ¿Había oído yo hablar de cuando adoptó la identidad de un sacerdote copto mientras sus hombres excavaban ilegalmente en un yacimiento cercano? También oí hablar largo y tendido acerca del reciente aumento de las excavaciones ilegales y los robos, la mayor parte centrados en la zona de Luxor; y el intento de Amelia de disuadirme de que viniera terminó de decidirme a investigarlo. ¿Qué tenía que perder, después de todo?

»Fue Sayid quien me dio la clave. El noventa por ciento de lo que me dijo era pura invención y tuve que pasar todo un larguísimo y tedioso día escuchando sus historias fantásticas sobre el Maestro, de quien afirmaba haber sido su mano derecha, antes de conseguir sacarle lo que quería. ¿Hay algo que ese hombre no vendería?

- Nadie lo ha encontrado aún -dijo Ramsés-. Por esa razón los que conocen sus hábitos se cercioran de que no esté tentado de traicionarles ¿Te dijo dónde encontrar a Sethos? ¿Cómo lo sabía?

- En Luxor es sabido que el Maestro ha regresado -sonaba como si estuviera citando a alguien-. Su paradero, nadie lo sabe. Su verdadera apariencia nadie la conoce. Posee mil rostros y diez mil nombres.

La noche estaba muy silenciosa. No había signo de vida, ningún sonido de movimiento en el exterior, en la cubierta o en el muelle. Sin embargo, Ramsés sentía un hormigueo en el cuero cabelludo.

- Ahórrate los detalles anecdóticos -dijo con algo de brusquedad-. Tan sólo dime qué ocurrió.

DEL MANUSCRITO M

(La editora ha decidido sustituir la apresurada explicación ofrecida a Ramsés por la señorita Minton, y repetida por él de una forma incluso más abreviada, por la versión escrita por la propia señorita Minton en un momento algo más tardío. Resulta mucho más interesante.)

Debería haber sabido que cuando le encontrara de nuevo sería bajo circunstancias tan dramáticamente teatrales como la vez anterior. Esta vez no lo hizo deliberadamente. Como ciertas otras personas que yo conozco, se mueve en el melodrama, arropándose con él como un villano con un manto negro.

Busqué a Ramsés y Nefret Emerson tan pronto como llegué a Luxor. No estuvieron precisamente encantados de verme. No pude tomarlo por una confirmación de mis sospechas (o esperanzas), pero supe que no iba a obtener ninguna ayuda de ellos. Frecuenté los círculos de los egiptólogos de Luxor. Monsieur Legrain reconoció amablemente que saquear sus almacenes requirió un montón de habilidad y conocimiento; el señor McKay me informó de que todo el asunto eran paparruchas y de que los Emerson eran conocidos por inventarse historias disparatadas; Kuentz se lo pasó en grande contándome historias aún más disparatadas. Creyó que estaba siendo ingenioso, pero las cosas que me dijo confirmaron mis sospechas. Había alguien detrás de la reciente oleada de robos de Luxor; alguien había estado utilizando la Casa de Alemania con fines ilegales. Lo anoté todo cuidadosamente, las mentiras incluidas.

Casi desde que he llegado he sido asediada por esperanzados dragomanes. No recuerdo quién fue el que sugirió a Sayid; había estado ahí desde el principio, y una no podía evitar fijarse en él. Es

uno de los seres humanos más feos que he visto jamás, y tan persistente como una mosca. Antes de sacarle lo que quería tuve que pasar todo un tedioso día escuchando las mentiras del viejo granuja acerca del Maestro, de quien afirmaba haber sido su lugarteniente de confianza. Nunca olvidaré la cara del pobre diablo cuando le ofrecí cien libras inglesas si me decía dónde podía encontrar al Maestro. Era una suma escandalosa, más de lo que él podría reunir en toda una vida. No se lo pensó mucho.

Hasta más tarde no se me ocurrió que había sido demasiado fácil.

Al día siguiente, esperé hasta avanzada la tarde antes de partir. La casa de la que Sayid me había hablado estaba en la orilla occidental. Era tan sólo uno de los diferentes lugares que el Maestro utilizaba, pero Sayid lo consideraba el más probable.

Es la casa más grande del pueblo y los demás no se acercan a ella, porque creen que es un hombre santo, un Haggi y descendiente del Profeta. Cuando llame a la puerta, Sitt, asegúrese de que él sabe que es usted. Siempre está en guardia y es rápido con el cuchillo. No me gustaría que resultara herida, Sitt.

Le creía. Aún le debía cincuenta libras.

Sabiendo que una turista sería asediada y acosada por los esperanzados guías en el momento en el que pusiera un pie en la orilla occidental, adquirí ropas de mujer por medio de Sayid (me cobró una libra extra) y me las puse en el bote mientras él me llevaba al otro lado del río. (Cinco libras.) Me dejó en tierra tan cerca como pudo, pero me quedaba un paseo de casi tres kilómetros por delante. Había asumido el riesgo de llevar mis propias ropas, incluidos mis zapatos, bajo el vestido. La autenticidad está muy bien, pero yo sabía que no podría andar todo ese trecho descalza, o con las toscas sandalias que llevaban algunos lugareños.

Me sentía un poco cohibida al principio, y muy torpe con todas esas capas de ropa. No sólo se exige a las mujeres que oculten su rostro; sus cabezas, cuerpos, e incluso sus manos están tapadas siempre que salen de la casa. Sayid me había informado de que mi traje, que incluía una voluminosa prenda exterior de algodón negro, era el que llevaría una mujer respetable, algo anticuada, de medios moderados, pero estoy segura de que se lo pasó en grande viéndome dar traspiés y tropezar con las faldas. Aquel hombre tenía

un particular sentido del humor.

Parece que sí conseguí un aspecto respetable, ya que nadie me abordó, ni siquiera me dirigieron una segunda mirada. Avanzaba lentamente, pero no tenía prisa. No quería acercarme a la casa hasta el anochecer.

No tuve problema para encontrarla. Más grande y más pretenciosa que las demás, se encontraba ligeramente apartada, protegida por un saliente rocoso. Me acuclillé, sabiendo que en el crepúsculo resultaba invisible, y aguardé a que la mayoría de las luces de las casas del pueblo se hubieran apagado. No había ninguna luz en la casa que me interesaba y comencé a preguntarme, no por vez primera, si Sayid me ha hecho seguir una pista falsa. Ya me había sacado cincuenta libras. Probablemente a él le parecería una buena broma que al final tuviera que encontrarme intentando explicar a un auténtico hombre santo, un Haggi y un descendiente del Profeta, quién diablos era y qué quería.

Una en ese punto tenía que continuar. Seguida por dos de los perros de la aldea, que me gruñían y me olisqueaban los tobillos, llegué hasta la puerta y llamé.

- Soy yo -dije-. Margaret Minton. Por favor, déjeme entrar.

Al principio no hubo respuesta. Entonces escuché el sonido de la madera contra el metal y la puerta se abrió a la oscuridad.

- Por Dios, es cierto -dijo una voz que pude reconocer-. ¿Se ha vuelto loca? Salga inmediatamente de aquí, por todos los diablos…

- No se preocupe. Estoy sola.

- Eso es lo que usted cree. Oh, Jesús, probablemente ya es demasiado tarde. Entre y atranque la puerta.

Su voz sonaba extraña.

- ¿Se encuentra bien?

- No. Pero en breve estaré mucho peor si no… -una cerilla llameó y tembló violentamente antes de apagarse-. Tome esto -dijo, poniéndome algo en la mano-. Encienda la vela. Está sobre la mesa.

Con el breve llamear de la cerilla yo me las había arreglado para cerrar y atrancar la puerta. Mis manos estaban casi tan temblorosas como las suyas. Se me cayeron bastantes cerillas en el suelo cuando abrí la caja, pero conseguí encender la vela.

Estoy bastante orgullosa de mis habilidades literarias, pero me resulta casi imposible describir mis sentimientos. Comenzaron por

incredulidad, excitación, triunfo, confusión… y entonces, mientras asimilaba la trascendencia de sus palabras, se convirtieron en creciente temor.

No le habría reconocido. Vestía el corriente y convenientemente discreto atuendo egipcio; su galabiyya era de buena calidad y su barba entrecana, y llevaba el turbante verde reservado a los descendientes del Profeta. Era la imagen del solemne hombre santo que Sayid había descrito, excepto por su pálido rostro y sus manos temblorosas.

- Usted está enfermo -dije acercándome a él-. Déjeme…

- Cállese -se puso de rodillas y tiró de algo en el suelo-. Tenemos poco tiempo. Quizás un minuto. Maldita sea, no puedo hacer esto solo. Écheme una mano.

La trampilla no estaba disimulada; cubría la entrada de una pequeña habitación subterránea que se utilizaba para almacén. Entre los dos conseguimos levantarla y vi la parte superior de una tosca escalera de madera.

- Usted primero -dijo-. Dese prisa.

- ¡Pero es un callejón sin salida!

- No se le da muy bien aceptar órdenes, ¿no? -aún estaba de rodillas. Un violento estremecimiento le recorrió y empezaron a castañetearle los dientes; justo en ese momento la puerta tembló bajo el impacto de un objeto pesado.

Bajé las escaleras sin pisar más de tres escalones y levanté los brazos para sujetarle mientras me seguía. Me apartó las manos de un empujón. No pude ver lo que estaba haciendo, estaba demasiado oscuro; escuché sonidos chirriantes y unas cuantas palabrotas en voz baja y entonces él agarró torpemente mi mano.

- Por ahí. Quítese el *tob* y su *habarab*, tendrá que arrastrarse. De rodillas. Muévase. Tiene unos nueve metros. Cuando ya no pueda ir más lejos, espéreme.

Era un túnel, y no me gustaba ni un pelo. Aunque las paredes y el techo habían sido reforzados con vigas de madera, la arena se filtraba entre ellas sin cesar. Eso me animó a moverme más deprisa de lo que, de otro modo, hubiera hecho, pero no había recorrido más de unos pocos metros cuando oí su pesada respiración y sentí sus manos empujando las suelas de mis zapatos.

- Cuarenta y uno, cuarenta y dos. ¿No puede moverse más

rápido?

Solté una exclamación de dolor. Mi cabeza acababa de entrar en contacto con una superficie sólida.

- Giro a la derecha -dijo mi invisible acompañante-. Cuarenta y seis… Más rápido.

Continuó contando. Cuando llegó a sesenta me agarró de los tobillos y pegó un tirón. Caí pesadamente sobre mi estómago y él cayó encima de mí.

Una vez había estado en un ataque aéreo en Londres en el que un proyectil aterrizó a unos noventa metros de la estación de metro. Sentí y escuché lo mismo: una explosión amortiguada y una horrible vibración. El lento goteo de la arena se convirtió en una lluvia constante.

- El techo se está viniendo abajo -dije con la boca llena de arena.

- Aún no, espero. Continúe, casi estamos fuera.

Cuando levanté la cabeza vi la luz de las estrellas. La abertura sólo estaba a unos pocos metros de distancia. Pasé con dificultad a través de ella, alentada por algún empujón ocasional y un torrente de improperios y me encontré al aire libre, detrás de una montaña de ladrillos de barro que anteriormente había sido una especie de cobertizo. Sethos me siguió al exterior. Llevaba la cabeza descubierta: o se había desembarazado del llamativo turbante verde o se lo habían arrancado. Se sentó y alzó las rodillas, rodeándolas con los brazos.

- Continúe.

- ¿Adonde?

- A cualquier lugar donde haya luces brillantes y una multitud de gente. O quizás pueda recurrir al tierno amparo de mis… de los Emerson. Su dahabiyya está a kilómetro y medio de distancia. En esa dirección.

- ¿Y usted?

- Aquí estaré bien.

Luces danzantes, las llamas de velas o de lámparas, rodeaban la pila de escombros donde había estado la casa, y donde la nube de polvo aún se estaba asentando. La gente gritaba. El sonido de la explosión debía de haber sacado a los aldeanos de sus casas, y yo tenía la desagradable sospecha de que no eran los únicos espectadores.

- Y un cuerno -dije-. El que haya volado el túnel tan sólo los retrasará. Empezarán a buscar en todas direcciones. Levántese.

En realidad, un kilómetro no es una gran distancia. Es muy larga cuando se tiene que cargar con un compañero poco dispuesto y cada vez más incapacitado, y cuando cada sonido hace que el corazón se detenga. No nos encontrábamos lejos del límite de los campos cultivados, una línea tan nítida como si la hubieran dibujado con un lápiz muy afilado, y podíamos ponernos a cubierto aprovechando los árboles, acequias y campos de cultivo. Lo aproveché cuando pude. No puedo negar que estaba tan asustada por mí como por él. Si tenían intención de matarle o hacerle prisionero, no podían dejar testigos. ¿Quiénes eran? ¿Una banda de ladrones rivales? Sin duda no eran lugareños. Estaban bastante seguros de poder escabullirse si les cazaban robando antigüedades; nadie armaría follón, excepto algunos egiptólogos de mente estrecha. Un asesinato era algo distinto.

No, no eran del lugar. Unos simples ladrones no tendrían la astucia de utilizarme como cebo para llegar a Sethos. También habían utilizado a Sayid. Debía haberse tronchado de risa cuando negoció conmigo. Le habían pagado para que me diera esa información, y yo creía saber por qué. Seguro que habían intentando atraparle antes. Habían fallado porque él era demasiado rápido para ellos y estaba demasiado alerta. Pero si yo aparecía ante su puerta, inocente, estúpida e incompetente, en otras palabras, una mujer, quizás le entretendría el tiempo suficiente.

En ese momento estábamos tumbados en una de las fangosas acequias, mientras unos pasos pasaban lentamente a lo largo del elevado terraplén y desaparecían. No quería salir de esa acequia. Durante unos minutos no creí que pudiera hacerlo, pero al final conseguí ponerle en pie y hacer que se moviera.

Él no había hablado durante bastante rato. No volvió a hacerlo hasta que al final vi las luces de la dahabiyya y cometí el error de ofrecerle lo que yo creía que eran palabras de ánimo.,

- Ahí está. Tan sólo un poco más lejos.

La violencia de su reacción me cogió desprevenida. Se apartó de mí de un tirón y dio unos pasos tambaleantes hacia atrás.

- ¿Dónde estamos?

Se lo dije. Rodeó el tronco de un árbol con una mano y me

rechazó con la otra.

- No.

- Necesita un médico. ¿Quiere que busque a un barquero que nos cruce a Luxor?

- Lo haría, ¿verdad?

- Sí. Hágase a la idea. A mí me parece que éste es el menor de los dos males.

Dejó escapar una extraña risa ahogada.

- El menor de… tres males. No, no es cierto. Menos de tres. Permanecer aquí… el peor…

Se escurrió entre mis manos y cayó pesadamente al suelo. Sabía que nunca conseguiría levantarle de nuevo; salvo por los espasmos que agitaban su cuerpo, permanecía inmóvil e insensible. Me quité la chaqueta y le cubrí con ella. Él había pensado con más claridad que yo; viendo tan cercano el objetivo, yo había cometido el error de intentar arrastrarle por el muelle y la pasarela, cosa que al día siguiente todo el mundo en Luxor estaría comentando. Sin embargo, una visita mía, incluso a esa hora, no levantaría sospechas. A mí ya me habían puesto un apodo: «la mujer que busca secretos».

Aunque me arreglé lo mejor que pude, sacudiendo el barro seco de mi falda y chaqueta y colocando los mechones sueltos de cabello en un simulacro de moño, una vez cuidadosamente peinado, el hombre de guardia en la pasarela quedó visiblemente sorprendido por mi aspecto.

- ¿Ha tenido un accidente, Sitt?

- Oh, bien, hablas inglés -dije agradecida-. Me perdí y caí en una acequia. ¿Puedes decirle al señor y la señora Emerson que deseo verles?

- No están aquí.

El que la pasarela aún estuviera bajada me lo debería haber advertido, pero me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

- ¿Cuándo volverán?

- No lo sé, Sitt. Están en el Castillo de Vandergelt Effendi -añadió algo dubitativo. Claramente mi apariencia no le había inspirado confianza.

Le di las gracias y me marché. No me había dado cuenta de cuánto había deseado compartir mi responsabilidad con otra

persona; era como una pesada carga de nuevo sobre mis hombros. No había nada que pudiera hacer salvo esperar. Los Vandergelt eran viejos amigos suyos, puede que no regresaran hasta dentro de horas.

Parecieron días.

DEL MANUSCRITO H

Ramsés dijo, con respeto un tanto reticente:

- ¿Le trajiste todo el camino desde el Tarif? No me extraña que tengas el mismo aspecto que si te hubieran arrastrado debajo de un carro. Perdón, no quería decir…

- No te disculpes -Margaret terminó su brandy-. Sé que estoy hecha un desastre y no me importa. ¿Puedo… puedo volver con él?

- Una pregunta más o dos.

Ella se arrellanó en el sofá, curvando los labios en una sonrisa sarcástica.

- ¿Tan sólo?

- Por el momento. ¿Por qué le trajiste aquí?

Ella no se lo esperaba. Ramsés se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en ello. Su frente se arrugó de perplejidad.

- ¿A qué otro lugar podíamos ir? Necesitaba un médico y yo nunca habría conseguido llevarle a través del río… Supongo que debía habérseme ocurrido que podría estar poniéndoos a ti y a tu mujer en peligro. Lo siento.

Ramsés meneó la cabeza.

- Si os siguieron hasta aquí, tuvieron bastante tiempo para atraparle mientras esperabais que volviéramos. Quizás debería haberme expresado de otra manera. ¿Qué te hizo suponer que le acogeríamos?

- ¿Otra pregunta interesante -dijo Margaret pensativa-. Date cuenta de que yo no tenía las ideas muy claras. Simplemente asumí que haríais lo más correcto.

- Sí, por supuesto -dijo Ramsés irónicamente-. *Noblesse oblige* y todo eso.

- Tu madre dijo que le había salvado la vida. No podrías… no vas a entregarle a la policía.

- Todavía no he decidido qué demonios voy a hacer con él. No te preocupes -añadió con menos contundencia-. Mientras esté enfermo, está a salvo con nosotros.

Aunque su explicación había sido breve, había llevado más tiempo del que él creía. Le abrió la puerta, preguntándose cómo iban a justificar su presencia. Margaret no se marcharía a no ser que él la expulsara arrastrándola mientras ella golpeaba y gritaba. Sería aún más difícil explicar la presencia de un hombre extraño.

Su tío estaba profundamente dormido y Nefret le estaba arropando con una manta que le cubría hasta la barbilla. Debía de haber cambiado las sábanas, pues había una pila de lino arrugado tirada al lado de la cama.

- Deberías haberme esperado para que pudiera ayudarte -dijo.

- Cualquier enfermera medianamente competente puede dar la vuelta a un hombre de noventa kilos, incluso si es un peso muerto. Las sábanas estaban empapadas. La fiebre ya ha pasado y dormirá de un tirón hasta la mañana.

- Me quedaré con él -dijo Margaret-. Estarás cansada.

- Estoy acostumbrada, pero acepto la oferta. Ve a lavarte las manos y la cara y quítate esas ropas mugrientas. Te dejaré una de mis batas. En el momento en que empiece a espabilarse, despiértame. Estamos en la habitación de al lado.

Tan pronto como estuvieron en su camarote, Nefret se quitó los zapatos y comenzó a desabrocharse hebillas y botones.

- ¿Nos vamos a la cama? -preguntó Ramsés sin mucha esperanza.

- Aún no, tenemos un montón de cosas que discutir. Pásame mi bata, ¿quieres? La tripulación se levantará al alba. ¿Cómo vamos a justificar su presencia aquí?

- Ella ya estuvo aquí antes, buscándonos.

- Sí -Nefret ató la cinta de su bata-. Así que volvió más tarde… y él con ella… y ambos bebieron un poquito de más -se rió-. Mejor que sean señor y señora, ¿no?

- Pero a ella la conocen en Luxor -protestó Ramsés.

Nefret agitó una mano, desdeñosa.

- Los hombres no tenéis imaginación. Están separados, y él la ha seguido hasta aquí buscando una reconciliación. Que, como era de

esperar, se produjo. Eso es lo que estaban celebrando esta noche.

- Tu imaginación es tan estrambótica como la de madre -dijo Ramsés-. Esa trama tiene muchísimos defectos, parece una novela romántica. ¿Y qué hacemos si él se vuelve a poner enfermo mañana?

- Estará enfermo de nuevo -ella se hizo un ovillo en la cama-. Le tienes justo donde querías. Antes del próximo ataque estará débil pero consciente.

Ramsés tiró su chaqueta sobre una silla y comenzó a desabotonarse la camisa.

- ¿Aprovecharme de un hombre enfermo? Bueno, ¿y por qué no? Cosas más raras se han visto…

- Ramsés, tienes que hacerlo. Éste es un cambio muy desagradable en la situación. No comprendes las implicaciones.

- No comprendo dónde quieres llegar.

Terminó de desvestirse y se puso una galabiyya, consciente de que podría ocurrir que una mujer histérica le despertara en medio de la noche. Nefret se sentó sobre los talones.

- Si ha tenido un ataque antes, reconocerá los síntomas. Con la mayoría de las formas de malaria se producen recaídas inevitables; no hemos descubierto aún cómo curarlas, sólo controlarlas, y nunca se sabe cuándo se producirá el próximo ataque. Un hombre previsor, como creo que es él, seguramente llevaría quinina encima en todo momento.

- ¿Y?

- Y, si éste es el primer ataque, se infectaría hace aproximadamente diez días por una picadura de mosquito. Hay zonas de contagio de malaria en el Delta y el Canal, pero los adelantos de la sanidad pública han reducido la incidencia de la enfermedad. Sólo hay una zona cerca de aquí -concluyó Nefret-, donde la malaria es endémica.

- ¿El oasis?

- Exacto.

- Jarga -murmuró Ramsés-. Han pasado más de diez días desde que Asad fue liberado.

- Así que debió volver entonces, para otros asuntos. Como tú señalaste, tan sólo está a unas horas en tren -se inclinó hacia delante, frunciendo su tersa frente-. Recuerda que te preguntó si

sospechabas que él hubiera puesto a Asad tras tus pasos. La idea nunca se te había ocurrido, ni a mí, antes de que él la sacara. ¿Sentimiento de culpa?

- No puedo creerlo.

- No me gusta la idea más que a ti, pero seríamos idiotas si ignoráramos esa posibilidad. Él sabía que usurpaste el lugar de Wardani el invierno pasado; él sabía también que los lugartenientes de Wardani habían sido enviados a los oasis, y sin duda es tan inteligente como para darse cuenta de que a un tipo tan impulsivo como Asad podría incitársele muy fácilmente a buscar venganza. Tú mismo lo dijiste: va tras algo grande, algo para lo que necesita tiempo y calma. ¿Qué mejor manera de mantenernos en El Cairo, fuera de su camino, que poner a un asesino totalmente entregado a su trabajo tras tu pista? Desafortunadamente para él, no reaccionamos como había esperado. Cada cosa que ha ocurrido desde entonces ha sido pensada para hacernos abandonar Luxor.

- ¿Incluyendo el ataque a madre? -preguntó Ramsés incrédulo.

- Sus secuaces, adoro esa palabra, deben de haber malinterpretado sus instrucciones.

- Vamos, Nefret…

- Sólo era una idea -murmuró Nefret-. No, querido, hay otra alternativa. Decía la verdad cuando hablaba de un rival. Alguien más va tras su gran descubrimiento.

- Eso parece -sopló la lámpara para apagarla antes de continuar-. Sayid fue sobornado para que le dijera a Margaret dónde encontrar a Sethos. Es la única explicación posible; Sayid es el último hombre sobre la tierra al que Sethos hubiera confiado esa información.

Deben de haber intentado atraparle antes y haber fracasado. Confiaron en que su presencia le retrasara lo suficiente para que ellos pudieran entrar.

- Entonces, Sayid debe saber quiénes son «ellos».

- No cuando todo el mundo anda correteando por ahí disfrazado -dijo Ramsés indignado-. No es un observador muy perspicaz. Oh, tendremos una charla con él, pero imagino que dirá que sólo era una pequeña broma a la Sitt.

- Estamos demasiado metidos en esto como para echarnos atrás, ¿no? -preguntó ella con voz queda. Él la tomó en sus brazos.

- Me temo que sí. Duerme un poco, es tarde. Ya pensaremos en

nuestro próximo movimiento mañana.

La cercanía de su mujer le produjo el efecto habitual, pero el condenado sentido de la responsabilidad que su madre le había inculcado le hizo decir:

- Quizás debiera quedarme con él esta noche. Si se encuentra en suficiente buena forma por la mañana, intentará escapar.

- No lo hará. Me he llevado su ropa.

Capítulo 13

Emerson estaba decidido a continuar trabajando hasta el último momento posible, dejándome a mí todos los preparativos domésticos y del viaje. Eso me convenía, ya que él sólo hubiera sido un estorbo, así que le mandé a Giza después del desayuno, con toda la intención de unirme a él una vez que hubiera completado mis tareas.

Habíamos anunciado nuestros planes en el desayuno, provocando moderada sorpresa e inmenso placer, especialmente por parte de Sennia. No había duda de que no iría a la escuela ese día. Tenía derecho a un descanso después de su aterradora experiencia, además, no quería dejarla fuera de mi vista, o al menos mera de casa. Después de que sus exclamaciones de regocijo se hubieran apagado y hubiéramos conseguido persuadirla de que se sentara, dije:

- Tenemos mucho que hacer si queremos estar preparados para partir mañana por la mañana. Debes ayudar a Basima a hacer la maleta con tu ropa y las demás cosas que quieras llevarte.

- Mis regalos -dijo y arrugó la frente-. No tengo todos mis regalos de Navidad. ¿Podemos ir al Khan el Jalili, tía Amelia?

- ¡No! -suavicé mi tono cortante-. No habrá tiempo. Puedes terminar tus compras en Luxor.

- Si quieres, te traigo unos cuantos huesos de Giza -se ofreció Emerson-. Puedes envolverlos para tía Nefret.

- Preferiría coger mis propios huesos -replicó Sennia-. ¿No puedo ir contigo?

- ¡No! Eh… no hay tiempo. Fátima también necesitará tu ayuda.

- Asombroso -me dijo Emerson después de que se hubiera ido bailoteando a ver a Gargery y a comenzar a hacer su maleta-. Suponía que le asustaría volver a Giza.

- Eso demuestra su fuerte carácter y, me gustaría creer, su confianza en nosotros. Una confianza -añadí con firmeza-, que nunca más se verá traicionada. Debemos asegurarnos de que está vigilada a todas horas, sin levantar nuevos temores. Verdaderamente he tenido una muy buena idea, Emerson. Con toda esta agitación no tendrá tiempo de darle vueltas a sus experiencias.

Tan pronto como Emerson se hubo marchado, escribí varios telegramas y envié a uno de los hombres a la oficina de telégrafos, ordenándole detenerse después en la estación del ferrocarril para reservar nuestros pasajes. Lo siguiente era negociar con Fátima; sentí un ligero desasosiego cuando la encontré en la cocina reuniendo los ingredientes para su famoso pudin de ciruelas. Para ser una mujercita tan humilde y dulce, podía ser extremadamente testaruda acerca de lo que ella consideraba sus deberes y privilegios; y preparar la cena de navidad era uno de ellos. El chef de Cyrus quizás no se tomara a bien tener a otra cocinera enredándosele en los pies.

Hacia el mediodía, los asuntos en la casa estaban bien encauzados, así que cogí una cesta de picnic y salí para Giza, después de haber advertido a todo el mundo que se asegurara de que Sennia estaba acompañada a todas horas. Yo depositaba toda mi confianza en Kadija; era tan fuerte como un hombre y totalmente digna de confianza.

Encontré a Emerson con William Amherst terminando la prospección del yacimiento, y les persuadí de que pararan a tomar un bocado.

- ¿El profesor te ha hablado de nuestros planes? -le pregunté al joven.

- Sí, señora. ¿Se supone que debo ir con ustedes? No me gustaría molestar.

De hecho, William había sido la última persona en quien había pensado, pero sus grandes ojos húmedos tenían una mirada de súplica que no pude resistir. Dejar a un individuo tan falto de amigos sólo durante las fiestas parecía cruel en extremo. No sería de ninguna utilidad en Giza, ya que Emerson no permitiría que nadie

pasara por el cedazo una simple cesta de arena sin su supervisión. Conocía a los Vandergelt, y Cyrus siempre había hablado bien de él…

Sopesé estos factores con mi rapidez habitual, y creo que apenas hubo una ligerísima pausa antes de que le contestara.

- Naturalmente había contado con que nos acompañaras, William. Cyrus estará encantado de alojarte.

- Es usted demasiado buena -exclamó el joven.

Emerson había estado masculllándole algo a su sándwich de pepino. Normalmente le lleva un rato quitarse de la cabeza el trabajo que ha estado haciendo. El diálogo atrajo su atención. Levantó la vista, frunciendo el ceño.

- Sí, a su manera. Maldita sea, Peabody, ¿has venido sola?

- Claro, tengo mi sombrilla.

Emerson no continuó con el tema. Había encontrado otro que le daba una excusa para quejarse.

- No debías haber dejado sola a Sennia.

- Emerson, hay ocho personas en la casa sin contar al gato. Sin embargo, creo que deberías dejar el trabajo por hoy, hay varios asuntos sin importancia que debemos solucionar.

- Sí, y uno de ellos está aquí en Giza -dijo Emerson-. Quiero echar una mirada más exhaustiva a la escena del crimen de ayer.

- ¿Cuál, el asesinato?

- Estaba pensando en el crimen de secuestrar a nuestra pupila. Pero tienes razón; deberíamos ver qué queda de Saleh, si es que queda algo.

Me dirigió una mirada desafiante. Ni que decir tiene que permanecí imperturbable. Fue William el que se puso pálido.

- ¿Lo que queda?

- Los chacales y los perros salvajes habrán dado cuenta de él -dijo Emerson tranquilamente.

- Me sorprende que no te hayas dedicado aún a eso -comenté, observando cómo el semblante de William adquiría un matiz verdoso. ¿Qué le ocurría a aquel tipo? No debería ser tan tiquismiquis después de tantos años en Egipto.

- Te estaba esperando, querida. Por nada del mundo te privaría del placer de examinar un cadáver desmembrado. Vamos, Amherst, no querrás perdértelo.

Sinceramente, no creo que Emerson tuviera mala intención. Es de la escuela de los que creen que la mejor manera de vencer una debilidad es enfrentarse a ella directamente.

Una inspección del lugar en el que Sennia había sido secuestrada no nos dio más información. Regresamos al hotel, cogimos nuestros caballos y alquilamos uno para William, ignorando sus débiles excusas.

Sin embargo, tan sólo una persona de sensibilidad excesivamente delicada se habría conmovido por lo que encontramos. Los depredadores se habían hecho cargo del cuerpo del perro. Los restos estaban algo esparcidos por el lugar, pero quedaba lo suficiente para identificarlo. Del cuerpo de su dueño no quedaba ni rastro, excepto una copiosa cantidad de sangre seca, ya medio borrosa por la arena que arrastraba el viento.

- Alguien debe de haberse llevado lo que sea que dejaran los chacales, y lo habrá enterrado -dijo Emerson-. Qué consideración tan conmovedora. Supongo que hasta un canalla como Saleh debe de tener un amigo. Veamos si podemos localizarle.

Con William siguiéndonos de mala gana, nos dirigimos a través de las cimas hasta la aldea. Ya que era de suponer que nos habrían visto, Emerson anunció nuestra llegada en la voz más alta posible y en términos dirigidos a tranquilizar a los que lo oyeran.

- No queremos hacer daño a los inocentes. Nos conocéis, sabéis que cuando damos nuestra palabra no la rompemos. Pagaremos bien por la información. *¡Bacshish!*

De las casas aparentemente vacías se derramó un goteo de personas, menos de veinte en total, abarcando en edad desde bebés desnudos hasta un anciano encorvado y desdentado, que declaró ser el jeque de aquel miserable lugar.

- ¿Tenemos tu palabra, oh, Padre de las Maldiciones? -masculló-. Somos inocentes. No hemos hecho nada malo.

Emerson metió la mano en el bolsillo. Las monedas tintinearon. La audiencia se acercó aún más.

Sacamos muy poco en lo que se refiere a información útil, aunque Emerson repartió propinas con mano generosa. Todos los de la aldea sabían que Saleh era un hombre malo; pero antes siempre había hecho sus maldades en otra parte. No habían sabido nada de su última acción criminal hasta que llegó a la aldea con una niña

cuyas quejas y forcejeos mostraban claramente que no había ido por su propia voluntad. Le tenían demasiado miedo para intervenir. No se le había visto con un extraño, en la aldea o en otro lugar. Resumiendo, eran ignorantes e inocentes y sentían alivio al saber que estaba muerto. Pero habían enterrado sus restos porque ese era su deber religioso.

- Y porque no querían que su fantasma regresara a rondarles -me dijo Emerson en inglés- ¿Quieres desenterrarle, Peabody? Lo más probable es que esté enterrado muy profundamente.

- No veo razón para hacer tal cosa, Emerson. Me pregunto qué hizo con la primera parte del dinero que recibió.

- No lo llevaba encima. -Emerson manoseó el hoyuelo de su barbilla-. Humm. Echemos un vistazo.

Emerson y Amherst, que había recuperado el coraje ahora que no había cadáveres desmembrados que inspeccionar, encontraron el pequeño fardo metido en una grieta de la ruinosa pared de la choza. Mientras buscaban, yo hice lo que pude por la anciana mujer. Estaba en una condición lamentable. El opio destruye el apetito del consumidor, y era evidente que no había tenido siquiera el deseo o la energía para beber agua. Chupó ansiosamente la cantimplora que yo sostenía contra sus labios y se arrellanó con un suspiro.

- Mi hijo está muerto, Sitt Hakim. Pronto moriré yo también. No tengo deseo de vivir.

- Otros se ocuparán de usted -dijo Emerson-. Nos aseguraremos de que así sea.

- ¿Ah? -alzó la cabeza-. Entonces voy a vivir. ¡El Padre de las Maldiciones lo ha dicho!

- ¿Qué se siente al ser un semidiós, con poder sobre la vida y la muerte? -pregunté en cuanto abandonamos el desagradable lugar.

- Es maravilloso -afirmó Emerson con una sonrisa. Había retirado el harapo que envolvía el dinero, y reconocí los billetes acuñados por el Banco Nacional de Egipto-. Cincuenta libras egipcias -dijo contando-. Le pagó bien, el canalla. Esto mantendrá a la anciana a base de lentejas y opio durante un tiempo.

Le dio el dinero al alcalde, cuyos legañosos ojos se le salieron de las órbitas cuando vio la cantidad, y que puso cara larga cuando escuchó las instrucciones de Emerson. Yo no dudaba que las seguiría al pie de la letra, ya que mi marido anunció su intención de

enviar de vez en cuando a alguien para asegurarse de que así era. Añadió, como de pasada, que pagaría bien por la información si alguno de ellos *recordaba* algo de interés.

- ¿Crees que alguien está ocultando algo? -pregunté mientras montábamos y echábamos a andar hacia Giza.

- Lo dudo bastante, pero si tal fuera el caso no hablaría delante de los demás. Tendremos que esperar a ver qué pasa.

Fátima tenía listo el té cuando llegamos a la casa, donde encontramos a Daoud saqueando con fruición un plato de sándwiches. Fátima le había proporcionado los últimos cotilleos a la par que los bocadillos y él estaba, con toda justicia, a punto de estallar de indignación por la osadía del hombre que se había atrevido a ponerle las manos encima al Pajarito. Naturalmente, estaba convencido de que podía haberlo evitado si no hubiera ido a Luxor. Le dejamos desahogarse y entonces Emerson dijo:

- No podías estar en dos sitios a la vez, Daoud. Te enviamos a Luxor a averiguar cómo van las cosas por ahí. Haznos tu informe. Fátima, más sándwiches si eres tan amable.

Daoud levantó la mano.

- Uno -dijo, alzando un dedo el doble de grande que el mío.

Sin hacer una pausa para respirar, recitó de un tirón los hechos que, añadió, Nur Misur le había ordenado relatar. Acababa de terminar el segundo de ellos cuando Sennia irrumpió en la habitación, nos besó a todos, y se acomodó en el gran regazo de Daoud.

- ¿Cómo están todos por ahí? -preguntó-. ¿Está mejor Bertie? ¿Saben que vamos para allá?

- ¿Vamos? -preguntó Daoud.

- Oh, sí, ¿no te lo ha dicho el profesor? Todos, en tren, mañana. Cuéntame cómo están, Daoud. ¿Me echan de menos?

- Muchísimo -le aseguró Daoud-. El señor Bertie está mejor. Tres. Ha encontrado un nuevo interés. Se llama Jumana.

No dudaba que había repetido el mensaje palabra por palabra. Eso no era en absoluto lo que yo había tenido en mente para Bertie, pero Emerson curvó sus bien formados labios en una de esas sonrisas masculinas.

- ¿La chica que mencionaba Nefret? Vaya, vaya, no hay nada como una mujer bonita para…

- ¡Emerson, por favor! -Con un ademán, le recordé que había una inocente niña presente-. ¿Conociste a la joven, Daoud?

- Oh, sí. Nur Misur dijo que usted querría saber lo que yo pensaba de ella. Es muy, muy bonita.

Tomó otro sándwich.

- ¿Eso es todo? -pregunté.

Daoud consideró la pregunta.

- Habla muy alto y dice lo que piensa. Así que es probable que Yusuf no encuentre marido para ella, aunque es muy, muy…

- Sí, ya veo. Oh, cielos, Emerson, preveo complicaciones.

- Mientras no resulten ser otro par de jóvenes amantes -gruñó Emerson-. Solíamos estar infestados de ellos y resultaban un cond… eh, una complicación muy fastidiosa.

- Hay una cosa más importante -dijo Daoud que no tenía interés en los jóvenes amantes-. Y no fue Nur Misur la que me lo dijo -añadió puntilloso.

- ¿Algo acerca de los saqueos de tumbas? -preguntó Emerson.

Daoud se aclaró la garganta. Con el instinto de un magistral contador de historias, había reservado aquella noticia para el final, y su voz solemne denotaba que estaba citando a alguien.

- En Luxor es sabido que el Maestro ha regresado. Su paradero, nadie lo conoce. Su verdadera apariencia nadie la conoce. Posee mil rostros y diez mil nombres.

Se hizo un silencio, roto por un sonido de porcelana haciéndose añicos. Al señor Amherst se le había caído la taza.

DEL MANUSCRITO H

Un suave sonido despertó a Ramsés inmediatamente. Las cortinas de la ventana aleteaban con la brisa de la mañana. Tuvo el tiempo justo para poner los pies en el suelo y asegurarse de estar decentemente cubierto antes de que se abriera la puerta.

Nefret se sentó con un respingo. La vela que Margaret sujetaba, proyectaba feas sombras sobre su cara, formando agujeros negros bajo sus pómulos y alargando su nariz.

- Venid inmediatamente -ordenó-. Está despierto.

La ventana de la habitación en la que habían instalado a su invitado miraba al este. No era tan temprano como había pensado Ramsés; sobre los riscos orientales el cielo clareaba con la proximidad del amanecer. Había esperado encontrar a Sethos en pie y en un estado de ánimo combativo, pero la luz de la vela de Margaret mostraba a una forma inmóvil tumbada en la cama. El rostro que asomaba de la manta que le cubría desde los pies a la barbilla estaba sin afeitar y hundido, con un ceño fruncido casi tan intimidador como el de Emerson.

- Muy inteligente -dijo-. Supongo que no tiene sentido que pida que me devolváis mis ropas.

- Eso está abierto a la negociación -dijo Nefret. Parecía y sonaba bastante más despejada de lo que se sentía Ramsés. Conteniendo un bostezo, que amenazaba con desencajar sus mandíbulas, se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos. Nefret abrió su maletín. La expresión de Sethos cuando vio el termómetro divirtió bastante a Ramsés.

- No -dijo con firmeza.

- Sí -dijo Nefret-. ¿Debo pedirle a Ramsés que le sujete?

Su tío consideró la pregunta. Ramsés, que estaba empezando a divertirse, observó la batalla entre el sentido común y el deseo irracional aunque comprensible de pegar a alguien.

- Al menos hacedla salir antes de robarme lo que queda de mi dignidad -dijo Sethos, mirando de reojo a Margaret. Era la primera vez que se había dignado a reconocer su presencia.

- Es razonable -concedió Nefret-. Margaret, ve y vístete. Puedes hacerlo en la habitación de al lado.

Sethos se sometió al reconocimiento de Nefret en silencio y apretando los labios.

- Temperatura y pulso normal -anunció-. Pero ya sabe lo que va a pasar, ¿no?

Él respondió con otra pregunta:

- ¿Malaria?

- Eso parece. ¿A qué hora empezó el último ataque?

Sethos ignoró la pregunta con un movimiento de su mano.

- No necesitas estar encima de mí como un guarda de prisión, Nefret. No tengo fuerza para combatir *contigo,* mucho menos con los dos, no soy tan temerario como para arriesgarme a caer enfermo antes de encontrar un sitio seguro para esconderme. Necesitamos algo que explique mi presencia aquí. ¿Alguna idea?

La fuerza de su personalidad estaba viva como nunca, incluso aunque estuviera tumbado de espaldas con aspecto totalmente demacrado, pero aquella vez su intento de distraerles fracasó.'

- ¿Tengo su palabra de que no intentará huir? -preguntó Nefret.

- Para lo que vale -hizo una mueca-. ¿Sería mucho pedir una taza de café?

- Veré lo que puedo hacer.

Sethos la siguió con la mirada mientras se dirigía a la puerta, su camisón blanco caía en gráciles pliegues.

- ¿Hay alguna posibilidad de ocultarle mi presencia a la tripulación? -preguntó.

- No es probable. Sin embargo…

La puerta volvió a abrirse. Nefret arrojó un fardo de ropas a Ramsés.

- Tú también deberías vestirte.

- Echa el cerrojo -sugirió Sethos-. A no ser que quieras tener público.

- Ella le trajo hasta aquí, todo el camino desde el Tarif -dijo Ramsés. Se levantó, metió los pies en las botas, y se abrochó el cinturón-. Con riesgo considerable para sí misma y sin que la viera nadie. Reconozca al menos su mérito.

- No te preocupes por eso. Supongo que sabes que hay varias personas desagradables buscándome. Puedo estar poniéndoos a ti y a tu mujer en peligro si me quedo.

- No puede marcharse ahora sin ser visto, a no ser que pretenda cruzar el río a nado. Tengo una idea…

Ramsés esperó a que las mujeres se hubieran unido a ellos antes de explicar su plan. El café que trajo Nefret terminó de aclarar su cabeza y se enorgulleció de poder arreglárselas para componer una exposición clara y lúcida a pesar de los frecuentes intentos de su tío de interrumpirle.

- No podemos ocultar indefinidamente el hecho de que tenemos invitados. Nuestra única posibilidad es crear confusión. Ellos saben que anoche Margaret estaba con usted. Saben, o descubrirán, que vino aquí pronto por la noche, sola. Ashraf la vio marcharse; él jurará que no regresó. Si podemos llevarla hasta Luxor sin que la vean, nadie sabrá dónde estuvo el resto de la noche. Tendré que llevarla yo mismo. Puede ponerse el *tob* y el velo de Nefret. Será un poco complicado, pero creo que podemos conseguirlo si quitamos de en medio a la tripulación.

- Si ella tiene algo de sensatez, cosa que dudo, se negará -adujo Sethos con voz cansina-. ¿Crees que no querrán tener una charla con la última persona que saben que estuvo conmigo?

- Sólo tiene que ir andando desde el muelle al hotel -dijo Ramsés-. Una vez allí, allí se queda. ¿Está claro, Margaret? No pongas un pie fuera del hotel hasta que tengas noticias nuestras. Y no respondas a ningún mensaje escrito.

Margaret asintió con brusquedad.

- Y respecto a usted -continuó Ramsés, devolviendo la mirada a su tío quien, a su vez, le miró sin pestañear-, le conocimos en casa de los Vandergelt anoche y le trajimos hasta aquí al hacerse patente que estaba sufriendo un ataque de malaria. No se fía de esos hospitales «nativos» y se negó a ser examinado por un médico varón.

Nefret dejó escapar una carcajada. Siempre las cazaba al vuelo.

Sethos no le iba muy a la zaga. Ramsés había imaginado, mejor dicho, había esperado, que protestaría indignado.

- Una mujer -dijo llanamente-. Le dirás a la tripulación que soy…

- La hermana de Cyrus. Solterona, correcta, recatada. Primer viaje a Egipto. Lo odia.

- No me digas cómo desempeñar un papel -gruñó Sethos. Había un brillo en sus ojos que a Ramsés no le gustaba nada.

- Controle sus impulsos histriónicos -dijo secamente-. Nadie le pondrá los ojos encima. Nuestro mayordomo no osaría molestar a una dama soltera.

- Pero necesito una peluca o un gorro de dormir -insistió Sethos-. Sólo por si acaso. Y un camisón de franela.

La risa de Nefret agitó todo su cuerpo. La cara de Margaret se puso aún más seria; se levantó.

- ¿Se encuentra mejor? -le preguntó a Nefret.

- Obviamente -dijo la joven atragantada de risa.

Margaret se acercó a la cama en una zancada. Levantó su mano y la hizo descender con fuerza hasta la mejilla sin afeitar de Sethos.

- Eso -dijo-, es por ponerme en ridículo en Hayil. Y esto…

Él le atrapó la mano antes de que hiciera contacto por segunda vez. Margaret le lanzó un insulto que hizo parpadear a Ramsés. Estaba ahogada de cólera.

- ¡Por ser un cerdo altanero, desagradecido y egoísta!

Tiró de su mano para liberarla y se precipitó fuera del cuarto. La puerta de la habitación adyacente se cerró de un portazo.

- En cualquier caso, eso nos ha librado de ella -dijo Sethos-. Ahora…

- Es usted un cerdo -soltó Nefret.

- Ese sentimiento parece ser unánime -dijo Sethos, encontrando la mirada hostil de Ramsés-. Como estaba a punto de decir, hasta donde llega, tu plan es admirable, pero no llega lo suficientemente lejos.

- Lo sé. Me ocuparé del resto esta noche.

- No -dijo Sethos-. Creo que ya sé lo que tienes en mente, y tiene cierto sentido, pero me ocuparé de ello yo mismo.

- ¿Con una temperatura de 40 grados? Para cuando anochezca estará ardiendo de fiebre o tiritando con escalofríos. Tan sólo resta

una pequeña cosa: antes de que monte mi brioso corcel y cabalgue a desafiar a sus enemigos, preferiría saber quiénes son y tras qué van.

La expresión de su tío hizo que le dolieran las palmas; se sentía completamente solidario con el deseo de

Margaret de abofetearlo y borrar esa altanera sonrisa de su cara. Sethos sabía que lo que había dado lugar al plan de Ramsés no era la preocupación por él. Si se corriera la voz de que estaban dando abrigo a un extraño en el *Amelia,* alguien podría oír hablar de la visita de Margaret esa misma noche y sumar dos y dos. «El Maestro» debía ser visto y reconocido tras esa visita para que sus enemigos no fueran a buscarle allí.

- Esto no tiene nada que ver con los senussi o Sahin Bey o el maldito Ministerio, ¿no? -preguntó Ramsés-. Es la historia de siempre de las antigüedades. Dejó que las cosas se le escaparan durante un tiempo y un nuevo jugador ha saltado a la pista. ¿Quién?

- Si lo supiera, ¿no crees que ya me habría encargado de él? Será mejor que me creas, Ramsés, por muy reticente que estés a hacerlo. He intentado identificar al tipo durante semanas. Si es un egipcio es un ejemplar poco común, porque es absolutamente despiadado. Ha matado al menos a tres personas. No quiero que seas el cuarto. Amelia no se lo tomaría bien.

- No vas a evitar el tema de nuevo -le espetó Ramsés.

Se sentó a un lado de la cama y cogió a su exasperante pariente por los hombros.

- ¿Qué es lo que buscas? -los músculos bajo sus manos se contrajeron en una serie de escalofríos.

- ¿Qué? -insistió Ramsés-. ¿Las joyas de la reina Tiye?

- Lo siento -murmuró Sethos-. Me encuentro un poco… ¿las joyas? No había ninguna joya. Ese ameno episodio y los rumores que hice correr, eran tan sólo mi forma de anunciar mi regreso - cerró los ojos.

El joven apretó las manos involuntariamente. Sethos gimió.

- Déjale en paz, Ramsés -dijo Nefret. Se inclinó sobre la cama-. Quiero que se tome otra dosis de quinina. Después le conseguiré un bonito gorro de noche con volantes y le dejaremos dormir.

Ramsés no podía imaginar de dónde había sacado el gorro. Nunca la había visto ponérselo. Tenía lazos rosas y encajes.

- Ni siquiera madre lleva eso, ¿no? -preguntó.

- Es lo que llaman un gorro de tocador -explicó Nefret-. Para que una dama cubra el cabello despeinado mientras toma su té de la mañana antes de que llegue la doncella para el aseo. Venía con una *negligée,* un conjunto. Tenía intención de dárselo a Sennia.

- Le voy a matar.

- Puedes matarle después del desayuno, cariño. Ve subiendo, te seguiré después de que tenga unas palabras con Margaret.

Mientras subía las escaleras a la cubierta superior, Ramsés consideró de nuevo su plan. Tenía varios puntos débiles, pero era incapaz de pensar en nada mejor. Tendrían que avisar a Cyrus, y deberían inventar otra mentira para él y Katherine, pues ni siquiera a Cyrus podían revelarle la verdadera identidad del paciente de Nefret. Ramsés farfulló entre dientes. Inventar ficciones disparatadas era más del estilo de su madre que del suyo, pero sólo podía dar gracias a Dios de que ella no estuviera allí, añadiendo más complicaciones a una situación que ya se le estaba escapando de las manos. Tendría que esperar hasta la tarde, cuando los hombres estuvieran durmiendo, para llevar a Margaret al otro lado del río, y de un modo u otro, obligar a Sethos a revelar el secreto que estaba decidido a guardar, y…

Y librarse de Jumana y Tamil. Acababa de sentarse cuando aparecieron. Renegando fue hasta la borda.

Cuando le vio, Jumana comenzó a agitar los brazos y a gritar. Parecía una muñeca animada con la ropa de Nefret.

- No blasfemes -le advirtió Nefret, uniéndose a él en la borda.

- ¿Lo estaba haciendo? Diles que no les necesitaremos hoy, Nefret.

- Tómate el desayuno antes de que se te enfríe -dijo Nefret y bajó las escaleras. Nasir estaba esperando en posición de firmes con una servilleta sobre el brazo como ella le había enseñado, preparado para servirles, pero Ramsés permaneció en la borda, observando mientras Nefret hablaba con Jumana. Era una tarea a la que tenía que haberse enfrentado él mismo, en lugar de dejársela a ella, pero esa exasperante conversación con Sethos le había dejado tan enfadado que no estaba seguro de poder comportarse con corrección.

El préstamo de algunos libros satisfizo a Jumana. Jamil tardó en

marcharse, intercambiando ocurrencias y jactancias con Ashraf antes de seguir a su hermana. Nefret volvió a subir. Rechazó la oferta de Nasir de calentar la comida, le dijo que se servirían ellos mismos, y comenzó a comerse unos huevos tibios y unas tostadas recalentadas.

- Lo siento -dijo Ramsés-. Debería haberles despedido yo mismo en vez de…

- Basta -ella levantó la cabeza. Sus ojos centelleaban-. Siempre pides disculpas por cosas equivocadas. ¿Qué tipo de proeza estúpida has planeado para esta noche? Si estás decidido a continuar, voy contigo.

- Alguien tiene que quedarse con él.

- ¡Alguien! ¿Por qué ese alguien siempre soy yo? -sus ojos rebosaban de lágrimas, probablemente de furia.

- En este caso…

- Lo sé -se secó los ojos-. Pero insisto en saber dónde vas y qué pretendes hacer.

- El paso obvio es volver a la casa donde se estaba alojando y hacer como que busco algo que él se vio forzado a dejar atrás. Me dejaré ver ante algunos de los lugareños, provocaré sentimientos de culpabilidad y alarma, y emprenderé la retirada apresuradamente.

- Eso pensaba. Maldición, Ramsés, ¿y si algunos de… los otros están vigilando ese lugar?

- Me retiraré aún más apresuradamente. -Fue un intento de ser cómico bastante pobre y a Nefret no le pareció divertido en absoluto. El tomó sus manos-. Dudo que tengan el personal suficiente para desperdiciarlo en vigilancia, Nefret. Pero sin duda sería de ayuda si supiera quiénes y cuántos son y qué quieren de él.

Apretó sus adustos labios.

- Lo descubriré -afirmó ella con gesto firme.

- ¿Serás capaz de aprovecharte de un hombre enfermo?

Ella retiró su silla.

- Un comentario así más, Ramsés Emerson, y *de verdad* lo sentirás. Estaba fingiendo ese ataque. Si sigue el patrón habitual, no le volverá a dar hasta más avanzada la tarde y en este momento no me importa un bledo, aunque estuviera a punto de dar su último aliento. ¿Quieres venir conmigo?

- No me lo perdería por nada del mundo.

Sethos estaba tumbado de espaldas a la puerta. Cuando ésta se abrió, él se dio la vuelta. Los volantes que enmarcaban su rostro y su barba crecida debían haber resultado cómicos, pero manejó la situación como sólo Sethos podría.

- ¿Y ahora qué? -preguntó.

Nefret se sentó a su lado y comenzó a hablar dulcemente. Después de tan sólo unas pocas frases, Sethos levantó las manos.

- No soy tan tonto como para discutir con una mujer cuando está de ese humor. Me descuartizarías sin dudarlo si eso le ayudara, ¿no?

- Sí.

- Humm. No hay nada como el amor fiel para sacar las mejores cualidades de… Vale, vale. De todos modos iba a decíroslo -sus ojos se volvieron hacia Ramsés-. Hasta donde yo sé, sólo hay tres, además de su anónimo jefe. Uno es un sirio llamado Mubashir, que trabajó para mí en El Cairo en 1908. Probablemente piensa que aún está a mis órdenes. Bajo, fornido, cicatrices en las dos mejillas…

Dio una breve descripción de los otros dos, añadiendo:

- Mubashir es el más peligroso. Uno de los mejores hombres con un cuchillo que he empleado nunca, y tan rápido como una serpiente. ¿Irás armado?

- Sí -replicó Nefret antes de que Ramsés pudiera responder-. ¿Cree que estarán esperando que vuelva?

- No si conocen mis hábitos. Una de las razones de mi larga y exitosa carrera es que nunca regreso a un lugar conocido por el otro bando, incluso aunque eso signifique abandonar artículos útiles -le dirigió a Ramsés j una sonrisa insolente-. Cierta vez hiciste buen uso de algunas cosas que tuve que abandonar. Esta noche encontrarás útil esa habilidad, pero no caigas en la tentación de exhibirte. Es un defecto familiar. Todo lo que tienes que hacer es asegurarte de que algunos de los aldeanos te ven y te identifican. Eres más o menos de mi estatura y complexión. El turbante verde disipará cualquier duda; perdí el mío en algún lugar del camino, pero probablemente puedes aparecer con…

- Lo está haciendo otra vez -dijo Ramsés a su esposa.

- Cierto. Estoy dispuesta a creer -dijo Nefret, expresándose con precisión-, que todavía no has descubierto la identidad del jefe. ¿Por qué no has interrogado a ese hombre, Mubashir?

- ¿Ir tras Mubashir? -Sethos se estremeció o simulé hacerlo-. No, gracias; preferiría que mi hígado, pulmones e intestinos permanecieran intactos. En cualquier caso, no sacaría nada útil de él. Si mi astuto adversario tiene el cerebro que yo creo, estará jugando la partida como yo lo hice, escondiéndose de noche, hablando lo mínimo, y no dejando nunca que ninguno de ellos le eche una buena mirada. Te sorprendería lo efectivo que ese tipo de comedia infantil puede ser con gente que…

- No quiero un sermón -dijo Ramsés, intentando mantener el severo tono de su voz-. Quiero saber qué provocó este juego. ¿Cuál es el premio y dónde está?

- Es una historia bastante larga.

- Callad -dijo Nefret levantando la mano-. ¿No está llamando Nasir?

- Nasir puede irse al diablo -dijo Ramsés-. Quiero respuestas, Sethos.

- Pueden esperar -le interrumpió Nefret-. No, de verdad, querido; va a estar divagando hasta que *tú* le pegues o *yo* le pegue, o Nasir irrumpa aquí. Lo único que importa ahora… -se inclinó sobre Sethos, cuyo rostro estaba tan cerca del suyo que sus narices casi se tocaban-. Si cualquier cosa, ¡cualquier cosa imaginable! le ocurriera a Ramsés esta noche -dijo con una voz tan dulce como un repique de campanillas doradas-, y ocurre porque tú ocultaste información que podría ¡podría! haber cambiado la cosa…

Durante un largo segundo, Sethos se quedó mirando como hipnotizado sus ojos azules. Entonces tragó saliva, con dificultad, y volvió la cabeza.

- No hay nada. Tienes mi palabra. Valga lo que valga.

Los gritos de Nasir se estaban haciendo imperiosos. Ramsés dejó a Sethos al tierno amparo de su mujer; parecía un ángel del cielo, levantándole la cabeza y sosteniéndole una taza de agua en los labios, su pelo un halo dorado.

Salió de la habitación antes de que Nasir apareciera, aún gritando su nombre. Hasta entonces se las habían arreglado para mantener al personal ignorante acerca de su visitante. Cuanto más tiempo pudieran hacerlo, mejor; la noticia se extendería por todo el barco y después por todo Luxor. Tan preocupado estaba que le costó un poco de tiempo asimilar la importancia de lo que anunciaba

Nasir.

- ¿Vandergelt Effendi? -repitió gritando-. ¿Aquí?

Cyrus estaba esperando en el salón, impecablemente vestido con su traje favorito de lino blanco, irradiando buen humor. Le dirigió a su desaliñado anfitrión una larga mirada y le brillaron los ojos.

- Espero no molestar. Me imaginaba que a estas horas estaríais levantados y en marcha.

- Lo estábamos. Lo estamos -Ramsés intentó alisarse el pelo y ordenar sus ideas. Aún no había pensado en una historia que contarle a Cyrus-. Siempre es un placer verte ¿Cómo sigue Bertie?

- Verdaderamente bien -el brillo se intensificó-. Incluso mejor desde que apareció nuestra pequeña visitante.

- Santo Dios -Ramsés se dejó caer en una silla-. ¿Jumana?

Nefret llegó a punto para oír la última palabra.

- ¿Qué ha hecho ahora?

- Hizo una llamada a Katherine, con toda la educación del mundo. Le regaló un bonito ramo de flores. Las cogió de mi jardín, creo -añadió Cyrus con una sonrisa-. Vaya una chica. Dijo que le habíais prometido enseñarle todo lo que necesita saber para convertirse en egiptóloga.

- ¿Qué más dijo? -preguntó Ramsés aprehensivamente.

- Bastante. Estaba tratando de impresionarnos con todo lo que ya sabía acerca del tema.

- Lo siento, Cyrus -dijo Nefret.

- ¿Por qué? No hay razón por la que ella no debiera presentar sus respetos, incluso aunque lo haya hecho por interés. Es un cambio agradable encontrar a alguien que quiere libros en vez de propinas. Y os diré algo más: Bertie se ha reanimado de un modo que no creeríais -Cyrus se rió entre dientes-. No hizo grandes progresos con la joven; en cuanto admitió que no era egiptólogo, ella le ignoró como si fuera un trozo de madera. Tan pronto como se fue, él se encerró en su habitación con una montaña de libros.

Nefret miró a su marido. Esta vez no hubo ningún intercambio de miradas elocuentes; su cara había adoptado una cortés expresión vacía y ella se dio cuenta de que había dejado de escuchar a Cyrus. Ya había suficiente en su mente, el cielo lo sabía, pero Nefret tenía la sensación de que no se estaba tomando este posible giro de los acontecimientos lo bastante en serio. Katherine desaprobaría, sin

duda, el apego de Bertie hacia una chica egipcia, por inocente que fuera la relación.

Me aseguraré de que sea inocente, pensó Nefret, por el bien de Jumana, si no por el de Bertie.

Volvió a prestar atención a Cyrus, que se había lanzado a una animada discusión de sus planes futuros. Bertie no era el único que se había «reanimado» desde que llegaron a Luxor.

- Pensé que quizás os gustaría acompañarme a buscar posibles yacimientos.

Ramsés puso cara de pasmo.

- ¿Hoy?

- Estoy deseando empezar. Pero si tenéis algo más quehacer…

- Me temo que hoy estamos ocupados -dijo Nefret-. ¿Qué tal mañana… o pasado?

- Bueno, claro -Cyrus se levantó y tomó su sombrero-. Debéis perdonarme. Me entusiasmé tanto que olvidé que podríais tener otros planes.

- Por supuesto que no -dijo Nefret-. Nos encantará ir. Pronto.

- No hay prisa -dijo Cyrus con amabilidad-. Hay montones de cosas que puedo hacer. Puede que tenga una pequeña charla con Yusuf y le pregunte si tiene alguna sugerencia.

- Excelente idea -dijo Ramsés.

Tan pronto como Cyrus se hubo marchado, se volvió hacia Nefret.

- ¿Mañana? Para entonces todavía no se habrá recuperado, ¿no?

- Probablemente no. Tendremos que darle largas de nuevo. No le has hablado de su hermana enferma.

- No podía pensar en ninguna explicación que tuviera sentido -admitió entumecido Ramsés-. Parece que tengo el cerebro entumecido.

- No es de extrañar. ¿Por qué no duermes un poco?

El se acercó a la joven y tomó sus manos.

- Tú tampoco dormiste mucho anoche.

- Yo no tengo por delante el día que tienes tú -liberó sus manos y las posó en los hombros de él-. Ve a acostarte. Te despertaré a tiempo para el almuerzo.

Él confiaba en no dormirse, pero lo hizo, y se despertó solo después de un sueño tan estrafalariamente horrible que se sonrió

medio dormido mientras lo recordaba. La barca hundiéndose y Margaret insultándole mientras se ahogaba; él andaba sobre el agua y no hacía ningún movimiento para rescatarla; Cyrus, cabalgando arriba y abajo por la orilla occidental, bramando: «Ésa no es mi hermana Emmeline»; Sethos diciéndole a Nefret que se convertiría en un príncipe si ella le besaba; Sethos de nuevo encaramado en las ruinas de su casa, observando con una sonrisa cómo Mubashir extraía limpiamente los pulmones, el hígado y los intestinos de Ramsés y los depositaba en vasos canopos. Las cabezas humanas esculpidas en las tapas de los vasos no tenían el aura real en sus frentes, y Ramsés estaba a punto de protestar por esta omisión cuando se despertó.

Cuando se unió a Nefret para el almuerzo le contó la primera parte del sueño, pensando que quizás le divertiría. Los dos últimos episodios casi con seguridad no lo harían.

- Sabes lo que dirían los freudianos acerca de que dejaras hundirse a Margaret -dijo con seriedad.

- Se equivocarían. Dios sabe que desearía que no hubiera complicado nuestras vidas, pero siento una gran admiración por ella. Tan pronto como Sethos se haya recuperado totalmente, sujetaré sus brazos mientras ella le abofetea tantas veces como quiera. No me dirás que Cyrus tiene una hermana llamada Emmeline…

- No creo que tenga ninguna hermana -sólo entonces Nefret sonrió-. ¿Cómo se le ocurriría a tu inconsciente lo de Emmeline? ¿Alguien que me haya perdido?

- La única Emmeline que conozco es la señora Pankhurst, y te aseguro que nunca estuve a menos de trescientos metros de ella. Tampoco lo hubiera deseado.

Conversaron hasta que Nasir hubo quitado la mesa y desaparecido. Ramsés encendió un cigarrillo.

- ¿Está preparada?

Nefret asintió.

- ¿Y el bote?

- Podrían reconocerlo. Robaré o alquilaré una barca. Te veo en un rato.

La primera parte del plan se desarrollo sin ningún problema. Para cuando volvió al *Amelia* en la pequeña barca que había

alquilado después del regateo habitual, los hombres de la tripulación se habían acomodado para su descanso vespertino, y el único tráfico del río eran unos pocos vapores comerciales y barcazas. Con ayuda de Nefret sacó a la mujer vestida de negro por la ventana hasta la barca. Ninguno habló demasiado durante el viaje. Ramsés estaba ocupado con el timón y las velas y su acompañante no parecía inclinada a conversar.

Mientras se acercaban a la orilla occidental, ella alzó su cabeza agachada. El velo ocultaba toda su cara excepto sus ojos. Estaban hundidos y ensombrecidos, pero cuando habló lo hizo en su habitual tono enérgico.

- ¿Me informarás?

- Sí. En persona, en algún momento de mañana, si podemos conseguirlo. Recuerda lo que te he dicho sobre quedarte en el hotel. Mi vida se complicaría mucho más si te secuestraran.

- O asesinaran.

- Ésa es la única parte positiva de la situación. Si vienen por ti, te querrán viva.

- ¿A eso lo llamas positivo?

- Es mucho más difícil transportar a una mujer sana y fuerte que cortarle el pescuezo -Ramsés no le dio tiempo para que hiciera ningún comentario-. Voy a dejarte en la orilla tan cerca del hotel como pueda. Tendrás alguna dificultad para escalar hasta arriba, pero después de lo que hiciste anoche imagino que podrás arreglártelas.

Sé las arregló no sin algunos resbalones y blasfemias. Ramsés esperó hasta que hubo alcanzado la cima del terraplén antes de seguirla, a tiempo para verla cruzar la carretera como una flecha y comenzar a subir el largo tramo de escaleras que conducía a la puerta del Winter Palace. Ahora estaría a salvo, si recordaba deshacerse de su vestido egipcio antes de intentar entrar.

El viento había cesado y le llevó el doble de tiempo volver a la otra orilla para lo que tuvo que utilizar los remos buena parte del camino. Devolvió su velero alquilado, se quitó la barba, el turbante, y el *aba* detrás de un árbol, y se dirigió al *Amelia,* rascándose la mandíbula con aire ausente. Recordó sus esfuerzos por desarrollar un adhesivo que no picara, sin éxito hasta el momento.

El sol se ponía por el oeste y frías sombras grises se alargaban en

su camino. Tan pronto como la oscuridad hubo caído pudo terminar el resto del programa. A decir verdad, lo estaba deseando. La acción, de cualquier tipo, era más fácil que la espera, y realmente no preveía que hubiera problemas. La parte de Nefret era la más dura. No gimotearía ni lloraría, pero estaría enferma de temor hasta que él volviera.

Todo aquel asunto había ido demasiado lejos. Se preguntó, con una complacencia de la que pronto se arrepentiría, por qué se había permitido a sí mismo emocionarse de ese modo. Aquella situación no era más complicada que los líos en los que sus padres se metían todo el tiempo.

Debía de ser una tumba desconocida el objetivo tras el que iban Sethos y su rival. Tebas estaba llena de ellas. Sólo en el pasado medio siglo se habían descubierto más de cincuenta, más de dos docenas en el mismo Valle de los Reyes, tres, ¿o más?, por la infatigable familia Abd er Rassul. Para ser exactos, la mayoría estaban sin terminar o habían sido saqueadas a conciencia, y las raras excepciones a las de este último caso habían sido las de oficiales, no la realeza. Pero aún había numerosos faraones que no habían aparecido: Horemheb, varios de los Ramsés, Tutankamón… Visiones doradas flotaron por su mente.

Ashraf estaba sentado plácidamente al pie de la pasarela, fumando con la mirada perdida. Se puso en pie de un salto cuando vio a Ramsés.

- Nur Misur le está buscando, Hermano de los Demonios.

Las visiones doradas fueron reemplazadas por lo que su madre hubiera llamado terrible corazonada.

- ¿Qué ha pasado, Ashraf?

- Nada, nada. Pero ella dijo…

Ramsés subió corriendo la pasarela, dejando a Ashraf con la palabra en la boca. Nefret debía haber oí-' do sus voces. Llegó corriendo a su encuentro, con los ojos abiertos de par en par, consternada. Él la tomó en sus brazos.

- Querida, ¿qué ocurre? ¿Qué ha hecho…?

Ella le empujó.

- No ha hecho nada. Ha comenzado el siguiente ataque, debo volver con él. Pero, oh, Ramsés, no te lo vas a creer, es demasiado terrible…

- ¿Qué? ¡Por amor de dios, Nefret!

Tenía un trozo arrugado de papel en la mano. Un telegrama. Él se lo arrebató.

«Llegada a Luxor miércoles A.M con Sennia, Selim y demás. Alojamos con Cyrus, no es necesario que hagáis nada.» Incluso había pagado por una palabra extra. «Amor, Madre.»

* * *

Ramsés descorrió la cortina y miró por la ventana. El cielo nocturno estaba cuajado de estrellas, y la luz de la luna rielaba en el agua oscura y rumorosa. Estaba desnudo salvo por la camisa y los calzones y se había quitado los zapatos.

- Es hora de que me vaya. ¿Estás segura de que podrás arreglarte?

El fantasma de una sonrisa se posó en los labios de Nefret.

- Mírale.

La primera parte del ataque había pasado y la fiebre enrojecía la cara del hombre enfermo. Aunque tenía los ojos abiertos, no parecía reconocer su entorno, y no había hablado, salvo por murmullos incoherentes.

Nefret apagó la lámpara antes de acercarse a él. Ramsés se sentía como si debiera decir algo, pero no se le ocurría qué. ¿No te preocupes? Pero ella lo haría. ¿Te quiero? Eso sonaba como si él no confiara en volver a verla. ¿Qué había que decir, después de todo? Besó su cara vuelta hacia arriba, un beso seco, rápido, y se deslizó por la ventana. Alzando los brazos, tomó el fardo que ella le tendía.

- No caigas en la tentación de arriesgarte -susurró ella, y se retiró de la ventana.

Una vez en tierra, escurrió su chorreante ropa interior y se la volvió a poner. La tela estaba incómodamente húmeda pero existía una posibilidad de que tuviera que desembarazarse de las ropas, y no le apetecía correr con la piel desnuda. La envoltura resistente al agua había mantenido seca la ropa. Se la puso: túnica, barba, turbante, sandalias, cinto para el cuchillo, y comenzó a andar.

Aunque se mantenía atento, durante la caminata de kilómetro y medio tuvo tiempo de sobra para lo que su madre llamaría «raciocinación». Desafortunadamente, no se le ocurrió ninguna forma de evitar la catástrofe que pronto se cerniría sobre ellos. Él y Nefret habían discutido las alternativas esa tarde, una vez que él se

hubo recuperado de la impresión del telegrama.

- Diles que no deben venir -había sido la primera sugerencia de Nefret.

- ¿Decirle a madre que no haga algo?

- Tienes razón, eso sólo le animaría a hacerlo con más ímpetu. ¿Qué supones que ha provocado esto?

- ¿Qué ganas especulando? Podría ser cualquier cosa, desde querer compartir una agradable celebración de Navidad hasta… me da miedo pensarlo.

- No pueden saber lo de él. Uh… ¿o sí?

- En lo que a mi madre respecta, cualquier cosa es posible, pero no veo cómo puede haberle llegado tan interesante información. Tenemos que sacarle del *Amelia* antes de que lleguen, Nefret.

- Sí -se miraron el uno al otro con expresión vacía-. ¿Cómo? -preguntó Nefret-. ¿Adonde?

Un crujido en la vegetación hizo que Ramsés volviera a prestar atención a los alrededores. Estaba casi en el borde de los cultivos; a su derecha las columnas truncadas del templo de Seti clareaban a la luz de la luna. Era hora de concentrarse en el trabajo que le esperaba. Una crisis cada vez, se dijo.

La aldea le resultaba familiar, aunque nunca había tenido ninguna razón para detenerse por allí; era uno de los muchos pequeños asentamientos entre el extremo sur de Drah Abu'l Naga y el templo de Seti I. Rodeó el lugar, toqueteando la linterna que llevaba en el morral y preguntándose si tendría que usarla. Si pudiera atraer la atención de alguien, la luz de la luna resultaría suficientemente brillante.

Desde la cumbre que había elegido como lugar estratégico, el pequeño corrillo de chozas parecía desierto. La mayoría de los aldeanos se acostaban en cuanto oscurecía; las lámparas de aceite eran caras. Un montón de escombros indicaba el lugar de la casa de Sethos. Había hecho un trabajo minucioso. No quedaba en pie ni una pared. Probablemente los lugareños habían colaborado un poco, husmeando entre las ruinas en busca de algún objeto útil o, si uno quería ser benevolente, de un cuerpo muerto o vivo.

Ramsés cogió un puñado de piedras y comenzó a lanzarlas en dirección a la aldea, espaciándolas de forma que los sonidos sugirieran que habían salido rodando propulsadas por unas pisadas

que se aproximaban. Esperó un poco, escuchando. Lanzó una piedra más, y fue recompensado con la primera respuesta; un elevado aullido canino. La piedra debía de haber golpeado a un perro durmiente.

Se dirigió loma abajo, impaciente por terminar con el asunto. Varios perros más habían añadido sus ladridos al quejido original. En la ventana de una de las casas se veía una luz y una voz gritaba imprecaciones en árabe. Todo perfectamente normal e inofensivo, justo como Sethos había predicho.

El durmiente desvelado había sacado la cabeza por la ventana, maldiciendo a los perros, que ahora seguían

a Ramsés gruñendo y ladrando. Se detuvo a unos pocos centímetros de la casa, completamente iluminado por la luz de la luna. Una interrupción en los gritos del hombre, seguida por una exclamación de sorpresa, le confirmaron que le habían visto, así que se dio la vuelta y salió corriendo por el camino por donde había llegado.

La forma oscura pareció surgir directamente de la tierra en medio del camino. Se tiró a un lado y dio una voltereta, aterrizando sobre sus pies mientras un cuchillo se hundía en la tierra en el lugar donde él acababa de estar. Pudo ver el fugaz reflejo de un borroso rostro cubierto de cicatrices, antes de echar a correr esquivando como un rayo los obstáculos en su camino, y resistiendo a la tentación de mirar hacia atrás. Unas pisadas sonaban tras de él, pero no dudaba de poder mantenerse por delante y, si no despistaba al tipo antes de alcanzar el borde de los cultivos, en las ruinas del templo había numerosos refugios que conocía a la perfección…

Mubashir, porque tenía que ser Mubashir, estaba tan familiarizado con el terreno como él. Evitó varios escollos con los que Ramsés había imaginado que tropezaría y continuó tenaz. Al final, sin embargo, el sonido de las pisadas se detuvo. Ramsés estaba a punto de arriesgarse a echar una mirada hacia atrás cuando algo se deslizó junto a su oído y rozó sus ropas a la altura del hombro antes de caer al suelo delante de él con un golpe seco. Corrió más rápido.

Cuando alcanzó la parte trasera del templo se derrumbó sin aliento en el suelo, detrás de un montón de bloques caídos y estudió la situación. No había rastro de su perseguidor. El sirio había

lanzado el cuchillo tan sólo cuando se dio cuenta de que iba a perder la carrera. Había sido un lanzamiento increíble, a la luz de la luna y a un objetivo en rápido movimiento, y Ramsés se alegraba de no haber mirado hacia atrás por encima de su hombro. Podría haber perdido la punta de la nariz en lugar de un trocito de lóbulo. Había dejado de sangrar, pero el tajo en el hombro aún rezumaba.

Después de quitarse la ropa y la barba se metió en el agua y empezó a escalar hasta la ventana abierta. Nefret estaba allí. Tomó el fardo de sus manos y se echó para atrás mientras él acababa de subir.

- Ve a cambiarte esa ropa húmeda -ordenó. Entonces abrió los ojos de par en par-. Maldita sea, Ramsés, ¿qué ha ocurrido?

Los cortes se habían abierto y estaba chorreando sangre, tanto como agua, en el suelo.

- Te dije que no te arriesgaras -comentó su tío. Estaba sentado en la cama. La fiebre había pasado. Sábanas frescas le arropaban y vestía una bonita camisa de dormir limpia. Salvo por la barba crecida y las ojeras, parecía razonablemente saludable y bastante cómodo.

- No me dijo que su amigo Sirio era lanzador de cuchillos -le espetó Ramsés.

- Creí que eso se sobreentendía en mi descripción de sus habilidades.

Nefret apretaba la mandíbula.

- Quítate la camisa -dijo.

- No es nada, de verdad.

- Quítatela. -Su maletín estaba en el suelo al lado de la cama. Después de hurgar en él, algo torpemente, sacó varios utensilios mientras Ramsés se quitaba la prenda húmeda por la cabeza y la lanzaba a una esquina.

- Saliste bien parado -comentó Sethos, examinándole.

- Corrí como el diablo.

- Sabio movimiento. ¿Y bien?

Ramsés se sentó, salpicando bastante a su alrededor y contó sus aventuras mientras Nefret le aplicaba antiséptico por todo el cuerpo. Aún le temblaban las manos.

- Parece haber sido bastante efectivo -concedió Sethos-. Fuiste algo descuidado…

Un bufido sin palabras de Nefret le detuvo. Pegó un último trocito de esparadrapo en el hombro de Ramsés, buscó en su botiquín, y sacó una aguja hipo-dérmica y una pequeña botella.

- Extienda su brazo -ordenó, avanzando hacia Sethos.

- ¿Qué es?

- Algo para ayudarle a dormir.

- No necesito…

- Pero yo necesito clavarle algo punzante -dijo Nefret-. Si no hubiera hecho el juramento hipocrático sería un cuchillo. Ramsés, vete a la cama, debes estar absolutamente exhausto.

- Quiero verlo -dijo Ramsés.

Como él sabía por la experiencia personal, Nefret tenía la mano ligera con la aguja hipodérmica. Clavó ésta en el brazo de Sethos casi con tanta fuerza como si hubiera sido un cuchillo.

Había dejado una lámpara encendida en su habitación. Ramsés apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta antes de que ella se lanzase contra él, enlazando sus manos firmemente en torno a su cuello y ocultando la cara en su pecho.

- Le voy a matar -masculló-. No tú, yo. Después de todo por lo que has pasado hoy… ¡Ni siquiera te ha dado las gracias!

Presenciar como su tío se encogía de miedo ante Nefret y su aguja había hecho que Ramsés se sintiese más tolerante.

- Le molesta aceptar favores. Supongo que no ha tenido mucha práctica.

- No intentes que me compadezca de él.

- Nada que pudieras hacer le fastidiaría más. -Enterró los dedos por el pelo de su esposa y tiró hacia atrás de su cabeza; y estaba a punto de besarla cuando sus mandíbulas se abrieron en un enorme bostezo involuntario-. Perdona querida.

- A la cama -ordenó Nefret-. Ahora mismo.

Él no se había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta que su cuerpo dolorido descansó sobre el colchón, pero su mente no dejaba de dar vueltas.

- Espero que mañana no tengamos que ir a buscar yacimientos con Cyrus.

- Le di largas -Nefret se quitó las horquillas y peinetas del pelo y comenzó a cepillárselo-. La llegada de la familia fue suficiente excusa.

- Oh, cielos, sí. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Sus largos mechones ondulados caían sobre sus hombros como una lluvia de oro. Le sonrió y apagó la lámpara.

- No te preocupes por eso esta noche, querido. Tengo un plan.

Capítulo 14

DEL MANUSCRITO H (CONTINUACIÓN)

- ¿Contárselo todo? -dijo Ramsés, no demasiado convencido.

- ¡Contárselo todo a todo el mundo! -Nefret gesticuló de modo extravagante con una rebanada de pan tostado untado de mantequilla. Sus ojos eran más azules que el cielo de la mañana y tan brillantes como el sol sobre los riscos orientales.

Saber que su exasperante pariente estaba sumido en un profundo sueño inducido por las drogas permitió a Ramsés disfrutar del sueño más reparador que había tenido desde hacía días. Así, entre unas cosas y otras, estaba de un humor excelente cuando se levantaron a tomar el desayuno. Hasta ese momento.

- ¿Ese es tu famoso plan?

- Resuelve las mayores dificultades, ¿no? Nos estamos enredando de tal modo en mentiras y evasivas, que no seremos capaces de saber qué le hemos dicho a quién -plantó con firmeza sus codos en la mesa y se inclinó hacia delante-. El año pasado acordamos que dejaríamos de jugar a estos juegos porque en el pasado nos habían causado un montón de problemas. ¡Y aquí estamos, haciéndolo otra vez! Los padres nos han estado ocultando cosas y nosotros les hemos estado ocultando cosas a ellos. Digo que pongamos fin a esto de una vez y para siempre.

Mordió su tostada y le observó pensárselo, sopesando los pros y contras a su manera metódica. Al menos lo estaba pensando, no presentando indignadas objeciones. Para ella su argumento era lógico y sensato, pero había varias cosas a las que su sumamente lógico marido no acostumbraba a responder con sensatez.

- Es por madre, ¿no?

- ¿Qué? -elevó las cejas.

- No confías en que se comporte debidamente. Por Dios, Ramsés, tu madre ha salido ilesa de más aventuras espeluznantes que ninguna otra mujer de la realidad o la ficción, ¡y se ha divertido cada segundo! Es hora de que empieces a tratarla como a una igual.

Por un momento tuvo miedo de haberle presionado demasiado. Entonces sus tensos labios se relajaron en una sonrisa avergonzada.

- Lo haré si ella lo hace.

Nefret rió.

- Tendré unas palabritas con ella. Le diste un susto de muerte el invierno pasado, querido. Hasta entonces no había sido capaz de admitir cuánto te quería y ahora está recuperando el tiempo perdido. Luego, ¿estás de acuerdo?

- Sí. Es asombroso -añadió ingenuamente-. Me siento como se debe sentir uno de esos pobres burros sobrecargados cuando le quitan el último peso del lomo. ¿Qué he hecho para merecerte?

El regreso de Nasir con más café recién hecho impidió que Nefret se lo dijera con abundantes detalles y los gestos apropiados. Empujó el plato de las tostadas hacia él.

- Necesitamos resolver algunos de los detalles -admitió.

- Bastantes: «Todo a todo el mundo» es ir un poquito lejos. ¿Estás planeando confesárselo todo a… eh… Emmeline?

- Ella confesará -dijo Nefret con seriedad-. Aunque me lleve toda la mañana. Sin embargo, no soy partidaria de comunicarle la llegada de la familia. Él…, ella, preferiría cruzar el río a nado antes que enfrentarse con madre.

- ¿Cuándo propones darle las noticias a madre y padre?

Después de toda su resistencia, finalmente había aceptado lo inevitable. Nefret le sonrió cariñosamente.

- Tan pronto como podamos tenerlos para nosotros solos. Entonces podremos decidir cuánto hemos de contarle a Cyrus y qué hacer con Emmeline y… ¿Y ahora qué pasa?

- Estaba imaginando cómo reaccionarían: padre dirigiéndose directamente al *Amelia* en el primer medio de transporte que pudiera robar o tomar prestado, y madre pisándole los talones. Podríamos llevarle a otro lugar, darles tiempo para calmarse antes de que se encuentren con él. He tenido una idea…

- ¿Dejarle ir antes de haberle obligado a confesar?

- Claro que no.

Nasir iba cargado con una bandeja con comida para, «la pobre dama enferma». Habían conseguido sacar a Margaret sin que la vieran y sin que se sospechara nada, pero habría resultado imposible dar cuenta de las frecuentes visitas de Nefret a la habitación de invitados sin explicar que tenía un paciente. Nasir se había mostrado muy compasivo.

Sethos estaba en la ventana. Se había envuelto una sábana alrededor del cuerpo como si fuera una toga, y con su barba de tres días y sus ojos hostiles le recordaba a Nefret a alguno de los emperadores romanos más malvados, Nerón o Caracalla.

- Vuelva a la cama -ordenó, mientras Ramsés ponía la bandeja sobre la mesa.

- No quiero volver a ver una cama en toda mi vida.

- Entonces siéntese y tómese el desayuno -agitó dos comprimidos del bote de quinina y se los tendió. El los tragó con una mueca.

- Vamos a ver, esto ha ido bastante lejos. ¿Sabe Vandergelt que tiene una hermana enferma?

- No -admitió Ramsés.

- Por eso no ha venido a ver cómo está. ¡Que vergüenza! No podréis mantener esto mucho tiempo más. Se está poniendo demasiado complicado.

No sabes ni la mitad, pensó Ramsés.

- Si está pensando en dejarnos -le advirtió Nefret con los brazos cruzados-, haría mejor en reconsiderarlo. Aún no se ha curado.

- Me estoy recuperando rápidamente, gracias, doctora. Todo lo que necesito es quinina suficiente para pasar los próximos días. Puedo tragar píldoras sin ayuda de nadie.

- ¿Dónde? -preguntó Ramsés.

- Un hotel.

- Eso es absurdo -exclamó Nefret.

- Explícaselo, Ramsés -Sethos volvió a sus huevos con tostadas.

Era el mismo plan que se le había ocurrido a Ramsés. Le dirigió a su furiosa mujer una tranquilizadora inclinación de cabeza.

- Es la única alternativa posible. Necesita unos pocos días más de descanso y algunas comodidades materiales, lo cual sería bastante difícil de conseguir en una cueva en las colinas. Cuanta más gente, menos peligro; y es fácil mantener el anonimato haciéndose pasar por un turista.

Y si los enemigos de Sethos le alcanzaran no sería aquí. Ramsés no los subestimaba: ya habían conseguido descubrir varios de sus escondites, y cuanto más tiempo se quedara, más riesgo habría de que le descubrieran. Su epifanía como Haggi Sethos la noche anterior les distraería durante un tiempo, pero la historia de Emmeline no se sostendría mucho más. No quería despertarse en mitad de la noche y ver a Mubashir escalando por su ventana.

- Exactamente -Sethos había estado comiendo con la determinación de alguien que lleva a cabo una obligación. Empujó su plato vacío a un lado-. Si puedo pedir prestado un traje tuyo y una cuchilla, y algunos otros objetos diseñados para añadir verosimilitud…

- ¿En qué hotel está pensando? -interrumpió Nefret. Una nueva y satisfactoria idea había reemplazado a su indignación-. ¿No será el Winter Palace por casualidad?

- Me es completamente indiferente -fue la seca respuesta.

- Oh, ¿de veras? Margaret llegó allí bien, pero no hemos tenido oportunidad de comunicarnos con ella desde ayer por la tarde.

Un fugaz destello de emoción atravesó la cara de Sethos antes de que volviera a adquirir su neutra expresión habitual.

- Si estáis de acuerdo, será mejor que empecemos. Llevará un rato transformarme en un gallardo trotamundos.

- Bastante rato -Nefret se estaba divirtiendo-. Necesitará nuestra cooperación para hacerlo y no la tendrá hasta que nos haya contado todo lo que queremos saber.

- ¿El juramento hipocrático permite el chantaje?

- No recuerdo si se menciona. No hay prisa -añadió Nefret dulcemente-. En cualquier caso no puede irse hoy.

- Pero…

- Explícaselo, Ramsés.

- Probablemente tenga otro ataque esta tarde -dijo Ramsés-. ¿No,

Nefret? No podemos completar los preparativos necesarios y dejarle en el hotel antes de que ocurra.

- Cierto -dijo Nefret-. Empiece a hablar.

* * *

Fue idea de Nefret que almorzaran en el Winter Palace.

- Tenemos que asegurarnos de que está bien. Y querrá saber de él.

- Le prometí que la tendríamos informada, pero me gustaría pensar que se habrá recuperado de sus fantasías románticas. Él se ha comportado como un bestia.

- Ah, vaya -dijo Nefret enigmática.

- ¿Qué se supone que significa eso?

- Nada de importancia -se arregló el sombrero y se alisó la falda-. Ya está, estoy preparada.

El ferry turístico parecía adecuarse a sus propósitos. A esa hora del día había multitudes de gente de regreso a sus hoteles después de una mañana de excursión. Si pudieran llevar a su reticente e inoportuno huésped hasta el muelle, se confundiría perfectamente con ellos. Tras eso se quedaría solo, y si no tenía la sensatez suficiente como para ceñirse al plan, le estaría bien empleado si le alcanzaban sus enemigos.

Él juraba y perjuraba que les había dicho todo lo que sabía. Declarando haberse resignado a lo inevitable, había compuesto una historia elocuente pero escasamente informativa. Lo malo es que no había manera de comprobar su verosimilitud, aunque Ramsés tenía intención de hacer algunas preguntas a ciertas personas.

Una de ellas no estaba disponible. Sayid debía de haber encontrado alguna víctima entre los turistas, ya que no estaba en su lugar habitual frente al Winter Palace. Preguntaron por la señorita Minton en recepción y se les informó de que estaba en el comedor.

Por su apariencia, vestida con elegancia, despreocupada y sonriente, cualquiera habría supuesto que no tenía una sola preocupación. Sin embargo, debía de haber estado observando la puerta, porque en el momento en que hicieron su aparición, ella se levantó y agitó los brazos haciéndoles señas para que se unieran a ella. Al ver a su acompañante Nefret se detuvo en seco.

- ¿Qué diablos está haciendo aquí?

El *maitre* la miró espantado. Ramsés la tomó del brazo.

- Controla tus impulsos homicidas e intenta comportarte como una dama.

- ¿Por qué no nos dijo que conocía a ese bastardo?

- Porque no tenía razones para suponer que nos interesaría -dijo Ramsés. Algunas veces era necesario subrayar lo obvio cuando la indignación sacaba lo mejor de Nefret-. Recuerda que nunca nos han presentado formalmente. Sonríe. O al menos deja de hacer rechinar los dientes.

«Smith» estaba de pie cuando llegaron a la mesa. Después de preguntar si se conocían y recibir una inmediata negativa de Smith, Margaret les presentó de nuevo, añadiendo:

- Algie trabaja para el ministerio de Obras Publicas en el Cairo. El señor y la señora Emerson son…

- He oído hablar de ellos, por supuesto -dijo Smith con diplomacia-. Es todo un placer. ¿No quieren sentarse?

Era una mesa de cuatro y el camarero estaba sosteniendo una silla para Nefret. Ella se mantuvo de pie.

- No queremos molestar.

- En absoluto -dijo Smith-. En cualquier caso, yo estaba a punto de marcharme. Tengo una cita.

- ¿No está de vacaciones? -preguntó Ramsés, evitando utilizar el ridículo nombre. La normalidad ligeramente siniestra del «Smith» se adaptaba mejor a aquel tipo.

- La cita es con una momia -parecía bastante distinto del hombre de labios tensos y dura mirada que habían conocido en Londres. En lugar del austero blanco y negro del traje de etiqueta, estaba vestido de acuerdo con el clima y el programa que había anunciado. La chaqueta parecía algo gastada y el sombrero de paja que había retirado educadamente de una silla estaba algo estropeado. Había pasado algún tiempo en oriente. ¿India?

- El señor MacKay se ofreció amablemente a enseñarme el Valle de los Reyes esta tarde -continuó Smith-. Creo que uno de los faraones aún sigue en su sarcófago.

- Amenofis II -dijo Ramsés-. ¿Así que es usted amigo de MacKay?

- No le conozco. Unos amigos de El Cairo me dieron cartas de presentación para algunas personas -llamó al camarero y pidió su cuenta antes de continuar-. He conocido a la mayoría de los arqueólogos de Luxor. Unos tipos muy agradables.

Nefret parecía estar estudiando el menú. Margaret escuchaba con educación, pero Ramsés se dio cuenta de que estaba doblando su servilleta en muchísimos pliegues.

- ¿Cuánto tiempo va a quedarse en Luxor? -preguntó.

Era el tipo de pregunta que cualquiera hubiera esperado de un extraño, pero las arrugas de las mejillas de Smith se acentuaron.

- Unos pocos días más. Estoy encontrando Luxor mucho más interesante de lo que había esperado.

Se despidió de ellos. Apenas estuvo fuera del alcance del oído Nefret se volvió hacia Margaret y preguntó:

- ¿Ese hombre es amigo suyo?

Margaret habló al mismo tiempo.

- ¿Cómo está?

- Mucho mejor -dijo Ramsés-. No ha habido la más mínima complicación. ¿Y usted?

Nefret se dejó caer en la silla, con aspecto de arrepentirse de su impulsiva pregunta. Tenía razones para hacerlo: un interés excesivo en Smith habría llevado a Margaret a preguntarse cuál sería el motivo.

La periodista se encogió de hombros.

- Salvo por la invitación para cenar con vosotros la otra noche en el Savoy, no ha ocurrido nada.

- No han perdido el tiempo -dijo Ramsés-. ¿Cómo saben que has vuelto?

- Mi entrada fue algo llamativa -dijo Margaret con una sonrisa irónica-. Tuve que desvestirme (¿o debería decir desnudarme?) delante del portero; no quería dejarme entrar, y vi un poco el espectáculo atravesando el vestíbulo a toda velocidad con mi menos que impecable atuendo. Todo el mundo me miraba -buscó en su bolso y extrajo un trozo de papel doblado-. Me habías puesto nerviosa -añadió acusadoramente-. Le pedí al *safragi* que deslizara la nota bajo la puerta.

- Muy sensata -Ramsés examinó el breve mensaje-. No es mi letra.

- No lo habría descubierto.

- Pero él no podía estar seguro de que usted no lo sabría -le pasó la nota a Nefret.

- Está escrita en inglés -dijo Nefret pensativa-. Un inglés

correcto.

- Pero muy breve. Tan sólo una frase, sin adornos. Aun así, suscita ideas sugerentes. Me lo quedaré, si me lo permites, Margaret. Felicidades por rechazar la invitación.

- Lo encontré insultante. ¿Cómo suponían que sería tan corta como para responder a una trampa tan burda como ésa?

- Merecía la pena intentarlo -Ramsés se guardó la nota en el bolsillo de su pechera-. Lo intentarán de nuevo, algo menos obvio la próxima vez. Eres la única persona que sabe dónde fue aquella noche. Mantente en guardia. Deberías haberte quedado en la habitación y no haber bajado al comedor.

- Estaba a punto de subirme por las paredes -dijo Margaret hoscamente-. Si no me hubiera encontrado con Algie…

- ¿Desde cuándo le conoces? -preguntó Nefret.

- Le conocí hace diez años, cuando estaba en la India haciendo una serie de artículos sobre el problema de la frontera Noroeste. No sabía que le habían destinado a Egipto… ¿Os ha contado por qué le perseguían esos hombres?

El segundo «le» obviamente no se refería a Smith. La poca importancia que Margaret le daba sugería que no tenía sospechas de su verdadero papel; si hubiera sabido que estaba relacionado con la inteligencia, se hubiera dado prisa en explotar su anterior amistad. Ramsés no creía en la coartada del ministerio de Obras Públicas más de lo que creía que Smith estuviera de vacaciones.

* * *

La esperada carta de Nefret llegó el día de nuestra partida. Emerson se sentía bastante inquieto esa mañana ya que Gargery se había negado a renunciar a su turno de servir el desayuno y andaba por la habitación tambaleándose y gimiendo en voz baja pero insistente, hasta que mi afligido esposo le acompañó, amablemente pero con firmeza, fuera de la habitación. Había estado a punto de hacerlo yo misma. No me molestaban sus gruñidos o sus cojeras, pero las manos untadas de ungüento verde eran demasiado para mí.

Fresco y alerta, Emerson volvió a sentarse en su silla y preguntó si había algo de interés en el correo. Le tendí la carta, que yo ya había leído detenidamente y aguardé sus comentarios.

- Humm -murmuró Emerson.

- ¿Qué te parece? -pregunté, después de una larga pausa.

- Te refieres, supongo, a la caída de diversos objetos sobre Ramsés -dijo Emerson, untando de mantequilla otra tostada-. No sé qué sacar en claro de ello *y* tú tampoco.

- Nefret aún me está ocultando algo -musité-. Lo presiento, de una manera muy fuerte. Tienes razón, Emerson; conjeturar es inútil hasta que conozcamos todos los hechos. ¡Qué contenta estoy de que ya hayamos decidido ir a Luxor!

Todo estaba en orden; el único asunto que faltaba por resolver era qué íbamos a hacer con Mohammed, que aún languidecía en la caseta del jardín. No habría resultado oportuno ni humano dejarle allí durante nuestra ausencia, que podría extenderse durante semanas. (No me parecía que poner fin a los saqueos de tumbas, identificar al individuo que había ocupado el lugar de Sethos y poner en orden otros pocos detalles nos llevaría algo más de tiempo.) Puesto que le habíamos dejado sólo con su conciencia y su miedo al castigo, cuando le visitamos la mañana del martes esperaba encontrarle receptivo. Sus primeras palabras indicaron que, como todas las personas de poca inteligencia y escasa imaginación, en su cerebro cabía una sola idea.

- ¿Me dejará ir, Padre de las Maldiciones?

- Si estuviera en tu lugar -dijo Emerson-, preferiría quedarme encerrado. Saleh está muerto, asesinado por el hombre que tú conoces como el Maestro.

Ni de palabra ni de apariencia indicó aquel desgraciado pesar alguno por el fallecimiento de su socio, o temor por sí mismo.

- ¿Es eso cierto?

- El Padre de las Maldiciones no miente -dijo Emerson pomposamente.

- No. Déjeme ir. Juro que nunca…

Emerson le cortó en seco con una feroz palabrota en árabe.

- Repite, palabra por palabra, cada conversación que tuvieras con Saleh referente al… eh… Maestro.

«Palabra por palabra» hubiera estado más allá de las posibilidades de aquel tipo, por supuesto. Incluso después de un interrogatorio insistente Emerson logró sacarle muy poco más de lo que había admitido anteriormente. Nunca había estado en presencia de «El Maestro», nunca le había visto u oído hablar. Saleh no le había descrito. ¿Por qué debería haberlo hecho? Era el Maestro.

«¡Posee mil rostros y diez mil nombres!»

Cuando partimos, no sabíamos qué hacer con él.

- Creo que estaba diciendo la verdad -señaló Emerson-. Saleh no habría compartido su privilegiada posición con un subordinado como Mohammed. ¿Le dejamos marchar?

- Podríamos pedirle al señor Russell que se hiciera cargo de él mientras estamos en Luxor.

- ¿De qué serviría eso? Todo lo que Russell ha hecho hasta ahora es quejarse. Le regalamos un asesinato de lo mejor, le dejamos que lo investigue y ¿qué ha descubierto? Nada. No veo sentido alguno en hablarle de lo de Sennia.

- No me sorprendería descubrir que ya lo hubiera oído.

Y así resultó ser. Poco después recibimos una nota extremadamente breve del señor Russell requiriendo nuestra presencia en su oficina esa tarde en referencia a un asunto de importancia.

- No hay tiempo -dijo Emerson, haciendo trizas la nota y arrojando los pedazos al suelo.

- Quizás tenga noticias del asesino de Asad -sugerí.

- Bah -protestó Emerson.

Me sentí inclinada a pensar lo mismo.

El resto del día se dedicó a hacer el equipaje de todo el mundo. Fátima había empaquetado todos sus utensilios de cocina, Sennia todos sus juguetes y Emerson cada libro de su estudio, a pesar del hecho, como tuve buen cuidado de señalarle, de que Cyrus tenía una de las mejores bibliotecas de egiptología del país. Justo antes de que saliéramos para la estación, mientras yo contaba cabezas y bultos, Emerson se escapó un momento.

Estuvo de vuelta casi enseguida. Le dirigí una mirada inquisitiva a la que respondió encogiéndose de hombros y asintiendo con la cabeza. Había liberado a Mohammed. Yo deseé que no tuviéramos que arrepentimos, pero me recordé una de mis máximas favoritas: «Lo hecho, hecho está».

Tuve que hacer uso de toda mi considerable energía y talento organizativo para conseguir meter a nuestro extenso grupo y sus bultos en el tren. Sennia estaba tan excitada que sus pies parecían apenas tocar el suelo. Ni siquiera Kadija podía mantenerla sujeta, así que Daoud la alzó sobre sus anchos hombros. William se reunió

con nosotros en la estación. Sólo tenía una maleta lamentablemente estropeada.

El tren salió con retraso; era algo habitual. Por norma duermo bien en los trenes, pero las protestas de Emerson por la estrechez de la litera, y algún rugido ocasional de *Horus* en el compartimento vecino con Sennia y Basima, me impidieron el reposo. Finalmente, al amanecer, me rendí y desperté a Emerson, que, de un modo irritante, había sucumbido al dulce sueño más o menos a la misma hora en que yo comprendí que estaba totalmente desvelada y que así permanecería. A él no le gustó, pero yo conseguí que cuando el tren finalmente entró en la estación, con tan sólo tres horas de retraso, estuviéramos todos levantados y vestidos.

Fue gratificante ver una gran multitud reunida, aunque no había esperado menos. El regreso del Padre de las Maldiciones al lugar de sus muchos éxitos era todo un acontecimiento, una gran ocasión, una vuelta al hogar. Estaban todos allí: Yusuf y su familia, Katherine con un vestido verde especialmente favorecedor, Cyrus, que se quitó su fino panamá de la cabeza cuando nos vio en la ventana.

- No veo a Ramsés y Nefret -le dije a Emerson.

Emerson agarró con más fuerza a Sennia, que estaba saltando sin parar y agitando los brazos.

- No empieces a preocuparte, Peabody. Estarán por ahí. ¡Hola, Yusuf! (¡Qué gordo se ha puesto!) *Asalamu Alaikwm,* Ornar (viejo villano…). Feisal… Ali…

El grito de Sennia me rompió los tímpanos.

- ¡Ramsés! ¡Estoy aquí, Ramsés! ¡Tía Nefret!

Entonces les vi abriéndose paso hacia la puerta de nuestro vagón, Ramsés con la cabeza descubierta, como siempre, Nefret agarrada de su brazo. Emerson cogió a Sennia, que había conseguido escabullirse e intentaba llegar hasta la puerta.

- Será mejor que la lleves en brazos, Daoud, o la pisotearán. Dios Santo, ¡qué aglomeración! Déjame ayudarte a bajar, Peabody.

Pero en cuanto puse un pie en el escalón fui agarrada, firme y respetuosamente, y envuelta en un caluroso abrazo, el más cariñoso y sentido que había recibido nunca de ese individuo en particular. Alcé la vista al sonriente y bronceado rostro de mi hijo.

- Me alegro de verla, madre -dijo, y me besó en ambas mejillas.

Se sucedieron un montón de besos y abrazos, acompañados por los apretones de manos y las palmadas en Ja espalda que representan los intercambios masculinos de estima. Bertie no había acompañado a los demás; a su madre le había parecido que no debía cansarse. La buena voluntad ilimitada de Cyrus se extendió incluso a William, a quien no esperaba y se mantuvo algo retirado hasta que su anterior jefe estrechó su mano y le dio la bienvenida.

Naturalmente, me agradaba la calidez del recibimiento de Ramsés, aunque me preguntaba qué estaría tramando.

No lo descubrí hasta mucho más avanzado el día. Emerson y yo habíamos acordado que consultaríamos a Ramsés y a Nefret antes de decidir qué contarle a los Vandergelt, pero una no puede despachar a sus anfitriones nada más llegar. Tuvimos que tomar un copioso desayuno, felicitar a Bertie por su mejoría, y escuchar los animados planes de Cyrus para excavar. Emerson tomó parte en la conversación casi con el mismo entusiasmo, y mientras discutían los méritos relativos de Drah Abu'l Naga y el Valle de las Reinas, Katherine me habló de Jumana. Le informé de que Nefret ya me había hablado de la chica, y que parecía una candidata digna de educación superior. Katherine se apresuró a asentir.

- Me parecía que el mejor plan, sujeto por supuesto a tu aceptación, querida Amelia, sería que os la llevarais de vuelta a El Cairo con vosotros. Ninguna de las escuelas de aquí puede enseñarle nada más. Cyrus y yo estaríamos encantados de asumir los costes de su educación.

Estaba segura de que lo estarían. Ninguna suma sería demasiado grande si alejara a la chica de su adorado y sensible hijo, al menos para Katherine.

- No veo ninguna objeción -repliqué-. Me gustaría conocerla primero, por supuesto.

- No habrá dificultades -respondió Katherine de un modo un tanto brusco-. Ha estado aquí casi cada tarde. Bertie ha empezado a estudiar jeroglíficos con el señor Barton, y sugirió que ella se uniera a las clases.

Cyrus había oído aquel comentario por casualidad.

- Vamos, Amelia, ¿no te parece que es una buena idea? Un poco de competición espolea a un estudiante para trabajar más duramente, ¿no crees? Tendrá que espabilarse para mantenerse a la

altura de ella.

Estaba claro que Katherine y él habían tenido una conversación sobre el asunto. Naturalmente, estuve de acuerdo con Cyrus. En mi opinión no había la más mínima posibilidad de que se desarrollara un cariño serio: la chica sólo tenía dieciséis años, y en cuanto Bertie volviera al mundo real sin duda encontraría a otra jovencita por la que sentirse atraído. Mientras tanto, cualquier cosa que animara al chico a recuperarse sería para bien. Sólo el tiempo podría decir si su interés en la egiptología sería duradero. Yo lo esperaba sinceramente. Sería perfecto para él, y a Cyrus le agradaría en gran medida.

Antes de que pudiera expresar mi punto de vista, con más tacto del que lo he hecho en este diario privado, Sennia nos interrumpió. Consiguiendo con esfuerzo despegar su atención de Ramsés, anunció:

- Yo puedo enseñarle jeroglíficos a Bertie. No necesita otro profesor.

- Estoy seguro de que podrías -dijo Bertie, con una sonrisa afectuosa-. Pero no sabíamos que ibas a venir, Sennia, y volverás a El Cairo enseguida. Te invitaría a asistir a las clases, pero me temo que no serían lo bastante avanzadas para ti.

Esto dejó a Sennia sumida en un pequeño dilema, porque aunque obviamente estaba de acuerdo con la afirmación de Bertie sobre sus conocimientos, era reacia a abandonar su papel como mentora.

Mientras lo meditaba, Albert anunció que el almuerzo estaba servido, y tuvimos que obligarnos a tragar más comida. Había estado observando con atención a Ramsés, y mientras transcurría la comida comencé a distinguir signos de inquietud, no muy fáciles de percibir en un individuo con tanto autocontrol, pero claramente visibles para su madre. Mis crecientes sospechas se vieron reforzadas cuando Nefret y él declinaron la considerada sugerencia de Katherine de que quizás los cuatro quisiéramos pasar algo de tiempo juntos.

- Seguramente querrán descansar un rato -me dijo Nefret-. En el tren no se duerme muy bien, y deben de haber estado terriblemente ajetreados preparándose para viajar en tan poco tiempo.

- ¿Quién necesita descansar? -preguntó Emerson-. Cyrus y yo nos

vamos a Gurna a hablar con Yusuf para contratar un equipo.

Una protesta general, exceptuando a Cyrus y a William, que no se había aventurado a expresar una opinión sobre ningún asunto, cualquiera que fuese, cortó de raíz tan peregrina idea. Le recordé a Emerson que aún teníamos que deshacer las maletas e instalarnos.

- Y -añadí, dirigiendo una elocuente mirada a mi hijo-, aún hay muchas cosas de las que hablar.

- Exacto -dijo Ramsés, levantándose apresuradamente-. Después de que hayan disfrutado de un prolongado y profundo descanso. Volveremos a la hora del té, si somos bienvenidos.

- ¿Qué tal si Emerson y yo vamos a veros? -propuse-. Ansío tanto volver a ver a la vieja y querida *Amelia.*

El semblante de Nefret era bastante más fácil de leer que el de Ramsés, pero se recompuso rápidamente.

- Por supuesto. ¡Qué buena idea!

* * *

Me las arreglé para dar la lata y pinchar a Emerson para salir más temprano de lo que habíamos pensado, no porque esperara sorprender a mis queridos hijos haciendo algo que yo no aprobaría… Ah, bien, si debo ser sincera eso era exactamente lo que esperaba. Que tenían algún secreto planeado para la tarde, era evidente por su comportamiento. Que contaban con darlo por concluida antes de la hora del té, resultaba igualmente obvio.

Aunque subimos a bordo al menos media hora antes de tiempo, los tranquilos semblantes de mis chicos me informaron de que llegaba demasiado tarde. Lo que fuera que hubieran estado haciendo ya había sido llevado a cabo. Por invitación de Nefret hice una ronda de inspección -solamente para rememorar gratos recuerdos, como le aseguré- y entonces regresamos al salón, iluminado por la luz dorada de la tarde. Aceptando una taza de té de manos de Nefret, miré a mi alrededor con considerable emoción. Cuántas horas felices había pasado en esa habitación con aquellos a los que amaba, enredada en una conversación amistosa o, según la ocasión, en discusiones con Emerson igualmente placenteras. Salvo por las nuevas cortinas y la tapicería, Nefret había realizado pocos cambios, pero observé con cierta sorpresa que mi retrato había sido reemplazado por una copia de una de las escenas de la tumba de Tetisheri.

- ¿Os cansasteis de tenerme mirándoos desde la pared? -pregunté, riendo para indicar que era tan sólo uno de mis pequeños chistes.

Ramsés vino inmediatamente a sentarse junto a mí. Rodeó mis hombros con el brazo.

- ¿Qué pasa? -grité alarmada-. ¿Por qué estés haciendo eso?

- Porque la quiere y está contento de verla -dijo Nefret. Ramsés se había ruborizado levemente.

- Oh -dije-. Bien, querido mío, yo también me alegro de verte.

- Todos nos alegramos de vernos -declaró Emerson-. ¿Por qué es necesario decirlo? ¿Qué diablos has hecho con el retrato de tu madre, Ramsés?

- Ésa es una historia más bien larga -contestó nuestro hijo.

- Entonces contaré yo la mía primero -declaré-. Creo que estáis *au courant* de nuestras aventuras en El Cairo, salvo la última, que ocurrió el domingo pasado.

Me informaron de que lo sabían todo, ya que Sennia había obsequiado a Ramsés con una versión muy adornada de su aventura. Yo le había pedido a la niña que no hablara de ello por miedo a preocupar a Bertie, creyendo que esa recomendación evitaría que lo revelara prematuramente a todas las partes; pero ella no lo había pensado así. Sólo se lo había dicho a Ramsés, durante un breve intervalo en el que había conseguido tenerlo para ella sola. Dejé que Emerson relatara los resultados de nuestras investigaciones mientras yo me permitía comer algunos sándwiches de pepino.

- Se llama a sí mismo el Maestro -dijo Ramsés con un extraño tono inexpresivo.

- Así parece -dijo Emerson, en el mismo tono de voz. Sus ojos se cruzaron con los de Ramsés. Nunca he creído que por medio de una mirada pudieran intercambiarse mensajes, salvo en el caso de Emerson y mío, pero Ramsés, estalló en una carcajada.

- Está bien, padre. Tiene una coartada perfecta.

* * *

Sería imposible expresar en unas pocas frases el efecto de esa simple afirmación, o la incoherencia del diálogo subsiguiente. Como Ramsés admitió más tarde, se había estado devanando los sesos para encontrar el modo de darnos la noticia con tacto. No puedo

decir que fuera una total sorpresa. Naturalmente, la posibilidad se me había ocurrido antes. Lo que más me dolía no era el disimulo de mis hijos, sino el de Emerson.

- ¡Lo sabías! -grité en un conmovedor reproche-. ¡Lo sabías desde el principio! Emerson, ¿cómo has podido ocultármelo?

Emerson empezó:

- El general Maxwell…

- ¿Te hizo jurar que guardarías el secreto? Esos juramentos no se aplican, no deberían, no pueden aplicarse entre marido y mujer.

Mi intentona de ponerle a la defensiva no tuvo éxito, me alegro de poder decirlo. No me gusta la docilidad en un marido, y Emerson se pone particularmente guapo cuando monta en cólera. Sus mejillas adquirieron un matiz escarlata y le tembló la barbilla.

- Vete al cuerno -dijo con calor-. Su supervivencia era un secreto militar, y además, Amelia, no era de tu maldita incumbencia.

Estaba a punto de contestar, en términos igualmente acalorados, cuando Ramsés se aclaró la garganta:

- Discúlpenme por interrumpir, pero no tiene que ver con el asunto que nos ocupa. No han oído la peor parte. Necesitamos su consejo.

El aviso llegaba en el momento adecuado. De ningún modo había terminado con Emerson, pero esa discusión sería mejor tenerla en privado. Y cuando escuché «la peor parte» sólo pude estar de acuerdo en que era absolutamente necesario un consejo de guerra.

Obviamente, para Emerson fue un alivio considerable comprobar que el hombre que estaba tras el secuestro de Sennia no podía ser Sethos. Yo nunca le hubiera creído capaz de tal cosa, pero evidentemente yo tenía más fe en el hermano de Emerson que él mismo. Saber que Sethos había vuelto a sus actividades criminales resultaba un acontecimiento decepcionante, pero no del todo inesperado. La noticia de que estaba amenazado por un nuevo competidor despiadado suscitó alguna preocupación, pero su interés residía principalmente en que explicaba muchas cosas que hasta entonces habían resultado un misterio.

- Los ataques que sufrimos en El Cairo tenían la intención de mantenernos allí y provocar el regreso de Ramsés -dije-. ¿Recuerdas, Emerson, que hice una observación sobre lo ineptos

que fueron?

- Ambos nos dimos cuenta de eso -dijo Emerson, dirigiéndome una agria mirada-. Empecé a sospechar…

- Como lo hice yo, querido. La muerte del pobre señor Asad fue la única tragedia real, y ahora sabemos por qué descubrimos nosotros el cuerpo. Obviamente, el asesino esperaba que cuando Ramsés oyera las noticias volviera precipitadamente a El Cairo, clamando venganza, y a defendernos del peligro.

Para entonces nos habíamos instalado cómodamente, Emerson fumando su pipa y Nefret hecha un ovillo en el sofá a su lado. Sonreí complacida a mi hijo, que empezó a protestar.

- Vamos, madre…

- Lo habrías hecho, lo sabes. Por eso intenté ocultarte los hechos. Pero -continué con rapidez-, me equivoqué al hacerlo. Todos nos equivocamos al dividir nuestras fuerzas. Ahora que estamos juntos de nuevo y en perfecta confianza mutua, no dudo de que podremos ocuparnos de las dificultades que restan con toda prontitud - Emerson abrió la boca, pero su expresión me advirtió que haría mejor en seguir hablando-. Imagino que antes de que os deshicierais de vuestro… eh… invitado le persuadisteis para que confiara en vosotros.

- Precisamente eso era lo que yo estaba a punto de decir -gruñó Emerson-. ¿Tras de qué van? Una nueva tumba, supongo. Debe estar situada en una zona relativamente transitada o el tipo no estaría tan decidido a manteneros fuera de su camino. El Valle Occidental, ¿no?

- Bien razonado, padre -dijo Ramsés-. Habíamos llegado a la misma conclusión. No puede ser nada más que una tumba, y si el yacimiento estuviera lejos podrían limpiarlo sin miedo a interrupciones. Este tipo…

- ¿Cómo le llamáis? -pregunté.

Ramsés me miró inexpresivo.

- No le llamamos de ninguna manera, madre. No sabemos quién es.

- Sería más sencillo referirnos a él si le diéramos un *nom de guerre* -expliqué.

Nefret rió entre dientes

- Ciertamente. ¿Le parece «X» demasiado manido?

- Debemos ser capaces de encontrar algo más imaginativo. ¿Uno de los faraones más desagradables, quizás? O el-Hakim, el gobernante más cruel y fanático de la dinastía fatimí.

- Es típico de ti, Amelia, perder el tiempo en algo tan trivial -protestó Emerson-. ¿Dónde está la maldita tumba? Cuanto antes lleguemos y la dejemos limpia…

- Ese es justo el problema -dijo Nefret-. Sethos afirma que no lo sabe.

Mi marido se puso en pie de un salto.

- Mintió. Dadme diez minutos con el bas… um… ¡con él!

- Creo que estaba diciendo la verdad, padre -dijo Ramsés, lanzando una mirada a su esposa-. Si me permite continuar, le contaré lo que dijo.

Sethos había admitido que cuando volvió a Egipto en septiembre lo hizo con intención de reanudar las actividades de su anterior negocio. No se había comunicado con sus antiguos socios desde hacía varios años, así que se sorprendió al descubrir, por boca de uno de ellos, que habían estado esperando tener noticias suyas desde la primavera anterior. Todo el mundo del hampa de El Cairo sabía que «El Maestro» había regresado; uno de los granujas de peor reputación, un hombre llamado Mubashir, se jactaba de haber hablado con él.

Estaba claro que alguien se había aprovechado de su formidable reputación y de su costumbre de permanecer en el anonimato, y por razones que no eran difíciles de deducir. No estaba dispuesto a abordar a Mubashir directamente, así que decidió arrojar el guante, por decirlo de algún modo, llevando a cabo varios robos, incluido el asalto al almacén de Legrain y la desaparición de la estatua de Ramsés II. Esas acciones tuvieron el efecto deseado de informar al impostor de que había aparecido un rival en escena, pero tuvieron el efecto inoportuno de mover al impostor a intentar quitar de en medio violentamente a dicho rival.

Una casi podía compadecerse de lo perplejos que se debían sentir los criminales de Luxor. No les llevó mucho tiempo darse cuenta de que no había un Maestro, sino dos, puesto que ambos intentaban desenmascarar al otro y afirmaban ser el genuino Maestro del Crimen. Algunos habían hablado con Sethos, otros con el impostor, y no tenían modo de saber cuál de los dos era el

auténtico. El reclutamiento se resintió; los tipos más cautos se negaron a tener nada que ver con ninguno de los dos.

- Sigue siendo un misterio para mí por qué, si éste… eh, lo que sea, aspira a convertirse en la nueva cabeza del tráfico de antigüedades ilegales, no ha robado nada -dijo Emerson-. Aparentemente, Sethos fue el responsable de los robos de los que oímos hablar. No ha salido al mercado nada de interés recientemente. ¿Por qué no ha empezado a sacar de la tumba los objetos más pequeños como los Abd er Rassul hicieron en Deir el Bahri?

- Así es como las autoridades atraparon a los Rassul -señaló Ramsés-. Este tipo probablemente ha aprendido de su error. Si puede llevárselo todo del lugar en tan sólo unos pocos días, podrá estar bastante lejos antes de que los objetos aparezcan en el mercado, y sin dejar ningún rastro que la policía pudiera seguir. Pero en este punto, la misma existencia de semejante tumba es pura conjetura. Sethos llegó a las mismas conclusiones que nosotros, y basándose en las mismas pistas, o eso afirma. Si existe tal lugar, su ubicación sólo la conoce su descubridor. Necesitará ayuda cuando quiera sacar su contenido, pero es de sentido común no confiar en nadie hasta que llegue ese día.

- Humm -murmuró Emerson con la boquilla de su pipa en la boca.

Un grito de Ashraf, que montaba guardia en la pasarela, me hizo darme cuenta de cuánto tiempo había pasado.

- Ahí está el carruaje de Cyrus que viene a por nosotros -dije-. No debemos hacerle esperar. Emerson, ponte la chaqueta. Ramsés, ¿estás preparado, cielo?

Nefret corrió a coger un chai, y mientras los Hombres recogían sus ropas desordenadas, pensé en la historia de Sethos. Tenía sentido totalmente, pero tampoco hubiera esperado nada menos de mi antiguo adversario y actual cuñado. Al creerle muerto, no había tenido oportunidades suficientes para adaptarme a esa relación. Me iba a costar un poco. La idea de volver a verle, como tenía intención de hacerlo al día siguiente, me provocaba sentimientos encontrados: recuerdos de largos años de infortunios, insinuaciones impertinentes, recuerdos igual de vividos de sus nobles sacrificios por nosotros y su país.

Aparentemente, el último de aquellos sacrificios había sido tan sólo un arreglo temporal. Mentalmente añadí una nueva tarea a la lista que había preparado: habría que reformar a Sethos y conseguir que se mantuviera así. No podía permitírsele volver a sus antiguas costumbres.

Había otro pequeño problema que resultaba de igual importancia, y lo abordé cuando estuvimos de camino al Castillo.

- No debería ser difícil identificar a el-Hakim. Es un arqueólogo, no un egipcio, y como sólo quedan unos pocos en Luxor…

- ¡Maldita sea, Amelia, ya estamos otra vez! -gritó Emerson-. Afirmando como hecho lo que es aún una hipótesis sin demostrar.

Sabía por qué estaba en un estado de ánimo tan mordaz, así que contesté con calma:

- Todas las evidencias señalan a esa conclusión, querido. Este tipo no será capaz de suplantar con éxito al Maestro, y es muy distinto en muchas cosas, incluyendo su crueldad. Ha cometido tres asesinatos…

- E intentó cometer un cuarto -dijo Nefret.

- Sí -me volví hacia Ramsés que, inmediatamente, asumió una expresión de recelosa expectación-. No voy a criticarte, cielo -le aseguré-. Comprendo por qué creíste necesario desviar la atención de la presencia de un invitado a bordo del *Amelia,* pero…

- Hablando de eso -intervino Nefret con rapidez-. Hemos sido incapaces de pensar cómo darle a Cyrus la noticia de que tiene una hermana enferma.

- Oh, cielos -murmuré-. Forzosamente se enterará más tarde o más temprano, supongo.

- Contábamos con usted, madre -dijo mi hijo-, para encontrar una explicación convincente.

- Una mentira, querrás decir -gruñó Emerson-. Ése es tu fuerte Peabody, ¿y bien?

- Ahora no, Emerson, hemos llegado. Déjamelo a mí.

Estaba haciendo alarde de un orgullo desmesurado cuando insinué que, en ese mismo instante, había logrado pergeñar una explicación para una situación particularmente inexplicable. Sin embargo, estoy acostumbrada a que se me cargue con esas tareas y no dudaba de que, con el tiempo suficiente, se me ocurriría una solución. Desafortunadamente, no hubo tiempo ninguno. Cyrus

estaba esperando en la puerta para recibirnos, como era su hospitalaria costumbre. No obstante, ser hospitalario no era su único propósito; mientras los demás pasaban al salón, me llevó aparte.

- Muy bien, Amelia, ¿qué está pasando?

Deseando que no quisiera decir lo que yo temía que quería decir, intenté darle una evasiva.

- ¿Disculpa, Cyrus?

- ¿Cómo está Emmeline?

Una sonrisa atravesó su arrugado semblante mientras esperaba una respuesta. No obtuvo ninguna. Desafío a cualquier lector a que imagine una.'

- Selim tuvo la amabilidad de preguntar por ella -continuó Cyrus-. Se había enterado por su tío Yusuf, que se enteró por Jamil, que se enteró por tu mayordomo de lo de mi pobre hermana. Claro que fue una sorpresa descubrir que tenía una.

- ¿Qué le dijiste a Selim? -pregunté para hacer tiempo.

- Bueno, le agradecí su interés. ¿Quién es la dama?

- ¡Dios te bendiga, Cyrus! Es una historia algo… eh… complicada. Te lo explicaré más tarde. Katherine se estará preguntando qué nos retiene, y Emerson…

- Esta noche -recalcó Cyrus con firmeza.

- Sí, por supuesto. Esta noche.

Espero que no se me acuse de estar fanfarroneando si digo que para cuando nos unimos a los demás yo ya había discurrido la solución obvia. Habiéndome quitado ese problema de la cabeza, fui capaz de concentrarme en mis sospechosos.

Nosotros solos ya éramos un grupo bastante grande, pero a Cyrus no había cosa que le gustara más que ver cada sitio de su mesa de comedor ocupado. Sólo había conseguido congregar a otros dos invitados esa noche: el señor Barton, que había sido persuadido (sin dificultad) de quedarse a cenar después de darle a Bertie su lección de jeroglíficos, y el señor MacKay, a quien Cyrus había atrapado de camino a casa desde el Valle.

Debido a la naturaleza improvisada de la reunión (y a la conocida aversión de Emerson por la ropa de etiqueta), el atuendo era informal y también lo fue la conversación. Emerson habló casi todo el rato, así que tuve oportunidad de estudiar a mis

sospechosos, a tres de ellos mejor dicho, William incluido. Yo conocía a MacKay, pero no me habían presentado al señor Barton.

El pobre hombre no era atractivo. Sus facciones eran toscas y sus movimientos poco airosos. Parte de esa torpeza debía de estar motivada por el hecho de que no despegó los ojos de Nefret, lo que volvía algo difícil consumir la comida y bebida con pulcritud. No tuve en cuenta el sentimentalismo y la juventud, por supuesto; he conocido a varios criminales con esas características. Su relativa falta de experiencia en el trabajo de campo podría sugerir que sería improbable que hubiera descubierto una tumba nueva, pero tales hallazgos son a menudo producto del azar. Lo que sí era seguro era suponer que estaba familiarizado con el nombre y la carrera de Sethos; las hazañas de ese caballero (junto con las nuestras) se han convertido en parte de la leyenda de la egiptología.

El señor Barton parecía tener una sólida coartada para, al menos, un incidente. Había estado con Nefret y Ramsés cuando el cuerpo cayó desde el risco, así que no pudo haber sido él quien lo empujó. Sin embargo, no estaba convencida de aceptar ciegamente la opinión de Ramsés de que aquel hombre había sido asesinado deliberadamente. Respeto la perspicacia de mi hijo, pero en ocasiones se equivoca. De hecho, no se me ocurría ninguna razón sensata por la que nadie -beduino, senussi, turco o ladrón de tumbas- arrojaría una roca y después un cuerpo sobre Ramsés. No podía tener nada que ver con el asunto de la tumba perdida, tenía que haber sido un accidente. Por tanto el señor Barton aún era sospechoso.

Trasladé mi atención al señor MacKay, que estaba hablando con Cyrus acerca del Valle de los Reyes.

Había estado en Egipto más tiempo que Barton y tenía reputación de conocer cada centímetro cuadrado del Valle. Si la tumba estaba allí, él era la persona más indicada para haberla encontrado. El resto de las consideraciones que he mencionado se le podían aplicar igualmente bien. No conocía nada que le desacreditase -en realidad, su reputación era de las mejores- pero incluso el investigador más honesto podría quedar seducido por un descubrimiento tan rico como tal vez fuera aquél.

William Amherst -el tímido e inofensivo William- había estado en El Cairo en el momento en que fuimos atacados. Sin duda, no

había estado en Luxor cuando Sethos y Ramsés lo fueron. Lo contrario se podría decir de los demás… pero ¿de verdad era así? Tendría que descubrirlo. Otra posibilidad era que hubiera dos personas involucradas; una en Luxor, otra en El Cairo. Cuanto más lo pensaba, más posible me parecía. William había venido hasta nosotros buscando un puesto en*nuestra plantilla después de que Ramsés hubiese salido para Luxor. Llevaba en Egipto muchos años y había trabajado con Cyrus en el Valle y en otros yacimientos. Su carrera no había sido particularmente exitosa; su confianza en sí mismo se había visto mermada y sus medios eran limitados. Admitía haber estado en Luxor, entre otros lugares, el año anterior. ¿Acaso su sincero reconocimiento de derrumbe moral respondía a un intento de disimular sus verdaderas actividades?

William comenzó a retorcerse y a mirarme nerviosamente, así que me volví hacia Bertie, que estaba a mi izquierda, y le pregunté qué tal le iba con sus estudios. La conversación ya había dado un giro arqueológico; la pobre Katherine era la única presente que no tenía un interés absoluto en la materia, pero se había acostumbrado a soportar esas discusiones con una cortés apariencia de curiosidad, y estaba deseando motivar a Bertie. Yo participé en intervalos pertinentes, pero no crea el lector que había perdido de vista lo que debía ser, durante un tiempo, mi principal consideración. La simple deducción podría llevarnos a descubrir la identidad de nuestro desconocido adversario, pero si pudiéramos inducirle a salir a buscarnos nos ahorraríamos tiempo y problemas. Estaba considerando formas de hacerlo cuando una pregunta casual del señor MacKay me dio la oportunidad. Era tan sólo un cortés interrogante sobre el tiempo que pensábamos quedarnos en Luxor, pero lo aproveché inmediatamente, dejando a Emerson con la boca abierta.

- Estamos pensando seriamente en pasar el resto del invierno en Luxor. Casi hemos terminado la tarea que Herr Junker fue tan amable de confiarnos, así que no tenemos nada más que hacer en Giza, y Emerson cree que sería útil una inspección detenida de los yacimientos de Luxor.

Emerson cerró la boca con un audible golpe seco de sus dientes; Cyrus expresó su regocijada aprobación y el señor MacKay frunció el ceño.

- No es que usted no lo haya hecho lo mejor que ha podido -añadí gentilmente-. Pero es una tarea demasiado grande para un solo hombre.

El joven desarrugó un tanto el ceño.

- Sinceramente, señora Emerson, sería un gran alivio para mí. Durante un tiempo me he sentido desgarrado por la elección entre mi deber hacia mi profesión y mi deber hacia mi país. Si usted y su familia estuvieran aquí, podría partir con la conciencia tranquila.

Parecía sincero. ¿Lo era?

Ramsés había hablado muy poco. Observando la enigmática mirada a MacKay, me di cuenta de que sus pensamientos habían estado discurriendo en la misma dirección que los míos.

MacKay y Barton no se entretuvieron con el café, y ambos declinaron tomar una copita. Su jornada de trabajo comenzaba al alba. Poco después, Katherine se llevó a Bertie a la cama y Cyrus sugirió que se retirara ella también. Estaba a punto de administrarle una diplomática indirecta a William cuando murmuró algo acerca del cansancio del viaje, y se desvaneció. Apenas habían salido de la habitación cuando todos los ojos se centraron en mí, algunos interrogándome esperanzadamente, otros -los de Cyrus- con severa expectación.

- Esta vez no vas a zafarte, Amelia -señaló-. Me quedaré aquí sentado toda la noche si es preciso.

- Así que ya lo sabes.

- ¿Lo de Emmeline? Sí. Y ahora que he atrapado a mamá, amigos, que no admitió ni negó nada, me parece que tango derecho a escuchar la historia completa. ¿Quién es la dama misteriosa?

- No es una dama -dije, incapaz de resistir un toque de humor-. Es el Maestro del Crimen.

Cyrus se quedó boquiabierto y Emerson dejó escapar un juramento entrecortado. La cara de Nefret se iluminó con una sonrisa. Ramsés no dijo nada.

- Vamos, Emerson, deja de rugir -dije-. Me di cuenta enseguida de que no teníamos otra elección que la de confiar totalmente en Cyrus. ¿Por qué no deberíamos hacerlo? Ha sido nuestro más firme aliado y querido amigo.

Cyrus dejó escapar un gorjeo entrecortado y se aclaró la garganta.

- Gracias Amelia. Yo… uh… pensé que estaba acostumbrado a vuestros líos, pero con esto me habéis dejado totalmente sin aliento. ¿Por qué estáis protegiendo a vuestro peor enemigo? ¿O le habéis hecho prisionero? ¿Por qué? Por Jehová, creí que el tipo había muerto.

- Ramsés te lo explicará -dije.

Mi hijo se sobresaltó tan violentamente que incluso olvidó mirarme con el ceño fruncido. Me parecía lo más justo que, ya que él y Nefret habían iniciado el engaño, ofrecieran las explicaciones necesarias, pero le di un pequeño respiro al señalar:

- Cyrus, creo que en lugar de brandy preferiría un whisky con soda, si fueras tan amable.

Ramsés comenzó entonces su relato, que yo escuché con tanto interés como Cyrus, puesto que sentía curiosidad por saber cómo iba a eludir ciertos asuntos que no podían ser divulgados ni siquiera a nuestro amigo; a saber: la relación de Sethos con Emerson, que era un asunto privado de familia, y su antigua carrera como agente secreto, que era un asunto privado del gobierno.

Debo decir que después de un comienzo algo vacilante, Ramsés dio crédito a mi educación. Su mención de una «tumba perdida» fascinó a Cyrus a tal extremo que sus facultades críticas quedaron anuladas, y nuestro amigo aceptó de buena gana la explicación de Ramsés de que había acudido en ayuda de Sethos porque era, en cierto sentido, el menor de dos males.

- Su rival es completamente despiadado… un asesino -dijo Ramsés-. Y estoy seguro de que no necesito recordarle las numerosas ocasiones en las que Sethos arriesgó su vida para proteger a la dama que adora fervientemente…

Procedió a recordar tales ocasiones con detalle innecesario y en un estilo literario que recordaba a algunos de los pasajes más románticos de la señorita Minton. Ah, bien, pensé, mientras Emerson mascaba fieramente la boquilla de su pipa y mi hijo intentaba parecer contrito, supongo que me lo tenía merecido. No dudaba de que Ramsés estaba disfrutando al devolverme una ración de mi propia medicina. Nuestra relación se estaba desarrollando de una manera bastante interesante.

Ramsés consiguió decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad acerca de la implicación de la señorita Minton, lo que

explicó a satisfacción de todos cómo Sethos había terminado en el *Amelia.* Concluyó con una disculpa por haber involucrado a Cyrus, a la que este último, ahora con la mirada brillante de un chico intrépido, restó importancia.

- Lo entiendo. Tenías que mantener a esos bellacos lejos del *Amelia* y de tu esposa. Sacarle del barco también fue una buena idea, pero será mejor que te asegures de que se corre la voz de que ya no tenéis invitados. ¿Qué tal si le digo a todo el mundo que la pobre Emmeline decidió que no quería tener nada más que ver con este país tan insalubre, llenó a rebosar el coche y se fue ofendidísima? Podría llevarte a la estación mañana, Amelia y ofrecerte una sentida despedida fraternal; puedes bajarte en Hammadi y coger el siguiente tren de vuelta… ¿Qué te hace tanta gracia, Nefret?

- Usted -balbuceó Nefret-. Deberíamos haber confiado en usted desde el principio. Es casi tan bueno inventando historias como madre.

- Exactamente -dijo Ramsés dedicándole a Cyrus una mirada de alarma-. Eso no lo arreglará, Cyrus. No podemos probar que Emmeline estuvo alguna vez aquí, en el Castillo, porque no estuvo. Todo lo que podemos hacer es añadir otra mentira a las demás y decir que se ha ido; y cuanto antes mejor. Se lo diré a Nasir y Ashraf mañana, y si se preguntan cómo demonios, perdón, cómo conseguimos sacarla sin ser vista, pueden especular todo lo que quieran.

Cyrus estaba obviamente decepcionado.

- Bueno, si tú lo dices. Y ahora, ¿cómo vamos a arreglárnoslas para encontrar esa mald… dichosa tumba real?

Un ruido seco y un chasquido nos hicieron ponernos a todos en pie. Sonó como si alguien hubiera cerrado una puerta ligeramente entreabierta; aunque yo me había asegurado de que ambas puertas del salón estuvieran cerradas antes de empezar a hablar. Emerson salió como un rayo hacia una puerta y Ramsés, cuyo oído era ligeramente más fino, hacia la otra. La abrió de par en par y allí, parpadeando y emitiendo pequeños gemidos alarmados, estaba William Amherst.

Capítulo 15

William farfulló una serie de frases incoherentes:

- No podía dormir… bajé a por un libro de la biblioteca… caí contra la puerta… estoy terriblemente avergonzado.

De hecho, tenía un libro en la mano, y estaba vestido con el pijama y la bata, pero ningún conspirador sensato descuidaría esas obvias precauciones. No nos molestamos en preguntarle si había oído toda la conversación o parte de ella, ya que no hubiera dicho la verdad de ningún modo. Quizás había sido la pura curiosidad lo que le había empujado a abrir cuidadosamente la puerta, o tal vez alguien lo había hecho antes de que él llegara.

Cyrus se mostraba reacio a admitir que su anterior protegido pudiera ser culpable de una maldad.

- Sin embargo, vaya si ha cambiado. Solía ser un joven muy amable que miraba directamente a los ojos. Es un hombre diferente.

- Humm -murmuré.

- ¡No! -El grito de Emerson hizo temblar el cristal-. No, Amelia. Ya tenemos dos expertos en disfraces en este… eh… grupo. Me niego a admitir incluso la más mínima posibilidad de un tercero.

No nos retrasamos mucho más después de eso. Persuadí a Cyrus de que, ya que el sanguinario rival de Sethos era (presumiblemente) el único que conocía la ubicación de la (hipotética) tumba, nuestra prioridad debería ser identificarle, cosa que tendría la ventaja adicional de evitar que se produjera más violencia. También me sentí obligada a regañar un poco a Cyrus, por su propio bien, eso sí.

- No hay absolutamente ninguna razón para suponer que esa tumba sea la de un personaje de la realeza, Cyrus. Sé que encontrar

una tumba como ésa ha sido tu mayor ambición, pero cuanto más grandes sean tus esperanzas, mayor será tu decepción si no se materializan. Dejemos que la imaginación vuele libremente, amigo mío, pero no deposites tu esperanza…

- Ya ha quedado claro, Amelia -dijo Emerson-. Espero que *tú* te lo tomes al pie de la letra.

* * *

Me levanté antes que mi esposo, como tengo por costumbre, llena de ambición y energía. Antes de que llegáramos a Luxor había creído que la vida se había vuelto un tanto complicada. ¡Qué poco sabía! Estimulada como estaba por las tareas que me aguardaban, afronté la necesidad de organizarías en orden de prioridad y viabilidad. Por lo tanto, salí de la cama sin despertar a Emerson, me puse una bata y me dirigí a la salita adjunta a nuestro dormitorio.

Por supuesto, nos habían ofrecido las mejores habitaciones de la casa. Eran aún más elegantes y confortables que cuando me había alojado allí antes. Las mismas finas alfombras orientales cubrían los suelos y, la luz de la mañana se filtraba por las celosías maravillosamente talladas que cubrían las ventanas. La mano atenta de

Katherine estaba presente en los nuevos cortinajes, el lujoso mobiliario del cuarto de baño adjunto, y el bonito escritorio de la salita. No se le había pasado nada por alto: papel de cartas y sobres, material para escribir y papel secante. Me instalé en la cómoda silla y puse una hoja ante mí.

«Entrevistar a los otros sospechosos arqueólogos» era el primer punto del programa. A pesar de las protestas de Emerson, estaba segura de que yo había estado en lo cierto al creer que el hombre misterioso era un egiptólogo. Los conocía a todos, pero nunca antes había tenido ocasión de estudiarles como posibles asesinos y criminales. Quería entrevistar a los que no habían estado presentes la noche anterior.

Debajo de aquel apartado añadí: «coartadas». Dudaba que saliera algo de ahí; sólo en la ficción los detectives son capaces de extraer declaraciones válidas de sus sospechosos. La memoria es imperfecta y los testigos a menudo escasean, particularmente en lo referente a actividades nocturnas. Aun así, merecía la pena intentarlo, y un «Horario de Ataques» también resultaría de utilidad. Escribí esta

frase debajo de «coartadas».

«Encontrar la tumba» era mi segundo apartado. Se me ocurrieron dos métodos de investigación, aparte del obvio de atrapar al villano y obligarle a confesar. Yusuf y los demás miembros de la familia en Gurna debían de saber algo. No creía que ocultaran deliberadamente información, pero puede que la consideraran poco importante. Emerson y Selim eran las personas más indicadas para hacer esas preguntas. La otra línea de investigación era buscar nosotros mismos el yacimiento. Esta no era una empresa tan desesperada como podría parecer puesto que un análisis lógico había limitado el número de zonas probables, y puede que el villano hubiera dejado signos de su presencia que resultaran visibles a ojos expertos como los nuestros. Una ventaja añadida de este procedimiento era que si nos acercábamos a algún lugar cercano a la ubicación real, eso impulsaría a nuestro adversario a atacarnos.

Había llegado hasta ese punto cuando escuché un frufrú de sábanas y un reniego quejumbrosos en la habitación adyacente y Emerson apareció repentinamente en el umbral de la puerta abierta.

- Así que estás aquí -exclamó.

- ¿Dónde pensaste que estaría?

- Contigo, nunca se sabe -Emerson se apoyó contra el marco de la puerta y se frotó los ojos. No está en su mejor forma por las mañanas, ni física ni mentalmente, pero ni siquiera su presente estado de desaliño, despeinado, ojos medio cerrados, barbilla sin afeitar, empañaba su espléndido aspecto. Puesto que no nos encontrábamos en la intimidad de nuestro propio hogar, había accedido a ponerse un mínimo de ropa para dormir, pantalones de pijama, para ser precisa, que dejaban a la vista de mis ojos amantes la admirable musculatura de su pecho y sus hombros.

Sin embargo yo estaba un poquito enfadada con él. Mis intentonas de la noche anterior de empezar una conversación habían fracasado. Todo lo que hizo fue gruñir.

- Ya que estás despierto, llamaré para que traigan el té -dije-. Me vendría bien una taza, llevo trabajando más de media hora.

Emerson avanzó dando traspiés por la habitación y se inclinó sobre mi hombro.

- Otra de tus malditas listas -dijo de manera desaprobadora-.

¿Encontrar la tumba? Dios santo, haces que suene tan sencillo como fregar el suelo o…

Pero en ese momento se abrió la puerta de la salita (en el Castillo el servicio siempre era de primera categoría) y Emerson se retiró rezongando irritado.

- Tu batín está en el armario -le grité mientras se alejaba.

Cuando volvió lo llevaba puesto y su expresión era un poco menos intimidante.

- Odio cuando te escabulles sigilosamente de ese modo -dijo-. Cuando estiro la mano buscándote y no estás…

- Bébete el té -le interrumpí. Eso podría haber tenido la intención de ser una disculpa, pero había sonado más como una crítica.

Una taza de la excepcional bebida, bien cargada de azúcar, reanimó a Emerson. Estirando un larguísimo brazo, cogió mi lista del escritorio y la estudió.

- No veo ninguna mención a tu método favorito para identificar enemigos -señaló-. Algo en la línea de «Esperar a ser atacados» o «Incitar el ataque», o…

- Ya me he ocupado de eso -contesté.

- Humm, Sí… tu anuncio de anoche de que pensábamos quedarnos en Luxor el resto del invierno. En serio, Amelia, me gustaría que me advirtieras de estos pequeños planes tuyos; si no estuviera tan acostumbrado a tus métodos, podría habérseme escapado una negativa. Te darás cuenta, espero, de que toda tu teoría y metodología están basadas en puras conjeturas, ¿no? No sabemos si hay una tumba, no sabemos si su descubridor es un egiptólogo; no sabemos por qué, suponiendo que las dos primeras premisas sean correctas, se ha abstenido de desvalijarla. Puede, fíjate en la palabra «puede», que haya intentado evitar que viniéramos, pero ahora que estamos aquí, simplemente esperará a que nos vayamos, por mucho tiempo que eso le lleve. No parece que tenga excesiva prisa.

- Todo es posible, querido. Sin embargo, se ha esforzado considerablemente para inducirnos a permanecer en El Cairo, y ahora está al corriente de que Sethos también va tras su tesoro. Si yo estuviera en su lugar…

- Sí, sí, ya sé lo que tú harías -farfulló Emerson-. Hablando de

mí… de Sethos, no veo su nombre en tu lista. Suponía que tu primer movimiento sería dirigirte al Winter Palace.

La idea, por supuesto, se me había pasado por la mente. Pero por muchas ganas que tuviera de enfrentarme cara a cara con aquel extraordinario individuo que había regresado, ¡de nuevo!, de la muerte, sabía que debíamos evitar atraer la atención sobre el hotel. En Luxor era bien sabido que Emerson nunca iba a esos lugares si podía evitarlo y nuestra aparición a una hora temprana resultaría tan fuera de lo corriente como para levantar la curiosidad.

Le expliqué esto a mi marido.

- Escribiré una breve misiva a la señorita Minton, pidiéndole que nos acompañe a almorzar a las dos.

- Ah, sí, la señorita Minton -dijo Emerson con aire pensativo-. Tampoco la has puesto a ella en tu lista.

- No he terminado. Te garantizo que me doy perfecta cuenta de que estamos en deuda de gratitud con ella por rescatar a tu… eh… a Sethos. Lo tengo todo pensado. Ahora date prisa y vístete, Emerson, debemos empezar temprano.

Cuando bajamos a desayunar encontramos a los Vandergelt ya a la mesa. Yo había imaginado que Cyrus estaría «ansiando empezar» como curiosamente solía expresarlo, pero en cierto modo me sorprendió ver a Bertie también vestido para montar a caballo.

Pensándolo mejor, no me sorprendía.

Nuestra aparición había interrumpido una discusión bastante acalorada entre madre e hijo. Katherine se volvió hacia mí en busca de ayuda.

- He estado intentando disuadir a Bertie de ir, Amelia. Aún no está del todo en forma.

Consideré rápidamente qué consejo debía dar. La presencia de Bertie reprimiría nuestra conversación en cierta medida, ya que habíamos acordado que, por el momento al menos, deberíamos ahorrarle a Katherine la información de que estábamos envueltos no con uno sino con dos grupos de criminales. Ella entendía las ventajas de la egiptología como profesión para Bertie, pero probablemente consideraría esto un claro inconveniente.

El joven era demasiado educado como para decir más que:

- Le aseguro, madre, que estoy en condiciones de ir -pero su expresión rebelde decía claramente que tenía intención de salirse

con la suya, así que di unas palmaditas en la mano de Katherine y la tranquilicé.

- Sólo estaremos fuera unas pocas horas, Katherine, y en la parte más fresca del día. Nefret y yo nos aseguraremos de que no haga demasiados esfuerzos.

- Exactamente -dijo Emerson, haciendo una pausa en su dinámica ingesta de alimento-. No puedes mantener al chico envuelto en algodones para siempre, Katherine. Dale rienda suelta. Nosotros le cuidaremos.

Tras ofrecernos un surtido de metáforas y ofender a conciencia a su anfitriona, Emerson regresó a sus huevos con tostadas con el aire complacido de un hombre que ha sido la encarnación del tacto. En absoluto convencida pero derrotada por la mayoría, Katherine no dijo más.

La noche anterior habíamos acordado que Ramsés y Nefret debían encontrarse con nosotros en el Castillo.

Cuando aparecieron iban acompañados de dos jóvenes egipcios, que no tuve dificultad en identificar como Jumana y su hermano.

La descripción de Daoud de la chica no le había hecho justicia. Lo que la hacía extraordinaria no era tan sólo su hermoso rostro, sino la vivacidad que animaba cada una de sus facciones. Su hermano se parecía a ella enormemente, pero esa mañana su bonita cara se encontraba desfigurada por una hinchazón que casi había cerrado uno de sus ojos.

En cuanto partimos, Jumana se pegó a Emerson, así que yo me uní a Bertie, cuyos intentos de cabalgar al lado de la joven habían sido fríamente ignorados. Sus ojos se fijaron en la menuda figura de la niña, que gesticulaba con tal vigor que parecía correr peligro de caer del caballo; no respondió a mi comentario banal de que hacía una bonita mañana. Le golpeé suavemente con mi sombrilla.

- ¿Perdón? -dijo sobresaltándose.

- ¿Y bien? -Nefret se había unido a nosotros-. ¿Qué opina de ella?

- No he tenido tiempo de formarme una opinión -contesté-. Si es tan inteligente como… eh… entusiasta…

- También es una pícamela intrigante -dijo Nefret con una sonrisa-. Ya ve cómo está intentando ganarse el favor de padre. Antes de que ustedes llegaran, Ramsés era el objeto de sus

atenciones.

- ¡Oh, vaya! -exclamó Bertie-. No es una… No es así. De veras, no lo es.

- Su interés es puramente profesional -explicó Nefret-. Es una mujer musulmana; asume que los hombres de la familia toman las decisiones, y está totalmente decidida a convertirse en egiptóloga.

La ingenua cara de Bertie se iluminó.

- Bueno, yo también -se enderezó, irguió sus hombros y miró alrededor con aire de gran interés-. Cyrus mencionó que vamos a Deir el Bahri. Eso es donde está la tumba de la Reina Hatshepsut, ¿no?

- Muy bien -le elogié, y empecé a soltar un pequeño discurso acerca de la carrera de esa ilustre mujer. Nefret, que por supuesto lo conocía todo sobre ella, retrocedió hasta donde había querido estar todo el tiempo; con Ramsés.

El templo mortuorio de la reina era uno de los mejores yacimientos de la orilla occidental y uno de los más llamativos. Mientras nos aproximábamos le expliqué a Bertie las características arquitectónicas e intenté evocar una imagen de cómo debía haber sido su aspecto en tiempos de Hatsepshut, con árboles en flor a lo largo de la calzada y estatuas gigantes adornando las terrazas de columnas. Él estaba escuchando con atención y ya había hecho varias preguntas inteligentes cuando Emerson se encargó de interrumpir.

- No la dejes que te dé demasiada paliza -advirtió-. Te enterrará en datos si se lo permites.

Bertie insistió en que había disfrutado de cada palabra, pero Emerson obviamente quería mantener una conversación privada conmigo. Sugirió que Bertie acompañara a Jumana, lo que complació a todo el mundo, salvo posiblemente a la chica.

- «Encontrar la tumba» -dijo Emerson refunfuñando por lo bajo-. Una tarea bastante imponente, ¿no?, incluso para ti.

Con un gesto abarcó la gran curva de los riscos que encerraban el templo de Hatshepsut y las ruinas del edificio adyacente. Incluso en esa limitada zona había cientos de posibles escondites. Sin embargo, se adecuaba a uno de nuestros criterios. Era, sin duda, bastante público. No había tantos turistas como en años anteriores, pero estaban por todas partes; en grupos y parejas. (Siendo el

segundo miembro de la pareja, en todos los casos un dragomán o un guía. Quedarse no era posible salvo un caso *define majeure*.

- Ah bien, tendremos que esforzarnos al máximo -contesté-. Nadie puede tener éxito a no ser que lo intente. La vida…

- Una máxima más, particularmente una que empiece con «la vida», y me divorcio de ti, Peabody -dijo Emerson. Pero sonrió mientras lo decía-. No va a resultar fácil explorar con todo este séquito detrás nuestro. Y, en cualquier caso, ¿qué estamos buscando? ¿Una señal que diga «A LA TUMBA PERDIDA»?

Siempre le permito a Emerson sus pequeños toques de sarcasmo, que le hacen creerse ingenioso. Sonriéndole a mi vez, dije:

- Se supone que estamos buscando un yacimiento para Cyrus. Eso nos brinda una excusa razonable para ir adonde queramos. Sin embargo, no podemos permitir que Bertie ande trepando por los riscos. Déjamelo a mí.

- Siempre lo hago -dijo Emerson.

Jumana había dejado a Bertie y trotaba enérgicamente hacia nosotros. Le dije a Emerson que se fuera y llamé a la niña a mi lado. Tuvimos una pequeña charla. No soy partidaria de andarme con rodeos, particularmente con los jóvenes. Las indirectas sutiles se les pasan inadvertidas y esta joven parecía ser aún más resuelta y egocéntrica que la mayoría. Le recordé que Cyrus era extremadamente rico, dedicado a la arqueología, y que adoraba a su hijastro, y añadí:

- Quiero que te quedes con Bertie hoy y en futuras ocasiones, mientras el resto de nosotros nos ocupamos de actividades que serían demasiado fatigosas para él.

- Ah -dijo Jumaría, frunciendo su suave frente mientras lo consideraba. No le llevó mucho tiempo entender lo que quería decir-. ¿Si lo hago, usted y el señor Vandergelt me estarán muy agradecidos?

Le aseguré que lo haríamos. ¡Al menos no había exigida un *quid pro quo!* Dejando que Bertie y ella se pasearan tranquilamente, partimos en dirección sur, seguidos de Jamil, que llevaba las botellas de agua. Se iba quedando más y más atrás mientras seguíamos el camino hacia el pie de los riscos.

- Sin duda es un ayudante renuente -le comenté a Ramsés-. ¿Cómo se hizo esos moratones?

- Según Jumana, se metió en una pelea en uno de los cafés de Luxor. En su opinión, tiene bastantes opiniones -interpoló Ramsés mirándome de reojo-, pasa demasiado tiempo en esos lugares, con compañías de reputación cuestionable. Sin embargo, es la niña de los ojos de Yusuf y el viejo granuja se niega a castigarle. Mire dónde pisa, el terreno es bastante escabroso por aquí.

Me agarró del brazo. Podría haber recuperado el equilibrio tras el traspiés sin ayuda, pero le di las gracias y le expliqué:

- Estoy bastante familiarizada con el terreno, querido. Estaba escudriñando los riscos en busca de entradas de rumbas.

Incontables años de erosión del viento y del agua habían modelado a la piedra en extrañas formaciones, algunas parecidas a columnas, otras recordaban la roca fundida que había fluido hasta la superficie y se había, después, solidificado. No necesitaba que Emerson -o Ramsés- me dijeran que buscar una abertura en esa superficie quebrada era, casi sin duda, inútil. Sin embargo, Ramsés se sintió obligado a decírmelo.

- Nunca se sabe -repliqué-. Tu padre debe creer que esta expedición tiene un fin concreto. ¿Te lo ha confiado?

- No. Sin embargo, creo que quiere echarle un vistazo al lugar que Kuentz nos enseñó.

- ¿Donde alguien arrojó varios objetos sobre ti? Humm. Había olvidado ponerlo en mi lista. Espera un minuto.

Saqué el papel del bolsillo y abrí el plumier que llevaba sujeto al cinturón mientras Ramsés me observaba con diversión manifiesta.

- ¿Por qué no acompaña a Cyrus y los demás durante un rato? -sugirió.

Emerson y Nefret habían seguido avanzando a grandes pasos, dejando a Cyrus sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una roca. Cuando llegamos hasta él, estaba enjugando su rostro sonrojado y sudoroso con un pañuelo.

- ¿Estás bien, Cyrus? -pregunté.

- Nunca he estado mejor -dijo Cyrus, sin resuello -. Me llevará un día… o dos… ponerme de nuevo en forma…

Le dije a Ramsés que continuara e hice señas a Jamil para que se acercara. Después de tendernos a, cada uno una botella de agua, se sentó en el suelo a cierta distancia.

- No parece que te estés divirtiendo, Jamil -comenté.

El chico se encogió de hombros.

- Éste no es trabajo para un hombre, Sitt Hakim.

- ¿Qué tipo de trabajo te gustaría hacer?

Se encogió de hombros de nuevo.

- Debes de tener alguna idea -insistí-. Algunos de tus tíos y primos trabajan para nosotros. Ganan mucho dinero y son respetados.

Una ligera mueca en los labios del chico indicó lo que opinaba de esa afirmación.

- Si la arqueología no te interesa, hay otras carreras que merecen la pena -continué-. Cocinero, oficial dé policía…

- Camarero, sirviente -dijo Cyrus, cuyo árabe era suficientemente bueno para permitirle seguir la conversación-. Sus oportunidades son limitadas, querida. No es bueno ni justo, pero así es el mundo.

- La ambición puede pasar por encima de las limitaciones -dije-. Mira a David. Y a Selim y Abdullah, por ejemplo -Jamil no respondió, ni siquiera con una mueca, así que le pinché con mi parasol para captar su atención y continué en árabe-. Vienes de una familia honorable, Jamil. También puedes ser honrado y respetado si trabajas duro y estudias. Hay quienes te ayudarían de buena gana.

- Sí, Sitt Haldm -su sonrisa habría sido tan encantadora como la de su hermana si hubiese tenido su calidez.

- Me sorprende encontrar tal falta de ambición en un miembro de esa familia -señalé, mientras continuábamos nuestro camino-. Quizás mi pequeño sermón le haga algún efecto. Parece que se lo tomó muy a pecho.

- Humm -dijo Cyrus-. Será mejor que te concentres en Jumana. Tiene ambición de sobra para los dos.

No tardamos mucho en alcanzar a los demás. Habían encontrado el lugar sin dificultad. El cadáver había sido retirado por los depredadores o la policía, más probablemente esta última ya que no había trozos no digeribles esparcidos.

- ¿El tipo ha sido identificado? -quise saber.

- Pedí que se me notificara si así ocurría -replicó Ramsés-. Pero no creo que se tomen muchas molestias, a no ser que alguien informe de un hijo o marido desaparecido. Era un pobre hombre. Llevaba ropa barata y gastada, ni siquiera un par de sandalias.

Emerson miró hacia arriba.

- Maldita sea, Ramsés, ahí debe de haber algo o el tipo no habría intentado evitar que lo encontraras.

- Kuentz debió equivocarse en la ubicación. No vi indicios de ninguna entrada y de todas formas dice que el lugar no contenía nada de interés.

- Humm -musitó Emerson toqueteándose la barbilla-. Necesito hablar con Kuentz -y allá se fue dando grandes zancadas.

- ¡Emerson, vuelve aquí! -grité-. No puedes volver caminando hasta Deir el Medina.

Podría y lo habría hecho si yo no lo hubiera evitado. También me vi forzada a prohibirle que escalara el risco en busca de la supuesta tumba del señor Kuentz. En mi opinión, habría resultado peligroso y poco productivo por igual, y debíamos regresar a tiempo para nuestra cita del almuerzo.

El camino de vuelta resultó más sencillo, ya que era cuesta abajo en su mayor parte, pero para cuando hubimos recogido a Bertie y Jumana, los cuales parecían encantados consigo mismos, aunque deseé sinceramente que por distintas razones, decidimos que Emerson y yo iríamos al *Amelia* con los chicos a refrescarnos un poco antes de nuestra cita. Cyrus puso cara larga. El arreglo no le dejaba otra opción que acompañar a Bertie de vuelta al Castillo. De cualquier forma, *yo* no había tenido ninguna intención de llevarle con nosotros; tenía una serie de cosas que espetarle a mi cuñado que no podían ser dichas en presencia de Cyrus.

DEL MANUSCRITO H

Mientras se preparaban para su visita al Winter Palace, los nervios de Ramsés comenzaron a crisparse. La entrevista con Sethos prometía ser delicada, si no realmente explosiva, y estaba preocupado por Margaret. La presencia de Smith añadía otro elemento problemático. Se preguntaba si su madre lo habría puesto en su lista, y qué habría escrito debajo de «Qué hacer al respecto».

Ella era la más tranquila de todos, inspeccionándolos para asegurarse de que estaban lo suficientemente arreglados para sus exigencias, y dándole a la polvorienta chaqueta de Emerson un cepillado extra. Ramsés casi esperaba que le pidiera que extendiera sus manos, como solía hacerlo cuando él era un niño. Cuando estuvieron en el bote de camino, sacó su lista y Emerson, que había estado frunciendo el ceño y acariciándose la barbilla sin parar, gruñó:

- ¿Has olvidado algo, Amelia? ¿«Reformar a Sethos» por ejemplo? Ya veo que tienes tu sombrilla, pero…

- Sssh -ella señaló al barquero-. Déjamelo a mí, Emerson.

- Maldita sea -protestó Emerson-. Ramsés, supongo que sabes qué aspecto tiene. En este momento, me refiero.

- Llevaba ropa de Ramsés -dijo Nefret-. El traje de chaqueta de *tweed* marrón y gris que compró en Londres el verano pasado. Ramsés también le proporcionó un bigote y un bronceador. A cambió, él nos facilitó el nombre bajo el que tenía intención de registrarse -puso la mano sobre el puño cerrado de Emerson-. Padre, prométame que no va a empezar a gritarle. Y madre, no será maleducada con Margaret, ¿verdad?

Ambos la miraron atónitos.

- Nunca soy maleducada -dijo su madre con frialdad.

- Yo nunca grito -gritó su padre.

Por una vez, Emerson no se entretuvo enfrente del hotel intercambiando ocurrencias con los dragomanes, pedigüeños y vendedores. Se dirigió directamente al mostrador de recepción, donde fue saludado efusivamente por el subdirector.

- Bienvenidos de nuevo a Luxor, profesor y señora Emerson. Tuvimos noticia de su llegada y estábamos deseando que nos honraran con su visita. ¿Van a comer? Haré que les preparen una mesa.

- Sí, muy bien -dijo Emerson-. Tienen un huésped que se registró ayer, un tal señor… eh…

- El honorable Edmund Whitbread -intervino Ramsés.

- Oh, Honorable, por supuesto -murmuró Emerson-. ¿Cuál es el número de su habitación?

- El caballero nos dejó esta mañana. Iba de camino a Asuán, creo. Oh, cielos. Lo siento mucho, profesor, parece usted un poco… eh… desconcertado. ¿Esperaba el caballero su visita?

- Evidentemente -replicó Emerson disgustado.

- Dijo que volvería en unos pocos días, nos pidió que le reserváramos su habitación.

- La llave -dijo Emerson extendiendo la mano.

Eso iba estrictamente contra las normas, pero el tipo ni siquiera vaciló antes de entregarle la llave. ¿Cómo lo hace?, se preguntó Ramsés con envidia. No amenaza, ni siquiera eleva la voz.

Emerson mantuvo un silencio que amenazaba un estallido mientras se dirigían al ascensor. Su mujer fue la primera que tuvo el valor de romperlo.

- Mala suerte -dijo-. No fue culpa tuya, Ramsés.

Ramsés se dio cuenta, para su sorpresa, de que no tenía ninguna intención de disculparse. Quizás dejar marchar a Sethos no había sido un movimiento inteligenteˆ pero no se arrepentía.

- Fue la noticia de su llegada lo que le hizo darse a la fuga -dijo-. ¿Qué espera encontrar en su habitación, padre? ¿Cree que ha tenido el detalle de devolverme mi mejor traje o de dejarnos una nota de disculpa?

- Nunca se sabe -dijo su padre con una sonrisa reticente-. Echaremos un vistazo más tarde. En primer lugar recogeremos a la

dama, suponiendo que no se haya largado también, y almorzaremos. Tengo hambre.

Ramsés llamó y se anunció, pero Margaret se negó a abrir la puerta hasta que Nefret hubo hablado con ella. La habitación estaba en desorden, la cama deshecha, los muebles cambiados de sitio, y Margaret presentaba un aspecto igualmente desaliñado. Sus ropas denotaban que había dormido con ellas puestas.

- ¡Gracias al cielo! -exclamó, aferrándose del brazo de Emerson como una mujer ahogándose que encontrara un salvavidas-. No he salido de la habitación desde ayer por la tarde, no me atrevía a abrir la puerta al camarero, y no estaba segura de que la invitación fuera de ustedes, y… ¡y tengo un hambre canina!

- Vamos, vamos -dijo Emerson, mirando incómodo a su mujer, que señaló:

- No hay excusa para la histeria, señorita Minton. Bajaremos inmediatamente a almorzar. En primer lugar arregle su cabello y póngase el sombrero.

- Por supuesto. No sería apropiado aparecer en público sin sombrero, ¿verdad? -Se llevó las manos contra sus mejillas sonrojadas-. Les pido disculpas. He estado bajo alguna tensión.

Su mesa estaba preparada, y Emerson insistió en que comiera algo y bebiera un vaso de vino antes de explicarse. Una mujer angustiada siempre hacía salir el lado caballeroso de su naturaleza. Incluso la llamó Margaret. Su mujer no lo hizo.

- Si ya se encuentra mejor, señorita Minton, le agradeceríamos que nos hiciera un relato breve y coherente.

Medio vaso de vino y un emparedado habían devuelto a Margaret la confianza en sí misma y el sentido del humor.

- ¿Está segura de que no prefiere esperar y *tomar prestado* mi informe escrito?

- Tan sólo cuéntenoslo -intervino Ramsés con rapidez.

- Por supuesto -dijo su madre.

- Deben preguntarse por qué le pedí a Nefret que hablara antes de abrir la puerta; ayer por la tarde, justo cuando estaba a punto de bajar a tomar el té, llamaron a mi puerta y se oyó una voz, tu voz, Ramsés.

Ramsés se tragó una blasfemia. Su padre no.

- ¡Demonios, rayos y truenos! ¿Qué dijo?(

- «Soy yo. Margaret. ¿Estás bien?»; sonaba exactamente igual que tú, Ramsés.

- Seguro -dijo Ramsés entre dientes.

- Así que, por supuesto, descorrí el cerrojo y comencé a abrir la puerta. La abrió de golpe, prácticamente en mi cara y me ordenó que la cerrara y la mantuviera con el cerrojo echado. ¡Entonces ya no parecía tu voz! Continuó diciéndome lo condenadamente idiota que era y que al menos había tres personas en el hotel, incluido él mismo, que me pondrían violentamente las manos encima si asomaba la nariz por esa puerta, y que él no era el único que podría imitar tu voz, y… -sonrió irónicamente-. Si se proponía asustarme, lo consiguió. Cuando terminó la lista de todas las cosas que podrían ocurrirme, le hice varias preguntas, ya pueden imaginarse a cerca de qué, pero no obtuve respuesta.

El camarero les trajo la sopa y ella, murmurando una disculpa, comenzó a comer.

- Otras dos personas -farfulló Emerson-. ¿Quién demonios…?

- Quizás no fuera verdad -dijo Ramsés.

- No podía correr el riesgo, ¿no? -preguntó Margaret-. Y avanzada la noche alguien sacudió el pomo de la puerta. Acababa de conseguir reunir el valor suficiente para apagar la luz y estaba medio dormida. Grité: «¿Quién está ahí?». Nadie contestó. Entonces, justo antes del alba…

- ¡Cielo santo! -exclamó Emerson-. ¿Otra vez?

- Dijo que era el *safrayi,* con mi desayuno. No lo había pedido.

- Tres en total -murmuró Nefret-. Me pregunto cuántos de ellos eran Sethos.

- Me alegro de que lo encuentres divertido, Nefret -dijo Margaret.

Nefret borró apresuradamente su sonrisa. Ramsés tampoco comprendía su diversión; las intenciones de Sethos podían haber sido nobles, pero sus métodos eran deplorables.

- Él habría tenido tiempo de pasar por su habitación antes de coger el tren a Asuán -continuó Nefret.

A Margaret se le cayó la cuchara.

- ¿Se ha ido a Asuán?

- No, mald… no es probable -dijo Emerson-. Pero ha dejado el hotel, el bas… el malvado desagradecido. Ramsés le trajo aquí ayer

porque la presencia de un extraño a bordo del *Amelia* había corrido como la pólvora. Buena idea, en realidad, confundir el rastro.

- Gracias, padre -dijo Ramsés.

- Humm, sí. Usted tampoco puede permanecer aquí, Margaret, señorita Minton…

- Por favor, tutéeme, profesor. La formalidad resulta algo absurda en estas circunstancias.

- Eh… gracias. Como estaba diciendo, necesitamos sacarte de aquí. ¿Peabody?

- Exactamente, Emerson. Vuelve al Castillo con nosotros. Ya he hablado con Cyrus de ello.

Claro que lo había hecho, pensó Ramsés. Probablemente lo había puesto en su lista: «Mudar a la señorita Minton». Ninguno de los Vandergelt tendría una palabra que decir al respecto.

Ella y Nefret fueron con Margaret a ayudarle a hacer la maleta mientras Ramsés y su padre investigaban la habitación que había ocupado Sethos. Estaba en el mismo piso que la de Margaret, unas puertas más allá del vestíbulo. Los sirvientes habían estado allí por la mañana, la cama estaba hecha y había toallas limpias en la mesa junto al lavabo. El armario estaba vacío. La única señal de ocupación, pasada o futura, era un libro en la mesilla de noche, una popular guía de las antigüedades del Alto Egipto. Cuando Ramsés la cogió, cayó un sobre de entre sus páginas. Estaba dirigido, con unos enérgicos garabatos negros, al profesor Radcliffe Emerson.

Emerson leyó la carta adjunta y se la tendió a Ramsés. «Siento no haberte visto. Tenía asuntos en otra parte. Hazme el favor, te lo ruego, de presentarle mis respetos a las damas de tu familia y a la señorita Minton, quien, imagino, abandonará Luxor inmediatamente. Atentamente…» Está firmado «Whitbread».

La anormal calma de su padre no auguraba nada bueno para alguien, probablemente para Sethos.

- Las mujeres de tu familia -dijo Emerson, en el mismo tono gélido-. Un detalle por su parte incluir a Nefret.

- Lo es, bastante, considerando cómo le intimidó ella. Padre, tenía que tener cuidado con lo que escribía; la posibilidad de que alguien que no fuera usted encontrara el mensaje era remota, pero él no corre riesgos, ni siquiera los remotos.

- Lo que más me molesta -dijo Emerson pensativo-, es su

habilidad para anticipar nuestros movimientos. Podía haberlo dejado en recepción. ¿Cómo sabía que registraría su habitación?

- Cualquiera que estuviera familiarizado con sus hábitos podría haberlo anticipado, señor.

- ¿Oh? Humm. Sin duda era el método más seguro para comunicarse con nosotros. Esa es una indirecta bastante mordaz acerca de la señorita Minton. Vaya, vaya. Reunámonos con las damas y presentémosles sus respetos. Coge el libro.

- Sí, señor -dijo Ramsés-. Eso es lo que iba a hacer.

Miraron en la habitación de Margaret, donde las tres mujeres y dos *safrayis* casi habían terminado de cerrar sus maletas.

- Os veremos en el vestíbulo -dijo Emerson, retirándose apresuradamente mientras su mujer le dirigía una mirada inquisitiva.

- Va usted a contárselo, ¿no? -preguntó Ramsés, alargando su zancada para mantener el ritmo de su padre. Emerson apretó el botón del ascensor, esperó dos segundos y se precipitó hacia las escaleras.

- Sí, sin duda. Es una pérdida de tiempo intentar ocultarle cosas a tu madre, siempre lo descubre de algún modo y luego ella… Eh… quería preguntártelo… no es que sea asunto mío… pero tú y Nefret… ¿eh?

- Igual -dijo Ramsés con una sonrisa.

- Ah. Y los dos… eh… os lleváis bien, ¿no?

- Sí, señor -no podía dejarlo ahí; sabía lo que su padre quería oír, aunque fuera incapaz de hacer una pregunta directa-. Somos sumamente felices.

- Ah -Emerson le puso un momento la mano en su hombro- Bien. Veamos si podemos localizar a ese granuja de Sayid.

Irrumpió en el vestíbulo y lo atravesó haciendo una única pausa para lanzar la llave y su enorme llavero de metal sobre el mostrador.

- Apresúrate, antes de que tu madre nos alcance.

- Intenté entrevistarle antes -admitió Ramsés-. Ayer no estaba aquí.

La habitual reunión de supuestos guías y esperanzados dragomanes se encontraba al pie de la escalera, que era lo más cerca que les permitía estar del hotel. Cuando se abrieron las

puertas, se abalanzaron hacia adelante, y se detuvieron, no sin empujones, cuando reconocieron a Emerson y a Ramsés.

- Hoy tampoco está -dijo Emerson, escrutando las caras vueltas hacia ellos-. *Asalamu Alaikum,* Mahmud, Ali, Abdul Hadi. ¿Dónde está Sayid?

Respondió un coro de voces ilusionadas, compuesto no sólo por aquéllos a quienes se había dirigido, sino por el grupo entero.

- No está aquí, Padre de las Maldiciones, yo puedo servirle igual de bien, ¿qué es lo que el Padre de las Maldiciones desea?

- A Sayid -Emerson descendió las escaleras-. ¿Cuándo le visteis por última vez?

Les llevó cierto tiempo comparar los datos, pero Ramsés fue consciente de una extraña sensación de desazón en la boca de su estómago incluso antes de que alcanzaran un consenso. No habían visto a Sayid desde hacía por lo menos tres días.

* * *

- Ha sido asesinado -señalé, dibujando una línea algo insegura a causa del movimiento del bote sobre uno de los puntos de mi lista.

Por una vez, ni siquiera Emerson puso objeciones a lo que algunos podrían considerar una conclusión prematura. La señorita Minton se había puesto pálida. El único rostro que no reflejaba algún grado de angustia era el de Ramsés. La pétrea máscara no me engañó a mí, ni tampoco a Nefret, pero fue Emerson quien pronunció las palabras que yo había tenido intención de decir.

- No podías haberle alcanzado a tiempo, Ramsés, incluso aunque no hubieras tenido asuntos más urgentes que atender. Tuvo que haber sido asesinado la noche de la incursión frustrada.

- Pero ni siquiera le habéis buscado -exclamó la señorita Minton-. Puede que haya salido con un grupo de turistas.

Siempre cortés, Emerson le ofreció la explicación que los demás no necesitábamos.

- Sayid siempre está en el Winter Palace. Si le hubiera contratado un turista, sus colegas lo sabrían.

- Sin duda, también sabrían de su muerte -insistió la señorita Minton.

- Probablemente su cuerpo nunca se encuentre -dijo Ramsés-. Si yo hubiera planeado el asunto, le habría llevado, vivo o muerto, al Gebel y le habría enterrado en uno de los *wadts* más remotos. Para

cuando sea hallado, si alguna vez lo es, no quedará lo suficiente para identificarle.

Decidí que era hora de cambiar de tema. Lo sentía por el pobre Sayid, que había sido molesto aunque inofensivo, pero no había nada más que pudiéramos hacer por él.

- ¿Encontrasteis algo en la habitación de Sethos? -pregunté.

Emerson sacó la carta y la leyó en voz alta. Era un documento poco informativo, como todos convinimos. La referencia a la señorita Minton no fue del agrado de la dama, pero sólo dijo:

- ¿Y el libro? ¿Hay algunas palabras subrayadas o algún yacimiento señalado?

- Hojéalo si quieres -dijo Ramsés, tendiéndole el volumen en cuestión-. Sin embargo, dudo que Sethos hiciera algo tan manido.

El carruaje de Cyrus nos estaba esperando en el muelle. Cuando lo vio, la señorita Minton se retiró a un segundo plano.

- Me siento incómoda abusando de la amabilidad del señor y la señora Vandergelt.

- ¿Preferiría volver al hotel?'

Mi tono fue algo cortante. En lugar de contestarme en el mismo tono, agachó los ojos y murmuró:

- Desearía que no sintiera tanta antipatía hacia mí, señora Emerson. ¿Qué más puedo hacer para ganar su aceptación, si no su favor?

- Lo más sensato sería abandonar Luxor inmediatamente.

- ¡No puedo hacer eso!

- Sí puede, pero ni por un segundo he supuesto que lo haría. Una periodista en busca de una historia…

- Créame que no es mi principal motivo. Quiero… quiero ayudar.

- No, quiere encontrar a nuestro esquivo conocido. ¿Su último encuentro con él no ha destruido sus fantasías románticas?

Un intenso rubor cubrió sus mejillas.

- Es usted una adversaria despiadada, señora Emerson. Quiero saber lo que ha sido de él. ¿Resulta tan sorprendente? Le guste a él o no, ¡y dejó bien claro que no!, compartimos una experiencia aterradora -dudó brevemente, y entonces estalló-. Puede que yo haya sido la causa inocente de que le descubrieran, pero también fui la causa de su salvación y por Dios que antes de que termine con

él va a admitirlo, ¡y a agradecérmelo!

No dije más, puesto que los hombres habían terminado de colocar su equipaje en el coche y Emerson nos estaba llamando, pero su arrebato, de cuya autenticidad no dudaba, me había llevado a pensar algo mejor de ella. Una mujer que aceptara sumisa la grosería de la que él la había hecho objeto no era alguien a quien yo pudiera admirar. De hecho, Margaret tenía varias cualidades admirables. ¡Si no hubiera sido una maldita periodista!

Nefret y Ramsés rechazaron la sugerencia de Emerson de que les dejáramos en el *Amelia.* El coche habría estado incómodamente abarrotado con cinco personas, pero para mi solidaria imaginación estaba claro que preferían estar solos. Mientras se alejaban, vi cómo Ramsés rodeaba la cintura de Nefret con el brazo y cómo ella descansaba la cabeza en su hombro. La señorita Minton también les estaba observando. Suspiró.

En lugar de permanecer abiertas del modo hospitalario en que solían hacerlo cuando los Vandergelt estaban en la residencia, las puertas del recinto estaban cerradas y el anciano portero había sido sustituido por un robusto joven que yo reconocí como uno de los parientes de Yusuf y Daoud.

Cyrus y Katherine salieron a recibirnos y supe inmediatamente por el aire cohibido de Cyrus y la fría sonrisa de Katherine que él le había confesado parte de la verdad, si no toda. Nadie más se dio cuenta de que pasara algo, creo; Katherine siempre era una señora, y su recibimiento de la señorita Alinton fue perfectamente cordial. Anunció que el té se serviría en una hora, envió a la señorita Minton con una de las doncellas y entonces se volvió hacia mí.

Me adelanté a ella.

- Sí, Katherine, te debo una explicación y una disculpa. ¿Vamos a la biblioteca? ¿Dónde está William?

- En la biblioteca -dijo Cyrus, dándose tirones de la perilla-. Al menos allí estaba la última vez que le vi.

- A la sala, entonces -dije, y encabecé la marcha.

- Tuve que contárselo -soltó Cyrus.

- Por supuesto -contesté cortésmente-. Entre marido y mujer debe haber perfecta confianza. Sólo queríamos ahorrarte la preocupación, Katherine.

- Ya lo sé. Amelia: voluntaria, alegremente me pondría en

peligro, incluso a Cyrus, para ayudarte, pero…

- Pero no a Bertie. Querida, lo entiendo y no te culpo ni una pizca. Si creyera que existe la más mínima posibilidad de que saliera herido me iría instantáneamente. De hecho, ya he considerado mudarnos a nuestras antiguas dependencias.

El semblante de Emerson se iluminó. Yo ya había pensado que la idea le *atraería,* porque cuando está invitado en casa de otra persona tiene que cuidar sus modales.

- Excelente idea, Peabody. A Yusuf no le importará compartirlas.

Un rubor de vergüenza, como yo lo interpreté, coloreó las mejillas de Katherine.

- No, no debéis siquiera considerarlo. Allí estaríais mucho más expuestos a ser atacados, y yo nunca me lo perdonaría si algo os ocurriera a cualquiera de vosotros, especialmente a la niña. Lo digo de veras, Amelia, en serio. Cyrus, siento las cosas horribles que te dije. Me comporté como una arpía y una cobarde miserable. No lo volveré a hacer.

Él tomó su mano.

- No pasa nada, querida. Bertie estará bien, ya lo verás. De hecho, Amelia, estaba un poco decepcionado por que no le llevarais a *él* también. Me hubiera gustado ver al tipo después de la jugada que me hizo hace algunos años. ¿Qué habéis hecho con él?

- Nada -refunfuñó Emerson-. Se había ido.

Por sugerencia mía, lo explicó con más detalles, lo que le llevó a un estado de considerable indignación mientras describía la forma en la que Sethos había jugado con los nervios de la señorita Minton. Terminó leyendo la nota que había dejado. Me alegré de comprobar que Katherine parecía más intrigada que temerosa; en cuanto a Cyrus, no ocultó su diversión.

- El tipo tiene cierto estilo, ¿no? Vaya mala pasada le jugó a esa dama…

- Pero necesaria -interrumpió Katherine-. Por lo que me has dicho de ella, Amelia, no se hubiera dado por aludida con una advertencia cortés.

- Exacto, Katherine.

- Bueno, creo que quizás estaba intentando mantenerla fuera de peligro -concedió Cyrus-. Maldita sea, es una pena que se os escapara, debe de saber más de lo que cuenta. ¿Hay alguna

posibilidad de localizarle?

- No puedo imaginar cómo -admitió Emerson-. Debió de preparar varios escondites cuando estuvo en Luxor en los viejos tiempos. Algunos, si no todos, son conocidos por su adversario; después de librarse por poco la otra noche no será tan tonto como para volver a utilizarlos. La verdad, no sé dónde buscarle.

Naturalmente, a mí no me pasaba lo mismo. Estaba a punto de decirlo cuando la señorita Minton entró en la habitación, esperando no llegar demasiado temprano para el té, y Katherine inmediatamente retomó sus labores de anfitriona. Después del té, cuando Emerson y yo estábamos en nuestra habitación cambiándonos para la cena, exclamó:

- ¡Maldición! Olvidamos preguntar por el tipo ese… eh… Smith, cuando estábamos en el Winter Palace.

- No podrías haberlo hecho si eras incapaz de recordar su verdadero nombre -contesté.

- Bueno, ¿de quién es la culpa? Tú eres la que se refiere a él todo el rato como Smith. ¿Investigaste?

No vi razón para admitir que yo también había olvidado ese ridículo nombre.

- Difícilmente podría haberlo hecho, Emerson, mientras la señorita Minton estuviera conmigo. No queremos que se entere de nuestro interés por ese tipo. Pero indagaré tan pronto como pueda.

Tenía intención de investigar acerca de alguien más. El intervalo me había dado tiempo a reconsiderar mi primer impulso, y decidí guardar silencio hasta que pudiera confirmar mi corazonada. Emerson carecía de autocontrol. Tendríamos que acercarnos a nuestra presa cautelosamente, como se acecha a un animal salvaje.

Capítulo 16

Me estaba aguardando en la cima del risco mientras yo escalaba, moviéndome con la falta de esfuerzo que sólo se siente en los sueños. Tomé la mano que me tendía y tiró de mí hacia su lado.

- He venido -dije.

- Ha tardado -dijo Abdullah.

Me senté en el suelo y me abracé las rodillas con los brazos. El aire de la mañana era tan tonificante como agua fresca contra la piel, pero aún hacía un poco de frío, y yo no llevaba chaqueta.

- Me costó un poco convencer a Emerson -expliqué-. Ya sabes lo testarudo que es.

- No, ésa no es la razón.

Alto y erguido, con su barba negra y vestido con elegancia, como siempre lo estaba en estas visiones, se elevaba sobre mí como una torre. Se cubrió la boca con la mano para ocultar una sonrisa.

- No -admití, sonriéndole a mi vez-. Iba tras una pista falsa, ¿no?

- Sí. Si hubiera venido antes, se habría ahorrado a sí misma y a aquellos que ama problemas y peligros.

- ¡Basta de enigmáticas indirectas, Abdullah! -exclamé.

- Los problemas y el peligro son sus fieles compañeros, Sitt. No tendría ningún sentido advertirla de lo que les aguarda, incluso aunque me estuviera permitido; al evitar un peligro, se metería directamente en otro.

- Humm -dije-. ¿Qué hay de la tumba, entonces? Tú debes saber dónde está.

- ¿Tumba? ¿Qué tumba? Las conozco todas: tres más en el Biban el Moluk, seis en el Valle de las Remas, diecisiete,…

- ¿Tres en el Valle de los Reyes?

- Dos de una riqueza hasta ahora desconocida -dijo Abdullah meditabundo. Se sentó a mi lado-. Pero no son lo que ahora está buscando.

- ¡No te preocupes por eso! -exclamé-. ¡Dos ricas tumbas en el Valle de los Reyes! ¿Dónde?

Esta vez no se molestó en esconder su sonrisa.

- Serán descubiertas a su debido tiempo por aquellos que están destinados a encontrarlas. ¿Sabe por qué la he emplazado a venir hasta Luxor?

- Para ayudarme a encontrar tumbas perdidas no, obviamente -rezongué-. ¿Para qué entonces?

- Porque éste es su sitio. Mire a su alrededor -hizo un gesto.

El borde del sol asomaba sobre los riscos orientales, un semicírculo encendido de rojo. El valle permanecía en sombras, desde los vagos perfiles de los templos tebanos del otro lado del río, a los pálidos pórticos de los templos de Hatsepshut, justo debajo de nosotros. Lentamente el semicírculo aumentó hasta convertirse en una esfera fulgurante y la luz se extendió, centelleando en el agua, iluminando el exuberante follaje de los campos, convirtiendo la arena plateada en oro blanco. El mundo se había despertado a la vida después del sueño de la oscuridad.

- Qué hermoso es tu despertar -murmuré-. Atón viviente que…

- El señor Amón-Ra -me corrigió Abdullah con un tono algo brusco-. Atón fue un dios de corta vida inventado por un hereje.

Siempre había sospechado que Abdullah era pagano en su corazón. Como no quería embarcarme en una discusión religiosa con un hombre que se encontraba, es de suponer, en una posición más ventajosa para saber de aquel tema que yo, le dije tímidamente.

- Ambos eran dioses del sol. Manifestaciones de la misma fuerza divina.

- Bah -dijo Abdullah-. Amón-Ra fue el gran dios de Egipto. Gobernador del Cielo, Señor de los que Callan.

- Sí -dije soñadora-. Abdullah tenías razón al traerme aquí. Me pregunto si yo podría convencer a lord Carnarvon para que abandonara su concesión en…

Abdullah me interrumpió con una carcajada.

- No debería haber hablado de ricas tumbas -dijo, levantándose y dándome la mano para ponerme en pie-. Estaba fanfarroneando, Sitt; pero no hay peligro de que rompa usted el hilo del futuro, porque milord no le permitirá tener el valle. Ahora debo irme. Piense en lo que le he dicho.

- No me has dicho nada útil -gruñí.

Levantó mi rostro y me besó en la frente, como lo hubiera hecho un padre.

- El señor vaya con usted, Sitt. Que todos los dioses la acompañen.

* * *

Cuando me desperté por la mañana el sueño estaba fresco en mi mente, y estoy segura de que no necesito decirle al lector qué parte de él estaba más clara. Emerson aún dormía, tumbado de espaldas con los brazos cruzados sobre el pecho, como un faraón momificado. Me incliné sobre él.

- ¡Emerson! ¡Hay dos ricas tumbas sin descubrir en el Valle de los Reyes!

Emerson dijo «Hrmph» y se dio la vuelta, dándome la espalda.

Su terquedad, que yo debía haber esperado, me dio tiempo para pensármelo dos veces. La prudencia venció a la fiebre arqueológica. Regresé a posición supina y me dispuse a reflexionar.

Emerson no consideraría un sueño suficiente orientación para excavar. Era imposible explicarle a alguien que no las había experimentado lo vividas y reales que eran aquellas visiones. Aún podía sentir la presión de los labios de Abdullah sobre mi frente; si tuviera algún talento artístico, podría haber reproducido cada arruga y cada pelo de su cara.

¿Cuál demonios habría sido el fin de ese preciso sueño? Seguramente esas tentadoras alusiones sobre las tumbas del valle tenían la única intención de tomarme el pelo. Las indirectas no tendrían ninguna utilidad si no podía obtener la maldita confirmación. El tenía que haberme dicho algo más. Estaba repasando mentalmente aquella conversación cuando Emerson se dio la vuelta y extendió un brazo.

Como admitió más tarde, también había estado soñando; luchando con un adversario cuya identidad afirmaba no recordar. El golpe que le dirigió a su fantasma aterrizó directamente en mis

costillas, provocando un grito de indignación y dolor que fue suficiente para despertar a mi marido.

Aún se estaba disculpando y buscando moratones cuando el sirviente trajo nuestro té. Envié a Emerson a que se bañara y vistiera, y consulté mi lista. De hecho, ya había decidido las medidas a tomar, que no incluían describirle a él mi sueño. Sólo había otra persona que podría darle crédito, y era la misma a la que yo había tenido intención de consultar acerca de otro asunto igualmente importante.

Ella y Ramsés llegaron al Castillo cuando terminábamos el desayuno, y se unieron a nosotros en la terraza con su pequeño séquito. Era un lugar bonito y sombreado, cubierto por parras; un lugar propicio para el trato social amigable. ¡Nadie hubiera supuesto que las sonrientes caras ocultaban tantos secretos oscuros! Jumana se abalanzó sobre Emerson; había estado leyendo su *Historia* y le acribilló a preguntas que no iban dirigidas tanto a obtener información como a demostrar lo inteligente que era. Mi inocente marido, aturdido por el batir de pestañas y los grandes ojos oscuros, asentía y sonreía mientras Bertie trataba de meter baza. Mi hijo le daba la mano a su mujer por debajo de la mesa (él creía que nadie se daba cuenta, pero por supuesto a mí no se me escapó) y charlaba con Sennia, que había acercado su silla a la de él. Se me ocurrió que podría resultar difícil quedarme a solas con Nefret. Y, ¿cómo íbamos a evitar a la señorita Minton, cuyos fríos ojos negros iban de rostro en rostro como tratando de leer los pensamientos que se ocultaban tras esos semblantes?

Finalmente, Cyrus señaló que aún tenían que decidir dónde irían ese día. Muchos de los yacimientos más prometedores, incluyendo los Valles Occidental y Oriental y el Asasif ya habían sido asignados a otros excavadores. Había cierto número de ruinas interesantes dispersas, pero Cyrus sólo estaba interesado en las tumbas. Finalmente se decidieron por el Valle de las Reinas.

Seis tumbas desconocidas en el Valle de las Reinas… Recordando las palabras de Abdullah se apoderó de mí un breve espasmo de fiebre arqueológica. Pero no, me dije, el deber antes que el placer. No me parecía probable que fueran a encontrar ninguna de las tumbas perdidas esa mañana. Informé a Emerson de que no les acompañaría puesto que tenía otras tareas pendientes,

incluidas algunas compras en Luxor.

Mi comentario cayó en uno de esos silencios que se producen de vez en cuando entre nosotros (aunque no muy a menudo, admito) y varias cabezas se volvieron en mi dirección. Había esperado que Emerson desconfiara, pero puesto que no podía obligarme a ir con él, y puesto que hubiera preferido ser ahorcado que ir de compras conmigo, no tuvo otra opción que la de conformarse. Indudablemente desconfiaba. Sus ojos de zafiro se entrecerraron antes de abrirse de nuevo de par en par, en un nada convincente alarde de afabilidad, y dijo:

- Muy bien, querida. Lo que tú digas -aquél era un cambio extremadamente desconcertante. Emerson debía de estar tramando algo. Ah, bien, pensé, no puedo estar en dos sitios a la vez. Había esperado que Nefret se ofreciera a acompañarme, pero no lo hizo, así que tuve que pedírselo sin rodeos. Ni que decir tiene que accedió.

Ramsés estaba aún más receloso que su padre. Mientras nos retirábamos de la mesa me tomó por el brazo y me llevó aparte.

- Bien, mire, madre -empezó, formando un ángulo alarmante con sus cejas.

- Ramsés -dije, con igual firmeza-. ¿Me supones capaz de hacer alguna cosa que pusiera a Nefret en peligro?

- No intencionadamente. Pero usted…

- Ya va siendo hora de que dejes de tratarla, ¡y a mí también!, como a una niña.

Sus labios finamente dibujados se relajaron en una media sonrisa.

- Eso es lo que ella dijo. Lo estoy intentando, madre. No es sencillo.

- Lo sé, querido. Nosotras sentimos lo mismo por ti y por tu padre.

- ¿Por nosotros? Pero no somos…

- ¿Mujeres débiles e indefensas?

Ramsés levantó las manos.

- Muy bien, madre, usted gana. Intente no… oh, maldita sea, ya sabe lo que quiero decir. Nefret no es… eh… no es la única que me preocupa.

Había posado una de sus manos sobre mi hombro. Le di unas

palmaditas afectuosas.

- Y tu padre no es el único que me preocupa. Cuidaros el uno al otro, y no le dejes hacer ninguna tontería. Reconozco las señales. Trama algo.

- ¿A diferencia de usted?

Decidí ignorar ese comentario.

Finalmente nos los quitamos de encima, incluido a Bertie. Katherine intentó evitarlo, pero me vi obligada a oponerme a sus deseos. El chico había mejorado sorprendentemente en los últimos días y, en mi opinión, los mimos maternos resultan perniciosos para los jóvenes.

- Yo nunca mimé a Ramsés -le hice ver-. Y mira lo bien que ha salido.

Había varias tareas domésticas de las que ocuparse antes de que pudiéramos partir para Luxor. Siempre he envidiado a los oficiales de policía y detectives masculinos el que puedan liberarse de tales distracciones; el señor Sherlock Holmes, por ejemplo, nunca tuvo que preocuparse por elegir las comidas, zanjar disputas con los sirvientes, o arreglárselas con pequeñas niñas malhumoradas o grandes gatos malhumorados. Y luego estaba la Navidad, y faltaba menos de una semana. Había que celebrarla de una manera adecuada; por todos, pero especialmente por Sennia. Había estado felizmente ocupada cuidando de Gargery y de Bertie, pero con ambos pacientes camino de recuperarse, había empezado a protestar por verse obligada a permanecer tras los sólidos muros del Castillo, y por tanto, ver muy poco a Ramsés. Era duro para la niña, pero difícilmente podía decirle por qué no nos atrevíamos a dejarla salir.

Luego estaba Fátima, que cocinaba pasteles de navidad y galletas en la cocina de Cyrus, para extrema desesperación del chef de Cyrus. Y *Horus,* que había tomado la costumbre de merodear frente a la puerta donde *Sejmet,* la gata de los Vandergelt, moraba en medio de un lujo más que oriental. *Sejmet* había sido nuestra antes de que Cyrus y Katherine la adoptaran; sólo había estado preñada una vez -de *Horus,* concretamente- y tenía mis sospechas acerca del presente interés del gato…

Con mi tacto habitual, aplaqué al chef, envié a Sennia a hacer adornos de papel para el árbol (preguntándome dónde demonios

iba a encontrar yo uno), di instrucciones a Gargery para mantenerla entretenida, y le pedí a Nefret que se llevara a *Horus* el tiempo suficiente para que el aterrorizado sirviente que debía cuidar a *Sejmet* pudiera entrar en la habitación. Desafortunadamente, *Sejmet* salió zumbando por la puerta en cuanto se abrió -confirmando, así, mi diagnóstico de su enfermedad- y Nefret se llevó bastantes arañazos antes de que consiguiéramos atrapar a ambos animales. Aun así, la joven se rió.

- La vida nunca es tan interesante sin usted, madre -dijo afectuosamente, mientras le aplicaba yodo en los arañazos-. ¿Cuándo va a contarme qué plan ha tramado? No me creo ni por un instante que realmente tenga intención de ir de compras hoy.

- Te hablaré de ello tan pronto como estemos solas, querida. ¡La verdad, es un fastidio pensar en lo que diversas personas conocen y lo que se les debe ocultar! Me vi obligada a darle a Katherine alguna idea de mi plan, para evitar que nos acompañara, así que todo lo que resta es escaparse sin la señorita Minton. Fíjate en lo que te digo, estará apostada esperándonos.

De hecho, la condenada mujer estaba sentada en el coche cuando salimos de la casa, elegantemente vestida con una chaqueta de cuadros de pata de gallo y un alegre sombrerito ladeado sobre un ojo.

- Espero que no les importe que las acompañe -dijo, con una amplia sonrisa. Sus ojos negros parecían cuentas de azabache.

- Ni lo sueñe -dije.

Me salí con la mía, naturalmente, pero no sin discusión. Intentó cada truco sucio que se le ocurrió, desde amenazas y promesas de ayuda, hasta súplicas. Al final se vio forzada a ceder; cuando pasó a mi lado, de camino a la puerta, vi que había lágrimas en sus ojos.

- De verdad se preocupa por él -dijo Nefret, mientras me uní a ella en el carruaje.

- Eran lágrimas de cólera, imagino -contesté-. Pero no siento compasión por el sentimentalismo que pasa de lo sublime a lo trivial. Debería tener más orgullo. ¿Así que has descubierto mi pequeño plan?

- No era muy difícil -dijo Nefret con una sonrisa cómplice-. Está deseando enfrentarse a él. ¿Sabe dónde está?

- En uno de los otros hoteles, imagino. Nadie esperaría que un

hombre tan artero hiciera algo tan evidente, pero por eso resulta tan ingenioso. Me recuerda al truco de *La Carta Robada ,* del señor Poe.

- A mí no -dijo Nefret-. Pero se me había ocurrido la misma idea. Sólo han pasado cinco días desde que enfermó y sabe que hay peligro de recaída si no se cuida adecuadamente.

- ¿Le has explicado tu idea a Ramsés?

- No, aún no. Pero lo haré, madre, y si encontramos a Sethos se lo diré igualmente. No puedo mentirle. Así que si prefiere dejarme en el *Amelia*…

- Por Dios santo, claro que no. Se lo contaré a todos yo misma, esta noche. Es sólo que no quería tenerlos alrededor, gritando y renegando y complicando el asunto- la arruga entre las cejas de Nefret se suavizó.

- ¿Qué va a hacer con él si le encuentra?

- Ese es uno de los asuntos que quería discutir contigo. Tengo intención de interrogarle a fondo, por supuesto. Estoy segura de que sabe más de lo que admitió. Hasta ahí estamos en un punto muerto. Oh, imagino que al final podré descubrirlo, pero mis investigaciones pueden llevar algo de tiempo y me gustaría dejar el asunto zanjado antes de la Navidad.

- Navidad, claro -murmuró Nefret. Las comisuras de su boca se torcieron.

- Quizás podamos llevarlo al Castillo con nosotras -continué.

- Santo Dios, madre, ¡no puede hacerle eso a la pobre Katherine! ¿Acaso no tiene ya suficiente? -su rostro sufrió una serie de extrañas alteraciones. Algo alarmada, alargué el brazo hacia ella. Ella me apartó, se hundió en una esquina y se rió de tal modo que sus ojos se llenaron de gruesas lágrimas. Le tendí mi pañuelo.

- Lo siento -se rió-. Estaba imaginando las navidades en el Castillo, con *Horus* intentando atrapar a *Sejmet,* Bertie intentando apartarse con Jumana a un rincón oscuro y Katherine tratando de mantenerle alejado de ella, y el chef vociferando por toda la casa porque Fátima no le deja utilizar los hornos, y… y… y en medio de todo, ¡tío Sethos, vestido de Papá Noel!

Le permití a la niña que disfrutara de su momento de diversión. No era mi intención estropearle esos instantes recordándole que si no teníamos éxito en la identificación del villano él también podría

estar entre nuestros invitados.

Tomamos el ferry para cruzar a la otra orilla, y mientras nos apoyábamos contra la borda, sujetando con firmeza nuestros sombreros, le hablé a Nefret de mi sueño y del que le había precedido.

- ¡Pero qué poco amable! -exclamó, con los ojos risueños-. Hablarle de ricas tumbas y no revelarle su ubicación.

- Me estaba tomando el pelo. Le divierte hacerlo. No te preocupes por las tumbas desconocidas, Nefret, estoy obsesionada por la sensación de que estoy pasando por alto algo de importancia; una de esas condenadas pistas misteriosas que a Abdullah tanto le gusta dejar caer.

- Cuénteme otra vez lo que dijo.

Repetí la conversación. Ella agitó la cabeza.

- No se me ocurre qué podría ser.

- No crees realmente en mis sueños, ¿verdad? Es muy amable que hagas como si te los tomaras en serio.

- ¿Cómo podría ser tan arrogante de negar esa posibilidad? Incluso si son producto de su mente dormida, no podemos descartarlos como carentes de sentido.

- No creo en la libido -le advertí.

Nefret se deshizo en carcajadas.

- Claro que no, querida madre. En cualquier caso, Abdullah nunca sería ordinario. Estamos a punto de atracar; ¿dónde iremos primero?

En esa época había ocho hoteles de estilo europeo en la orilla oriental. Dos de ellos eran limpios pero baratos; los otros seis ofrecían mejores servicios, a la par que tarifas más altas.

- Una vez más, tu consejo sería bienvenido -contesté-. Puede que haya vuelto sobre sus pasos al Winter Palace bajo otro nombre…

- No con el mismo traje -dijo Nefret.

- Y no el mismo día -asentí, pensando el placer que era tratar con una mente inteligente, intuitiva (y femenina)-. El hotel más cercano al Winter Palace es el Luxor… Ten cuidado, querida, el muelle es muy resbaladizo.

- ¿Así que vamos al Luxor?

- No. Sethos le dijo al empleado del Winter Palace que iba a la estación de ferrocarril. Creo que eso es exactamente lo que hizo. Si

hubiera tomado un coche para cualquier otro destino, el conductor podría reconocerle, y él querría evitar eso a toda costa. Es fácil perderse en la multitud que espera un tren y escabullirse. El Hotel de la Gare está a una distancia fácil de recorrer a pie desde la estación.

- Eso es muy ingenioso, madre -dijo Nefret. Sonreí con modestia agradeciendo el cumplido, e hice señas con mi sombrilla a un coche que pasaba.

Primero fuimos al Winter Palace, donde descubrí que el señor Bracedragon-Boisgirdle (cuyo nombre tan fácil de olvidar había, por fortuna, anotado en mi diario) había partido dos días antes. Éstas eran noticias de lo más satisfactorias, porque confirmaba una de mis teorías (no es que en algún momento hubiera dudado de su exactitud). Entonces ordené al conductor que nos llevara al Hotel de la Gare.

Lo mejor que el *Baedeker* podía decir acerca del hotel de la estación es que era limpio. Sin duda no estaba a la altura de mis exigencias; la raída alfombra del vestíbulo estaba llena de arena y el recepcionista obviamente había»llevado el mismo cuello durante varios días. Al vernos se quedó boquiabierto; no era el tipo de sitio donde acudirían damas de nuestra distinción.

- Buenos días -dije amablemente, colocando mi parasol sobre el mostrador-. Estoy buscando a un caballero que llegó ayer por la mañana.

El recepcionista pasó su mirada de mí a la sombrilla, después a Nefret, y de nuevo a mí. Le llevó varios segundos conseguir poner su mandíbula en funcionamiento.

- Sí, Sitt. Hubo varios…

- Déjeme ver el registro, por favor.

Siete personas se habían registrado en el hotel el día anterior. Dos eran matrimonios -o afirmaban serlo- y había un grupo de tres caballeros. Eso dejaba dos posibilidades. No me resultó necesario obtener las descripciones del empleado; uno había dado el nombre de Rudolf Rassendyll.

- Su estrafalario sentido del humor un día resultará ser su perdición -le señalé a Nefret, mientras subíamos las escaleras al tercer piso. El ascensor estaba fuera de servicio, por supuesto.

- ¿Cuánta gente habrá leído *El Prisionero de Zenda?*

- Bastante, imagino. Fue un descuido por su parte.

La puerta estaba al final de un deprimente corredor iluminado únicamente por una ventana cercana. Las ventajas de la localización eran patentes: nadie podía llegar hasta él por las ventanas, de las que probablemente sólo había dos, puesto que era una habitación en esquina, y ofrecía salidas convenientes. Sin duda ya habría anudado las sábanas en una cuerda improvisada.

- ¿Vas a hacerte pasar por una sirvienta? -susurró Nefret.

La miré sorprendida.

- No, ¿por qué debería hacerlo? -me quité uno de los guantes y llamé con ímpetu a la puerta-. Soy yo, Amelia. Déjame entrar inmediatamente.

Siguió un completo silencio. Volví a llamar.

- Hoy no tengo más compromisos -dije en voz más alta-. Será mejor que abras la puerta.

La puerta se abrió de par en par y allí estaba él. Creía que me había preparado mentalmente para el encuentro, pero estaba equivocada. La última vez que le había visto estaba tumbado en una camilla, muerto o agonizante, creí yo, empapado de sangre y con una peluca y un bigote de color castaño rojizo. El que ahora me hacía frente podía haber sido el mismo Emerson: pelo negro ondulado, barbilla prominente, hombros cuadrados. Incluso el ceño fruncido era familiar. Llevaba una bata que reconocí como perteneciente a Ramsés, y estaba descalzo. Me encontré a mí misma algo falta de aliento.

- Muy bien -dijo-. Te quedarías ahí gritando todo el día.

Se echó para atrás y nos hizo señas para que entráramos.

- ¿Eso es todo? -preguntó-. ¿Dónde están los demás? Radcliffe, Ramsés, la señorita Minton…

- No perdamos tiempo en ironías -dije.

- ¿Cómo me encontraste?

- Eso también es irrelevante -la habitación tenía dos ventanas. También una estrecha cama, un armario, una pequeña mesa, una única silla y unos sanitarios de baño desconchados y exhibidos sin pudor, sin siquiera una cortina para ocultarlos.

- ¡Cielo santo, qué desagradable! -dije-. No puedes quedarte aquí.

- No mucho más, no.

Notaba las rodillas un poco vacilantes. Me hundí en la silla. Se tambaleó, pero resistió.

- Siéntate -ordené, sacando un fardo de ropa de mi bolso-. No tienes buen aspecto.

- Por Dios santo, no llores -exclamó Sethos. Comenzó a retirarse-. Tú nunca lloras. Ni siquiera soltaste una lágrima cuando morí en tus brazos. Tú…

La habitación era demasiado pequeña para que pudiera retirarse más lejos. Fue a parar contra el borde de la cama y se derrumbó encima de ella.

Nefret había cerrado la puerta y echado el pestillo. Como no había más sillas se sentó al lado de Sethos.

- No tengo intención de llorar -dije, agitando el bulto.

- Qué diablos… -empezó Sethos.

- No blasfemes -le reprendí automáticamente-. Es, como sin duda habrás observado, una *galabiyya*. Me tomé la libertad de tomar prestada una bufanda larga de Katherine. Servirá como turbante. Debes salir de aquí esta noche. Dudo que nos hayan seguido; tu adversario no puede estar en todas partes pero sí puede ser lo suficientemente inteligente como para investigar en los otros hoteles. Fue una estupidez por tu parte usar ese seudónimo.

- Yo… -dijo Sethos intentando apartar la mano de Nefret de su frente.

- No tiene fiebre -anunció.

- ¿Cuánta quinina le diste?

- Suficiente para cinco días. Veinticinco miligramos por día.

- Humm. Yo habría recomendado más. ¿Hace cuántos días?

- He perdido la cuenta -admitió Nefret. Empezó a contar con los dedos-. Domingo, lunes…

- ¿Por qué…? -empezó Sethos.

- No te preocupes. Tendremos que arriesgarnos. Ya debe de haber pasado lo peor.

- ¿Cómo…? -insistió Sethos.

- Por la ventana, por supuesto -dije con impaciencia-. El señor Rassendyll no pagará su cuenta. Sin duda están acostumbrados a ese tipo de cosas en el Hotel de la Gare. Ve directo al embarcadero y toma el ferry hasta el otro lado. Alguien te estará esperando en la orilla occidental.

- ¿Dónde…?

- ¿El Castillo? -preguntó Nefret. Sethos le dirigió una mirada de terror absoluto.

- No. Selim le llevará a nuestro antiguo hogar. Daoud también se está alojando allí. Eso debería ser protección de sobra. No veo vajilla sucia, así que supongo que hoy no habrás comido. Es necesario mantener las fuerzas. Nefret, ¿serías tan amable de bajar y pedir la comida?

No puso más reparos que el de enarcar una ceja; su imaginación comprensiva le hizo suponer que yo quería estar a solas con él. Después de que se hubiera marchado, cerré la puerta y regresé a mi silla. Había creído que mis pensamientos estaban en perfecto orden, pero extrañamente, me encontré muda. Nos contemplamos el uno al otro durante unos minutos. Su mirada fue la primera en desviarse.

- No deberías haber venido -dijo-.Juré no volver a verte, y tenía intención de mantener mi promesa esta vez.

- Hay una fatalidad que configura nuestros fines -señalé-. ¿O es el Ministerio de Guerra el que los determina? No te molestes en negar que aún estás trabajando para la inteligencia británica. Engañaste a Ramsés y Nefret, pero a mí no me puedes engañar. Fue por ti que el señor… eh… Smith vino a Luxor. Tenías que darle informes, y ésa es una de las razones por las que estabas tan ansioso por llegar al Winter Palace. Partió el día después de que tú llegaras. Has estado en Jarga. ¿Por qué irías hasta allí si no fuera para espiar a los senussi?

Mucho de lo que yo había dicho era mera conjetura, lógica, pero no demostrada. Se mantuvo en silencio, la cabeza inclinada, hasta que añadí:

- Aceptaste la misión que Ramsés rechazó.

Estaba segura de que eso le provocaría y no me equivoqué. Se puso rígido y me miró con el ceño fruncido.

- Si crees que lo hice por su bien, estás equivocada.

- Nunca te acusaría de estar guiado por el altruismo o el afecto -le aseguré.

- Él no podría haberla llevado a cabo. Si de repente se hubiera retirado de la circulación, los hombres de Sidi Ahmed habrían intentado arrancar las barbas de todos los extraños que se aproximaran al campamento.

- Tu empleo oficial es, en este momento, un asunto secundario. Las interesantes «atenciones» que hemos recibido últimamente están directamente relacionadas con el asunto de la tumba perdida. ¿Qué sabes tú que nosotros no sepamos?

Había recobrado su compostura. Acarició su crecida barba y me dirigió una sonrisa cínica.

- Vas directa al grano, Amelia querida. Ignoro las respuestas de las dos preguntas más importantes: la ubicación de la tumba y la identidad de mi rival.

En ese momento llamaron a la puerta.

- Maldita sea, no supuse que fuera tan rápida -dije-. Debemos tener un consejo de guerra. No hay tiempo para más ahora. Dame tu palabra…

Los golpes se hicieron más altos e imperiosos. Sethos se levantó de un salto.

- Esa no es Nefret. Amelia, no abras la puerta.

Fue demasiado lento para detenerme. Ramsés me había enseñado un truco bastante bueno que consiste en dejar que el adversario comience a entrar en la habitación y golpearle después con la puerta en la cara. Estaba ansiosa por probarlo y deseando capturar a uno de nuestros enemigos. Desafortunadamente, la persona del pasillo no era un enemigo. Era Margaret Minton.

- ¡Maldición! -dije.

- ¡Rayos y truenos! -explotó Sethos.

Agarré a Margaret del brazo y la metí en la habitación.

- ¿Cómo nos ha encontrado?

- Alquilé un bote y localicé al cochero que las trajo aquí. ¿No se dio cuenta de que estaban dejando un rastro que cualquiera podría seguir? Y tú… -volvió una mirada furiosa hacia Sethos-. ¡Rudolf Rassendyll!

- No toleraré críticas por su parte, señorita Minton -dije con frialdad.

- Discúlpeme. Acepte mis sumisas disculpas -dio una patada en el suelo-. Siempre digo algo incorrecto, y lo siento, de verdad, pero no tiene importancia; tenemos que sacarle de aquí tan pronto como sea posible.

- Estaba a punto de hacer esos preparativos cuando usted…

Otro golpe en la puerta. Todos estábamos un poco tensos; yo me

sobresalté, la señorita Minton dejó escapar un gritito y Sethos blasfemó.

- ¿Nefret? -pregunté.

La respuesta fue afirmativa. Nefret, el camarero y la bandeja se apiñaron en la habitación. Tras algunas complejas maniobras conseguimos dejar la bandeja en la mesa, al camarero fuera de la habitación y la puerta cerrada.

Sentado al borde de la cama con los brazos cruzados, Sethos dijo:

- Esto se está poniendo verdaderamente absurdo. ¿Esperamos más invitados?

La pregunta iba dirigida a todas en general, no a la señorita Minton. No la había hablado o mirado directamente.

- Tómate el desayuno -dije pensativa.

- Almuerzo -me corrigió mi cuñado, inspeccionando su plato. Las verduras formaban una plasta cenicienta y los pedazos de carne estaban quemados-. Me lo comeré igualmente. No creo que pueda protestar.

- Por favor, Amelia -Margaret se agarró las manos y me miró implorante-. No se enfade. Sólo quiero…

- ¿Qué demonios está haciendo aquí? -preguntó Nefret

- Él debe irse -insistió Margaret.

Yo había llegado a la misma conclusión. La ventaja de la oscuridad, que había afectado a mi primer plan, se veía ahora superada por varias desventajas. Pronto todo Luxor estaría cotilleando sobre la procesión de damas bien vestidas que habían venido preguntando por el increíble señor Rassendyll. De cualquier modo, había sido algo ingenuo por mi parte suponer que Sethos iría donde yo le dijera y se quedaría donde yo le ordenara. Estaba comiéndose la terrible porquería con más aprecio del que se merecía. La placidez de su semblante levantó en mi ánimo las más alarmantes sospechas.

- Tienes razón -dije.

Sethos se atragantó. Su rostro ya no parecía en absoluto tranquilo.

La cooperación entusiasta de otras dos personas sensatas *(id est,* mujeres) hizo que se agilizaran los preparativos. De hecho, dudo que me las hubiera podido arreglar yo sola. Nefret fue la primera en

marcharse. Le dimos diez minutos y entonces continuamos con la siguiente parte del plan. Dejé a la señorita Minton montando guardia fuera de la puerta, mientras yo corría escaleras abajo y daba la vuelta al hotel para aguardar bajo la ventana. Sethos no se había opuesto. Parecía estar algo estupefacto.

La parte trasera del hotel daba a un espacio vacío, ocupado sólo por hierbas y bastantes perros. Una rata obscenamente gorda se paseó tranquilamente por el suelo polvoriento, dirigiendo tanto a mí como a los perros una mirada insolente. No culpé a los perros por no querer enfrentarse a ella.

Estaba empezando a temer que Sethos había encontrado alguna forma de escabullirse de la señorita Minton cuando la cuerda de sábanas retorcidas (que estaba debajo del colchón) cayó por la ventana con una maleta atada al extremo. Sethos descendió agarrándose con las manos. Llevaba el turbante y la *galabiyya,* pero su rostro estaba demasiado pálido. Recogí un puñado de tierra.

- Amelia, no -dijo esquivándome-. Déjame salir de tu vida. No soy bueno. Ni para ti ni para nadie en este momento.

- Cielo santo, qué trágico -señalé-. Te has olvidado de la parte de volver a tu guarida.

- Te lo estaba ahorrando -dijo Sethos. Su sonrisa amortiguaba su parecido con Emerson; tenía un lado burlesco que nunca se encontraría en el candido semblante de mi esposo-. Muy bien, Amelia…

La señorita Minton llegó trotando por la esquina del edificio con el sombrero ladeado sobre un ojo.

- Bien, lo tiene -jadeó.

- Como estaba a punto de decir -señaló mi cuñado-, puedo arreglármelas con una mujer dominante, posiblemente con dos, pero no con tres. Hazme un pequeño favor, si eres tan amable: no andes corriendo por ahí en busca de nuestro asesino. Yo mismo me ocuparé de él.

- Ah -dije-. Eso pensaba. Tienes intención de convertirte en objetivo a la espera de que él te ataque. Todo eso está muy bien, y quizás debamos recurrir a esa estrategia, pero ¿cuál, si se me permite la pregunta, es el objeto de todo ese jaleo a no ser que estemos en disposición de coger al tipo? Deja de discutir y acompáñanos antes de que alguien nos vea.

Nefret estaba esperando en el muelle con el bote que había alquilado y una montaña de paquetes. Los colocó en brazos de Sethos. El barquero le miró con aire crítico, preguntándose, sin duda, por qué empleábamos a un tipo tan sucio. Le había metido algo de tierra en los ojos, sin querer; pero tanto mejor, ya que ahora parecían enrojecidos por la infección que sufrían muchos desafortunados egipcios.

- ¿Qué has comprado? -pregunté, una vez en camino. Algunos de los barqueros entienden un poquito de inglés.

- Los primeros objetos grandes que cayeron en mis manos -dijo Nefret-, incluyendo una maqueta totalmente espantosa de la fachada de Abu Simbel.

- Se la regalaremos a Gargery por navidad -dije.

Nuestro desaliñado sirviente, acuclillado entre los remos, dejó escapar una tos estrangulada.

Hizo un nuevo intento de disuadirme mientras colocaba nuestros paquetes en el coche.

- ¿No estás pasando un poco por alto el riesgo para Daoud y Selim y el resto del clan? Al final, mis enemigos conseguirán seguirnos la pista.

- Pero no inmediatamente. Quizás les lleve un día o dos. Para entonces estaremos preparados.

Fuimos directos a la casa. Si no hubiera estado preocupada por asuntos más serios, mi corazón se habría derretido de nostalgia al ver nuestro antiguo hogar, que guardaba tantos recuerdos. Los rosales trepadores estaban muertos, por supuesto. Tampoco Abdullah los había regado nunca. ¿Pero qué importaba? Él había tenido razón; aquí era donde yo debía estar.

Mi ánimo tuvo que pasar una pequeña prueba cuando descubrí que los únicos hombres de la casa eran Yusuf y su hijo más pequeño. Ambos estaban en el salón, fumando y bebiendo café y antes de que pudiera ponerme al trabajo tuve que rechazar refrescos y disculparme ante Yusuf por no haber ido antes a verle. La casa estaba en perfecto orden y el salón tenía casi el mismo aspecto que cuando lo habíamos dejado, incluso por los adornos de la estantería.

- Creía que habías ido al Valle de las Reinas -dije a Jamil.

- El joven Effendi estaba cansado -contestó Jamil, observando con curiosidad a Sethos-. Le volvimos a llevar al Castillo.

- ¿Selim y Daoud?

- Están con el Padre de las Maldiciones. Pero estamos a su servicio, Sitt Hakim, mi padre y yo.

Y serán más o menos de tanta utilidad como Sennia, pensé.

- ¿Kadija está aquí? -preguntó Nefret.

Había estado esperando una llamada. La pregunta de Nefret fue suficiente; cuando apareció en el umbral, vestida de negro pero sin velo, me dieron ganas de besarla. Nefret lo hizo. Kadija la envolvió en unos brazos casi tan musculosos como los de su marido Daoud y luego me miró inquisitiva.

- Gracias a Dios -exclamé-. Escucha atentamente Kadija. Este hombre… -señalé a Sethos-. Este hombre es mi prisionero. Debe mantenerse escondido y encerrado.

- Ah -dijo Jamil ansioso-. Yo le vigilaré, Sitt Hakim. Con la pistola de mi padre.

Una ocupación apropiada para un hombre, pensé. Me opuse con firmeza:

- Nada de pistolas, Jamil. Se le ha de tratar bien y ha de permanecer ileso.

- Que Dios la bendiga, Sitt -gimió Sethos-. Es usted piadosa. Es usted buena. Es usted…

- Le dejo a tu cargo, Kadija -continué-. Esto es lo más importante. Nadie fuera de la familia debe saber que está aquí. El Padre de las Maldiciones y yo regresaremos esta noche para interrogarle -estudiando el rostro débil y bello del chico, decidí que sería mejor reforzar mi advertencia-.Jamil, Yusuf, nadie debe salir de la casa hasta que yo dé permiso, salvo, por supuesto, Daoud y Selim. Llevarán los caballos a la *dahahyya* mañana por la mañana. ¿Entendido? Si alguno de vosotros menciona la presencia de nuestro… eh… prisionero… No terminé la amenaza. El parasol y la invocación de Emerson deberían bastar.

Sethos despareció con Kadija y regresamos al coche

- Los gemidos y agradecimientos eran bastante exagerados -dije-. Espero que no se entusiasme con el papel; es una de sus debilidades.

- El papel de prisionero -murmuró Margaret-. ¿Cómo pensó en eso? A mí nunca se me habría ocurrido.

- Difícilmente podría haberlo descrito como un honorable invitado o un nuevo sirviente, ¿no? Además, le quería encerrado, no

me fío de él.

- Ha sido una idea brillante, señora Emerson -alabó Margaret con sinceridad.

La sonreí.

- Puede llamarme Amelia -consulté mi reloj de solapa-. Confío en que no lleguemos demasiado tarde al almuerzo. ¡Ha sido una mañana tan ocupada!

DEL MANUSCRITO H

Ramsés encontraba difícil concentrarse en la arqueología mientras su mujer *y* su madre estaban por ahí, empeñadas en hacer alguna travesura. Se consoló pensando que en las calles de Luxor no podían meterse en demasiados problemas. Quizás su madre tenía intención de sentarse en un banco cualquiera, examinando las caras de los transeúntes. Siempre había afirmado que reconocería a Sethos en cualquier parte, con cualquier disfraz. Quizás tenía realmente intención de ir de compras. Las navidades se acercaban, y él nunca había visto que su madre se dejara distraer de esas festividades por nada tan poco importante como un asesino! Quizás…

Bertie tuvo que dirigirse a él dos veces antes de que volviera en sí.

- ¿Perdón? -dijo.

- Sólo quería hacer unas preguntas si no te importa. No quería interrumpir a Cyrus y al profesor.

- Dudo que hubieras podido -dijo Ramsés. Su padre y Cyrus estaban a cierta distancia, con Selim y Jamil siguiéndoles de cerca. Con algo de culpabilidad, volvió su atención a su compañero. Debería haber estado ocupándose del chico, pero Jumana cabalgaba pegada al otro lado y Daoud iba tras él, y aunque Bertie estaba sonrojado y sudoroso parecía estar bien.

Habían seguido la carretera de Medinet Habu hasta el valle que formaban los acantilados. Pocos turistas llegaban por ese camino; los tours de la agencia Cook sólo dejaban tiempo para los yacimientos más importantes: los templos de la orilla oriental, el Rameseum y Medinet Habu, las tumbas reales y unas pocas tumbas

selectas de los nobles.

Era probable que Sethos hubiera mantenido su papel de turista. No se arriesgaría…

- ¿Es aquí donde Cyrus quiere excavar? -preguntó Bertie.

- ¿Qué? Oh, perdón. Es una posibilidad. Se han encontrado más de setenta tumbas hasta ahora, pero la mayoría están sin terminar y sin decorar… son casi como cuevas. Datan de las dinastías XIX y XX, e incluyen tumbas de princesas reales y reinas.

- ¿Vamos a ver alguna de ellas? -Bertie se pasó la manga por la frente.

- Eso parece -su padre y Cyrus estaban hablando con un egipcio que había salido de un tosco refugio-. Las tumbas más importantes están cerradas. El guardián tiene la llave.

Inspeccionaron tres de las tumbas, terminando con la de la reina Nefertari, donde Emerson tronó contra los daños que habían sufrido los relieves exquisitamente pintados.

- Ahí tienes un proyecto a tu altura -declaró-. Deberías estar gastando tu dinero en reparar escenas como ésta, en lugar de exponer más antigüedades a que sean dañadas y saqueadas.

- Aún no he gastado nada -contestó Cyrus-. Por Jehová, Emerson, todo lo que quiero es una tumba… una buena tumba. Eso no es pedir demasiado.

El sol se alzaba sobre sus cabezas cuando se acomodaron en la boca de una tumba sin terminar y abrieron la cesta de la comida.

- Por hoy es suficiente para ti, Bertie -anunció Emerson.

- Me siento perfectamente en forma, señor -protestó el chico.

- Por supuesto que sí -Emerson sonrió paternal-. Pero hay una larga cabalgada de vuelta, y no debes esforzarte más de la cuenta. Mañana será otro día.

Daoud quería llevar a Bertie a casa, pero Emerson tenía otra idea. Tan pronto como terminaron de comer, envió a Bertie de vuelta con Jamil y Jumana.

- Ya nos hemos librado de ellos -anunció, sacando su pipa-. Ahora podemos ponernos a trabajar.

- ¿Estará bien? -preguntó Ramsés, observando a la pequeña comitiva serpentear por el valle hacia la entrada.

- Ella le cuidará -dijo Emerson-. Recoge todo, Selim, y vámonos.

- ¿Dónde? -preguntó Ramsés.

- ¿Adonde crees?

- ¿A Deir el Medina?

- Muy bien -dijo Emerson.

- ¿Es de ese hombre, Kuentz, de quien sospecha? -preguntó Selim, amontonando la vajilla y los restos de la comida en la cesta. Aparentemente, Cyrus y Emerson no habían estado hablando de arqueología con él.

- Creo que es nuestro hombre, sí -dijo Emerson.

- La estela rota que encontró Sennia… -apuntó Ramsés.

- Bien hecho -dijo su padre.

- No lo entiendo -intervino Cyrus desconcertado.

- La parte inferior había sido arrancada -explicó Ramsés-. Era una fractura reciente. Los nombres y títulos del donante habían desaparecido. Por eso me llevó un tiempo recordar dónde había visto otras como ella. En esos casos, los propietarios eran descritos como trabajadores del Lugar de la Verdad; es decir, el Valle de los Reyes. Los hombres que excavaron y decoraron las tumbas reales vivían en Deir el Medina.

A Emerson se le había apagado la pipa. Le dirigió a Ramsés una sonrisa alentadora y encendió una cerilla.

- La estela fue colocada a propósito -dijo Ramsés-. No sólo para captar nuestro interés; padre podía muy bien haber insistido en excavar por completo el condenado vertedero, lo que nos habría llevado el resto de la temporada…

- Tu madre no me hubiera dejado -dijo Emerson, sonriendo.

- Si me permite terminar, padre… También hizo que Sennia se interesara por el sitio, lo que facilitó al secuestrador la posibilidad de acercarse a ella. Pero eso no prueba la culpabilidad de Kuentz.

- Bah -dijo Emerson.

- Fue él quien te envió al lugar donde cayó la roca -señaló Cyrus.

- Y el cuerpo. Creo que puedo imaginar por qué…

- Yo también -afirmó Emerson-. El pobre diablo era un inocente transeúnte que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

- Sí, señor, estoy de acuerdo. Pero incluso si tenemos razón, no incrimina necesariamente a Kuentz.

- Así que vayamos y hagámosle confesar -dijo Daoud-. Intentó hacerle daño al Pajarito.

- Bien dicho, Daoud -Emerson apagó su pipa y se levantó.

- No sabemos si es culpable -insistió Ramsés-. Déjanos las preguntas a nosotros, Daoud.

- Por supuesto -dijo Daoud.

Tras devolverle las llaves al guardián y darle una propina, cabalgaron de vuelta entre los agrestes riscos teñidos de sol hasta la carretera y cogieron el desvío que llevaba a la aldea de los obreros.

- Quiero decirte una cosa, Ramsés -dijo Emerson. Los demás se retiraron obedientemente.

- ¿Sí, señor? -dijo Ramsés.

- ¿Ha sonado muy condescendiente?

- Sí, señor.

- La costumbre, hijo. No era mi intención.

- Está bien, señor, era mayor disculpa de lo que había esperado, y quizás más de lo que se merecía -añadió-: No debería haberme puesto tan a la defensiva.

- Estás haciendo lo posible por intentar ser justo. ¿No fue Kuentz uno de los pretendientes de Nefret hace años?

- Sí, señor.

- ¿Aún lo es?

- Maldita sea, padre…

- Celos -dijo Emerson-, los celos afectan a la gente de modos muy distintos. Yo, por ejemplo, grito y amenazo. Es el mejor método. Sacárselo de encima. Las mujeres son… eh… ellas no piensan de la forma que nosotros lo hacemos.

Dios mío, pensó Ramsés, me va a echar el amable sermón que se supone que los padres dan a los hijos antes de casarse. Llega un poco tarde. Más que un poco. No creo que pueda soportarlo si empieza a contarme cómo…

- Estoy de acuerdo, señor… -le atajó con rapidez.

- Tú -dijo su padre teniendo buen cuidado de no mirarle-, intentas ser justo y razonable. No te recomiendo ese enfoque. A tu madre, por ejemplo, no le gusta en absoluto.

A Ramsés le faltaban las palabras. Después de un momento Emerson continuó:

- No te guardes tus pensamientos. Yo nunca lo hago y tampoco tu madre, y así nosotros… bien, lo discutimos, ¿ves?, y es todo para bien.

- Imagino que tiene razón, señor. Aprecio sus consejos.

- Humm -dijo Emerson, que se había puesto escarlata por la vergüenza-. En ese caso, te daré uno más. No le otorgues siempre al otro tipo el beneficio de la duda. Tu instinto es una guía suficientemente buena.

- ¿Qué sugiere usted? ¿Que en vez de estrecharle la mano a Kuentz, me acerque y le dé un puñetazo en la cara?

Emerson sonrió.

- Quizás no fuera tan mala idea. Bien, eso es todo lo que quería decirte.

Aflojó las riendas y puso a su caballo al trote.

Ramsés le siguió más despacio. Se había sentido conmovido y divertido por esa conversación; no resultaba fácil para Emerson hablar de asuntos personales, pero cuando lo hacía iba derecho al grano y daba justo en la diana. Ahora todo lo que tengo que hacer es seguir su consejo, pensó Ramsés. Si puedo.

¿Se había sentido demasiado inclinado a darle a Kuentz el beneficio de la duda? Las evidencias se amontonaban. Otro punto en contra del arqueólogo, que nadie había mencionado, era el hecho de que no siempre había estado en la excavación a horas en que la mayoría de los excavadores estarían trabajando. Su adversario debía de estar muy ocupado esos días, intentando buscar a Sethos, siguiéndoles la pista de sus actividades, vigilando su hallazgo. Si no estuviera hoy…

Sin embargo, estaba. Tenía un equipo de diez o doce hombres trabajando, y se habían limpiado unos buenos veinte metros cuadrados desde que Ramsés había visto por última vez el yacimiento.

Les saludó con su exuberancia habitual, y estrechó las manos de todos menos de Daoud, que se cruzó de brazos y fijó en él una intimidante mirada, frunciendo el ceño. Emerson explicó que Cyrus estaba buscando un yacimiento.

- ¿Y usted, profesor? -preguntó Kuentz.

- Posiblemente, posiblemente. Hemos decidido quedarnos en Luxor durante un tiempo.

Kuentz hizo montones de sugerencias. Incluían casi cada yacimiento de Luxor. ¿Eran significantes las omisiones? Que me aspen si lo sé, pensó Ramsés, observando con creciente disgusto

cómo Kuentz daba palmaditas a la gente en la espalda y emitía cordiales carcajadas, y al final desviaba la conversación de los temas profesionales al cotilleo general. ¿Qué tal se las estaba arreglando la señorita Minton con su historia de los ladrones de tumbas? Él le debía una invitación a cenar aunque no le resultaría posible igualar su generosidad; el Winter Palace era demasiado caro para un pobre arqueólogo que trabaja duro. Los Vandergelt debían disculpar que no les hubiera visitado, como requería la cortesía; se acercaría un día de éstos, si podía. ¿Cómo estaba la señora Emerson? ¿Se había recuperado Nefret de su espeluznante experiencia del otro día?

- Me siento responsable -le explicó a Emerson.

- No hay razón para ello -dijo Emerson, acariciándose la barbilla-. De todos modos, la tumba que usted mencionó estaba vacía. Creo.

- Salvo algunos fragmentos de momias de época romana. Tenían aspecto de que alguien hubiera bailado sobre ellas -dijo Kuentz con otra carcajada-. Dientes y huesos y retazos de lino -se dio la vuelta bruscamente-. ¿Qué estás haciendo? -gritó a uno de los trabajadores, que estaba sosteniendo un objeto que parecía ser una olla rota-. Os dije que no sacarais nada. Maldita sea, hay que vigilar a esta gente cada segundo.

- Le estamos distrayendo del trabajo -dijo Emerson-. De cualquier modo, es hora de que volvamos.

- ¿Hora del té? -otra risa campechana-. Ustedes los ingleses siempre deben tomar su té. Volveré a verles pronto, espero.

- Seguro -dijo Cyrus-. Organizaremos una cena. Barton, usted, Lansing y algunos otros.

- Será un honor -Kuentz volvió a estrechar las manos de todos y se apresuró a volver con su equipo. Le oyeron gritar improperios en árabe mientras montaban y emprendían la marcha.

- ¿Confesó? -preguntó Daoud esperanzado.

- No -dijo Emerson-. Pero hubo algunos puntos de interés, ¿eh, Ramsés?

- Sí señor.

- Momias romanas. Objetos desagradables. Todo destrozado, además.

- Sí señor.

- No era el lugar apropiado. No vuelvas a decir «sí, señor» de nuevo -añadió.

- No, señor.

- Disculpadme… -comenzó Cyrus.

- Más tarde, Vandergelt, más tarde. Estoy deseando volver. Si Amelia no está, me veré obligado a tomar algunas medidas. No tramaba nada bueno.

- Se fue a buscar a Sethos -dijo Ramsés. Su padre asintió-. ¿Cree que le habrá encontrado?

- No me sorprendería en absoluto -dijo Emerson sombrío.

Capítulo 17

Cuando Emerson irrumpió en el salón y me encontró bebiendo el té plácidamente, manifestó su placer y alivio de una forma predecible.

- Bueno, ¿qué demonios has estado haciendo?

- Buenas tardes a ti también -respondí-. Cierra la puerta, Emerson, y asegúrate de que no haya nadie merodeando por el pasillo.

Cyrus besó a su esposa y se sentó a su lado en el sofá. Ramsés no besó a Nefret. Sin embargo, tomó la mano que ella le tendió y continuó sosteniéndola mientras permanecía de pie a su lado.

- ¿Y qué tal vuestro día? -pregunté-. Habla, Emerson; Bertie está descansando, pero bajará pronto y también Sennia, y a William se le puede ocurrir hacerse con nuevas lecturas.

- Te rogaría -dijo Emerson, dando un portazo- que no me provocaras, Peabody. Tú primero. Supongo que encontrasteis al… que le encontrasteis, tienes un aspecto particularmente engreído. ¿Dónde está?

- Fue muy inteligente por su parte -dijo Margaret-, el modo en que dedujo dónde habría ido…

- No me importa un comino dónde estuviera, lo que quiero saber es dónde está ahora -dijo Emerson.

- En nuestra casa. Encerrado y vigilado.

- ¿Por Jamil y Yusuf? Por dios, Peabody…

- Y Kadija.

- Oh. Entonces está bien. Selim y Daoud ya deben de estar allí. ¿Qué te dijo?

- Sostuvo que no conoce la identidad de su rival ni la ubicación de la tumba.

- Mintió -dijo Emerson, dirigiéndose hacia la puerta.

- ¡Por todos los santos, Emerson, siéntate! Le dije a Kadija que nos acercaríamos esta noche. Está todo arreglado. Y ahora cuéntame lo que hicisteis esta tarde. ¿Encontrasteis la tumba y capturasteis al villano?

- Nos estamos acercando a la solución, creo -dijo Ramsés por encima de los gruñidos de Emerson-. Padre y yo estamos de acuerdo en que Kuentz es el sospechoso más probable. Hay varias circunstancias…

- No necesitas explicarlas -interrumpí-. Yo había llegado a la misma conclusión. Tiene que haber tenido un cómplice en El Cairo. ¿William Amherst?

Emerson puso los ojos en blanco y Ramsés dijo:

- No necesariamente. No hemos hecho un horario… a menos que tú sí, ¿madre?

- Aún no me he puesto a ello.

- Creo que descubrirás, cuando lo hagas, que Kuentz podía haber estado en El Cairo en las fechas significativas. Mantiene dos residencias, si se les puede llamar así; es una estratagema útil, puesto que la gente asume que si no está en un lugar debe de estar en el otro, cuando en realidad podría estar en cualquier otra parte; en el tren hacia El Cairo, por ejemplo.

- William se ha estado comportando de un modo sospechoso -dije.

- Esté él involucrado o no -me interrumpió Ramsés, algo impaciente-, Kuentz es el hombre que debemos vigilar.

- ¿Piensas seguirle? -preguntó Nefret.

- Es la única manera, Nefret -dijo Emerson-. Con Daoud y Selim deberíamos ser capaces de mantenerle bajo vigilancia, al menos durante las horas de la noche. Tiene que hacer algo rápido. Cuanto más espere, más posibilidades hay de que alguien encuentre su premio, y se está extendiendo el rumor de que estamos llevando a cabo un reconocimiento de los yacimientos del Valle Occidental.

- Quizás no ataque a uno de nosotros -dije, dándole a Katherine mi taza.

- No albergues muchas esperanzas, Peabody -me desanimó

Emerson amablemente. Una taza de la excepcional bebida le había refrescado, y yo sabía que estaba deseando seguir a Kuentz. A Emerson le encanta disfrazarse, aunque no lo hace muy bien-. Atacarnos sería inútil -continuó Emerson. Katherine, que había estado observando a Cyrus con ansiedad, dejó escapar un suspiro de alivio. Emerson le dirigió una mirada tranquilizadora-. No puede liquidar a todo el grupo. Como hemos venido a Luxor en masa, sólo le hemos dejado una alternativa viable: tiene que limpiar esa tumba antes de que nosotros la encontremos.

- Nochebuena -murmuré. Incluso Emerson, que debería conocerme mejor, me miró sorprendido. Por extraño que parezca, mi hijo fue el primero en comprender.

- Por supuesto. Seguramente confía en que esa noche estemos absorbidos por la alegría de la fiesta, decorando el árbol y comiendo el pudin de ciruelas de Fátima. Bien pensado, madre.

Oí voces fuera, la voz aguda, como el gorgojeo de un pájaro, de Sennia, y la risa en respuesta de Bertie

- Sólo hay una persona que esté en peligro ahora -dije apresuradamente- Debemos Ah, Bertie ¿Cómo te encuentras hoy muchacho?

* * *

Naturalmente no tenía intención de esperar hasta Nochebuena para capturar a nuestro sospechoso, y tampoco creía que resultara práctico seguir a Kuentz. Quizás no fuera nuestro hombre, después de todo, en cuyo caso el verdadero culpable podría dedicarse a sus asuntos sin ser visto y pasando totalmente inadvertido Un método mucho mas sencillo, uno que yo siempre había preferido, era atraerle hacia nosotros o, en este caso, hacia Sethos Sus intentos de localizar a Sethos y asesinarle sugerían que (a) Sethos sabia dónde estaba situada la tumba y el-Hakim (prefería *mi nom de guerre* al anónimo X que utilizaban los demás) estaba al tanto, o (b) Sethos no lo sabía, pero el-Hakim creía que si. En cualquier caso, Kuentz, o quienquiera que fuese, intentaría encontrar a Sethos antes de que vaciara la tumba.

Le expliqué esta teoría a Emerson mientras nos cambiábamos después del té

- Humm -murmuró-. Aparte del hecho de que podría considerarse insensible exponer a mi… exponerle a él como un

cabritillo ante un tigre.

- Fue idea suya.

- Eso dices tú Date prisa en vestirte, será mejor que vayamos para allá.

- Aún no está en peligro -le aseguré a mi mando- Los cotilleos en Luxor circulan rápido pero no de manera instantánea, y nadie, salvo la familia, sabe que hay un extraño en casa Nos encargaremos de que se corra la voz mañana por la tarde. Eso nos dará tiempo para preparar la defensa.

- No me gusta -refunfuñó Emerson, abrochándose las botas.

- Es un plan sumamente lógico y práctico.

- Todos tus planes lo son -dijo Emerson-. Hasta que salen mal.

Yo había supuesto que Margaret insistiría en acompañarnos, pero ni siquiera lo preguntó Tuve algún problema para disuadir a Cyrus, que tenía una comprensible curiosidad por el hombre que una vez le había suplantado, y aún más con Sennia, que afirmó que estaba aburrida y no cayó en una de sus rabietas únicamente gracias a Bertie, que pidió una nueva historia y una lección de jeroglíficos Al final el grupo consistía en Emerson y yo, Ramsés y Nefret, justo como yo lo había planeado.

Emerson marcó el ritmo, que era lo suficientemente rápido para dificultar la conversación En un momento en que un camello muy cargado nos estaba retrasando, le dije a Nefret

- ¿No es conmovedor lo preocupado que está Emerson por su hermano? Me pregunto cómo se saludarán el uno al otro.

- También yo -dijo Nefret.

Los hombres de la familia estaban en la terraza, esperándonos.

- ¿Esta todo el mundo aquí?-preguntó Emerson contando cabezas-. Selim, ¿os ha explicado Yusuf a Daoud y a ti.

- Se lo expliqué yo -dijo Jamil, acariciándose el bigote.

- ¿Dónde está Jumana? -preguntó Nefret.

- En su habitación, leyendo un libro No queremos que las mujeres se involucren en los asuntos de los hombres.

- Es una pena que él sí que tenga que estar involucrado -dijo Nefret enfadada mientras nos apresurábamos por el pasillo-. No me fío de que mantenga la lengua sujeta.

- Mañana dejaremos que se la desate -dije-. Para entonces, Ah, Kadija ¿Cómo está nuestro eh huésped?

- Estaba a punto de darle de comer, Sitt Hakim ¿Se quedarán a comer con nosotros? Hay suficiente.

- Sí, gracias Después de que hayamos hablado con él.

La habitación, que una vez había sido la de David, estaba iluminada por el suave brillo de las lámparas de aceite Tan sólo había una ventana y las contraventanas, que se abrían al patio, estaban cerradas y atrancadas Sethos había estado acostado (las sábanas estaban arrugadas), pero cuando entramos le vimos de pie, los hombros erguidos y la mandíbula apretada Kadija le había lavado, probablemente a la fuerza, ella no toleraría que una persona tan sucia entrase en la casa Su morena cabeza estaba descubierta

Emerson intentó entrar primero, pero yo me adelanté Unos puños cerrados y un siniestro ceño fruncido no son síntomas de preocupación fraternal Agarré a Sethos por los hombros y le empujé a la cama No pudo ofrecer mucha resistencia

- Túmbate -ordene-. Estas sufriendo otro ataque, ¿no?

Sethos miró a Emerson.

- ¿No puedes detenerla?

- No -dijo Emerson-. Nunca pude Eh estás um.

- Teniendo otro ataque -admitió Sethos- Éste no es tan malo.

- ¿Cuando empezó? -preguntó Nefret Me obligue a recordar que ella era la doctora y me hice arras mientras se aproximaba Le hizo un rápido reconocimiento y unas cuantas preguntas mas y entonces dijo-. Está mejor La primera fase duró menos de una hora y la fiebre no es tan alta Me quedaré con él esta noche.

- No, claro que no -dijo Sethos, despertando de su adormecimiento-. Me niego a soportar otra sesión más contigo y tu juramento hipocrático ¿Qué diablos es esto, una consulta médica o un consejo de guerra, o quizás una reunión socia? Sentaos todos y poneos cómodos. Estoy seguro de que Kadija servirá café

Así que aquellos eran sus saludos fraternales, pensé. Sin embargo, la atmosfera era ligeramente más cordial Emerson había abierto los puños y Ramsés sonreía.

- Mantendré a Nefret alejada de ti -ofreció-, si nos dices lo que queremos saber.

- Sí, vayamos al grano -dijo Emerson bruscamente-. No más rodeos. Creemos que Kuentz es nuestro hombre. Pretendemos seguirle hasta que nos lleve a la tumba.

- Hay una forma más sencilla -dijo Sethos-. Corred la voz de que estoy aquí El cree que conozco la ubicación de la tumba, por eso ha estado tan empeñado en matarme.

- Ah -exclamé-. Eso pensaba yo.

Emerson me dirigió una mirada intimidante

- ¿Entonces dónde esta la maldita tumba?

- No lo se. Eso -dijo Sethos, con una imitación perfecta de su exasperante sonrisa-, es lo que ocurre por tener reputación de omnisciente «El Maestro lo sabe todo». Pero últimamente me he preguntado si no tendrá fundamentos más firmes para sus sospechas. Quizás no sea el único que conoce la ubicación. Si el descubridor original fue un lugareño (uno que alguna vez trabajara para mí), antiguas lealtades o propinas más altas podrían inducirle a venir en mi busca.

- Pero ninguno se ha dirigido a ti, interpreto -dijo Emerson.

- Los lugareños de Luxor están tan condenadamente confusos que corren a buscar refugio con la sola mención del Maestro.

- Entonces Kuentz, si es que es Kuentz, sólo tiene tres hombres en los que puede confiar -dijo Ramsés.

- Sí, bueno, incluso si eso fuera cierto no son tan buenas noticias. Tú te encontraste con uno de ellos. Los otros dos son casi igual de letales.

Kadija llamó y entró, para anunciar que la comida estaba preparada.

- ¿Le traigo la suya aquí? -preguntó.

- Más tarde -dije-. No se encuentra muy bien. Enseguida estamos con vosotros, Kadija. Terminemos de hacer nuestros planes. Mañana permitiremos que se corra la voz de que hay un misterioso prisionero en la casa. *Él* atacará mañana por la noche, o como muy tarde la noche siguiente. Estaremos preparados.

- Ellos -corrigió Sethos-. Si está decidido a darme fin no vendrá sólo. Y ¿a quién demonios te refieres con «estaremos»?

- Nosotros cuatro, Daoud y Selim -dije-. Eso será suficiente.

- ¿Ni Margaret ni los Vandergelt? -preguntó Sethos. Su cara estaba cubierta por una capa de sudor-. Por amor de Dios, Radcliffe, no puedes permitirle…

- Eh… sí -dijo Emerson-. Déjamelo a mí.

- La fiebre está remitiendo -anuncié, secando la frente de Sethos

con mi pañuelo-. Eso está bien. Ahora descansa, estarás perfectamente a salvo esta noche. Sería una buena idea, sin embargo, sólo como precaución, si fueras armado. Toma mi pistola.

- No quiero tu maldita pistola -dijo Sethos violentamente-. Dispara a alguien tú misma. Radcliffe…

- Sí, sí -dijo Emerson-. Eh… estará bien. -Se acercó a la cama, arrastrando los pies y se quedó ahí mirando a su hermano-. Bien. Eh… buenas noches.

- Por lo menos podríais decir que os alegráis de veros -dije altaneramente.

- Yo no me alegro de verle -declaró Sethos-. No tenía intención de volver a verle nunca,

Los labios tensos de Emerson se relajaron.

- Esa es probablemente la cosa más amable que me has dicho jamás -tomó la mano de Sethos y la estrechó-. *À demain* -dijo con su abominable acento francés.

- *Dieu aidant* -dijo Sethos. Su acento era perfecto.

- ¡Hombres! -exclamé.

DEL MANUSCRITO H

Con un ostentoso ademán, Nasir puso un plato de huevos cocidos frente a Nefret. El plato era plano y los huevos rodaban libremente de un lado al otro. Uno de ellos debía de habérsele caído cuando subía las escaleras, estaba roto y goteaba.

- Gracias Nasir -dijo Nefret-. ¿Recuerdas lo que te dije de las hueveras?

Nasir se escabulló y Ramsés comentó:

- Se ha olvidado a propósito. Me niego a comerme el que está roto.

- No hace falta que lo hagas, cariño -le dirigió una sonrisa radiante-. Hace un día precioso.

Habían tenido otra discusión la noche antes. Ramsés había perdido. El epílogo había sido incluso mejor de lo habitual, pero él aún estaba molesto.

- Hasta ahora -dijo-. Odio estos complicados planes de madre. Seguro que sale mal.

- No, claro que no. Y si sale mal, no puedes culparla, todos estuvimos de acuerdo. ¿Se te ocurre algo que hayamos pasado por alto?

- Bueno… -percibiendo su humor, Nasir le ofreció con timidez una huevera, más bien a la manera de un oferente que suplica ante un dios con fama de temperamental. Ramsés lo cogió y gruñó un «gracias».

- Madre y yo -continuó Nefret pacientemente-, montaremos guardia con Daoud mientras tú, padre y Selim escaláis por todos los malditos riscos buscando la tumba de las momias de época romana de Alain. Creo que la teoría de padre está un poco traída por los

pelos, pero no importa. Mientras tanto, Kadija se asegurará de que nadie abandone la casa hasta después del mediodía, hora en la que Jamil irá directamente al café más cercano y Yusuf se lo contará a todo Gurna en estricta confianza. Jumana cree que está ayudando a Kadija, y Jamil cree que está vigilando a un peligroso prisionero. ¿Qué podría salir mal?

- Si lo supiera, no saldría mal -se levantó y miró por la borda-. Selim y Daoud han dejado los caballos y se han marchado.

- Padre quería empezar temprano. Pero no tenemos por qué apresurarnos, hemos de encontrarnos con ellos en Deir el Bahri, y ya conoces a padre, será totalmente feliz inspeccionando las excavaciones del Metropolitan y criticando al señor Lansing.

- Estás decidida a animarme -rezongó Ramsés-. Podrías hacerlo muy fácilmente si accedieras a quedarte en el Castillo esta noche. Mubashir es un asesino, Nefret. Incluso Sethos le ha evitado.

- Creía que ya habíamos zanjado eso -fue a su lado y él se dio la vuelta, su espalda contra la borda, y puso sus manos en su cintura, encerrando los delicados huesos y las suaves curvas en la jaula de sus dedos.

- Te quiero -dijo.

- Ésa no es excusa -ella se río y se puso de puntillas, con el rostro alzado. Ramsés estaba a punto de hacer el obvio movimiento de respuesta, cuando los músculos bajo sus manos se pusieron rígidos y los ojos de Nefret se abrieron de par en par.

- Cielo santo, ¿no es…?

La persona que se acercaba al barco parecía una mujer anciana, encorvada y dando traspiés. Para cuando Ramsés se dio cuenta de quién era, Nefret ya corría escaleras abajo. Cuando él la alcanzó, ella ya había llegado hasta Jumana. La niña se había caído, pero aún estaba consciente. Levantó un rostro manchado de lágrimas secas. El polvo cubría sus largas pestañas.

- Fue Jamil. Él…

La vaga sensación de aprensión que había molestado a Ramsés durante toda la mañana se concentró en un apretado nudo. Nefret le había quitado el pañuelo de la cabeza a Jumana. El cabello de su sien estaba rígido por la sangre coagulada.

- Por favor, escúchenme… -dijo Jumana sin aliento.

- Más tarde. Puedes cogerla, Ramsés, no parece tener nada roto.

Su cuerpo era tan ligero como el de una niña, y temblaba de miedo y dolor, pero seguía intentando hablar mientras él la llevaba al salón.

- Me encerró en mi habitación. No estaba dormida. Oí cómo corría la llave. Pero yo tenía otra, ya me lo había hecho antes, y cuando abrí la puerta le vi dirigirse a los establos y pensé, ha desobedecido a la Sitt Hakim, va a ir a la *dahabiyya* sin mí y… ¡ah!

- Lo siento -dijo Ramsés. La dejó con delicadeza en el diván-. ¿Tiene la pierna rota?

- Tan sólo es un tobillo torcido, creo -dijo Nefret-. Tráeme agua, y una servilleta.

- ¡Deben escucharme! Le seguí, estaba enfadada. Pero no vino aquí, fue a Naga el-Tod, al hotel…

- Kuentz -dijo Ramsés tendiéndole a Nefret el paño humedecido.

- Sí, era él. Les vi hablar y sabía que tenía que decírselo a ustedes… ¿Qué ha hecho? ¿Ha hecho algo malo? -abundantes lágrimas se deslizaron por su carita sucia.

- ¿Te ha golpeado Jamil? -preguntó Ramsés. Estrangularé a ese canalla, pensó.

- No. Huí, y tenía miedo de que me hubieran visto, así que corrí muy deprisa, y caí y me golpeé la cabeza y me desmayé y…

- Tráeme el botiquín -dijo Nefret.

- No hay tiempo -Ramsés levantó a la niña y bajó por la pasarela de una carrera, con Nefret detrás-. Coge el caballo -dijo-. Podrá con las dos. Puedes agarrarla, ¿no?

- Sí. Pero tú…

- Si Jamil le dijo a Kuentz lo que hemos planeado para esta noche, quizás decida actuar ahora. No hay nadie más en la casa que mujeres y niños y el pobre viejo de Yusuf.

Nefret había subido a duras penas hasta la silla. Ramsés le tendió a Jumana y comenzó a acortar los estribos.

- Ve directa al Castillo. No dejes que nada ni nadie te detenga. Si la vieron, aunque fuera de refilón, vendrán hacia aquí.

- Entiendo -agarró a Jumana con firmeza y le sonrió. Ella entendía; no sólo qué debía hacer y por qué, sino cuánto le costaba a él dejarla ir sola, cargada con una niña medio inconsciente. Los acontecimientos habían conspirado para forzarle a tomar una decisión que no se había atrevido a abordar antes. Ella era más

valiente que él; no había tratado de disuadirle ni le había dicho que tuviera cuidado. Todo lo que dijo fue-: Me reuniré contigo en la casa tan pronto como pueda.

- Sí -dijo Ramsés y vio sus ojos azules centellear de orgullo-. Envía a madre y a padre también si puedes dar con ellos. Necesitaré toda la ayuda que pueda.

Ramsés montó la yegua sin molestarse en ajustar los estribos y la puso al trote. Era imposible ir más rápido, había demasiada gente, burros, camellos, carros y carruajes en la carretera. Esperaba que su angustia no tuviera fundamento, y rogaba por ello, pero Jamil había desobedecido órdenes deliberadamente e ido directamente hacia su sospechoso principal. Nunca habían sospechado de Jamil; los miembros de esa familia estaban fuera de toda sospecha, casi por definición, pero las pistas estaban ahí. ¿No había alardeado Jumana de lo bien que conocía su hermano las montañas de la orilla occidental? Buscar tumbas era un entretenimiento popular. Si Jamil hubiera encontrado la tumba, y Kuentz le hubiera visto y propuesto una alianza…

Cuando abandonó la carretera principal pudo ir más rápido. ¿Cuánto tiempo habría estado Jumana inconsciente antes de despertarse y arrastrarse, con un tobillo torcido y una posible conmoción cerebral, a avisarles? Tendría su oportunidad, claro que sí, y cualquier otra cosa que quisiera, Bertie incluido.

Los dos hijos menores de Yusuf estaban jugando en la terraza. Ramsés dejó escapar un suspiro de alivio. No había ocurrido nada. Aún. Dejó la yegua y llevó a los niños a la sala, donde Yusuf estaba sentado en el sofá, como un rey en su trono. Dejando al hombre en medio de una de sus interminables bienvenidas, corrió por el pasillo. Más vale prevenir que curar, diría su madre. Los niños más mayores y las mujeres estaban en el patio, ocupados con tareas domésticas. Cortó sus saludos a la mitad también.

- Puede que haya problemas -dijo dirigiéndose a Kadija-. Lleva a todo el mundo a la sala y mantenlos allí.

No perdió tiempo en hacer preguntas, Kadija no. Agrupando a las diversas mujeres de Yusuf y a sus hijos delante de ella, como un rebaño de ovejas desconcertadas, desapareció dentro de la casa.

Saltaron por el muro, ágiles como comadrejas; eran tres tipos. Tan sólo uno de los rostros le era familiar, y no era el de Kuentz o

Mubashir. Ramsés le había visto en alguna parte, o en las calles de Luxor, o en la puerta del hotel.

Al ver al joven se detuvieron por un momento. Habían esperado encontrar sólo mujeres y niños.

Entonces se dio cuenta de que Kadija estaba detrás de él, silenciosa y sólida como una roca, agarrando una estatua de granito de un centauro por el cuello, como una porra. Había cogido el primer objeto pesado que había caído en sus manos.

- Vete dentro -la apremió-. Quédate con los niños. Encerraos con llave.

Él la empujó dentro de la casa, dio un portazo, y se apoyó contra la puerta. Después de una asamblea en susurros, los tres hombres se separaron, uno a cada lado del patio, el otro en el centro. Tácticas rudimentarias pero efectivas considerando la situación. Uno tenía la piel tan oscura como un nubio, los otros dos tenían las facciones afiladas y las largas extremidades de las gentes del desierto Occidental. Llevaban las túnicas remangadas y remetidas en los cinturones, y los filos de los cuchillos que empuñaban tenían sus buenos veinte centímetros de largo. Desenvainó su propia arma.

Las contraventanas de la habitación a su derecha se abrieron y su tío salió por la ventana. Se había desembarazado de la *galabiyya* y vestía sólo un par de calzones sueltos, probablemente de Yusuf, puesto que los llevaba recogidos alrededor de su estrecha cintura.

- Vuelve dentro -ordenó Ramsés.

- No podemos dejar que entren en la casa, ¿no? Me temo que no habrás tenido la suficiente sensatez para aceptar la pistola.

- Se la diste a Nefret, no a mí. ¿De dónde has sacado el cuchillo?

- Kadija. Aquí vienen. No estarías planeando jugar limpio, espero…

- No, iremos a por el de la derecha.

Eso le colocaría entre Sethos y los otros dos. No contaba con obtener mucha ayuda de su tío, cuyo enjuto cuerpo mostraba los efectos debilitadores de su enfermedad, pero sintió que se le elevaba el ánimo. Luchando codo con codo con un hombre de su misma sangre, como habría dicho su madre… A pesar de todo, un extraño con un par de revólveres habría resultado preferible.

- Ahora -dijo.

Enfrentado con dos oponentes que se dirigían hacia él a toda

carrera, su adversario dudó por un breve pero vital segundo. Sethos le lanzó una cuchillada a la cara, Ramsés alzó el brazo y empujó su propio cuchillo en el estómago del tipo. La sangre que salía a borbotones despegó sus dedos de la empuñadura, y cuando el hombre cayó, su peso arrancó el cuchillo de las manos de Ramsés.

Sintió que el filo de una hoja le rasgaba la espalda mientras se inclinaba para tratar de liberar su arma. Estaba atascada, encajada en una costilla, y la empuñadura estaba escurridiza por la sangre. Agarró el cuchillo que había dejado caer el hombre muerto, se agachó, y dio una patada hacia arriba desviando la cuchilla que apuntaba a la espalda de Sethos. Su tío estaba de rodillas, chorreando sangre por las manos y la cara. Ramsés esquivó una cuchillada dirigida a la mano con la que sostenía el arma y golpeó un brazo con la palma de su otra mano.

La explosión sonó como una carga de dinamita, dejando a los cuatro congelados por un instante. Dios todopoderoso, pensó Ramsés, tiene que haber sido el viejo Martini de Yusuf. Espero que no le haya estallado en las manos… Se mantuvo de pie por encima de su tío, intentando vigilar a ambos hombres a la vez. Se habían repuesto de su parálisis momentánea y se acercaban a él de nuevo, desde diferentes direcciones. A Ramsés aún le pitaban los oídos, pero creía oír…

La puerta de atrás cedió con un estruendo casi tan violento como el de la pistola. Con las manos en las caderas y el negro pelo al viento, Emerson se hizo cargo de la situación con una sola mirada. Sus labios se curvaron mostrando sus dientes.

En menos de diez segundos todo había acabado. Uno de los dos hombres estaba derrumbado en el suelo, con el cuello doblado en un ángulo imposible. Emerson le había golpeado en la garganta. El otro se retorcía sujeto por Ramsés, con el brazo dolorosamente doblado detrás de su espalda.

- Gracias, padre -dijo Ramsés-. De nuevo.

- Tan sólo estaba ahorrándote algo de tiempo -dijo Emerson, haciendo alarde de lo que su hijo sólo pudo considerar un enfoque bastante optimista de la situación. Ni siquiera respiraba agitadamente-. Eh… ¿estáis bien?

Era su pregunta habitual, pero Ramsés sabía que no iba dirigida a él. Sethos, ahora sentado, levantó la cabeza.

- Tan sólo unos arañazos. Nada serio. Heridas superficiales.

- No eres muy bueno con el cuchillo -observó Ramsés. No quería un agradecimiento y estaba bastante seguro de que no iba a obtener ninguno.

El rostro manchado de sangre de su tío se iluminó con una amplia sonrisa.

- Siempre he preferido contratar a otras personas para que combatan.

- Salvo en ciertas ocasiones -apuntó Emerson-. Aún tengo una cicatriz… Bueno, bueno. ¿Atamos a ese tipo o lo matamos?

- Quizás podríamos hacerle algunas preguntas antes de matarle -señaló Ramsés con ironía.

- Tan sólo era uno de mis pequeños chistes -dijo Emerson riendo.

Alzó al prisionero con una mano y lo mantuvo de puntillas.

- ¿Dónde está tu jefe?

Las respuestas a sus preguntas llegaron rápido, pero no fueron tan informativas como hubieran deseado.

«El Maestro» había tenido otros asuntos importantes que atender esa mañana; no, no había explicado lo que era, había enviado al trío a librarle de Sethos, y tenía que encontrarse con ellos más tarde para dejar zanjada su cuenta antes de abandonar Luxor. Ahora, admitió el prisionero con una franqueza alentadora, preferiría no tener que mantener ese encuentro. El Maestro no aceptaba excusas ni toleraba fallos.

- Quizás esté diciendo la verdad -musitó Emerson-. Estos tipos son asesinos y criminales. Kuentz no les diría más de lo que necesitan saber. ¡Maldición! ¡Probablemente esté saqueando la tumba en este mismo instante! Ataremos a este tipo y le arrojaremos dentro de una cabaña. ¡Kadija!

Había sido la mujer quien había disparado la pistola. El retroceso habría roto el hombro de una persona normal; Kadija admitió que notaba el suyo un poco dolorido. Los demás llegaron enseguida, y mientras su madre daba órdenes con su enérgica manera habitual, Ramsés preguntó:

- ¿No ha venido Nefret con ustedes?

Su madre estaba poniéndole vendas a Sethos. Había tenido suerte o sido muy, muy ágil; ninguno de los cortes era profundo.

- Se sintió obligada a quedarse con Jumana. La pobre niña había

perdido el conocimiento y Nefret temía que tuviera una conmoción cerebral. Pero ve corriendo, cariño, estará preocupada por ti. Podemos ocuparnos del señor Kuentz y la tumba.

Ramsés sabía que su esposa estaría preocupada y estaba ansioso por tranquilizarla, pero la afable confianza en sí misma de la que hacía gala su madre era alarmante. Era posible -probable, de hecho- que Kuentz ya se hubiera puesto a trabajar, tratando frenéticamente de vaciar la tumba, esperando que sus otros hombres consiguieran mantenerles ocupados.

- Kuentz no estará solo -advirtió.

- Cuantos más mejor -dijo su padre, flexionando sus manos.

- Puede que esté armado.

- También lo estamos nosotros -dijo su madre. Las herramientas que colgaban de su cinturón tintinearon cuando se levantó.

No podía dejar a Nefret preocupada e inquieta. Ya lo había hecho demasiado a menudo.

- Esperen media hora -dijo con urgencia-. Nos encontraremos en Deir el Bahri.

- No, no, muchacho -dijo Emerson-. Kuentz tendrá prisa. Quizás estropee algunos de los objetos -sus ojos brillaban. Si había algo que le gustara más que una pelea era un nuevo hallazgo. Esperaba de veras conseguir ambos.

- Llegaré tan pronto como pueda -dijo Ramsés.

El tono autoritario de su madre le siguió mientras se apresuraba por el pasillo:

- Ramsés, vuelve aquí ahora mismo. Necesitas…

La yegua estaba donde él la había dejado, paciendo entre las petunias de las macetas. No había ido muy lejos cuando escuchó el sonido de unos cascos detrás suyo y volvió la mirada por encima de su hombro. Refrenó a la yegua y esperó a que el otro hombre le alcanzara.

- ¿Por qué no has ido con ellos? Con suerte podrías haber rescatado a madre de nuevo.

Sethos agitó la cabeza.

- Habría terminado rescatándome ella a mí. En cualquier caso, a Radcliffe no le gustaría. Robé su caballo. Eso debería retrasarlos un poco.

Ramsés sabía que si formulaba cualquiera de las preguntas que

le burbujeaban en el cerebro terminarían enzarzados en una de esas discusiones interminables. Era un defecto de familia. Sin responder, puso la yegua al galope. Sethos no era muy bueno con el cuchillo, pero cabalgaba bien, guiando al enorme caballo con manos expertas. Que Dios ayude a Margaret, pensó Ramsés. Cuando le vea románticamente sangriento y vendado… ¿Es lo que él quiere? ¿Qué quiere? ¿Por qué no se ha quedado en la casa?

Las puertas del Castillo estaban abiertas cuando llegaron, y Cyrus se encontraba en el patio a punto de montar su mansa yegua.

- Gracias al cielo -exclamó-. ¿Todo el mundo está bien? ¿Es éste…?

- El señor Cyrus Vandergelt, permítame presentarle a Sethos -dijo Ramsés-. Alias un buen número de otras personas.

- Incluido yo -dijo Cyrus; sus curtidas mejillas se arrugaron en una sonrisa-. Pasad. Os vendría bien beber algo.

- No puedo quedarme -dijo Ramsés-. Sólo he parado el tiempo justo para decirle a Nefret… ¿Dónde está?

- Se fue, no creo que haga más de media hora, quizás menos. La niña va a ponerse bien, así que ella y la señorita Minton salieron a la carrera hacia la casa. No me esperaron -su sonrisa se desvaneció-. ¿No os habéis cruzado con ellas?

- No -Ramsés se volvió hacia su tío-. ¡Te lo esperabas!

- Me lo temía. Los hábitos impulsivos de tu esposa son bien conocidos, y si Kuentz pudiera atrapar a un rehén nos tendría justo donde nos quiere. Obviamente tenía más esbirros de los que creíamos. Uno de ellos debe de haber estado vigilando la *dahabiyya*…

Ramsés le arrebató las riendas de la yegua al mozo de cuadra y saltó sobre la silla. Sin más palabras, con los labios apretados, su tío montó el caballo castrado.

- Esperadme -gritó Cyrus.

- No, no puede ayudarnos. Si quiere acción, váyase con madre y padre. Estarán en alguna parte del risco al sur de Deir el Bahri. Llévese un arma.

Mientras enfilaba a la yegua hacia la puerta vio a Cyrus correr de nuevo hacia la casa.

- ¿Vamos a cabalgar furiosamente hacia la puesta de sol o tienes alguna idea brillante de dónde buscarlas? -preguntó Sethos.

- Vete al infierno -dijo Ramsés.

- Imagino que así ocurrirá. Media hora o menos… deben de haber sido interceptadas antes de dejar el Valle. Hay muchos escondites cerca de la entrada. Puede que encontremos signos de forcejeo.

Lo que había era un caballo muerto y el cuerpo inmóvil de Margaret Minton y un charco de sangre que brillaba húmedo a la luz del sol.

El lugar estaba a tan sólo tres metros de la carretera, un *wadi* en miniatura encerrado entre paredes de roca. No había rastro de Nefret o de su caballo; antes de que Ramsés pudiera moverse, Sethos había desmontado. Arrodillándose al lado de la mujer, dijo «Margaret» en un susurro casi sin aliento. No la tocó.

En la mente de Ramsés no había espacio para la compasión. Fue hacia ellos y empujó a su tío con rudeza para quitarle de en medio.

- No está muerta. Tráeme la cantimplora de la silla.

Cuando lavó su cara magullada, ella se agitó e intentó sentarse.

- Tranquila -dijo Ramsés, sujetándola por los hombros. Ella abrió los ojos y les miró a él y a Sethos. Pasaron sobre él y Sethos con indiferencia.

- Nefret. Él se la llevó. Intenté… Mató a mi caballo.

- ¿Quién?

Ella se frotó los ojos.

- El chico, Jamil. Él la llamó pidiendo ayuda, y ella acudió, ya conocéis a Nefret. Había otro nombre escondido entre las rocas, con horribles cicatrices en su cara…

Ramsés la interrumpió; lo importante ahora no era cómo se había desarrollado el asunto.

- ¿Alguna idea de dónde pueden haberla llevado?

- No. Lo siento, Ramsés, intenté…

- Está bien -él no podía hacerle reproches, la mujer había hecho todo lo que había podido. Afortunadamente, había otro chivo expiatorio a mano. Sethos aún estaba de rodillas, inmóvil como una estatua-. Eres de muchísima ayuda -dijo Ramsés-. Llévala de vuelta al Castillo.

Sethos se acercó lentamente.

- ¿Qué piensas hacer?

- Sólo se me ocurre un lugar. Si no está allí… -empujó a

Margaret hacia Sethos. Él tenía que agarrarla o dejarla caer, pero resultaría difícil decir quién estaba sujetando a quién. La impresión y la pérdida de sangre habían arrebatado el color del rostro sin afeitar de Sethos. Margaret le miró.

- Ve con Ramsés. Necesita…

- No, no necesita nada -dijo Sethos. Miró a Ramsés. Tenía los ojos, de un verde grisáceo, hundidos pero lúcidos-. Sólo le entorpecería. Kuentz no hizo explotar la Casa de Alemania. Lo hice yo. Ya puedes adivinar por qué. Buena suerte.

El ministerio de Guerra no le llegaba a Sethos a la altura del zapato en lo que se refería a filtrar información sólo cuando era estrictamente necesario. Esa noticia afianzó las esperanzas de Ramsés; Kuentz había estado utilizando la Casa de Alemania como base para el tráfico de antigüedades y quizás para otros propósitos.

No podían quedarle muchos más escondrijos.

De cualquier modo, el secreto ya no era un problema. Con Nefret en sus manos, podría desvalijar la tumba a la luz del día mientras ellos observaban, sin poder intervenir.

¿Cómo se la habrían llevado? Ella se habría defendido con uñas y dientes. Quizás la sangre no era suya. Muerta no sería de ninguna utilidad para Kuentz. Mubashir no se atrevería a matarla. Podría hacer otras cosas, sin embargo. Recordando la cara deformada que había visto fugazmente a la luz de la luna, Ramsés sintió que su garganta se contraía. No podía tragar, su boca estaba demasiado seca.

Al menos sabía que iba tras la pista acertada. Al obligarse a detenerse el tiempo suficiente para preguntar a una mujer que trabajaba en los campos, oyó hablar de un jinete que llevaba un bulto en la silla. Se dirigía al río.

El decrépito hotel parecía estar deshabitado. Unos pocos pollos famélicos se dispersaron agitando las alas y piando cuando entró en el patio. El lugar gozaba de cierto encanto desaliñado -pintoresco, como diría el *Baedeker*- con parras que se extendían por los muros de barro cocido, ocultando parcialmente la famosa bañera. Aparentemente los pollos eran las únicas criaturas que no habían tenido la sensatez suficiente para huir de un hombre con un cuchillo y una prisionera. Ramsés desmontó y se obligó a permanecer quieto un momento mientras su respiración volvía al

ritmo normal y consideraba su siguiente movimiento. No conocía el edificio. El dorso de su mano aún sangraba; se lo limpió en la camisa y sacó el cuchillo de la vaina. Le había quitado casi toda la sangre, pero no podía arriesgarse a que estuviera pegajoso. Medio segundo podría marcar toda la diferencia.

La parras de la pared se agitaron. Ramsés se giró en redondo y vio un rostro, con los ojos abiertos de terror, escudriñando por entre las hojas. Era el propietario, Hussein Ali. Ramsés le sacó arrastrándole por el cuello e interrumpió sus protestas de ignorancia e inocencia.

- ¿Dónde están? ¿En qué habitación?

- Me amenazó con su gran cuchillo. ¿Cómo podía yo saber que él había ofendido al grande y poderoso…?

- *¿Qué habitación?*

Estaba en la parte de atrás, la mejor habitación del hotel, explicó Hussein Ali. ¡Una suite, de hecho! Dos habitaciones adyacentes, una para dormir, la otra…

Obviamente no para bañarse. Ramsés le dejó farfullando explicaciones y fue hacia la puerta. En tiempos había sido bastante bonita, pintada con brillantes diseños, como muchas de las puertas de las casas de Gurna, antes de que el tiempo y el abandono se cobraran su precio. Estaba entreabierta. No tenía sentido reconocer el terreno, él sabía qué aspecto tenían aquel tipo de lugares; las ventanas de atrás serían altas y estrechas, para mantener alejados a los ladrones. El sirio debía de saber que él estaba ahí. No se había molestado en bajar la voz, y Hussein Ali había gritado incluso más fuerte.

Golpeó la hoja contra la pared al abrirla. No había nadie. Las puertas a lo largo del estrecho pasillo estaban cerradas, excepto la última del final. La necesidad de verla, de saber que estaba viva, era tan fuerte que tiró de él como un cable por el corredor, directamente hasta la habitación abierta.

La luz del sol entraba a raudales por las altas ventanas bajo el alero. Brillaba en su cabello. Estaba tirada en el sucio diván, atada de pies y manos. Tenía los ojos abiertos azules como los acianos y brillando de puro alivio. Ella había tenido miedo por *él.*

Mubashir estaba sentado a su lado.

- Bienvenido, Hermano de los Demonios -dijo-. Pasa y tira tu

cuchillo.

La hoja del suyo descansaba en la mejilla de la joven.

* * *

No puedo imaginar cómo pude dejar que los dos se me escaparan. No había visto la sangre en la espalda de Ramsés hasta que se dio la vuelta, pero él hizo como que no me había oído. Cuando descubrimos que Sethos también se había esfumado y que se había llevado el caballo de Emerson, no pude contener mi indignación.

- Ese idiota no está en condiciones de cabalgar -exclamé-. Y aunque lo estuviera, debería haber venido con nosotros y ofrecernos la ayuda que pudiera. Después de todo lo que hicimos por él…

- Consígueme un caballo -dijo Emerson con un aire tan resuelto como Ricardo III.

- Quizás no necesitemos más ayuda -concedí mientras Selim corría hacia el establo-. Selim, Daoud, tú y yo deberíamos ser suficientes. Es decir, suponiendo que le encontremos. Hemos despachado a tres de sus seguidores, no le pueden quedar muchos.

- Al diablo con los caballos -dijo Emerson que, obviamente, no había oído una palabra de lo que yo había dicho-. Iremos igual a pie.

- ¿Ir a donde? -pregunté- No conoces la localización exacta

Emerson se toqueteó el hoyuelo de la barbilla

- Tiene que estar entre Deir el Bahn y Deir el Medina, probablemente a menos de cien metros del lugar donde ocurrió el accidente Kuentz temía que descubrieran algo si iban más allá Está a menos de ochocientos metros en línea recta, a vuelo de pájaro.

- Nosotros no somos pájaros y son todo subidas y bajadas. Por el amor de Dios, Emerson, usa la cabeza. Ramsés dijo que nos encontraría en Deir el Bahn Si empezamos allí y seguimos el acantilado hacia el sur.

- Entonces, ¿dónde está mi maldito caballo? -preguntó Emerson- ¡Selim!

- Aquí, Padre de las Maldiciones

Emerson se quedó con la boca abierta y Selim, anticipando sus protestas, explicó a la defensiva

- No hay más -conducía a la gorda yegua de Yusuf.

- No puedo montar en *eso.*

- Si puede llevar a Yusuf soportara tu peso -señalé A decir verdad, no era tan mala solución Imbuido de una intensa fiebre arqueológica, Emerson nos habría dejado atrás al resto si hubiera tenido una montura apropiada. Antes de que pudiera proponer un cambio de caballos, ordené a Daoud y Selim que me siguieran.

A Emerson le llevó un tiempo alcanzarnos, aunque imagino que la yegua, alentada por sus súplicas y amenazas no se había movido tan rápido desde hacía años Continuamos a un paso tan rápido como la plácida bestia podía permitirse. Incluso en el extremo de la ira, Emerson nunca maltrataría a un animal, pero cuando alcanzamos Deir el Bahn estaba lívido de enojo y echó a andar por el camino hacia el risco sin esperarnos a los demás

Ramsés no estaba allí No hacía mucho que se había ido, me dije Sin embargo, sentí un ligero estremecimiento de desasosiego Los planes mejor preparados a menudo se van al traste (por citar al señor Burns). ¿Habría ocurrido alguna otra catástrofe imprevista?

Los vagos presentimientos no deben ser una guía para 1a acción, me recordé Ramsés llegaría en cuanto pudiera y conocía el camino que pretendíamos seguir Me debía, en primer lugar, a mi impetuoso esposo. Dejamos los caballos con uno de los *gaffirs* y nos apresuramos tras él

Tuve que detenerme de vez en cuando para recuperar el aliento, ya que era todo cuesta arriba y sobre terreno rocoso. Aún era temprano pero las sombras se estaban acortando y el frescor de la mañana había abandonado el aire Me había preparado para un largo y agotador paseo -o escalada, más bien- sin promesas de éxito, pero poco después de pasar el lugar donde había caído el cuerpo, escuché voces y sonidos de actividad sobre mi cabeza

- ¡Deprisa! -grité, ya que una de las voces había sido la de Emerson, tronando en una vehemente blasfemia. Abriéndonos paso sobre el pedregal, rodeamos un espolón de roca y nos detuvimos, estupefactos ante lo que teníamos delante.

No era extraño que Kuentz se hubiera mostrado reticente a abrir la tumba El lugar estaba a escasos cientos de metros de la parte más concurrida de Deir el Bahri y a corta distancia de uno de los caminos que cruzaban esta parte del *gebel* Estaba situado en un declive poco profundo, protegido por tres lados, y allí estaba Kuentz, apuntando con su rifle a Emerson Detrás de él, trabajaban

media docena de hombres, excavando furiosamente un montón de piedra de deshecho Estaba claro que habíamos subestimado su mano de obra. También nos habíamos equivocado respecto a la ubicación de la tumba No estaba en la cima del acantilado, sino en su base, como los escondites reales.

Me faltaba el aliento para hablar, así que Emerson se adelantó.

- Vuelve atrás, Peabody.

- Me temo que no puedo permitir eso -dijo Kuentz jovialmente-. Adelántese, señora Emerson y póngase junto a su marido. Daoud y Selim también.

Daoud me miró esperanzado. Le agarré por el brazo.

- Debemos hacer lo que dice, Daoud. Mataría a Emerson el primero.

- Ah -Daoud asintió con cordura-. Es cierto. Se le ocurrirá un plan, Sitt, y nos dirá qué hacer.

Sinceramente deseaba poder hacerlo, pero por el momento no se me ocurría nada.

- Pónganse cómodos -señaló Kuentz mientras nos acercábamos a Emerson-. Esto llevará un poco de tiempo. Siéntense.

Sentados, resultábamos una amenaza aún menor. Me temía que tendría que echarle un sermón a Emerson acerca de la conveniencia de obedecer las órdenes de un hombre armado con un rifle, pero se le había pasado la irritación y estaba observando a Kuentz con frío cálculo.

A pesar de Shakespeare, un villano delgado y hambriento no es más peligroso que uno que se ría mucho. La amplia sonrisa de Kuentz y su actitud relajada levantaban en mí los más funestos presentimientos. El vello castaño que cubría sus manos y antebrazos y se asomaba por el cuello de la camisa, le daban el aspecto de un *loupgarou* a medio transformar.

- No puede esperar tener éxito en esta empresa, señor Kuentz -dije-. Vienen refuerzos en camino Su rival vive, y los tres hombres que envió a asesinarle están muertos o han sido hechos prisioneros.

No era tan frío como pretendía: su sonrisa se convirtió en un gruñido y volvió el cañón del rifle hacia mí. Entonces se encogió de hombros.

- Probablemente esté minuendo. Incluso aunque no sea así, eso tiene poca trascendencia Sus refuerzos, si existen, no se atreverían a

atacarme mientras les tengo en el punto de mira.

- Sin duda, pero ¿durante cuánto tiempo puede hacerlo? -pregunté-. Limpiar la tumba entera le llevará…

- ¿Tumba? -Kuentz dejó escapar una carcajada-. Van a llevarse una sorpresa amigos.

- ¿No es una tumba? ¿Entonces qué es? -pregunté. Emerson me dirigió una agria mirada También estaba muerto de curiosidad, pero era demasiado orgulloso para hacer preguntas.

- Adivinen -rió Kuentz entre dientes-. Les ayudará a pasar el tiempo.

- Cállate, Peabody -refunfuñó Emerson-. No le des esa satisfacción.

Así que nos quedamos en silencio La temperatura se elevaba a la par que el sol hacía lo mismo, y la superficie sobre la que me asentaba era dura como una piedra y estaba llena de guijarros. El ambiente no era propicio al razonamiento, pero yo no permito que la incomodidad física me distraiga. Había estado en lo cierto al creer que el cuerpo (el cuerpo más reciente, debo decir) era el de un paseante inocente al que Kuentz había asesinado a sangre fría cuando el pobre tipo se topó con él mientras arrancaba un trozo de roca con una palanca

La teoría original de Emerson había resultado errónea (aunque yo dudaba que él lo admitiera alguna vez): él había sospechado que el gran descubrimiento se encontraba oculto tras los desagradables trozos de momia. Tonterías, por supuesto; Kuentz debería haber sabido que una minucia como ésa no nos habría hecho desistir de investigar. Parecía probable que la tumba de momias de época romana existiera. Kuentz no lo habría admitido si ese hecho no hubiera sido del conocimiento general.

Dejando a un lado estos hechos, ahora irrelevantes, y mi creciente curiosidad por el descubrimiento de Kuentz, consideré varias opciones. No había muchas. Ramsés y Nefret caerían en la misma trampa, ya que no podíamos advertirles; Kuentz no nos dejaría marchar. Lo más probable es que nos obligara a entrar en el agujero del suelo una vez que lo hubiera vaciado de su contenido (¿qué demonios podía ser?), y echara los escombros de nuevo, bloqueando la entrada.

Estaba a punto de preguntarle a nuestro alegre adversario si

podía beber de mi cantimplora cuando oí un ruido de pisadas sobre la gravilla. Alguien se acercaba. Sin duda, no era Ramsés, él nunca se movía tan torpemente. A no ser que sus heridas fueran más serias de lo que yo había creído.

Emerson dejó escapar una palabrota ahogada cuando Cyrus apareció ante nuestra vista, resoplando y sudando y -como advertí con considerable alarma- con un rifle sobre su hombro.

- ¡No dispares Cyrus! -grité-. ¡Nos lleva ventaja!

Nunca había admirado tanto a mi viejo amigo. Una sola mirada bastó para comprender la inutilidad de resistirse y el peligro de no responder de manera inmediata a mi orden. Dejó que el arma resbalara al suelo y alzó los brazos.

Kuentz soltó otra de esas molestas carcajadas.'

- ¿Así que estos son los refuerzos? Es usted un hombre sensato, señor Vandergelt. Vaya a sentarse con los demás. Nos estamos convirtiendo en un bonito grupo.

Cyrus se dejó caer pesadamente al suelo y se pasó la manga por su cara empapada.

- Imagino que será mejor que no me arriesgue a buscar mi pañuelo -señaló fríamente-. ¿Qué está pasando?

- Dice que no es una tumba, Cyrus.

- Bueno, ahora mismo no podría importarme menos -pero su mirada pasó por encima de Kuentz hasta la parte trasera del pequeño entrante. Ahora podíamos ver la abertura, negra contra la blancura de la roca. ¿Qué profundidad tendría el pozo? Y, ¿cuánto tiempo llevaría vaciarlo?

Uno de los excavadores gritó algo. No pude distinguir las palabras, pero la respuesta de Kuentz aclaró la pregunta.

- Voy. Esperad.

Ya no se reía. Paseó su mirada sobre nosotros, uno a uno. Estamos a segundos de la muerte, pensé.

Según resultó, yo estaba equivocada. Viendo que hacía amago de meter la mano en el bolsillo, Kuentz dijo:

- No sea tonta, señora Emerson. Hay una alternativa a la violencia en cada lado. Tengo una carta en la manga, ¿entiende? Nefret.

Emerson se puso rígido.

- ¿Qué quiere decir?

- Mubashir la tiene prisionera. Imagino que han oído hablar de él. Un hombre muy desagradable. Si alguien, excepto yo mismo, se acerca, la matará. Odiaría que ocurriera eso.

- Está tirándose un farol -dije.

- Mi pequeño plan quizás no haya tenido éxito -admitió Kuentz-. Pero si salió según lo previsto, la encantadora dama está ahora con uno de los asesinos más expertos de Egipto ¿Están dispuestos a correr el riesgo? Discútanlo entre ustedes -añadió, sonriendo como un simio-. Pero no se muevan.

Se retiró lentamente hacia atrás El entrante no era profundo, podía mantenernos a la vista, incluso cuando estaba al otro lado

- Déjeme matarle, Sitt -rogó Daoud

- Te mataría primero a ti -dije, observando a Kuentz-. Espera, Cyrus, ¿dónde está Ramsés?

- No lo sé -Cyrus tenía una expresión adusta-. No está tirándose un farol, Amelia Venía de camino para aquí cuando encontré a Margaret y a vuestro viejo amigo Sethos regresando al Castillo Ese diablo de Jamil ayudó a tender una emboscada a las damas, el otro tipo dejó inconsciente a Margaret y se llevo a Nefret. Ramsés ha ido tras ellos.

- ¿Solo? -dije sin aliento.

- Sethos no estaba en condiciones de ayudarle -dijo Cyrus duramente-. Se desplomó de la silla tan pronto como llegamos al Castillo De todas formas, si está donde Ramsés cree, tendrá que colarse allí furtivamente y utilizar algunos truquitos para acercarse a ella sin ser visto Si Nefret no esta allí Bien, chicos, sólo hay una alternativa que yo vea.

- Exacto -concedí-. Debemos capturar a Kuentz vivo, vivo, Daoud, ¿oyes?, y obligarle a que nos diga dónde está ¿Cómo lo haremos? Yo tengo mi cuchillo y mi pistola, y Daoud y Selim van armados, y está el rifle de Cyrus y…

Emerson no había hablado. Tenía el ceño fruncido y sus ojos brillaban como zafiros.

- Contrólate Peabody -dijo con un susurro rugiente que presagiaba la cólera del Padre de las Maldiciones (en palabras de Daoud) -déjame hablar con el bastardo.

Se puso en pie despacio, con las manos extendidas.

- Kuentz -gritó

El riesgo de moverse no era tan grande como parecía. Nuestro vil adversario sabía que una ráfaga de disparos atraería la atención, y que si mataba a alguno de nosotros, los demás -especialmente Daoud- se desbocarían Kuentz volvió a la boca de la oquedad.

- No intente nada, profesor.

- Solo estoy estirando un poco las piernas -dijo Emerson, acoplando la acción a las palabras-. Tú tienes todas las cartas en tus manos, por continuar con tu poco imaginativa metáfora ¿Liberarás a Nefret después de que consigas poner tu premio a salvo?

- Por supuesto. No le deseo ningún mal. Una vez la amé, ya saben.

- Entonces cuanto antes consigas lo que quieres, antes la tendremos de vuelta -dijo Emerson-. ¿Cómo podemos ayudarte?

- Una oferta bastante poco sincera, profesor -dijo Kuentz.

- En este momento tu vida es más importante para mí que la mía -le aseguró Emerson-. Tú eres el único que puede salvarla del asesino.

- Cierto -Kuentz se rascó la barba-. Me siento tentado de dejarle echar un vistazo. Es un espectáculo que no han visto antes y no volverán a ver, y ustedes están entre los pocos que sabrían apreciarlo. Permitiré que Selim y Daoud ayuden a mis trabajadores a terminar de limpiar el pozo. Entonces podrán bajar uno a uno, antes de que lo saque.

- De acuerdo -dijo Emerson.

Kuentz me hizo desabrocharme el cinturón de herramientas, y nos dijo a Cyrus y a mí que nos quitáramos las chaquetas antes de permitirnos pasar en fila de a uno con Daoud y Selim delante. Los trabajadores se detuvieron y nos miraron cuando entramos. Los catalogué rápidamente. Eran hombres del lugar, algunos de los cuales habían trabajado para nosotros en distintos momentos, y tuve la clara impresión de que no estaban contentos en absoluto. Kuentz les había contratado para lo que parecía ser una excavación ordinaria, pero cuando apuntó con una pistola al Padre de las Maldiciones y a la Sitt Hakim, los desafortunados tipos se dieron cuenta de que algo desagradable estaba a punto de ocurrir. Sin embargo, yo sabía que no podíamos esperar ayuda de ellos; si tuvieran la oportunidad correrían como conejos, y ninguno tenía valor suficiente para atacar a un hombre armado.

Kuentz nos ordenó a Cyrus, a Emerson y a mí que permaneciéramos de pie contra la pared de roca y tomó una posición lo suficientemente alejada para que ni siquiera Emerson pudiera alcanzarle de un solo salto.

- Muy bien, Selim -dijo-. Poneos al trabajo. Un movimiento en falso y disparo.

- Yo obedezco al Padre de las Maldiciones -murmuró Selim entre dientes-. Limpiaremos el pozo por *él*. Vamos, Daoud.

- Sí, apartaos de mi camino -añadió Daoud, empujando a varios *gurnawis* lejos de la abertura.

No quedaba mucho por hacer. Debían de haber empezado a trabajar antes del amanecer y el pozo no era demasiado profundo. Yo podía ver la coronilla de Daoud cuando se ponía de pie en el fondo. Tumbado boca abajo en el suelo junto al agujero, Selim alumbraba con la linterna, mientras Daoud llenaba una cesta tras otra y se las alcanzaba. Hicieron falta los esfuerzos de dos de los obreros para levantar el cesto que él había alzado con una mano.

- Está abierto -el eco de su voz subió resonando por el pozo-. Hay una cámara debajo…

- Sube -ordenó Kuentz. Su rostro estaba radiante y por un momento vi al joven investigador ardiente que había sido antes de ser corrompido por la avaricia y, como yo estaba empezando a sospechar, por algo más-. Las damas primero, ¿eh, señora Emerson? Daoud, bájala. Los demás no se muevan.

Emerson masculló una protesta, pero ni siquiera unos caballos salvajes habrían podido alejarme de allí. Como había hecho tan a menudo antes, Daoud me cogió por la cintura entre sus grandes manos y me hizo descender lenta y cuidadosamente, hasta que mis pies descansaron en la tosca piedra que constituía el suelo del pozo. La abertura del fondo, en el lado derecho, tenía menos de metro y medio de alto. No podía ver nada de lo que había abajo.

- Señor Kuentz, necesito una fuente de iluminación -grité-. Me ha obligado a deshacerme de mi linterna.

- Sí, por seguridad. Selim, dale la tuya.

Daoud me la tendió. Tuve que inclinarme para atravesar el pequeño pasadizo. Cuando terminó, me puse en pie con cautela.

No era una tumba, era un santuario. Contra la pared más alejada, envuelto en capas de lino oscurecido por el tiempo, se

encontraba el dios. La luz de la linterna se reflejaba en las sutiles curvas doradas del rostro; los ojos engarzados de cristal y obsidiana devolvieron mi incrédula mirada con tranquila indiferencia. Llevaba una corona de oro, sus cejas estaban perfiladas con lapislázuli y a sus pies descansaban unas vasijas de oro que contenían los restos fosilizados de su última ofrenda: Amón-Ra, Gobernador de Karnak, Rey de los Dioses, Señor de los que callan.

Capítulo 18

DEL MANUSCRITO H

Es difícil pensar con claridad cuando se esta colgando cabeza abajo de una superficie en violento movimiento, con el rostro cubierto por una tosca tela Nefret cometió el error de intentar ofrecer resistencia. Ella sabia que era un error incluso antes de que la levantaran y le golpearan la cabeza contra un objeto duro Cuando recobro el conocimiento la segunda vez, aun pendía boca abajo, aún envuelta en tela de la cabeza a los pies. No sobre un caballo esta vez, sino llevada a cuestas por un hombre. Tras unos pocos pasos, la dejó sobre una superficie irregular que olía a moho y desató el trapo.

Ella no tenia idea de dónde estaba, pero reconoció al captor por la descripción de Sethos En el rostro del hombre se dibujó una grotesca sonrisa, distorsionada por las cicatrices que cortaban sus mejillas La sonrisa y la mano que le retiro con violencia el pelo de la cara le pusieron la carne de gallina.

- Túmbate y no te muevas -dijo quedamente-. Volveré -salió por la puerta dejándola abierta.

Le había atado muñecas y tobillos, y una mordaza le tapaba la boca Comenzó a retorcer las manos, intentando aflojar las cuerdas como Ramsés le había enseñado

Por favor, que este vivo, rezaba Dios, Ala, Amón-Ra, que oye las palabras de quienes callan, cualquiera Por favor.

Imágenes pasadas atravesaron su mente, recapitulando los acontecimientos que habían conducido al desastre El peso muerto de Jumana entumeciendo su brazo, las caras aterrorizadas de la familia cuando entró cabalgando en el patio, Emerson tomando a la niña de sus brazos, las tajantes órdenes de su suegra, verlos partir, sabiendo que ella no podía seguirlos hasta estar segura de que Jumana no la necesitaba la mirada fija y la cara pálida de Margaret Minton. La periodista entendía el peligro, pero no sentía el angustioso terror que había atrapado a Nefret. Sabía lo que significaba, lo había sentido antes la certeza, inexplicable pero segura como si lo estuviera viendo, de que él se encontraba en ese mismo momento en peligro de muerte. Tan pronto como se tranquilizó respecto a Jumana, salió del Castillo movida por la necesidad de llegar hasta él, incapaz de esperar un momento más. Se había zafado de Cyrus pero no de Margaret, estaban juntas cuando Jamil apareció detrás de una pila de rocas, agitando los brazos y pidiendo ayuda lastimeramente Su galabiyya estaba desgarrada y había sangre en su rostro

Ella sólo lo dudó un momento Quizás se hubieran equivocado con el chico, quizás hubiera tenido una razón inocente para buscar a Kuentz, o quizás no se había dado cuenta de lo peligroso que era su aliado Si hubiera intentado poner algún reparo o hubiera hecho amago de confesar.

No era sangre lo que había en la cara de Jamil, sólo suciedad, pero para cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde Nefret consiguió desenfundar su pistola y oyó aullar a Jamil cuando disparó a ciegas, pero el otro hombre, el hombre de las cicatrices, se la arrancó de las manos y le agarró de la garganta. No pudo gritar pidiendo ayuda, no pudo ver a Margaret ni a los caballos ni, al final, nada sino oscuridad.

¿Qué le había ocurrido a Margaret?. Alzó la cabeza y observó la habitación en la que se encontraba. Tenía un aspecto patético, marchito, como si alguien hubiera tratado de imitar el ambiente de un verdadero hotel sin el dinero o el conocimiento necesario para hacerlo bien, una estera gastada en el suelo, cortinas andrajosas en la ventana, sanitarios desconchados y sucios; y tirada con descuido en el respaldo de una silla, una camisa de hombre. Una camisa europea. Las piezas no eran difíciles de unir. Era Alain, entonces. A

ella le había gustado, había deseado que estuvieran equivocados. Pero había matado al menos a tres personas. Y Ramsés se había ido solo a enfrentarse con él y sus cómplices y Margaret podía estar muerta, y las cuerdas no se habían aflojado. Por favor, Dios.

Mubashir volvió con una botella de agua y un vaso manchado de huellas grasientas. Se sentó a su lado, demasiado cerca, pegando la cadera al muslo de Nefret, y ella, a pesar suya, se retiró, encogiéndose. Él sonrió de nuevo.

- ¿Tiene miedo? Podría hacerle daño. Me gustaría. Pero mi Maestro ha dicho que no, a no ser que alguien venga en su busca. Desea que sea su marido, ¿no? Debería desear que no viniera. He oído hablar del Hermano de los Demonios, pero no puede estar a mi altura -le manoseó la cara, tirando de la mordaza hacia abajo-. ¿Quiere agua? El Maestro dijo que podía beber y tener comida, si lo desea.

- No -tenía la boca seca de miedo y le dolía la garganta, pero no podía soportar la idea de aquel brazo sosteniéndola, el vaso sucio en sus labios-. Desátame. Las cuerdas están demasiado apretadas. El Maestro dijo que no me hicieras daño.

- Ah, pero entonces tendría que hacerlo porque usted intentaría huir -le acarició la mejilla con sus dedos encallecidos-. Para ser una mujer luchó con dureza. Eso me gustó. ¿Quiere agua?

Nefret negó con la cabeza.

- Si cambia de opinión, tendrá que pedirla -dijo con otra de sus grotescas sonrisas. Llenó el vaso y bebió, y entonces comenzó a hablar: historias de todos los hombres que había matado y cómo los había matado, con todo lujo de detalles. No se da cuenta de que está hablando con una mujer que probablemente ha destripado a más gente que él, pensó Nefret. Aunque con un poco más de cuidado, sin embargo…

Tendría que convencerle para que le desatara los pies, al menos. Levantaría las rodillas mientras él estuviera inclinado sobre ella, alcanzándole bajo la barbilla; esperaba tener la fuerza suficiente para dejarle sin sentido, o al menos derribarle, y después salir corriendo como un rayo hacia la puerta. ¿La había dejado abierta con el fin de atormentarla con un destello de la libertad?

Él debe de estar a salvo, pensó. Siempre lo sé cuando no es así. El terror agónico, irracional, había desaparecido, pero la fría razón

le decía que había motivos más que suficientes para preocuparse. Ramsés no descansaría hasta haberla encontrado y ella no dudaba de que lo haría de un modo u otro. Pero, ¿qué podía hacer él o cualquier otro?

La odiosa voz continuó hablando en tono monótono. La luz del sol palideció. Era mediodía o más tarde. Tendría que rogarle. Odiaba la idea, pero tenía que hacerlo rápido, antes de que sus piernas estuvieran demasiado adormecidas para funcionar.

Entonces oyó los cascos del caballo. Ésa era la razón por la que había dejado la puerta abierta, el sirio no quería correr el riesgo de ser atrapado por sorpresa. Ella sabía quién era incluso antes de oír su voz Había venido solo, ni siquiera había intentado ocultar su presencia. La joven tiró de las cuerdas que sujetaban sus muñecas y el sirio la sonrió y empuñó su cuchillo.

Ramsés se detuvo en el umbral, con los pies ligeramente separados y sosteniendo su propio cuchillo. Cuando la vio, algo de color volvió a su cara y dejó escapar un largo suspiro controlado.

- Estoy bien -dijo Nefret. Sentía la fría hoja del cuchillo del sirio contra su piel.

- Sí -su boca se suavizó en una sonrisa.

- *Marhaba*, Hermano de los Demonios -dijo Mubashir-. Entre y suelte el cuchillo o le rajaré la cara antes de matarle.

Ramsés miró su arma y la lanzó descuidadamente. Se clavó en el suelo de punta y temblando a tres metros de él.

- ¿Están las posiciones más a tu gusto ahora? -preguntó- ¿O sólo luchas con mujeres?

El arrogante desafío tuvo el efecto deseado. El sirio lanzaba fuego por las aletas de la nariz. Se levantó de un salto y cargó contra él.

Más tarde, cuando Nefret intentó describir la pelea a una audiencia fascinada, fracasó. Ambos eran muy rápidos, la corpulenta figura del sirio casi tan ágil como la más alta y delgada de su mando. Ramsés se movía con la eficacia de una máquina y la gracia de un gato, retorciéndose y esquivando y girando de modo que una y otra vez la larga hoja pasaba sin rozarle o dejaba únicamente un corte superficial, utilizando sus manos y rodillas para la defensa, ya que el ataque era imposible Se mantuvo a la defensiva, pero plantando cara gradualmente al hombre más

pesado, haciéndole girar hasta que estuvo entre él y Nefret. Ambos respiraban agitadamente pero Mubashir estaba lívido de furia creciente. No había esperado tener ningún problema con un oponente desarmado.

- Levántate y lucha -gritó, añadiendo un epíteto que no puede ser repetido aquí.

Ramsés afianzó sus pies; cerrando ambas manos en torno a la muñeca del otro hombre, detuvo el descenso del cuchillo a milímetros de su cara. Durante un instante permanecieron abrazados en una prueba de fuerza. Hubo un giro borroso, tan rápido que ella no pudo distinguirlo; la mano izquierda de Ramsés perdió fuerza y cayó de rodillas, agachando la cabeza para evitar la violenta embestida del puño del sirio.

Entonces Nefret entendió que cada movimiento, hasta el último, había sido parte de un plan deliberado y desesperado, calculado de forma tan precisa como los pasos de una intrincada danza. Ramsés cerró la mano que tenía libre en torno a la empuñadura del cuchillo que se mantenía clavado de punta y preparado como él lo había dejado Su largo brazo se movió con rapidez de arriba abajo, girando en un estrecho abrazo de muerte y la hoja penetró en la espalda de Mubashir, por debajo del omóplato izquierdo. La herida no fue mortal, no penetró lo bastante profundamente para matar; el sirio se alejó de un salto, desasiéndose del abrazo de Ramsés, y éste, de pie, arremetió con los puños. La hoja del sirio rasgó su manga desde el hombro hasta el codo, pero el golpe aterrizó justo en la cara de Mubashir, derribándole al suelo de espaldas. El impacto y el propio peso del hombre terminaron de alojar el cuchillo en su lugar.

Ramsés se quedó mirando fijamente el cuerpo que se retorcía.

- Es la segunda vez, hoy -dijo roncamente y se detuvo para coger el cuchillo del sirio de su mano abierta. Sabiendo que el menor movimiento o sonido rompería su concentración, Nefret se había obligado a permanecer muda e inmóvil. Ahora que todo había acabado estaba demasiado falta de aliento como para hablar. Mientras se acercaba, se dio la vuelta, ofreciéndole sus muñecas atadas. Él cortó las cuerdas y entonces la estrechó en un abrazo que hizo que le dolieran las costillas. Nefret permaneció quieta, contenta de estar entre sus brazos, de sentir bajo su mejilla el rápido latido de su corazón. Pasó cierto tiempo antes de que

descendiera a un ritmo normal y él relajara su abrazo.

- Lo siento -dijo, intentando hablar sin que le temblara la voz-. Fui una descuidada.

- Pura mala suerte. A mí me pasa todo el tiempo -añadió Ramsés, con una sonrisa que se convirtió en un ceño fruncido de preocupación mientras sus ojos la examinaban-. ¿Te ha hecho daño? Hay sangre en tu vestido.

- Es tu sangre -las mangas y el pecho de su camisa estaban hechas jirones y teñidas de rojo por una docena de cortes. Ella no podía controlar su voz durante más tiempo-. ¡Vuelve a decirme que eres un cobarde!

- ¿Qué? Oh. Pero…

- Nadie más podría haberlo hecho, ¡ni siquiera padre! Nunca he visto nada tan… tan maravilloso, tan valiente y tan… ¡tan sobrecogedor! Estaba absolutamente aterrorizada.

- Yo también. No me mires así o perderé lo que me queda de sentido común y te besaré y… y no es un lugar muy apropiado.

- No puedo andar con los pies atados -señaló ella-. ¿Está Margaret a salvo? ¿Y Sethos?

- Sí, pero Dios sabe en qué se habrán metido los demás a estas alturas -liberó sus tobillos, pero cuando ella comenzó a ponerse en pie él la levantó y la llevó hacia la puerta, pasando despreocupadamente sobre las piernas extendidas del hombre caído. El sirio tenía un aspecto tan formidable en la muerte como lo había tenido en vida; sus ojos estaban abiertos en una mirada fija, su cara llena de cicatrices, distorsionada en un gruñido.

- Mi adorado cobarde -dijo ella dulcemente.

* * *

Era increíble, absurdo, inverosímil. Nunca se había encontrado una estatua de culto *in situ* o en cualquier otro lugar, y ésta tenía que proceder de uno de los grandes templos. Sentada tenía más de un metro de alto y parecía ser de oro macizo, como las vasijas esparcidas a sus pies. No era de extrañar que Kuentz no se hubiera atrevido a sacarlas; la aparición de tales objetos en el mercado habría disparado las señales de alarma entre todos los estudiosos. Tampoco podía mover la estatua hasta estar preparado para llevársela fuera de Egipto y a un comprador que hubiera acordado de antemano pagar un precio exorbitante por ella.

Pero no suponga, lector, que el extraordinario espectáculo me distrajo durante más de unos segundos. Hubiera cambiado la estatua y todo lo demás del pequeño recinto sagrado por Nefret o cualquiera de aquellos que me son queridos. Cuando me di la vuelta y regresé por el pequeño pasadizo, estaba intentando pensar cómo podríamos usar esto en nuestro favor.

Kuentz estaba esperando cerca de la abertura, cuando Daoud me empujó para ayudarme a subir.

- ¿Bien? -preguntó-. Increíble, ¿no?

- Increíble -asentí-. Me faltan las palabras. Emerson, no vas a creer…

- No se lo diga, deje que lo vea por sí mismo -parecía como un chico entusiasmado. Emerson, el mejor egiptólogo de todos los tiempos, dominaba el campo como un coloso, ningún joven investigador, por villano que fuese, podía mantenerse indiferente a su aprobación.

A pesar de su excitación, Kuentz tuvo la suficiente sensatez de echarse hacia atrás cuando Emerson se acercó. Los ojos de mi marido se cruzaron con los míos. «Estáte preparada», decían. Incliné ligeramente la cabeza. Obedeciendo el gesto de Kuentz, regresé a mi lugar al lado de Cyrus. Emerson no necesitaba la ayuda de nadie para bajar. Descendió agarrándose con las manos y desapareció de la vista.

Se quedó abajo durante bastante tiempo. Ni un sonido brotó del pozo. Dividido entre la sospecha y la intriga, Kuentz se acercó más al agujero.

- ¿Qué está haciendo profesor? -gritó.

Emerson asomó su cabeza morena y despeinada; posando sus manos suavemente en el borde del agujero levantó la vista.

- Es una falsificación -dijo.

Instantáneamente me tiré al suelo, arrastrando a Cyrus conmigo. Era una precaución sensata pero innecesaria; Kuentz soltó la pistola cuando Emerson cerró las manos en torno a sus tobillos y tiró de sus pies. Selim le arrebató el arma, Emerson se sentó sobre el pecho de Kuentz, y los reticentes gurnawis salieron del lugar como un rayo esparciéndose en todas direcciones.

- Ah -dijo Daoud, que había observado la representación con interés-. Pronto podré matarle, ¿no? ¿Dónde está Nur Misur?

- Imagino que Ramsés ya la ha puesto a salvo a estas alturas -dijo Emerson con calma-. Selim, tráeme algo de cuerda.

Me dio lástima que Ramsés no hubiera oído ese espléndido homenaje. Yo era incapaz de compartir la confianza de Emerson, pero había unas cuantas cosas que arreglar antes de que pudiéramos irnos a buscar a nuestros niños perdidos. Siempre llevo un rollo de cuerda en mi cinturón, para el caso de que sea necesario atar a un prisionero; con esto y jirones de ropa sacados de varias prendas, atamos a Kuentz de manos y pies, a pesar de su resistencia. Mientras estábamos haciéndolo, Cyrus se acercó a la abertura del pozo.

- No puedo resistirlo -dijo de repente-. Amigos, vais a pensar que soy una víbora egoísta y desalmada, y no me llevará más de un minuto, pero si no veo lo que hay ahí abajo voy a estallar.

- ¡Adelante! -dijo Emerson amablemente-. Quizás nos lleve un minuto o dos averiguar dónde ha llevado a Nefret esa escoria de sirio. Échale una mano a Vandergelt Effendi, Daoud. Vamos, Kuentz, ¿qué tienes que decir?

Reconociendo al menos la inutilidad de resistirse, el suizo permaneció tumbado, respirando aguadamente.

- Era mentira -jadeó-. La estatua es auténtica. Lo sabe. ¡Lo sabía!

- Aún le quedan algunos de los instintos de un investigador -me comentó Emerson-. Si no hubieran estado presentes en su mente, mi pequeña estratagema no abría tenido éxito. Sí, es auténtica, y sí, lo sabía, y sí, por supuesto, esperé que una distracción momentánea…

Un alarido como el de un alma en pena subió flotando desde el pozo. Emerson sonrió:

- Vandergelt no tiene mi autocontrol. Quizás debiéramos dejarle aquí guardando la estatua. No me extrañaría que esos granujas de Gurna volvieran a hurtadillas después de que nos marcháramos. ¿Dónde vamos, Kuentz?

- No conseguirán hacerme hablar -dijo Kuentz hoscamente.

- Yo no estaría tan seguro de eso -dijo Emerson con suavidad-. Soy conocido por mi paciencia y mi aguante, pero cuando concierne a la seguridad de mi hija… Dijiste que una vez la amaste. Creo que aún la amas. No tenías intención de resignarte a perderla, ¿no? Y aun así la dejaste en manos de un cruel homicida. Si está herida o simplemente la han tratado con rudeza, siquiera tratada con rudeza,

mataré a tu amigo el sirio y después volveré y te mataré a ti.

El sudor corría por el rostro del hombre.

- Estoy dispuesto a hacer un trato. No, ¡escuche! No pueden apartarla de Mubashir sin mi ayuda, soy el único al que escuchará. Iré con ustedes y le ordenaré que la libere si ustedes prometen dejarme ir.

Emerson está acostumbrado a salirse con la suya, sin compromisos ni tratos. Entrecerró los ojos reduciéndolos a rajitas de fuego de zafiro.

- Debemos discutirlo -dije-. Ven conmigo, Emerson. Selim, vigílale.

Salimos juntos a la luz del sol. Bajo mi mano disuasoria, el brazo de Emerson era tan duro como granito.

- Debemos aceptar, Emerson -dije quedamente-. Comparto tu admiración por las habilidades de Ramsés, pero incluso él tiene sus límites. Quizás esté prisionero o… Kuentz no tiene nada que perder. Ya se enfrenta a la pena de muerte.

- Así que le dejamos irse con… ¿Cuántos? ¿Tres asesinatos? ¿Cuatro?

Recordé algo que Nefret dijo cierta vez: «¿Está mal preocuparse tanto por alguien que importe más que nada?». En último extremo, cuando alguien amado está en peligro, nada más importa. Ciertamente, nada tan abstracto como la justicia. Es, después de todo, un concepto definido por los hombres.

- Sí -dije.

En lugar de responder, Emerson emitió un grito sin palabras y comenzó a correr. Me di la vuelta y los vi llegar, cogidos de la mano, el sol resplandeciendo en el pelo dorado de Nefret. Eché a andar hacia ellos, bastante rápido, pero no corriendo… No muy deprisa, en cualquier caso.

Emerson había envuelto a su hija en un estrecho abrazo. Miré a mi hijo. Me dirigió una sonrisa bastante tímida.

- Disculpe mi apariencia, madre. Vinimos directos aquí, ya que pensamos que podrían estar… ¿madre?

Brazos, pecho, cara, costado, mano… renuncié a intentar hacer recuento de sus heridas.

- Otra camisa arruinada -dije, y le estreché entre mis brazos.

* * *

El resto de ese día fue un tanto ajetreado, entre los preparativos para preservar el santuario y llevarnos al prisionero, atender a los heridos y ponernos al día unos a otros. Nuestro encuentro preliminar de celebración en la sala de estar del Castillo, hermosamente decorada, incluía sólo a una parte del grupo. Sennia estaba con Jumana, encantada de tener otra persona enferma a la que cuidar.

Sethos estaba bien arropado en la cama con Margaret cuidándole… o montando guardia, por decirlo de otro modo. Qué sucedería con esos dos, lo ignoraba, pero me resultaba evidente desde hacía algún tiempo que ahora él tenía, si es que no lo había tenido antes, un cierto interés en ella. Había enviado a William a relevar a Daoud. Mis explicaciones necesariamente breves le confundieron bastante, creo, pero estaba obviamente encantado de tener tal responsabilidad sobre sus hombros.

- Sufre de falta de confianza en sí mismo -expliqué, mientras Cyrus ofrecía a todos copas de whisky-. Por eso se comportaba de manera tan sospechosa. Dudar de uno mismo lleva a la paranoia y a los sentimientos de culpa. Es un hecho psicológico bien conocido…

- No quiero oírlo -dijo Emerson.

- Yo tampoco -convino Cyrus-. Le daré trabajo a Amherst si quiere; puedo emplearle. Pero no quiero hablar de él. Bien, ¿por qué brindamos primero?

Mis ojos se pasearon por la habitación desde Bertie, cuyo ingenuo semblante aún mostraba cierta perplejidad, hasta su madre, aliviada por fin de su ansiedad; vi a Ramsés y Nefret, sentados uno junto al otro en el sofá, con los dedos entrelazados, la cara arrugada y sonriente de Cyrus y a mi querido Emerson que ni siquiera estaba escuchando.

- ¿Qué? -dijo.

- Por los amigos y los seres queridos -propuse.

- Por otra milagrosa escapada -corrigió Cyrus.

- No hubo nada de milagroso en ella -declaró Emerson-. Cielo santo, tenemos una práctica considerable en este tipo de cosas; todo lo que se requiere es fuerza y valor, una inteligencia de primera, rapidez mental, la habilidad para responder al instante a emergencias inesperadas…

- Y la ayuda de nuestros amigos -añadí con modestia.

- Sí, señora -estalló Bertie-. Y me ha parecido muy mal, si me permite decirlo, que no me dejaran…

- Te dejaremos echar una mano la próxima vez -le corté.

- Si hay una próxima vez -exclamó Bertie.

- La habrá -prometió Emerson-. Siempre la hay.

- Este año no -dije, dirigiéndole a Katherine un movimiento de cabeza tranquilizador.

- Confío en que no -dijo Emerson dirigiéndome a mí una mirada dura ¡como si todo el asunto hubiera sido culpa mía!-. Tenemos suficientes cosas que hacer. Tendremos que quedarnos unas pocas semanas más, Peabody, pero aquí no -dijo apresuradamente-. No me gustaría molestar a Katherine y a Cyrus. ¿Podemos desalojar al pobre viejo Yusuf, encontrarle una nueva casa?

- Déjamelo a mí -dije, rechazando con un ademán las educadas protestas de Katherine.

Cyrus estaba perdido en melancólicas especulaciones.

- Me dejaréis ayudar, ¿no? Creo que es lo más cerca que he llegado a estar de un descubrimiento importante. Lo que pasa es que no tengo suerte. ¿Cuánto tiempo suponéis que habrá estado ahí la estatua?

- Desde el 663 a.C -contestó Ramsés.

- ¡Vaya! -exclamó Bertie-. ¿Cómo puedes ser tan preciso?

Ramsés miró a su padre. Canturreando sin ritmo y desafinado, Emerson cogió su pipa y respondió a la mirada respetuosa de su hijo con una de interés expectante.

- Quizás esté equivocado -dijo Ramsés-. Pero es una conjetura razonable. Los gobernantes de Tebas cambiaron muchas veces a lo largo de los años, desde los conquistadores del norte, pasando por los reyes cushitas, hasta sumos sacerdotes, pero todos ellos, especialmente los cushitas, eran devotos seguidores de los antiguos dioses. Aunque se producían saqueos, me atrevo a decir, los santuarios habrían sido sacrosantos. Los conquistadores se jactaban de haber restituido las estatuas y las ofrendas. Entonces, «los asirios cayeron como lobos en el barro».

- Poesía -murmuré.

- No sólo poesía, sino Byron -admitió Ramsés-. Sin embargo, así es como debe de haber sido. «El brillo de sus espadas era como estrellas en el cielo.». Por primera vez en su larga historia, la ciudad

de Tebas fue tomada y saqueada. «De Tebas me llevé un neo botín sin medida; dos obeliscos de bronce brillante…». A los asirios no les importaban los dioses. Entre su botín estaba el mobiliario de los templos y las estatuas divinas; salvo una. Cómo consiguieron ocultarla los sacerdotes, nunca lo sabremos…

- A no ser que allí haya un papiro o un óstracon -interrumpió Cyrus.

- Eso sí que sería un hallazgo, ¿verdad? -asintió Ramsés-. En cierto sentido, aún más importante que la estatua. Pero debió de haber sido un trabajo apresurado y frenético, con los asirios avanzando (quizás ya en la orilla oriental), y confiarían en sacarla algún día. Debieron morir defendiendo la ciudad. Todo conocimiento de la ubicación se perdió.

- Hasta que Jamil lo encontró -dije-. ¿Qué será de él?

- Qué ha sido de él, querrás decir -dijo Emerson-. Nefret no debió herirle de consideración o no habría sido capaz de hacerse con su caballo y desaparecer. Aún no sabemos hasta dónde estaba involucrado.

Kuentz no ha hablado. En cierto modo, espero que el chico no vuelva. Se enfrentaría a una sentencia de prisión inmediata, y traería la desgracia a toda la familia.

Parecía probable, en eso todos estábamos de acuerdo, que Jamil hubiera sido el descubridor original del santuario; de otro modo Kuentz nunca le habría enrolado como aliado. Había trabajado para Kuentz, entre otros; o bien el suizo le había pillado con las manos en la masa, o bien Jamil había tenido el suficiente sentido común para darse cuenta de que él no podría disponer por sí mismo del increíble hallazgo, y guiado tal vez por el instinto que permite a un individuo moralmente corrupto reconocer a otro, se había dirigido a Kuentz.

Todo lo que podíamos hacer era especular, así que lo dejamos por el momento. Unos cuantos discursos de felicitación más y un poquito más de whisky concluyó la tarde.

* * *

Hasta la mañana siguiente no pude organizar una reunión que, esperaba, respondería a las preguntas que aún me quedaban. Tuvo lugar en la habitación del enfermo. Las únicas personas presentes, además de Sethos éramos nosotros cuatro, ya que los asuntos

sometidos a discusión eran de una naturaleza que no se podía revelar a nadie más, ni siquiera a nuestros queridos amigos, o a Margaret Minton.

No había informado a mi cuñado de mis intenciones; con la mayoría de los hombres, particularmente los miembros de la familia Emerson, avisar por adelantado constituye un error táctico. Sin embargo, tuve la amabilidad de esperar a que los sirvientes me informaran de que había terminado el desayuno, y de que estaba levantado y vestido, antes de llamar a su puerta.

Cuando vio quién era, dejó el libro que estaba leyendo, y se sentó con un hosco silencio mientras entrábamos los demás. Yo estaba encantada de ver que se había afeitado esa mañana y que tenía un aspecto bastante respetable con una camisa y unos pantalones que le había prestado Ramsés. Ambos eran casi de la misma talla. Después de haber cerrado la puerta invité a todo el mundo a que se sentara.

- Por supuesto -dijo Sethos-. Una pequeña reunión familiar privada, ¿no? Margaret me habló de vuestras actividades de ayer así que no necesitáis repetirlas. Felicidades por el descubrimiento.

- Maldita sea, hombre, ¿es eso todo lo que tienes que decir? -preguntó Emerson.

- Siento algo de curiosidad con respecto a una cosa.

- ¿Y qué es? -pregunté.

El volvió esos extraños ojos azul grisáceo hacia Ramsés.

- ¿Cómo diablos conseguiste liberarla de Mubashir?

- No fue muy amable por tu parte dejarle ir solo si creías que no podría -dije críticamente-. Pero me veo obligada a señalar que, por lo poco que he podido oír del asunto, sería imposible alabar en exceso el valor y la inteligencia y la habilidad y…

- Madre, él lo está haciendo otra vez -interrumpió Ramsés-. No le dejes que se salga del tema, o estaremos aquí todo el día.

- Exactamente -dijo Emerson-. Tienes un orden del día, creo, Peabody. Sugiero que te ciñas a él.

- Sin duda, querido -desdoblé los papeles que había sacado de mi bolsillo, los esparcí por la mesa y me aclaré la garganta-. Esto no nos llevará mucho. Suponiendo, por supuesto, que nuestro eh… pariente deje de mostrarse evasivo.

- Pariente -repitió Sethos-. Después de todo, Amelia, preferiría…

- Quizás sería mejor si sólo expusiera los hechos -vi que entreabría los labios, pero largos años de experiencia con Ramsés y, en cierta medida, con Emerson, me habían enseñado cómo convertir una conversación en un monólogo. Levantando mínimamente la voz continué-. Aún trabajas para la inteligencia británica. Te enviaron aquí para determinar las intenciones de los senussi y hasta qué punto habían influido en las tribus del desierto. El señor Bracedragon… el señor Boisgirdle… el señor Smith es tu superior. Te encontraste con él la noche que fuiste al Winter Palace.

Hasta este punto estaba en terreno sólido. El resto era algo problemático y yo dudé, intentando averiguar cómo conseguir la confirmación que necesitaba antes de comprometerme a mí misma. Una mirada a Sethos me dijo que no iba a conseguir ninguna ayuda por su parte. Había inclinado su silla hacia atrás y me estaba observando con una sonrisa burlona.

- ¿Qué debemos hacer con el señor Kuentz? -pregunté.

Las patas delanteras de la silla golpearon el suelo.

- ¿Por qué me lo preguntas a mí? -quiso saber, manifestando una sorpresa nada convincente.

- El asunto es un poco delicado, ¿no? Nuestros amigos tienen la impresión de que arrestamos al señor Kuentz porque era un asesino y un ladrón de tumbas (lo que es causa más que suficiente). Quizás tus superiores no deseen que se sepa que también es un espía alemán.

- Debería haber supuesto que llegarías a esa conclusión -murmuró Sethos.

- Era obvio -dijo Emerson, cruzando los brazos e intentando aparentar que lo había sabido todo el tiempo.

- Bueno, más bien sí -admití-. El encuentro de Ramsés con el pobre señor Asad sólo podía haber sido programado por alguien que supiera el papel que Ramsés había jugado el invierno anterior; en otras palabras, un agente de la inteligencia turca o alemana, pero no puedo culparme por no haberle dado a esa interesante pista la importancia que se merecía, puesto que los ataques sobre nosotros continuaron incluso después de que Ramsés se hubiera ido de El Cairo. Todo lo que ocurrió de ahí en adelante estaba planeado para mantenernos a nosotros en El Cairo y hacer que Ramsés volviera. Eso fue lo que me confundió al principio, el hecho de que nuestro

adversario tenía dos personalidades y dos motivos. Incluso consideré la posibilidad de que hubiera dos personas diferentes involucradas: un espía enemigo que hubiera enviado al señor Asad a evitar que Ramsés volviera a sus actividades en favor del ministerio de Guerra, y un arqueólogo que había encontrado algo de valor en Luxor, decidido a explotarlo en su propio beneficio. De todas las personas de la Tierra, nosotros éramos los que más probablemente podríamos interferir en tal descubrimiento, no sólo por nuestro experto conocimiento de la zona, sino por los vínculos de amistad y lealtad que nos unen con los miembros de la familia de nuestro querido Abdullah. La influencia de Emerson sobre ellos es de suma importancia y su reputación infunde pavor. Kuentz temía que, una vez en su presencia, Ja-mil se derrumbara y confesara. Estaba en un error, ya que el deseo de poder y riqueza del condenado chico era más fuerte que la lealtad; pero tenía una buena razón para estar preocupado.

- Me sorprende que simplemente no matara a Jamil -dijo Nefret.

- El asesinato de un miembro de nuestra familia nos habría traído aquí inmediatamente, Nefret, además necesitaba a Jamil para espiaros a ti y a Ramsés e informarle de vuestras actividades.

- Continúa, Peabody -gruñó Emerson.

- ¿Dónde estaba? -consulté mis notas-. Ah, sí. El señor Kuentz es un agente alemán, pero también es un arqueólogo y uno bueno. Él reconoció que la estatua era un descubrimiento único; y aunque continuó cumpliendo su tarea inicial, su móvil principal desde entonces fue el de hacerse rico. Me atrevería a decir que no es el único hombre que sería seducido y apartado del deber por semejante premio.

- Entiendo su punto de vista bastante bien -dijo Sethos meditativo.

Acostumbrada como estaba a sus intentos de provocación y distracción, le silencié con una mirada severa y continué.

- Sabías o suponías que las Potencias Centrales tenían un hombre en Luxor. No preguntaré cómo lo sabías ya que no me contestarías, afirmando que es información clasificada (que seguramente lo será) pero sería lógico que lo hiciera. Tu papel era descubrir quién era y qué estaba haciendo. Para conseguir este propósito hiciste varios viajes al oasis de Jarga, como lo había

hecho Kuentz. Ese lugar es un caldo de cultivo para la subversión, y se accede fácilmente por tren, a diferencia de los demás oasis. Descubriste que tu rival había estado allí, pero nada más que te ayudara a identificarle.

Volví otra página.

- Imagino que fue una sorpresa considerable para ti descubrir que alguien te estaba suplantando. ¿Por qué?, debiste haberte preguntado. ¿Podría ser que tal individuo fuera el espía alemán que buscabas y estuviera haciendo uso de tu mala fama… eh… de tu reconocido prestigio para ganar partidarios? O… -hice una pausa para tomar aliento-. ¿Podría ser que hubiese otro jugador y que el premio fuera un descubrimiento arqueológico de gran valor?

- Creía que ibas a exponer los hechos -dijo Sethos.

- Eran preguntas retóricas -expliqué-. Pero si fueras tan amable de responderlas…

- ¿Por qué no? -dijo mi cuñado, con una apariencia sincera que suscitó mis más alarmantes sospechas-. De todas maneras, parece que ya lo tienes todo solucionado. No llevaba ni siquiera dos días en Luxor, cuando comencé a escuchar rumores de un gran descubrimiento. Por supuesto, uno escucha esas cosas muy a menudo; normalmente los rumores son falsos. Los chismes acerca del regreso del Maestro eran más serios, y cuando reconocí a uno de mis antiguos mercenarios decidí que sería mejor moverme con cautela a la hora de reestablecer contactos con mi antigua organización. Como sabéis no fui lo suficientemente cauteloso.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo.

- Continúa por favor -dije.

- ¿De veras queréis oír todos esos tediosos detalles? -exhaló una nube de humo.

- No -dijo Emerson-. Quiero volver al santuario.

- Creo que puedo resumir los puntos más importantes -dije-: Te preguntabas por qué, si el impostor tenía intención de hacerse con el negocio de las antigüedades, no había robado nada. Ahora sabemos la razón, claro; la magnitud del hallazgo era tal que no quería atraer la atención de las autoridades hasta que hubiera hecho los preparativos para llevárselo todo y disponer de la estatua. Sospechando algo por el estilo, decidiste desafiarle (el típico movimiento temerario e irreflexivo, debo añadir) llevando a cabo

varios robos audaces. ¿Era la destrucción de la Casa Alemana otro de esos desafíos?

- En parte. Los lugareños evitaban el lugar; se les había dicho que estaba encantado o maldito o algo por el estilo, lo que sugería que alguien lo estaba utilizando, así que lo registré. No había dejado nada que pudiera incriminarle, ni siquiera un libro de códigos, pero el transmisor estaba allí. Así que decidí que debía hacer explotar igualmente el condenado lugar, cortar sus líneas de comunicación y quitar de en medio uno de sus escondites.

»En este punto aún no estaba seguro de si me estaba enfrentando a un hombre o dos, pero cuando tuve noticia de la muerte de Asad estuve seguro de que los dos eran el mismo. Como tú misma has señalado de forma tan convincente, tan sólo un hombre que estuviera al tanto del papel que desempeñó Ramsés el invierno pasado se habría dado cuenta de que Asad podría constituir un peligro para él. Nunca lo sabremos con seguridad a no ser que Kuentz decida confesárnoslo, pero imagino que tropezó con Asad en uno de sus viajes a Jarga, y escuchó sus acalorados comentarios acerca del tema de la opresión británica y del martirio de su adorado líder; eso le dio a Kuentz la brillante idea de liberarle y alentarle a buscar venganza del traidor. No era tan mal plan. Todo lo que le costaría a Kuentz eran unas pocas libras y un poco de tiempo y si hubiera tenido éxito habría puesto a Ramsés fuera de la circulación y distraído seriamente al resto de vosotros. Quería manteneros fuera de Luxor, por las razones que ya has indicado.

»Lo que no llegó a comprender es que Asad… -las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa particularmente ofensiva-. Su corazón, digámoslo así, no estaba puesto en esa misión. Kuentz había acordado encontrarse con Asad en El Cairo, prometiéndole ayuda y sustento para la causa. Cuando se encontraron, Kuentz descubrió que Asad no sólo había fracasado en el objetivo de matar o incapacitar a Ramsés, sino que estaba poseído por la culpa y los remordimientos. Había una posibilidad razonable de que fuera hasta su… eh… amigo y confesara. Así que Kuentz le mató.

- Exactamente lo que yo había pensado -remaché.

- Cierto -dijo Sethos, asintiendo con seriedad-. Resumiendo, los alemanes y los turcos habían situado un número de agentes en varios lugares problemáticos, esperando *der Tag*, y la arqueología

ofrece una tapadera excelente. Si mi presa era un arqueólogo que se había tropezado con un increíble descubrimiento en el curso de sus actividades normales, un descubrimiento lo bastante rico como para apartarle del deber… bueno, eso podría acabar de explicar lo que ha pasado.

- Muy bien -dijo Emerson, poniéndose en pie de un salto. De ordinario le divierte participar en nuestras pequeñas sesiones deductivas, pero la fiebre arqueológica se había apoderado de él-. ¿Así que tomarás medidas para quitarnos a Kuentz de en medio?

- Telegrafiaré a El Cairo hoy mismo -fue la respuesta.

- Limítate a escribir el telegrama -dije yo-. Utilizas algún tipo de código, imagino. Lo enviaré cuando vaya a Luxor esta tarde. Tengo muchísimas compras que hacer antes de…

En raras ocasiones he escuchado ese lenguaje, ni siquiera en boca de Emerson. Tampoco mi marido puso objeciones, como hace usualmente, al lenguaje malsonante (salvo al suyo propio). Esperé hasta que Sethos hubo agotado todo su arsenal de improperios, y entonces dije:

- No estás en condiciones de ir a ninguna parte aún. Nefret, quizás sea mejor que le tomes la temperatura.

Sethos le dirigió a su hermano una mirada como la de un animal enjaulado. Emerson meneó la cabeza.

- Es inútil -dijo bruscamente -. Siempre se sale con la suya. De cualquier forma, no estás… no deberías… no podemos permitirte…

- Que desaparezcas de nuevo en la soledad, peligro y desesperanza -dije-. No con las navidades a sólo dos días.

Sethos se cubrió la cara con las manos.

- Dadme papel y lápiz.

DEL MANUSCRITO H

El árbol estaba iluminado por las velas y engalanado con los adornos que David había fabricado durante los años anteriores y que se habían convertido en una parte muy apreciada de la celebración de ese día. Apoyada contra su marido, Nefret estaba tan cansada que no podría haberse movido, aunque su vida dependiera de ello. Su suegra los había tenido a todos trabajando contrarreloj para conseguir prepararlo todo y cuando no estaba persiguiendo a Nefret para que le ayudara a envolver regalos y colgar adornos, Emerson exigía fotografías, dibujos y planos. Hubo un momento que Nefret nunca olvidaría cuando, estando en la cámara subterránea con Selim y las cámaras fotográficas, se dio cuenta de que aún sostenía la guirnalda que había estado haciendo cuando Emerson la arrastró fuera del Castillo.

Después de que hubieran terminado de hacer fotografías, la despertó a los pies del dios.

Había merecido la pena. Sennia estaba a su lado, revoloteando de persona en persona como una mariposa blanca llena de volantes, rompiendo las envolturas de sus regalos y chillando de placer. Aquella mañana había llegado una carta de Rose, con la noticia de que Seshat había tenido sus gatitos -cuatro, todos ellos sanos y bonitos y manchados como sus padres- y Sennia aún estaba dando vueltas a cómo distribuirlos: una para ella, por supuesto (Nefret se preguntaba cómo reaccionaría Horus), y uno para Ramsés; pero ¿los otros deberían ser para Gargery, o «el profesor», o Daoud, o el señor Amherst que necesitaba claramente aprecio y cariño, o Bertie? Bertie se sentó junto a su madre, sosteniendo su mano… o quizás ella le estaba cogiendo de la mano a él para evitar que se fuera con

Jumana, que estaba sentada al lado de Emerson, con el pie sobre un cojín, agitando sus pestañas y hablando sin parar. Emerson escuchaba con una sonrisa indulgente, pero sus ojos, como los de Nefret, vagaban por la habitación, deteniéndose más tiempo en el rostro de su esposa. Llevaba un vestido carmesí, su color favorito, ajetreada de un lado a otro, manejándolo todo y a todos, persuadiendo a Gargery de que envolviera de nuevo su réplica de Abu Simbel, que tenía una imprevista tendencia a derramar arena por toda la alfombra; haciendo una pequeña pausa para charlar con Amherst y darle una palmadita de aliento en la espalda; ayudando a Fátima a recoger las cintas y el papel que Sennia había esparcido. Estaba espléndida, las mejillas sonrosadas y el cabello recogido en un complicadísimo moño. (Nefret tenía ciertas sospechas acerca del continuo color negro de esa hermosa mata de pelo, pero nunca las habría expresado.)

Todos los egiptólogos que Cyrus había podido reunir estaban allí, al igual que varios amigos de Luxor.

Marjorie Fisher y Kathy Flynn no habían traído a sus gatos, que eran normalmente huéspedes de honor; Horas vagabundeaba libremente por insistencia de Sennia, y puesto que consideraba a todos los machos rivales en potencia y a todas las hembras presas en potencia, Coco y Bess se habían visto obligadas a perderse los festejos. «La familia» había enviado a sus representantes -Daoud, Selim, Fátima, Kadija y Basima-, para participar gentilmente en una fiesta que no era la suya, aunque Daoud había señalado, de esa manera tan inocentemente sagaz que tenía:

- El señor Issa es uno de los grandes profetas, ¿por qué no deberíamos honrar su nacimiento?

La ocasión era ciertamente ecuménica. En el centro de la habitación, en un pedestal, se encontraba Amón-Ra, su rostro iluminado por la luz de las velas y coronado de oro. Emerson se había mostrado reacio a dejarle sin vigilancia por más tiempo, y limpiar el santuario había resultado ser un asunto decepcionante por su sencillez. No había nada en la cámara salvo el dios y sus vasijas de ofrendas; ni papiros, ni plegaria final esculpida en un óstracon o en las paredes. Quizás no habían sido necesarios. Él escuchaba los ruegos de quienes callan, y nadie merecía su misericordia más que los fieles sacerdotes que le habían salvado de

los invasores. Recordando el relato que su madre había hecho de las enigmáticas palabras de Abdullah, Nefret tembló un poco. Él había hablado de Amón…

No debo ser supersticiosa y sentimental, se dijo firmemente.

Una mirada a Sethos fue suficiente para disipar esas fantasías. No podía decir que estuviera exactamente fuera de lugar, pero no se parecía en absoluto a Papá Noel, ni siquiera con la barba que había insistido en ponerse. Sentado muy erguido en un sillón particularmente incómodo, observaba el desarrollo del festejo con una singular ausencia de expresión. No miró a Margaret, ni ella a él, aunque estaba sentada no muy lejos. Captando la mirada errante de Nefret, hizo una mueca con el labio en reconocimiento de lo absurdo de su presencia: el hijo pródigo, la oveja negra. Ni siquiera su formidable suegra, pensó ella, podría devolver ese animal al redil.

- ¿Qué ocurrirá con esos dos? -preguntó.

- ¿Qué dos? -Ramsés había estado observando a Sennia cuando ella no le miraba-. Oh, ¡me dejas helado! ¿Tía Margaret? ¡Dios nos libre! Sin embargo a él le importa ella. Si hubieras visto su cara el otro día…

- Ya lo sabía de antes -dijo Nefret con suficiencia.

- ¿Por el modo tan abominable en que se comportaba con ella?

- Se estaba enamorando de ella y no quería hacerlo -explicó Nefret-. Las mujeres son un fastidio, ¿no? Siempre alrededor, reclamando atención y quejándose, dejándose capturar…

- Manos blancas aferran la tensa rienda -asintió solemnemente su marido-. Espoleando con la bota de tacón…

- ¡Poesía! -dijo Nefret desdeñosa. Inclinó su cabeza y le besó. Él respondió sin timidez ni reservas y cuando se separaron y vio que su madre estaba (¡cómo no!) observándoles con una sonrisa de aprobación, sonrió y abrazó más fuerte a Nefret.

- Kipling no os conoció ni a ti ni a madre -comentó, alzando la mano hasta la cara de ella-. En tal caso no habría escrito esa basura.

- Nos está haciendo señas -dijo Nefret, mientras dejaba que sus labios exploraran su palma y sus dedos-. Creo que quiere que cantemos villancicos. ¿No podemos librarnos?

- ¿Librarnos de madre cuando se pone sentimental? No lo veo probable en absoluto. Contente un poco más, mujer desvergonzada.

- No siento vergüenza ninguna -murmuró Nefret-. Pero no creo que pueda controlarme si intenta hacer que el Maestro del Crimen se sume a un conmovedor coro de villancicos. Sin duda ni siquiera ella esperará…

Ella lo esperaba, y él estaba demasiado acobardado para protestar. O quizás, pensó Nefret, había otra razón. Se sorprendió al descubrir que él se sabía toda la letra.

A la mañana siguiente, Sethos había desaparecido y Margaret también. A pesar de las indignadas protestas de Emerson, Nefret sospechaba que había colaborado en la desaparición de su hermano. A la pareja le hubiera resultado difícil huir sin ayuda de nadie.

La barba y el mejor traje de Ramsés también habían desaparecido. Todo lo que encontraron en la habitación de Sethos fue un pequeño paquete, dirigido a Nefret; contenía un brazalete de eslabones de placas de cornalina, exquisitamente labrado con las figuras de un rey y una reina en su trono.

- Amenofis III y la reina Tiye -dijo Ramsés respirando agriadamente-. ¡También mintió acerca de eso! Encontró sus joyas.

- Un detalle por su parte haberlas compartido -dijo su madre fríamente.

No había dejado nada para ella.

- ¿Qué supones que ha hecho con el resto de las joyas? -preguntó Emerson.

Estábamos en nuestra habitación, recogiendo los útiles que necesitaríamos para ese día. Me abroché el cinturón de herramientas en torno a la cintura.

- Se las venderá a un coleccionista adinerado; se ha formado una clientela, imagino, o a un museo con unos buenos fondos. Algunas de esas instituciones no tienen escrúpulos a la hora de adquirir objetos robados.

- Humm -asintió Emerson. Me miró de reojo-. Me sorprendió un poco que él… eh… olvidara dejarte algo.

- Fue un gesto típicamente suyo y tan elegante como de costumbre, querido. Un reconocimiento de la alteración de sus sentimientos hacia mí, y hacia ti, y de su compromiso con otra dama.

- Humm -dijo Emerson-. Realmente crees que ella…

- Compromiso temporal, quizás debería decir. Hasta cuándo

durará el… arreglo, no puedo predecirlo, pero ella es una mujer muy decidida y él no es ya un joven impetuoso. Es hora de que se asiente.

- Dudo que estuviera de acuerdo con lo que dices, Peabody. Maldita sea, poco menos que admitió que no ha abandonado el tráfico de antigüedades. ¿Volvemos a estar en bandos opuestos de nuevo?

- Añadía un cierto sabor a nuestras vidas, Emerson, admítelo.

Emerson se pasó la mano por la boca.

- Admitiré que era el único adversario que merecía nuestro acero.

- Entonces, ¿le has perdonado?

- Oh, bah, perdonar… -Emerson no intentó disimular su sonrisa durante más tiempo-. Supongo que difícilmente puedo culparle por tener el buen gusto de admirarte. ¡Y hace años que no trata de asesinarme! Desearía que adoptara una línea de trabajo que no interfiriera con la mía, pero incluso puedo aguantar eso, a no ser…

- ¿A no ser qué, Emerson?

- ¡A no ser que tenga la osadía de morirse otra vez!

Fin

Glosario

Afreet: Demonio maligno

Banshee: Espíritu femenino del folklore céltico que acompaña a las antiguas familias y emite lamentos en vísperas de una muerte.

Dahabiyya: Barco casa.

Deir: Monasterio o convento.

Effendt: Señor.

Falúa o Faluca: Barco de vela del Nilo.

Galahyya: Túnica amplia suelta que visten los hombres.

Gebel: *(Jebel, Gabal,* etc): Colina o montaña.

Hakim: Doctor.

Haggy/Hagga*:* Una persona que visita La Meca.

Ingíizi: Ingleses.

Kahafiya: Pañuelo beduino.

Kurbash: Látigo de piel de hipopótamo de aproximadamente un metro de largo.

Marhab: Bienvenido.

Mashrabiya: Una alcoba que tiene ventanas con rejas donde se refrescan las jarras de agua con el viento, por extensión, los balcones salientes y las mismas ventanas con celosías, que permiten a las mujeres ver la vida de las calles o el *salamlik* sin ser vistas. Aunque las separaciones de rejas planas reciben el nombre de *mashrafiya,* en un sentido más amplio *mashrabiya* significa ambos tipos de trabajo.

Mastaba: Bancos de piedra o adobe en la entrada de los edificios. Mohammed Ali los hizo quitar para reducir la pereza y agilizar el tráfico.

***Mtsur** (Masr, Misr, Musr):* Nombre popular de Egipto, y El Cairo.
Narghile: Pipa de agua.
***NurMisur**:* Luz de Egipto.
Reís: Capitán, capataz.
Safragi: Camarero.
Salaam Aleikum: La paz sea contigo.
Sitv: Señora.
Taftish: Punto de control, retén.
Tell: Montón de escombros y tierra que cubre un asentamiento antiguo.
Wadr: Valle o paso de agua (por lo general seco).

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
27/05/2010